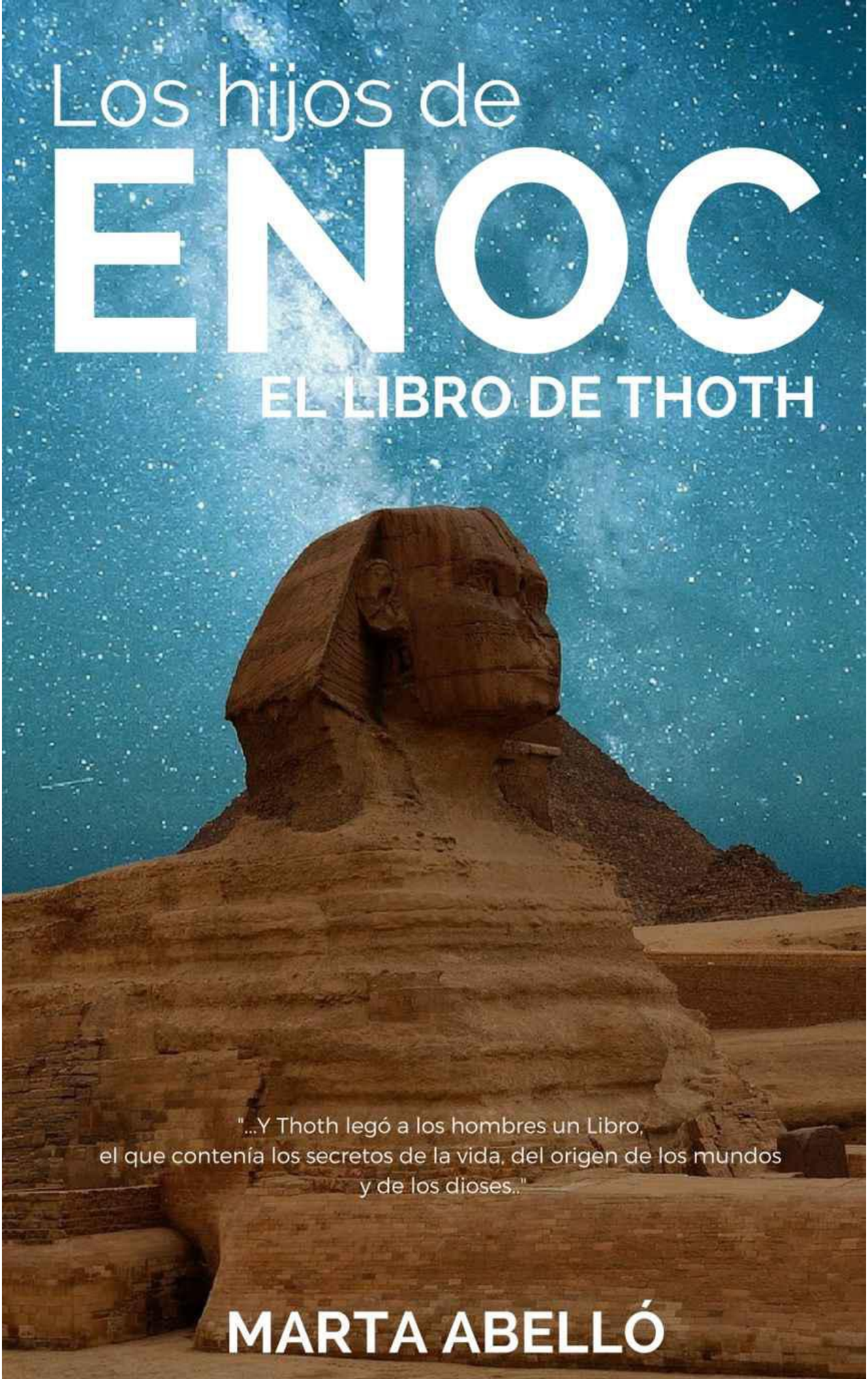
Los hijos de ENOC

EL LIBRO DE THOTH



"...Y Thoth legó a los hombres un Libro,
el que contenía los secretos de la vida, del origen de los mundos
y de los dioses.."

MARTA ABELLÓ

LOS HIJOS DE ENOC

El libro de Thoth

Marta Abelló

Los hijos de Enoc. El libro de Thoth.
Kindle Edition

Primera edición en este formato: Agosto 2016
Todos los derechos reservados.

© Marta Abelló Saura

Portada: Pixabay. CC0 Public Domain
Ilustraciones interiores: Tarot egipcio ilustrado por Silvana Alasia, Lo Scarabeo.

ÍNDICE

1ª parte: LA CURANDERA
1. LA SACERDOTISA
2. EL COLGADO
3.EL EMPERADOR
4.LA JUSTICIA
5.LA EMPERATRIZ
6.EL JUICIO

2ª parte: EL ASTRÓNOMO
1.EL MAGO
2.LOS ENAMORADOS
3.LA ESTRELLA
4.EL CARRO
5.LA FUERZA
6.EL SUMO SACERDOTE
7.EL DIABLO
8. EL ERMITAÑO
9.EL MUNDO

3ª parte: LAS PUERTAS DEL CIELO
1. LA TEMPLANZA
2. LA LUNA
3. EL SOL
4. LA MUERTE
5. LA RUEDA DE LA FORTUNA
6. LA TORRE

NOTAS

¿Qué significa nuestra vida?
Está en las manos de los dioses,
y nosotros no conocemos nada,
salvo el miedo.

Pearl S.Buck

...Y fueron Siete los Sabios que acompañaron a Thoth en su viaje desde Sirio hasta las cálidas arenas de un lugar llamado Egipto, pues querían llevar a la Tierra la Sabiduría.

... Y los Siete Sabios, a través de Thoth, iniciaron a los hombres en el arte de la escritura y de las ciencias; les legaron las artes mágicas y las matemáticas y les enseñaron a observar las estrellas, para que un día llegaran hasta ellas.

... Y Thoth, inspirado por los Siete Sabios, legó a los hombres un Libro, el que contenía los secretos de la vida y del origen de los mundos y de los dioses...

... Llegado el tiempo en que los astrólogos advirtieran de la llegada del Gran Diluvio, el rey Surid ordenó edificar tres pirámides y dictaminó que los sumos sacerdotes ocultaran en la de Oriente toda la sabiduría que debía conservarse para los tiempos y los hombres futuros.

... Por su parte, Thoth escondió su Libro en la biblioteca que reposaba oculta bajo la Gran Esfinge, pero conservó en su poder veintiún de los papiros que integraban el Libro, en cuyo dorso había dibujado una imagen.

... Años después, y poco antes de que fuera tiempo de regresar a Sirio, Thoth decidió sacar a la luz uno de aquellos papiros para que fuera transmitiéndose de sus hijos a los hijos de su hijos, y así hasta la última generación, la que desde un lugar lejano volvería a las tierras de Egipto, antes del fin de los tiempos.

Está escrito.

Primera Parte
LA CURANDERA

La mujer nace hada.
Por el retorno singular de la exaltación, es sibila.
Por el amor, maga.
Por su finura, su malicia, es bruja.

Jules Michelet.

1. LA SACERDOTISA

Salföld, Hungría
primer mes del año 999 d.C.

1

La luna del último cuarto menguante, la luna azabache, se escondía entre los árboles del bosque mientras las nubes avanzaban veloces empujadas por el frío viento del norte. En aquella gélida noche de enero repleta de aullidos ocultos, una sombra avanzaba apresurada siguiendo el sendero que conducía a la casa de la curandera. Cruzó el arroyo helado y se detuvo mirando a este y a oeste. Entre los robles y los abedules, entre la cortina de copos de nieve, pudo distinguir un fino hilo de humo que se elevaba hacia el cielo, desvaneciéndose enseguida entre la bruma y el viento. Con los aullidos amenazantes tras su espalda, corrió con el corazón encogido y las mejillas heladas.

Ersbetta Tót, la curandera de Salföld, mezclaba hierbas en un cuenco de piedra. Vestida con una sencilla túnica gris que ceñía su delgada figura y su trenza a la espalda, canturreaba en voz baja. Junto a la lumbre, su hija Masika, de doce años, removía el guiso que hervía en la marmita y vigilaba la leche que hervía en una olla pequeña. A su lado, un gran perro pastor de largos mechones blancos y lanudos que cubrían por completo sus ojos dormitaba tranquilo, pero de pronto sus orejas se elevaron y su hocico husmeó el aire. Alguien se acercaba, y en el silencio de la casa se hizo más audible el lamento del viento en el exterior. La puerta retumbó por dos veces y Tor ladró.

Masika descorrió el tablón que atrancaba la puerta y recortada en la noche, acompañada del grito del viento, apareció una pequeña figura oscura que con voz temblorosa pedía ayuda.

—¡Se, se, se...ñora Tót! —balbuceó mientras el perro le gruñía—. Soy el hijo del herrero, Károly Kovács.

Ersbetta tranquilizó al animal e hizo pasar al muchacho cerrando la puerta mientras él se acercaba al fuego, temblando. Su capa estaba cubierta de nieve, como sus viejos chanclos de madera.

Masika lo invitó a sentarse a la mesa y le sirvió un cuenco con leche caliente de oveja. Sin quitarse la capa, el niño bebió agradecido echando un vistazo a la pequeña pero ordenada casa iluminada únicamente por el fuego que chispeaba en el hogar. El suelo estaba recubierto de paja limpia y de las paredes colgaban utensilios de madera y manojos de hierbas secas. Nada extraño, nada de lo que las malas lenguas hablaban de la casa de la curandera. De pie junto al fuego, los ojos verdes de Ersbetta miraban interrogantes al muchacho, que se limpió con la manga el bigote blanco de leche.

—He venido porque mi madre está muy enferma. El niño que está en camino no quiere nacer. Tenéis que venir a ayudarnos, por favor...

Ella sacudió la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—No puedo hacer nada por ti, muchacho, deberías saberlo.

—Padre me ordenó acudir a vos. ¡Tenéis que hacer algo, señora! ¡Madre morirá si no es atendida!

—Tu padre ya sabe que no puedo ayudaros, no entiendo cómo acudís a mí de nuevo. .

El muchacho insistió, aún con la boca llena de aquel delicioso queso.

—He venido caminando desde Salföld y con este viento de los mil diablos... ¡tiene que ayudarnos!

—¿Acaso no sabes que vuestro sacerdote decidió que mis manos eran impuras y que no debía...?

—¡Padre dijo que vos nos ayudaríais! —insistió el chico, interrumpiéndola—. Dijo que él no cree en lo que dice el padre Ladislav, dijo que solo vos podíais salvarla…

Ersbetta puso sus manos sobre los hombros del niño, contempló su cara morena y sucia y dijo:

—Escúchame bien, Károly: Es muy peligroso para mí volver al pueblo y más aún para asistir a un parto difícil. Si algo no saliera bien, me apresarían, ¿comprendes?

El cansancio por el viaje y la decepción al oír aquellas palabras provocaron que el niño se echara a llorar. Apoyó los brazos sobre la mesa y escondió su rostro entre ellos. Temía que si regresaba a su casa sin la curandera, además de perder a su madre y a su futuro hermano, recibiría una buena tunda de manos de su colérico padre.

—Cálmate, muchacho, y dime, ¿no ha acudido Klarisa a atender a tu madre?

—La partera dijo que no podía hacer nada por ella, dijo que los dos morirían —el niño se encogió de hombros limpiándose las lágrimas—. Cogió las monedas que le dio padre y se fue.

Ersbetta sintió crecer la cólera en su interior y trató de apagarla echando un leño más al fuego. La vieja Klarisa era una buena partera, pero en los últimos tiempos se comportaba como si lo único que le importara fueran las monedas que obtenía a cambio de su trabajo y tal vez era lo que el pueblo de Salföld merecía, ya que estaba despreciando la ayuda que ella también podía dar. Las gentes de aquel lugar a veces eran mezquinas y se dejaban llevar por los juicios del médico recién llegado y por un sacerdote que gustaba más del vino que de predicar la palabra de su dios. De todos modos, el hijo del herrero estaba en su casa y eso quería decir que todavía quedaba alguien que confiaba en Ersbetta Tót, la curandera, también llamada por algunos la adoradora de espíritus antiguos. Tal vez era ésa la oportunidad que tenía para recobrar la confianza de su pueblo, o tal vez, sería su fin.

El rostro húmedo del chico se alzó una vez más suplicante hacia la mujer:

—Por favor, señora...

A la mujer le palpitaron las sienes. El viento en el exterior, su aullido, su grito, la confundía, pues no podía pensar con claridad. Pero si su mente estaba confusa, su corazón no lo estaba, así que aunque peligrara su vida, ella salvaría una más; podía hacerlo.

Nadie de Salföld llamaba ya a su puerta desde que el padre Ladislav, siguiendo las indicaciones del príncipe István, había prohibido los antiguos ritos y la adoración a los dioses paganos. Sólo había un Dios y era a él a quién se debía rendir culto. No contento con aquello, aseguró que las manos de la curandera Ersbetta Tót estaban guiadas por las manos oscuras del infierno. Ya no podía preparar, pues, ni bebedizos, ni filtros ni emplastos; tampoco podía acercarse a los niños ni asistir partos. Por orden de la Iglesia Cristiana debía permanecer en su casa no haciendo otra cosa que no fuera trabajar su tierra, atender sus animales y también asistir a la ceremonia que celebraba aquel sacerdote. Se habían acabado ya los rituales paganos para el pueblo magiar, y todo aquel que contraviniera las órdenes podría llegar a ser juzgado por hechicería.

Dirigió su mirada a los tres estantes que junto a la chimenea soportaban decenas de recipientes con hierbas de todo tipo que sólo ella sabía emplear: La hierba del Ala, el diente de Perro, la raíz amarilla, el muérdago, el calamento, la mandrágora... Una vez más usaría sus conocimientos, y que la diosa Diana la protegiera.

—Vayamos, pues —dijo, pero Masika no estaba de acuerdo.

—¿Estás segura, madre?

Ersbetta ataba sobre sus sandalias dos pedazos de piel de oveja con varias tiras de cuero que hizo llegar hasta media pantorrilla, sobre sus calzas de lana, pues así sobrellevaría mejor los caminos nevados.

—No temas por mí, Masika. Todo saldrá bien. —Se puso los chanclos para la nieve, una capa de lana gruesa y revisó en su bolsa todo lo que iba a necesitar.

—No vayas, madre —volvió a insistir la niña cogiéndola del brazo, tratando de impedir que saliera de la casa—. Károly miró al suelo, temeroso de tener que regresar solo a Salföld.

La curandera sintió cómo su estómago encogía ante las palabras de su hija, pero aún así, debía salir en ayuda de la mujer del herrero y de su hijo por nacer.

—Hija mía, no puedo abandonar a los que me necesitan —dijo con pesar cubriendo sus cabellos y su cuello con un paño largo de lana—. Regresaré lo más pronto posible. Pero si no lo hiciera… ya sabes a dónde tienes que ir.

Nada haría que cambiara de parecer, así era su madre cuando tomaba una decisión.

—Id con cuidado —dijo con un hilo de voz—. Y ella y Tor, asomados en el quicio de la puerta, los vieron alejarse hasta que la oscuridad se lo impidió.

En aquella noche de enero el viento del norte asolaba los alrededores de los montes Bakony, mientras que en el valle, el gran lago Balatón descansaba entre brumas. La densa oscuridad se extendía en un manto frío y los ojos de Ersbetta se dirigieron al cielo en busca de la imagen de la luna. Luna negra. Luna del último cuarto menguante

que traía un mal augurio para los nacidos bajo ese signo funesto. Con el semblante pálido y preocupado siguió avanzando al lado de aquel muchacho desmañado y algo flaco que cojeaba un poco al caminar. Respiró el aire seco y frío que la rodeaba y trató de retirar de su mente el grito que ahora flotaba en el viento: ¡Aléjate! ¡Aléjate del pueblo! —parecía que decía aquella sibilante voz. Por buena o tal vez por mala fortuna, el mismo viento que trajo aquella voz la alejó y se la llevó de allí para que ella prosiguiera su caminar sin miedos.

Bordearon el bosque a paso rápido mientras el viento arreciaba y Károly se acercaba más a Ersbetta, tratando de buscar algo de calor. Caminaron así entre la danza loca de los álamos negros, una danza que acababa con algunos de ellos abatidos, vencidos por el peso de la nieve en sus ramas. Las dos figuras que se habían atrevido a salir en una noche como aquella oían el desplome, el lamento, pero seguían su camino sin detenerse. La mujer, con el alarido del viento golpeando en su frente y en su espalda, trató de alejarlo invocando en silencio, mirando hacia lo alto:

—¡Diosa de los Vientos, escucha a tu hija, atiende la súplica! ¡Aplaca tu ira, libera tu aliento calmo…!

Repitió la invocación dos veces más pero nada ocurrió. El viento derribaba árboles y nada iba a detenerlo. Sólo la lira lo hubiera hecho, la lira que tenía el poder de llamar a la lluvia, de detener el viento y apagar el fuego. Su lira mágica...

Un año antes, Ersbetta había recibido la visita de un vecino de Salföld, Mikla Pekósky, atormentado por una uña del pie que se le clavaba en la carne provocándole intensos dolores. Mientras ella le preparaba una cataplasma de semillas de fenogreco, lo oyó lamentarse por la falta de lluvias en el pueblo desde hacía cuatro lunas. Estaba claro que su visita no era casual, pero esperó a que él se decidiera a decir qué era lo que en realidad le traía por su casa.

—Vengo en nombre de Salföld, curandera, y es en su nombre que os pido ayuda para que las tierras que trabajamos den fruto. Ya ni siquiera recordamos el último día de lluvia y si seguimos así no sé qué vamos a poder dar de comer a nuestros hijos.

Ersbetta removía el preparado mientras observaba los ojos estrábicos de Mikla, que mientras le hablaba a ella también miraba el estante del fondo.

—Entiendo lo que queréis pedirme, pero bien sabéis que es mejor que no llegue a oídos de vuestro sacerdote.

—No tiene porqué enterarse —aseguró Mikla—. Podéis confiar en nuestro silencio.

La mujer dudaba, aunque en su interior deseaba de nuevo invocar, alzar su mirada al cielo y deleitarse con el poder que emanaba de sus manos cuando se dejaba llevar por la magia. Pero de todos modos tenía que asegurarse de que aquello no iba a traerle problemas.

—¿Tengo vuestra palabra de que el sacerdote no sabrá nada?

— ¡Naturalmente! —exclamó Mikla—. ¡Que caiga una maldición sobre mí si sucede lo contrario!

—Está bien, está bien. No llaméis al mal tiempo. Pero ésta vez os costará una oveja.

—¿Una oveja? —protestó el hombre—. Había pensado que con dos gallinas sería suficiente…

— El precio es una oveja, Mikla. No os pido nada que no podáis darme.

Mikla bufó.

— ¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Pero apresuraos con vuestro encantamiento!

Se levantó malhumorado y se dirigió hacia la puerta olvidándose de la cataplasma que la curandera había preparado para él. No tardó sino un momento en regresar, cojeando, para recibir de manos de Ersbetta el cuenco con el preparado.

—Decidle a vuestra mujer que os la aplique tibia —dijo sonriendo.

Mikla no respondió, se limitó a rezongar por lo bajo, pues odiaba pedir y en especial odiaba pedir a una mujer.

Días después, la curandera subió a la cima de los montes Bakony y buscó un buen lugar desde donde se divisaran el valle y el lago. Encendió una hoguera y cuando sus llamas estuvieron altas, coloreadas de un rojo chispeante, descolgó la bolsa que llevaba a su espalda y sacó de su interior un pequeño instrumento: Una lira de cinco cuerdas hecha con intestinos de lobo gris; una lira mágica que había pertenecido a su madre y a la madre de su madre hasta una generación que no recordaba. Cada cuerda de aquel instrumento representaba uno de los mundos escondidos, la esencia de aquello que conocemos como tierra, agua, fuego, aire y espíritu.

Así pues, invocando al dios de la lluvia, acarició la primera cuerda y la tierra se estremeció ligeramente bajo sus pies, como si las fuerzas elementales tocaran el tambor. Tocó la segunda y oyó el murmullo apagado del lago, un susurro tranquilo que envolvió los alrededores. Al tocar la tercera cuerda, las llamas de la hoguera, rojas, púrpuras y amarillas, subieron y bajaron danzando en formas sinuosas. La cuarta cuerda vibró y una fina brisa agitó sus largos cabellos trenzados, acarició su rostro moreno y descendió montaña abajo. La quinta, conmovió su corazón. Entonces su semblante pareció iluminarse como las luciérnagas que empezaban a rodear la hierba bajo sus desnudos pies.

Tocar todas y cada una de aquellas cuerdas era penetrar en el principio de los elementos, formar parte de ellos y hacerlos actuar a voluntad. Y como Ersbetta quisiera lluvia y tormenta, sólo tuvo que rasgar tres veces con sus ágiles manos todas las cuerdas para que las nubes altas que venían del este comenzaran a agolparse, henchidas de agua, sobre su cabeza. Muy pronto las puertas del cielo se abrirían descargando su manto de lluvia para que los campos de los labriegos dieran su fruto. La magia era sencilla, simple como la vida.

Pero ahora, muchas lunas después de aquel día, su preciosa lira descansaba enterrada y protegida bajo un roble. Y debía permanecer así escondida aún por más tiempo, pues era una época difícil para todo aquello que el ojo cristiano veía como impuro y oscuro. Así que con todo el dolor de su corazón echó tierra sobre ella y marcó el árbol con una señal. Estaba enterrando su objeto más preciado, pero en realidad estaba enterrando también su libertad.

2

Károly Kovács, el herrero de Salföld, se hallaba sentado junto al fuego cascando nueces cuando llegó su hijo acompañado de la curandera.

—¿Os han visto llegar?

—Creo que no, padre —El muchacho sacudió la nieve de sus chanclos y ayudó a Ersbetta a sacarse la capa para dejarla sobre el banco de madera adosado a la pared, junto al fuego. Ella, molesta por la sensación de estar haciendo algo prohibido, preguntó al herrero:

—¿Dónde está vuestra esposa?

El herrero le indicó con un ademán un rincón de la casa apenas iluminado por una lámpara de sebo donde Zsuzsanna permanecía tumbada sobre la paja, quejándose de continuo, murmurando palabras sin sentido que indicaban que el dolor la estaba llevando a la desesperación.

Ersbetta se agachó junto a ella y puso sus manos sobre aquel vientre enorme. En un instante supo que el bebé estaba sufriendo, pues estaba mal colocado para nacer. La partera, la vieja Klarisa, tenía razón, ambos morirían, a menos que... Era una idea insensata para muchos, pero ella podía intentar salvar al niño abriendo el vientre de la madre. Sería la segunda vez que hacía algo así y en la primera ocasión la madre murió y el bebé sobrevivió. Era arriesgado, pero aún así…

Károly dejó caer las nueces que partía al oír lo que le proponía la curandera. ¿Abrir el vientre de su esposa? No había dudas: aquella mujer estaba loca. Señaló con un dedo la puerta de la casa y siguió contemplando el fuego, ahora seguro de que su esposa y su nuevo hijo no tardarían en morir.

—La decisión es vuestra, herrero. Os ofrezco una oportunidad; al menos, para uno de los dos.

Él se detuvo en su rostro sereno, admirado de contemplar de cerca aquella hermosa mujer que muchos hombres de Salföld querrían conseguir; y tal vez por la expresión decidida de Ersbetta o tal vez por su propia desesperación, dijo:

—Haced lo que creáis conveniente, mujer, no puedo decir más —se encogió de hombros y volvió su rostro hacia el fuego.

La parturienta lanzó un nuevo grito de dolor que provocó un respingo en su marido. Se secó el sudor de la frente y, aunque ya no estaba permitido orar a los dioses antiguos, el herrero imploró para que ayudaran a su esposa. Eso lo confortaría un tiempo.

Ersbetta tenía que preparar un bebedizo con una porción de raíz de mandrágora para que la sudorosa Zsuzsanna se abandonara por completo a la inconsciencia, así que pidió al chico que pusiera a hervir dos ollas con agua mientras ella ponía a quemar hojas de salvia para purificar aquel rincón de la casa y favoreciera el nacimiento en un ambiente agradable. Cuando el agua borboteó en las ollas, sacó un pequeño cuchillo de la bolsa de piel de ardilla que siempre llevaba atada al cuello, lo introdujo en el agua hirviente y esperó unos minutos mientras con el resto del agua preparaba la poción sedante que el mismo Károly dio a beber a su madre. Mientras tanto, le pidió al herrero una vara fina para poder cauterizar la herida que había de causar. Éste salió al exterior y en seguida regresó con una vara de hierro de unos tres palmos de

longitud que la curandera introdujo en las brasas del fuego para que alcanzara el calor necesario.

El aroma dulzón de la salvia la acompañó mientras dibujaba con tizón una línea recta desde el ombligo al pubis de la mujer. Zsuzsanna gemía cada vez más débilmente, pues la poción comenzaba a hacer efecto. Ersbetta, ya con su cuchillo en la mano, cantaba en voz baja, apenas un murmullo, agradeciendo la presencia de sus antepasadas, pues junto a la ventana veía a Margit, su madre, y sentada en la paja acariciando el pelo de Zsuzsanna, se hallaba Sabina, su hermana, fallecida cinco años atrás al dar a luz a su hija, que tampoco sobrevivió al parto. Les sonrió y se puso en manos de la madre Naturaleza: Sólo ella tenía el verdadero poder de mantener con vida a aquella pobre parturienta. Pero la visión del espíritu de sus familiares nubló lo que estaba sucediendo en realidad tras el ventanuco de la habitación. Alguien la observaba.

Los oscuros ojos de Károly se abrieron asombrados al ver cómo el cuchillo que la curandera sujetaba con temple y destreza se hundía en la blanca piel del vientre de su madre y se deslizaba poco a poco. Brotó la sangre y en las entrañas del niño algo se removió. Se echó una mano a la boca y salió corriendo junto a su padre.

—¡No te vayas ahora, Károly! —le pidió— ¡Te necesito aquí!

Károly, de mal talante, volvió a su lado mientras ella le pedía que trajera la vara de hierro, que ahora estaba al rojo vivo. Siguiendo sus indicaciones fue cauterizando los bordes de las heridas que ella iba abriendo a medida que iba penetrando en el cuerpo de Zsuzsanna. Ersbetta veía admirada como, a pesar de reprimir sus ganas de vomitar, el niño cumplía a la perfección su cometido.

Y por fin llegó a la bolsa que contenía al niño por nacer. La rasgó y Zsuzsanna abrió los ojos de repente, sobresaltando a Károly, pero los volvió a cerrar enseguida, desmayada. Entonces la curandera sacó al bebé a un nuevo mundo. Margit y Sabina sonrieron y desaparecieron. Ersbetta, con el recién nacido en sus manos, comprobó que era un niño de buen peso pero cuya pequeña cabeza estaba recubierta por una fina membrana de color plomizo. En su frente aparecieron unas arrugas fruto de su contrariedad: Aquello era señal de una suerte desgraciada, de un futuro trágico. La luna negra de aquella noche así lo disponía.

Con un gesto de resignación, pues los designios del destino eran difíciles de cambiar, cortó el cordón que lo unía a su madre y depositó al bebé en una tina de agua caliente que Károly había colocado junto al fuego.

—Ahora lava a tu hermano, por favor —dijo tendiendo un paño al muchacho. Mientras él restregaba con cuidado la mucosidad de aquel pequeño cuerpecito, la sombra que había estado observando por el ventanuco desapareció.

Ersbetta se acercó a Zsuzsanna. Tenía el largo cabello húmedo como su frente, la cabeza vuelta hacia un lado y los ojos cerrados. Era tiempo de cerrar la herida, así que con un fino hilo fue cosiendo poco a poco, dándole a sus manos toda la destreza posible. Al terminar debía preparar una cataplasma de llantén mayor para asegurarse de que la herida sanara bien. Károly la miró interrogante cuando terminó de lavar al pequeño.

—Sácalo de la tina y enfájalo con los lienzos.

Zsuzsanna ya los tenía preparados sobre una balda desde hacía días y así, Károly pudo envolver a su hermano en ellos mientras el herrero se acercaba y observaba a su nuevo hijo con aire asombrado.

—¿Zsuzsa se encuentra bien, verdad?

La curandera asintió mientras se lavaba las manos para limpiarse de restos de sangre y de hierbas.

—Padecerá de fiebres durante varios días, pero si es fuerte, vivirá.

La vida o la muerte de la mujer del herrero ya no estaban en sus manos. Iba a añadir algo en referencia a la alimentación del niño, pero unos gritos en el exterior de la casa llamaron la atención de todos. Károly hijo se asomó por una minúscula ventana y vio asustado como una veintena de hombres y alguna mujer se acercaban a la casa. En sus manos llevaban antorchas y, en su boca, amenazas de muerte para la curandera.

2. EL COLGADO

Cantaba el gallo cuando Otto Titusz vio que un niño y una mujer entraban en casa del herrero. A pesar de que el sueño aún lo tenía aturdido, sintió que su pecho se aceleraba de forma violenta. ¡Cómo había podido olvidarse! Hans Smisza lo mataría, estaba seguro. Con su habitual cojera se apresuró hacia la casa de János, el maestro zapatero, donde sus hombres habían pasado la noche bebiendo.

—¡Abrid, holgazanes! —gritó golpeando la puerta. Ésta cedió y Otto entró como una exhalación en la casa, iluminada en los rincones por juncos untados con manteca. András, Miksa y Béla se volvieron hacia él con ojos vidriosos. János estaba en el suelo, roncando como un perro viejo junto a las brasas del hogar.

—¡Debéis ir ahora mismo a la casa de la curandera! —ordenó— ¡Ahora mismo!

—¿Cómo dices? –preguntó incrédulo Miksa, un viejo barbudo que contaría unos cincuenta años.

Otto se pasó la mano por el abundante cabello, un tanto avergonzado, y dijo:

—Hans Smisza me contrató para que esta noche vigiláramos la casa de Ersbetta Tót. Cuando ella saliera camino de Salföld, debíamos coger a su hija para llevársela.

András, con sorna, le espetó:

—¿Y te has olvidado, no es cierto? —mirando a los demás, canturreó: —¡La mala cabeza de Otto! ¡La mala cabeza de Otto se olvidó! —Bebió el último trago de vino que quedaba en la jarra y dijo: Seguro que has pasado la noche con la viuda Korösi, ¿o nos vas a decir que no?

Béla empezó a reír y los demás le siguieron. Entonces János despertó y los miró sin comprender qué estaba pasando.

—¿Qué ocurre? —balbuceó frotándose los ojos.

—¡Nada! —gritó Otto, nervioso— ¡Ahora mismo os dirigís al bosque y traéis a la niña! ¿Acaso no sabéis que Hans Smisza paga bien?

Los cuatro salieron de la casa refunfuñando como viejas. Otto maldijo por lo bajo e instantes después emprendió el camino embarrado que conducía a la parte más alta del pueblo, pero antes se detuvo en la casa del carpintero, un eslavo siempre metido en conflictos. Al menos sí podría cumplir con parte de lo convenido con Hans. Tras una breve conversación salió de nuevo a la calle sin poder evitar que el estómago se le encogiera de temor. El gallo volvió a cantar y el sol empezó a asomar tras los montes Bakony.

En la cocina de la casa de Hans Smisza, una niña de rostro mortecino que no contaba más de siete años avivaba el fuego y se retiraba con una inclinación de cabeza mientras el médico contemplaba el final de la noche sentado junto a la ventana. Se frotaba las manos, nervioso, pues aquella jovencita con los mismos brillantes ojos verdes de su madre pronto entraría por la puerta. Sonrió levemente recreando sus planes hasta que la aldaba resonó sobre la puerta. Por fin había llegado el momento que esperaba.

—¡Adelante! —dijo, y en su mirada sombría brilló una luz.

Otto entró en aquella sala iluminada por el fuego del hogar buscando con su corta vista la sombra que le indicaría la presencia del médico. Hans permaneció en su silla sin levantarse mientras él avanzaba poco a poco, arrastrando su pie enfermo, mostrando su fea sonrisa de dientes cariados.

—Ya está aquí, señor.

Hans asintió acariciándose el mentón con la mano derecha; la izquierda descansaba en el brazo de su asiento. Su posición era cómoda, elegante, y su silencio imponía sumo respeto a Otto, que empezó a sentirse nervioso. El médico observaba con detenimiento el enmarañado pelo de aquel desgraciado. Su cara y sus manos sucias empezaron a molestarle; en realidad, le habían molestado siempre, pero necesitaba a aquel tipo para los trabajos sucios que siempre había que hacer.

—Bien, que pase.

Otto lo miró perplejo. ¿Que pase? Su mente aturdida por el vino no era muy ágil.

—Señor, me refería a que la curandera ya está en casa del herrero. Ha habido un... contratiempo. Mis hombres traerán a la niña más tarde.

Hans se levantó de su silla. La luz de la sala resaltaba su cara pálida y su pelo largo y pajizo. Dio un solo paso y colocó su cara frente a la de Otto. Pudo sentir entonces su fétido aliento apestando a cebolla y eso lo enfureció aun más. Aún así, sus palabras se desgranaron con calma.

—Te dije que debías traérmela aquí. A la hora convenida.

—Sí, se…señor. Sólo que...

Con furia y rapidez Hans rodeó con sus manos el cuello de aquel desgraciado.

—Eres un vago, un inútil, Otto Titusz, y no sé como pude encomendarte algo así.

—¡Pero señor Smisza! —Otto trataba de zafarse de la fuerza de aquel hombre—. ¡Dejad que os explique!

—¡No hay nada que explicar! ¿Acaso no te ordené que trajeras aquí a la niña? ¿Qué habéis hecho con ella?

Otto sintió crecer el miedo en su vientre. ¿Qué podía decir? ¿Que se había quedado dormido en casa de la viuda Korösi? Se odió por tener mala cabeza y mala memoria, pero para evitar la furia del médico, decidió mentir:

—Lo que ocurre es que no estaba en la casa, señor.

—¿Qué no estaba en la casa? ¡Mientes, maldito descerebrado!

Fue entonces cuando sus manos se aferraron con más furia al cuello de Otto, que comenzó a sentir el terror ascendiendo del estómago a su garganta. Pero de repente la fuerza de Hans disminuyó y apartó sus manos. Le asqueaba soportar un segundo más aquel aliento apestoso.

—Por lo menos habrás avisado al eslavo, ¿no? —Otto asintió tembloroso—. Entonces, acompáñame —ordenó Hans dirigiéndose hacia la puerta—. Iremos juntos a la casa del herrero.

Otto, frotándose el dolorido cuello, aún osó preguntar:

—¿Y después cobraré lo acordado?

Hans sonrió y su rostro adquirió una expresión cordial y tranquilizadora. Pero con un gesto rápido y preciso, el médico lo agarró por la espalda y le hundió con furia su daga.

—Claro, Otto, ¡recibirás lo que mereces! —Hans seguía sonriendo mientras la mirada de Otto Titusz se vaciaba y se apagaba en unos instantes. Aquel desgraciado cayó al suelo y en su rostro solo quedó un gesto de asombro y de dolor. Se agachó junto a él y, comprobando satisfecho que había muerto, salió de la casa dando un portazo.

Nanya, la pequeña de siete años que el médico tenía como criada, los había estado observando desde el rincón bajo la escalera que hacía las veces de su dormitorio. Su pelo ensortijado era rojo como la sangre que brotaba de la espalda de su tío Otto, hermano de su madre fallecida un año atrás. Salió y se agachó junto al cadáver, pero Nanya no lloró por él; sus ojos estaban secos de lágrimas. Poco a poco, con la fuerza de sus brazos escuálidos, fue arrastrando a su tío escaleras arriba y lo dejó en medio de la buhardilla cubierto con un paño. Cuando el amo regresara se ocuparía de él. Volvió abajo, a su rincón, se abrigó con la manta que la cubría y trató de dormir un poco más. Tenía por delante un día de mucho trabajo.

Hans Smisza había sido expulsado del gremio de médicos de Pest y obligado al abandono de su profesión por insistir en su empeño de practicar la cirugía, considerada inferior, adecuada sólo para los barberos itinerantes. Salió de la ciudad al anochecer, antes de que las puertas se cerraran, y partió con rumbo desconocido, enojado pero con esperanzas. Días después, a lomos de su caballo percherón se adentró en unos campos abarrotados de ciruelos que en aquella hora temprana estaban cubiertos de una espesa niebla que le hacía difícil el avanzar. Siguió el sendero que los dividía en dos y alcanzó el pueblo de Salföld, por cuyas calles solitarias y embarradas sólo caminaban gatos raquíticos y alguna gallina perdida. El amanecer aún estaba reciente.

La bruma se despejó ante él cuando se adentró en las primeras calles en busca de la taberna. Al pasar junto a la iglesia, alguien le habló:

—¿Qué os trae por aquí, foráneo?

Un hombre alto y fornido de gran nariz torcida y vestido con una túnica con capucha de tela basta y marrón, esperaba una respuesta. Era el párroco de Salföld, el padre Ladislav.

—Soy el médico cirujano Hans Smisza. Vengo de la ciudad de Pest y busco un buen lugar para asentarme.

El párroco lo invitó a su casa a tomar un vino especiado y le explicó que el último médico de Salföld había fallecido hacía dos años y ningún otro había tomado su lugar. Ahora la salud de los lugareños estaba en manos de la vieja Klarisa, la partera, y de Ersbetta Tót, una curandera joven y viuda que vivía en el bosque y que en ocasiones también ayudaba en los partos.

—Vuestra llegada ha sido providencial, Smisza. Si os instaláis en Salföld ayudaréis a evitar que esa curandera siga contaminando con sus ritos paganos a los lugareños. Los tiempos cambian y el cristianismo tiene que abrirse paso.

—Arrasando las prácticas antiguas, claro —apostilló el médico con una sonrisa.

La personalidad y el porte de Hans eran atrayentes, con lo que fueron las mujeres las primeras en acudir a visitarlo a la casa que le ofreció el sacerdote, la misma del anterior médico. Le dieron la bienvenida para contemplar sus fuertes brazos, sus manos grandes y suaves como pocas, tan diferentes a las manos agrietadas y ásperas de sus maridos. Algunas, a la vez que le ofrecían tarta de ciruelas o huevos frescos, le hablaron de Ersbetta, diciéndole que además de curandera, era capaz de hablar con los animales y provocar lluvias a voluntad. Hans reía incrédulo, pero su risa se ahogaba cuando ellas insistían en que era cierto, que lo habían visto con sus propios ojos. A pesar del aura mágica y algo incomprendida que envolvía a aquella mujer, supo que el pueblo tenía buena opinión de ella, pues conocía como nadie las hierbas curativas y había sanado con ellas y con sus ceremonias a muchos niños enfermos. Sin embargo ahora, las enseñanzas de la nueva religión les prevenía de hechiceros y magos, y como así la consideraban, algunos empezaron a rehuirla, muchos más por temor a las iras del padre Ladislav que por temor a la mujer. Era difícil para todos abandonar los viejos ritos, pero como fuera que los hombres de Salföld no quisieran verse implicados en ninguna revuelta contra el príncipe István, el futuro rey de Hungría, no dudaron en dar la espalda a quien había velado por ellos durante años.

Hans tuvo el camino abonado para alimentar la desconfianza del pueblo al explicarles que los métodos de aquella mujer eran bárbaros y no podían compararse con la ciencia que él había estudiado en la escuela de Salerno, allí donde más que estudiar a los clásicos de la medicina, se preocupaban del tratamiento y la cura de las enfermedades sin desdeñar la práctica de la cirugía. Hans analizaba la orina y los esputos y tomaba el pulso para determinar el mal de los enfermos. Preparaba brebajes y purgas, aplicaba sangrías, y lejos de las prohibiciones del gremio de médicos de Pest, continuó componiendo huesos rotos, abriendo abscesos y operando hernias.

Había ocupado una casa pequeña de dos pisos en la parte alta del pueblo. Era fría y desangelada, sin apenas muebles y lindante con la iglesia. El piso de arriba constituía un espacio ideal para sus experimentos, los mismos que habían provocado su salida precipitada de Pest. Aquellos estúpidos del gremio nunca comprenderían su verdadera motivación ni su verdadero objetivo; pero estaba seguro de que ellos nunca alcanzarían la verdad como él esperaba alcanzarla.

El médico fue respetado desde su llegada a Salföld, pero pronto no pudo zafarse de las habladurías respecto a él, de su forma de vida y su comportamiento, pues padecía una extraña enfermedad en la que si su piel era expuesta a la luz intensa sufría terribles dolores en todo su cuerpo. Por esa razón, en los días de sol, iba cubierto con una gran capa que apenas si dejaba a la vista sus dedos; cubría su cabeza con un amplio capuchón y procuraba caminar buscando los lugares umbríos. De todos modos, eran raros los días en que saliera de su casa estando el sol en su apogeo. Siempre lo hacía al atardecer, cuando el sol se debilitaba y moría tras las montañas. Era en esa hora cuando nada temía y se sentía poderoso por haber vencido un día más a su extraño mal.

En su mente aún estaba vívido el recuerdo de uno de los brotes agudos de su enfermedad, años atrás en el monasterio de Debrecen, donde su padre lo había abandonado poco antes de cumplir los diez. Sucedió una mañana en que saliendo de la última oración y en vez de dedicarse a sus tareas en la biblioteca, se escapó con dos jóvenes monjes para darse un baño en el río. Al despojarse de su túnica y de su ropa interior, el sol radiante de aquel día lo hirió como si los rayos fueran puñales que atravesaran su piel. Dos de sus compañeros, alarmados ante sus quejidos, salieron del agua y vieron como Hans se retorcía en el suelo arenoso de la orilla preso de un fuerte dolor en el abdomen. Los músculos de su cara se paralizaron y en su rostro apareció una expresión de dolor y horror tal que, asustados, fueron a avisar al padre prior. Uno de sus compañeros permaneció con él y fue testigo de sus encías retrayéndose, descarnándose; de cómo los labios se le deformaban en una extraña mueca. En la piel de los brazos comenzaron a brotar pústulas y dolorosas ampollas, y en las piernas, ahí donde los rayos del sol de la mañana caían con fuerza, empezaron a aparecer manchas que supuraban con un picor intenso e insoportable.

Antes de perder el conocimiento, Hans pensó que aquel día era el último de su vida, pero no fue así. Atendido por los monjes, que le levantaron el ayuno que había mantenido durante tres días y curaron sus quemaduras con cataplasmas de hierbas, se recuperó de su mal. El sacerdote que retiraba sus deposiciones en aquellos días comprobó que su orina era de color rojo, por eso le aconsejó que se alejara para siempre del sol intenso y que rezara a Dios, pues su enfermedad estaba provocada por algún demonio. Aquel verano, el que cambió su vida, descubrió que el sol era su enemigo y que debía cuidarse de él, por eso desde entonces vivía buscando las sombras, los lugares oscuros y frescos. Pero en sus sueños el sol no había desaparecido y sufría pesadillas en las que perdido en un páramo buscaba una sombra desesperado. Huyó del sol y de la luz a partir de entonces pero, de tanto buscar las sombras, quedó atrapado en ellas.

Cuando abandonó el monasterio y partió junto con otros dos monjes hacia la escuela médica de Salerno, en el sur de Italia, su vida controlada por los hábitos rutinarios desapareció. Las tabernas del camino lo aficionaron al vino y a la cerveza, que le provocaron en numerosas ocasiones delirios y alucinaciones tal vez relacionados con su mal, pero ya en la escuela de médicos nadie supo darle razón ni remedio eficaz. Abandonó la bebida y sintió que sus fuerzas volvían, pero aún así, volvió a ella como se vuelve al hogar. La mayoría de sus años de estudio sufrió en silencio el rechazo de sus compañeros, pues los diferentes, los únicos, siempre eran objeto de burla.

Todo cambió cuando efectuando la disección de un gato maldijo su mal pulso provocado por su estado de embriaguez. En aquella sala abovedada hacía frío y Hans, con fiebre, se tambaleaba hacia atrás y hacia delante con el bisturí en la mano, peligrosamente cerca de poner fin a su vida. Torturado, enfermo, delirante, cayó al suelo envuelto en sudor y temblores. Aturdido, pero aún con fuerzas, salió al exterior sin cruzarse con nadie hasta detenerse en medio del patio desierto para mirar hacia arriba, hacia la luna llena que reinaba aquella noche. La brisa de la noche refrescó su mente y sus temblores parecieron cesar dándole calma y sosiego. Entonces sus pasos se dirigieron hacia los establos, y de ahí al gallinero.

La mañana siguiente Hans oyó cómo varios estudiantes comentaban con horror el extraño suceso acontecido en la noche, pues al parecer, el encargado de los animales que proveían al centro, un joven algo corto de entendederas, había degollado dos gallinas. Hans los escuchaba en silencio; aquella mañana nublada y fresca su piel estaba radiante y sus pequeños ojos azules chispeaban de vida. Sus temblores habían desaparecido y se sentía fuerte y vigoroso. Reprimiendo una sonrisa se alejó de sus compañeros en dirección a las salas de estudio y supo desde aquel momento cuál era su mejor medicina.

2

En Salföld, Hans pasaba consulta en las tardes y en una ocasión, al poco tiempo de instalarse en el lugar, tuvo la visita del padre Ladislav, que se quejaba de sus ojos y de su visión borrosa. Lo examinó y vio que una fina membrana cubría el cristalino de sus ojos: Era la enfermedad de la mancha blanca que había tenido oportunidad de ver en varias ocasiones. Conocía el procedimiento de la cura, pero dudaba de si el sacerdote aceptaría la intervención.

—Se trata de un humor que cae del cerebro y por eso nubla vuestra vista —le dijo—. Puedo eliminar esa mancha de vuestros ojos si confiáis en mi destreza.

El padre Ladislav aceptó ponerse en sus manos, así que tras recomendarle una dieta suave y practicarle varias sangrías durante una semana para que los malos humores de su cuerpo se disiparan, llegó el día de la operación. Sin ninguna hierba que adormeciera sus sentidos el sacerdote se sentó en una banqueta cerca de la ventana y apoyó la espalda en la pared. Alzó su rostro al techo invocando la ayuda de los ángeles mientras Hans tapaba su ojo derecho para trabajar en el izquierdo. Armado con una fina aguja, con tijeras y una espátula, se inclinó sobre él y perforó detrás de la pupila, allí donde se encontraba la membrana causante de la visión borrosa. Trabajaba con gestos precisos y certeros mientras el padre Ladislav contenía la respiración y con las manos crispadas arrugaba su túnica hasta alcanzar las calzas negras que llevaba debajo. Al mismo tiempo en que el sacerdote se desmayaba, la membrana que le estropeaba la visión salía casi entera, pues estaba seca, cosa que facilitó de forma considerable la tarea. Hans sonrió y llamó a su pequeña criada.

Nanya acudió a toda prisa y recogió en un recipiente aquella membrana amarillenta que colgaba entre las pinzas. Después subió a la buhardilla.

Cuando el sacerdote despertó, Hans lo observaba sonriente y diciéndole:

—La próxima semana os quitaré el humor del otro ojo.

El sacerdote se levantó aturdido y se llevó las manos a la cara para tocar el vendaje que cubría ahora el ojo operado. Aceptó con gusto una copa de vino fuerte y mientras bebía atendió las quejas de Hans acerca de Ersbetta, pues seguía conservando muchos pacientes, ávidos de sus curas y atenciones, prefiriéndola a ella antes que

al nuevo médico.

—Debería de ocuparse sólo de los partos, padre. ¿Acaso no es mejor practicar una sangría para quitar los malos humores del cuerpo que tomar simples bebedizos de hierbas o raíces? Además, sé que en ocasiones no cobra por sus servicios, perjudicando así mi trabajo.

El sacerdote arqueó las cejas, titubeando. El ojo le escocía y se sentía débil y enfermo. Se frotó la frente tratando de despejar sus pensamientos.

—Pero bien sabéis que todos los lugareños no pueden pagar vuestros honorarios, Smisza. Las curanderas están al servicio del pueblo.

—Pero éste es un pueblo próspero, padre, y tiene que alejarse de una vez de los ritos que dicen que practica esa mujer. ¿Cómo es posible que digan que encanta a los animales? ¿Cómo es posible que digan que puede llamar a la lluvia? ¿O acaso son fantasías de campesinos? La hechicería no ha de tener un lugar en Salföld, padre…

El sacerdote no podía negar lo que era cierto. Además, le constaba que varias mujeres de Salföld habían reanudado sus visitas a la curandera para los ritos en los cambios de equinoccio o para celebrar las cosechas.

—Entonces es a sus esposos a quien hay que advertir —insistía Hans—. ¿Qué son las mujeres sino seres inferiores, con poco juicio?

–Hablaré de nuevo con Ersbetta. Pero creo que su problema no es el escaso juicio, sino la ausencia de sensatez y la terquedad. Tal vez el hecho de no estar sometida a un hombre la haya hecho creerse libre de castigos y del control que es necesario tener con las de su género. Por eso se me ocurre que deberíamos de buscarle un nuevo esposo que le haga más hijos. Ocupará su tiempo en lo que le corresponde.

Hans sonrió, de acuerdo con el sacerdote.

—Me parece bien. Además, no hemos de olvidar que la hechicería ha sido condenada por el príncipe István —colocó una mano sobre el hombro del padre Ladislav y añadió: ¿No queremos problemas con el futuro rey, verdad? —preguntó acercándose al rostro enrojecido del sacerdote, que negó con la cabeza sin ánimos de responder.

—Tal vez yo también le haga una visita —dijo el médico viendo de reojo cómo Nanya descendía las escaleras e iba a ocupar su lugar bajo la escalera—. Aún no he tenido el placer de conocerla.

El sacerdote sonrió desde su asiento mientras Hans le servía más vino.

—¿Sabéis cómo la llaman, en ocasiones?

Él negó con la cabeza.

—La hija de los lobos. Es una vieja historia que en otro momento os contaré, Smisza, pero sí he de deciros que no os decepcionará, pues es un bello ejemplar de mujer, al igual que su hija Masika. Las vi bañándose en el lago y que Dios me perdone, pero su belleza no es fácil de encontrar en Salföld.

—¿Las visteis…?

El sacerdote asintió.

—Y cuando cubrieron sus impúdicos cuerpos, les advertí de esa costumbre suya de bañarse todos los meses. ¿Dónde se ha visto semejante barbaridad? Un baño anual es más que suficiente… ¿no creéis?

—De todos modos, a vos no os afectaba demasiado su desnudez, ¿cierto?

—¿Qué queréis decir, Smisza?

El médico hizo un ademán con la mano, como queriendo quitarle importancia al asunto, pero no se abstuvo de un comentario. Tenía que hacerlo. Le interesaba hacerlo.

—Los niños que salen de madrugada de vuestra casa son para vos mucho más… digamos… atractivos. Es evidente que Gretta solapa vuestras aficiones…

Hans acababa de dejar plantada su mala semilla y abrió la puerta para que el sacerdote saliera. No cruzaron más palabras acerca del asunto, pero a partir de entonces los sucesos fortuitos eran aprovechados por el padre Ladislav para echar tierra sobre Ersbetta Tót.

Sucedió que en la granja de Gustav Klimt una de sus vacas dio a luz un ternero de dos cabezas, un hecho insólito y extraño que los más ancianos del lugar no recordaban haber presenciado jamás. Fueron muchos los que se echaron las manos a la cabeza, pues aquel era un signo funesto, un aviso de malos tiempos y malas cosechas. Pero el rostro del sacerdote se iluminó cuando oyó sobre aquel acontecimiento y no dudó en correr el rumor de que había visto a la curandera pasar junto a la granja de Klimt y lanzar una maldición. El propio Gustav se mantuvo escéptico ante aquella denuncia, pues su carácter práctico lo mantenía alejado de supersticiones, pero no así su esposa, que cuando recibió la visita del sacerdote le habló de los días en que Margit, la madre de Ersbetta, había estado viviendo con los lobos, alejada de todos hasta volverse loca; y que en ocasiones, cuando regresaba al pueblo, maldecía a todo aquel que le dirigiera la mirada. El señor Klimt se alejó de ellos refunfuñando, pues al parecer su esposa ya no recordaba cuando al no lograr concebir, Ersbetta la ayudó con friegas de un ungüento que resultó eficaz para su deseo de un hijo. Que pronto se olvidaban los favores y qué fácil era acusar a quien apenas podía defenderse.

Y así, el sacerdote empezó a advertir desde su púlpito de la existencia de hierbas malévolas cuyos aromas y propiedades eran nefastos a largo plazo, y se dedicó aún con más ahínco a despotricar de las mujeres que curaban cuando imponían sus manos, pues sus dedos estaban guiados por el Innombrable, el que vive en los abismos, pues estaba escrito que sólo el hombre y no la mujer tenía que hacer uso de la facultad de curar.

El padre Ladislav reía de noche en la casa donde vivía amancebado con Gretta Halkin, una rolliza mujer de pelo rubio y carrillos siempre encendidos. Bebía de las buenas jarras de vino negro que Gretta le servía y daba buena cuenta de sus guisos colmados de salsas. La mujer arreglaba su casa, atendía su ropa y le conseguía muchachos que lo visitaban en su habitación. No veía con buenos ojos esa afición que había retomado en los últimos tiempos, pero Ladislav la había sacado de la calle y le proporcionaba techo y comida caliente. A veces, cuando bebía más de la cuenta, la llamaba estando en el lecho y ella, con los pies fríos rozando las pantorrillas del sacerdote, quería creer y creía en sus promesas de no hacerle llamar a más niños, pero era mentira. En aquellas noches de borrachera, Ladislav alzaba su copa en el aire y brindaba por el dios por quien predicaba, pues le había proporcionado un trabajo que le permitía llenarse la panza y satisfacer su sed y además, gracias a aquel médico que había traído a Salföld, ahora su vista era buena y la vida era mucho más agradable para él.

—¿Has hecho lo que te pedí, Gretta? —El sacerdote, con la lengua embotada por el vino, mojó un pedazo de pan en la salsa de su plato.

La mujer asintió sirviéndole más asado de jabalí.

—Hablé con András y con Sándor y me prometieron que rondarían su casa. Aún así, dudo que Ersbetta los acepte.

—Veremos, veremos… —cabeceó el sacerdote sirviéndose más vino—. Más le valdría a esa curandera aceptar marido y olvidarse de adorar a los árboles… Acabo de enterarme de que ha vuelto a convocar a varias mujeres para una de sus ridículas ceremonias. Un día de estos —Ladislav eructó y siguió dando cuenta de más asado— la acusaré de hechicera y sabrá quien es Ladislav Biszin.

Gretta, aún con los efectos de la última resaca, decidió avisar a la curandera un día que la encontró con su hija camino del mercado.

—¡Esperadme! —la mujer corrió hacia ellas con su andar gracioso y bamboleante, sujetando el paño largo con que cubría su cabello y sus hombros. Llegó hasta ellas casi sin resuello y empezó a parlotear rápidamente acerca de los últimos chismes, acerca del frío, acerca de su dolor de muelas… Habló y habló ella sola mientras caminaban; Masika sonreía irónica mirando a su madre de vez en cuando. Pero de repente, el parloteo de Gretta cesó. Carraspeó, escupió en el suelo y sin rodeos dijo:

—Quieren acusaros de hechicería.

Ersbetta se detuvo y dejó que Gretta continuara hablando:

—Os vieron en el río, sin vuestras ropas y cantando a los espíritus…

El rito del invierno. Varias mujeres y niñas se habían unido en círculo para bendecir al mundo, a la tierra, al fuego y a las aguas. Siete mujeres unidas en círculo alzaban sus voces en forma de plegarias hacia la luna llena, la llamada luna azul, la luna número trece de aquel año. Quemaron corteza de sauce, bailaron en torno al fuego y apuntaron con sus dedos hacia el este, allí donde la estrella Sirio destacaba del resto. Pidieron que sus almas de mujer fueran iluminadas y bendecidas; pidieron paz para los hombres. Después, Ersbetta, como sacerdotisa, renovó sus poderes alzando un cuenco con tierra y elevándolo hacia las estrellas y la luna. Los búhos acompañaban su canto.

—Sabéis que os aprecio, por eso os he querido avisar —continuaba diciendo Gretta—. Si estuviera en vuestro lugar, me marcharía antes de que suceda algo que no tenga remedio.

Ersbetta acababa de darse cuenta de que la amistad entre el sacerdote y el médico que acababa de llegar a Salföld no le estaba trayendo nada bueno. Los tiempos cambiaban a una velocidad de vértigo y, aunque nunca habían sido buenos para la magia, ahora estaban siendo los peores. Al menos para ella. Bajó la mirada hacia el suelo embarrado y con restos de nieve y sintió que una profunda pena le detenía el habla. Masika habló por ella y protestó:

—¡Pero Gretta! ¿Qué es lo que hacemos mal? ¿Ayudar a la gente?

Gretta se encogió de hombros.

—Ladislav dice que la magia y la hechicería son artes del diablo y que los que la practican irán al infierno.

—¿Infierno? —Masika nunca antes había oído esa palabra—. ¿Qué es el infierno?

—El padre dice que es un lugar bajo la tierra donde van las almas condenadas por sus pecados. Allí sufren terribles torturas en medio del fuego y sólo se oyen lamentos y rechinar de dientes.

Masika se llevó una mano a la boca espantada ante tremendo destino. Miró a su madre para ver si ésta respondía algo pero un grito repentino las sorprendió. De una casa cercana salió despavorida una mujer perseguida por su marido, quien blandía un látigo en su mano derecha. Gretta suspiró señalándola.

—Le dije a Syiliena que ocultara mejor sus amores con András. —La adúltera acababa de ser alcanzada por su marido cerca de una fuente y era azotada sin piedad.

—¡Mirad! —gritaba el despechado a las mujeres que recogían agua—. ¡Mirad lo que les ocurre a las desvergonzadas! —Y con toda la fuerza de que era capaz, descargó de nuevo el látigo en la espalda enrojecida y sangrante de la adúltera.

Ningún testigo de aquella terrible escena podía tomar parte por aquella que estaba siendo agredida, aunque la rabia las comiera por dentro. La fuerza bruta de los hombres era poderosa y ninguna mujer iba a rebatirla. Ersbetta apretó los puños y deseó que en un futuro las mujeres de otros tiempos tuvieran un lugar y un valor mejor en el mundo. Si el marido de Syiliena la mataba no sería castigado, pues ella era de su propiedad. Incluso si era otro el que la mataba, la multa a pagar sería la mitad de la que hubiera pagado por matar a un niño de catorce años. Ése era el valor de las mujeres en el mundo en que vivían y, ¿quién iba a cambiarlo?

Siguieron su camino por las calles en silencio, más despacio. Gretta parecía incómoda con el silencio de la curandera, por eso sintió alivio al volver la esquina y encontrarse con un pariente. Ersbetta y su hija se adentraron en el mercado dirigiéndose al carromato del barbero. La puerta estaba cerrada, lo que indicaba que estaba con algún cliente, así que se sentaron al pie de las escaleras. En el ambiente del pueblo se respiraba bullicio y ajetreo y una repentina corriente de aire les trajo aromas de verduras asadas y de pan recién hecho.

—¿Qué vamos a hacer, madre? —preguntó la niña, preocupada.

Ella no respondió, sólo la cogió de la mano mirando al frente sin reparar en nada de lo que le rodeaba.

József Molnár bien afeitaba barbas espesas como ponía enemas, y aquella mañana iba a sacar una muela a una muchacha de brazos rollizos y pelo ensortijado que estuvo a punto de desmayarse del susto al ver las grandes tenazas que blandía el barbero.

—No os asustéis, mi buena amiga —le decía József mostrándole su silla de operaciones para que se sentara—. Sólo tenéis que resistir unos instantes y después el dolor pasará.

La muchacha no estaba muy convencida, pero dejó que aquel hombre de gran barriga y barba larga y rizada echara hacia atrás su cabeza y le metiera un dedo en la boca—. ¡Aja! —exclamó al encontrar la muela picada—. ¿Es ésta la que os duele, verdad?

El barbero le dio a beber dos vasos de vino mezclados con adormidera y mientras esperaba que le hicieran efecto le ofreció comprar uno de sus ungüentos especiales para el dolor de espalda.

—Es lo mejor que hayáis probado nunca, amiga mía… Si vos no lo necesitáis, podéis regalárselo a vuestro padre. Cuando venga rendido de cortar leña ¡seguro que os agradece unas friegas!

József machacó un clavo de especia y lo aplicó en la muela dolorida para apaciguar el dolor. Canturreaba e iba preparando su instrumental mientras la muchacha iba quedándose aturdida por el alcohol y las hierbas. Ella casi ni se dio cuenta de que le abría la boca, pero en cuanto notó cómo las tenazas asían su muela y la estiraban hacia arriba se agarró con fuerza a la silla y notó como las lágrimas resbalaban por su cara sin esfuerzo alguno.

—¡Ajá, amiga mía! —exclamó triunfal el barbero alzando las tenazas con la muela ensangrentada—. ¡De un solo tirón! ¡Ja, ja, ja! ¡No os quejaréis, amiga mía!

La joven se arrodilló temblorosa junto al cubo vacío que tenía a los pies y escupió sangre oscura. El barbero le ofreció un poco de agua para enjuagarse.

—¡Por hoy hemos terminado! –exclamó triunfal—. ¡No olvidéis recomendarme a vuestros parientes!

Ersbetta y Masika se hicieron a un lado para que aquella joven pudiera salir del carromato del barbero. La vieron alejarse mareada y con las manos sujetando la boca dolorida.

—¡Oh, pero a quien tenemos aquí! —exclamó József—. ¡Pero que hermosa está tu hija! ¿Quieres cortarle el pelo? —Acarició el suave cabello negro de Masika y comenzó a calcular con los dedos el precio que podría pagarle, pero Ersbetta lo interrumpió:

—Mi hija no quiere cortarse el pelo, József. Hemos venido para traerte lo que nos pediste hace unos meses —sacó de su bolsa distintas clases de hierbas que el barbero necesitaba para sus ungüentos y curas y se las mostró.

—¡Aja! —exclamó satisfecho examinándolas—. Pero amiga mía, esta vez no puedo ofrecerte lo mismo que la vez anterior, sino la mitad. No son buenos tiempos, ya sabéis…

Ersbetta volvió a meter todas las hierbas en su bolsa. No estaba dispuesta a que la estafaran.

—Que tengas un buen día, barbero —dijo poniendo fin a aquel encuentro.

El hombre la detuvo en la puerta.

—¡Ah, pero no os enfadéis, mi señora! El negocio no funciona como antes, debéis comprenderlo —Rebuscó en sus bolsillos y sacó unas monedas—. ¿Os parece bien esto?

Cuando la venta estuvo hecha, fueron a encargar al panadero dos sacos de harina.

—Mi ayudante Brunus os los llevará mañana temprano, señora —Gyula el panadero la miró tratando de hallar valor mientras ella dejaba unas monedas sobre el mostrador. Había algo que quería decirle, pero en lugar de eso sólo consiguió ruborizarse cuando su mano rozó los dedos de la mujer, que añadía más monedas al monto. En ese momento la criada de Hans Smisza entró para comprar un pan grande.

—¿Cómo estás, Nanya? —le preguntó Ersbetta.

La niña asintió con la cabeza envuelta en aquel aire triste y silencioso que siempre la acompañaba, mientras la curandera observaba el moretón en su mejilla, sus manos callosas, su aspecto desarrapado. Brunus le envolvió el pan y la niña salió sin decir ni una palabra. Mientras caminaba hasta la casa de su amo, sintió ganas de llorar. Nunca nadie le había hecho aquella pregunta, nunca a nadie le había importado si estaba bien o mal.

Desde que Ersbetta había curado al panadero de un doloroso absceso, éste siempre procuraba hacerle un buen peso con la harina y le regalaba bollos recién horneados que Masika comía con gusto. Por su parte, las veces que ella bajaba al pueblo, le traía algún queso o pastel de calabaza. Él los recibía en silencio, sin que ninguna palabra más que gracias acudiera a su boca. Gyula era viudo, como lo era ella y, aunque alguna alcahueta los proponía como futura pareja, la intención de Ersbetta estaba muy lejos de volver a vivir con ningún hombre. En sus noches solitarias, Gyula soñaba con ella, pero teniéndola ahí delante, hermosa como pocas, ni una sola palabra acudía a su boca para retenerla a su lado.

Y en los días siguientes a la advertencia de Gretta siguieron llegándose hasta la casa de la curandera hombres con dolores de estómago, madres con niños inapetentes y ancianos con llagas que no sanaban. Ella les atendió como siempre había hecho, pero les pidió que no dijeran a nadie que la habían visitado. Confiaba en que tal vez las cosas se calmaran un poco.

No ocurrió nada hasta que Hans Smisza decidió visitarla.

Fue una tarde que presagiaba tormenta. El médico estaba sentado a su mesa partiendo pedazos de carne de jabalí con las manos. De su boca resbalaban hilillos de salsa que se limpiaba con la manga. Su pequeña criada esperaba las sobras en el rincón, aunque de vez en cuando el hombre le lanzaba un pedazo de pan que ella comía

aprisa para calmar cuánto antes el agujero de su estómago. Nanya no hablaba nunca y sus ojos negros aunque grandes y hermosos, siempre estaban ocultos bajo un manto de tristeza, como oculto estaba su rostro bajo el hollín y el pañuelo que cubría sus rizos rojos. La niña había aparecido un día ante la puerta de su casa acompañada de Otto Titusz.

—Mi hermana ha fallecido y yo no puedo ocuparme de esta mocosa —le dijo Otto al médico—. Tal vez os pueda ser de ayuda en la casa. Sabe limpiar, cocinar y puede atender vuestro corral —Otto empujó a la niña hacia delante de un manotazo—. ¿Verdad que sabes guisar, Nanya?

La niña se quedó, ocupando el rincón bajo la escalera a modo de estancia propia.

Después de su comida de aquella tarde, Hans se calzó las botas, se puso su capa y salió de la casa. Nanya se apresuró a comer los restos de jabalí que habían quedado en el plato acompañándolos con un mendrugo de pan. No es que hubiera sobrado mucho, pero al menos eso le daría algo de fuerzas, ya que tenía que volver a por más leña antes de que oscureciera del todo. Mientras con sus escuálidos brazos limpiaba en un balde los cacharros de la cocina, su amo cabalgaba bordeando el lago Balatón, donde a veces acudía con el sacerdote a pescar las grandes carpas que allí se podían conseguir.

Las nubes violáceas de aquel atardecer se reflejaban en la superficie del lago, dándole un aspecto misterioso que aumentaba a medida que se acercaba la noche. Muchas eran las criaturas extrañas que se acercaban a la orilla en aquellas horas, pero las más temibles eran los siluros, unos grandes peces con forma de serpiente que con su enorme boca atrapaban todo tipo de criaturas. Contaban las gentes del lugar que en una ocasión, una niña perdida que caminaba por la orilla fue atrapada bajo las fauces de uno de aquellos peces, y también contaban que era en las noches cuando se oían murmullos extraños y se veían luces en la superficie de aquel profundo e insondable lago. En sus orillas, los buscadores de sanguijuelas se adentraban a pierna descubierta para que aquellos gusanos negros se sintieran atraídos por su piel. Una red repleta era bien pagada por los cirujanos barberos, que las necesitaban en abundancia para sus curaciones, pero si por descuido o poca pericia alguna conseguía adherirse a sus piernas, el buscador debía aplicarse vinagre y sal para que se desprendieran, aunque a veces no era tarea fácil, en especial si estaban hambrientas y deseosas de succionar sangre nueva.

El último verano, una de aquellas sanguijuelas fue a parar a la garganta de un niño del pueblo que se bañaba en el lago. Días después, apenas comía, vomitaba sangre y no tenía fuerzas para moverse del lecho. Cuando comenzó la fiebre y sus deposiciones fueron oscuras y sanguinolentas, todos pensaron que moriría pronto presa de alguna extraña enfermedad. Su padre se resignó a la muerte del pequeño, pues de los ocho hijos que había engendrado, tres habían muerto. La muerte era común entre recién nacidos y niños de corta edad, pero su esposa no estaba de acuerdo con su conformismo y por eso insistió en gastar las pocas monedas que tenían en el médico de Salföld. Hans, tras guardárselas en el bolsillo, les dijo que tenía la enfermedad de las tripas constreñidas y ya podían ir cavando su fosa.

Fue la abuela del niño quien acudió a la Ersbetta y la llevó a su casa, donde la curandera reparó en su debilidad, en las continuas arcadas que sufría sin que el vómito de los alimentos ingeridos llegara. Miró los ojos del pequeño Georg y recordó al caballo que había tenido su madre, en la ocasión en que bebió agua del lago y enfermó y vomitó sangre. Agua del lago… Sanguijuelas en el agua… Eso era, una sanguijuela se había quedado adherida a la garganta del niño, como había ocurrido con el caballo, y aquel animal inmundo le estaba absorbiendo la vida.

—Abre la boca, Georg —le dijo. Y entonces introdujo sus dedos en la garganta del niño para que una nueva arcada ayudara al animal a ascender. Enseguida notó su cuerpo viscoso rozando sus yemas, así que reprimiendo su propio asco, con el pulgar y el índice como pinzas, tiró y sacó la sanguijuela, liberando al niño de una muerte segura. Podrían haberle dado las gracias, podrían haberle regalado un pato o algún pan recién horneado, pero nada de eso hicieron los padres de Georg. Pensaban que había recurrido a algún encantamiento, pensaban que ella había colocado la sanguijuela en la garganta de su hijo, pensaban que una mujer joven como ella no podía saber más que el médico Smisza si no es que las fuerzas oscuras la acompañaban.

Ersbetta salió de la casa en silencio, satisfecha por el deber cumplido, y antes de que cerrara la verja, la abuela de Georg salió corriendo hacia ella y tendiéndole un pequeño saco volvió adentro antes de que la viera su hijo. Dentro había tela para confeccionar un par de vestidos y sonrió agradecida: Masika se pondría contenta.

Hans se alejó de la orilla del Balatón y apremió a su caballo para que se internara en el camino del bosque para después serpentear junto al riachuelo que conducía a la casa de la curandera.

Tor roía unos huesos bajo el gran fresno que se alzaba junto a la entrada de la casa hasta que oyó la llegada del hombre. Dejó lo que estaba haciendo y se dirigió gruñendo hacia él avanzando poco a poco, en posición de ataque. Hans sonrió y una sombra pareció moverse tras él mientras el perro retrocedía atemorizado. Cerca de allí, las nubes se agolparon y un rayo partió un roble viejo y desramado.

Masika apareció de pronto ante sus ojos como una visión. Su túnica gris estaba sucia por haberse pasado el día en el corral, y el paño con el que cubría su cabello estaba deshilachado; aún así no podía ocultar del todo su larga melena oscura que resaltaba una piel blanca y suave de doncella, dulce como aquellos grandes ojos verdes.

—¿Qué se le ofrece, señor? —dijo con Tor pegado a sus piernas, que gruñía desconfiado.

El bolsillo de su delantal rebosaba con los huevos que había cogido, por esa razón lo sostenía entre sus manos para evitar que cayeran.

Hans la miró sin disimulo admirado ante aquella belleza salvaje. Descabalgó y caminó hacia ella con una media sonrisa aflorando en su cara. Masika reparó en sus ojos, fríos y mezquinos, que la miraban sonrientes. Sintió miedo y entonces corrió hasta la casa sin reparar en los huevos que iban cayendo de su delantal. Tor la siguió, pensando que se trataba de un juego.

Ersbetta estaba sentada junto al fuego cosiendo una pelliza de piel y al ver irrumpir a Masika de aquel modo se levantó alarmada. Antes de que tuviera tiempo de atrancar la puerta, el intruso ya estaba dentro: Un hombre de rostro pálido y enfermizo enmarcado por un pelo pajizo y largo hasta los hombros que reconoció como Hans Smisza. Sus ojos se clavaron en los de él como cuchillos mientras Tor lo observaba inquieto.

—¿A qué has venido, médico?

A pesar de la fortaleza que el porte de Hans mostraba, no pudo evitar un ligero temblor en su labio inferior ante aquellas palabras. ¿Cómo una mujer osaba hablarle a él de aquella manera? Golpeó con su vara en el suelo y, sin más preámbulos, dijo:

—Debéis saber, Ersbetta Tót, que los dioses antiguos son considerados demonios, y los que practicáis sus ritos vais a ser considerados brujos y hechiceros. Todos. Sin excepción. Sé que ya habéis sido avisada y yo lo haré por última vez —echó una breve ojeada a Tor, que gruñía a cada movimiento de las manos del hombre—. Si hacéis caso omiso, deberéis ateneros a las consecuencias, pero supongo que no querréis dejar sola en el mundo a vuestra hija, ¿o me equivoco?

—¡No tenéis derecho a hablar así a mi madre! —replicó Masika, enfurecida.

—¿Has de decir algo más, médico? —Ersbetta trataba de no perder la calma.

Hans la miró de arriba abajo, incrédulo. Dio un paso al frente acercándose aún más a ella. Olía bien, a diferencia de las mujeres que conocía en Salföld y eso le provocó desconcierto sin saber porqué. Era hermosa, sí, ya se lo habían dicho, pero nadie le había hablado de que estaba llena de fuerza; no le habían dicho que no era fácil de doblegar. Cruzó los brazos sobre el pecho y continuó:

—La Iglesia cristiana está en contra de los ritos paganos que practicáis. Sé que realizáis burdos hechizos para ignorantes y ofrendas a los espíritus, por lo que en cuanto el padre Ladislav oiga un sólo rumor más, tened por seguro que seréis llevada ante el juez. Y… —Hans había olvidado algo importante—. Cuidado con los partos a los que asistís… será mejor que no os veáis implicada en ninguna complicación.

—Y tu, médico, ¿qué tienes que ver con todo esto? ¿Acaso eres mensajero de esa Iglesia?

—Quien quiere poder tiene que aliarse con el poder, señora. Además, es hora de abandonar las antiguas prácticas para dar paso a las nuevas. El pueblo ha de confiar en quienes hemos estudiado la ciencia y no en quien se ha formado en el monte, con los animales. —Su tono humillante hizo que ella le indicara la salida.

—No tengo porqué oír nada más.

Pero Hans no se iba a ir así. Volvió el rostro hacia Masika y la miró de arriba abajo sintiendo como la boca de su estómago se encogía. Era hermosa como su madre, pero su juventud era mejor para él: Olía a leche recién ordeñada y a paja; olía a cabritillo recién nacido y a las hojas de menta que llevaba perfumando su pelo. Entonces sonrió y a Ersbetta le pareció ver una sombra en torno a su rostro.

—Bien… hay algo que os puede salvar de la horca o de la hoguera —dijo sin quitar sus ojos de Masika—. Vuestra hija me causa una impresión muy favorable,

señora. Si me la entregáis en matrimonio os prometo que nada malo os sucederá. Las dos estaréis bajo mi protección —habló con el tono más amable que encontró su voz—. Y también podría eximiros del pago del diezmo a la iglesia… —añadió, como si eso le importara demasiado a la curandera.

—¿Acaso os habéis vuelto loco? ¡Salid de mi casa inmediatamente! —gritó mientras Masika los miraba asombrada—. ¡Fuera de aquí u os lanzo al perro!

Tor alzó las orejas y se acercó muy despacio y gruñendo a Hans, que dio un paso hacia atrás en dirección a la puerta.

—Está bien, está bien... —dijo sonriendo—. Veo que no atendéis a razones —Ya iba a marcharse, pero antes, les advirtió—. Cuando el padre Ladislav regrese de su viaje, recibiréis sus noticias, tenedlo por seguro. ¡Ah! ¡Y no olvidéis que siempre consigo lo que quiero!

La noche lo acogió mientras en el corazón de Ersbetta el miedo se agitaba como un remolino.

3

Y, decepcionado por que no le habían traído a Masika tal y como había planeado, Hans Smisza limpió en su túnica el arma con la que acababa de asesinar a Otto Titusz y se la guardó de nuevo en el cinto. Salió y enseguida pudo oír los gritos que provenían de la casa del herrero. Vio cómo la multitud que él había instigado durante tanto tiempo contra aquella mujer ahora alzaba sus voces y pretendía lincharla por asistir al parto de Zsuzsanna Kovácsne.

El carpintero, avisado por Otto, había corrido hasta la casa del herrero y espiado por el ventanuco de la habitación donde la parturienta gimoteaba. Vio cómo la curandera osaba abrir su vientre para sacar la criatura y, aún asombrado, avisó a los vecinos cercanos de tamaña barbaridad. En seguida se formó un grupo de hombres y mujeres cargando antorchas encendidas que gritaban a la vez mientras se congregaban en torno a la casa: ¡Hechicera! ¡Asesina!

Hans llegó junto a ellos, satisfecho, pues desde que supo del parto difícil de Zsuzsanna, desde que supo que la vieja partera la había abandonado a su suerte previendo su fallecimiento, no dudó un instante en que un marido desesperado como Károly acudiría a Ersbetta, atrayéndola al pueblo como el trampero a su presa. Y contemplando el espectáculo, oyendo los comentarios de la gente con una sonrisa siniestra dibujada en el rostro blanquecino, pensaba esperar a que sacaran a aquella maldita curandera. Que osadía suicida la de aquella mujer… abrirle el vientre para sacar a la criatura. Ni en sus mejores sueños hubiera imaginado nada mejor para hundir a aquella insensata.

Alguien empujó la puerta de la casa del herrero y arrancó a Ersbetta del interior. Entonces se formó un pasillo formado por hombres y mujeres que alzaban las antorchas y las voces contra ella. Muy cerca de allí, Klarisa la partera observaba la escena escondida tras un carro. Se llevó una mano a la boca acallando su espanto y agachó la cabeza avergonzada ante lo que estaba sucediendo. Murmurando insultos se alejó de la multitud con el corazón en un puño, pues tarde o temprano podía sucederle a ella lo mismo que a la buena de Ersbetta. Si muchos de aquellos que gritaban escandalizados supieran lo que ella hacía, seguro que la prendían también. Pues Klarisa no sólo atendía partos, sino también ayudaba a las mujeres con muchos hijos a no concebir más, e incluso impedía que la simiente se desarrollara en los vientres de muchachas ultrajadas, en los de mujeres que no yacían sólo con sus propios maridos. Klarisa se estremeció y su figura pequeña y encorvada fue desapareciendo en la bruma del amanecer mientras Ersbetta avanzaba aprisa empujada por dos hombres. Un pedrusco en el suelo hizo que perdiera el equilibrio y cayera golpeándose la cabeza. Todo se volvió oscuro y todo desapareció.

3. EL EMPERADOR

1

Veszprém, Hungría

Enero de 999

Los pasos rápidos de Éva, la doncella de la princesa Gizella, resonaban por el largo y desierto pasadizo. En el campanario de la iglesia del castillo acababa de tocar la hora nona y la nieve volvía a cubrir toda la ciudad de Veszprém. Éva cargaba con una bandeja que contenía sopa caliente que ella misma se había encargado de cocinar, con el deseo de que fuera del agrado de su señora, enferma desde hacía varios meses. Nadie sabía qué mal era el que la aquejaba, y en la corte no faltaban los que creían que el joven príncipe István pronto quedaría viudo.

En la habitación principal, el príncipe acababa de acomodarse en una silla junto al lecho de su esposa. Estaba cansado y hambriento, pues acaba de regresar de contener la revuelta de unos cientos de hombres en Székesfehérvar, contrarios a la nueva religión y a la construcción de una catedral en honor a la Virgen María. Apartó los cabellos que le caían sobre la frente e inclinándose un poco, cogió entre las suyas la mano de su esposa, como si con ese gesto fuera a aliviarla de su mal, pero ningún signo se lo mostró. En aquel momento echó de menos a su padre, el gran príncipe Géza, fallecido dos años atrás. Él hubiera sido un gran consuelo en aquellos días llenos de miedo por la salud de Gizella.

Días atrás, el arzobispo de la ciudad le instó a refugiarse en la fe y en la misericordia de Cristo, pero no encontraba el modo. Al abandonar el paganismo y adoptar la fe cristiana, había cambiado su nombre, Vajk, por el de István y había contraído matrimonio con una princesa cristiana, hermana del rey Enrique II de Baviera. Pero ahora, cuando su corazón estaba afligido, no había podido encontrar consuelo en aquel dios nuevo que su padre había considerado bueno acoger en sus tierras; pero también sentía que los otros dioses, los antiguos, lo rechazaban por haberlos abandonado.

Al otro lado del lecho, los dos médicos de la corte murmuraban entre sí mientras él se daba cuenta de que los cabellos rubios de su esposa ya no brillaban como antes y que los pómulos de su bello rostro evidenciaban una insana delgadez. Parecía quedar poco de la hermosa joven que había sido.

Llamaron a la puerta. Éva, la doncella, se dirigía hacia ellos con una propuesta que no sabía si sería bien recibida. Había estado pensando en ello varios días, pero ya no iba a esperar más: Confiaría en que el príncipe no se enfureciera y diese su aprobación. Respiró hondo y volvió a llamar a la puerta de la habitación principal. Fue uno de los dos médicos, de rostro enrojecido y grandes orejas, de nombre Férenc, quien la abrió.

—La cena para la princesa, señor. —Éva se abrió paso y dejó la bandeja sobre una pequeña mesa junto al gran lecho con dosel. En la chimenea cercana ardían abundantes leños que chispeaban en todas direcciones. István se levantó para acomodar el fuego y dejar que Éva diera la sopa a Gizella.

Los dos médicos observaron cómo tras unos sorbos, la princesa se negaba a comer más. Fue entonces cuando Éva se atrevió:

—Alteza —dijo con soltura y decisión—. Me han hablado de alguien que podría sanar la enfermedad de vuestra esposa.

Gizella tenía los ojos cerrados y la cabeza abandonada entre los almohadones, pero al oír las palabras de Éva los abrió.

—Éva... —dijo con un hilo de voz—. Ya no hay nada qué hacer...

Los médicos susurraron entre ellos que empeoraba, que deliraba camino de la muerte. Se acercaron a la cama y sus sombras, debido a la penumbra de la habitación, semejaron la de dos buitres acechando a una presa.

—Tendrás que salir de aquí. —El otro médico, Ányos, de aspecto cansado y ojos tristes y estrábicos, hizo a un lado a Éva mientras intentaba sin éxito dar una cucharada de preparado medicinal a la enferma.

—Habla, muchacha —pidió el príncipe.

—Espero que no consideréis mi atrevimiento inapropiado, pero mi hermana Ily me ha hablado acerca de una curandera extraordinaria.

Al oír aquello, Férenc se apresuró a dirigirse al príncipe:

—¿Una curandera, alteza? No pretenderá poner en manos de alguien así a su esposa ni dejar que...

István, debido al cansancio acumulado en los últimos días, se encogió de hombros.

—Pero alteza... —protestó Férenc de nuevo mirando molesto a su compañero porque no acudía en su ayuda—. De todos es bien sabido que esta clase de mujeres son... —dudaba en escoger la palabra adecuada—. Bien, carecen de nuestros estudios, carecen de un instrumental adecuado, en fin... Además, la fe cristiana no creo que esté de acuerdo con esas prácticas paganas que han de ser erradicadas cuánto antes.

István escuchaba atentamente. Si bien era cierto lo que decía el médico, sabía que su propio padre, aún habiéndose convertido al cristianismo para garantizar la estabilidad del país, había continuado con la celebración de sacrificios y ritos de la antigua religión. No era fácil dejar atrás las costumbres.

Eva insistió:

—Mi hermana, que vive en Salföld, conoce bien a la mujer de la que os hablo. Pienso que tal vez…

El rostro de Férenc enrojecía por momentos.

—¿Acaso va a poder esa mujer conseguir una cura cuando ya hemos probado los mejores tratamientos?

Ányos levantó el dedo índice y carraspeó:

—Bien podemos practicarle una nueva sangría…

Al oír aquel término, el príncipe se levantó de la silla.

—¡Ya basta de sangrías! —gritó airado. Su gran estatura provocaba que los médicos tuvieran que alzar el rostro hacia él, encogidos de temor—. ¡No permitiré que ninguna otra sanguijuela vaya a sorber las entrañas de mi esposa!

Férenc, nervioso, intercedió por su compañero:

—Señor… Si ni la dieta, ni las purgas, ni las hierbas hacen efecto, otra sangría puede eliminar el humor excesivo que está causando tanto mal en el cuerpo de su alteza. Aunque hay otra alternativa, si se me permite...

István cruzó los brazos sobre el pecho dispuesto a escuchar al médico, que juntó sus manos a la espalda y caminó de un lado al otro de la habitación exponiendo su teoría al respecto:

—Parece claro que vuestra esposa padece una dolencia rara que sobrepasa con mucho nuestros conocimientos, pero aún así, hemos de seguir curas que tuvieron éxito en otros ilustres pacientes. —Férenc observó con detenimiento la expresión de István, que parecía interesado—. Si nos permitís algo de tiempo, podemos preparar de nuevo un brebaje que dio resultado en la enfermedad que padeció el conde de Debrecen hace unos años.

Gizella cerró con fuerza sus ojos, derrotada y temerosa de un nuevo y repugnante remedio, mientras István asentía dando el permiso a los médicos para que se retiraran y preparan la medicina. Aún así, en cuánto salieron de la habitación le dijo a Éva que mandara llamar a la curandera de la que había hablado. Toda ayuda sería poca para salvar a su esposa, que de nuevo se había quedado dormida en el lecho. Gizella tenía la piel grisácea de aquellos a quienes la vida quiere abandonar y a István le pareció que su corazón se desgarraba por dentro ante el temor de perderla.

Éva salió de la habitación para dar las señas de Ersbetta Tót al caballero Róbert mientras István se sentaba junto al fuego pensando en sus muchos quehaceres. Tenía que controlar la construcción de varias iglesias y monasterios y ante todo, disponer junto con sus consejeros la visita que recibirían en Veszprém dentro de unos días: Gerbert d'Aurillac, el futuro papa Silvestre II.

2

Rávena, Italia

Enero de 999.

Gerbert d' Aurillac bajaba las angostas escaleras de los sótanos de la iglesia de San Vito que llevaban a una sala que nadie más que él y su discípulo Richer de Saint-Rémy conocían. Era un hombre de baja estatura algo cargado de hombros con el rostro picado de viruelas y unas pobladas cejas salpicadas de canas. La permanente

expresión afable que desprendían sus ojos azules a menudo desarmaba a sus detractores, que eran muchos a sus cincuenta y cuatro años.

Descendió con cuidado los húmedos escalones de piedra recogiéndose la sencilla túnica de lana gris que llevaba. Tras él podía oír los pasos del hombre que le seguía: Su gran amigo y maestro Muhammad ibn Umáil, quien acababa de llegar de Al-Ándalus llenándolo de alegría y alivio.

Ambos sostenían en sus manos sendas lámparas de aceite y pisaban con tiento para no dar un mal paso en aquellas resbaladizas losas. Cuando alcanzaron el final, se abrió ante ellos una sala abovedada iluminada por teas donde un joven se afanaba en adivinar el fallo en el mecanismo de engranajes que estaba construyendo.

—Mi buen Richer —dijo el arzobispo colgando su tea en un soporte de la pared—. Quiero que conozcas a mi mentor, Muhammad ibn Umáil, procedente de la Cathalonia.

Muhammad sonrió con una leve inclinación de cabeza a aquel joven que no contaría más de veinte años. El recién llegado era un hombre alto y huesudo, de semblante severo, larga barba y pocas palabras en el trato, pero cuando se trataba de temas científicos no había quien detuviera su lengua ávida de transmitir sus conocimientos a todo aquel dispuesto a no escandalizarse y escucharlos. Dejó sobre una mesa el fardo envuelto en tela de saco que llevaba bajo el brazo y se acercó al mecanismo que Richer tenía sobre la mesa. Examinó las piezas una a una mientras Gerbert servía dos copas de hidromiel.

Aquel hombre avanzado a su tiempo que pronto llegaría a ser papa nació con la estrella de los afortunados. Contaban las gentes que el día de su nacimiento en Aurillac, Francia, un gallo cantó tres veces muy lejos de allí, en Jordania, y que el canto de ese gallo se oyó incluso en Roma. Cierto o falso, el caso es que la fortuna viajó con él durante mucho tiempo, y que en su mente privilegiada se acumulaban los saberes más dispares. Siendo monje, tuvo la ocasión de estudiar junto al conde de Barcelona en el monasterio de Santa María de Ripoll, en la misma tierra cerca del mar de donde provenía Ibn Umáil.

Los hados habían permitido a Ibn Umáil cruzarse en el camino de Gerbert, pues fue su maestro de latín y griego, pero además, aprendió con él nuevas formas de entender tanto el mundo como la ciencia, aunque a veces eso le deparase problemas, como el estudio en secreto del Corán, que Ibn Umáil, aún siendo cristiano, leía a menudo, pues para él nada había de blasfemo en ello. En todos los libros, en los pergaminos y en los códices podía encontrarse algo bueno para su ansia de saber. Ibn Umáil apreciaba la amistad y el carácter de aquel cristiano francés, por eso en su estancia en el monasterio de Santa María pasaba largas jornadas junto a él departiendo y compartiendo conocimientos, hablándole de las influencias del mundo celeste sobre el mundo terrenal, que se veían reflejadas en las artes de las matemáticas, la mecánica y la filosofía. Aquellas artes lo conducirían al éxito, pues así lo decía Hermes en La Tabla Esmeralda: "*Como es arriba, es abajo, para hacer el milagro de todas las cosas*". Gerbert d'Aurillac sabía que aquellas enseñanzas de su maestro eran consideradas profanas, pero él las seguía aceptando porque su espíritu así se lo dictaba.

Tiempo después y ya en la ciudad de Barcelona, ambos se dedicaron a profundizar en el estudio de las matemáticas y trataron de introducir los números árabes en los cálculos de los ábacos; pero hicieron algo más: Construyeron una cabeza parlante. Su envoltura era de oro y su interior contenía un conjunto de láminas dispuestas sobre un cilindro giratorio. Gracias al engranaje de relojería que habían diseñado, la cabeza emitía sonidos y reverberaciones semejantes al habla humana que asustaban a todo aquel que tenía la ocasión de contemplar el fabuloso invento. Y no sólo eso: aquel artilugio respondía sí o no a las preguntas que le eran formuladas. ¿Acaso Gerbert d'Aurillac y su maestro habían pactado con el diablo para la realización de aquel artilugio? Eso era lo que pensaban los pocos admiradores de aquel fabuloso autómata, pues no sabían que sus autores seguían pasos que otros sabios de la antigüedad, como Heron de Alejandría, ya habían dado.

Antes de ser acusados de herejía, escondieron la cabeza parlante en su equipaje y partieron una madrugada hacia Córdoba, allí donde podrían ponerla a buen recaudo. En un descanso del camino, cerca de Al-Laqant, Ibn Umáil llevó los caballos al río mientras Gerbert sacaba de sus alforjas medio queso y una hogaza de pan y se sentaba bajo la sombra de un pino donde cantaban las cigarras. Ibn Umáil se unió al frugal desayuno y al acabar no pudo evitar la tentación de sacar su ingenio de la bolsa donde lo había escondido para admirarlo de nuevo.

—Hace siglos que los sabios de Alejandría han ido perfeccionando esta clase de autómatas y nadie los acusa de ser obra del diablo —aseguró Ibn Umáil a un Gerbert aún perplejo de que los avances de la ciencia tuvieran que ser ocultados o destruidos—. A veces pienso que la religión está en contra del progreso…

Gerbert dio el último mordisco a su queso reflexionando ante aquellas palabras. Si la iglesia contara con más estudiosos de mente abierta a todos los ámbitos del saber, tal vez las cosas podrían empezar a cambiar. Pero, ¿acaso un solo monje iba a modificar los cimientos de la iglesia?

Años después, peregrinó a Roma acompañando al conde de Barcelona y tuvo la fortuna de que el emperador Otto I le encargara la educación de su hijo. De Roma fue llamado a Reims, donde ejerció de maestro en el colegio episcopal. Allí, impartió clases de astronomía, aritmética, música y geometría, las cuatro ramas imprescindibles del saber. Y fue en Reims donde uno de sus alumnos más aventajados, Richer de Saint-Rémy, pasó a convertirse en su discípulo. Tiempo después fue nombrado arzobispo, y tal vez, si todo marchaba como creía, el ahora rey de Germania, Otto III, de quien había sido tutor, le nombraría papa a la muerte del actual, su tío Gregorio V.

Gerbert, con la ayuda inestimable de Richer, contaba en su haber con la construcción de ábacos, astrolabios y relojes hidráulicos que al dar cada hora dejaban caer una esfera metálica para regocijo de quienes lo contemplaban, pero era consciente de que con ello se granjeaba también enemigos. De todos modos, sus miedos siempre eran apaciguados por Richer, que había hallado en él un buen maestro y el padre que nunca tuvo.

Y en aquella sala recóndita donde Richer daba forma a un autómata para determinar los ciclos lunares, Gerbert se sentó a la mesa que había junto al fuego sirviéndose más vino mientras Muhammad le ponía enfrente el bulto que había estado llevando bajo el brazo. Desenvolviéndolo dejó al descubierto un manuscrito en cuya cubierta confeccionada con una fina plancha de madera de color caoba podía leerse: *Corpus Hermeticum*.

Estaba admirado al volver a ver aquel ejemplar, que no pudo resistirse a abrir. Las hojas de pergamino que lo componían eran muy antiguas pero aún se conservaban en buen estado y podía leerse casi a la perfección su contenido. En aquellas letras apretadas, griegas, podían olerse la antigüedad y el saber que sólo unos privilegiados podían conocer. El arzobispo no podía creer lo que estaba viendo.

—Pero, ¿cómo? Creí que se había perdido para siempre…

Ibn Umáil sonrió.

—Ya ves, mi buen Gerbert. Aquí está.

Richer apenas ponía atención a las palabras de los recién llegados, pero aún así volvió la cabeza para echar una ojeada al libro del que hablaban.

El *Corpus Hermeticum* era un compendio de obras atribuidas al dios egipcio Thoth, después llamado Hermes Trismegisto por los griegos. Había sido la fuente de inspiración de Muhammad ibn Umáil para la construcción de su cabeza parlante, pues entre otras revelaciones se decía que al igual que Hermes, los hombres también podían construir estatuas animadas para servirles. Ibn Umáil se lo había comprado a un mercader de libros ambulante, un sirio loco que se lo había vendido casi regalado. Mandó hacer una copia a un copista del monasterio, pero antes de que éste terminara su trabajo, el libro desapareció del scriptorium. Pasaron meses y estando en la ciudad de Barcelona, pudo adquirir de nuevo y milagrosamente el mismo libro aunque a mayor precio, y como fuera que sus continuos viajes eran un inconveniente, decidió que Gerbert, su antiguo discípulo convertido ahora en arzobispo de Rávena, guardara aquella obra con celo para que no se extraviara nunca más.

—Me honra que me pidáis esto, maestro —le dijo cerrando el manuscrito—. Aquí estará seguro.

Ibn Umáil asintió convencido, se sirvió un poco más de hidromiel y dijo:

—Pero ahora dime, ¿qué es lo que te tiene tan preocupado? Tu carta me tiene intrigado y no he podido dejar de pensar en ella en todo el viaje.

Gerbert agradeció que ibn Umáil lo tuteara, pues ya había olvidado ese trato cercano viviendo en Rávena. Bebió un nuevo trago y sin andarse con rodeos, espetó:

—El fin del mundo está cerca. Se acerca la gran batalla.

Richer era un joven discreto acostumbrado a que el arzobispo no recibiera visitas en aquella sala oculta al mundo. Vivía para sus ingenios y jamás hubiera osado entrometerse en la conversación de su maestro y, aunque en aquella ocasión tampoco lo hizo, no pudo evitar aguzar el oído.

Muhammad ibn Umáil se echó hacia atrás en su asiento y aspiró el ambiente húmedo y cálido de la sala. Sabía que Gerbert no era un loco ni un hombre fantasioso, por eso escuchó atentamente lo que éste iba a decirle. Nervioso, se levantó de la mesa, pues en su mente se agitaban cientos de pensamientos terribles que le nublaban la vista y le atoraban el habla. Aún así, comenzó citando el libro del Apocalipsis:

—"*Cuando se cumplan los mil años, Satanás será soltado de su prisión y saldrá para engañar a las naciones que están sobre los cuatro puntos cardinales de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de congregarlos para la batalla*. "[i]

Ibn Umáil se retorció el bigote de su barba con aire interrogante mientras observaba a Gerbert caminar de un lado al otro de la sala. Richer había vuelto a su trabajo, pero no perdía el hilo de la conversación.

—Quedan trescientos cincuenta días para que se cumplan los mil años anunciados en el Apocalipsis. A partir de ahora serán continuas las señales que nos enviará el cielo.

Ibn Umáil lo interrumpió:

—Adivino que habrás observado algún fenómeno atmosférico que te hace llegar a esta conclusión, pero déjame decirte que hay diferentes modos de interpretar las escrituras y los astros…

Gerbert se sentó, tratando de conservar la calma y continuó hablando:

—Hace cuarenta días que el sol se oscureció por completo —dijo—. Era la hora sexta cuando comenzó la sombra, y a la nona ya era noche completa.

Ibn Umáil lo interrumpió:

—Observamos ese eclipse de forma parcial en Córdoba; no hay que darle más importancia… —dijo tratando de serenarlo, pero Gerbert hizo caso omiso y continuó —. No era un eclipse cualquiera. Estamos prontos a llegar al año mil de nuestra era y las profecías se unen para avisarnos del peligro. Daniel, Ezequiel, Juan, el libro del Apocalipsis… los profetas nos advirtieron de que el final del camino está cerca. Dentro de poco todas las señales del cielo convergerán y ya sólo nos quedará esperar el Último día.

Un leño rodó en la chimenea haciendo saltar chispas que fueron a parar a la túnica de Ibn Umáil. Éste las sacudió mientras oía cómo Gerbert repetía de memoria las palabras que Juan había escrito en el capítulo 20 del Apocalipsis:

—*…Vi un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y puso un sello sobre él, para que no engañara más a las naciones hasta que fueran cumplidos mil años. Después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo*.

Ibn Umáil alzó las cejas, pero no sabía qué decir. Gerbert continuó su explicación:

—Pronto se cumplirán veinte días desde la noche de la estrella. Estaba yo observando la bóveda celeste cuando vi pasar una gran estela de cabeza resplandeciente que cruzaba el firmamento y se perdía tras la colina. Que Dios se apiade de nosotros… El fin del mundo está cerca, tan cerca, que el miedo oprime mi corazón. Dios aprieta y ahoga mi alma, pues las de los fieles están en mis manos.

Se hizo el silencio en aquella sala donde hasta el crepitar del fuego encendido apenas se oía, temeroso de las palabras que allí se estaban pronunciando.

—Cierto es que esa estrella con cola luminosa no anuncia nada bueno —afirmó Ibn Umáil—. No he tenido la fortuna de observarla en mi tierra debido a las intensas lluvias que nos asolan, pero imagino que es la misma de la que hablan las crónicas; la misma que aparece cada setenta y cinco años antes de algún suceso que estremece al mundo.

—Así es. El mundo tiembla a su paso. —Y volvió a citar: *…En los días tras el paso de la estrella de larga cola, vendrán los lamentos de quienes no escucharon a los profetas. Mudaran los astros, caerán murallas y se levantarán ejércitos. Tal vez Dios quiera purificarnos a través del sufrimiento…*

—Pero Gerbert… —interrumpió Ibn Umáil con gesto incrédulo—. Los eclipses no siempre deben interpretarse como señales divinas desde los cielos, bien lo sabes...

—Son fenómenos naturales sí, pero no debemos olvidar que en infinidad de ocasiones los astros señalan acontecimientos de importancia, Muhammad. No olvides que Palestina quedó sumida en la oscuridad durante tres horas tras la crucifixión de Jesús mostrando la decepción de Dios con los hombres que habían matado a su hijo.

—Tu pesimismo me abruma… Vuelvo a decirte que las escrituras deben interpretarse cuidadosamente. Bien sabes que muchas profecías no han resultado ser ciertas, además, creo que no deberíamos temer tanto a los astros, ni a los dioses, sino más bien a las iras de los hombres —dijo con voz serena.

—¿Y cuántas señales más se necesitan? —insistía Gerbert—. Las profecías convergen y esta estrella de larga cola nos anuncia el inicio del fin.

Richer volvió a su tarea, fastidiado. No quería morir sin acabar su último ingenio, pero una vez terminado, si el mundo sucumbía, ¿a quién le sería útil?

Por su parte, Muhammad ibn Umáil volvió sus ojos hacia el fuego encendido, con la sombra de la duda reflejándose en sus pupilas. Gerbert hizo lo mismo, pero en sus pensamientos bullía algo más.

—Ha llegado el momento, Muhammad. El momento reflejado en el texto antiguo que encontré en la biblioteca del califato… ¿lo recuerdas?

—Si, pero…

—Comienza la búsqueda, pero no para mí.

La mañana siguiente, Gerbert d' Aurillac tomó su báculo y mandó llamar a los arzobispos de las diócesis cercanas. Tras varios días de reunión, se llegó al acuerdo de evitar alarmar al pueblo. Aún así, por la indiscreción de varios de ellos, algunos sacerdotes no pudieron resistir la tentación de atemorizar a sus fieles. La cólera de Dios era buena para las arcas de la iglesia, pues no pocos fieles, implorando el perdón para sus almas antes del final, comenzaron a donar tierras, a regalar ganado y bienes a sus párrocos. La clemencia y la misericordia que pedía el pueblo enriquecieron los templos, sin pensar que ellos también podían ser destruidos.

4. LA JUSTICIA

1

Salföld, Hungría

El padre Ladislav estaba cansado de su viaje y escuchó no sin aburrimiento las explicaciones de Hans Smisza, quien tanto insistía en que la curandera fuera condenada a muerte por la muerte de Zsuzsanna Kovácsne. Suspiró, se acomodó a la mesa y tras llenar su copa de vino, intentó concentrarse para no decepcionarle.

—Veamos si os he entendido: La mujer está custodiada en el calabozo y pretendéis que sea ajusticiada por hechicería y asesinato, ¿no es cierto? Estoy de acuerdo con vos, pero el caso es que el juez Mechwart no creo que llegue hasta mañana...

—¡Ha de ser cuánto antes! —le interrumpió el médico—. ¿Para qué esperar más?

—Pero Smisza, hay que respetar ciertas formalidades... Además, según la última conversación que tuve con el juez, tal vez sólo le sea impuesta una pena monetaria… El príncipe István no quiere represalias con los idólatras no bautizados; la transición debe ser pacífica. Y en el caso que nos ocupa, los partos de las mujeres son difíciles y no están exentos de peligros… tal vez Zsuzsanna era una mujer débil y no resistió.

Hans estaba a punto de perder la paciencia, pero trató de no alzar la voz más de lo necesario.

—Pero, ¿acaso no habéis comprendido bien? ¡Os acabo de decir que la curandera ha abierto el vientre de la mujer del herrero para sacar a su hijo! ¿Os parece poco?

El sacerdote levantó una ceja, asombrado.

—Dios del cielo… ¡esa mujer está loca!

El médico se sirvió más vino y dijo:

—La mujer ha muerto, pero la criatura ha logrado sobrevivir —Hans se levantó de la mesa con la copa en la mano y se acercó al fuego apoyándose en la repisa superior de la chimenea—. Aún así, la curandera ha de ser condenada a muerte por homicidio.

El padre Ladislav, incrédulo por la situación, partió un pedazo del pan que tenía junto al vino.

—Si el niño se ha salvado, la justicia ha de ser clemente con ella…

Hans reprimió su ira. Sus dedos blanquecinos apretaban con saña la copa de madera. Aquel maldito sacerdote empezaba a hacerle perder la paciencia: O bien se mostraba implacable en ocasiones, como adolecía de benevolencia en otras. ¿Quién lo entendía?

—Padre… La justicia tal vez sea clemente con ella, pero tal vez no lo sea con vos.

—¿Cómo decís?

—Vuestro afecto desmesurado por los niños no creo que le guste demasiado al futuro rey. Sabéis que promulgó un edicto en el que…

El sacerdote se mordió los labios y se frotó el mentón observando la apuesta figura de Hans, que lo miraba con una sonrisa de medio lado, que tomaba asiento junto a él. Se miraron confirmando lo que cada uno deseaba del otro. El sacerdote cortó un pedazo de queso, llenó las copas de nuevo y preguntó:

—Y por cierto, Smisza, ¿qué ha sido de esa niña, de la hija de la curandera?

En el sótano de la iglesia, que hacía las veces de calabozo para salteadores de caminos o ladrones de ganado, Ersbetta se frotaba las piernas y los brazos doloridos. Un hilillo de sangre brotaba de su frente y tenía las mejillas amoratadas. Miró a su alrededor y vio en la penumbra que estaba en una pequeña celda con un ventanuco enrejado por el que se colaba el aire frío de aquella mañana nublada. Se levantó del suelo, cubierto de paja sucia, y se acercó a los barrotes de su celda. Enfrente había otra celda similar, pero nadie la ocupaba. Sólo se oía el murmullo de algún ratón y del agua que resbalaba por una de las paredes. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Reprimiendo el llanto se sentó de nuevo apoyada en la pared encogiendo las piernas hacia el pecho y abrazándose para entrar en calor. Tenía que ser fuerte y ante todo resistir, pues sospechaba que lo que se avecinaba era peor que estar allí encerrada. Primero oyó un portazo y después unos pasos rápidos.

—¡Ersbetta! —Gretta Halkin la llamaba con la voz en un susurro.

Se levantó con dificultad y se aferró con las dos manos a los barrotes oxidados de la celda para encontrarse con la mirada huidiza de Gretta.

—Te traigo una escudilla con agua —dijo la mujer como quien tiene un huésped y le causa mucha tarea—. Más tarde bajaré con algo de comida. –Abrió una pequeña abertura en el enrejado, dejó la escudilla y volvió a cerrar.

—¿Por qué, Gretta? ¿Por qué?

La mujer del sacerdote dio un paso hacia atrás y su rostro desapareció entre las sombras. Sin decir nada se alejó por aquel pasadizo húmedo y oscuro.

Ersbetta volvió al rincón junto a la ventana, temblando de frío, sosteniendo sin fuerzas la pequeña escudilla con agua, que dejó sobre la escasa paja. Apoyó la espalda en la pared y se fue dejando caer hacia el suelo mientras sus ojos enrojecidos se cerraban tratando de olvidar dónde se encontraba, pero el rumor de los ratones que se acercaban provocó que su mente permaneciera alerta. Al lado de su escudilla y envuelta en la penumbra, distinguió una piedra blanquecina que llamó su atención. La cogió entre sus manos y notó que estaba caliente y le transmitía un agradable calor por todo el cuerpo. Más reconfortada, la miró acariciando su contorno.

Fue entonces cuando bajo sus ojos verdes ahora iluminados, la piedra reflejó una pálida imagen de su hija dando de comer a los animales en el establo… Masika se detiene un instante… puede oír el lejano galope de unos caballos… Tor ladra y la niña entra a toda prisa en la casa. Se pone su capa, coge algunas cosas que hay encima de la mesa y sale a toda prisa acompañada del perro haciendo salir del corral a todos los animales: ¡Salid, salid todos! ¡Ea, ea! Las gallinas siguen al gallo, las cabras a la burra y el asno sigue a la niña y a Tor en su camino hacia la montaña. En cuanto ella se refugia en una cueva custodiada por dos lobos, el asno y los demás animales huyen por un camino cercano. András, Béla y János entran en la casa dando voces. Miksa se queda fuera, dudando. András, que grita como loco, prende fuego, András prende fuego, prende fuego a la casa...

Ersbetta no podía despegar sus ojos de las llamas que le mostraba la piedra. De repente sintió una gran quemazón en las manos y la soltó con un grito. En el suelo, entre la paja, ya sólo era un guijarro sin forma. Se llevó las manos al pecho, sin poder contener ya las lágrimas. Su casa ardiendo… sus animales perdidos, su hija buscando refugio… Todo lo que tenía estaba destruido por haber asistido al parto de Zsuzsanna. Pero el herrero debía acudir en su ayuda, él debía defenderla; su hijo y su esposa estaban bien. Tenía que hacerlo…

Sin saber porqué, se sintió observada, aunque nadie estuviera tras las rejas, ni nadie se hubiera asomado al ventanuco de la celda. Aguzó el oído pero sólo el agua goteando por el techo y las paredes la acompañaban. De repente se sintió enferma, mareada, sin fuerzas; se vio caer en un pozo negro sin fondo. Caía y caía hasta que un cubo de agua helada sobre su cara la despertó.

El carcelero la cargó sobre sus hombros y la condujo por el húmedo pasadizo con olor a orines. Ella trató de librarse de él golpeándolo en la espalda, pero al hacerlo, cayó al suelo, logrando que el hombre se enfureciera y le asestara un puñetazo en la mejilla derecha. De nuevo inconsciente, fue conducida al exterior y abandonada en el fondo de una cuadra, rodeada de bostas y paja sucia. No sintió cómo dos hombres ataban sus manos al extremo de una cuerda unida a las riendas de un caballo viejo montado por Mikla Pekósky, el mismo que había acudido a ella para que le aliviara la molestia de la uña de su pie, el mismo que le había pedido que invocara al dios de la lluvia para que no perdieran la cosecha. En el suelo embarrado, muy cerca de ella, dos perros se peleaban y dos hombres trataban de separarlos.

Despertó mareada y molesta por las cuerdas anudadas a sus muñecas. Intentaba aflojárselas sin conseguirlo cuando el caballo de Mikla volteó y la hizo levantarse de repente estirando violentamente los músculos de sus brazos. Sintió un terrible espasmo de dolor y antes de que las lágrimas empezaran a correr por sus mejillas cayó al suelo y su cara quedó enterrada en el lodo y la nieve.

Aquellos que trabajaban en las tierras cercanas dejaron sus tareas para ver cómo la curandera que había bajado la fiebre de sus hijos, la que les había entregado hierbas para curar sus dolores de estómago, ahora era arrastrada por el suelo sin piedad. Mikla se detuvo junto a ellos para gritar a los que se acercaban:

—¡Mirad bien! ¡Esto es lo que les hacemos a las hechiceras!

Ersbetta trató de incorporarse con esfuerzo.

—Mikla, suéltame… No sabes lo que…

Desde lo alto de su caballo, aquel hombre de ojos estrábicos que no dudaba en azotar a su mujer cuando era necesario, sólo supo mirarla con desprecio. La escupió en la cara y espoleó su montura. Entonces ella volvió a caer violentamente a tierra; sus pulmones dejaron de respirar y sintió un gran dolor en el pecho. Fue arrastrada así

más de ochenta pies hasta llegar a la plaza del pueblo.

—¡Miradla! —gritó de nuevo Mikla a los comerciantes de ganado que allí se congregaban—. ¡Mirad a la hechicera que abre los vientres de las mujeres! ¿Convocará ahora a los espíritus para que la ayuden?

La mujer del carpintero, Erzsebet Mamberg, corrió junto a Ersbetta, la ayudó a darse la vuelta y limpió un poco su rostro magullado con su propio mandil. Pero la curandera estaba inconsciente de nuevo y Erzsebet, furiosa, golpeó con los puños las piernas de Mikla, que reía y gritaba llamando la atención de más gente.

—¡Bastardo! ¿Qué estás haciendo?

Mikla bajó de su caballo y con los brazos en jarras contempló como Erzsebet volvía a limpiar el barro de la cara de Ersbetta. Algunas mujeres más se acercaron a ellos pero nada hicieron ni dijeron. Entre ellas, la mujer de Mikla, una de las que había acudido a la celebración del rito del invierno. Se quedó donde estaba, con un fardo de paja a sus pies y una mano tapando su boca para evitar gritar de dolor viendo a su amiga hundida en el barro. Pero Maritja nada hizo en su favor y, como ella, varias mujeres a su lado que le habían pedido bebedizos de cornicabra para que su esposo tuviera vigor o emplastos de hojas frescas de fresno para eliminar las grandes verrugas que padecían, o más aún, que le habían suplicado que salvara a sus hijos de la enfermedad de las pústulas o de virulentas fiebres. Ahora tenían miedo de defenderla ante los demás. La cobardía era más poderosa que la amistad.

Sintiendo el calor de las manos de Erzsebet en su cara, abrió los ojos. Aún con todo el cuerpo magullado, se incorporó, alzó su rostro y dijo:

—Cuídate, Mikla Pekósky, porque el rayo y la tempestad caerán sobre ti la próxima luna menguante —Todos los que estaban a su alrededor y oyeron aquellas palabras murmuraron por lo bajo. Ersbetta se incorporó y miró de frente el rostro de aquel mal hombre que había enmudecido de repente—. Así sea, pues así lo deseo.

Mikla enrojeció de ira y levantó su fusta dispuesto a golpearla:

— ¡Maldita hechicera servidora de las tinieblas!

Antes de que el látigo la alcanzara un joven agarró el brazo de Mikla y lo detuvo.

—¡Deteneos! —gritó apartándolo de la mujer—. ¿Estáis bien señora? –le preguntó tratando de liberarla de sus ataduras. Se trataba de Brunus, el joven ayudante de Gyula, el panadero.

No, no estaba bien. Sentía calambres en los brazos, le sangraban la barbilla y la frente, pero ni una sola lágrima iba a salir de sus ojos y menos delante de todos aquellos que la miraban como si de un buey herido se tratara.

—Soltadla ahora mismo —exigió Brunus.

—¡Habrase visto semejante estúpido! —Mikla reía sorprendido señalando al esmirriado muchacho, cuya envergadura era la mitad que la suya.

Brunus cerró los puños y lo sorprendió con un gesto rápido asestándole un buen golpe en la mandíbula. Mikla se llevó las manos a la cara mostrando una mueca de dolor. Aquel infeliz le había partido un diente y se las iba a pagar. Lo agarró de la túnica, pero Brunus era más joven y más rápido y escapó de allí prometiendo que regresaría con ayuda. Gyula sabría qué hacer.

Con la boca dolorida y sangrante, Mikla volvió a montar. Fustigó con fuerza a su caballo y emprendió la marcha arrastrando tras de sí a la curandera, que atadas sus manos a la cuerda, tropezaba, caía en el suelo y volvía a levantarse. Sólo un pensamiento llenaba su cabeza: Resistir.

Erzsebet Mamberg y las otras mujeres los vieron alejarse de allí mientras unos ligeros copos de nieve empezaban a alfombrar de nuevo las calles de Salföld.

2

Gretta la ayudó a quitarse la túnica, la camisa y las calzas manchadas. Limpió con agua tibia el barro de su cara, de su pelo y de sus manos y empapó con vino algunas de sus heridas.

—No tengo nada contra ti, ya lo sabes —le dijo—. Todo es cosa de los hombres, que todo lo quieren y todo lo pueden —aseguró mientras le tendía unas calzas limpias y una túnica vieja que le estaba grande por todas partes—. Te avisé de lo que sucedería, no dirás que no te avisé…

Ersbetta no respondió. Le temblaban las rodillas y no pudo más que tomar asiento cerca del fuego no sin dificultad, pues tenía las piernas magulladas y un dolor intenso y punzante en la cadera. Estaban en casa del padre Ladislav, junto a la iglesia, justo encima de donde había pasado encerrada los últimos dos días.

—Dame agua, por favor —dijo con un hilo de voz.

—Claro, claro —Gretta no era mala, por eso, tras el agua, le sirvió un poco de vino caliente y un pedazo de pan con queso—. Ladislav está en la sacristía, con el juez Mechwart. Dentro de poco te llamarán.

Unos perros ladraron en el exterior. Alguien se acercaba.

—¡Déjanos solos, mujer!

Gretta salió sin rechistar mientras Hans Smisza sonreía y avanzaba unos pasos.

—Os encuentro algo desmejorada desde la última vez…—dijo irónico mientras la observaba con descaro.

—Déjame en paz, médico. —Sus mejillas enrojecieron de rabia al ver aquella cínica sonrisa. A su alcance se hallaba el cuchillo con el que Gretta había cortado el pan y con un gesto rápido lo agarró alzándolo ante Hans.

—¡Ja,ja,ja! —Él avanzó hacia ella un paso más, sin temor—. ¿Me estás amenazando? ¿Me amenazas antes del juicio que va a condenarte a la hoguera?

El médico sonreía, pero sus ojos no lo hacían. Sus pupilas estaban dilatadas y fijas en la hermosa cara de aquella mujer. —Es evidente que no tienes hombre que te proteja… ¡Sabes hacerlo por ti misma! Por cierto, tu hija ya está en mi casa, ¿lo sabías? Mañana, cuando tú hayas muerto, la desposaré, ¿tienes algo que decir?

Ersbetta sabía perfectamente que aquel hombre mentía. Su visión le había mostrado que Masika estaba a salvo, así que él sólo quería asustarla, demostrarle que él tenía el poder. Dejó el cuchillo sobre la mesa y alzó la cabeza ante él, desafiante.

—¿Crees en el infierno, Hans? —le preguntó mirándole fijamente a los ojos—. ¿Crees en ese infierno del que habla el padre Ladislav? Tal vez tu Dios todopoderoso no tenga piedad de ti y te envíe a ese lugar lleno de almas sucias como la tuya.

Él no contestó. Se limitó a mirarla concentrado en aquellos labios suaves. Acercó su mano y acarició con los nudillos la cara de aquella mujer que tenía el valor de varios hombres juntos. Con el gesto elegante y rápido de una serpiente se situó frente a ella y su boca le susurró al oído:

—Vengo de él, mujer…

El padre Ladislav entró en la habitación y alzó las cejas asombrado al ver tan juntos a Ersbetta y a Hans. Cualquiera habría pensado que acababa de sorprender a dos enamorados, pues sus mejillas estaban sonrojadas y casi podían oírse sus respiraciones agitadas.

—Es la hora —anunció.

Hans asintió y salió con paso decidido sin volver la vista atrás. Ella palideció de forma repentina en cuanto el sacerdote le dijo:

—Aún puedes arrepentirte de tus pecados, mujer.

—¿De qué pecados habláis? —preguntó ella cubriéndose los cabellos con una pañoleta de lino que le había proporcionado Gretta. ¿Es pecado ayudar a una mujer con dificultades a la hora de parir? ¿Acaso vuestro Dios no quiere que las mujeres tengan hijos? ¿Vuestro Dios quiere que las mujeres mueran sin ser atendidas? ¿Es ése mi pecado? —El sacerdote no respondió. Cruzó los brazos en torno al pecho y con una media sonrisa dejó que ella siguiera hablando.

—Pecado es la miseria en la que viven las gentes oprimidas por la nobleza; pecado es que un hombre mancille a una mujer y no sea castigado; pecado es abusar de niños indefensos.

El sacerdote acercó su cara a la de ella, que pudo observar de cerca sus ojos acuosos y una pequeña cicatriz en su frente. Su piel olía a leño seco, era probable que no viviera más allá de diez lunas.

—Las palabras de tu boca salen contaminadas por el demonio que ha entrado en tu cuerpo. Si no te arrepientes ahora y aceptas a Dios como tu salvador, no puedo hacer nada más por ti.

Sentados detrás de una mesa rectangular se hallaban Hans Smisza, el padre Ladislav y el juez Puskas Mechwart. Éste último lucía su gran nariz colorada como sus mejillas y su mirada era vidriosa y algo extraviada. Como testigos figuraban András y Miksa, los amigos de Otto Titusz contratados por el médico para raptar a Masika

y la mujer de Gustav Klimt. Como parte acusadora compareció el herrero, Károly Kovács. Seria la hora sexta cuando el juez habló:

—Llamo a declarar a Ersbetta Tót, también llamada Ersbetta la curandera.

Ella entró en la sala, avanzó a duras penas unos pasos y se situó muy cerca de la mesa donde iba a ser juzgada. Aún así, el juez no se percató de las magulladuras de su cara, pues era algo corto de vista.

—¿Quién os representa, señora?

Ella no respondió. No sabía de qué le estaba hablando el juez. Pero en ese instante, Gyula el panadero habló desde el fondo de la sala.

—Yo represento a Ersbetta Tót, señor. Soy Gyula Deak, comerciante panadero de Salföld, señor —afirmó frotándose las manos algo nervioso.

En aquel tiempo las mujeres no podían presentarse ante un tribunal sin la presencia de un esposo, hermano o tutor que la representara. Cuando Gyula supo de su detención no dudó un instante en acudir al padre Ladislav para representarla en el juicio que había de celebrarse.

—El representante de la acusada, ¿conoce los cargos que se le imputan?

—Sí, señor —asintió Gyula con un hilo de voz.

— ¿Y cómo declara a la acusada, señor Déak?

—La acusada no es culpable, juez Mechwart.

Ersbetta sintió una oleada de agradecimiento hacia Gyula. Era un buen hombre y ahora lo estaba demostrando.

—Por el momento puede retirarse el señor Deak —indicó el juez con un gesto cansino. Acto seguido, se dirigió hacia ella para preguntarle:

—¿Es cierto, Ersbetta Tót, que practicáis curaciones y preparáis medicinas?

—Así es —contestó ella con una leve voz que apenas se oyó. Estaba mareada y el dolor de su cadera volvía con más fuerza.

—¿Preparáis también bebedizos o filtros mágicos? —oyó que continuaba preguntando el juez—. ¿Reunís a otras mujeres en el bosque para adorar a la diosa Diana? ¿Os despojáis de vuestras ropas y danzáis impúdicamente a la luz de la luna?

—En ocasiones, sí —admitió sin vergüenza.

—¿Sabéis que esas prácticas son manifestaciones paganas no admitidas por la Iglesia Cristiana? ¿Sabéis que estáis ejerciendo las artes del diablo?

El padre Ladislav abrió un libro que tenía frente a sí y comenzó a leer:

—"*Algunas mujeres malvadas se han dejado pervertir por el Diablo y descarriar por ilusiones y fantasías inducidas por los demonios de manera que creen salir de noche montadas a lomos de animales en compañía de Diana, la cual las llama ciertas noches para que les preste servicio*." Así está escrito en el *Canon Episcopi* —dijo el sacerdote alzando un dedo—. Pero aún continúa: "*Satanás se apodera y esclaviza la mente de mujeres miserables y hace que esa mente ilusa vea cosas extrañas y gentes desconocidas. Esto no ocurre más que en la mente, pero las personas que no tienen fe creen que es real.*"

Ersbetta alzó las cejas, incrédula.

—No os comprendo, señor —respondió tranquila—. Nunca hemos acudido a los espíritus ni a los demonios de la montaña. Nosotras adoramos a Diana para pedirle un parto fácil, para tener buenas cosechas en nuestros campos y frutos en nuestros árboles.

El padre Ladislav sabía que la mujer decía la verdad. La iglesia cristiana acudía al nombre de Satanás para atormentar las mentes de sus fieles y la religión de Ersbetta sólo se preocupaba de los dioses primigenios y de la Diosa Madre. Pero esos ritos paganos debían de terminar de una vez para dar paso al cristianismo, y la mejor forma era considerar a los dioses antiguos como demonios y a sus adoradores, como brujos.

—Señora Tót —siguió preguntando el juez—. ¿Desde cuando no asistís a la iglesia vos y vuestra hija?

—No asisto a vuestro culto. —El tono pudo parecer desafiante, pero no lo era en absoluto. Ella no era hipócrita como muchos lugareños que asistían a la iglesia y en la intimidad de sus hogares seguían adorando a los dioses antiguos.

El sacerdote y el médico se miraron satisfechos. Entonces, el padre Ladislav aprovechó para hacer un apunte:

—La acusada tampoco ha pagado el diezmo a la iglesia, tal y como ha ordenado el príncipe István.

El juez asintió pensativo tras oír aquella declaración y continuó:

—Bien, y ahora os pregunto: ¿Atendéis partos?

—Así es.

—¿Es cierto entonces que asististeis al de la esposa de Károly Kovács, herrero de Salföld presente aquí en la sala?

Károly la miró con la barbilla alzada, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entornados.

—Es cierto. —Ersbetta volvió su mirada hacia la pequeña ventana de la izquierda y pudo ver que la nieve caía con fuerza. Se estremeció, se frotó los brazos para darse algo de calor y se dio cuenta de lo horrible que estaba con el vestido que le había prestado Gretta. Se sintió ridícula y fuera de lugar, oyendo lejana la voz del juez, como en un eco distante.

—Pero, ¿acaso no recibisteis una orden de no practicar más partos ni curaciones en Salföld ni sus alrededores?

Ella apretó los puños y respondió:

—Cierto —Respiró hondo y añadió en su descargo—. Pero según tengo entendido, la caridad cristiana es una gran virtud… No hice más que atender a quien solicitaba mi ayuda.

—¡Ajá! —Hans se levantó de su asiento y la acusó con el dedo—. ¡La familia Kovács os suplicó que la ayudarais! ¿Y por eso abristeis el vientre de esa pobre mujer y le provocasteis la muerte?

Gyula dio un respingo en su asiento y miró a Ersbetta, que parecía confundida.

—¿La muerte? ¡Zsuzsanna está viva! —protestó.

Hans siguió acusando:

—¡No! ¡No está viva! ¡Ha muerto gracias a tus prácticas infernales!

Ella negaba con la cabeza, insistiendo:

—No es cierto… ¡No es cierto! ¡Estáis mintiendo! —Se dirigió hacia el herrero y le reclamó: —¡Karoly! Bien sabes que me aseguré de que ella y el niño...

—¡Silencio! —interrumpió el juez—. ¿Cómo os atrevéis a acusar de falsedad a este tribunal?

El juez Mechwart tosió dos veces escupiendo saliva al frente, pidió a Gyula que se acercara y le preguntó:

—¿Tenéis algo que alegar a favor de vuestra representada?

Gyula balbuceó sin saber bien qué decir. Era un hombre de pocas palabras y sólo supo manifestar que tenían que tener piedad con la acusada, que no podían tener razón las voces que la acusaban de cosas tan terribles. Pero el hombre no supo dar fuerza a sus palabras y mientras Hans sonreía, el juez cabeceó contrariado.

—Los testigos… ¿tienen algo que declarar?

András dio un paso al frente, carraspeó y dijo:

—Yo… yo la he visto escupir en un campo y provocar una sequía, señor. Y… y poco después los animales que pastaban en ese campo enfermaron y murieron, señor.

Hans sonrió. Muy bien András…

Por su parte, la señora Klimt la acusó de maldecir sus tierras y de hacer que naciera en su granja un ternero con dos cabezas.

—De la hija de una mujer salvaje que vivía con los lobos no puede esperarse nada bueno —dijo con rabia—. Si decían que su madre se transformaba en ese salvaje animal, tal vez ella misma también lo haga.

Ersbetta la miró con pena. La había ayudado a concebir un hijo y ahora se veía pagada de aquella forma. Pero ella no sabía que la rabia de la señora Klimt era debida a que aquel hijo tan deseado ahora era un jovencito enfermizo y débil que no podía ayudar a su padre en la granja. Ante aquella situación, no podía evitar achacar las enfermedades de su hijo a haber sido concebido por un hechizo de la curandera, de quien ahora abominaba.

El juez Mechwart estaba totalmente asombrado de lo que se estaba diciendo en aquella sala. Su trabajo normalmente consistía en asistir a pleitos por lindes en las propiedades, en condenar a ladrones, no en juzgar mujeres que se transformaban en lobos y abrían los vientres de las parturientas para sacar a sus hijos.

Pero el turno de Miksa fue diferente, a pesar de Hans Smisza.

—Háblenos de la acusada, señor —le dijo el juez.

Miksa era pendenciero, bebedor y amigo de lo ajeno, pero era ya viejo y antes de morir no iba a acusar a la mujer que le había curado de sus malestares de huesos y le había proporcionado remedios para sus frecuentes dolores de muelas.

—Yo, señor juez, digo que la acusada merece ser puesta en libertad. Digo que ha sido injustamente tratada.

Los ojos del médico se entornaron. ¿Qué diablos le ocurría a Miksa?

—Ersbetta Tót es una buena mujer que ha curado mis males y los de muchos habitantes de Salföld. Las mujeres suelen morir en los partos, y sus hijos también. Las parteras no son todopoderosas, señor. —Sintió sobre sí la mirada de todos los presentes, pero continuó—. Si abrió el vientre de Zsuzsanna, tal vez fue porque creyó conveniente hacerlo.

Ersbetta lo miraba agradecida. El bueno de Miksa no le había fallado.

El juez se levantó de su asiento y salió de la sala seguido por el padre Ladislav. Ambos se dirigieron a la habitación contigua donde Gretta tenía preparado un plato con tocino, pan y más vino para el juez.

—Mirad, padre —le dijo el juez sentándose a la mesa—. A pesar de que la tal Zsuzsanna Kovácsne haya muerto, y a pesar de la arriesgada operación que esa insensata trató de practicar, creo que bastaría con setecientos sueldos de multa. Después de todo, el neonato está vivo, ¿verdad?

—No por mucho tiempo… Esa práctica infame no ha de ser buena para una criatura.

El juez dudaba.

—La verdad es que no sé qué pretendéis que haga con esta mujer. ¿Qué haría el pueblo llano sin el servicio de las curanderas y las parteras? Bien sabéis que alumbrar hijos al mundo no es fácil y no está exento de riesgos…

El padre Ladislav sirvió más vino que el juez bebió con gusto y avidez.

—*No dejarás que vivan las brujas*: Éxodo, capítulo veintidós, versículo dieciocho —apuntó el sacerdote—. Esa mujer no es una simple curandera. Es una hechicera que en las noches de luna llena adora ídolos impúdicamente y, no contenta con eso, se atreve a desafiar a la naturaleza abriendo el vientre de una parturienta. No hay duda de que sus manos están guiadas por las funestas manos del diablo, y si ese bebé está vivo es sólo por la misericordia de Nuestro Señor. Juez Mechwart, es hora de poner coto a estas prácticas.

El juez apuró su copa y comió algo del tocino que había en el plato. El sacerdote lo observaba esperando una respuesta, pero no llegaba. Puskas Mechwart siguió comiendo y bebiendo concentrado en su tarea, aunque en su cabeza no cesaban de bullir los pensamientos acerca de lo que era justo y lo que no.

Ersbetta esperaba de pie en la sala del juicio, atemorizada, con aquella áspera túnica que le había prestado Gretta y sufriendo las continuas burlas e insultos de András y Károly mientras Hans pedía explicaciones a Miksa.

—¿Se puede saber por qué has…?

—¿Dónde está Otto? ¡Decidme! —se encaró Miksa—. ¿Dónde? ¡Desde que fue a vuestra casa nadie más lo ha visto! ¿Acaso creéis que sois el amo de Salföld, médico? ¿Creéis que porque soy viejo no me doy cuenta de las cosas?

Antes de que Hans le respondiera se oyeron pasos que indicaban que el juez y el sacerdote volvían. El rostro del juez Mechwart se mostró ante los presentes con los carrillos enrojecidos y fláccidos. Con la uña del dedo meñique se limpió un resto de tocino que le había quedado entre los dientes y llamó a Gyula.

—Este tribunal acusa a vuestra representada de la muerte de Zsuzsanna Kóvacsne. —Hans Smisza sonrió mostrando sus pequeños dientes. Sus manos de uñas largas y amarillentas se retorcían de satisfacción bajo la mesa. Miró hacia la ventana y pensó en los hombres que había mandado en busca de Masika, casa por casa si era necesario. Por su parte, Károly Kovács asentía con la cabeza, satisfecho con la sentencia.

El corazón de Ersbetta empezó a palpitar como si quisiera huir de su cuerpo, y fue entonces cuando bajó la mirada que había estado sosteniendo con firmeza y se desmayó cayendo desplomada al suelo. La sala se volvió oscura como las pesadillas.

Gyula corrió a levantarla del suelo. Se sentía incapaz de intervenir, de ayudar; él sólo era un panadero de carácter débil, ¿qué podía hacer? Ella abrió los ojos, sintiendo como la cabeza le daba vueltas oyendo las palabras de Puskas Mechwart:

—Ersbetta Tót, por dedicar vuestros días a la hechicería y haber causado la muerte de Zsuzsanna Kovácsne, este tribunal os condena a morir en la hoguera.

El juez se levantó. Le desagradaba haber tomado aquella decisión, pero el padre Ladislav le había ofrecido cederle unas buenas tierras a las afueras, de las más prósperas y, antes de arrepentirse de lo que estaba haciendo, recogió sus cosas y se encaminó hacia la puerta. Tras él iba el sacerdote y Ersbetta le dirigió unas palabras alzando la voz:

—Debéis saber, Ladislav, que el hijo que espera vuestra criada Gretta, un hijo de vuestra carne, nacerá con el mal de los espíritus —Tomó aire y continuó—. Nacerá maldito ¡él, y los hijos de sus hijos! —Todos en la sala la miraban atónitos mientras ella continuaba profetizando—. ¡Caerán al suelo, se retorcerán con fuertes convulsiones y sus lenguas ennegrecerán sin que nada podáis hacer para evitarlo!

El rostro del sacerdote palideció y las arrugas que bordeaban sus ojos parecieron hacerse más profundas. El juez hizo un gesto con la mano para que Gyula sacara de allí a aquella mujer y salió también tras ellos, cabizbajo, deseando que aquel día acabara de una vez. Hans cerraba la fila observando el andar cansado del sacerdote, incrédulo ante lo que acababa de oír, pero divertido. En la calle anochecía y la nieve caía con fuerza, azotada y agitada por el viento. La luna negra, la luna de Hécate, diosa cruel, reía en la oscuridad.

3

La mañana siguiente amaneció nublada y fría. A caballo, los emisarios del príncipe István recorrían con lentitud las estrechas calles de Salföld llenas de la abundante nieve caída durante la noche. A Róbert y a Fülop les parecía extraño no ver el bullicio habitual de gente, pues apenas un anciano ciego y varios gatos caminaban por la calle principal, la que desembocaba en la plaza. No había niños correteando ni mujeres con la colada a cuestas camino del río; ni siquiera en la taberna parecía haber clientes. Róbert descabalgó y entró en el sucio local donde la propietaria dormitaba en una silla; al parecer, borracha. La zarandeó y ella, al verlo, se arrodilló ante el perplejo hombre que la escuchaba:

—¡Una injusticia! ¡Una injusticia es lo que es! —Sollozaba la mujer agarrándose a las botas de Robert—. ¡Ella no se lo merece y va acabar así, en la hoguera!

—¿De quién habláis, buena mujer? —preguntó tratando de enderezarla y sentarla de nuevo en su silla.

—De la curandera Ersbetta… ¡Ella sanó el mal del espanto de mi esposo! ¡Me dio remedios para mis hijos enfermos!

Róbert asintió y preguntó de nuevo:

—¿Hoguera habéis dicho?

—¡Si! ¡A esta hora ya habrán encendido la pira!

Tenían que apresurarse antes de que quemaran viva a la mujer, así que cabalgaron hacia la plaza, donde una multitud observaba cómo Ersbetta era conducida hacia un montón de leños. En primera fila, algunos vagos y maleantes de paso por el pueblo gritaban contra ella, otros la insultaban; algunos, como Gyula, Brunus, Miksa y Erzsebet Mamberg, suplicaban clemencia. La pequeña Nanya observaba la terrible escena encaramada a uno de los tilos de la plaza. Ersbetta se parecía mucho a su madre, alta, de expresión resuelta y valiente. Pero su madre había muerto y ahora ella también lo haría.

Caminando renqueante hacia el gentío se acercaba Károly Kovács. Iba borracho y, tras tropezar con un niño, se quedó sentado apoyado en la fuente, sollozando por su esposa muerta. Llevaba toda la noche bebiendo sin parar y no podía pensar con claridad, pues sólo tenía en su mente el rostro sin vida de Zsuzsanna. Que quemaran a aquella hechicera. Que la quemaran de una vez. Había prometido que salvaría a Zsuzsa y ahora él tenía que hacerse cargo de un bebé que le recordaría constantemente la tragedia de su esposa. ¡Que la quemen! —gritó en voz alta, pero su voz apenas se oyó entre la multitud.

Sucedió que después de que los hombres de Smisza hicieran salir a Ersbetta de su casa el día del parto, Károly y su hijo mayor siguieron a la multitud que la condujo hasta el calabozo. Trataban de explicar a la gente que la curandera había logrado sacar al niño con vida y que Zsuzsanna estaba bien, pero nadie les escuchaba. Y en la casa, allí donde había quedado la parturienta y su bebé recién nacido, alguien entró. Se acercó al rincón donde descansaba la mujer y levantó la manta que la cubría para ver la cataplasma que la curandera había colocado sobre su vientre. Increíble, era realmente increíble que estuviera viva. Pero eso no era bueno para él, así que sin perder el tiempo sacó del bolsillo de su capa un bebedizo de ramas de acónito. Zsuzsanna entreabrió los ojos despertando de su inconsciencia y reparó en una figura oscura de espaldas a ella que se volvía y le daba a beber un líquido de sabor extraño. Enseguida notó un hormigueo desagradable en la boca y en la lengua; abrió por completo los ojos y vio que el médico estaba frente a ella mirándola con atención. La visión enseguida se tornó borrosa y su pecho empezó a agitarse por la falta de aire. Hans contempló impasible cómo el rostro de Zsuzsanna se volvía rígido y cómo sus miembros empezaban a convulsionarse: Ya se acercaba el fin de su sufrimiento. El médico dio un vistazo por la pequeña ventana y vio que no había nadie alrededor. La suerte le acompañaba, como siempre. El bebé dormía junto a su madre, envuelto en los lienzos que impedían que su pequeño cuerpo se moviera. Estaba tranquilo, sin percibir cómo ella respiraba a intervalos cada vez más cortos mientras en su cara se reflejaba el intenso dolor que sentía en su interior. Volvió con dificultad su mirada hacia el recién nacido y murió con esa imagen que apaciguó su alma y liberó su cuerpo.

Cuando Károly y su hijo regresaron y encontraron muerta a Zsuzsanna lloraron como dos niños abrazándola y tratando de despertarla. El bebé también empezó a llorar mostrando el poder de sus pulmones nuevos; tanto así que llamó la atención de la vieja señora Grikjel, que pasaba por allí camino de la casa del médico. En cuanto la anciana supo de la muerte de Zsuzsanna, fue escampando la noticia hasta llegar a casa de Hans, donde pretendía que él le diera una solución al dolor que sentía en su pierna derecha, pues tenía las venas cada vez más hinchadas y dolorosas.

—¿Conoce la noticia, Smisza?

Hans preparó su instrumental y las sanguijuelas que necesitaría para practicarle una sangría y negó con la cabeza.

—Zsuzsa Kovácsne ha muerto después de la carnicería que hizo con ella la curandera. ¡Habrase visto tamaña barbaridad!

Él le daba la razón a la vieja mientras la tumbaba en un banco de madera junto a la pared y le colocaba varios de aquellos gusanos negros y hambrientos que enseguida se dispusieron a morder con gusto la piel de su presa.

Y en la plaza donde iban a quemar a Ersbetta, muy cerca del herrero y ocultos su rostro y su pelo con una pañoleta oscura, se hallaba Masika. Había logrado escapar de los hombres de Otto Titusz y se había escondido en el monte, en una cueva de difícil acceso, pero los días sin noticias de su madre se habían hecho muy largos, por eso había decidido bajar al pueblo y averiguar qué estaba sucediendo. Ahora tenía que ver cómo le daban muerte sin que pudiera hacer nada para impedirlo. Estaba paralizada y más consciente que nunca de que sólo era una niña de doce años impotente ante los acontecimientos. Pero ¡algo tenía que pasar! ¡Algo! Veía a su madre a lo lejos, de pie, maniatada, con la cara pálida y, desesperada, buscaba una señal, invocaba clemencia no sabiendo bien a quien hacerlo. Mientras sentía el nudo en su garganta y las lágrimas acudían a sus ojos, pasaron por su lado y a toda prisa dos jinetes con caballos equipados con elegantes arreos y el escudo real. ¡Dos hombres del príncipe István!

Bajo la atenta mirada de todo un pueblo, Róbert se acercó al padre Ladislav y le dirigió unas palabras. Mientras, Fülop descabalgaba y, entre los murmullos de la multitud, desataba a la prisionera liberándola de la cercanía de las llamas.

—Decidme porqué habéis condenado a esta mujer —inquirió Róbert al padre Ladislav.

—La brujería está condenada por el príncipe István, ¿acaso lo ignoráis, caballero?

—Poco importan ahora vuestros juicios, señor. El príncipe nos ha ordenado llevar a esta mujer ante su presencia.

Una amplia sonrisa iluminó la cara de Hans Smisza, que acababa de llegar y se había colocado a la derecha del sacerdote.

—Tal vez pretenda ajusticiarla él... —intentó adivinar.

El juez Mechwart suspiró aliviado mientras Fülop colocaba su propia capa sobre los hombros de Ersbetta, que subió al caballo que le acercaron.

Era hora de que Masika abandonara el pueblo, así que emprendió el camino del monte para ocultarse en la cueva donde había pasado las últimas noches. No sabía para qué requeriría el príncipe a su madre, pero le había salvado la vida y eso era lo importante.

Caminaba a paso ligero sin toparse con nadie cuando un delicioso aroma la detuvo. Aún caliente sobre un cajón de madera encontró una tarta de ciruelas. La puerta de la casa estaba entreabierta y su dueña no tardaría en salir, pero tenía hambre y sus provisiones menguaban, así que envolvió la tarta con el lienzo que la cubría y la hizo desaparecer dentro de su bolsa, bajo su capa. Corrió por el camino desierto hasta llegar a la última casa de Salföld. La señora Farkas despellejaba unos conejos sentada junto a la puerta y la llamó:

—Hija de la curandera, ven…

Masika se volvió y vio que la mujer envolvía los conejos en un pedazo de tela de lino gris. Mientras caminaba hacia ella, la mujer trataba de hallar en los ojos de la niña algo que le dijera qué había sido de su madre. No lo halló, pues aquellos ojos verdes eran a la vez que misteriosos, inescrutables.

—Tu madre…

Masika negó con la cabeza y le explicó la llegada de los caballeros del príncipe. La mujer parecía aliviada, pero el destino de Ersbetta ahora en manos del príncipe István, era incierto.

—András y Béla han estado preguntando por tu paradero y ahora te buscan por el bosque. Ten cuidado, niña —dijo tendiéndole los conejos que había preparado—. Hay poca caza este extraño invierno, pero dejaré una pieza cada tres días junto al tocón que hay cerca de la roca blanca —Masika asentía, dándole las gracias por su buena voluntad—. Y ahora vete. Mi esposo y mis hijos deben estar a punto de llegar.

Masika corrió hacia el bosque recordando la ocasión en que la señora Farkas había gritado al paso de su madre, acusándola de haber provocado la tormenta que se había llevado a uno de sus hijos. Muchos la creyeron, como creyeron que escupía en los campos y provocaba las sequías. Masika no comprendía que la gente pensara esas cosas terribles de su madre, pero así era y nada podían hacer para evitarlo. Pero tiempo después, el señor Farkas llegó hasta su casa con su hijo pequeño en brazos, como muerto, y suplicó con la voz en un susurro que devolviera la vida a aquel niño, como si su madre fuera una diosa con el poder de dar y quitar la vida. Ersbetta no era una diosa, pero tenía algunos de sus poderes que hicieron que el hijo pequeño del señor Farkas viviera, y los días siguientes el hijo mayor Farkas dejó un cesto a su puerta con pasteles y dulces de calabaza. Ahora que la hija de la curandera necesitaba ayuda, la señora Farkas[ii] se estaba comportando como una madre loba que cuidaba de sus crías, pues mientras veía a la niña alejarse hacia los montes, pensaba en si su refugio sería cálido, si encontraría leña suficiente para que el fuego no se apagara durante la noche. Pobre niña —pensaba—, sola, con una madre a quien habían condenado a muerte. Pero no iba a ser ella quien la delatara, no iba a ser ella quien dijera a los hombres de Hans Smisza que sabía que Masika se ocultaba en el bosque, porque su madre había devuelto la vida a su hijo pequeño y ella era de mal carácter, pero no desagradecida.

Los hombres de Smisza buscaban lejos de donde se encontraba Masika, que atravesaba un arroyo helado pensando en la responsabilidad que tendría si su madre no regresaba. A su cargo quedaría entonces aquello que su familia protegía desde hacía tanto tiempo: la lira mágica. Que Diana la protegiera a ella y a su madre. De todos modos, sospechaba que aquel instrumento, o mejor dicho, lo que contenía, era lo que las protegía a ellas. Por eso se había salvado de las llamas.

Se adentró en el bosque y caminó despacio. Allí la nieve era más espesa y le costaba avanzar con rapidez. Se acercaba al lugar donde, desde hacía un año, la lira se hallaba enterrada al pie de un roble, el árbol protector. Mientras llegaba al lugar pudo percibir la necesidad de tenerla entre sus manos, pero sólo su madre debía desenterrarla. Qué sola se sentía sin ella a su lado... Con las lágrimas dibujando surcos en su rostro cansado, llegó hasta el roble que tenía varias ramas partidas, algunas quemadas. Se agachó ante él, posó sus manos en su corteza, cerró los ojos y vio el rayo que lo había herido, la dolorosa muerte de una ardilla atrapada bajo sus ramas. Aún se maravillaba de las visiones y sensaciones que le sobrevenían cada vez más a menudo, en especial cuando se hallaba cerca de un árbol u observaba el movimiento del agua en algún arroyo. Con las manos ahora sobre la tierra se esforzó en visualizar el paradero de su madre, pero le fue imposible. Las visiones no siempre aparecían a voluntad, aunque a veces sí era posible forzarlas tomando artemisa o madreselva; pero en aquel momento no disponía de ellas.

Tal vez algún día dominaría aquellos poderes como lo hacía su madre, pero sabía que no era fácil y que a veces se volvían contra uno. Pero ella, Masika, la hija de la curandera, había visto como los campos de trigo se volvían más fértiles con la sola mirada de su madre; reconocía el aullido de los lobos anunciando la llegada del

invierno, y se acercaba sin temor a los huecos de los árboles donde las abejas le regalaban un poco de su miel. También podía silbar mirando al cielo y hacer que las nubes se partieran en dos o más porciones, como vellones de lana recién esquilados.

Masika, además de ayudar a su madre a preparar emplastos para los sabañones y lociones para eliminar liendres y piojos, había ayudado en la preparación de pociones de amor para muchachas del pueblo a quien sus enamorados poco o ningún caso les hacían; y tiempo después, las que habían logrado desposarse las obsequiaban con buñuelos, con algún pato o incluso con grandes pedazos de carne de jabalí que ellas regalaban a aquellos más pobres que las visitaban. ¿Por qué las cosas tenían que cambiar? ¿Por qué la nueva religión les impedía vivir con la magia?

La lira en sí era algo maravilloso, pero dentro de ella había algo que cambiaría el curso de sus vidas: un pedazo de pergamino enrollado sobre sí mismo y envuelto en un grueso pedazo de cuero. Un pergamino con extraños caracteres y dibujos de delicados colores que no se desdibujaban a pesar del tiempo y los años. Un pergamino que Ersbetta había recibido de manos de su madre antes de morir, cuando ella contaba doce años.

—Consérvalo como el más preciado tesoro —le dijo—. Lo encontré en el lejano lugar del Gran Círculo de Piedras y ha llegado la hora de que tú lo preserves. —Margit cerró sus ojos, sumamente cansada, sabiendo que la mano de la muerte estaba a punto de posarse sobre su frente. Ersbetta, arrodillada a su lado, oía su respiración lenta y pausada que marcaba el paso del tiempo. Pero de pronto su madre abrió los ojos de nuevo y con un hilo de voz dejó que unas extrañas palabras llegaran hasta los oídos de su hija—: Antes de que me vaya debes saber que nuestra sangre desciende de un gran sabio, de un mago, de un dios hecho hombre a quien llamaron Profeta —cogió su mano y siguió diciendo—: Él vive en los cielos y mora en la estrella del este, la estrella llamada Sirio. Nuestros poderes descienden de su poder y su sabiduría sólo la custodia un animal, el lobo, y unas mujeres, las de nuestra familia. Pero su nombre se perdió, por eso yo lo he recuperado para nosotras, y ése nombre es Tót[iii]. Abandonarás el nombre de nuestra familia; dejarás de llamarte Ersbetta de Kunadacs. Yo te nombro Ersbetta Tót, pues así está dispuesto. Abandonarás también nuestra casa de Salföld y vivirás con tu prima Karin en Pécs, pero cuando conozcas a tu futuro esposo regresarás aquí y vivirás en esta casa de nuevo.

A Margit le aparecieron sombras en sus ojos, señal de que el fin ya llegaba, por eso tenía que hacer un último esfuerzo.

—Conserva el pergamino, hija mía, hasta el momento en que deba salir a la luz y brille como la estrella de donde provino. Él es la Puerta. El destino de muchos hombres depende de él.

Sin acabar de comprender las últimas palabras pronunciadas por su madre lo desenrolló ante su lecho de su muerte contemplando los extraños símbolos dibujados en él: En la parte superior, una figura con cuerpo de fiera y cabeza humana sostenía una vara; en la inferior, un hombre con cabeza de halcón daba vueltas a una rueda al lado de lo que parecía un lobo. Debajo, dos serpientes alzadas miraban a un lado y al otro del pilar que sostenía la rueda. En el reverso encontró lo que parecían las ilustraciones de parte de un mapa.

Antes de que pudiera hacer alguna pregunta, Margit exhaló su último suspiro. Al parecer el pergamino era la Puerta, pero ¿hacia dónde?

En el transcurso de los años Ersbetta había tenido dos revelaciones. Había sucedido que habiendo tenido noches inquietas en las que no podía dormir se decidió a emplear un conjuro para liberar las visiones proféticas que a menudo se esconden en las noches sin luna en el cielo. Quemó hojas de madreselva en un pequeño caldero y aspiró su aroma sintiendo su mente ágil, despierta, pero asimismo se vio envuelta en un extraño sopor que la llevó al sueño profundo que tanto deseaba. Su objetivo no

tardó en hacer efecto y, entre brumas, entre el sueño y la realidad, apareció una hermosa mujer sentada sobre una roca, y mientras hablaba, alzaba sus brazos, y eran grandes alas desplegadas que despedían destellos dorados:

—Soy la Gran Maga, la Gran Madre… La Señora del Cielo, de la Tierra y el Inframundo…Tú vendrás y me rendirás culto.

Ersbetta despertó envuelta en sudor, tratando de no olvidar aquellas palabras incomprensibles obtenidas con su conjuro. Pero aún tuvo una segunda revelación. Sucedió en el transcurso de otro sueño en el que estaba rodeada de una gran extensión de arena y de un brillante sol que le quemaba la piel. En aquel sueño vio cómo un hombre hechizaba a una serpiente y cómo una alfombra se elevaba hacia los aires. El encantador de serpientes dirigió hacia ella su flauta y habló así:

—Caminarás hacia la tierra negra, la tierra de Misr[iv]… antes del fin de los tiempos.

Despertó y supo que su destino era muy distinto al que había pensado. Pero aún no era tiempo de que comprendiera de forma clara el significado de sus revelaciones. Por el momento, se quedaría con las misteriosas palabras de su madre acerca de aquel pergamino: Él es la Puerta.

Masika abandonó el lugar donde reposaban la lira y el pergamino y se dirigió hacia la cueva donde guardaba las pertenencias que había podido llevarse después de la huída de su casa. Allí le esperaba Tor, ya impaciente por su tardanza. El perro salió a su encuentro meneando la cola mientras los dos lobos que custodiaban la entrada de la cueva observaban a la niña. Muy cerca de ellos, tres lobeznos blancos jugueteaban entre ellos.

Masika abrió la bolsa que llevaba y entregó dos de los conejos de la señora Farkas a la loba madre. Sus crías, al olor de la carne fresca, dejaron sus juegos y corrieron a seguir a sus padres, que se alejaron unos pasos para dar buena cuenta de su cena.

Antes de entrar en la cueva, Masika se volvió y advirtió que la loba la miraba, y sus ojos le recordaron a su madre. Agachó un poco la cabeza para entrar y avanzó seguida de Tor hasta llegar al recodo que había sido su casa en los últimos días. Encendió una pequeña fogata con las brasas que aún quedaban y asó el conejo; más tarde comería parte de la tarta de ciruelas. Entre las cosas que había podido sacar de su casa había un libro, y después de la cena, a la luz de la lumbre, con la cabeza de su perro apoyada en sus piernas, comenzó a leer.

Tiempo atrás, una tarde en que Ersbetta recogía leña en el bosque, se encontró con un hombre herido, sangrando por el costado, hambriento y desesperado. Se trataba de un monje que se dirigía a Pest y había sido asaltado por una tribu nómada que lo abandonó sin víveres ni ropa. Ella le dio cobijo en su casa para que se repusiera y curara de de sus heridas, pero llegaron días de tormentas y fuertes nevadas y para matar el tiempo en aquellas semanas, el monje se entretuvo enseñándoles los fundamentos básicos de la lectura y de la escritura de la lengua latina. Cuando partió, Ersbetta quiso continuar con las tareas que habían aprendido para no olvidarlas.

—Pero madre, —se había quejado Masika un día cansada de estudiar—. ¡No comprendo por qué he de afanarme en aprender a leer y a escribir si nadie en Salföld sabe hacerlo! ¿De qué puede servirme?

—Llegará un día en que tendremos que dejar nuestra casa y abandonar nuestras costumbres. Será entonces cuando nos sea útil.

Masika insistía y preguntaba:

—Pero, ¿por qué hemos de aprender en secreto? ¿Y por qué escondes este libro de las miradas de cualquier visitante? ¿Y por qué hemos de abandonar nuestra casa?

—Porque así debe ser —contestaba tajante. Después, como presa de la indignación, se soltaba el pelo atado en una larga trenza y copiaba palabras nuevas del manuscrito miniado que les había regalado aquel monje. Estaba escrito a mano y decorado con bellas ilustraciones de colores que representaban diversas escenas con pájaros y animales extraños. Con el tiempo, Masika comenzó a leer con mayor facilidad, e incluso disfrutaba con la tarea mientras se dejaba llevar por las historias escritas en el manuscrito.

A la niña se le nublaba la vista de pensar en viajar, ver tierras y gentes desconocidas y ríos caudalosos procedentes de montañas que ella nunca había soñado con pisar, pero la realidad le volvía en forma de letras que debía copiar. Se sentía extraña cuando hacía aquello, pues era consciente de que ninguna niña de su edad tenía acceso a aquella clase de conocimientos. En realidad, ni niñas ni mujeres, ni siquiera hombres. Sólo el médico y el sacerdote eran los únicos que sabían leer y escribir en todo Salföld, y eso la hacía sentirse importante, orgullosa de su madre, y orgullosa porque su futuro, algún día, sería diferente al del resto de su pueblo. Se sentía especial y eso era bueno. De todos modos no consideraba justo que la Iglesia obligara a abandonar las prácticas de los cultos de siempre. ¿Cómo se había llegado a aquella situación? Su madre decía que el mundo no estaba siendo razonable con los que como ellas adoraban a la Diosa y no al Dios todopoderoso y fiero del que hablaba el padre Ladislav. En realidad, el mundo estaba castigando a los que sabían que la tierra era mágica y que todos los elementos eran uno.

La persecución de la que empezaron a ser objeto no les dejó otro remedio que esconder sus objetos más valiosos, pues no podían correr el riesgo de que se los robaran o peor aún, que fueran destruidos delante de ellas. Por esa razón Ersbetta desmontó la lira y escondió en ella el pergamino.

—Algún día saldrá a la luz —dijo con gravedad tras cavar un hoyo bajo el roble—. Pero ahora su lugar es bajo la tierra, junto a la lira. Ella lo protegerá.

Los recuerdos del pasado se disiparon y Masika salió al exterior. No vio a los lobos, pero pronto pudo oírlos aullando, encaramados a un peñasco llamando al resto de la manada. Dirigió su vista hacia el cielo y contempló la luna menguante y las estrellas. Veía pequeños dioses observándola, dioses que vigilaban desde hacía miles y miles de años. ¿Pero por qué permitían las injusticias?, se preguntaba una y otra vez, pero nada a su alrededor le daba la respuesta; ninguna hoja cayó de un árbol revelando una respuesta; ningún rayo aclaró sus dudas. Tal vez porque eran eso, dioses, sabios, y estaban por encima del bien y del mal, permitían que todo sucediera, fuera justo o no, pero Masika no era sabia, ni era diosa, y por eso pensaba que nunca llegaría a comprenderlo del todo.

Volvió hacia el fondo de la cueva y se acomodó en el rincón junto a la fogata. Acurrucada junto al espeso manto de pelo de Tor, se fue quedando dormida. A unos pasos de la niña y el perro, los lobos dormitaban tranquilos, pero siempre vigilantes. La madre y la abuela de Masika los habían protegido, los habían alimentado en épocas de penuria y los habían defendido de los cazadores furtivos. Ahora ellos guardarían su sueño.

5. LA EMPERATRIZ

1

Veszprém, Hungría

Ersbetta salió de la tina de agua caliente con la ropa interior empapada y, tras secarse con un suave lienzo, se despojó de ella para cambiarla por la nueva que le habían dejado sobre una silla. Se vistió con la túnica de lana gris que estaba extendida sobre el lecho y el sobretodo oscuro. Mientras se ataba los cordones del corpiño contemplaba admirada aquella habitación de suelo embaldosado y cortinajes de buena tela. Cerró los ojos y pensó en su hija, segura de que se encontraba bien en la cueva de los lobos, pero se sintió inquieta al pensar por un momento en Hans Smisza. Ese mal hombre ocultaba algo que le era difícil adivinar; era algo que se le escapaba pero que en el fondo no deseaba saber. Si todo iba bien, regresaría a Salföld en un par de días, y sabía que cuando lo hiciera nada volvería a ser como antes. Se puso las calzas atándoselas por encima de las rodillas, unas botas cortas de cuero y cubrió sus cabellos aún húmedos con una pañoleta de lino. Salió de las dependencias inferiores del castillo acompañada de Éva, la doncella de la princesa.

En la habitación de Gizella existía un olor extraño que Ersbetta no supo identificar. Miró alrededor y se acercó con paso decidido al lecho donde reposaba la princesa. La futura reina parecía a punto de morir, tan pálida y desfallecida como estaba. Cogió sus manos y percibió el pulso lento y débil, la frialdad de sus miembros, la sequedad de la piel.

—Necesito trece huevos frescos y blancos y una escudilla con agua caliente y sal —le dijo a Éva dirigiéndose hacia la ventana. Abrió de par en par los postigos y el ambiente opresivo de la habitación pareció mejorar, pues de repente los efluvios enrarecidos salieron y se mezclaron con las hojas de los tilos que se mecían en el patio del castillo. La luna seguía menguando. El momento era el ideal para poner en práctica el viejo conjuro que se empleaba cuando nada parecía dar resultado.

La doncella salió al pasillo para ordenar el encargo a las dos sirvientas que esperaban por si algo se ofrecía y volvió junto a la curandera, pues ésta no podía permanecer sola en la habitación, a petición de su alteza el príncipe.

A través de la suave túnica blanca de la princesa, la curandera sentía como un leve velo se extendía por todo su cuerpo. El manto oscuro de la muerte estaba a punto de penetrar en el interior de aquel débil ser, pero aún no era demasiado tarde. Eva le habló de los vómitos, de su poca disposición a la hora de ingerir cualquier alimento. Ni las sangrías ni una sola de las medicinas que le habían hecho tomar habían hecho el más mínimo efecto en ella, así que ya nadie esperaba mucho. Los dos médicos del castillo, Férenc y Ányos, que cenaban en sus habitaciones, fueron informados de la llegada de la curandera, y aún ofendidos por la actitud del príncipe István, acabaron sus platos y se dirigieron a los sótanos para seguir con la preparación de la medicina especial para la princesa, convencidos de que su alteza se equivocaba al permitir la entrada a una adoradora de espíritus.

—Mi hermana Ily me habló de vos y fui yo quien os recomendó al príncipe. —La doncella acarició el mortecino rostro de Gizella—. Pero no quiero pensar qué sucederá si la princesa muere después de que os marchéis.

—No morirá —aseguró Ersbetta sacándose su capa y retirando el paño que cubría sus cabellos.

Éva asintió mientras una súbita corriente de aire hizo oscilar la luz de las velas iluminando los moretones de la cara de la curandera.

—Aún no me habéis dicho qué os ha pasado…

El príncipe István esperaba en la habitación contigua. En sus manos sostenía una copa de vino Tokaji procedente de la excelente cosecha recogida en los viñedos de los montes volcánicos de Zemplén. Si Gizella se recuperaba, la llevaría allí a pasar unos días. Si moría… estaba seguro de que él moriría después.

Ersbetta sopló la llama de las velas y la habitación quedó sólo iluminada por el fuego que ardía en el hogar. En voz baja comenzó a murmurar una plegaria mientras una corriente de aire cálido entraba en la habitación y envolvía el ambiente. Colocó sus manos sobre el cuerpo de la princesa y sintió la escasez de vida que emanaba de su pecho. En el alma de aquella mujer había una pena muy grande.

—Por favor, Éva, necesito que desvistas a la princesa.

La doncella, algo sobrecogida por la oscuridad de la habitación y la presencia poderosa que emanaba aquella mujer, hizo lo que le pedía mientras Ersbetta examinaba los huevos que había traído: grandes, limpios, blancos. Con uno entre las manos se acercó de nuevo al lecho donde la princesa se hallaba ya sin ropas. Tenía un cuerpo bello pero bastante flaco, con brazos como ramas jóvenes. Sus ojos seguían cerrados y su respiración era tranquila. Ersbetta comenzó a frotar con suavidad uno de los huevos contra la piel de la enferma mientras decía:

—Por el poder de Diana, que todo el mal que hay en este cuerpo pase a este huevo. Por el poder de la reina Isis, ¡que así sea!

No quedó ni un solo recodo del cuerpo por el que no pasara la superficie suave del huevo y, cuando acabó, lo dejó en el suelo en una escudilla; cogió otro y comenzó de nuevo a restregarlo por todo el cuerpo de la princesa. Repitió la operación trece veces, tantas como huevos había en la cesta. Cuando acabó con el último le dijo a Éva que debían enterrarse en algún lugar apartado del castillo. Entonces, impuso sus manos sobre el recipiente con agua y sal, bendiciéndolo, para después recorrer la habitación salpicando las cuatro esquinas.

—Que Isis bendiga a su hija enferma. El mal y la enfermedad ya se marcharon y la salud volverá a ella con el nuevo día. Que Isis bendiga a su hija, aquí y ahora.

Dejó el recipiente vacío sobre la mesa y sacó de la bolsita que llevaba colgada al cuello un pequeño cuchillo. Apoyada en el lecho, rasgó de arriba a abajo el velo sombrío que cubría a Gizella y que sólo ella podía ver. Ya estaba hecho: El velo de la muerte estaba cortado y se desgajaba en hilillos que caían al suelo. Era hora de pedir a Éva que colocara unas ramas de enebro en la puerta de la habitación para alejar los malos espíritus y que las sirvientas preparan diversas infusiones que la princesa debía tomar. De repente se sintió muy cansada y el dolor sordo de su cadera volvió a hacerse notar. Se sentó junto al fuego y sin darse cuenta fue quedándose dormida.

En los sótanos, Férenc y Ányos preparaban la nueva medicina para la enferma, un brebaje de olor nauseabundo compuesto por un corazón de ciervo, bilis de conejo, trozos de pezuña de gato salvaje, aceite de hormigas y la propia saliva de Ányos en ayunas. Aquel mejunje ideado por un médico de la escuela de Pest, contenía en su origen polvo de cuerno de unicornio, pero ante la imposibilidad de encontrarlo, añadieron polvo de cuerno de buey, confiando en que serviría. Ligaron todo con manteca clarificada y lo dispusieron en un tarro para que Gizella lo tomara cuánto antes.

La noche pasó casi por completo y tras ella, un leve resplandor apuntó por el horizonte. Ersbetta abrió los ojos despacio y con pereza y vio que el príncipe estaba en la habitación cogiendo la mano de su esposa y hablándole en voz baja. Éva entraba con una bandeja de comida. Ya era un nuevo día y aunque la enferma se encontraba débil, la palidez enfermiza de su rostro había desaparecido.

Los médicos entraron en la habitación con su brebaje medicinal y palidecieron al ver que Gizella había mejorado gracias a la intervención de aquella advenediza. Trataron de hacer ver a István que tal vez todo era un encantamiento, que era un burdo espejismo provocado por una hechicera sin conocimientos científicos; pero el príncipe los echó de allí sin contemplaciones. Después se acercó a Ersbetta. Había pensado recibir en el castillo a una anciana y en vez de ello tenía ante sí a una hermosa y joven mujer que no rivalizaba en belleza con Gizella.

—No sé cómo agradeceros lo que habéis hecho por mi esposa. Pedid lo que queráis y se os dará.

El príncipe era bien parecido, de presencia imponente y de manos grandes acostumbradas al manejo de pesadas espadas. Ella vio en su mirada la inocencia del niño que había sido y también la fuerza de su sangre, pues István descendía del jefe Árpad, el líder magiar que llegado de las estepas había conquistado el territorio donde vivían. En aquel momento, Ersbetta pudo haber pedido tierras, pudo haber pedido una casa cerca del castillo, pudo haber pedido ganado e incluso alguna joya. Pero simplemente se encogió de hombros y dijo:

—Señor, vuestra llamada me salvó de una muerte segura. No hay mayor dádiva que ésa.

István asintió, comprendiendo, pero no podía dejar de mostrarse preocupado.

—Mis caballeros me han contado ese infortunado suceso y pienso pedir explicaciones a las autoridades de Salföld. —István no quería que la transición de religiones fuera sembrada con muertes injustas. —Debo compensaros, señora.

—Aceptaré con gusto lo que queráis ofrecerme, pero el restablecimiento de vuestra esposa es mi mejor pago. Y aún cuando haya mejorado, necesitaré estar al pendiente al menos un par de días.

István sonrió, pues tenía ante sí a una mujer prodigiosa que había salvado a la suya. Había pensado en renunciar al título de rey si su esposa fallecía, pues ya nada hubiera tenido sentido para él. En cambio ahora, gracias a aquella curandera, el futuro se le presentaba mucho más amable, por eso iba a serlo él entregándole una bolsa de piel con varias monedas de oro y algunas de plata.

—¿Es suficiente, señora? —En realidad era más que suficiente; era una pequeña fortuna.

Ella bajó la cabeza en señal de agradecimiento. Aceptó la bolsa y sus manos rozaron las manos del futuro rey István. Aquel contacto le produjo un estremecimiento que al instante se convirtió en premonición: István iba a recibir el reconocimiento formal como monarca de manos de alguien que... Era curioso pero estaba segura de que el visitante del futuro rey era ¡un mago! Y sin comprender porqué, supo además que su vida iba a estar ligada a él de algún modo.

Y, en efecto, Gerbert d' Aurillac se balanceaba de un lado al otro dentro de su carruaje. En aquel país hacía un frío de mil demonios y ya andaba deseoso de volver a la cálida Rávena. Dio un mordisco a una de las ciruelas que tenía en un cesto a su lado y miró por la ventanilla a los campesinos que observaban embobados la comitiva que lo acompañaba: En pos y ante el carruaje principal se extendía un séquito de cincuenta hombres a caballo y veinte sirvientes con sus respectivas monturas cargadas con todo tipo de víveres, útiles para el viaje y presentes para el futuro rey.

El arzobispo de Rávena había pasado todo el camino pensando en lo que desde hacía un tiempo ensombrecía sus ánimos y daba una apariencia afligida a su aspecto rígido y severo. Sentía que el tiempo se le echaba encima, pues las profecías señalaban el final de aquel año, el 999 después de Cristo, como la llegada del fin de los tiempos. Sentía el peso de miles de almas sobre su conciencia, así como la responsabilidad de rogar a Dios una y mil veces que aquel augurio fuera incierto o que, al menos, el día del fin de los días su alma fuera acogida por los cielos y no por los infiernos, pues en la curia no faltaban los que lo acusaban de realizar pactos con Satán. Que ignorantes… se dijo mientras se sacudía el polvo de su hábito. Si bien era cierto que había recibido conocimientos de magia celta de manos del viejo Andrade, el ermitaño, no era sino mero divertimento. Sus verdaderas pasiones eran la ciencia, los ingenios mecánicos y la observación de las estrellas, los cambios de la luna, conocer el tamaño de los astros que Dios puso en el firmamento para que giraran en torno a la Tierra. ¿Era eso magia negra? Sólo los hombres de espíritu cerrado podían pensar que esas aficiones eran fruto de un pacto con el diablo.

El arzobispo suspiró, se bajó del carruaje levantando ligeramente su hábito y dejó que el príncipe István le besara el anillo que brillaba en su mano derecha.

2

Gerbert y el príncipe se sentaron en la gran mesa de la sala principal, allí donde una gran chimenea caldeaba la estancia. Ante ellos, una gran bandeja de carne de jabalí, ensalada de col y vinagre y pedazos de pollo en salsa con manzanas asadas; todo regado con buenos vinos de la región y acompañado de grandes panes recién horneados. István le hablaba acerca de la lucha que mantuvo con su tío Koppány a la muerte de su padre. Éste reclamó el trono rechazando las nuevas leyes cristianas.

—Por fortuna, conseguisteis contener la revuelta —dijo Gerbert—. Me alegro de que contarais con el apoyo suficiente, además del de Dios.

—En efecto, fueron muchos los nobles de la tierra de mi esposa los que se unieron a mi causa.

El arzobispo aprobó que un sirviente llenara de nuevo su copa y añadió: —Pero decidme, ¿qué sucedió finalmente con Koppány?

István carraspeó y se limpió los labios con el paño que tenía junto a su plato. No podía mentir. No a Gerbert d'Aurillac.

—Fue ejecutado, padre. Su cuerpo fue dividido y colocado a las puertas de las cuatro grandes ciudades húngaras: Aquí, en Veszprém, en Györ, en Gyulaféhérvar y en Esztergom.

Gerbert movió la cabeza alzando las cejas. Desaprobaba la crueldad, pero tal vez había sido ése el único modo que István había encontrado para ser respetado, para que la Cristiandad triunfara sobre el paganismo. Pero István seguía teniendo problemas con la aristocracia del país, muy apegada aún a las prácticas paganas y resistente a adoptar la fe cristiana.

—Perseverancia, István, perseverancia… —le aconsejaba el arzobispo saboreando el excelente vino que le habían servido—. Es vital seguir fundando monasterios, iglesias, obispados, y dotarlos bien.

La antigua Panonia se diluía en el pasado. Ahora el reino de Hungría era el futuro. Pero, ¿qué clase de futuro si las profecías se cumplían?

Aunque la conversación con el príncipe era agradable, en la cabeza de Gerbert d' Aurillac bullían sus investigaciones, sus inventos, y también sus preocupaciones, de las que no quiso dar cuenta a István. Al acabar su cena se dirigió hacia el aposento que le habían preparado para pasar la noche. Su sirviente particular le ayudó a quitarse el hábito y se quedó en camisa y calzones. De aquella manera su fastuoso porte desaparecía por completo y cualquiera lo hubiera podido confundir con el viejo campesino que hubiera podido llegar a ser.

Descorrió los cortinajes y se quedó un buen rato contemplando la noche húngara. El silencio era completo en aquella hora y algo en el patio llamó su atención: una mujer de largo cabello negro y trenzado que caminaba hacia las dependencias inferiores. Ersbetta acababa de cenar en la cocina con el resto de la servidumbre y ahora se dirigía al aposento que le habían asignado, cerca de las caballerizas y la bodega.

Gerbert se sobresaltó. ¡Era ella! Desde donde se hallaba no podía distinguir con total claridad su rostro, pero su corazón agitado le decía que no podía dejar pasar aquella oportunidad. Llamó a su ayudante y ordenó que trajeran a aquella mujer a sus habitaciones con la mayor discreción. Mientras esperaba, se frotó las manos, nervioso, rogando a Dios que su corazonada fuera cierta.

Ersbetta acababa de entrar en su habitación y se sentó en el lecho, sintiéndose de repente sola y triste, pero no tuvo tiempo de lamentarse demasiado, pues de pronto llamaron a la puerta. Dos sirvientes le pedían que les acompañara. Se colocó la pañoleta de lino sobre la cabeza y los hombros y caminó tras ellos hacia el interior del castillo. Rogaba porque la princesa no hubiera empeorado. Ya no se veía con fuerzas para repetir el conjuro; estaba completamente agotada y necesitaba dormir. Al llegar a lo alto de las escaleras que ya conocía, se desviaron por un pasillo distinto del que conducía a los aposentos reales. Llegó hasta una cámara con la puerta abierta y vio que un hombre sentado ante una mesa la estaba esperando. Los sirvientes se retiraron.

Giuseppe, el asistente del arzobispo, la miró de arriba a abajo y la acompañó hasta la puerta de la habitación de Gerbert. Éste se había vestido con una túnica negra y una sobrevesta de color marrón ribeteada de negro; hubiera pasado por un simple aristócrata que visitaba al príncipe. Ersbetta lo reconoció como el mago de su visión e, intrigada, tomó asiento cuando él se lo indicó. El arzobispo la observó sin decir nada. Era ella, ahora estaba seguro. La misma cara, el mismo porte, la misma expresión valiente.

—¿Cuál es vuestro nombre, mujer? —preguntó en lengua magiar con voz suave y calmada.

—Soy Ersbetta Tót, señor.

El arzobispo pareció verdaderamente asombrado al oír aquel nombre. Tót… Ahora empezaba a comprender…

—Decidme ¿a qué os dedicáis? ¿Vivís aquí en el castillo?

—No, señor. Soy curandera en Salföld. —Observó los ojos azules y el rostro picado de viruelas de aquel hombre y se preguntó si acaso el príncipe consultaba a los magos al igual que había pretendido los servicios de una curandera como ella.

Gerbert sonrió y se sentó junto a ella.

—Curandera… ya veo… —carraspeó sin quitar la vista de aquel hermoso rostro de mujer, pero los moratones que lo desmerecían le tenían intrigado—. ¿Qué os ha ocurrido?

—No quisiera hablar de ello ahora, señor. ¿Para qué me habéis mandado llamar?

—En sueños me fue revelado algo que tiene que ver con vuestra persona. Os he buscado durante años, en Hispania, en Italia, en Francia…

Ella estaba sorprendida por aquellas palabras.

—Os escucho, señor. Pero antes me gustaría saber quien sois.

—Soy el arzobispo de Rávena, Gerbert d' Aurillac.

Arzobispo de Rávena, pensó impresionada. Uno de los cabezas de aquella Iglesia que había querido quemarla en una hoguera le hablaba con franqueza y familiaridad

en su propio aposento. Era difícil de entender, pero le dejó explicarse; tenía curiosidad por saber qué le quería decir aquel hombre.

—Todo comenzó una noche en que la lluvia azotaba Córdoba, en Al-Ándalus, donde siendo aún monje me alojaba en el palacio del califato. En los días anteriores había disfrutado mi estancia en la ciudad con el ánimo de los que descubren un tesoro, pues Córdoba es una ciudad hermosa como pocas he visto en mi vida. Dicen que sólo puede compararse con Bagdad o El Cairo, las grandes ciudades del mundo islámico.

"Aquella noche dormía entre sueños inquietos hasta que me levanté para beber agua. Las sombras inundaban mis aposentos y sentí miedo, cosa que nunca antes me había sucedido. Me refugié entre mis mantas y pronto me abandoné de nuevo al sueño. Entonces os vi. Vi vuestro rostro mirándome fijamente desde la ventana y vuestras manos indicarme que la abriera. Pero al acercarme, aquella visión desapareció y la sustituyó otra mucho más inquietante, pues en su lugar apareció una sombra que se alargó a medida que se introducía en la habitación. La sombra dio paso a una figura con aspecto de hombre pero con cabeza semejante a la de un águila. Su esbeltez y su considerable altura me impresionaron, y más aún cuando abrió sus manos y entre ellas apareció un libro de tapas brillantes. Pensé que se trataba de un ángel, pues su voz era música para mis oídos, y me habló así:

—Yo soy Aquél que tú buscas. Solamente en mí están la Sabiduría, el Conocimiento de las leyes y la Verdad Universal.

"Caí postrado al suelo, con las manos unidas mientras trataba de vislumbrar entre las sombras el rostro de aquella aparición, pero ahora la luz lo iluminaba completamente, de forma que mis ojos quedaban cegados. Y siguió hablando así:

El escriba forjará el destino.
La curandera lo hilará,
Y el mago lo revelará.

"Tras pronunciar en susurros estas misteriosas palabras, la figura desapareció de la habitación y en su lugar quedó un olor añejo, de piedra vieja, de arena rancia; no sabría explicarlo con exactitud. Pero eso no fue todo. En Córdoba estaba acompañado de mi amigo y mentor Muhammad ibn Umáil. Ambos estudiábamos en casa de su tío Abdallah Muhammad ibn Lupi, un reputado astrónomo judío. Los tres teníamos acceso a la biblioteca del califato, pues el gran califa Abd el-Rahman III y sus hijos eran gente culta que adquirían continuamente volúmenes para su espléndida biblioteca de más de cuatrocientos mil libros y permitían que los estudiosos como nosotros tuviéramos acceso para aumentar nuestros conocimientos del mundo en que vivimos. Pues bien, días después de aquel extraño sueño, hallé en mi scriptorium una obra procedente de Alejandría; tal vez fuera un libro salvado de las llamas o tal vez una copia, pero eso no tiene importancia aquí. Alguien lo dejó allí, a mi alcance, pero nada es por casualidad.

"En esos rollos de papiro encontré una referencia al Libro de Thoth, misterioso volumen del que según dicen contiene grandes enseñanzas que cualquier sabio que se precie desearía tener en su poder. Pregunté, pero nadie había oído hablar de ese libro y por descontado no se hallaba en la biblioteca del califato. Mi amigo Muhammad ibn Umáil no creía en su existencia y decía que eran simples leyendas que a veces inventaban los hombres ociosos. Fuera cierto o no, continué consultando aquellos papiros antiguos, cuarteados en muchas de sus partes, apedazados en algunas, sucios en muchas; hasta que encontré un texto que si bien incompleto, después de traducirlo guardé como un tesoro. Decía así:

...Y fueron Siete los Sabios que acompañaron a Thoth en su viaje desde Sirio hasta las cálidas arenas de un lugar llamado Egipto, pues querían llevar a la Tierra la Sabiduría.

...Y los Siete Sabios, a través de Thoth, iniciaron a los hombres en el arte de la escritura y de las ciencias; les legaron las artes mágicas y las matemáticas y les enseñaron a observar las estrellas, para que un día llegaran hasta ellas.

...Y Thoth, inspirado por los Siete Sabios, legó a los hombres un Libro, el que contenía los secretos de la vida y del origen de los mundos y de los dioses...

...Llegado el tiempo en que los astrólogos advirtieran de la llegada del Gran Diluvio, el rey Surid ordenó edificar tres pirámides y dictaminó que los sumos sacerdotes ocultaran en la de Oriente toda la sabiduría que debía conservarse para los tiempos y los hombres futuros.

...Por su parte, Thoth escondió su Libro en la biblioteca que reposaba oculta bajo la Gran Esfinge, pero conservó en su poder veintiún de los papiros que integraban el Libro, en cuyo dorso había dibujado una imagen.

...Años después, y poco antes de que fuera tiempo de regresar a Sirio, Thoth decidió sacar a la luz uno de aquellos papiros para que fuera transmitiéndose de sus hijos a los hijos de su hijos, y así hasta la última generación, la que desde un lugar lejano volvería a las tierras de Egipto, antes del fin de los tiempos.

"Pasaron días y pasaron meses, pero nunca dejé de meditar en aquel extraño texto que sólo comenté con Ibn Umáil. Él me explicó que Thoth era el nombre egipcio y primigenio del dios griego Hermes, que a su vez, y posteriormente, los romanos vincularon a su dios Mercurio. Se creía que los tres compartían la cualidad de ir y venir del mundo de los dioses al de los hombres.

"Pero aquel texto… Muhammad dudaba, creía que era invención de algún escriba fantasioso, o tal vez fuera una simple leyenda de aquellas tierras. Si era cierto que existía esa biblioteca bajo la Esfinge, y si era cierto que allí se encontraba un libro tan poderoso como parecía ser el Libro de Thoth, un libro que contenía los secretos de la vida y del origen de los mundos y de los hombres; que contenía el poder de los dioses... era dudoso que esa localización tan precisa hubiera sido escrita en un papiro que podía llegar a manos de cualquiera. Además, ¿quién nos decía que ese libro no había sido ya encontrado?

"En la última noche de mi estancia en Córdoba, volví a tener el mismo sueño extraño en que aquella misteriosa figura de cabeza de águila aparecía en mi aposento y me repetía con su profunda voz:

El escriba forjará el destino.
La sacerdotisa lo hilará,
Y el mago lo revelará

"Pero en aquella ocasión, la sombra alargó una extremidad, mostrándome una visión que iba a ayudarme. Como en un destello cegador apareció ante mí una gran extensión de bosque esplendoroso y un enorme lago de aguas tranquilas. Poco a poco, casi en vaivén, la visión fue acercándome hacia lo alto de una colina en donde una mujer tocaba un instrumento musical, una lira. Su expresión era de éxtasis al recitar las palabras mágicas de su canto, y en el cielo se agolpaban las nubes que ella estaba llamando… Más tarde, la vi rodeada de varias mujeres, todas con túnicas claras. Era de noche y elevaba un cuenco hacia la luna mientras las demás mujeres repetían su gesto.

"…Aquella mujer, ahora lo sé, erais vos, Ersbetta Tót, sacerdotisa de un rito pagano, la poseedora de un papiro especial como pocos… un papiro del dios egipcio Thoth.

"Y mi visión se esfumaba poco a poco mientras la sombra me reveló una última cosa:

La buscarás y la encontrarás,
Pues el destino une y el destino separa.
Arriba como abajo,
Abajo como arriba,
La buscarás para encontrar el Libro,
Antes del fin de los tiempos.

"La sombra se esfumó junto a la visión y a mis pies encontré una extraña cruz de plata que he guardado durante todos estos años en una pequeña bolsa de cuero puesto que si la toco con mis dedos desprende una desagradable sensación. Creo que este objeto os pertenece a vos, señora, la sacerdotisa de mi sueño. Ella os guiará el resto de vuestro camino.

Ersbetta había escuchado aquel relato con toda atención. Aún sin comprender del todo, recibió de manos del futuro papa aquella pequeña bolsa de cuero en cuyo interior encontró un objeto antiguo que olía a arena y a agua. Era una cruz peculiar, con forma de asa en su extremo, y al sostenerla entre sus manos percibió una gran energía que le recorrió la columna vertebral y la hizo estremecer de pies a cabeza. Gerbert se dio cuenta de que ella podía cogerla sin sufrir ningún calambre y sonrió. Ya no tenía ninguna duda.

—Es un objeto de poder que os estaba esperando desde hacía mucho tiempo, señora. No es fácil poseer algo así, aunque creo que ya sabéis algo de eso. Si sois la última poseedora del papiro del dios Thoth, sabéis la responsabilidad que entrañan esa clase de objetos, ¿no es cierto?

—Sí, señor —respondió ella con gravedad guardando de nuevo la cruz en su bolsa de cuero—. Pero no le llamamos papiro, sino pergamino. Es el pergamino del profeta.

—¿Del profeta? ¿Qué profeta? Thoth es un dios egipcio, no un profeta…

Ella se encogió de hombros.

—En sus últimos momentos de vida, mi madre me dijo que Thoth era un dios hecho hombre, un gran sabio que mora en la estrella Sirio y a quien aquí en la tierra llamaron Profeta.

—Bien… déjadme dudar, pero se reafirma así el texto que hallé en la biblioteca de Córdoba. Pero no olvidéis que Dios sólo hay uno… tendré que hablaros de ello. De todos modos, si vuestro documento es el mismo al que yo me refiero, no estará hecho de piel de res, sino de papiro, una planta que crece a orillas del río Nilo, en Egipto; es fácil de distinguir por medio del tacto… Entonces, aún lo custodiáis, ¿no es así?

—Está en un lugar seguro, señor.

—Y, ¿cómo es? ¿Hay caracteres escritos en él, ilustraciones?

—En la parte superior hay una figura con cuerpo de fiera y cabeza humana que sostiene una vara; debajo de esta figura hay un hombre con cabeza de halcón que da vueltas a una rueda. Justo a su lado, un animal; tal vez sea un lobo; y bajo todo ello, dos serpientes alzadas en torno al pilar que sujeta la rueda.

—Una figura con forma de león… un hombre con cabeza de halcón… —Gerbert estaba realmente sorprendido, pero en su mente todo empezaba a tejerse como una red. Se levantó de su asiento y caminó hacia la ventana, meditando, con la mirada perdida.

Ella lo sacó de su ensimismamiento.

—Pero, explicadme, señor, en ese texto que encontrasteis habla del final de los tiempos. ¿Acaso es una profecía? ¿Acaso nos espera alguna desgracia?

El arzobispo se frotó las manos como si de repente sintiera frío a pesar de estar en un caldeado aposento y miró a la mujer observando su rostro, sus ropas, su elegante postura.

—He de advertiros que el final del mundo está cerca, que algo terrible ha de sobrevenir.

Gerbert se estremeció y movió la cabeza como si no fuera capaz de explicar qué era lo que iba a suceder.

—Todo está escrito en la Biblia —dijo señalando el gran libro que tenía sobre la cama. Lo cogió entre sus manos y fue caminando de un lado al otro de la habitación leyendo el siguiente pasaje del libro del Apocalipsis—: *Cuando los mil años se cumplan, Satanás será soltado de su prisión y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla. Su número es como la arena del mar.*

—Satanás es el Diablo, el Mal, ¿cierto?

—En efecto, señora.

Ersbetta dio un paso atrás impresionada y asustada ante la gran desgracia que parecía iba a cernirse sobre la tierra y sobre los hombres. Gerbert dejó sobre la mesa la Biblia y volvió a sentarse junto a ella.

—La última generación del sabio Thoth sois vos, señora: "La que desde un lugar lejano volvería a las tierras de Egipto antes del fin de los tiempos". La que posee su papiro y debe buscar el libro de su antepasado para salvar al mundo de un fin terrible —suspiró—. Los designios del Señor son inescrutables, así que en vuestras manos queda el futuro. Mi misión termina aquí, pues os he buscado y os he encontrado al fin, en el lugar más insospechado.

Ella estaba aturdida con aquella revelación. ¿Acaso iba a poder cambiar el destino de la humanidad buscando un libro?

—Señor d' Aurillac… los designios de vuestro Señor, de vuestro Dios, serán inescrutables, pero casi impiden que lleve a cabo esta misión de la que me habláis. ¿Sabéis que he estado a punto de morir quemada en una hoguera?

—¿Cómo decís?

Ella le habló del padre Ladislav y de Hans Smisza. Le habló de cuando Mikla Pekósky la ató a las riendas de su caballo y la arrastró por las calles de Salföld. Le habló de la afortunada llegada de los caballeros del príncipe.

Gerbert movió la cabeza de un lado al otro, confuso.

—La transición debía de realizarse de forma pacífica; así habíamos quedado con el príncipe István —Se acercó a ella y la cogió de las manos. Ersbetta percibió su calidez y se sintió confortada—. Os pido mil perdones por lo sucedido; no comprendo cómo se llegó a ese punto… Hablaré con el príncipe, no puedo permitir esos actos de barbarie injustificada… Aún así, Dios se apiadó de vos. Debéis darle gracias, señora.

—No creo en vuestro Dios, señor. Lo que sé hasta el momento me parece demasiado cruel.

—Dad tiempo a vuestro corazón para aceptarlo. Dadle tiempo…

Era una conversación que no iba a llegar a ninguna parte en aquel momento. Ella cogió la cruz de nuevo y Gerbert la señaló:

—Será en Egipto donde encontréis las respuestas que buscáis. —Se levantó de nuevo pareciendo de repente muy cansado. Recordaba de nuevo aquellas terribles palabras:

…Cuando se cumplan los mil años, Satanás será soltado de su prisión…

—Ampárala, Señor; ampáranos Señor, ante el devenir… —murmuró apoyándose en la pared.

La mujer lo miró asombrada. De repente, parecía haber envejecido varios años.

—Hace mucho tiempo que sé que debo dejar el lugar donde nací, pues mi destino también me fue revelado en sueños: "Caminarás hacia las tierras de Misr, antes del fin de los tiempos." Pero no sé dónde está ése lugar ni qué he de hacer una vez llegue allí. Tampoco sé cuando he de emprender ese viaje… Y ahora vos me decís que debo viajar a Egipto.

En los ojos del hombre pareció brillar un destello de esperanza al oír las palabras de la curandera. Si ella también había tenido revelaciones, el libro no podía ser una fantasía de un escriba, tal y como había sugerido Muhammad Ibn Umáil. Además, estaba aquel papiro, aquellos dibujos reveladores…

—Dios guía al hombre a través de los sueños, señora. Él, en su infinita sabiduría, sabe el porqué de nuestra vida. —Su voz era apenas audible y su mirada estaba aún perdida en infinidad de pensamientos confusos—. Y en cuánto a vuestras preguntas os diré que Misr es el nombre en árabe de la tierra de los egipcios, Aegyptus, Egipto, la tierra de las Pirámides… en Oriente. En esa tierra se encuentra la Esfinge, que es una gran estatua de piedra con cuerpo de león y cabeza humana, una estatua como la dibujada en vuestro papiro. Como veis, mi revelación y la vuestra se corresponden. Todo es una sola cosa, tal y como dijo Thoth…

"Y ahora… Ahora deberíais prepararos para dejar vuestro hogar y emprender un viaje que os llevará a lo desconocido. Como os he dicho, el fin de los tiempos ocurrirá el último día de éste año, así que debéis apresuraros. Pero, ¿seréis capaz, señora? ¿Seréis capaz de cruzar el mar y aventuraros en el desierto, en una tierra de lengua extraña?

Ersbetta no respondió, aún asombrada por todas aquellas revelaciones. Gerbert, con aspecto abatido, pues de pronto el pesimismo parecía haber regresado a su corazón, dijo:

—Tendréis que viajar hasta Constantinopla, tomar un barco con destino al puerto de Alejandría y contratar un guía que os lleve a Al-Qahira, El Cairo. Cerca de allí,

en la orilla oeste del río Nilo, veréis tres pirámides, y cerca de ellas, la Esfinge. Bajo ella deberíais encontrar esa supuesta biblioteca donde quizás se encuentre el Libro de Thoth, el Libro de la Sabiduría Universal, el que contiene los secretos de la vida y de los dioses… Y tal vez sea ese hallazgo el que detenga el fin de la humanidad. Tal vez….Sólo tal vez…—Él calló un instante mirándola a los ojos. ¿Cómo iba a conseguir tremenda gesta aquella joven mujer? ¿Cómo, por el amor de Dios? —Sólo acertó a decir—: Que Dios os ayude. —Abrió la ventana de par en par y dirigió su vista hacia la noche estrellada.

—Y, ¿por qué no me acompañáis, señor? —Gerbert se volvió hacia ella mirándola atónito—. Nuestros destinos están unidos, como así lo demuestran nuestras revelaciones en sueños. Sé que vos sois el mago, presentí vuestra llegada. Entonces ¿por qué no unir nuestras fuerzas para intentar hallar ese libro?

Él pareció dudar y no pudo evitar una sonrisa. ¿Él, el mago? La sacerdotisa lo hilará, el mago lo revelará… Pero negó con la cabeza.

—Vuestra oferta es tentadora, señora, pero no soy mago, sino científico, y ante todo, religioso. Aunque mis conocimientos seguramente serían de utilidad en un viaje de esas características, mi deber es estar junto a mis fieles, en mi iglesia. ¿No tenéis esposo?

—Mi esposo murió. Tengo una hija de doce años.

—¿Un hermano, entonces; alguien que os defienda?

Ella volvió a negarlo y Gerbert se echó las manos a la cabeza. ¿Cómo iban a emprender una mujer y una niña semejante viaje?

Ella sabía que aquel hombre se debatía entre la creencia en su dios y ese otro dios antiguo, incierto, extraño, que lo llevaba a creer en otros mundos y otras posibilidades; Thoth era un dios en quien no debía creer. En realidad, Gerbert tenía miedo de hacerlo.

—Señor, este encuentro me ha ayudado a comprender mis revelaciones, por eso no temo ese viaje que desde hace mucho tiempo sé que he de emprender —dijo—. Pero insisto en que nuestros caminos están unidos, y si yo he de abandonar mi tierra, vos tal vez debierais abandonar vuestra iglesia.

Él no estaba de acuerdo. Por eso se acercó a la mesa, donde estaba la extraña cruz. Antes de que llegara a tocarla, Ersbetta pudo sentir la descarga que se producía entre el objeto y sus dedos.

Gerbert no estaba dispuesto a decirle que la había buscado para que se cumpliera en su vida el designio que aquella figura misteriosa que había aparecido en su habitación le había prometido. Porque bajo el juramento de entregar la cruz a su destinataria, él pudo formular un deseo que le sería concedido. Y su deseo, encaminado a llegar a lo más alto, le llevó a anhelar ser la cabeza visible de la Iglesia: ser el papa de Roma. ¿Presuntuoso, loco, avaricioso? Tal vez, pero ése fue el deseo de Gerbert y estaba a pocos meses de cumplirse.

—Esta misión es vuestra, como vuestro es este misterioso objeto, así que tal vez volvamos a vernos; o tal vez no —Cogió su mano de nuevo y añadió—: Estoy seguro que de un modo u otro encontraréis la ayuda que os pueda ser necesaria. Y ahora id con Dios. Él os protegerá aun cuando no creáis en él… —dijo dando por terminada aquella conversación—. Benedicat vos Omnipotens Deus: Pater, et Filius et Espiritus Santus…

Ella, la curandera, la adoradora de espíritus, aceptó la bendición del arzobispo como si de un ensalmo protector se tratara. Todo es uno en el mundo, solo hay diferentes formas de ver las cosas. Y con el ánimo pesimista de quien sospecha que sus actos son inútiles pero ineludibles, el arzobispo escribió algo en un pedazo de pergamino y estampó al final su sello.

—Este documento os será útil en vuestro viaje; mostradlo en los lugares donde os sea difícil entrar. —Se lo entregó y volvió a desearle suerte.

Ersbetta salió de la habitación comprendiendo el abatimiento de aquel hombre, pues tenía un gran peso sobre sus espaldas, pero no podía evitar sentirse inquieta y aturdida ante todo lo que acababa de saber. En el pasillo se encontró con dos guardas que la miraron sin pestañear, y de la habitación contigua salió el asistente del arzobispo para acompañarla hasta el patio. No hablaron ni una palabra; ella pensando en aquel extraño encuentro y el asistente intentando averiguar la razón de su eminencia para llevar a su habitación a aquella mujer.

Ersbetta se sentó en el lecho de su aposento, se descolgó del cuello la bolsa donde llevaba su pequeño cuchillo ceremonial y las monedas que le había entregado el príncipe y, desligando un extremo de una de sus finas tiras de cuero, lo pasó por la parte superior de la cruz, que llevaría así colgada por mucho tiempo. Miró hacia su derecha y se percató de la ropa nueva que Éva había dejado doblada sobre una silla. Calzas, camisas, unas botas cortas y un par de capas de lana gruesa que repelerían el agua en los días de lluvia. Masika estaría contenta.

Aquella noche tuvo sueños inquietos. En uno de ellos evocó a su esposo, de quien nunca quería hablar por más que su hija se lo pidiera. Era demasiado el dolor que había sentido tras su muerte. Pero a veces, en sus sueños, el dolor desaparecía y las imágenes evocadas le traían alegrías pasadas que reconfortaban su alma. Veía a Zóltan como había sido en vida, tres codos más alto que ella, de grandes y anchas espaldas, con manos callosas y fuertes. Lo veía caminando por el bosque con su hacha de leñador, silbando al viento con su eterna sonrisa en aquel rostro moreno y afable. Ella se estaba bañando en el río y veía a su esposo acercarse poco a poco, como en una nube. Era un día de verano y su hija Masika de tan sólo un año de edad jugaba en la orilla con guijarros y juncos. Al ver venir a su padre, la niña gritaba con su gorjeo de bebé y alzaba sus manitas para que él la levantara en volandas. Ersbetta los observaba desde el río con una gran paz en su corazón. Pero, de repente, dos hombres llegaron de la nada y arrancaron de los brazos de su padre a la niña… Ersbetta gritó, pero de su garganta no logró extraer ningún sonido… Gritó y gritó hasta que…

Despertó sudorosa y con el corazón acelerado. Temía a sus pesadillas casi tanto como temía a la muerte, pero aún así, agradecía volver a ver a Zóltan aunque fuera sólo en sueños. Zóltan Péntek… El padre de Masika había sido un expósito, abandonado al nacer cerca de una granja; y la buena mujer que lo había criado le puso el apellido del día en que lo había encontrado, viernes. Habían vivido muy poco tiempo juntos y ni siquiera habían sido registrados como marido y mujer, por lo que Ersbetta nunca llevó el nombre de Ersbetta Péntekne. Qué injusto que la vida se lo arrebatara tan pronto y qué injusto para su hija crecer sin su padre. El velo de la tristeza empañó su mirada, pero reprimió el llanto y volvió a dormir.

Los gallos cantaron y abrió los ojos. Permaneció como hipnotizada mirando al techo de madera de la habitación, recordando que poco antes de despertar había vuelto a soñar con el hombre que hechizaba serpientes al son de su flauta.

"Caminarás hacia las tierras de Misr… antes del fin de los tiempos", le dijo de nuevo. A su lado, la alfombra mágica se elevó por los aires y se perdió tras las nubes. Al lado del encantador de serpientes, dos hombres con turbante y túnicas blancas y una mujer de rostro cubierto por un extraño velo, alzaban sus rostros hacia cielo. Mientras, hacia el este, una gran estatua con cuerpo de león y rostro humano recibía los destellos del sol naciente.

Ersbetta se incorporó mientras los primeros rayos de la mañana entraban como un abanico por la ventana de su habitación. Era hora de comprobar la buena evolución de la princesa.

Éva la recibió diciendo que ya había comenzado a darle las infusiones de tila para calmar los nervios y de enebro para abrir el apetito. La curandera asintió y se acercó al lecho de la princesa, donde Gizella estaba recostada sobre sus almohadones y comía de un cuenco de sopa. Tenía muy buen color de piel y su pulso era el normal. Ersbetta le pidió permiso para colocar sus manos sobre su vientre.

—Gracias por vuestra ayuda —le dijo la princesa mientras la curandera le palpaba el abdomen—. Espero que mi esposo os haya retribuido bien.

—A partir de ahora debéis de comer más a menudo y dejar el vino a un lado. Debéis cuidaros no sólo por vos.

Gizella no comprendía y Ersbetta volvió a sonreír.

—Por vuestro hijo, señora.

Gizella se llevó las manos a la cara, asombrada y maravillada ante la noticia.

—¿Estáis segura? ¡Mis esperanzas se habían desvanecido por completo! —La princesa no cabía en sí de gozo, incrédula aún ante la noticia, e hizo una seña a su doncella, que retiraba su comida—. Éva por favor, trae mi cofre.

La doncella puso sobre sus manos una pequeña arquilla de madera decorada con arabescos donde Gizella guardaba sus joyas. Ésta sacó de su interior un broche de bronce con filigranas en espiral en cuyo centro estaba grabada una cruz celta.

—No puedo aceptar un regalo tan extraordinario, mi señora —se llevó las manos al pecho asombrada por la belleza de aquella joya—. No es algo que deba llevar una persona como yo.

—Os ruego que lo aceptéis —dijo Gizella con una sonrisa que iluminaba su rostro. Le puso el broche entre las manos y cerró los dedos de Ersbetta en torno a él.

Los caballeros Róbert y Fülop la escoltaron a su salida del castillo. Tras el portón principal pudo ver con asombro la hilera de pobres que esperaban para recibir las limosnas que el príncipe entregaba una vez a la semana.

Horas después, cuando divisó los campos que daban la entrada a Salföld, les pidió que dieran un rodeo y se desviaran por el bosque.

Su pequeña casa se había convertido en un montón de cenizas; su pequeño hogar ya no existía. Desmontó del caballo y fue acercándose a lo único que quedaba en pie: el gran fresno que había protegido su casa de las tormentas. Con los puños crispados se detuvo ante las ruinas y los restos de aperos. ¡Desalmados! Estaba furiosa, y de algún modo Hans Smisza y el padre Ladislav algún día pagarían lo que habían hecho.

—Podéis marchar cuando queráis —dijo a los caballeros—. Estaré bien.

—Pero señora... ¿Dónde vais a pasar la noche? —le preguntó Róbert desconcertado.

Ersbetta agradeció su preocupación, pero les dijo que tenía adónde ir.

—El príncipe nos dio este documento para que se lo entreguéis al juez Mechwart. —Fülop le tendió un pergamino que sacó de su capa.

Ella lo abrió y leyó que el príncipe István ordenaba revocar todos los cargos que había contra ella. Tal vez eso le hubiera servido para empezar de nuevo con buen pie en Salföld, pero ya era demasiado tarde, ahora su vida tomaba otro rumbo. De todos modos, les dio las gracias. Fülop cogió las riendas del caballo que había llevado a Ersbetta y dio media vuelta despidiéndose de ella. Robert le hizo un gesto con la cabeza y siguió a su compañero. No la vieron tomar el camino del bosque que conducía hacia lo alto de la montaña.

Atardecía en aquel día gris, y la nieve acumulada retrasaba su paso; aún así trató de darse prisa antes de que el sol se escondiera. Tras encaramarse a un risco se dirigió al este y se adentró en una zona yerma que la condujo a una angosta cueva que la recibió en su oscuridad. Avanzó unos pasos y se detuvo. Oía algo. Un sonido lento y pausado que se acercaba. No podía ver nada pero avanzó un poco más. Unos ojos brillantes la recibieron, y los suyos propios, que ya se habían adaptado a la negrura de la cueva, distinguieron la figura de un lobo gris. El animal se acercó lentamente, con la mirada fija en su rostro. Ella no se movía. Cuando estuvo a un solo paso, el lobo se sentó sobre sus cuartos traseros y levantó las patas a modo de saludo. Ersbetta le acarició detrás de las orejas; después, lo siguió hasta las profundidades de la cueva.

Caminaron por una senda estrecha y húmeda hasta que llegaron a un lugar iluminado, un pequeño recodo acogedor donde se hallaba su hija acompañada de Tor. Éste se lanzó hacia el regazo de la mujer moviendo frenéticamente la cola. Madre e hija se abrazaron en silencio mientras el fuego encendido iluminaba los ojos brillantes de Masika. Ersbetta se echó a llorar, cansada, emocionada, mientras su hija trataba de consolarla.

—Logré soltar a los animales antes de que llegaran los hombres de Hans Smisza —dijo acariciando sus cabellos—. Lo presentí, madre. Presentí que algo malo iba a suceder y que debía ponerme a salvo. Pero no pude invocar visiones para saber qué te estaba sucediendo…

Se sentaron junto al fuego mientras el lobo permanecía sentado a unos pasos de ellas observando sus movimientos. Masika sacó de su bolsa un pedazo de tarta, seca y dura pero aún sabrosa.

—Bajé al pueblo —dijo dándole el pedazo de tarta—. Vi la hoguera, madre… ¿Por qué? ¿Por qué querían quemarte? ¿Por qué nadie te ayudó?

—He de explicarte muchas cosas, hija. Pero ahora debemos partir. A pesar de que el príncipe István ha firmado un documento en el que se me absuelve de las acusaciones en mi contra, sé que Smisza y el padre Ladislav no descansarán hasta vernos fuera de aquí. Ya han quemado nuestra casa, hemos perdido nuestros animales, nuestras hierbas y nuestros enseres, pero sé que no se detendrán. Además, ha llegado el momento.

—¿El momento? ¿Quieres decir….?

—Si, hija mía. Es la hora.

Masika suspiró, no muy convencida.

—¿Y cuándo partimos?

—Mañana, al alba. En una jornada y media llegaremos a Pécs, donde nos alojaremos en casa de la prima Karin y allí decidiremos cómo vamos a hacer nuestro largo viaje.

Masika la miró con los ojos muy abiertos y preguntó con prudencia:

—¿Y hacia dónde nos dirigimos exactamente?

—Es un viaje muy largo, hija —Comió un pedazo de tarta y dijo—: Vamos a Oriente, a la tierra de las Pirámides, al país de Egipto.

La mañana de finales del mes de enero en que abandonaron la tierra que las vio nacer, fue una mañana de un frío húmedo que penetraba en los huesos como un aguijón. El bosque acogía en su manto nevado a aquellas dos pequeñas figuras que caminaban con paso decidido por senderos angostos y repletos de un silencio estremecedor. Ersbetta le había dado a su hija la ropa y las botas que la doncella Éva le había puesto en un hatillo, y ahora la niña caminaba con paso vacilante, pues no eran del mismo tamaño; aún así, se mostró contenta y divertida con aquel regalo. En cuanto a la ropa, por fin podía liberarse del vestido que había llevado durante un año.

El viento les susurraba en los oídos y el cielo las cubría con su manto grisáceo. Unos diez pies por delante de ellas iba Tor, vigilante ante cualquier sobresalto que pudiera acecharles en el camino. Dos lobos, a cien pies tras ellas, las siguieron un trecho y las observaron cuando se detuvieron al lado de un roble y desenterraron algo envuelto en una tela áspera de color gris: la lira mágica. No podían viajar con ella, así que Ersbetta desmontó un travesaño de la parte inferior y extrajo de su interior el pergamino del profeta, envuelto a su vez en una funda de cuero cuarteado. Lo guardó en su bolsa junto con el documento que el arzobispo le había entregado y volvió a enterrar aquel mágico instrumento. Mientras los lobos aullaban a la vez, ella cerró los ojos y posó sus manos en el lugar donde había enterrado la lira mágica. Ahí seguiría por un tiempo más.

Sentado al lado de su dueña, Tor observaba a los lobos y aulló también, a modo de despedida. Cerca de allí, András y Béla se miraban el uno al otro y corrían montaña abajo huyendo, temerosos de toparse con aquellas fieras.

Masika se acercó al lobo macho y le acarició el lomo jugueteando. El otro lobo, que era hembra, se sentó sobre sus cuartos traseros con ojos tristes. Ersbetta le acarició la cabeza y se despidió: Gracias madre loba…gracias por proteger a mi hija.

—Sigamos —dijo en voz alta. Masika se apretujó en su capa y se echó a la espalda la bolsa con sus escasas pertenencias. Sin decir nada caminó a paso ligero detrás de su madre. Las dos miraron hacia atrás por última vez, sintiendo sobre su piel el aullido lastimero de los lobos.

Cuando llegaron a Pécs, la capital del condado de Baranya, era bien entrada la tarde de su segundo día de viaje. Las nubes se agolpaban nerviosas sobre las montañas Mecsek, amenazando tormenta, y cuando entraron por las puertas de la ciudad ya empezaban a caer gruesas gotas de agua helada que les obligaron a apretar el paso para llegar cuando antes a El Gato Comilón, la hostería que regentaba la prima Karin. Ersbetta golpeó varias veces la puerta hasta que una mujerona de sonrosadas mejillas apareció.

—¡Por todos los cielos, Betta! —¿Qué hacéis aquí?

La posadera se apresuró a acomodar a su inesperada visita junto al fuego de la cocina. No pudo evitar pensar que algo malo debía haber ocurrido para que se presentaran así, de improviso. Dejaron su escaso equipaje en el suelo y se calentaron las manos heladas bien pegadas a la lumbre, donde Tor se sentó, agradecido de dejar las calles nevadas.

—¡Pero niña! ¡Cómo has crecido! —Karin se sentó junto a Masika, le pellizcó las mejillas y le estampó un sonoro beso.

Ella sonrió:

—Me alegro de verte, prima Karin. Tenemos muchas cosas que contarte.

—Enseguida, niña. ¡Pero primero la manduca!

Karin les sirvió dos grandes tazones de una humeante sopa de carpa que preparaba como nadie en Pécs. Mientras Masika y su madre soplaban para enfriarla, puso sobre la mesa una bandeja con trozos de pollo asado con cebollas, panecillos recién horneados y un gran queso curado. Su ayudante, un muchacho de cabellos rubios alborotados, entró en la cocina con platos con sobras de los clientes que cenaban en el comedor. Saludó con la cabeza, miró de reojo al perro y salió hacia la puerta que conducía al patio trasero.

Contaron a Karin todo lo sucedido en Salföld mientras ella iba moviendo la cabeza impresionada: la encarcelación de Ersbetta, su suplicio a manos de Mikla, el juicio, la llegada fortuita de los caballeros del príncipe István.... Con las voces de las mujeres como fondo, Tor dormía complacido sintiendo su estómago lleno después de dar buena cuenta de su plato con despojos de cerdo y un gran hueso de ternera.

—Habéis hecho bien en venir aquí, pero ahora debéis descansar.

Karin cogió de la mano a Masika y las tres se encaminaron hacia la habitación que quedaba libre en aquella planta. Tor las seguía de cerca con su andar distraído y algo torpe.

—Veo que te van muy bien las cosas, prima —le dijo—. Tienes una posada agradable y bien dispuesta. ¿No has vuelto a casarte, verdad?

Karin resopló, negando con la cabeza. Después de enviudar de un germano pendenciero, prefirió atender sola el negocio que había sido de sus padres apenas con la ayuda de dos mozos que atendían los cuartos y el patio con sus animales. No echaba en falta la presencia de un esposo, y de vez en cuando se dejaba llevar por amoríos ocasionales con mercaderes de paso que la hacían sentirse aún joven.

Les entregó un par de mantas y las dejó solas. Tor se acomodó en un rincón y no tardó en quedarse dormido, al igual que sus dueñas.

Ersbetta despertó dándose cuenta de que el sol estaba en lo alto; era casi mediodía. Se incorporó sobre el jergón y se frotó los brazos y las piernas. Hubiera necesitado de una buena friega de su ungüento especial, pero ya no poseía nada. Se levantó y abrió los postigos para disfrutar del aire de aquel día radiante. Masika no estaba, y Tor se le acercó gimoteando. Necesitaba que lo sacara al patio, repleto de gallinas y patos en cercados atendidos por uno de los mozos de Karin.

Mientras Tor olisqueaba por los rincones, ella pensaba en la conveniencia de llevar el pergamino en su bolsa. Si eran asaltadas en el camino, sería lo primero que se llevarían; por eso se dirigió a la cocina dispuesta a pedir aguja e hilo a Karin para coser la funda que envolvía el pergamino en el interior de su capa.

Masika estaba dando buena cuenta de un gran cuenco de gachas dulces mientras Karin cocinaba el menú del día para los clientes de la posada.

—¿No deseas comer nada, Betta? ¿Unas gachas, quizás? —preguntó su prima mientras amasaba pan.

Comió escuchando chismes de Pécs y después pidió prestados la aguja y el hilo y regresó a la habitación mientras Karin continuaba explicando a la niña curiosidades de sus clientes.

En la habitación, sentada en su lecho y con el pelaje caliente de Tor a sus pies, desenvolvió el pergamino que le había entregado su madre y admiró de nuevo la figura que ahora sabía que era una esfinge. La esfinge que debía encontrar en un país lejano. Volvió a poner el papiro en su funda de cuero y la envolvió con una tela basta que cosió por los cuatro costados como un fardo. Mientras zurcía el conjunto con el interior de su capa, pensó en el viaje que debía emprender y sintió un estremecimiento repentino que le recorrió todo el cuerpo. Se llevó las manos a la pequeña bolsa de piel de ardilla que llevaba colgada al cuello, ahí donde también colgaba la cruz del arzobispo Gerbert. Tenía un papiro, una cruz… Con esos objetos debía hallar el Libro de Thoth, el Libro de los Secretos de la Vida…Un libro de los dioses que detendría el fin del mundo. ¿Sería capaz?

A la cintura llevaba una pequeña bolsa con algunas monedas y el broche de la princesa Gizella. No pudo evitar admirarlo de nuevo, repasando con el dedo índice sus grabados. Un broche elegante y original para una simple curandera como ella… Pero una curandera que iba a emprender un viaje que muchos expertos viajeros y comerciantes ni hubieran soñado con realizar. Dirigió su mirada hacia la ventana y pensó que bien podían llegar a morir en el intento, pues dos mujeres caminando por países extraños, con gentes extrañas y lenguas que no entendían era algo muy peligroso en aquellos tiempos en que vivían. ¿Pero acaso podía eludir su destino? En el silencio de aquella cálida habitación sentía desde lo más profundo de su ser que podía y que debía hacerlo. No importaban los inconvenientes; sólo el hecho de que era su destino el que la guiaba. Siempre había sido así y lo seguiría siendo.

Mientras ella cosía y pensaba en cómo llevarían a cabo aquel largo viaje, Karin le hablaba a Masika de su abuela.

—Como ya sabes, Masika, muchas de las mujeres de nuestra familia han tenido el don de la curación, algunas incluso el de la videncia, pero éstos dones requieren tiempo y paciencia, y siempre se han necesitado varios años para poder ejercitarlos de forma plena, con convicción y claro está, con acierto, que es en definitiva, lo que la gente nos pedía. Nuestros poderes no se limitan a preparar ungüentos y pócimas, asistir partos y curar heridas. Van mucho más allá, aunque no todas las mujeres de nuestra familia los han utilizado. Yo, por ejemplo, abandoné todas las prácticas que tía Margit me había enseñado y me limité a desarrollar un don más simple, cocinar. Tuve miedo, lo reconozco, pero ahora ya no vale la pena lamentarse. Has de saber que la magia tiene su lado oscuro, que sus poderes también son oscuros y pueden volverse contra uno. De nuestra familia, sólo tu abuela vivió completamente volcada en ellos, sin temor alguno.

"Margit era conocida por su hermoso cabello dorado y largo hasta más abajo de su cintura. Era la tercera y última hija de tu bisabuela Erzsebet y compartía con su padre, Sándor de Kunadacs, los mismos ojos negros de mirada incisiva. Después de la muerte de Sándor pasaba largos ratos en la casa de mi madre, su hermana mayor, pues Erzsebet estaba demasiado triste como para ocuparse de su hija pequeña.

"En Margit se manifestaron muy pronto signos de que la magia estaba muy arraigada en ella. Por aquel entonces vivía con mis padres en Plasziag, muy cerca de Pest. Mi madre me contó que Margit, cuando contaba unos cinco años, estando sentada en la mesa de la cocina, empezó a dar gritos que alarmaron a todos. Señalaba insistentemente con su dedo índice la cacerola que alguien estaba poniendo al fuego. No entendieron nada en aquel momento, ya puedes imaginártelo, pero a la mañana siguiente, mi madre puso agua a hervir en aquella misma cacerola, con tan mala fortuna que al levantar el recipiente éste se volcó sobre su pierna causándole terribles quemaduras.

"Inmediatamente pensó en los gritos de la niña Margit, que entonces pudieron interpretarse como un aviso. Sucedieron hechos similares y, a medida que pasaban los meses, observaban cómo tu abuela podía mover objetos con tan sólo mirarlos, dominaba con un simple gesto a los perros y a los gatos y, sin haberlas visto antes, reconocía a la perfección muchas clases de hierbas mágicas.

"Tiempo después, toda la familia se trasladó a Salföld. Margit solía jugar con los hijos del vecino hasta bien entrada la tarde, pero una noche no regresó. Tu bisabuela Erzsebet se desesperó, recorrió los alrededores llamando a todas las puertas, caminó por la orilla del lago tratando de ver algo que no quería ver... No, Margit tenía que estar viva, pero, ¿dónde? Mi madre y tu bisabuela decidieron adentrarse en el bosque, donde pasaron toda la noche llamando a la niña. Iban a abandonar la búsqueda cuando vieron que un lobo se acercaba a ellas y detrás de él apareció Margit, sonriente, pero con una expresión luminosa que jamás habían visto en su cara. Su madre la miró y pareció no reconocerla, pues en aquel momento, como un prodigio, aquella niña de siete años habló así, con estas palabras que toda nuestra familia recordó para siempre: "Ahora he de vivir entre los lobos, pues en ellos reside la esencia del poder de Thoth, el escriba."

"Margit pronunció aquellas extrañas palabras mientras un viento helado empezó a recorrer la región y muchos ancianos morían de frío. Aún sin saber que existía, reclamó la lira mágica que custodiaba su madre y decidió vivir allí, en el bosque, con la única compañía de los lobos. Qué es lo que Margit hacía en aquel lugar nadie lo sabe con seguridad. Erzsebet decía que aquellos animales poseían un poder y una sabiduría ignorada por muchos, y que su hija era afortunada por conocer misterios que sólo ellos le podían mostrar. La trataron de loca por ello. Por abandonar a su hija y por hablar de ese modo.

Pasaban lunas y soles y Margit no regresaba. Algunos aventuraron que había muerto, o que había viajado al más allá y no había podido regresar. Otros dijeron que se había convertido en un lobo más y que así podría guiar a los muertos en su tránsito al otro mundo. Pero fueron muchos más los que al oír simplemente su nombre se asustaban y huían para protegerse.

"Algunos años después, Margit dio a luz a tu madre. Nadie supo quien le engendró su hija; algunos dijeron que un vagabundo extranjero se adentró en las cuevas y cohabitó con tu abuela. Otros dijeron que fue el espíritu del legendario jefe magiar Árpad; lo cierto es que nunca se supo la verdad. Tiempo después de dar a luz, decidió bajar al pueblo y vivir con su familia de nuevo para que su hija conociera otra forma de vida. La vida en el bosque había hecho que su comportamiento se volviera algo rudo y salvaje, pero supo adaptarse bien con la ayuda de Erzsebet. Todos los años, eso sí, cuando celebrábamos el solsticio de verano, volvía a la cueva de los lobos, donde les mostraba a su hija Ersbetta y ellos la olían y la protegían con su calor. Fue entonces cuando las gentes de Salföld comenzaron a llamar a tu madre "la hija de los lobos".

"Desde el pueblo, en las noches de luna, podían oírse con claridad los ecos de su tambor, el quiebro de su voz suave y clara cantando a los antepasados para que protegieran el mundo, la tierra, los lobos y las cosechas. La música de la lira penetraba en nuestros oídos y en nuestros sueños desaparecían las pesadillas por mucho tiempo.

"Pero de nuevo llegó el invierno y Margit abandonó las montañas y el bosque para regresar al llano donde ya empezaba a ser una extraña. Su madre ya había muerto,

pero ella no pareció triste por ello: decía que podía verla en las estrellas. Hablaba de lugares remotos y de grandes pájaros que escupían fuego y descendían del cielo; hablaba de una tierra poderosa situada más allá del mar y de una estatua con el rostro de Isis que sostenía una antorcha encendida. A veces describía artefactos, ingenios extraños dominados por gentes que vivían en casas construidas una sobre la otra. A veces, también, entraba en trance y hablaba en una lengua extraña que nadie podía entender.

"A pesar de lo maravilloso de sus visiones, la tomaron por loca, y mi padre le construyó una pequeña casa en un claro del bosque para que ella y su hija vivieran a las afueras de Salföld. Así, las incomprensibles palabras que decía sólo serían escuchadas por el viento y por los árboles que las rodeaban.

"Supimos que Margit, en las pocas ocasiones en que volvió a Salföld, se hacía llamar Margit Tót, abandonando el nombre de su padre: Kunadacs. Por suerte él ya había muerto y no tuvo que sufrir aquel desaire. Mi esposo me dijo que él había conocido a un hombre llamado Tót que provenía de la cuenca de los Cárpatos, de ahí su nombre, y tal vez era ése foráneo quien le había engendrado a su hija. Pero tanto tu abuela como mi madre supieron que Margit adoptó el nombre de aquel a quien servía y adoraba, aquel dios escriba, el dios de los lobos, Thoth.

"A medida que iba transcurriendo el tiempo, Margit dejó de recibir visitas. Algunos decían que la habían visto fertilizar la tierra con sangre; otros decían que robaba crías de cabra y las sacrificaba para sus ritos extraños. Algunos dijeron también que en las noches de luna llena se convertía en una loba blanca…Y desde entonces ya nadie le pedía que consultara las piedras para saber si el futuro marido sería bueno y capaz. Nadie dejó que sus manos se posaran en su espalda magullada ni dejaron que pusiera emplastos en las verrugas. Pero eso sólo fue durante unos meses, pues la enfermedad llegó a nuestras tierras. Primero empezaron a morir las aves y después vimos muchos hombres caer al suelo derrotados por la fiebre; la gente moría de a pares.

"Margit acudió a ayudar a todo aquel que la solicitaba, sin importarle que tiempo antes la hubieran ignorado y maltratado. Algunos, incluso, le pidieron perdón. Pasó días enteros acudiendo casa por casa, agotada, calmando las fiebres, preparando pociones, posando sus manos poderosas sobre los enfermos, pero a los pocos días aquellos infelices morían entre jadeos y estertores. De todos modos, aunque murieron muchos, también muchos se salvaron, y la despensa de la casa de tu abuela se empezó a llenar de huevos, de miel, de cacharros nuevos para cocinar; por fin era reconocida su dedicación, y ya no era tratada como una poseída por los espíritus.

"Pero nuestro futuro es incierto y, a veces, cruel. Cuando todo parecía volver a su cauce y el honor de tu abuela era restituido, vino a suceder algo terrible.

Masika abrió mucho los ojos. Estaba absorta en lo que la prima Karin le estaba explicando y no se dio cuenta de que su madre estaba a su espalda. Ersbetta miró a su prima y con un gesto de la cabeza le indicó que no siguiera hablando. Karin así lo hizo y se levantó para revolver el guiso que borboteaba en el fuego.

—Tu madre continuará explicándote la historia.

Ersbetta se sentó al lado de su hija. ¿Era aquel el momento adecuado para hablar de aquello? Agarró la mano de Masika mientras ésta le reprochaba no haberle contado más cosas de su abuela.

—No es fácil, hija. Hay cosas que…

—Ya no es ninguna niña, Betta —apuntó Karin con el cucharón en la mano.

La curandera negó con la cabeza. No, no quería hablar de ello ahora, pero Masika tenía derecho a saber.

—Cuéntaselo tú, Karin —dijo con voz cansada—. Cuéntaselo tú —Y salió de la cocina para no tener que oír.

Era temprano, pero la comida para sus huéspedes no podía hacerse esperar, así que revolviendo en la gran olla humeante, fue desgranando el resto de la historia de Margit.

—Tu abuela tuvo un hijo antes de tener a tu tía Sabina y, como en la vez anterior, nadie supo con seguridad quién se lo había engendrado.

"Cuando su vientre comenzó a crecer, tu abuela volvió a decir cosas extrañas a aquellos que la visitaban, y en las noches sin luna salía a contemplar las estrellas; las señalaba y daba nombres a cada una de ellas.

"En la hora del nacimiento de su segundo hijo, cuatro años después del nacimiento de Ersbetta, mi madre nos cogió a mí y a mis hermanos y acudimos en su ayuda. Pero cuando llegamos a la casa, que era la casa donde vivíais hasta ahora, el niño ya había nacido. Mientras recorríamos el sendero del bosque ya oíamos el berreo del recién nacido, y mi madre sonreía porque si el niño había nacido tan rápido era porque todo había salido bien.

"Pero cuando atravesamos el arroyo y llegamos al claro, un lobo nos recibió gruñendo, amenazante. De nuevo Margit había acudido a los lobos, o los lobos habían acudido a ella… Mi madre llamó a gritos a tu abuela para que ahuyentara al animal, pero ella no respondía. ¿Qué íbamos a hacer? No podíamos quedarnos allí, a la entrada de la casa, durante el resto del día… El lobo se sentó, tranquilo, con las orejas alzadas dispuesto a no dejarnos pasar.

"Los cuatro gritamos el nombre de Margit, tratando de sobreponer nuestro grito al del bebé que estaba dentro de la casa. Cuando el mayor temor de mi madre era que Margit hubiera fallecido al dar a luz, ésta abrió la puerta de la casa y apareció ante nuestros ojos con el aspecto de un espíritu errante, pues sus largos cabellos alcanzaban casi la hierba, y con su ligera túnica blanca mecida por el viento daba la impresión de que de un momento a otro fuera a desaparecer como si de una visión se tratara.

"A su lado, tu madre, que agarrada con una mano a la túnica de Margit, chasqueaba los dedos haciendo que el lobo volviera la mirada hacia ella. Éste, con la cola baja, se alejó con pasos cortos perdiéndose en el boscaje. El bebé dejó de chillar.

"Mi madre nos empujó para que cerráramos las bocas absortas y entramos todos en la casa. Dos pequeños lobeznos se acurrucaban sobre un montón de paja junto al fuego dando calor al bebé que ahora dormitaba tranquilo.

"El bebé… A primera vista era un recién nacido con una mata espesa de pelo negro y cuyos ojos hinchados se acababan de abrir mirando sorprendido todo lo que le rodeaba. Estaba envuelto en lienzos blancos como todos los recién nacidos, apretados para que no se moviera, y desprendía un tierno aroma a leche caliente. Pero cuando mi madre se acercó más, la luz que desprendía el fuego encendido le reveló el gran tamaño de aquella criatura, pues si lo hubiera puesto en pie habría igualado a su hermana Ersbetta. Además, las facciones de su rostro no eran normales, y en absoluto agraciadas.

"Fue llamado Mihály, y Margit lo amó por ser diferente, por necesitarla más que Ersbetta. Lo protegió de las miradas reprobatorias de la gente de Salföld, lo protegió de los niños que se llegaban hasta la casa sólo para burlarse de su él, que crecía y crecía. Con ocho años ya casi tenía la altura de mi hermano mayor, que contaba veinte.

"La protección de Margit no sirvió para evitar que lo acusaran de engendro, y en las pocas ocasiones que iban a Salföld en busca de provisiones eran apedreados por muchachos que en el fondo les temían. El médico del pueblo quiso examinar al niño, pero Margit no le dejó, así que éste siguió creciendo hasta que debía agachar la cabeza para entrar en la casa.

"La gente decía que era un hijo del demonio y que era el culpable de la sequía y de los incendios de aquel verano. Pero Mihály vivía ajeno a aquellas acusaciones porque su inteligencia era limitada, aunque no así su fuerza. Derribaba árboles como quien quiebra una rama, y levantaba piedras sin apenas esfuerzo. Toda su alegría consistía en subir a grandes zancadas por las colinas y desde el lugar más alto contemplar el valle. Porque él era el más fuerte, el más alto, y su felicidad consistía en tratar de saltar y saltar y alcanzar la luna con las manos.

"Margit enseñó a sus hijos a tocar el tambor, pero sólo la niña tenía la facultad de extraer de él su poder. Mihály sólo era un grandullón con escaso talento, pero Margit no cejaba en su empeño de que en su hijo tenía que haber algo tan grande como lo era él. Probó con la lira, pero sus grandes dedos estuvieron a punto de romper las cuerdas, con lo que tu abuela decidió buscar alternativas. Aún así, nunca tuvo oportunidad de hallar la facultad oculta de su hijo. Tenía ocho años, era grande y fuerte, y aún así, la maldad lo superó.

"En Salföld toleraban a la niña Ersbetta por su belleza, sobrellevaban a regañadientes a Margit, pero no estaban dispuestos a sufrir la presencia de alguien tan diferente como lo era Mihály.

"Nadie sabe cómo sucedió ni cuándo se decidió, pero una noche el bosque se llenó de antorchas encendidas que se dirigían a la casa de Margit. Tu abuela estaba dormida y presintió la emboscada, pero demasiado tarde. Cinco hombres entraron en la casa y sacaron a Mihály de allí mientras ataban a su madre al fresno de la entrada. Ersbetta lloraba asustada en un rincón, pero nadie reparó en ella. Margit llamó a los lobos y éstos, que oyeron su súplica desde su guarida, corrieron a su encuentro.

Karin hizo una pausa para observar a su sobrina, que escuchaba atenta aquella triste historia.

—Continúa tía Karin —le pidió.

La posadera se recogió el cabello hacia atrás y se sentó junto a ella vigilando de reojo el fuego. Tenía que contar lo sucedido suavizando los hechos. Masika ya no era

una niña pero no se veía capaz de explicarle con detalle lo sucedido.

—Llevaron a Mihály hasta el lago y… —Karin se mordió los labios como si con ese gesto pudiera detener el pasado—. Y… bien, ya sabes que en el corazón de los hombres reside tanto la más infinita bondad como la más terrible perversidad…

"A pesar de su fuerza y de su apariencia fornida, Mihály era bueno y creía que todo era un juego; creía que aquellos hombres querían jugar con él en el lago… Después de todo, no tenía más que ocho años. Le ofrecieron vino especiado, o mejor dicho, le obligaron a beber mucho vino especiado entre risotadas que él interpretaría con simpatía; hasta que lo empujaron sin que ofreciera resistencia alguna y, sentado en la orilla, con el agua hasta la cintura, uno de aquellos hombres lo invitó a imitarle, a que hundiera la cabeza en el agua una y otra vez. Entre risas, Mihály imitaba a aquel joven sin reparar en que tras él, los otros cuatro esperaban el momento adecuado para actuar.

—¿Lo ahogaron, tía Karin? —preguntó horrorizada—. ¿Lo ahogaron?

Karin asintió.

—Pero la justicia cayó sobre todos aquellos que participaron de aquella atrocidad. Murieron bajo las garras y los dientes de la manada de lobos que llegó desde el bosque, dispuestos a vengar a Margit. Después, regresaron a sus cuevas y aullaron durante toda aquella noche.

—Pobre abuela… Pobre de Mihály…

Karin se levantó para atender el guiso. En aquel momento, entró Ersbetta.

—Karin, hemos de partir cuánto antes; tal vez en dos o tres días —dijo sentándose a la mesa.

—Pero, ¿tan pronto?

—Si, prima. Necesitaremos mantas, provisiones y dos mulas resistentes. ¿Puedes ayudarme a conseguirlas?

Karin se limpió las manos en su mandil y dijo:

—Aún no me has dicho a dónde pensáis ir…

Masika abrió la boca para contestar pero su madre la interrumpió:

—Muy lejos, prima.

—Lejos, lejos… ¿qué quiere decir lejos? ¿Pest? ¿Debrecen? ¿Miskolc?

Ersbetta negó con la cabeza.

—El país de Egipto.

—¿Cómo dices? ¿Qué lugar es ése? Nunca lo había oído mencionar.

—Karin… —le dijo con calma—. Es un país situado más allá del mar, en Oriente.

—¿Oriente? Pero, no entiendo —La posadera estaba alarmada—. ¿Por qué tenéis que ir a un lugar que no conocéis; a un país extraño? Si vuestra intención es alejaros de Salföld, podéis dirigiros hacia la capital, allí es más fácil pasar desapercibido. ¡No tenéis que ir tan lejos!

Ersbetta negó con la cabeza.

—Hemos de ir a ése lugar, así está decidido. Ahora nuestro primer destino es Constantinopla y necesito encontrar a alguien que me indique cómo puedo viajar hasta allí. ¿Conoces algún comerciante que viaje fuera de nuestras fronteras?

Asombrada, un tanto aturdida por aquella conversación, Karin no sabía qué responder.

—Tal vez… —dudó pensando en quién podía ayudarlas—. Más tarde preguntaré entre mis clientes. ¿Y qué clase de destino es el tuyo que os lleva a las dos fuera de nuestras tierras?

Masika le respondió:

—El pergamino nos lleva hasta allí.

—¿Cómo dices, niña? ¿De qué pergamino hablas?

Pero de pronto su cara se iluminó y en sus ojos brilló una luz.

—¿Queréis decir que la leyenda es cierta? —Karin parecía realmente sorprendida—. Mi madre me habló una vez acerca de un extraño pergamino que poseía tía Margit. Decía que lo había conseguido lejos de nuestras tierras y aseguraba que atraía el infortunio a quien lo poseía, pero que a la vez, era dador de poderes extraordinarios.

Masika se sirvió más gachas y también puso un poco en un cuenco para su madre. Recordó sin comprender del todo las palabras pronunciadas por su abuela Margit acerca de los lobos,…en ellos reside el poder de Thoth, el escriba… Thoth, el dios que vive en los cielos y mora en la estrella Sirio, su antepasado. Pero su madre nunca le había hablado acerca de aquellos supuestos poderes asombrosos que el pergamino concedía a sus poseedores. Ella sabía que el pergamino era La Puerta, nada más.

—Las leyendas siempre tienen algo de razón, Karin —le dijo—. Pero hay cosas que es mejor que no sean conocidas por completo.

Karin hizo una mueca y puso los ojos en blanco. Conocía de sobras a su prima. Nada que hiciera o dijera serviría para que le contara más si no lo deseaba.

Como ya fuera la hora de servir el menú a los huéspedes, Masika ayudó a Karin a servir las tres mesas que estaban ocupadas. Mientras, Ersbetta salió a dar un paseo con Tor por las calles de Pécs.

A esa hora comenzó a soplar un viento de aire frío que se hacía más evidente al volver las esquinas. Traía olor de tierra, de paja húmeda; pero también de orines y desechos de comida. La figura de la curandera pasaba desapercibida entre las gentes que rondaban las calles nevadas: campesinos conduciendo sus carretas, ancianas cargadas con haces de leña, trovadores camino de la corte, mendigos en el suelo ateridos de frío… Tor, siempre delante de su ama, se entretenía olisqueando cada rincón nuevo para él.

Caminó a paso rápido sin rumbo fijo. Pensaba, daba vueltas al gran viaje que tenían que realizar. Primero de todo era encontrar quien les aconsejara del camino a seguir hasta Constantinopla, y una vez el itinerario y los días de viaje estuvieran claros, compraría dos asnos fuertes y sanos que pudieran tirar de una carreta; también debería comprar algún cacharro para cocinar y provisiones suficientes.

Se adentró en las calles abarrotadas y pasó por delante de una gran obra en construcción: la futura catedral de Pécs. Del recinto salían unos hombres que se llevaban a otro en volandas, malherido y sangrante. Al parecer, se había caído de un andamio y se había roto una pierna.

Siguió caminando un trecho más y vio tullidos renqueando hacia la puerta de una iglesia, y a una anciana sentada en el suelo con las manos extendidas. La mujer, ciega, murmuró unas palabras cuando sintió que la curandera le dejaba una moneda en su mano artrítica, de dedos agarrotados.

—Que el cielo os bendiga, señora…

Ersbetta se agachó junto a ella y le dijo:

—Bañad vuestras manos en agua caliente y hojas de ortiga. Os hará bien para vuestro mal…

Tras de sí quedaron las gracias de la anciana, y pronto llegó al mercado. Allí adquirió un par de escudillas pequeñas y se acercó al puesto de hierbas para escoger unos manojos de matricaria y de milenrama. Pidió también unas onzas de corteza de sauce y un ungüento especial para caídas y torceduras. Después pasó ante las paradas de los carniceros que envolvían su mercancía en hojas molidas de romero para mantenerla fresca y con buen olor; se detuvo ante los vendedores de especias y de frutas, y una vez llegada junto al panadero, no pudo evitar la tentación de comprar unos pastelillos cubiertos de una fina capa de miel.

Regresó a la posada con sus paquetes y vio a Masika sentada junto al fuego de la sala principal y, a su lado, Karin charlaba con un hombretón de larga barba negra y rizada y ojos de sapo. Tor se acercó para olisquearle los pies y el hombre hizo una mueca.

—No me gustan los perros; no señor…

Masika llamó a Tor a su lado mientras Karin se dirigía a Ersbetta.

—El señor Moholy es comerciante de telas y os puede ayudar, prima.

Laszlo Moholy se rascó la barba mientras miraba a la recién llegada tomando asiento a su lado.

–Encantado de conocerla, señora… —dijo con una media sonrisa. El comerciante estaba admirado de contemplar aquel armonioso rostro y aquellos atrayentes ojos

verdes.

—La señora Jedlikne me ha comentado que deseáis viajar a Constantinopla…

—Así es. ¿Conocéis la ruta a seguir?

—Debéis atravesar los Balcanes… Aunque en esta época del año es bastante fácil que muchos pasos estén cerrados —dijo mientras un leño rodaba hasta el borde de la chimenea haciendo que saltaran chispas.

—¿Y cuánto tiempo creéis que se necesitaría para llegar, señor Moholy?

El comerciante se frotó la barbilla calculando las millas aproximadas hasta Constantinopla.

—En ésta época del año bien puede llevar cerca de dos meses; todo dependerá de los contratiempos del camino, si como os he dicho los pasos de montaña están abiertos o no, de las lluvias, de la nieve acumulada, e incluso de los asaltos que pudieran haber en el camino.

—Y, por casualidad, ¿conocéis la distancia de esa ciudad hasta el puerto de Alejandría?

—¿Del puerto de Constantinopla al de Alejandría? Quién sabe… siete, diez o quince días de viaje, quién sabe —El comerciante se encogió de hombros—. Jamás me he embarcado, aunque sí he conocido a comerciantes genoveses que surcan el mundo sin miedo a los piratas sarracenos. Pero, ¿acaso deseáis viajar hacia Oriente?

Ersbetta no le respondió, pero le dijo:

—Entonces no conocéis Egipto…

—¿Egipto? ¡Uh, no conozco a nadie que haya viajado hasta allí! Pero sí he oído que Alejandría posee el mayor faro del mundo, aunque el resto de esa tierra es un lugar inhóspito donde nunca llueve y el calor te ahoga —El hombre hizo un ademán de desprecio—. Dicen que hay bestias infames, seres insólitos con la piel negra y piedras que cobran vida. ¿Quién quiere ir a un lugar así?

Karin se llevó la mano a la boca, espantada ante la descripción del señor Moholy.

—Es imposible, Betta. No podéis hacer algo así.

El comerciante abrió los ojos y enarcó las cejas en un gesto de gran sorpresa.

—¿Cómo decís? —balbuceó—. ¿De veras pretendéis viajar a Egipto? Entonces tal vez debería hablar con vuestro señor esposo. Quizás no habéis comprendido del todo lo que estaba diciendo.

Ersbetta se levantó un tanto ofendida por aquel comentario. Ya debería haber estado acostumbrada a que los hombres despreciaran que una mujer pensara por sí misma, pero lo cierto era que le suponía un esfuerzo considerable el hacerlo.

—Le agradezco su información, señor Moholy, ha sido muy amable —le dijo con una inclinación de cabeza levantándose de su asiento.

—¡Espera, Betta! —le pidió la prima Karin—. Él puede ayudaros, conoce mucha gente y…

—Disculpa Karin, pero no creo que…

El comerciante enarcó las cejas, molesto por la altivez de aquella mujer, pero su belleza lo turbaba, y él, que no podía dejar de ser galante, le dijo:

—Según tengo entendido, dentro de unos días saldrá la primera caravana del año que realiza la ruta hasta Constantinopla. Si queréis, puedo informarme del lugar de partida…

Ella sonrió y asintió dándole las gracias. Pero Laszlo Moholy aún tenía una pregunta para ella.

—¿Acaso quiere viajar su esposo hasta ese lugar por negocios? ¿Tal vez quiere mercadear con especias? —preguntó.

—Algo parecido…—Ersbetta no podía más que mentir. ¿Qué diría aquel hombre si supiera que ella sola con su hija y su perro querían unirse a la caravana?

—¡Uh, claro! Pero señora, cuando él vuelva, ¡haga el favor de avisarme! Será interesante comentar los pormenores de esta gran aventura que van a emprender… Y ahora, ¡servidme más cerveza, posadera!

Karin regresó con una gran jarra que el hombre apuró de un solo trago. Se limpió la espuma de la boca con la manga de su camisa, sonrió, y ella lo hizo también mirando el espacio vacío entre muchos de sus dientes torcidos.

6. EL JUICIO

El pueblo de Salföld se preparaba para una amenaza que no esperaba: la llegada de la peste. Pronto entraría en el lugar como entran los vientos del norte: de repente, sin avisar, fríos como la muerte.

Y en la casa de Hans Smisza, Nanya cocinaba un guiso de patas de cerdo para su amo: con mucha cebolla y mucho tomillo. Desde hacia varios días tenía que andar con cuidado y casi de puntillas por la casa para no molestar al señor, que andaba de un humor de perros todo el día y pasaba más tiempo del acostumbrado en la buhardilla, ahí donde guardaba recipientes de olores extraños, baldes con agua hedionda y artilugios difíciles de entender para alguien como ella, que sólo vivía para limpiar y cocinar. O eso creía él, porque la niña era más lista de lo que parecía, y a veces lo espiaba desde la escalera. Lo veía sentado en su tosco banco de madera, con la cabeza entre las manos, murmurando palabras ininteligibles. En otras ocasiones lo había visto colocando pedazos de lo que parecía sebo en unos recipientes de barro y preparando ungüentos que luego vendía a buen precio.

Pero Nanya sabía que el médico utilizaba ingredientes que harían provocarían náuseas a más de uno, pues Hans, que no dudaba en eliminar a aquellos que le molestaban, extraía de sus vísceras líquidos y grasas que usaba en sus preparados. Su última víctima, su propio tío Otto, cuyo cuerpo inerte trasladó ella misma a la buhardilla, era ahora parte del último linimento ideado por el médico como cura de las hemorroides que padecían muchos en el pueblo.

La niña revolvía su guiso pensando en todo ello y tuvo que reprimir el vómito. Cada vez le era más insoportable vivir en aquella casa, en especial cuando su amo le pedía que degollara una gallina y le trajera su sangre en un cuenco. Aquello no era normal… pero ¿quién la iba a creer si lo contaba? Además, últimamente la buhardilla despedía mal olor, mucho más del acostumbrado en las casas del pueblo, pero Hans no le permitía limpiar allí. Si por lo menos el amo saliera de casa más a menudo… Pero él prefería que los pacientes fueran los que visitaran su casa para someterse a sus curas.

Por lo que ella sabía, el amo, que aborrecía el sol y en las noches apenas dormía, hacía experimentos para alcanzar la vida eterna; ella lo había oído pronunciar palabras que así se lo indicaron. Tal vez quería hallar una cura para su extraña enfermedad, la que le provocaba aquella extrema palidez, aquellas ojeras violáceas bajo sus ojos. Pero no era sólo el cuerpo el que sufría aquel mal que tiempo después alguien llamaría porfiria, sino también su mente. Hans sufría terribles pesadillas que socavaban su carácter de por sí huraño y desconfiado. En algunas noches, se despertaba de pronto aterrorizado al sentir que la parálisis dominaba todo su cuerpo. No podía levantarse ni moverse; sólo sus ojos lo hacían. Y en aquella situación, inmóvil pero esforzándose por salir de ese estado, veía aparecer una extraña figura que se acercaba a él y se acostaba a su lado. Aterrorizado como estaba, trataba de gritar; pero de su garganta sólo salían pequeños gemidos que a nadie hubieran llamado la atención. Por fortuna la pesadilla terminaba y despertaba con la terrible sensación de que aquello había sucedido en realidad. Que quien le visitaba era algún espíritu inconforme que trataba de llevarlo con él.

Aquellos malos sueños tan frecuentes obligaban a Hans a refugiarse en la bebida. Bebía mucho y dormía cada vez menos para no tener que afrontar de nuevo otra noche inquieta, por lo que su mente empezó a dar señales de desvarío, aunque algunos bien hubieran podido calificarlo de locura profunda. Lo cierto era que había matado, y aquella realidad lo encadenaba a sus pesadillas.

La pequeña Nanya lo observaba desde la escalera, en silencio, casi inmóvil y aguantando la respiración; aún así, Hans percibió el olor de la niña como los perros huelen la presa. Salió de su ensimismamiento, se levantó y se dirigió hacia ella con la rapidez de una serpiente. La cogió por los hombros y percibió su temblor sonriendo divertido.

—¿Estabas espiándome, no es cierto pequeña curiosa?

Ella aguantó si pestañear la extraña mirada de su amo.

—La comida está lista, señor. Sólo quería avisaros.

Hans la soltó y la empujó para que bajara las escaleras. En la sala vio que la mesa ya estaba dispuesta con un oloroso plato de cerdo guisado. Se sentó y cogió un pedazo de pan que se llevó a la boca con hambre.

—Fuera —dijo con la boca llena.

Nanya estaba avivando el fuego y apenas entendió.

—¿No me has oído, niña? ¡Quiero que salgas fuera!

—Ya hay suficiente leña aquí dentro, señor ——respondió ella con tranquilidad.

Él se levantó y la abofeteó con fuerza, desprendiéndole la pañoleta que cubría su cabello rojizo enredado y sucio.

—¿No entiendes lo que significa fuera, niña ignorante?

—Pero señor, está nevando –respondió llevándose una mano a la mejilla dolorida.

Fue el propio Hans quien abrió la puerta de la casa y echó a Nanya a empujones. La pobre niña se quedó inmóvil bajo los gruesos copos que caían esa mañana. En su rostro sucio de hollín aparecieron dos surcos rosados fruto de las lágrimas que no pudo evitar por lo desgraciada que se sentía. Desde que su madre había fallecido su vida era un infierno, y no parecía que nada fuera a cambiar su destino. Miró al cielo gris y lloró abrazándose a sí misma.

Gretta pasó delante de la niña sin reparar en que temblaba de frío en un rincón. Caminaba furiosa en dirección a la casa de la viuda Korösi para desahogarse del disgusto que acababa de tener con el padre Ladislav. El muy osado la acusaba de no haberse cuidado, de estar gestando un hijo bastardo, y por si no hubiera suficiente, un hijo que nacería con el mal de los espíritus. Gretta avanzó deprisa por el camino nevado con el rostro enrojecido de rabia mientras Nanya entraba en el establo y comenzaba a cepillar el percherón de Hans. El calor del animal la reconfortó, y se sintió algo mejor. Cuando se cansó, se acostó en la paja y se fue quedando dormida. Pero antes de abandonarse completamente al sueño decidió que no se dejaría humillar más por aquel hombre. Ella sabía cosas, y esas cosas podían perjudicar a su amo. Si no se cuidaba ella misma ¿quién iba a hacerlo entonces?

Nevó sin cesar durante cuatro días seguidos, hasta alcanzar siete codos en las calles de Salföld. Los que se aventuraban a salir de sus casas lo hacían con el ánimo extraño, las miradas cansadas y el corazón angustiado. Cuántos lloraron la pérdida de sus seres queridos no se sabe. Dicen que fueron muchos, tal vez cientos. Y dicen también que todo empezó en casa de Mikla Pekósky, el que arrastró a Ersbetta Tót por el lodo acusándola de hechicera ante todo el que quisiera escucharlo.

Una tarde, Mikla volvió a casa muy fatigado. Se acostó enseguida y pidió a su esposa que lo abrigara bien. Durmió unas horas pero despertó con sudores fríos. Se levantó, salió afuera para hacer sus necesidades y fue entonces cuando descubrió que tenía un bulto en una de sus ingles. Asustado volvió a su jergón y trató de dormir aún cuando se sentía presa del pánico. Amanecía cuando su esposa lo despertó, y supo que había estado hablando en sueños, delirando. Mikla siempre había sido un hombre fuerte y nunca recordaba haber estado enfermo, por eso se le hacía difícil sentirse tan débil y saberse con aquel bulto del tamaño de una castaña en sus partes pudendas. Pidió a su hijo mayor que se hiciera cargo del ganado y tomó un caldo de gallina, bien caliente y espeso, pues decían que curaba casi todas las afecciones.

Marcela, su esposa, pretendía lavarlo con paños húmedos tratando de bajarle la fiebre, pero antes tenía que seguir atendiendo a los gemelos que acababa de parir, y ya era mediodía cuando se acercó al jergón donde yacía su esposo. Retiró la manta y descubrió algo que la espantó: Dos bultos más habían aparecido en las axilas de su marido.

Se llevó las manos a la cara, horrorizada, pero aún así, lavó a Mikla con agua caliente quitándole el sudor y esperando que con eso se aliviara un tanto. Pero el hombre se encontraba cada vez peor y dejó de hablar; sólo dormía y desvariaba presa del dolor, así que su hijo mayor corrió en busca del médico, ya que sólo él podía hacer algo por su padre.

Cuando el médico llegó, la casa de Mikla despedía un olor insoportable. Los bebés recién nacidos lloraban sin pausa al lado de Marcela, también enferma, pálida, con continuas náuseas y sin fuerzas para amamantarlos. Hans apartó la manta que cubría a Mikla y vio horrorizado las manchas negras que salpicaban la piel de su torso y los bubones de sus ingles y de sus axilas, que entonces ya eran del tamaño de un huevo. La peste había llegado a Salföld, no había duda, y si Marcela ya parecía estar contagiada, ¿quién más lo estaría también?

Mikla suplicó que lo liberara del dolor que le producían aquellos horrorosos bultos que habían crecido en su cuerpo. Gimió y gritó asustando a su hijo mayor, que huyó de la casa como si temiera contagiarse también; así que el médico cirujano, renegando por lo bajo por la cobardía del muchacho, seccionó los bubones de lado a lado, abriéndolos para que drenaran el veneno que contenían. El alarido de Mikla levantó el vuelo de los pájaros que se encontraban alrededor de la casa, mientras Hans trabajaba deprisa y cauterizaba las heridas con fuego. Los ojos desorbitados de Marcela lo miraban con recelo. A ella aún no le había salido ningún ganglio, pero se temía

lo peor. Arrulló a sus gemelos, que dormían tranquilos a su lado, sin sospechar siquiera que no tardarían en convertirse en huérfanos de padre y de madre.

Hans dejó al alcance de Mikla y su mujer dos cuencos con agua y salió de la casa dejando tras de sí agonía y dolor, pero nada más podía hacer. Tomó la senda que transcurría por la parte alta del pueblo y caminó cabizbajo aguantando los copos de nieve que emblanquecían su cabello. No se cruzó con nadie, ni siquiera vio algún animal. Y si en verdad la peste había llegado al pueblo, era bien seguro que vendría para quedarse y arrasar con todo ser vivo. En ausencia de la curandera sólo él tenía conocimientos médicos, así que le esperaba más trabajo del que podía desear.

Pero Hans tenía miedo de no saber atajar la situación. Tal vez si hubiera estudiado más y no le hubieran expulsado del gremio de médicos de Pest, ahora las circunstancias serían bien diferentes. O tal vez no. En su fuero interno sabía que aquel mal era terrible y que pocos sobrevivirían. Incluso él también podía ser contagiado y morir con los demás. Miró hacia el cielo gris que cubría Salföld y de nuevo pensó en Ersbetta. ¿Acaso ella, con sus conocimientos, con sus hierbas mágicas, hubiera podido evitar el sufrimiento de Mikla? No, eso no lo creía posible, aunque la condenada era buena en lo suyo, si señor. Los remedios que empleaba tal vez hubieran... Pero no, tenía que dejar de pensar en eso y centrarse en averiguar a dónde podía haber ido aquella mujer con su hija. Si seguían en la montaña no tardarían en volver. El frío y la soledad eran demasiado crueles para que una mujer y una niña se aventuraran muchos días en cuevas y escondrijos que además estaban siendo recorridos a diario por András y Béla. Tarde o temprano darían con ellas. Lo único que ensombrecía sus pensamientos era la posibilidad de que Ersbetta hubiera vuelto para llevarse a Masika y que ambas se hubieran integrado en la corte del príncipe István.

Casi llegaba a su casa cuando varias mujeres y algunos hombres se le acercaron desesperados. El mal ya estaba en sus hogares y los enfermos se debatían con extremo dolor. ¡Tenía que ayudarlos! El padre Ladislav salía en ese momento de la iglesia y se encontró con la terrible noticia.

—¡Entrad todos y roguemos a Nuestro Señor! ¡El Misericordioso se apiadará de nuestras almas!

Algunos le siguieron pero otros siguieron suplicando a Hans en busca de ayuda. Se vio arrastrado hacia el interior de la casa de un vecino donde una anciana escupía en un cuenco esputos teñidos de sangre mientras dos niños respiraban con dificultad tumbados sobre la paja que les hacía de lecho; en sus enjutos cuerpecitos ya habían aparecido las manchas fatales de la muerte. ¿Cómo podía una enfermedad avanzar con tal rapidez? ¿Acaso estaría provocada por algún animal infectado; o serían los alientos de las personas los que propagaban el mal? Él no podía más que seccionar bubones y recomendar que la gente limpiara los suelos de sus casas con vinagre; que quemaran madera de fresno o de enebro para que el aire se purificara alejando así el hedor y la podredumbre.

En los siguientes hogares que fue requerido se encontró el mismo panorama y recetó las mismas medidas de saneamiento. Aún así, y en las horas siguientes, empezó a oír que algunos enfermos enloquecían por el dolor, y que incluso el carpintero Mamberg se había despeñado en el barranco de Klasz para liberarse de una vez de aquella lacra que le invadía el cuerpo. Durante dos días acudió a tratar de aliviar como podía el dolor de los enfermos: abría las venas y sacaba sangre para tratar de aliviar la infección; seccionaba y abría bubones. Pero de pronto sintió miedo y decidió abandonar. Ocurrió el tercer día de la epidemia en Salföld, cuando fue llamado por el padre Ladislav para que atendiera a Gretta.

La mujer del párroco estaba tendida en su jergón, desfallecida y moribunda. En unas pocas horas la enfermedad había recorrido su cuerpo y la había llenado de hematomas que se habían gangrenado. Hans cogió su mano para observar el pulso y comprobó que éste era casi inexistente. El padre Ladislav bajó la mirada cuando el médico movió la cabeza indicando que nada podía hacer por ella. ¿Y ahora quien iba a atender la casa?, fue lo primero que pensó el sacerdote al ver inminente la muerte de Gretta. ¿Quién cocinaría para él? Más de medio pueblo estaba enfermo y nadie querría atenderlo, aunque… tal vez la viuda Korösi. Si, quizás ella estaría dispuesta. Ladislav despidió al médico y esperó en la iglesia la muerte de Gretta. Y la del hijo que estaba en camino.

Nanya abrió la puerta y vio las profundas ojeras que oscurecían la cara de su amo. Le sirvió sopa de gallina y dejó a su alcance unos ajos y un par de cebollas sazonadas con mucha pimienta. Hans opinaba que esa dieta era buena para reforzar su cuerpo ante el posible contagio.

—Prepárame un baño, muchacha —le dijo cansado, en voz baja, y la niña pensó que algo malo sucedería.

Mientras él comía, Nanya calentó agua y llenó el barreño que había colocado junto al fuego. Luego él médico se quedó en su vieja ropa interior, gris, deshilachada. Estaba muy delgado, pálido como siempre, y más aún cuando se despojó de la ropa y se miró el cuerpo blanquecino antes de meterse en el agua tibia. Empezó a enjabonarse hasta no dejar ni un solo rincón de su piel libre de los humores que se le podían haber contagiado en las casas de los enfermos. Frotó y frotó cada vez más fuerte hasta que empezó a enrojecérsele la piel. En su cabeza bullían miles de pensamientos e incluso un susurro sordo lo martilleó de forma insistente hasta que su mente dijo basta. Basta. Se iría por la mañana temprano, tal vez a Esztergom, tal vez a Debrecen o tal vez a Pécs. No le importaba en absoluto que lo acusaran de cobarde, pero él no moriría en aquel maldito pueblo, de eso estaba seguro.

Aún era de noche cuando Hans y su criada abandonaron la casa con unas pocas pertenencias. La niña estaba aterida de frío, pues el manto de lana que llevaba no cubría las mangas de su túnica. Atada de manos al viejo percherón para que no osara escapar desviándose por cualquier camino, caminaba a paso rápido. Y así, unidos por una cuerda áspera que hacía sangrar las muñecas de la niña, salieron de Salföld, que se sumía por cuarto día en el halo terrible de la peste y la mortandad.

Cuando alcanzaron el camino que conducía a Pécs, se detuvieron para contemplar un gran fuego que se había desatado en el pueblo. El humo ascendía rápido y las llamas parecían querer seguirlo. Nanya nunca supo que la casa donde había vivido en los últimos tiempos era la que se había quemado. Hans miraba hacia aquella dirección como si el fuego lo hipnotizara, pensando en sus adentros que era lo mejor que había podido hacer. Aún así, se lamentó de la pérdida que él mismo había provocado, pero no podía dejar que nadie entrara en su buhardilla y descubriera sus pertenencias. En el fuego estaban mejor; ya habría tiempo de seguir con sus estudios.

Al norte, András y Béla recorrían el bosque aún sin encontrar señales de la curandera ni de su hija.

—Regresemos, Béla —propuso András, cansado de aquella búsqueda inútil.

Béla se detuvo, jadeando, exhalando vaho por su boca.

—Está bien —se llevó la mano a la espalda y sacó un hacha de la funda que llevaba colgada—. Pero antes entraremos en aquella cueva. Después regresaremos.

András aceptó a regañadientes.

La cueva los recibió con el sonido de un leve goteo. Avanzaron con cautela unos pasos y antes de decidir dar media vuelta fueron recibidos por unos ojos que los observaron en medio de la oscuridad. Los ojos de los lobos.

En Salföld nunca más supieron de ellos.

2

Ersbetta había comprado una carreta, un asno y una mula de pelaje gris oscuro con algunas pintas blancas. Parecían fuertes y jóvenes, así que resistirían bien el tiro y el andar por caminos empedrados. Tenían buenas ancas, fuertes dientes y unas patas robustas adecuadas para un largo camino. Con esa compra y la de algunas provisiones ya había gastado casi una cuarta parte de las monedas que el príncipe le había regalado. Era bien difícil hacer negocios siendo una mujer. En dos ocasiones, ni siquiera la habían querido atender; y el tercer vendedor se había insinuado de tan malos modos que tuvo que irse del lugar para evitar aquella sucia mirada que la incomodaba, así que tuvo que recurrir a Karin para que la acompañara en las compras: a ella la conocían y no iban a engañarla fácilmente, como así sucedió. Con los asnos y la carreta listos ya podían unirse a la caravana que iba hasta Constantinopla. Saldrían dentro de dos días, tiempo más que suficiente para tener a punto todo lo necesario para el viaje.

El guía de la caravana, Víktor Zichy, era un hombretón alto y corpulento de abundante melena crespa y pelirroja. Había acudido al Gato Comilón para dar buena cuenta del buen asado de cerdo que preparaba Karin Jedlikne y allí se encontró con dos pasajeras dispuestas a unirse a él, parientes de la posadera. Pero el hombre no parecía nada contento con esas dos nuevas incorporaciones y así se lo dejó saber a Karin.

—Dos mujeres solas en mi caravana… y nada menos que hasta Constantinopla. No es nada habitual, Karin —Y dirigiéndose a Ersbetta le preguntó—: ¿Sabéis el riesgo que corréis sin un varón que os acompañe?

—Soy viuda, señor Zichy. Hace muchos años que sé vivir sin un hombre a mi lado.

El guía dudaba, pensando en alguna solución. Necesitaba el dinero de aquellos dos nuevos pasajes pero tampoco quería problemas. Apuró el contenido de su jarra y lanzó un sonoro eructo mientras sus ojos pasaban por alto a Masika y se centraban en su madre. Ersbetta calzaba botas de caña corta que parecían recién lustradas con grasa de caballo e iba cubierta por una capa negra cerrada por un elegante broche que llamó su atención. Llevaba el pelo recogido en una sola trenza y sus ojos verdes

reflejaban serenidad además de belleza.

—¿Puedo saber cuál es el motivo de vuestro viaje, señora?

—Vamos al encuentro de mi hermano —mintió ella mirándolo fijamente—. Pensamos establecernos en Constantinopla, junto a él.

El guía asintió, comprendiendo y rascándose la barba. Sopesaba los pros y los contras mientras miraba las mejillas encendidas de Karin, que lo miraba arrobada como todas las veces que Víktor se alojaba en su posada.

—De acuerdo, pero viajaréis junto a un comerciante toscano que es de plena confianza. Su nombre es Aldo Tomassi. Cuando os incorporéis a la caravana buscadlo y uniros a él.

—Gracias, señor Zichy —dijo Ersbetta sonriendo.

Junto con Karin negociaron un buen precio por el pasaje y ésta, en agradecimiento por sus atenciones, le sirvió otra jarra del mejor vino que tenía.

—Ésta va por cuenta de la casa, Víktor —dijo sonriendo mientras éste le guiñaba el ojo. Aquella noche, cuando todo estuviera tranquilo, el guía caravanero entraría por la puerta de la cocina y se dirigiría a la pequeña habitación donde la posadera ya lo estaría esperando.

El último día en Pécs, Karin les entregó más provisiones para el viaje.

—Os hice bollos dulces y varios panes y galletas que resistirán al menos dos semanas de camino. ¿Necesitáis algo más? —Karin pensaba deprisa por si algo se le podía escapar—. ¡Oh, claro! ¡Debéis llevaros un par de gallinas! Karin cogió del brazo a Masika y la llevó al patio trasero de la casa donde la posadera tenía sus animales y Tor dormía acurrucado junto a un gran gato pelirrojo.

Ersbetta estaba sentada junto al fuego de la sala principal mientras dos clientes de la hostería salían y subían a sus habitaciones a descansar. ¿Qué les depararía el futuro a ella y a su hija? ¿Lograrían llegar al final de su viaje, sanas y salvas? Un escalofrío le recorrió la espalda y se acercó más al fuego. Bien podía tratar de consultar a los espíritus, pero no quería. Prefería mantenerse al margen de lo que el destino le tenía preparado.

En la mañana del último día del mes de Enero del año cristiano de 999 se despidieron de la prima Karin entre abrazos, sollozos y promesas de regresar. Con la ayuda de uno de los mozos, engancharon los asnos a la carreta, subieron a Tor y recorrieron las calles de Pécs sin decir una sola palabra, dejando atrás el mundo conocido. Era una mañana fría que dejó heladas y escarcha, pero había dejado de nevar.

Masika se volvió y echó un vistazo a los sacos con provisiones resguardados bajo la lona. Cargaban, además de los panes de Karin, varias coles, un saco de mijo, un saco de avena, un saco de manzanas, un saco de ciruelas, cinco quesos, una ristra de ajos, un saco pequeño de cebollas, una calabaza, un saco de alubias, dos sacos de cebada y remolachas para los asnos; una jaula con dos gallinas que darían sus buenos huevos morenos y varias escudillas para cocinar, cucharas y cuchillos.

Y llevaban otro equipaje oculto que nadie hubiera imaginado jamás: la extraña cruz del arzobispo y un pergamino hecho con papiro del río Nilo que el mismo sabio Thoth había dibujado en las tierras de Egipto para preservar y proteger su longevo legado.

A las afueras de la ciudad, la caravana estaba ya dispuesta para partir, y quedaron asombradas de la gran cantidad de gente que se afanaba de un lado a otro. Avanzaron rodeadas de mulas de carga, de bueyes, de jaulas con patos y gallinas, de ovejas rollizas que se apelotonaban cerca de sus amos. Uno tras otro, los viajeros iban ocupando sus puestos en la fila llenando de provisiones sus carros y carretas. Todos estaban impacientes y nerviosos ante la inminente partida, deseosos de tener un buen viaje sin demasiadas sorpresas, aunque el asalto de bandidos magiares era más que posible, y más aún en los últimos tiempos.

El campo en el que estaba instalada la caravana era un barrizal que hacía dificultoso el avanzar con la carreta que acababan de adquirir. Desde el pescante, observaban al centenar de viajeros. La gran mayoría eran comerciantes que llevaban telas de algodón, ganado y objetos artesanales a los mercados de Macedonia y Constantinopla; otros, en cambio, viajaban para adquirir mercancías allí y venderlas en sus propios lugares de origen.

Avanzaron en paralelo a la caravana preguntando por el comerciante Aldo Tomassi, pero nadie sabía darles razón. Siguieron un poco más hasta que se toparon con un carro grande pintado con colores llamativos y cubierto con una lona gris.

—¡Ollas, cucharas, cuchillos! ¡Espejos y navajas a buen precio! —gritaba al aire un hombre de piel morena y largo pelo negro recogido hacia atrás con una cinta de cuero.

Ersbetta estiró las riendas para detener la carreta.

—Busco a Aldo Tomassi, señor. ¿Puede darme razón?

El vocinglero dejó a un lado la olla que había estado sosteniendo entre sus manos y se acercó a la carreta.

—Bella signora… Ése es mi nombre —El toscano sonrió ampliamente dando a su rostro una perfección que hacía tiempo que no veía en un hombre. Hablaba con bastante acierto el magiar, aunque no podía evitar su acento extranjero.

Aldo era tres codos más alto que ella y tenía la mirada profunda y oscura. Sus rasgos proporcionados y bellos le daban un aire de nobleza que su vestimenta desmentía enseguida. Como hechizada, Ersbetta bajó del pescante y dejó que él le besara la mano con galantería, pero en ese mismo instante le sobrevino el recuerdo de Zóltan y soltó la mano con rapidez.

—El señor Zichy nos envía —dijo algo nerviosa.

Él la miró de arriba abajo, con el descaro propio de quien conoce el efecto favorable que provoca en los demás, pero enseguida su mirada se posó en Masika, que lo miraba con atención. Tor dio un salto para bajar de la carreta y se colocó al lado de su dueña para oler los pies y las piernas del desconocido.

—Curioso perro… —comentó Aldo, fascinado por el pelaje lanudo que cubría sus ojos por completo—. En efecto, Víktor ya me habló de que una hermosa muchacha y su madre ocuparían el puesto delante del mío… pero no me dijo vuestro nombre.

—Mi nombre es Ersbetta Tót y ella es mi hija Masika.

Él se acercó a los asnos y revisó sus dientes y sus patas.

—Buenos ejemplares, señora. No os darán problemas en el camino hasta Constantinopla. ¿Cómo andáis de provisiones?

Ella le sonrió. Le gustaba Aldo, le había gustado desde el primer momento y presentía que su compañía durante el viaje iba a ser de lo más interesante.

Aldo Tomassi siempre iba de aquí para allá. Compraba y vendía cachivaches, vasijas, escudillas, navajas, platos, peines, espejos y frascos; también afilaba cuchillos. Amaba la aventura y el cambio y era lo que se llamaba vulgarmente un buey de mal tiro. No sabía con certeza los años que contaba, pero se aproximaba a los treinta.

Había sido abandonado a las puertas de un monasterio del pueblo de San Gimignano, en la Toscana italiana, y fue criado por los monjes hasta que el exceso de oración le dictó basta. Se escapó una mañana en la época de la siega y encontró trabajo en casa de unos labriegos bien situados que lo engordaron y lo trataron como a un hijo en la que fue la época más feliz de su vida. Pero cuando los labriegos murieron en el terrible incendio que destruyó su hogar, tuvo que buscar suerte fuera de su pueblo, pues nadie pudo hacerse cargo de él. Desesperado, hambriento y solo deambuló hasta llegar a Roma. Allí vivió acogido un tiempo por la señora Chianti, una prostituta vieja que lo quería como el hijo que hasta entonces no había podido tener.

Aldo trabajó un tiempo como aprendiz de panadero, pero su carácter, que se había vuelto pendenciero desde que vivía con la señora Chianti y se relacionaba con borrachos y gente de mal vivir, le impedía acudir con puntualidad a su puesto de trabajo. Empezó a beber y durmió muchas noches en las calles, despertando con un terrible dolor de huesos y de cabeza. Después volvía a casa y se topaba con aquellos hombres que le animaban con más vino. Pero cuando se marchaban, la señora Chianti se sentaba junto a él, le cantaba canciones de su tierra con su bella y aguda voz y le preparaba menudillos de pollo con mucha salsa acompañados de biscotti crujientes. En lugar de vino, le servía hidromiel, y sentados en el patio de la casa miraban las estrellas mientras ella le acariciaba su hermoso rostro diciéndole mio bambino…

Pero un día su benefactora enfermó y empezó a perder sangre por entre las piernas. Aldo, muy asustado, llamó a la partera que vivía unas calles más abajo y esperó en la taberna a que la mamma Chianti se recuperara en las manos de aquella mujer. Pero unas horas después, la partera lo hizo llamar y le comunicó que el niño que estaba en camino y ella habían muerto. Aldo no podía creer en su mala suerte, y odiaba al Dios que dicen que está en los cielos por abandonarlo de nuevo a su suerte.

Muchos pensaron que no superaría la pérdida y que su afición a la bebida y a las peleas acabarían pronto con aquel muchacho. Pero se equivocaron, pues con parte del dinero que la señora Chianti había ahorrado y que ahora era suyo, Aldo liquidó la renta pendiente de la casa y vendió los pocos muebles y enseres que tenían. Sólo se quedó con un colgante en cuya piedra estaba grabada una figura en forma de caballo con torso humano. Se lo puso al cuello y nunca más se lo volvería a quitar.

Compró un caballo flaco que le vendieron muy barato y una carreta grande que llenó de cacharros para vender. Pensaba ir de mercado en mercado, de aldea en aldea, comprando y vendiendo, porque así, mientras viajaba de un lado a otro, podía dejar de pensar en lo desgraciado que se sentía.

Aldo, Ersbetta y Masika compartieron la primera comida sentados en la carreta de las mujeres mientras esperaban la salida de la caravana. Masika reía con las bromas del toscano y Tor, que había comprobado que en su olor no había nada extraño, lo ignoró por completo y se fue a dar una vuelta por los alrededores. Comieron parte del pan que había preparado Karin con un poco de queso mientras Aldo trataba de explicar a Ersbetta que no debía dejar al perro suelto. Como no dominaba del todo el magiar, trató de hacerse entender en lengua latina, pero a menudo su fuerte acento y el hecho de emplear palabras en toscano, impedía que se entendieran con claridad, así que ellas reían divertidas al verlo agitar las manos haciendo señas. Cuando Tor regresó, él mismo lo ató a la carreta.

—Buono cane…—dijo acariciando el tupido manto de nudos blancos que poseía Tor—. Pero es mejor atarlo para no correr el riesgo de que algún viajante le de una buena tunda si se entromete en sus provisiones.

Un sonido largo y estridente llamó la atención de todos. Víktor Zichy dejó de soplar el cuerno y abrió el paso dirigiéndose hacia el este, avanzando en dirección al camino romano. Todos los carros, las carretas, los que montaban a caballo o asno y los que llevaban bueyes, avanzaron al unísono marchando con lentitud por entre el barro y la nieve.

Aldo animó a su caballo para que tirara con fuerza del carro y siguiera a las dos bellezas de mujer que le habían tocado como compañía en su viaje. Miró hacia el cielo plomizo, esbozó una media sonrisa y en sus ojos oscuros se reflejó la esperanza. Jamás se había comprometido con nadie ni se había enamorado de verdad, pero eso ya había sucedido aunque no lo supiera, como más cosas habrían de suceder en los días siguientes.

3

Cuando Hans Smisza y su criada Nanya llegaron a Pécs estaba a punto de anochecer. Deambularon por las calles hasta que encontraron un lugar donde pasar la noche: El Gato Comilón. Karin les recibió con su franca sonrisa y les hizo pasar.

—Comida y habitación para mí, posadera. Y buscadle un rincón a mi criada.

A Karin le desapareció la sonrisa de la cara. No le gustaban los tipos que empleaban criados tan jóvenes, y menos aún niñas. Tentada estuvo de negarle el alojamiento, pero aún con malos modos aceptaría sus monedas.

Hans se sentó en la mesa más lejana al fuego, pues el resto estaban ocupadas por dos juglares, un clérigo y unos comerciantes. Karin le colocó delante una pequeña olla con asado de cerdo, pan y una jarra de vino sin dedicarle una de sus habituales sonrisas. Aquel tipo no le gustaba nada…

El médico comió en silencio, por lo que pudo oír una conversación que cambió el rumbo de su vida en ese mismo instante. El comerciante de telas, el señor Moholy, pedía a Karin que le sirviera un poco más de aquel estupendo asado y otra jarra de cerveza. Mientras ella inclinaba la cazuela y le servía, él le preguntó:

—¿Vuestros parientes ya partieron, verdad? —Miró las patas de cerdo que tenía ante sí y el estómago le rugió de nuevo—. Aunque al final no logré hablar con el esposo, espero que todo les haya salido bien.

Karin echaba más salsa al plato sin decir nada, pero él seguía con su cháchara:

—¡Y qué hija tan hermosa tenía esa mujer! ¡Nunca he visto unos ojos así! —Agarró un pedazo de pan, lo introdujo de lleno en la salsa y se lo llevó a la boca con avidez—. Las dos con ojos verdes como los de la hierba fresca, pero la muchacha, ¡qué ojos, qué piel, que rostro bello, señora mía!

A Hans se le atragantó la sopa que comía. Así que Ersbetta y Masika habían estado allí y al parecer habían abandonado la ciudad. Tenía que averiguar a dónde se habían dirigido.

El señor Moholy acabó su cena y salió de la posada para dirigirse al burdel que había cerca de allí. Ya era de noche y el viento helado que volvía a soplar dejaba solitarias las calles y las plazas. Al llegar a la puerta, se sacudió la nieve de sus botas y se volvió al sentir una mano en su espalda.

—Perdonad mi atrevimiento, señor —le abordó Hans con la mejor de sus sonrisas—. ¿Es posible que me atienda un momento?

El comerciante le respondió con la misma amabilidad:

—¡Naturalmente! —con un ademán le indicó que entrara por delante de él—. Hablaremos dentro, si le parece.

En aquella hora el burdel estaba repleto, y Laszlo y Hans, después de presentarse mutuamente, se sentaron lo más cerca posible del fuego mientras una muchacha llena de afeites, perfumada y con un vestido gris claro con cintas de colores adornando su escote, dejaba a su alcance dos grandes copas de madera y les servía una jarra de vino.

—Tendrán que esperar un poco, señores. Enseguida les avisaremos cuando queden habitaciones libres —les informó.

Laszlo dio una sonora palmada en el trasero de la chica.

—¡Esperaremos el tiempo que haga falta! ¡Je,je!

El comerciante se volvió hacia el médico esperando a que éste le dijera qué necesitaba de él.

—Lo que me trae hasta vos es un asunto muy delicado que espero sepáis entender Hans dio un sorbo de su vino, que era fuerte y especiado, y continuó—: Mi esposa es una mujer digamos… rebelde, que no entiende que debe doblegarse a la voluntad de su marido. Tuvimos una fuerte discusión y decidió abandonarme llevándose a mi hija con ella.

Laszlo Moholy se rascó la cabeza, sorprendido ante tamaña barbaridad.

—¿Y yo qué puedo hacer por vos, señor?

—En la posada os oí hablar acerca de dos mujeres, y no me cabe duda de que estáis hablando de mi esposa y de mi hija.

El comerciante no podía creerlo.

—¡Claro! Ahora entiendo el motivo de sus preguntas y del porqué parecía no querer que yo hablara con vos.

—Sabéis a dónde han ido ¿verdad?

—Si me permitís la sinceridad, creo que vuestra esposa se volvió loca. Parece ser que pretendía viajar hasta Egipto.

Hans dio un respingo en su asiento. Aquel hombre tenía razón: Ersbetta se había vuelto completamente loca.

—¿A dónde decís?¿Egipto? Apenas he oído hablar de ese lugar, no entiendo cómo ella…

—Le informé acerca de la caravana que salió con destino a Constantinopla y supongo que se unió a los viajeros, aunque dejadme decir una cosa: También es probable que haya huido hacia otro lugar, pues consideraría muy raro que el guía de la caravana permitiera viajar a dos mujeres solas, a no ser que las tomara bajo su protección.

Hans se levantó, apuró el resto de su copa y la dejó sobre la repisa de la chimenea. Su cara reflejaba el tremendo desconcierto que sentía.

—¿Cuánto tiempo hace que partió esa caravana?

—Hace dos días señor. Tal vez si se da prisa podría alcanzarlas; de otro modo tendréis que esperar dos meses hasta la siguiente.

—¿Y cómo puedo averiguar la ruta que sigue?

Laszlo Moholy le indicó con bastante acierto las aldeas y pueblos por las que pasarían. Hans memorizó el itinerario y quedó muy agradecido.

—Os doy las gracias, Moholy. Habéis sido de mucha ayuda —dijo dándole un apretón de manos en señal de despedida.

—Espero que cuando encontréis a vuestra esposa le deis su merecido, señor.

Hans se despidió, salió del burdel antes de que una muchacha se le acercara para ofrecerle sus servicios y caminó con paso rápido hasta la posada, donde preguntó al mozo dónde tenían a Nanya. Él le señaló el patio, y en un pequeño establo vacío encontró a la niña dormida sobre la paja. Estaba demasiado cansada para escapar en una ciudad extraña y de noche. Chica lista…pensó. Aunque si hubiera escapado tampoco le hubiera dado mucha importancia. Niñas y niños abandonados los había a

patadas en las ciudades, bien lo sabía; pero de momento sólo quería a Nanya a su lado.

Pasó la noche pensando en la conveniencia o no de aquel viaje que pensaba realizar tras la curandera. Tenía el pálpito de que había logrado unirse a la caravana; pero, ¿Egipto? ¿Qué pretendía hacer ella en un lugar lejano y desconocido como ése? Valiente inconsciente estaba hecha Ersbetta si osaba emular a los grandes viajeros… Pero si él lograba vencer la distancia, ya que viajando a caballo podía hacerlo más deprisa, las encontraría y en el primer descuido raptaría a Masika. Sí, eso haría; por fin sería para él. Nada tenía que perder y sería divertido.

Al amanecer, Hans y Nanya salieron de la posada en dirección a los puestos más madrugadores del mercado, donde compraron algunas provisiones. Abandonaban la calle principal cuando en el último puesto del mercado, él oyó algo que le llamó la atención. El vendedor le explicaba a un cliente que sus ungüentos eran fabulosos, que no encontraría nada mejor en Pécs. Al hombre no le pareció interesante la oferta y se fue de allí, pero Hans se acercó y preguntó:

—¿Qué clase de ungüentos vendéis, señor?

—Ungüentos de sándalo, venidos de Oriente; linimentos de mandrágora, de mirra, aceites perfumados. ¿Deseáis alguno, señor?

—La piel de… mi hija… es muy sensible a la luz del sol. ¿Tenéis algo que pueda atenuar su dolencia?

El vendedor, un viejo escuálido de larga barba blanca y ojos saltones, se tocó el bigote y los miró. Era evidente que el ungüento era para él: tenía la piel tan pálida que era casi transparente. ¿Por qué los hombres tendrían tantos reparos en reconocer algunas de sus enfermedades y casi siempre pedían remedios para sus mujeres o hijas? El viejo rebuscó en unas cajas que tenía en la parte de atrás de su puesto y le enseñó dos frascos.

—Aquí tiene. Éste ungüento la protegerá los días de sol intenso, y éste otro, debe usarlo a menudo para que la piel se haga más gruesa y resistente.

Hans sabía de los charlatanes y las propiedades milagrosas que atribuían a sus ungüentos, pero le pareció buena idea compararlo con los que él mismo había elaborado y no le habían funcionado, así que le pidió cuatro frascos de cada uno. El vendedor estaba tan satisfecho de tan buena venta que regaló una cinta de color azul a Nanya.

—Es para ese pelo pelirrojo tan precioso que tienes. ¿Te gusta, pequeña?

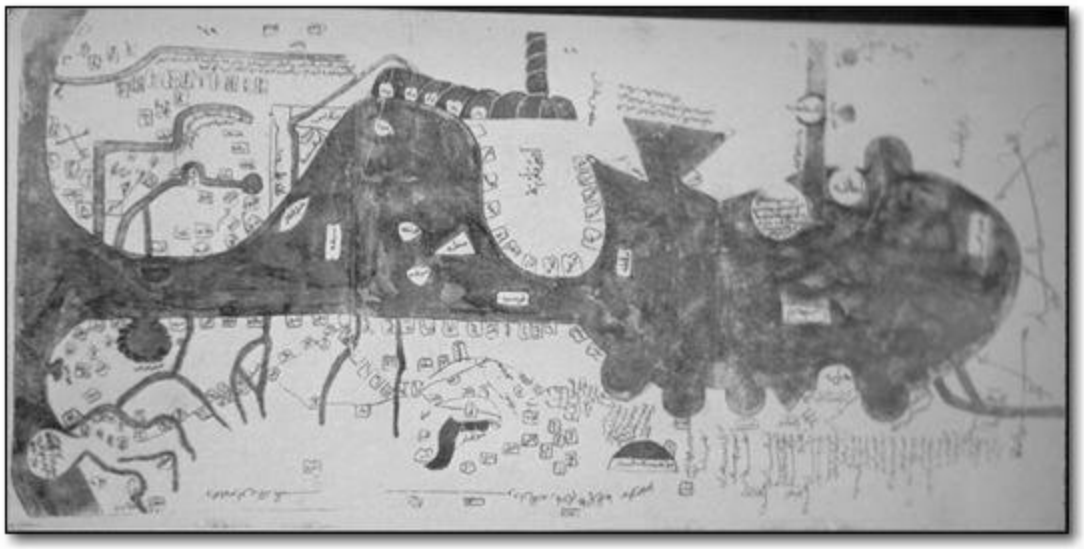
Ella asintió agradecida pero temerosa de que en cualquier momento Hans podía quitársela. Hacía tiempo que no esperaba nada bueno en su vida.

Montados en el viejo percherón, abandonaron Pécs. Las puertas de la ciudad quedaron tras ellos mientras una intensa niebla se abatió a su alrededor cuando salieron a campo abierto, así que avanzaron un trecho a ciegas sin ver nada hacia atrás ni nada hacia delante.

Segunda Parte
EL ASTRÓNOMO

El hombre es superior a las estrellas
si vive en el poder de la sabiduría superior.
Esa persona, que domina sobre el cielo y la tierra
por medio de la voluntad, es un mago.
Y la magia no es brujería, sino sabiduría suprema.

Theophrast Bompast Von Hohenhein, Paracelso.



Mapa del mar Mediterráneo según Ibn Hawqal (s.XI)

1. EL MAGO

Samarkanda
mes de Safar[v] del año 389 de la hégira
(999 d.C)

Abu Raihan Muhammad ibn Ahmed Al-Biruni miraba el cielo en aquella fría noche. Echó un leño más a la fogata, se colocó bien la manta de lana sobre su caftán y siguió anotando sus observaciones sobre la luna llena y las estrellas que iluminaban esa noche todos los rincones de Samarkanda. Se hallaba junto al río Zeravshan, cuyo murmullo le inspiraba y le ayudaba a terminar su último trabajo, un extenso tratado sobre el Astrolabio, el instrumento que permitía medir los astros, servía como calendario, y era muy útil en la localización de La Meca a la hora de las plegarias.

Nacido en Kath hacía veintiséis años, abandonó muy joven la casa familiar para entrar al servicio de Nuh el Segundo en Bukhara. Cuando éste enfermó, se trasladó a la corte del emir Qabus, el llamado rey literato, en Gorgan, en la región de Turkmenistán, donde empezó buena parte de sus escritos sobre astrología y astronomía, pero las revueltas militares provocaron su vuelta a Kath. Transcurrió un tiempo de relativa calma, pero Allah el Omnipotente decidió turbar su tranquilidad y envió un terremoto que asoló la región, hundió su casa y le hizo perder a sus padres y valiosos tratados sobre minerales y meteorología. Presa de la tristeza, huérfano y pobre, se dirigió a Samarkanda donde el maestro Abu Nasr lo había acogido generosamente en su casa del barrio antiguo.

Enfrascado en su trabajo, Al-Biruni pasó toda la noche al raso, y al oír el canto del *al-mu'addin*[vi] antes de la salida del sol, se dio cuenta de que tenía la cara helada y los miembros entumecidos. Apartó la manta que lo cubría, se levantó y recogió los papeles escampados a su alrededor. Volvió a la orilla del río, enrolló las mangas de su túnica hasta el codo, se lavó los brazos con el agua helada y enjuagó su cara y su boca. Después desenrolló su sedjadeh[vii], se volvió en dirección a la Kaaba[viii] y comenzó su oración de pie, con los ojos cerrados. Con las manos unidas se arrodilló y se postró tocando el suelo con la frente dos veces; luego se sentó murmurando en voz baja una oración a Allah, el Único, el Omnipotente. Bajo el nacimiento de su cabello oscuro resaltaba la zabiba, la marca honrosa de los musulmanes devotos.

En el camino de regreso se cruzó con varios comerciantes orientales que formaban una pequeña caravana. Bordeaban el río y se dirigían al centro de la ciudad.

—Ni hao… —saludó en mandarín agachando la cabeza al paso de los mercaderes. Al-Biruni era un amante de los idiomas y no perdía ocasión de aprender palabras y saludos nuevos con cada extranjero que tenía ocasión de conocer. Sus conocimientos de mandarín se debían a Wang Wei, el comerciante de papel que cada mes le surtía de rollos y resmas, pues sus tratados y anotaciones así lo requerían. Wang Wei siempre lo recibía con su estupenda sonrisa y en ocasiones le obsequiaba con plumas de pato para escribir.

Mientras Al-Biruni doblaba la esquina, los comerciantes orientales se alejaron en dirección al gran mercado de la ciudad. Iban cargados de especias, de seda, de metales preciosos que llegarían hasta Roma de caravana en caravana, siguiendo la ruta de la seda. En aquel tiempo iba disminuyendo la cantidad de comerciantes que hacían ese trayecto debido al malestar por los rumores de guerras civiles y de conflictos con las diferentes tribus. Si el mundo era inseguro, el comercio era difícil. Al-Biruni temía que la guerra afectara a su vida acomodada en el país, pues tal vez tendría que abandonar Khwarazm[ix] si la guerra le impedía trabajar en lo que amaba.

Aquel joven alto de rostro moreno enmarcado por una barba recortada y grandes ojos de color tierra, además de sus tratados astrológicos había escrito obras cortas sobre el sistema decimal y había sido capaz de calcular la latitud de Kath con una plomada y un cuadrante. Asimismo, Al-Biruni se enorgullecía de contar con un gran amigo, Abu Alí ibn Sina[x], un joven prodigio de la medicina a quien conoció en la corte estando al servicio del emir Nuh el Segundo en Bukhara. Ambos compartían la pasión por los astros que coronaban el cielo, y paseando por los jardines de la corte comentaban la obra magna de Ptolomeo el Alejandrino, el Al-Majisti, que hablaba de la posición central de la Tierra en el Universo, donde el Sol, la Luna y los planetas describían complicadas órbitas en torno a ella. Al-Biruni discrepaba de esa teoría, pero aún debía terminar sus estudios para emitir su juicio definitivo.

Cuando el soberano enfermó y Alí ibn Sina, a sus diecisiete años, fue nombrado médico oficial de la corte de Nuh el segundo, Al-Biruni fue requerido en el palacio del emir Kabus en Gorgan. Atrás quedó la compañía y la amistad mutua que se brindaban los dos estudiosos, pero a partir de entonces, las cartas los unieron, y así, por escrito, siguieron compartiendo las inquietudes de sus vidas.

Ahora, en Samarkanda, Al-Biruni dedicaba el día a devorar con ansia cada volumen de ciencia que caía en sus manos; dibujaba mapas, leía tratados antiguos de álgebra, de matemáticas, de geometría y estudiaba los teoremas de Arquímedes. Al caer la noche, observaba las estrellas y medía los astros con el astrolabio plano que él mismo se había construido con la ayuda de su maestro Abu Nasr. Este instrumento consistía en un círculo dividido en grados en cuyo centro estaba encajada una aguja móvil. El astrónomo orientaba el punto cero del astrolabio con el horizonte y la aguja indicaba la altura del objeto celeste. La base estaba compuesta por un calendario solar y los símbolos del zodíaco, y a diferencia de los astrolabios esféricos, el plano constituía un avance, pues era más fácil de transportar.

Así, de día en día y de noche en noche, Al-Biruni aumentaba sus logros y conocimientos científicos para que algún día su nombre se hiciera célebre y honrar así a sus difuntos padres.

Su maestro, Abu Nasr Mansur, lo esperaba para comer. Acaba de regresar de su viaje a Jizzaj y tenían que departir de muchos asuntos.

—¿Resolviste el último enigma que te planteé, mi querido discípulo? —le preguntó el maestro acariciando su larga y rizada barba. Mansur contaba sólo cinco años más que Al-Biruni, pero aparentaba veinte más, por lo que todos le llamaban maestro y le trataban con gran respeto y devoción. Al-Biruni, por su parte, también ostentaba el título de el-ustaz, maestro, aunque Abu Nasr, de natural orgulloso, nunca lo llamaba así.

Al-Biruni sonrió, se sentó junto a él y le tendió unos papeles repletos de números, diagramas, flechas, anotaciones al margen y un resultado subrayado varias veces: el radio de la tierra. Abu Nasr sonrió.

En su último viaje a Islamabad, Al-Biruni había pasado varios días en el fuerte de Nandana, una región repleta de pequeños valles. En la parte trasera de aquel fuerte, el astrónomo determinó la altitud de la primera colina que desde allí divisaba; y a partir de ella, determinó la inclinación del horizonte que se extendía ante sus ojos.

Un mes después, a su regreso a Samarkanda, se dedicó a confrontar datos y a determinar la solución. Y ahora ante los ojos admirados de Abu Nasr estaba escrita la solución: 12.851.369 codos, equivalentes a 56 millas árabes, el radio del globo terrestre. El maestro suspiró complacido y dio las gracias a Allah por haber dotado a Al-Biruni de un cerebro prodigioso que le permitiría a él ganarse el favor de la corte.

Los dos hombres estaban acomodando sus almohadones cuando la hija mayor de Abu Nasr entró en la habitación con un par de bandejas que contenían arroz y pedazos de pollo con salsa de sésamo. Lilya, que contaba diecisiete años, estaba vestida con una túnica de lana de color gris y un hiyab[xi] del mismo color. Sus ojos almendrados se estremecieron cuando Al-Biruni la miró, como le temblaron las manos al servir el té y las piernas cuando se levantó para retirarse. Odiaba no poder compartir la comida con ellos para oír durante más tiempo su voz, pero tenía que salir de la sala y lo hizo de forma tan silenciosa como cuando había entrado. Una vez en la cocina se sentó al lado de su hermana Noor, de cinco años, que jugaba en el suelo con cacharros de barro. De forma inconsciente se llevó el dedo índice a su mejilla derecha, allí donde una cicatriz la cruzaba de lado a lado. ¿Quién la querría, quien la amaría con el rostro marcado?

Abu Nasr comía sin hambre y estaba más callado que de costumbre. Partió un pedazo de pan y antes de llevárselo a la boca lo volvió a dejar en la bandeja de nuevo. Aclaró su garganta y volvió el rostro preocupado hacia su discípulo preferido.

—Vienen tiempos convulsos, Abu Raihan —le dijo con pesar en su voz.

—Se acerca la guerra, ¿no es cierto, maestro?

—La dinastía Samaní se enfrenta a los Karajaníes del Turkestán —le informó Abu Nasr—. No son buenos tiempos para nuestra tierra dividida entre Samaníes, Kakuyíes y Buyíes. —El hombre se acarició con parsimonia la barba y añadió—: Tendremos que dejar Samarkanda.

Lilya estaba escuchando la conversación tras la cortina que separaba la estancia de la cocina y se llevó las manos a la cara, apenada por aquella noticia.

—Pero maestro… —Al-Biruni estaba aturdido y confuso—. No puedo abandonar ahora mis trabajos; otra vez no…

—Puedes continuarlos en otra ciudad, como haré yo. Aquí corremos peligro.

—¿Y a dónde piensas ir?

—Me han escrito para que me una a los científicos de la corte de Mahmud, y no puedo negarme. El sultán quiere convertir Ghazna en un referente de la cultura

islámica, centro de su imperio —Mansur volvió a acariciarse la barba y continuó hablando—. Mahmud el Ghaznawí quiere extender su mano poderosa sobre más tierras, y ha llegado a mis oídos la noticia de que pronto despojará de su trono a Abd-el Malik, el sultán samaní de Bukhara.

—¿Vas a entrar al servicio de un turco? ¿No los aborrecías? —preguntó Al-Biruni, atónito.

Abu Nasr se encogió de hombros.

—Puedo llevarte conmigo si lo deseas; o tal vez podrías alojarte en la casa de mi primo Ahmed en Ispahán.

Al-Biruni bebió un poco de té temeroso de los acontecimientos que iban a sobrevenir. Sufría por tener que mudarse de nuevo y también por su amigo Alí ibn Sina, que corría peligro si Mahmud tomaba el control de Bukhara.

Eran malos tiempos para la ciencia si la guerra se inmiscuía. Además, le dolía que su pueblo luchara, que las familias sufrieran muertes innecesarias, pero más se lamentaba por abandonar la ciudad que había empezado a amar, pues Samarkanda era un lugar de belleza incomparable.

La ciudad ocupaba casi toda la colina Afrasiab, y en la zona norte era irrigada por canales que inundaban de verde las calles y los jardines de las casas. Al-Biruni amaba el color de aquel cielo cuando paseaba cerca de los campos de algodón, el olor a jazmín de las muchachas que paseaban al atardecer camino del suq[xii]. Disfrutaba paseando por las calles de la plaza central repletas del olor de las especias, del olor del cuero, de los melones maduros y los panes redondos que cargaban los muchachos de un lado al otro. Las sedas se extendían como olas de colores cuando eran mostradas a los compradores, y las piedras preciosas relucían entre las manos de los comerciantes, mostrándolas a los habitantes más adinerados. Amaba Samarkanda y amaba su trabajo, pero tenía que elegir.

Con un nudo en el estómago, Al-Biruni salió de la casa de su maestro en dirección a la mezquita para asistir a la oración de la tarde del al-yumu`a[xiii]. Tal vez Allah le confortaría y le daría fuerzas para aceptar el consejo de su maestro. Sólo había dado unos cuantos pasos cuando oyó que lo llamaban. Se volvió, y entre los asnos que cruzaban la calle vislumbró una figura cubierta con un khimar[xiv] negro. Era Lilya, que cargaba una cesta de mimbre que pensaba llenar de fruta y verdura en el mercado. Su mano libre asía con fuerza la de su hermana Noor.

—Voy a recoger tu caftán —le dijo—. Si quieres que te zurzan alguna prenda más sólo has de pedírmelo —La muchacha le habló con timidez, pero sus ojos enmarcados por el velo negro chispeaban de felicidad.

—Muchas gracias, Lilya —le sonrió él—. Eres muy amable —Agachó su cabeza a modo de respeto y Lilya admiró sus rizos de color miel. Con un ademán torpe, Al-Biruni se despidió de la muchacha, que se dirigió al suq con el corazón encogido porque Abu Raihan Al-Biruni pronto dejaría la casa de su padre.

De regreso del mercado, Lilya entró en la habitación de su madre, enferma desde hacía meses. Yasmín la sonrió desde el lecho mientras su hija se sentaba a su lado y le daba a beber agua fresca para humedecer sus labios agrietados y resecos. Noor entró en la habitación cantando y bailando; no sabía que su madre esperaba la muerte, pues pronto tenía que llegar.

Al-Biruni entró en la mezquita cuando el imán ya había comenzado el jatib[xv]. Al iniciar las oraciones, se inclinó, se postró hacia delante y, al hacerlo, se dio cuenta de que enfrente de él estaba su buen amigo Muhammad ibn Miskawayh, que al parecer ya había regresado de su viaje por las tierras de Kabul. El imán leía las palabras de la sura 56 del Al-Qur'an[xvi]:

…Bismillahi'rrahmani'rrahim…
¡En el nombre de Allah, el Compasivo, el Misericordioso!
Cuando suceda el Acontecimiento
Nadie podrá negarlo
¡Abatirá, exaltará!
Cuando la tierra sufra una violenta sacudida
Y las montañas sean totalmente desmenuzadas,
Convirtiéndose en fino polvo disperso,
Y seáis divididos en tres grupos…

El imán continuaba recitando las inquietantes revelaciones del Profeta, pero la mente de Al-Biruni estaba en otra parte, que Allah lo perdonara. Su vida en los últimos años estaba siendo un continuo ir y venir y, al parecer, la calma no iba a llegar si tenía que abandonar la ciudad. Aquellos traslados ponían en peligro sus obras y agitaban su mente deseosa de paz, pero si Allah quería ese destino para él, no tenía más remedio que doblegarse y consentir.

Al-Biruni abandonó sus pensamientos y siguió la oración con sus hermanos entregándose por completo a ella, sintiéndose una brizna de paja ante la inmensidad del Todopoderoso.

Di: "¡Él es Allah, Uno,
Allah, el Eterno.
No ha engendrado, ni ha sido engendrado.
¡No tiene par!" [xvii]

Con la cabeza postrada, dejó que sus oídos se deleitaran con las hermosas palabras que Allah dictó al Profeta Muhammad por medio del arcángel Yibrîl, y así, con aquel murmullo que alababa al Único, al Increado, al Misericordioso, el alma de Al-Biruni se serenó.

En el patio porticado de la mezquita se formaron grupos, pero Al-Biruni no se unió a ninguno. El sol empezaba a hundirse en el horizonte tras las cúpulas de Samarkanda mientras esperaba a que saliera su buen amigo Muhammad ibn Miskawayh. Cuando éste lo vio, se fundió con él en un largo abrazo.

—Allah nos ha reunido de nuevo, mi buen amigo —le dijo Muhammad, un persa estudiante de filosofía flaco y de sonrisa fácil cuya altura sobrepasaba con creces la de Al-Biruni.

Se sentaron en un banco cercano y se pusieron al día de noticias desde la última vez que se vieron en la corte del emir Kabus.

—Y, ¿cómo te fue en la corte, Muhammad?

—Allah le dio un corazón de piedra al emir, lo saben hasta más allá de nuestras fronteras —contestó ibn Miskawayh gesticulando con sus largos dedos—. Así que después de visitar a mis padres en Shiraz decidí regresar a Samarkanda para no embrutecer mi alma viendo sus atrocidades.

Al-Biruni asintió comprendiendo las razones de su amigo, que eran las mismas que las suyas.

—Los gobernantes parecen haberse vuelto locos, ¿no es cierto?

—Dicen que el poder corrompe las almas de los débiles. Y los visires y los emires también tienen sus flaquezas —afirmó ibn Miskawayh con tristeza.

—¿Y cómo está tu padre, Muhammad?

El joven hizo una mueca.

—Sigue enfermo, pero empeñado en terminar sus últimos tratados de filosofía.[xviii]

Se levantaron y se dirigieron a la casa de Abu Nasr, donde compartieron la cena con él. Tras dar buena cuenta del cordero asado acompañado de dátiles, Abu Nasr acercó su narguile preparado para fumar y se lo ofreció a su invitado. Muhammad aspiraba con gusto el humo del opio mientras el agua perfumada del fondo del recipiente se agitaba burbujeante.

—La caravana de Ispahán sale dentro de una semana, amigo mío —le estaba diciendo Abu Nasr a Al-Biruni—. Preferiría que te unieras a mi viaje a Ghazna, pero respeto tu voluntad.

El astrónomo asintió, agradeciendo a su maestro la hospitalidad que le había brindado hasta entonces. Asió de nuevo el tubo del narguile y aspiró el opio deseoso de poder cambiar el curso de su vida. El humo entró en sus pulmones como un poderoso calmante que le dio fuerza y le mejoró el ánimo.

—Me gustaría acompañarte, si es posible —le dijo Muhammad a Al-Biruni cortando el silencio. Cogió un puñado de frutos secos y se los comió de una vez.

—¿Quieres unirte a la caravana y viajar a Ispahán, amigo?

—Eso dije. Si la guerra se aproxima no tengo nada que hacer aquí —El joven bebió un trago de agua fresca y añadió—: Pero sólo si estás de acuerdo, claro.

A Al-Biruni le encantó la idea de viajar acompañado con quien podía compartir sus conocimientos además de su amistad. Cogió la mano de Muhammad y se la apretó con fuerza.

—Me agrada tu decisión, amigo. Partiremos juntos entonces.

Abu Nasr parecía satisfecho también. Encendió unos carbones con incienso e impulsó hacia sí el humo perfumado para que le impregnara el cuerpo y el cabello. Sus dos invitados hicieron lo mismo y así se dio por concluida la cena.

El anfitrión se retiró a su alcoba, situada al lado de la que ocupaba Al-Biruni, mientras Muhammad salía de la casa y se adentraba con los ojos nublados por el opio en las calles oscuras, hacia la casa de huéspedes donde había alquilado una habitación. Aquella noche tendría sueños extraños, pero nada comparados con los de Al-Biruni.

En la cocina, Lilya separaba las brasas del fuego para que se extinguieran con rapidez. Estaba cansada como siempre, pues desde que su madre enfermó, todas las tareas de la casa eran para ella, pero aquella noche las ideas que bullían en su cabeza la mantenían despierta. Su hermana Noor ya se había retirado a dormir y su madre descansaba tranquila bajo el efecto de la poción de adormidera que le había preparado. Allah pronto se llevaría su alma, pero esa noche no lo haría, estaba segura.

En cuánto oyó que los hombres se retiraban a descansar, calentó agua y lavó sus largos cabellos con ceniza. Los secó con un paño y los espolvoreó con polvo de canela. Lilya tenía un trozo de espejo y se miró en él acariciando aquella línea que atravesaba su mejilla derecha desde el nacimiento del cabello hasta la barbilla, pero lo apartó de sí cuando las lágrimas empezaron a aflorar de nuevo. Se sentía triste por su desgracia, pero el valor que había reunido no la iba a abandonar, no ahora.

Se colocó un hijab sobre sus cabellos y alisó los extremos que caían sobre los hombros de la túnica informal que vestía dentro de casa. Salió de la estancia y permaneció quieta en el pasillo que separaba las alcobas. Podía oír la suave respiración de su madre, los ronquidos de su padre. Apartó la cortina de su derecha y los rayos de la luna le permitieron ver la figura encogida de su hermana tapada con dos gruesas mantas. Caminó hacia delante y al fondo del pasillo se enfrentó a la última cortina, la del cuarto de invitados en donde descansaba Abu Raihan Al-Biruni. Cada vez que pensaba en su nombre, su corazón se elevaba como la masa del pan en el horno, caliente y firme. La joven había estado amando en silencio desde hacia seis lunas, las que llevaba el científico alojado en casa de su maestro; pero él no parecía haberse dado cuenta, siempre enfrascado en sus papeles, siempre conversando con su padre, hablando del sol y de los planetas. Ellos miraban el cielo y parecían ver sólo objetos para observar y medir; en cambio ella, veía estrellas a quienes pedir deseos.

Un sonoro ronquido la sacó de su ensoñación, sobresaltándola. Se quedó quieta aguantando la respiración y esperó unos minutos hasta que se decidió a abrir la cortina que la separaba de su amado.

En la pequeña estancia sólo entraban unos débiles rayos de luna por el estrecho ventanuco, y la sombra de Al-Biruni acostado era un bulto oscuro envuelto como un fardo entre sus mantas. En el suelo, las ropas del hombre despedían un intenso olor a incienso y a opio. En realidad, se había acostado algo mareado por la poca costumbre que tenía de fumar y, tumbado boca arriba, notaba cómo la cabeza le daba vueltas y las náuseas le revolvían el estómago. Entreabrió los ojos y vio una sombra que se acercaba y acariciaba sutilmente su brazo. El opio lo mantenía en duermevela y le parecía que aquel sueño tan real era lo más maravilloso que había sentido nunca; más aún cuando en su mejilla sintió una suave caricia que aceleró su corazón. Abrió los ojos por completo embriagado por el olor de la canela y vio ante sí a unos hermosos ojos que lo observaban. ¿Estaba soñando acaso? ¿Había muerto y ya se encontraba en el jardín de las huríes? Trató de incorporarse, pero entonces los ojos se volvieron de nuevo sombra. Parpadeó soñoliento, y entonces un rayo de luna reveló por completo la figura que había entrado en su alcoba: Lilya, la hija de su maestro.

—¿Qué haces aquí, Lilya?

Ella, algo turbada, no respondió. Luchaba entre el estar haciendo algo prohibido y la necesidad que tenía de hablar con él. Halló el valor, sin saber cómo, y se enfrentó a su mirada interrogante.

—Tu padre me matará si nos encuentra aquí juntos —siguió diciendo él tratando de no alzar la voz—. ¿Te has vuelto loca, muchacha?

—Mi padre pretende casarme con un hombre a quien no quiero —dijo ella entre las sombras. Sus palabras fueron como una bocanada de aire frío para el joven.

—Vete, Lilya. Yo no puedo hacer nada por ti.

Al-Biruni, aún aturdido por el atrevimiento de aquella muchacha, agradeció que retirara sus ojos de los de él, pues la mujer debía mantener la mirada baja manteniendo siempre el respeto hacia el hombre. Además, la fe es vulnerable, sobre todo si se deja arrastrar por las miradas de las muchachas prohibidas.

Lilya salió rápidamente de la habitación y Al-Biruni se tumbó de nuevo en su lecho, aturdido y confuso, queriendo creer en el fondo de su corazón que todo había sido un sueño que el opio le había provocado.

Así como la alegría se aparece de repente, la pena también lo hace, y a la mañana siguiente la madre de Lilya amaneció de nuevo con los terribles dolores que la hacían sufrir. Hasta el momento, el viejo doctor que la atendía sólo había recomendado tratarla con adormidera, pero estaba claro que si el fin estaba cerca necesitaría algo más fuerte para que su alma se fuera en paz. Al-Biruni vio al médico dirigirse hacia la habitación de la enferma y no pudo evitar pensar en su amigo Alí ibn Sina, quien seguro podría ayudar a aquella pobre mujer que agonizaba sin remedio, pero se hallaba en Bukhara, lejos de allí, quien sabe si en problemas.

En el lecho de Yasmín, sus hijas la cogían de la mano, secaban sus sudores y encendían carbones para quemar incienso y alejar los malos humores de la habitación. Antes de proceder a examinar a la paciente, el médico extendió la mano para recibir su pago. Abu Nasr Mansur le entregó cien dirhams con la efigie del califa de Damasco y en cuyo anverso podía leerse: "*En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso*".

Entonces el médico hizo que todos salieran de la habitación, descubrió la manta que cubría a la enferma y le abrió la túnica por delante para descubrir los dos bultos que crecían en uno de sus senos. El médico cogió la mano de la mujer y le tomó el pulso: muy débil. Así pues, no había nada que hacer; en otra situación, si el mal se hubiera detectado de forma temprana, hubiera aconsejado el traslado de Yasmín al hospital para que le amputaran el seno y eliminaran el mal, pero ya no había más que hacer que rezar al Altísimo para que su misericordia hiciera más leve su muerte. Mandó que le prepararan tisanas bien cargadas de opio para sedarla y salió de la casa, cabizbajo, con las manos metidas en su manto de lana gris rozando en el bolsillo la ristra de las treinta y tres cuentas de su tasbih[xix].

El mes de Safar es el mes en que descienden del cielo setecientas mil maldiciones y los fieles han de pronunciar continuamente palabras sagradas para evitar que caigan sobre ellos. Aquella tarde se elevó un fuerte viento que revolvió todo ante su paso. Los más viejos anunciaron una tormenta de nieve y así se cumplió: empezó cubriendo el cielo de un blanco helado que ahuyentó a la gente de las calles y refugió en sus establos a los animales. Después, los pequeños copos empezaron a caer como si los campos de algodón que crecían a las afueras de Samarkanda se hubieran vuelto del revés. El río Zeravshan comenzó a helarse y las montañas se sumieron en el frío agudo del invierno.

En la habitación de su madre moribunda, Lilya desgranaba las cuentas de color ámbar de su tasbih invocando los noventa y nueve nombres de Allah mientras su hermana se quedaba adormecida, acostada junto a su madre. El viento golpeaba la casa y su llanto llenaba su corazón mientras pasaba de una cuenta a otra: Al-Rahman, Al-Rahim, Al-Malik…[xx] Tal vez Allah la estaba castigando por haberse atrevido no sólo a poner en duda la decisión de su padre al pretender casarla, sino por haberse atrevido a entrar en la alcoba de un hombre. Siguió desgranando el tasbih, pero se detuvo al percatarse de que su madre pretendía decirle algo. Había abierto los ojos, y con la lucidez de los últimos momentos antes de la muerte, susurró:

—Las sombras vienen a buscarme, hija mía…

Entonces su mirada se extravió y se quedó detenida mirando hacia los ojos de su hija, que asustada, se los cerró rápidamente. Lilya cogió a su hermana en brazos y corrió junto a su padre. Abu Nasr clamó al cielo mientras se levantaba, y así, rezando por el alma de su esposa, salió de la casa con el rostro súbitamente envejecido. Al-Biruni se levantó también y agachó la cabeza ante Lilya para expresarle sus condolencias. Ella las aceptó, y no pudo evitar que su corazón palpitara más rápido ante su cercanía. Al instante se odió por ello. Su madre acababa de morir y ella no podía olvidarse ni por un segundo de la atracción que sentía por aquel hombre, que salió de la sala para ayudar a su padre con todo lo necesario para el funeral.

Transcurrieron tres días que para Lilya fueron de trasiego atendiendo a los familiares, amigos y vecinos que iban llegando a la casa. Junto a su tía Amina, la hermana

de su madre que vivía en una aldea cercana, lavó, perfumó y vistió el cuerpo de la difunta. Prepararon dulces y comidas y dieron de beber a todo aquel que se acercaba a presentar sus respetos. Las mujeres se sentaban juntas en el suelo de la cocina y rezaban a Allah con fuerza, casi con desespero por el alma de Yasmín. Lilya lloró las tres noches cuando el silencio lo llenaba todo con su oscuridad, y la cuarta noche, cuando el llanto se había convertido en pena, dirigió su mirada a las estrellas y se preguntó si su madre ya habría llegado a la que le pertenecía.

Al-Biruni tenía que seguir su camino, así que fue preparando su equipaje para unirse a la próxima caravana camino de Ispahán. Compró una mula fuerte y víveres suficientes para varios días, y dos días antes de su partida, en un anochecer sereno en que el frío intenso parecía haberles abandonado, se unió a su maestro en la parte trasera de la casa donde sentados sobre una manta observaron en el noroeste a Sirio, la estrella del perro[xxi], la estrella más brillante del cielo. Abu Nasr Mansur, el científico, el matemático, el astrónomo, creía que los planetas que giraban alrededor de ellos bien podrían estar habitados por otros seres, que Allah lo perdonara si no estaba en lo cierto, pero no era el único que opinaba así, pues los griegos Demócrito y Epicuro opinaban igual.

La primera vez que Al-Biruni oyó aquella afirmación río con ganas, pero tampoco pudo contradecir a su maestro. ¿Y por qué no? Si Allah el Omnipotente había podido crear la vida en la Tierra, ¿por qué no hacerlo en otros planetas? ¿Por qué no crear otros mundos a parte de éste? Abu Nasr creía, además, que el brillo de la estrella Sirio era especial en el universo. Era una intuición, un pálpito que le hacía desear saber más sobre los astros, sobre su composición, su brillo, sobre sus medidas, sobre el porqué de la existencia de todo en el universo. Abu Nasr y Al-Biruni podían estar noches y noches hablando sobre los enigmas del cielo, pero seguían existiendo problemas terrenales que debían atender.

—Sé que los turcos no son de tu agrado —dijo Abu Nasr—, pero tal vez podrías reconsiderarlo. Si te unes a mi expedición juntos podemos formar parte de la corte de científicos que quiere a su lado Mahmud el Ghaznawí. Estoy seguro de que el emir te aceptaría.

—Agradezco tu oferta, maestro, pero emprenderé el camino hacia Ispahán, ya está decidido.

—Como astrólogo y astrónomo puedes tener trabajo en Ghazna, ¿no te tienta el buen salario que pueden pagarte? Ten por seguro que no serán menos de seiscientos dinares.

—¿Al mes? —Al-Biruni estaba admirado con aquella estupenda cifra.

—¿Al mes? —Abu Nasr río con ganas—. ¡No, amigo mío! ¡Diarios!

El astrónomo estaba realmente sorprendido, pero aún así, dijo:

—Es fácil hacer fortuna en la corte, pero las monedas no me tientan, maestro, bien lo sabes —Al-Biruni era poseedor de una mente práctica y no se dejaba llevar por los agasajos de los poderosos; valoraba demasiado su libertad—. Además, sabes que hacer predicciones para los gobernantes sólo trae consigo problemas y quebraderos de cabeza.

Abu Nasr asintió con resignación y añadió:

—Pero los jarazm-shah[xxii] disfrutan sabiendo qué astro les influye en su vida diaria, qué estrella les va a llevar a la victoria en una guerra.

—Naturalmente maestro, en especial cuando los astros les son favorables. Pero ¡ay de los errores en las predicciones! ¡Ay de aquel que no pronostique un acontecimiento o advierta de algo que luego no ocurre! Bien sabes que muchos astrólogos han sido condenados a muerte cuando no se cumplieron sus vaticinios.

Abu Nasr cabeceó asintiendo a lo que decía Al-Biruni.

—Pero, mi buen amigo —le dijo—, ¡son tan delicados los cálculos! En ocasiones he tardado casi un día en determinar la posición de un planeta para levantar el horóscopo.

—Yo normalmente establezco una posición media, no exactamente la real, pues me conformo con saber en qué signo está situado el planeta en concreto.

Abu Nasr lo miró fijamente no muy convencido de lo que acababa de decir Al-Biruni.

—Allah nos entregó la ciencia para que buscáramos en ella la perfección del mundo —dijo algo contrariado—. Así pues, deberías afinar más en tus predicciones, mi buen amigo. Si algún día vuelves a servir en la corte, cualquier error puede ser fatal.

—Nadie está libre de errores, y yo menos que nadie. ¿Acaso no erré en mis cálculos al predecir el terremoto que asoló Kath? O mejor dicho, ¿no fallé acaso en la predicción del eclipse solar que provocó dicho terremoto?

—Calma, amigo, calma —Abu Nasr lo cogió por el brazo cuando Al-Biruni se levantó de la manta donde estaban sentados. Estaba furioso al recordar de nuevo el terremoto, la pérdida de sus padres y de todo lo que era suyo.

—Iré a Ispahán, como habíamos convenido. Me alojaré en casa de vuestro primo Ahmed cerca del bimaristán[xxiii], y tal vez más adelante viajaré hasta la ciudad de Al-Qahira[xxiv]. Ha llegado hasta mis oídos la noticia que entorno a la gran mezquita han construido una gran institución académica.

Abu Nasr miró a su discípulo con benevolencia y miró hacia lo alto de nuevo: Le pareció que Sirio brillaba aún con más fuerza en medio de la negrura del firmamento. En el Oeste nacía una Luna Nueva.

Aquella tarde, Abu Nasr había informado a su hija Lilya que al día siguiente recibirían la visita del primo Halim y su padre. Ella había asentido sin decir nada, y una vez en la cocina intentó recordar su rostro, ya que sólo había visto a su primo una vez, en ocasión de una boda. Abu Nasr le explicó a Al-Biruni que ahora que Yasmín había muerto, no tenía porqué esperar más tiempo para celebrar la boda de su hija Lilya. Además, como él tenía previsto trasladarse a la corte de Mahmud, el matrimonio de su hija le venía a medida para dejarla a salvo junto con su hermana pequeña, pues Noor se iría a vivir con los recién casados a la ciudad de Navoi.

Mientras Abu Nasr hablaba, Al-Biruni estaba haciendo unos cálculos trigonométricos, pero dejó su tarea y comprendió que aquel sueño con Lilya no había sido tal. Turbado por el recuerdo enrolló los papeles y los ató con un pedazo de cuero. Por la mañana, temprano, salió de la casa de su maestro y se dirigió a la tienda de Wang Wei, el vendedor de papel y útiles de escritura.

2. LOS ENAMORADOS

1

Beligrad[xxv]

mes de febrero de 999 d.C

Masika corría con Tor delante de la carreta que conducía su madre. Entraba así en calor por el intenso frío que estaban pasando en aquellos días en que la nieve se hacía presente dificultando los caminos. Bordeaban la ciudad de Beligrad, pues la caravana no se detenía allí debido a los enfrentamientos que se sucedían desde hacía unas semanas. Muchos eran los pueblos que querían su dominio al estar situada en un lugar privilegiado a orillas del Danubio. De todos modos, algunos caravaneros abandonaron la fila al llegar a la altura de la ciudad, pues pretendían comprar o vender en los mercados de poblaciones cercanas.

Ersbetta sonrió al ver que por su derecha se acercaba corriendo Aubert, el hijo menor de unos comerciantes de telas que ocupaban tres puestos más atrás en la caravana. Llamó a gritos a Masika y ella lo esperó con los brazos en jarras, subida a un pedrusco del camino mientras Tor marcaba su territorio. Se habían hecho amigos desde el segundo día de viaje y junto con el perro formaban un trío inseparable. Comían siempre juntos, un día con Ersbetta y Aldo y otro día con los padres de Aubert. Aquel niño de largas piernas algo torpes, cara blanquecina y espalda huesuda se mostraba siempre muy ocurrente y divertido, por eso apreciaba la compañía que le hacía a su hija.

Seis horas más tarde, cerca de Kragujevac y a orillas del río Lapernica, la caravana hizo un alto para pasar la noche. El sonido que formaban todos aquellos carros y animales avanzando a la vez se transformó en un murmullo sordo que atravesó de lado al lado el valle por el que transitaban. Pero en seguida, al desmontar de sus cabalgaduras, al bajar de sus carros y carretas, se comenzaron a oír las quejas de aquellos que soportaban mal las inclemencias del tiempo y de los caminos. Se oía el martilleo de los que comenzaron a arreglar las ruedas estropeadas, los que reían al sentir en su garganta el sabor del vino que llevaban en sus alforjas. Las mujeres se apresuraron a encender los fuegos para preparar la cena y los pocos niños correteaban de un lado al otro en busca del mejor sitio para hacer sus necesidades. Aldo se acercó a Ersbetta por detrás mientras ella desenganchaba sus asnos. La mujer dio un respingo y el toscano rió con ganas.

—¡Non ti spaventare! ¡Sonno io!

Ella sonrió comprendiendo apenas sus palabras, pero complacida por escuchar de nuevo su hermosa voz y tenerlo cerca de sí de nuevo. Cada día que pasaba se le hacía más larga la espera de la parada de la noche donde compartían la comida, el fuego y la conversación. Lo observó mientras él se alejaba con los animales y pensó que incluso con aquella barba que se había dejado hacía unos días aquel hombre era hermoso como pocos y, además, no sólo se distinguía por su belleza, sino por lo que su presencia le transmitía. La primera vez que sus cuerpos se tocaron, un leve roce al recoger leña para el fuego, fue como si toda la soledad que había sentido hasta el momento de conocerle hubiera desaparecido. Nunca olvidaría a Zóltan, pero Aldo estaba llenando sin saberlo el hueco que se había abierto en su vida desde la muerte de su esposo.

Llevaban casi quince días de lento viaje debido al estado del camino y la nieve, pero a Ersbetta no le importaba. En sus ojos, antes apagados por los últimos infortunados sucesos de su vida, ahora aparecía un brillo especial. Se dio media vuelta y se percató de que a lo alto, hacia el norte, se divisaba la fortaleza que estaban construyendo en la ciudad, fuertemente custodiada en esos días. Ella también había levantado un muro en su interior, pero aquel toscano estaba derribándolo poco a poco.

Aquella noche Ersbetta y Aldo cenaron solos, pues Masika y Aubert se habían unido a los padres del niño. Ella coció en una olla mijo y avena con leche y preparó el conejo que había cazado el toscano. La temperatura era muy baja en aquella noche de febrero y cenaron dentro de la tienda bien abrigados con sus mantas. Comieron con hambre mientras Aldo parloteaba en su musical idioma y ella trataba de comprender y memorizar algunas palabras en el dialecto toscano, muy similar a la lengua latina. Los dos se enseñaban mutuamente, señalando cosas y diciendo sus respectivos nombres en toscano y magiar, riéndose por cómo sonaban las palabras o por la dificultad al pronunciar. Él sentía la necesidad de cogerla de las manos y hablarle de los sentimientos que empezaban a nacer en él, pero aún no era el momento.

Los dos reían mientras Aldo trataba de pronunciar de modo correcto Viszontlátásra[xxvi] y se atascaba y volvía a empezar. Ersbetta reía con ganas porque sabía que Aldo estaba bromeando con ella, pues él ya tenía nociones de magiar suficientes como había demostrado hasta ahora, pero se estaba comportando como si fuera la primera vez que oía ese idioma. Era un juego divertido y ella le seguía la corriente cuando una sombra se agachó ante la tienda y oyeron la voz del guía de la caravana, Víktor Zichy.

—Tomassi, ¿puedes salir un momento?

El toscano salió al frío de la noche y se topó con la sonrisa socarrona del pelirrojo.

—Veo que la viudita ya olvidó a su marido, ¿eh? —río Víktor expulsando bocanadas de vaho a su alrededor.

Aldo se quedó mirando al guía con los brazos cruzados sobre el pecho. Escupió en el suelo y preguntó:

—¿Acaso no me pediste que estuviera al tanto de ella?

—¡Bueno, bueno, está bien amigo! —Víktor le palmeó el hombro tranquilizándolo y añadió—: ¿No habrás olvidado nuestro trato, no?

—Claro que no. Sabes que siempre cumplo mi palabra.

—¡Así me gusta, Tomassi! Tú y yo siempre hemos hecho buenos negocios —El guía se dio media vuelta y antes de dar otro paso se volvió de nuevo hacia él—: ¡Y no te olvides de la guardia de esta noche! —Zichy regresó a su tienda silbando hacia el cielo plagado de estrellas brillantes que parpadeaban a su paso. Se oía de fondo el sonido de las cítaras que tocaban los músicos ambulantes que ocupaban casi el final de la caravana.

Aldo respiró hondo antes de volver a entrar en la tienda. Se sentó junto a ella y cogió un puñado de ciruelas pasas que comió de un tirón. Ella se dio cuenta de que su expresión había cambiado tras hablar con el guía.

—¿Ocurre algo?

Aldo negó con la cabeza mirándola fijamente a los ojos. Esa noche eran de un verde oscuro como el de las hojas de parra de su tierra. Ella, en aquella mirada, creyó ver la mirada de Zóltan, con la misma determinación y el mismo amor por ella. Y entonces se sintió culpable por estar ocultando a Aldo la verdad de quien era ella y qué estaba haciendo en aquella caravana. Pero aún no era tiempo de confiar en el toscano, aún no.

—Ya es hora de que me retire, Bettina —la llamó en esa forma cariñosa para suavizar aquel extraño silencio que les había envuelto como la oscuridad envuelve las sombras—. Esta noche he de cubrir una guardia.

Al levantarse, sus ojos se quedaron un instante fijos en el hermoso broche que cerraba su capa. Al parecer el difunto marido la obsequiaba con lo mejor, no había duda; aunque seguro que él habría hecho lo mismo con una esposa así.

La mañana siguiente el sol bendijo a la caravana que reemprendía la marcha camino de la ciudad de Niš. Seguían el río Velika Morava, aunque la ruta nunca estaba asegurada ni era la misma debido al mal estado de los caminos, a la nieve caída o también a desprendimientos que se sucedían de forma continua en aquella zona tan montañosa y boscosa. Ersbetta, sentada en el pescante de su carreta, dejó que Masika llevara las riendas un buen rato. Estaba pensativa y algo nerviosa y no sabía porqué. De repente, el sonido de unos cascos de caballo que se acercaban a toda velocidad la sacó de su ensimismamiento.

—¡Ayuda! ¡Ayuda para mi esposa que está de parto! —El jinete pasó junto a ellas a toda velocidad y su voz repitiendo las mismas palabras una y otra vez se fue apagando hasta que llegó hasta el primer lugar de la fila donde pidió al guía que detuviera la caravana. Masika miró a su madre, que se encogió de hombros aceptando lo inevitable: tendría que ayudar a aquella mujer si nadie más podía hacerlo.

La caravana tuvo que detenerse retrasándose unas horas hasta que se solucionara aquel problema. El guía estaba furioso, y aún cuando los accidentes y sobresaltos eran parte del negocio, no dejaba de ser en ocasiones desesperante.

—Parece ser que a mi esposa se le adelanta el parto, señor —le había explicado el atribulado esposo a Víktor Zichy—. ¡Debe detener la caravana!

Víktor bajó de su caballo, le indicó a su ayudante que detuviera la carreta y con los ojos bañados en furia le respondió:

—¿Acaso me avisasteis de que vuestra esposa estaba esperando? ¡Creí que todo el mundo conocía las normas! —gritó escupiendo al frente—. ¡Creí que había

quedado bien claro que no quería mujeres encinta en mi caravana!

El esposo de la parturienta, cuyo nombre era Béla Salmar, asintió tratando de hacerle comprender, avergonzado por haber adquirido su pasaje ocultando el vientre de su mujer.

—La familia de mi esposa reside en la ciudad de Adrianópolis[xxvii], señor. Y cuando decidimos unirnos a ellos no se nos ocurrió mejor modo que viajar en la caravana que dirige el gran Víktor Zichy ¡de quien tan bien nos habían hablado!

El guía alzó las cejas y entornó los ojos un tanto halagado por aquellas palabras, pero aún así no iba a dejar de mostrar su enfado.

—¡Vuestra inconsciencia nos ocasiona problemas a todos! ¿Qué culpa tienen el resto de viajantes?

Víktor Zichy resoplaba como un buey encerrado, mientras Béla se llevaba las manos a la cabeza gimiendo.

—¡Pero algo tenemos que hacer! —suplicó—. ¡No puedo dejar a mi esposa sufrir así!

Los ocupantes del segundo puesto de la caravana, dos misioneros romanos que habían estado escuchando aquella conversación, vieron como Ersbetta, seguida de Tor, se acercaba a Víktor y a Béla ofreciendo su ayuda.

—Tengo experiencia en atender partos, señor —dijo dirigiéndose a Béla—. Puedo ayudaros si así lo deseáis.

Béla vio el cielo abierto y pidió que lo acompañara sin hacer caso de los gruñidos de Víktor Zichy.

Encontraron a Alina en medio de grandes sudores, tumbada en la hierba y agarrada a dos mujeres que no sabían qué hacer para remediar su dolor. Ersbetta se agachó junto a ella y colocó sus manos sobre su vientre abultado. Fue entonces cuando la parte inferior del vestido de Alina empezó a cubrirse de color escarlata.

—¿De cuántas lunas estáis, señora?

Alina cerró los ojos y esbozó una mueca reprimiendo el dolor que sentía, así que fue su esposo quien contestó:

—No lo sabemos con exactitud; pero no más de siete.

Siete lunas… Si la criatura nacía tan temprano tenía pocas probabilidades de sobrevivir en aquellas condiciones.

—Necesitaré alguna manta limpia y que alguien encienda un fuego para hervir agua.

Bajo los árboles, sobre la tierra y en cuclillas, la parturienta empujaba con el rostro contraído hasta que el pequeño bebé asomó la cabecita. Ersbetta lo recogió acompañada del grito de alivio de Alina, que se tumbó exhausta sobre la manta vieja y deshilachada que le habían colocado al lado. Las mujeres que las habían acompañado suspiraron de alivio y cubrieron los hombros de Alina cuando ésta abrazó a su primer hijo y lo estrechó contra su pecho. La curandera, viendo que el cordón dejaba de latir, lo cortó y lo puso a un lado; cuando saliera la placenta de la madre, los enterraría juntos para que la tierra siempre recordara que tenía que proveer a aquella nueva criatura del mundo. Si acaso vivía.

Víktor Zichy llegó junto a Aldo, que se mantenía apartado del lugar donde Ersbetta atendía a la parturienta pero pendiente en todo momento. Mientras mascaba un trozo de cecina apoyado en un árbol oyó las palabras del guía tras de sí.

—Vaya, vaya, con la viudita; nos salió partera… —dijo reprimiendo la risa—. Está hermosa la condenada… aunque para catar perra vieja prefiero a su cachorrita… ¡je,je!

Aldo se volvió de repente y cogió a Víktor del cuello de su capa atrayéndolo hacia sí.

—Mira, Víktor. No consiento que sigas por ese camino —El guía aún lo miraba de forma socarrona, pero al no conseguir zafarse de él, mudó el semblante y tragó saliva.

El toscano continuó hablándole sin soltarlo:

—Pagaré mi deuda contigo, no creas que la olvido; pero no toleraré que te burles de Ersbetta ni de su hija.

Soltó bruscamente al pelirrojo y éste se sacudió la capa como si espantara una mosca molesta. Montó en su caballo sin decir palabra, pero iba pensando en cómo dar su merecido a aquel maldito toscano. Todo llegaría. Ahora tenía que recorrer la caravana de extremo a extremo para informar al resto de viajeros que en breve retomarían el viaje.

2

Hans Smisza y Nanya se hallaban a un día de camino de la caravana. El médico saboreaba la cercanía después de varios percances en el camino, primero con el caballo y después debido al retraso debido a las malas indicaciones de un lugareño que les habían obligado a dar un rodeo considerable y perder casi dos días de ruta. Pero ahora ya se acercaban a su objetivo, y el momento que tanto había esperado estaba cerca. Tras él, cogida a la silla de montar, la niña esperaba la mejor oportunidad para escapar de aquel hombre. En verdad que estaba loco de atar… Habían pasado las últimas noches en aldeas del camino, albergados en pequeños y húmedos cuartuchos. En las mañanas, al levantarse, lo observaba de reojo cuando miraba por la ventana y comprobaba si el sol iba a brillar o no para usar el ungüento protector que compraron en el mercado. Era un ungüento oleoso que dejaba un rastro de olor almizclado que a Nanya le recordaba el olor que sueltan los ciempiés al ser pisados. Por suerte para él, eran mayoría los días nublados y fríos.

Hans a veces reía sólo y en las noches, en sus sueños inquietos, lo oía gemir y pedir ayuda. A veces hablaba de cosas terribles que habían sucedido tiempo atrás y ella se tapaba los oídos para no escuchar, pues aquella voz perturbada le causaba pavor. La mente del médico, la que abominaba de las muertes que había causado y de los experimentos posteriores, lo acusaba noche tras noche.

Aquella mañana avanzaban a buena velocidad por el valle repleto de ciruelos cubiertos de nieve sin sospechar que de un momento a otro las cosas iban a cambiar, pues agazapados tras unas matas, dos salteadores de caminos los esperaban con los puñales en alto.

Hans estiró hacia sí las riendas de su caballo al darse cuenta de que en medio del camino había alguien tirado boca abajo con los brazos en cruz. Se detuvo, bajó del caballo y volteó el cuerpo para comprobar si aquel desgraciado estaba vivo o no. Los salteadores esperaban el momento oportuno mientras observaban a la pequeña Nanya que sostenía las riendas del caballo de pie junto a él y miraba distraída alrededor. Era el momento. Se abalanzaron contra su víctima y lo tiraron al suelo empujando su cara contra la nieve del camino. El otro compinche, el que se había fingido muerto para atraer la atención de su víctima, se volvió hacia Hans y le clavó su puñal en el costado. El dolor fue intenso durante un instante pero luego todo se volvió oscuro. Lo último que vio antes de perder la consciencia fue la mirada de uno de sus asaltantes, una mirada que le recordó a la de su padre cuando tras molerlo a palos en el pajar le agarraba de los brazos y le miraba diciendo: No quise pegarte tan fuerte, hijo mío. No quise…

Mientras todo esto sucedía, Nanya había montado en el caballo y se había alejado a toda prisa de allí. Le habían matado, estaba segura… y por fin era libre. Galopó sin rumbo pasando cerca de una aldea, pero no se detuvo en ella. Todo su afán era correr y correr, sintiendo el viento helado en su cara, sintiendo las lágrimas que corrían por sus mejillas y le quemaban como fuego. Pasó como el viento cerca de varios hombres que se dirigían a reparar un puente y esquivó a unos niños que jugaban a la guerra con espadas hechas de madera. La cinta azul de su pelo se soltó y quedó enganchada en las ramas de un castaño, pero huía y se sentía feliz.

Un hombre y una mula se acercaron al bulto que entorpecía la marcha en medio del camino. El hombre, de largos y enmarañados cabellos oscuros, se agachó junto al desgraciado que había caído en manos de los bandidos y palpó dentro de su bolsa para ver si hubiera algo que él pudiera necesitar. Al parecer los asaltantes le habían quitado todas las monedas de su bolsa, pues no encontró más que un ungüento de olor nauseabundo y un pedazo de pan. La mula resopló dos veces cuando Hans abrió los ojos, asustando al hombre que en ese momento metía su bolsa vacía entre sus propias ropas.

—¡Por todos los demonios, Sissa! ¡Este desgraciado está vivo!

La mula movió las orejas. El asunto no iba con ella.

—Lo sacaremos del camino y lo llevaremos a la casa de la vieja Korály, ¿qué te parece? —El hombre se levantó y cruzó los brazos sobre el pecho mirando a Hans, que había cerrado los ojos de nuevo—. Si, eso haremos.

Sissa volvió a resoplar, poco de acuerdo con la decisión tomada por su amo y más aún cuando éste cargó al herido encima de su lomo y los condujo por un sendero embarrado que serpenteaba hacia las montañas.

La casa de la vieja Korály estaba situada en la linde del bosque, muy cerca del río y rodeada de olmos y de castaños quebrados. Vivía sola y era temida por muchos, aunque muchos fueran también los que iban a visitarla. Contaría unos sesenta años que se veían plenamente reflejados en los surcos que poblaban su rostro curtido y en su voz, una voz grave y profunda, una voz rota por tantas palabras difíciles que había tenido que decir a lo largo de tantos años. Su cabello, que se mantenía negro sin una sola cana, estaba cubierto con un pañuelo gris que anudaba bajo su barbilla, repleta de pequeñas verrugas. A menudo tenía niños merodeando tras el pequeño muro de piedras que cercaba la casa, quienes incluso por las noches, en un acto de valentía, también se acercaban para curiosear, pues algunos decían que en la casa de Ada Korály, a medianoche, se aparecían los espíritus de los que acababan de fallecer.

Aquella mañana recibía en su casa a un hombre malherido de manos de Milóvan el apestoso, el que siempre olía a perro viejo, a mugre y a excremento de vaca. Aquel olor lo perseguía día y noche y los que se cruzaban con él lo evitaban y huían de él como la fiera del fuego. Lo cierto era que Milóvan tenía pánico al agua y jamás en su vida había tomado un baño, ni siquiera en el río.

La mujer ayudó a Milóvan a tender a Hans en un rincón junto al fuego.

—¿Dónde lo encontraste, Milóvan?

—En el camino romano, señora. Seguro que lo atacaron los mismos cíngaros que robaron en casa de mi primo Nicolae.

Ella cabeceó preocupada mientras desvestía al recién llegado y observaba la fea herida que aún sangraba por su costado.

No muy lejos de allí, mientras la vida o la muerte de Hans se decidían en la casa de la vieja Korály, Ersbetta Tót alzaba al cielo una nueva y pequeña criatura, un niño de poco peso a quien su padre puso por nombre Víktor, en honor al guía caravanero que tocaba el cuerno para reanudar la marcha.

Al día siguiente, al pasar junto a una de las aldeas del camino, Béla y Alina pidieron alojamiento en una granja. Su pequeño Víktor no sobreviviría si seguía con ellos en la caravana, aunque Ersbetta creía que tampoco tenía muchas posibilidades allí donde fuese. El bebé no respiraba bien, pues aún necesitaba más tiempo en el cuerpo de su madre, y era muy probable que sólo resistiera uno o dos días más. Así era la Naturaleza, cruel con los débiles, pensó conduciendo su carreta tratando de evitar el llanto por la pena.

Masika estornudó a su lado y se abrigó más cubriéndose bien la cara con su pañoleta de lana. Su madre echó un vistazo a sus pies, de nuevo calzados con sus sandalias, ya que sus botas habían desaparecido la última noche, como habían desaparecido también algunas de sus provisiones.

—Tal vez en la siguiente ciudad encontremos algún maestro zapatero que nos pueda vender unas botas nuevas para ti. Pero por el momento ponte las mías.

—No, madre. El dinero nos puede hacer falta para otras cosas más importantes. Además —se descubrió un poco la capa y le mostró las pantorrillas cubiertas con sus gruesas calzas grises—, he cubierto mis sandalias como siempre. —La niña había colocado alrededor de sus pies y sobre su viejo calzado un paño viejo de lana. Estaba atado y cruzado en varias partes con tiras de cuero que alguien había dejado tiradas en el camino.

Ersbetta le pasó cariñosamente la mano por el cabello.

—De todos modos, podemos gastar algunas monedas.

—Como quieras, madre —Masika extendió la mano para recoger en su palma las finas gotas de lluvia que estaban cayendo—. ¿Falta mucho para llegar?

Ersbetta sonrió. Sí, aún faltaba mucho, pero cada día que pasaba su destino estaba más cerca. Palpó sobre su capa allí donde escondía el pergamino y suspiró. Aquel objeto las llevaba muy lejos, quién sabía con qué último fin. Dirigieron la vista al este y pudieron ver cómo tres ciervos observaban desde un peñasco el desfile de humanos y animales camino al sur. Sobre ellos, nubes anaranjadas. Fue un breve instante que consideró como una buena señal, un signo de buen augurio.

Poco antes de la puesta de sol y mientras Masika vigilaba el fuego junto con Aubert, Ersbetta dio una vuelta por los alrededores internándose un poco en la zona boscosa. Deseaba estar sola por unos momentos y sentir el poder de los árboles de aquella región, la fuerza de sus raíces, sentir las criaturas silenciosas que la observaban escondidas. Se sentó sobre un tocón quemado por algún rayo y escuchó encantada el gorgoteo de las crías de pajarillo que anidaban muy cerca de allí hasta que un olor fétido llamó su atención. Dirigió su vista hacia el suelo, hacia una planta de grandes hojas onduladas cuyas flores blancas eran inconfundibles. Tenía ante sí a la mandrágora, de desagradable olor pero grandes cualidades que no iba a desaprovechar, así que arrancó la planta con mucho cuidado para sacar entera la raíz. Con ella se podía preparar ungüentos, pociones sedantes y filtros amorosos. No faltaba quien decía que quien la tocaba moría al instante, o quien aseguraba que debía ser arrancada atándola a un perro negro, pues así sería éste quien muriera al desenterrar la raíz. Pero esto último no era cierto, sonrió examinándola. Era útil para atraer el menstruo y provocar el parto, y cocida en vino apaciguaba los dolores intensos. Pero bebida en gran cantidad era mortífera, de ahí quizás la superstición en torno a ella; por eso la guardaría bien, si caía en manos equivocadas era un arma peligrosa.

Cenaron huevos hervidos con col guisada y cebolla mientras el niño Aubert contaba historias que su imaginación inventaba. Tor daba cuenta de varios huesos de cerdo hervidos y los roía concentrado. Aquella noche Aldo volvía a jugar a los dados con Víktor Zichy y sus hombres, por eso cruzó unas pocas palabras con Ersbetta, algo nervioso, algo esquivo, excusándose por no cenar con ellas. El toscano se percató de que Masika ya no llevaba las botas con las que había empezado su viaje, pero nada dijo y se alejó entre la niebla que cubría el valle.

—¿Le ocurre algo a Aldo, madre?

—No lo sé, hija. Desde ayer está muy extraño.

La niña hizo un mohín y miró al cielo plagado de estrellas de esa noche.

3

La vieja Korály se preguntaba quién sería ese hombre que, debatiéndose entre la vida y la muerte, se beneficiaba de sus curas y sus pócimas especiales desde hacía ya tres días. La fiebre hacía que su mente desvariara y pronunciara palabras carentes de sentido para ella.

Lanzó unos granos de cebada al fuego y contempló cómo saltaban. Era una señal de peligro inminente pero, ¿para ella? ¿Para el recién llegado? Sentada como estaba en un pequeño taburete, acariciando a su pequeño hurón blanco, miró las paredes de su cabaña repletas de amuletos hechos con pieles y miembros de animales para conjurar la buena y la mala suerte, para alejar las envidias, para atraer al amado. Tenía talismanes hechos con cabellos de difunto para dar fuerza y vigor a los enfermos, para la fecundidad, para el mal de ojo. Llevaba toda su vida preparando pócimas cuyos contenidos hubieran espantado al más valiente, pero así era su magia, oscura y molesta para los que no la entendían.

El hurón dio un salto hasta el suelo y se escondió bajo la mesa mientras Ada se levantaba con dificultad a causa de sus huesos viejos y gastados. Tenía que echar más leña al fuego. Antes de sentarse de nuevo echó otro vistazo al herido, que se daba media vuelta sobre su lecho de paja: No era mal parecido y contaría unos treinta años bien llevados, pero su extrema palidez no era habitual. Probablemente estuviera enfermo cuando los bandidos lo atacaron. De todos modos, se sentía obligada a consultar a los espíritus, pues el mal presagio de la cebada en el fuego la inquietaba cada vez más.

La cabaña donde vivía estaba a unas dos millas de la aldea, pero ella sola se bastaba para su subsistencia. Tenía un par de cabras, unas gallinas y un pequeño huerto que le daba lo suficiente para vivir. Una vez al año, recibía la visita de un vendedor itinerante que le proporcionaba cosas que ella bien podía adquirir en el mercado de la ciudad, pero su carácter huraño la aislaba cada vez más de las multitudes y prefería no salir de su rincón en el mundo, allí donde recibía la visita de hombres y mujeres desesperados por encontrar algún remedio, algún maleficio. Y ella los ayudaba, si señor, porque era lo que le gustaba hacer, era lo que toda la vida había hecho. El mundo estaba lleno de fuerzas ocultas que pocos podían ver, y ella, afortunada al poseer el secreto de esas fuerzas, no podía más que usarlas.

Inquieta como pocas veces en su vida lo había estado, esperó el anochecer con ansia. El herido dormía, ahora con la respiración menos agitada gracias a la poción de beleño negro que le había hecho beber, así que salió de su cabaña y se dirigió a la encrucijada de caminos donde Milóvan el apestoso había encontrado a Hans. Caminó bajo la noche fría y estrellada, y sobre la nieve del sendero fue dejando las huellas de sus botas forradas de pelo de oveja. La vieja Ada Korály, en medio de aquel paisaje gélido y solitario, era una diminuta figura algo encorvada que bien hubiera podido ser presa fácil de los lobos o de los jabalís, pero su pequeño hurón que siempre la seguía seguro la hubiera advertido del peligro. Si miraba al este veía las colinas que formaban los Alpes de Transilvania, y si miraba al oeste, la luna llena le mostraba la

espesura de un bosque repleto de vida en su interior. Era la luna de febrero, la luna de los lobos.

Al llegar a la encrucijada de caminos, Ada despejó con los pies la nieve que cubría la vía mientras el hurón, cuyo pelaje blanco lo hacía casi invisible, se sentaba sobre sus cuartos traseros y movía el hocico curioseando. La vieja abrió su capa y desveló el zurrón que llevaba colgado a un lado del costado para sacar de él una piel de toro. La extendió en el suelo y colocó la parte interior que aún contenía rastros de sangre seca del animal en contacto con la tierra húmeda. Entonces se sentó sobre ella, cerró los ojos y dejó que la noche la envolviera por completo.

El silencio era casi aterrador para cualquier caminante que se hubiera perdido por aquellos parajes, pero para Ada Korály era el mejor entorno que podía desear para comunicarse con los espíritus del camino, aquellos que habían deseado la muerte del hombre que estaba en su casa envuelto en pesadillas y en dolor.

Ada llamó a los difuntos; llamó a los que vagan entre su mundo y éste; llamó a los que no sabían que habían muerto y a los que habían preferido morir que vivir. En sus ojos, algo nublados por la fina tela que los cubría, se reflejaron unas sombras oscuras que volaron a su alrededor como mariposas nocturnas. La vieja sonrió mostrando sus largos dientes amarillentos. Con los años, sus facultades mejoraban y su poder era cada vez más capaz de dominar el inframundo. Empezó a oír voces susurrantes primero algo alejadas y después muy cerca de su oído. Eran voces entrecortadas, voces a veces agudas y a veces graves que subían y bajaban de tono; eran voces enfadadas con la vida y con el mundo que no podían disfrutar. Ada sólo quería una cosa de las voces: respuestas.

—Voces de la tierra, responded a mi ruego: ¿Vida o muerte?

La respuesta fue como una algarabía, un enredo difícil de desentrañar. Las voces se entremezclaban unas con otras, pero Ada, acostumbrada al caos, estaba pendiente de cada una de ellas, de su acento, de su tono, de sus palabras desordenadas. De pronto, las voces callaron y Ada abrió los ojos asombrada ante la revelación: “Muerte para ti”.

4

Aldo estaba inquieto y se revolvía en su manta sin poder conciliar el sueño. Se incorporó y se dirigió a la parte de atrás de su carro atestado de cacharros. En un rincón tenía dos pieles de conejo ya secas que guardaba para vender, pero se le había ocurrido una idea mejor: le haría unas sencillas botas a Masika.

Mientras cortaba y cosía, sonreía pensando en Ersbetta, la mujer que ahora ocupaba casi todos sus pensamientos durante el día, y también parte de sus sueños en la noche. Si ella supiera que su viaje en la caravana debería de haberse interrumpido en Belgrad… En aquel mercado siempre había hecho buenos negocios, pero en esta ocasión ni siquiera había pensado en las monedas que iba a ganar. Sólo le importaba pasar más tiempo con ella, seguir su mismo camino allá donde fuera que fuese.

El amanecer lo sorprendió cosiendo en su tienda. Oyó que pasaban por su lado varios hombres para coger agua y supo que ya era hora de dejar su tarea. Se lavó la cara en la orilla del río para despejarse un poco y vio que el día amanecería espléndido sobre aquel valle que aunque ahora era blanco, en primavera resplandecería en todo su verdor.

Un hombre barbudo y con una cojera bastante acusada se le acercó para comprarle una sartén. Regateó un poco el precio, pero sólo lo justo para no ofender ni ser ofendido.

—¿A dónde os dirigís, señor? —le preguntó Aldo mientras limpiaba el polvo de la sartén antes de entregársela al comprador.

—Mi hermano y yo somos comerciantes de especias y nos dirigimos al puerto de Atenas para comprar nuevos cargamentos para surtir a los nobles.

—Ajá… ¿Y qué clase de especias compráis, señor?

—Del país de la India nos llegan la pimienta y el clavo; y la nuez moscada y la canela llegan del país de las mejores sedas y de las gentes de ojos rasgados llamado Catay[xxviii]. ¡Compramos mercancía de la mejor, pues sólo los mejores y más ricos pueden pagar esas maravillas!

—Catay… Suena bien ese nombre… —dijo Aldo en tono soñador—. Tal vez algún día me aventure hasta ese país.

—¡Dios no lo quiera, señor! Pocos son los que llegan con bien más allá de Constantinopla. Además, hay que tratar con infieles…

Aldo le entregó la sartén sin decir nada. Por su parte, el comerciante siguió hablando.

—Una cosa es viajar como lo hacemos nosotros, en caravanas civilizadas, por tierras civilizadas, pero otra cosa es aventurarse en lugares donde los asaltos son continuos y hay que pagar peajes y tributos a cada legua recorrida. ¡No, señor! ¡Yo no pondría en peligro mi vida!

—Pero tal vez el riesgo sea inferior a las ganancias que podrían obtenerse comerciando en las tierras de Oriente, ¿no creéis?

—¡Bah! —el comerciante de especias hizo un gesto con la mano despreciando la idea—. ¿A quién le interesaría arriesgar la vida en parajes desconocidos con bestias extrañas, a merced de mil y un peligros? ¡A mi no, desde luego! Sólo los judíos se aventuran en tales empresas. Una vez me hablaron de una familia que se dedicaba a hacer la ruta que va hasta Persia. ¡Benditos locos!

Persia… A Aldo aquel nombre le sonó maravilloso igual que el nombre de Catay. Tal vez, en un futuro no muy lejano, se aventuraría a unirse a alguna caravana que lo llevara hacia el país de las gentes de los ojos rasgados, y después seguiría más allá, mucho más allá, hasta el fin de la tierra si hacía falta. Si, y quizás también osaría asomarse al acantilado que pone fin al mundo… Estando en esas cavilaciones, Aldo se vio sorprendido por el ruido del cuerno que Víktor Zichy hizo sonar para reemprender la marcha. Pero como aún tenía unos instantes antes de enganchar a su caballo, se acercó a Masika, que estaba dando unos huevos a su amigo Aubert. Tor olisqueó sus viejas sandalias y arrimó su cabeza al muslo del toscano para que le acariciara detrás de las orejas.

Ersbetta los observaba mientras apagaba los rescoldos del fuego de la noche y vio que Aldo entregaba algo a su hija.

Masika ya estaba sentada en el pescante cuando su madre se unió a ella.

—Mira, madre —le dijo la niña señalando hacia sus pies.

Ersbetta bajó su mirada y vio que unas magníficas botas de piel de conejo gris cubrían los pies de Masika. Sonrió satisfecha. Ambas pensaron a la vez en cómo corresponder a la generosidad de Aldo.

—Si estuviéramos en casa podríamos prepararle uno de tus magníficos pasteles de calabaza.

—Pero no estamos en casa, hija mía… Aún pasará un tiempo antes de regresar.

Masika hizo un mohín, resignada ante aquel viaje que aún no comprendía del todo. Tor, sentado en la parte de atrás de la carreta, apoyaba la cabeza en el portón observando a Aldo, que los seguía conduciendo su caballo. Ersbetta miró al frente y el aire helado la hizo estremecer. Su mente la llevó a Salföld, y su corazón encogió de repente al echar de menos su casa perdida, su bosque, sus animales. Añoraba tocar su lira mágica y llamar a la lluvia, añoraba el estante de su pequeña casa donde secaba las hojas del fresno que crecía en la entrada; los pájaros que acudían a recoger las migas de pan en su ventana. Ahora estaba en otro mundo y estaba abandonando la parte mágica de su ser. Sin su espacio, sin sus ritos, se sentía menos poderosa, más vulnerable y humana, como si de un momento a otro el peligro fuera a acecharla sin remedio.

En la noche, al acampar, Aldo se acercó a ellas cargado con un poco de leña para encender el fuego.

—Esta madera está bien seca… prenderá muy pronto.

Ersbetta, que acababa de soltar a sus gallinas e iba a dar de comer unas remolachas a la mula y al asno, le sonrió y le indicó dónde podía encender el fuego. Tor se sentó junto a él observando atento cómo el hombre golpeaba una piedra contra una pirita para encender la lumbre.

Cenaron col guisada con alubias, comieron ciruelas, bebieron vino especiado que había traído Aldo y acabaron las galletas de la prima Karin mientras Masika y Aubert parloteaban y reían mientras echaban ramas al fuego.

Cuando Aubert se retiró al campamento de sus padres y Masika entró en la tienda para dormir, Ersbetta empezó a recoger los cacharros de la cena. Aldo la miraba de reojo mientras tallaba con un pequeño cuchillo un pedazo de madera. Hacía días que no llevaba la capa con el broche de bronce, sino que llevaba una más usada, de tela más basta y común, atada simplemente con una fíbula. Con el pelo sin trenzar, suelto sobre su espalda, parecía más joven. Aldo siguió con la mirada sus pasos mientras se alejaba para lavar los cacharros en un pequeño balde con agua.

Cuando regresó a su lado, Aldo estaba bebiendo más vino y sus ojos se humedecían con la neblina que comenzaba a ocultar el campamento.

—Muchas gracias por el regalo que hiciste a mi hija —le dijo sentándose junto a él y calentándose las manos heladas acercándolas al fuego.

Él se las cogió, las frotó entre las suyas y se las llevó a los labios. Ella lo miró a los ojos y vio algunas sombras, pero el deseo que sentía las hizo desaparecer.

En lo alto de un peñasco cercano, una niña a caballo con la capucha de su capa cubriéndole casi todo el rostro, observaba la caravana que hacía noche en el claro. Al

amanecer buscaría a Ersbetta.

5

Ada Korály regresaba a su cabaña pensativa y preocupada. Muerte para ti, le habían dicho las voces de los difuntos, aunque ella no les había preguntado sobre sí misma sino sobre el herido que tenía en su casa. Empujó el portón y vio que el hombre estaba despierto, sentado junto al fuego, abrigado con una manta. El hurón dio un ágil salto y se encaramó a una de las vigas del techo desde donde oyó las palabras de Hans.

—Le agradezco la hospitalidad, señora.

Él sonrió lo más amablemente que pudo a pesar de su malestar y Ada observó su cabello pajizo largo hasta los hombros, sus labios resecos, su cara pálida y sus ojos enrojecidos. El fuego crepitaba a su lado y chisporroteó tres veces antes de que Ada hablara.

—En mi casa habéis encontrado cura para vuestras heridas, pero debéis emprender vuestro camino lo antes posible.

—Naturalmente, señora… —dijo él levantándose con dificultad de su asiento junto al fuego para acomodarse en el banco que había junto a la mesa.

—Puede llamarme Ada —La vieja puso un caldero lleno de agua al fuego y esperó a que hirviera.

—¿Y la niña que viajaba conmigo? —Hans imaginaba la respuesta, pero tenía que asegurarse.

—No sé de ninguna niña, señor. Milóvan os encontró en el camino romano y os trajo a mi casa. Eso es todo lo que sé —Ada echó en el caldero un trozo de hueso de cerdo—. Tampoco sé vuestro nombre.

—Mi nombre es Hans Smisza, señora. Soy médico cirujano.

Ada volteó la cabeza para mirarlo de nuevo. Un médico en casa de la vieja hechicera Ada Korály. Tenía gracia el asunto… Metió un gran repollo en el caldero con el agua hirviente y lo removió con una larga cuchara de madera.

—Veo que sois fuerte, señor Smisza, vuestra herida bien hubiera podido ser mortal.

Él hizo una mueca.

—Tuve mucha suerte de dar con vos. Aunque aún me siento algo mareado y me duele el costado…

—Necesitáis reposo, señor. Mis curas acabarán mañana al atardecer, y después debéis buscar alojamiento en el pueblo más cercano y descansar allí unos días hasta restableceros por completo.

—No creo que eso sea posible. He de continuar mi viaje.

La vieja, que ahora colocaba una jarra de vino sobre la mesa y cortaba un trozo de queso para Hans, encogió los hombros.

—Es vuestra decisión. Pero he de advertiros que el dolor os impedirá caminar o montar.

Ada Károly cortó un pedazo de queso, un kajmak típico de la región hecho a partir de la nata de la leche hervida, y dejó el cuchillo sobre la mesa. Mientras revolvía el repollo, el médico cogió el cuchillo por el mango y lo clavó en la mesa provocando un chasquido seco. Se levantó de forma brusca de su asiento y al hacerlo sintió una punzada de dolor que hizo que se llevara las manos al vendaje que mantenía fijo el emplasto que Ada le había colocado para sanar su herida.

Muerte para ti, habían dicho las voces.

—Tranquilizaos, Hans —dijo con la voz algo temblorosa mientras él volvía a sentarse aguantando el dolor en un gesto reprimido—. Si queréis puedo daros mi brebaje especial para que vuestro cuerpo recupere la fuerza que necesitáis.

—¿Y a qué esperas, vieja arpía?

Ella se dirigió al fondo de la cabaña y regresó con un cuenco cubierto con un paño viejo y deshilachado.

—Bebed y después tumbaos de nuevo en el lecho.

Él así lo hizo y en seguida quedó vencido por un sueño en el que volvía a ser un niño indefenso ante el avance de las terribles manos de su padre.

La vieja Korály retiró el cuenco de la mesa. Aún quedaba algo en el fondo de aquel líquido espeso y rojizo que había calmado la ira del hombre. El cuenco contenía unos ingredientes que hubieran espantado a más de uno: sangre humana y sangre de macho cabrío mezcladas con espliego, una hierba que sedaba los ánimos exaltados.

Muchos años atrás, Ada había conocido a alguien como Hans, alguien maldito con el mal de la sangre, maldito con aquella enfermedad que empalidecía su piel y retraía las encías y los labios al notar la falta de la linfa vital. Aquel desgraciado que había tenido que tratar había sido apartado de sus familiares y recluido en el pajar de la casa donde lo habían atado a un poste de madera para evitar que se lesionara o hiciera daño al que le traía el agua o la comida. Cuando Ada llegó, la luna estaba llena y el desgraciado aquel aulló como si de un lobo se tratara. Las fases de la luna afectan tanto a las cosechas como al carácter de las personas, por eso Ada decidió esperar y, en luna menguante, regresó junto al enfermo para tratar de expulsar los malos espíritus que pudieran estar rondándole. Nada funcionó, y tampoco los brebajes de angélica para alejar el mal, ni los conjuros más poderosos que había aprendido de su abuela. Ada recurrió a los espíritus difuntos y ellos le sugirieron que usara un remedio de sangre. Así lo hizo y funcionó. El brebaje hizo que aquel hombre recuperara el color y su rostro volviera a la normalidad. Su carácter mejoró y aunque abominaba del sol intenso, volvió a poder vivir junto a su familia. Ada reveló el contenido del brebaje a una hermana del enfermo y ésta fue la encargada de que siguiera tomándolo cada luna llena.

Así pues, el remedio parecía haber funcionado también con Hans, pero seguía siendo incómodo tenerlo en su casa. Si al menos tuviera visitas más a menudo el peligro se alejaría de ella, pero ahora en invierno a lo sumo tenía un par de consultas a la semana. Pensó que tal vez podría tenerlo sedado con matricaria y tilo; o si se ponía demasiado agresivo lo engañaría haciéndole tomar vedegambre o muérdago, plantas venenosas que lo harían retorcerse de dolor hasta morir. Si tenía que hacerlo lo haría, nada le impedía hacer el mal si su vida le iba en ello.

Sentada junto a la lumbre quemó unas hojas de mandrágora y muérdago en un caldero de hierro y musitó unas palabras de protección:

—En el nombre de Hécate… Pido apoyo y seguridad para que el mal no llegue hasta mí, para que el mal se aleje de mi casa. Envíame tu protección, diosa de la oscuridad, diosa de la magia y de la noche…

Ada echó más mandrágora en el caldero e hizo una ofrenda:

—Sacrificaré un perro negro como la noche para ti, Hécate, la que vaga por la tierra, la que vaga en la noche con su jauría de canes fantasmales. Mi ofrenda será en pago por tu protección, hija de las sombras y lo oscuro…

En los alrededores se desató un viento helado que trajo aullidos inesperados. Después se fundieron con el susurro perpetuo del bosque.

3. LA ESTRELLA

Samarkanda
último día del mes de Safar

Las calles nevadas de Samarkanda anunciaban a Al-Biruni que el viaje que emprendería al día siguiente estaría lleno de dificultades, incluso cabía la posibilidad de que el guía caravanero decidiera posponer la salida si el tiempo lo impedía. Samarkanda era bella en verano, pero ahora en invierno, no perdía nada de su esplendor. Estaba seguro que con el paso de los años y las sucesivas construcciones que se planeaban, sería considerada la ciudad más bella del mundo.

Caminó por la avenida principal y dejando atrás la ventisca se desvió por una calleja estrecha donde los artesanos unían sus oficios pared con pared. Eran puestos abigarrados, llenos de cerámicas, de grabados, de objetos de acero y latón decorados con filigranas artísticas.

Al-Biruni se detuvo ante un joven ceramista que decoraba un jarrón con un delicado dibujo que representaba a varios jinetes a caballo con una minuciosidad admirable, pero viéndose desplazado por el paso de un carro tirado por un burro esquelético, se hizo a un lado y continuó su camino pegado a la pared hasta que llegó a la tienda del comerciante oriental, al final de la calle. Empujó la pequeña portezuela de madera y bajó tres pequeños escalones para adentrarse en aquella pequeña tienda del barrio antiguo.

La luz de la mañana entraba por los dos ventanucos de la derecha donde los débiles rayos de sol se estiraban en finos hilos hasta alcanzar grandes pilas de hojas de papel recién traído de Catay. A su alrededor había estantes con punzones de diversos tamaños, tablillas de madera, pinceles de pelo de cabra, recipientes con tinta, plumas de pato y de cuervo, vitelas de piel de cabra y de cordero, pergaminos bastos y refinados y botes con cola blanca y espesa de olor penetrante. El ambiente de aquella tienda era muy particular, pues se mezclaba el aroma de la tinta, un aroma salado y fuerte, con el olor ácido mezcla de corteza y de paja que desprendía el papel recién hecho.

Al-Biruni avanzó hasta la trastienda donde Wang Wei fabricaba cálamos para escribir: Endurecía plumas de pato acercándolas al fuego y cuando la punta estaba a su gusto la cortaba en bisel dándole su característica forma.

—Buenas tardes, señor Wang —saludó con una respetuosa inclinación de cabeza.

El comerciante levantó la vista hacia él y esbozó una amplia sonrisa que se reflejó también en sus rasgados ojos. Puso sobre un pequeño taburete sus instrumentos de trabajo y sacudió su túnica de polvo y ceniza. Al hacerlo, la larga coleta de pelo blanco que le nacía detrás de la mitad de su cabeza afeitada, se sacudió de un lado a otro de su espalda.

—Dorood[xxix], Al-Biruni, ¿qué puedo ofrecerle hoy? —preguntó acariciando su largo bigote liso y cano. Wang Wei debía contar unos cuarenta años y arrastraba como una pesada losa la muerte de su esposa al dar a luz.

—Dorood-bar-to[xxx]… Necesito un cuaderno de hojas resistentes, de tamaño pequeño, para llevar en mi bolsa.

El comerciante tenía lo que necesitaba. Papel basto, duro, cortado a cuadrados, ligado con cuerda de cáñamo y dos pedazos de corteza de bambú a modo de cubierta.

—¿Deseáis algo más?

—También necesitaré un favor personal, si tenéis a bien.

—Estoy a vuestra disposición, âqâ.[xxxi]

—Me marcho de la ciudad por un tiempo y necesito que guardéis mis tratados. Cómo espero que comprendáis, no puedo llevarlos conmigo.

El comerciante asintió.

—Naturalmente. Tendré un arcón listo para llenarlo con vuestros estudios.

Al-Biruni tocó afectuosamente el hombro del comerciante y le dio las gracias.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, señor Wang. Ya perdí varios tratados en el terremoto que destruyó mi casa en Kath y no querría por nada del mundo perder éstos también.

—No os preocupéis, âqâ. En mi casa estarán seguros.

—¡Inshallah! —exclamó Al-Biruni alzando las manos al cielo y rogando porque así fuera—. Sabré recompensaros como merecéis.

Wang Wei le ofreció tomar una taza de té aromatizado con hojas secas de jazmín, y los dos hombres siguieron conversando al lado del fuego mientras en el exterior la ventisca daba paso a nuevos copos de nieve que cayeron sólo unos instantes.

—Que gran trabajo el vuestro, maestro Al-Biruni. Calcular las posiciones de las estrellas y los movimientos de los planetas debe ser apasionante además de complejo ¿no?

Al-Biruni sonrió ampliamente mostrando su perfecta y blanca dentadura.

—Nada es complicado cuando el estudio y la ciencia revelan las respuestas.

El comerciante dio un sorbo a su taza y continuó:

—Un día me dijisteis que es posible averiguar el destino de las personas tomando en cuenta la posición de los planetas. ¿Me diríais cual es mi destino?

Al-Biruni rió.

—Sólo Allah conoce el destino de los hombres, señor Wang. Pero en las estrellas está escrito el camino que han de recorrer.

—Así pues, ¿qué camino es el mío? —insistía Wang Wei.

Al-Biruni sonreía ante el interés del oriental.

—Debéis saber que los astros no son infalibles, y que está en vuestro corazón el tomar un camino u otro.

—Lo sé, lo sé, pero aún así, me gustaría saber qué dicen los astros acerca de mi vida. ¿Encontraré una nueva esposa antes de que sea demasiado viejo?

—No siempre es bueno conocer nuestro futuro…Los astros pueden sernos o no favorables, pero la voluntad y nuestro espíritu siempre deberían estar por encima. Si deseáis una esposa, salid a buscarla, acudid a una alcahueta si os es más cómodo…

—Aún así, no seáis ingrato, âqâ, y ¡decidme qué me deparan los astros! Ellos dirán si mi futura esposa me conviene o no… ¿Cómo casarme de nuevo sin la bendición de los cielos?

—Está bien, está bien —rió Al-Biruni—. Bien sabéis que sólo confecciono horóscopos para los nobles de la corte, pero como prueba de mi amistad, decidme qué día y a qué hora nacisteis y mañana os traeré el vuestro, si así os quedáis más tranquilo.

El comerciante sonrió complacido y despidió a Al-Biruni, que se alejó calle abajo. La ventisca amainaba.

El primo Halim y el tío Abdelilah de Navoi estaban sentados junto a Abu Nasr comiendo a carrillo tendido. Con los dedos de su mano derecha tomaban de su cuenco grandes pedazos de cordero con arroz y se los llevaban a la boca deprisa, como si no hubieran comido en varios días. Al lado de ellos, Al-Biruni y Muhammad compartían juntos aquella última cena en casa de Abu Nasr. Lilya se acercó a ellos y se inclinó para servirles más pan ácimo, así pudo ver con más detenimiento la prominente barriga de Halim, sus mejillas redondas y coloradas por el buen comer. La salsa del cordero había manchado su espeso bigote y no dudó en limpiarse con la manga de su túnica mientras su padre seguía comentando con Abu Nasr los pormenores de la boda con Lilya. Halim aceptó el paño que la joven le tendió para limpiarse y le dio las gracias para seguir comiendo. Tenía una voz aflautada que contrastaba con su porte rudo, y sus manos de dedos gordezuelos y uñas sucias eran torpes y grandes como sus pies. Lo oyó reír y lo odió, lo odió injustamente, pero es que era tan diferente a Al-Biruni… Lilya lloró en la cocina mientras colocaba unos pastelillos dulces en una bandeja. Sus lágrimas resbalaron hasta caer sobre la miel que endulzaba los postres y cuando éstos llegaron hasta la boca de Halim hicieron que sufriera un repentino ataque de tos.

Al-Biruni se retiró pronto para poder seguir trabajando en el horóscopo de Wang Wei. Estuvo con su vela encendida hasta bien entrada la noche y después durmió por última vez en el lecho de aquella casa del barrio antiguo de Samarkanda. En la habitación que compartía con su hermana, Lilya observaba la luna de aquella noche, la

última luna del mes de Safar, el mes en que los jinnis[xxxii] andan sueltos. Su hermana Noor dormía plácidamente con su respiración suave de niña, y no se percató de que Lilya preparaba un hatillo con algunas cosas. No se casaría con Halim de Navoi, no se entregaría a él ni sería la madre de sus hijos. Que Allah la perdonara, que su amado padre la perdonara, que su madre en el cielo la perdonara, pero no se casaría con el primo Halim. Cerró el hatillo y preparó la ropa que llevaría al día siguiente encima de un viejo taburete. Los nervios le impedían dormir, por eso se sentó junto a la ventana y mientras esperaba ver la primera luz del día recordó que era en esas horas cuando Allah está mirando al mundo. Observa las maldades que Satán arrojó sobre la tierra y él las retira y las limpia con su mano misericordiosa.

Lilya deseaba que el Misericordioso limpiara el pecado que iba a cometer, por esa razón permaneció despierta toda la noche, una noche oscura como su nombre[xxxiii]. Y antes de que despuntara el alba, antes de que los gallos cantaran, salió de su casa para no volver jamás.

2

Por el este, al amanecer, apareció la estrella de la mañana, Phosphorus[xxxiv]. Anunciaba un buen día y un buen tiempo. Al-Biruni se vistió, hizo sus oraciones tras la llamada del muecín y se dirigió a la casa de Wang Wei cargado con una pila de tratados y estudios de diferentes materias. Las calles empezaban a llenarse de carretas, de animales, de vendedores ambulantes. Todo era lento y pausado en esa hora temprana en que Samarkanda despertaba a un nuevo día y un nuevo mes, Rabi` Al-Awwal[xxxv].

—Aquí traigo mis tratados, señor Wang. Os los confío como mi mayor tesoro.

El señor Wang puso las palmas hacia arriba para recibir aquella maravillosa porción de ciencia que el magnífico cerebro de Al-Biruni había creado.

—¿Permitís que vea alguno, maestro?

El primero del montón fue desplegado ante los ojos del maravillado Wang Wei para mostrarle un catálogo de estrellas de las Manazil-Al-Qamar, las Casas de la Luna del zodíaco árabe. Ahí estaban las pequeñas (Turayya), la corona (Iklil), el vientre del pez (Ar-Risha), entre todas las del completo catálogo en el que había trabajado.

Al-Biruni sonreía complacido al ver la cara de admiración del señor Wang.

—¿Es cierto, como dicen, que algún día las estrellas caerán sobre nosotros destruyendo todo lo habido y por haber?

Al-Biruni quedó sorprendido ante tal pregunta.

—¿De dónde habéis sacado semejante idea?

—En mi aldea los ancianos hablaban del final de los tiempos como aquellos en que las estrellas empezarían a caer sobre la tierra y todo sería fuego y destrucción. Hablaban de la estrella de larga cola que aparece al menos una vez en cada generación, la estrella que vimos hace dos meses. Dicen que trae las desgracias, que un día traerá el fin del mundo…

Al-Biruni sonrió. Tendría que explicarle tantas cosas… pero no había tiempo.

—Aquí os traigo lo que os prometí, señor Wang —dijo introduciendo su mano dentro de la bolsa que llevaba colgando en costado.

—¡Gracias, âqâ! —exclamó con alborozo el comerciante al recibir el pergamino de su horóscopo— ¿Cómo os puedo agradecer este gesto tan amable?

Al-Biruni sonrió divertido.

—Es parte del pago por vuestra generosidad al guardar mis escritos durante el tiempo que permanezca fuera de Samarkanda.

Wang Wei desplegó el pergamino y vio dibujados en él los planetas que afectaban a su destino, vio números y diagramas y, al pie del documento, una explicación detallada de su carta astral dominada por al-mizan, el signo de la balanza.

—Todavía leo con algo de dificultad vuestra lengua, maestro Al-Biruni, pero con un poco de tiempo lograré entenderla por completo.

—Estoy seguro de ello, señor Wang. —Hizo una reverencia al estilo oriental y acabó diciendo—: Es hora de que me marche.

—¿Sería muy osado preguntar a donde viajáis?

—Salgo dentro de dos horas con la caravana que se dirige hacia Ispahán. —Al-Biruni suspiró—. Sólo espero que el viaje transcurra sin sobresaltos y que allí pueda retomar mis estudios con tranquilidad.

—El gran sabio Lao-Tsé dijo que un viaje de mil pasos comienza con un paso, así que debéis ser paciente porque los cambios en la vida suelen ser para bien.

—Así lo espero, señor Wang, pero también confío en regresar. Me gustaría acabar mis días en esta ciudad.

El comerciante asintió mientras se acercaba a una pequeña mesa. Abrió el cajón y de él sacó una pequeña caja de madera tallada con unas hermosas miniaturas chinas.

—Antes de marcharos, mi buen amigo, dejad que os haga un presente.

Al-Biruni vio como Wang Wei acariciaba la caja como si fuera un tesoro y después se la entregaba. Era ligera y despedía aroma de sándalo.

—Esta caja llegó a mis manos cuando vivía en mi aldea de Xinjian. Era aún un chiquillo que pasaba las horas junto a mi padre y mi tío ayudándoles a elaborar papel. Raspábamos las fibras de la corteza de la morera, las introducíamos en agua y las batíamos. La masa obtenida la mezclábamos con mucílago y la extendíamos de forma que quedara muy fina. Ya seca, pasábamos sobre aquella masa una plancha bien caliente y ya teníamos el resultado: un papel fino que utilizábamos tanto para la escritura como para la elaboración de nuestros farolillos y sombrillas.

“Pues bien, en una ocasión en que mi padre y mi tío me dejaron sólo batiendo fibras de corteza en la parte trasera del patio de nuestra casa, el cielo empezó a cambiar su color oscureciéndose y tomando un tono anaranjado. Seguí batiendo mirando al cielo maravillado sin darme cuenta de que tras de mí, Su Xun, el loco de la aldea, un muchacho enorme y corpulento que siempre llevaba a la espalda un fardo con cachivaches, balbuceaba como siempre para que le diera algún dulce.

“Entré en la casa y cogí de la cocina un pedazo de jiaozi, el budín que tanto nos gustaba a mi hermano y a mí. Al salir, el sol había desaparecido por completo y la oscuridad daba a Su Xun un aire fantasmal, parado junto al porche mirando el robo del sol.

“Oímos el murmullo de los vecinos, oímos los rezos de los que pensaban que llegaba el fin del mundo, y yo sufrí por mi madre y por mi hermano menor que estaban en el mercado de la ciudad; sufrí por mi padre y mi tío que estaban talando árboles. ¿Se los habría tragado también la noche?

“Empecé a temblar bajo aquella oscuridad, pues al mirar al cielo y al ver el círculo luminoso que había quedado rodeando el espacio donde estaba antes el sol, pensé que había llegado mi hora y que iba a morir. Pero Su Xun rodeó mi hombro y sentí cómo mis miedos se apaciguaban enseguida. El pedazo de budín se deshacía entre mis manos sudorosas y, al darme cuenta, se lo entregué, temblando. Lo oí reír con su risa extraña y se lo comió de un solo bocado.

“De pronto se hizo el silencio: Nadie gritaba, nadie hablaba, nadie respiraba, pues todos en la aldea estábamos esperando la muerte. Su Xun se arrodilló, miró al cielo, dijo unas palabras que no entendí y entonces fue cuando empezamos a oír un estruendo metálico, pues en el monasterio de la colina los monjes empezaron a hacer sonar los gongs para alejar a la oscuridad. Envalentonados por los monjes, algunos lugareños también hicieron sonar ollas y cucharas, incluso algunos lanzaron flechas al cielo.

“Fue entonces cuando el sol comenzó a aparecer débilmente bajo aquella sombra oscura en la que había estado. Me volví hacia Su Xun y vi las lágrimas que resbalaban por su cara blanquecina. Me arrodillé junto a él, junté mis manos, crucé mis dedos y musité una plegaria agradeciendo a Buda su misericordia. Al abrir los ojos, Su Xun había desaparecido pero había dejado a mi lado una de las pequeñas cajas que se pasaba el día tallando y pintando con hermosas miniaturas.

“Tiempo después, tras asistir al entierro del pobre Su Xun, quien necesitó una caja enorme para contener su desproporcionado cuerpo, recordé su regalo y lo saqué del arcón donde guardaba mis cosas de niño. Aquella era una noche sin luna y la oscuridad me recordó aquel día en que el sol fue robado. Abrí la caja y dejé que mis dedos acariciaran cada uno de los dibujos, cada una de las filigranas que también adornaban su interior. Al pasar por una de sus esquinas interiores pude oír el ruido de un resorte y me di cuenta de que en aquel pequeño cofre había un doble fondo. En él encontré un pergamino de aproximadamente un palmo de longitud. Su textura era singular, pues no era papel, ni vitela, sino papiro, el método usado por los egipcios para escribir. En él estaban dibujadas extrañas figuras con símbolos extraños también.

“Cuando perdí a mi familia a causa de las fiebres que asolaron mi aldea, me trasladé aquí, a Samarkanda, para emprender una nueva vida, y traje conmigo la caja del loco Su Xun. Como prueba de mi amistad quiero entregaros el pergamino que contiene. Tal vez podáis descifrar los símbolos aquí representados, pues yo he sido incapaz.

Al-Biruni observó cómo el comerciante abría la caja y sacaba de su interior el pequeño papiro y lo desenrollaba para mostrárselo. En efecto, era una ilustración curiosa. Además, en el reverso, sólo en tinta negra, podía encontrarse el dibujo de lo que parecía parte de un mapa y dos puntas de lo que quizás podría ser una estrella.

—Pero, no sé si debo aceptarlo… —dudó Al-Biruni.

—Tened buen viaje, maestro —le deseó Wang Wei sonriendo ampliamente sin hacer caso de sus palabras. Y, envolviendo el papiro en un pedazo de cuero, lo extendió hacia él.

Al-Biruni no pudo más que agradecer el regalo y abrazarlo afectuosamente.

—Salaam[xxxvi] —dijo Wang Wei con su peculiar acento

—Salaam alaikum —respondió Al-Biruni dando gracias a Allah por haberle regalado un amigo.

Los dos hombres caminaron hasta la puerta, y Al-Biruni recordó algo.

—He de pediros un último favor. Debéis entregar al primer correo de mañana esta carta.

El comerciante la cogió y la colocó sobre la mesa con mucho cuidado. En ella, Al-Biruni escribía a Alí Ibn Sina acerca de los hechos sucedidos en los últimos días, le hablaba de su viaje a Ispahán y le hacía partícipe de sus dudas y cavilaciones acerca de la posible influencia de los planetas en las enfermedades del cuerpo. La correspondencia con Ibn Sina era muy provechosa para Al-Biruni y esperaba retomarla en cuánto se hallara instalado en la nueva ciudad.

Los dos hombres salieron a la calle y se dejaron bañar con la luz intensa de aquella mañana. Se abrazaron de nuevo y se desearon prósperos futuros días.

La caravana que ya estaba lista a la entrada de la ciudad esperaba a los últimos en incorporarse a ella para partir. Al-Biruni y Muhammad ibn Miskawayh se instalaron casi al final, delante de unos boyeros y tras unos mercaderes de piedras preciosas, y esperaron a que dieran la señal de avance. Al-Biruni montaba un asno de color negro y llevaba las riendas de una mula parda, cargada con sus pertenencias y parte de las de Muhammad, quien montaba una mula blanca que a Al-Biruni le pareció muy vieja y que no resistiría el viaje hasta Bukhara. Ambos llevaban atadas al cinto sendas yambias, dagas que les ayudarían en caso de ataque.

Atrás quedaban las puertas de Samarkanda, la Ciudad Hermosa. Al-Biruni respiró hondo el aire fresco de aquella mañana soleada, pues ahora dejaba de ser el científico para ser el viajero, pero como le había dicho el señor Wang, un viaje de mil pasos comienza con un solo paso. Miró a Muhammad y su rostro sonriente le dio ánimos. Además, las escasas nubes indicaban que en los próximos días el tiempo sería benigno, así que tenía que fortalecer su ánimo.

Tras ellos, sobre ellos y la ciudad, el muecín llamaba al segundo rezo de la mañana y bañaba con su canto toda la ciudad: ¡Allâhu akbar! ¡Allah es el más grande!

3

La mujer del mercader de alfombras regañaba a su hijo Kareem por haber estirado la cola de uno de los camellos.

—¡Cuántas veces te he dicho que puede darte una coz en la cabeza! ¡Cuántas veces te lo tengo que repetir! —gritaba la mujer a su hijo de siete años zarandeándolo

por los hombros.

—Ya… ya… Deja en paz al niño, Jadiya.

—Pero Ibrahim…

El mercader, un robusto persa de unos cuarenta años que lucía una espesa barba oscura y cuyo nombre completo era Ibrahim ibn Hakim Ul-Haq, hizo un gesto vago con la mano, cansado de los reclamos de su esposa. Comprobó la fortaleza de la cuerda que unía a sus seis camellos y acomodó mejor la mercancía que éstos transportaban. Ibrahim pensaba vender en Ispahán sus maravillosas alfombras de nudo llenas de elaborados y hermosos dibujos tejidas con pelo de oveja y de camello. Con ellas conseguiría un buen dinero, pero el negocio de verdad pensaba hacerlo con dos alfombras que habían sido tejidas con hebras de seda e hilos de oro y estaban destinadas a cubrir los suelos del palacio del emir de la ciudad. Con esa venta, conseguiría dinero suficiente para poder vivir desahogado unos años.

Un enfurruñado Kareem se sentó sobre una piedra haciendo bolas con la escasa nieve que lo rodeaba. Las amasaba como panes y las lanzaba hacia atrás, una, dos, hasta tres pequeñas bolas de nieve lanzó, con tan mala suerte que una fue a dar en el pescuezo de un imán que en esos instantes iba a tomar su puesto en la caravana justo detrás de ellos y delante de unos comerciantes de piedras preciosas. Jadiya, harta de su hijo, lo cogió de una oreja y lo llevó a rastras hasta donde estaba el último de sus camellos. Lo ató a uno de sus fardos mientras Ibrahim se apresuraba en pedir disculpas al imán.

El joven que se acercaba a Kareem había observado la escena desde lejos. Al llegar a la altura del niño se compadeció de él dándole un dulce que llevaba en su bolsa de cuero.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Soy Kareem, hijo de Ibrahim Ul-Haq y no quiero irme de viaje —dijo con determinación y dando patadas al suelo, levantando nieve y barro.

El joven sonrió.

—Debes obedecer a tus padres, Kareem. Así no se enfadarán contigo.

Jadiya se acercó a ellos cargando un cesto lleno de provisiones para el camino. Su dulce voz sonó agradable al oído del recién llegado.

—Espero que mi muchacho no os haya molestado, joven.

Kareem resopló molesto porque su madre siempre tenía que culparle de todo lo malo que sucedía a su alrededor y siguió dando patadas al suelo.

—No os preocupéis —contestó el joven—. Sólo estábamos conversando un poco.

—¿Vais a viajar en la caravana o vendéis provisiones? —preguntó Jadiya mientras acomodaba las suyas en uno de los fardos atados en un flanco del camello.

El joven la ayudó a colocar unos paquetes en cuyo interior había verduras, arroz y hojas secas de té.

–Acabo de pagar mi pasaje y el guía me ha recomendado unirme a alguna familia durante el viaje.

Jadiya observó de arriba abajo a aquel muchacho que llevaba un impecable caftán y cubría sus hombros con un manto de piel gris. Su turbante tenía aspecto de nuevo y daba a su cabeza una forma algo achatada. No parecía tener más de quince años, sus ojos eran afables, del color de la almendra, y enmarcaban un agradable rostro que se desmerecía al mostrar una cicatriz que lo cruzaba de lado a lado.

El joven continuó hablando:

—Voy a reunirme con mi tío en Ispahán, pues mi padre quiere que me una a él en la construcción de la nueva mezquita.

Jadiya iba a decir algo, pero se contuvo al ver que su esposo se acercaba a ellos.

—Si mi esposo está de acuerdo puedes unirte a nosotros. No nos irá mal algo de ayuda. Pero, ¡aún no me has dicho tu nombre!

—Abu Yusuf —dijo con aplomo—. Mi nombre es Abu Yusuf, hijo de Nasr.

Unas horas antes, en la casa del barrio antiguo donde vivía la familia de Abu Nasr, Noor corría a la cocina esperando encontrar a su hermana preparando el desayuno. Pero el fuego no estaba encendido, ni había pan recién hecho en el horno, ni arroz hirviendo en la olla. Noor corrió hasta la alcoba de su padre pero se detuvo al verlo arrodillado haciendo sus oraciones.

Abu Nasr rogaba a Allah para que el viaje de Al-Biruni transcurriera sin problemas, en especial cuando cruzaran el desierto de Karakum. No hacía sino unos instantes que se había marchado tras regresar de casa del comerciante de papel y útiles de escritura. Cogió sus pocas pertenencias, abrazó a su maestro y le prometió una carta en cuánto llegara a Ispahán.

—Padre… —la vocecita de su hija Noor lo sacó de sus pensamientos. Se levantó de la alfombra y la cogió en sus brazos para oír que Lilya no estaba en la cocina.

Tampoco estaba en el patio, lavando ropa, ni los vecinos la habían visto ir en busca de los vendedores de frutas que se ponían al pie de la calle. En la mañana, a la hora en que Al-Biruni se había despedido, no la había visto en la casa, pero la supuso en el lavadero común o cogiendo leña en el patio de atrás. ¿A dónde podía haber ido Lilya y por qué no había regresado aún?

El primo Halim se levantó de su lecho y fue bostezando y rascando su enorme panza por todo el pasillo hasta llegar al salón, en donde esperaba ver a su padre y a su futuro suegro aguardando por él para desayunar. En aquella casa se comía bien, gracias a Allah, y su estómago ya rugía en espera del abundante desayuno que su futura esposa le estaría preparando. Llegó a la sala, pero no había teteras humeantes ni pastelillos ni zumo recién hecho. No había nadie esperando por él, por eso alzó sus espesas cejas asombrado y al asomarse por la ventana vio a su padre y a su tío Abu Nasr gesticulando, fuera de sí. Halim salió a la calle con su andar pesado y vacilante oyendo incrédulo cómo Abu Nasr gritaba que su hija mayor había desaparecido.

Dos mujeres camino del río cargadas con ropa sucia miraron con lástima a aquel enfurecido hombre al que cada vez se le unían más vecinos; cada uno de ellos aventurando dónde podía estar la joven Lilya. Pero Abu Nasr estaba seguro de que algo malo le había sucedido, por eso maldecía y se estiraba el caftán pensando que el último jinni del mes de Safar lo había maldecido. Y porque si no había boda, no recibiría los quinientos dinares que el primo Halim iba a entregarle como dote por su hija.

4

La caravana tomó rumbo a Bukhara siguiendo el río Zeravshan, que aún bajaba con pedazos de hielo que flotaban como pequeños diamantes al sol. El primer día de viaje, Al-Biruni y Muhammad apenas se relacionaron con nadie. El primero se limitó a caminar al lado de su mula y a pensar en los próximos trabajos que le gustaría emprender cuando llegara a Ispahán, como terminar su tratado del astrolabio y hacer un tratado de gemas y minerales. Muhammad, por su parte, a veces cantaba canciones tradicionales de su pueblo natal, y ese canto llevaba a Al-Biruni a desear que volviera la noche para recrearse en el cielo sereno y plagado de estrellas, en especial en las noches sin luna en que podía observar mayor cantidad. ¿Qué estaría haciendo en aquellos momentos Lilya, la hija de su maestro? Lo cierto era que desde aquel episodio en que el sueño se había mezclado con la realidad, los ojos de la muchacha se le aparecían en cualquier parte. Pero en unos días estaría casada con Halim de Navoi y no sería él, Abu Raihan Al-Biruni quien trastocaría su tranquila vida por una mujer.

—¿Todavía no has pensado en tomar esposa? —le preguntó Muhammad como si hubiera leído sus pensamientos.

—Por el momento, no —dijo encogiéndose de hombros. En aquellos momentos lo veía una posibilidad remota, pero añadió—: Abu Nasr me dijo que su primo Ahmed tiene dos hijas en edad de desposar.

—¡Oh, vaya! —exclamó Muhammad, satisfecho con la noticia—. ¡Mi camino a Ispahán ahora será más ligero!

—No estoy seguro de permanecer mucho tiempo allí —apuntó Al-Biruni—. Tal vez sólo me quedaré unos meses, pues desearía ir a visitar la ciudad de Al-Qahira, en Egipto.

Atardecía y se aproximaban a una minúscula aldea donde harían noche. De pronto, la mula de ibn Miskawayh se detuvo, resopló e hincó sus rodillas en el suelo del camino quedando desplomada y sin vida. Muhammad no lo podía creer.

—Te dije que era una mula muy vieja, amigo. Ya ves que no ha soportado ni un solo día de viaje.

Sin perder un instante, tuvieron que desatar el equipaje que cargaba la vieja mula y apartarla del camino. Después, con los boyeros que les seguían ya pisándoles los talones, cargaron una parte de los bultos a la mula de carga de Al-Biruni y el resto lo cargó el mismo Muhammad en su espalda. Cuando acamparan, comprarían otra mula a los aldeanos que esperaban con ansias nuevas monedas de los viajeros que pasaban por sus tierras.

El segundo día de viaje llegaron a Kattaqurghon. Ya se habían alejado unos treinta y seis farsajs[xxxvii] de Samarkanda y quedaban unos veinticinco para llegar a Bukhara. Al-Biruni tenía la esperanza de poder encontrarse allí con Alí ibn Sina, aunque los acontecimientos políticos bien podrían cambiar sus planes. Deseaba departir con él acerca de la última obra que éste había escrito, la "Causa del mantenimiento de la tierra en su lugar", y de la cual le había hablado largamente en su última carta. Pero de eso ya habían pasado más de dos meses y no había vuelto a saber nada de él. ¿Estaría en problemas su querido amigo?

No muy lejos de él, a unos cuantos pies de distancia y a sólo dos puestos delante en la caravana, Kareem, el hijo del mercader de alfombras, estaba encantado con el muchacho que se había unido a ellos en el viaje hasta Ispahán. En las noches, Yusuf le contaba historias antes de dormir y así la madre de Kareem dejaba de estar pendiente del niño para atender a su marido y darle friegas de ungüento para aliviar sus continuos dolores de espalda. En un principio, Ibrahim Ul-Haq había refunfuñado por la presencia de aquel muchacho, pero cuando recibió diez dinares por su protección, musitó por lo bajo y no volvió a decir nada.

En Samarkanda, el primo Halim iba a caballo buscando por las calles, preguntando por Lilya. Preguntó en el mercado, a los panaderos que paseaban su mercancía por las calles empedradas y a los vendedores de telas, pero nadie supo darle razón. Estaba confuso y malhumorado porque si no aparecía Lilya, su esperada boda no se realizaría y tendría que regresar a Navoi para ser objeto de burla de sus familiares y amigos, pues seguro que éstos no creerían que la novia había desaparecido, sino que pensarían que seguro había huido para no tener que soportar el peso de su enorme barriga.

En cuanto el sol empezó a esconderse tras la colina Afrasiab, trotó camino de la casa de su tío y, antes de llegar, entre unas jaulas de pollos y unas carretas cargadas de paja, unos cuántos hombres vociferaban en círculo amenazando y acusando.

—¡Ha sido él! ¡Seguro que ha sido él! —gritaban con grandes aspavientos dos hombres a quienes Halim reconoció como vecinos de Abu Nasr.

Su padre y su tío salieron enseguida de la casa y, alertados por los gritos, se acercaron al círculo abriéndose paso apartando brazos, haciéndose un hueco, hasta encontrarse con un desgraciado vagabundo que estaba tirado en el suelo sufriendo patadas y escupitajos.

—¡Él raptó a vuestra hija! ¿Qué vais a hacer con él?

Abu Nasr estaba aturdido. Pero, ¿cómo habían averiguado que aquel hombre se había llevado a su hija? Y, ¿dónde estaba ella? ¡Si lo mataban nunca encontrarían a Lilya! Estaba tan aturdido que no logró responder, y la multitud se apelotonó más en torno al vagabundo y sacó de la turba al afligido padre. Pero Halim aún estaba allí, dentro del círculo de exaltados que ahogaba al vagabundo, un viejo ermitaño que había decidido regresar a la civilización después de pasar muchos años habitando en las montañas. Se había marchado por abominar del género humano y, tras la calma y la paz que da la soledad, había decidido perdonar y regresar al mundo antes de morir. Quién lo había acusado en falso nunca lo sabría, pero su alma, rota de nuevo por la maldad de los hombres, huyó de su cuerpo antes de que alguien, con un madero corto y astillado, lo golpeara en la cabeza una y cien veces más.

5

La caravana se detuvo en Bukhara para recoger más viajeros y, aunque la mayoría permaneció en sus puestos durante todo el día, Al-Biruni y Muhammad dejaron sus mulas al cuidado de los boyeros que ocupaban el puesto anterior y se dirigieron al centro de la ciudad. Por el camino se cruzaron con varios ganaderos que llevaban al mercado hermosas ovejas karakul, cuya lana rizada roja, negra y blanca era muy apreciada en la región.

Tras las puertas abiertas, Bukhara bullía de actividad en aquel día en que el sol inundaba cada espacio, cada calle, cada casa. Pasaron junto al mausoleo de Ishmail, el fundador de la dinastía de los Samaníes y admiraron la cúpula que coronaba aquella hermosa construcción de ladrillo rojo construida cincuenta y siete años antes. Al-Biruni respiraba con gusto el ambiente de aquella ciudad donde muchos intelectuales vivían acogidos en la corte del sultán Abd-el-Malik, aunque la amenaza de Mahmud de Ghazna de tomar la ciudad había hecho que muchos abandonaran aquel hermoso lugar. Era por esa razón que se lamentaba por la suerte de tantos médicos, de tantos poetas, de tantos científicos que como él, huían de las guerras y de los conflictos para seguir sus vidas en paz. ¿Acaso algún día el poder entendería a la ciencia?

—Todo parece tranquilo —le dijo Muhammad señalando el bullicio normal de la ciudad.

—Aún así, el ataque del Ghaznawí es inminente, aunque espero que Ibn Sina aún no haya abandonado la ciudad.

Pero no era así. En la corte les dijeron que había partido hacía cinco días hacia Ispahán. Así pues, habían llegado demasiado tarde, pero por lo menos Ali ibn Sina se dirigía al mismo destino que Al-Biruni.

En un puesto callejero comieron finas tiras de cordero asadas acompañadas con pan fermentado y al acabar vieron cómo de un portal próximo un joven salía corriendo como si hubiera visto un jinni.

El dueño del puesto de comidas, un joven que no contaría más de quince años, como si ya supiera de qué iba la cosa, les dijo:

—Ahí vive el mago Abdallah Kartum. Seguro que ese desgraciado ha ido a consultarle y ha salido escamado.

—¿Abdallah Kartum? ¿El mago ciego que dicen cuenta cien años? —preguntó Muhammad.

—El mismo, conocido desde Samarkanda a Bagdad. ¿Más cordero, sidi[xxxviii]?

Al-Biruni negó con la cabeza y se dirigió hacia el portal de piedra de donde había salido aquel muchacho.

—¿No pensarás en visitar a ese mago? —le preguntó Muhammad, siguiéndolo después de pagar a toda prisa al muchacho—. ¡Debemos volver a la caravana!

—Sólo será un momento. Si no quieres, no tienes porqué acompañarme.

Pero Ibn Miskawayh sí le acompañó. Le siguió de mala gana caminando bajo una bóveda de piedra que les condujo a dos puertas de madera. Al-Biruni tocó la que quedaba a su izquierda y fueron recibidos por una vieja cubierta con un chador negro de aspecto muy usado. Al-Biruni le pidió ver al mago Abdallah y ella abrió del todo la puerta para que pasaran al interior. Mientras ellos entraban, la vieja los observaba admirada. El más alto parecía un erudito y estaba flacucho aunque no era feo. Pero el otro, con aquellos ojos de color de adobe y rostro apuesto sería la envidia de las amigas de su esposa, si es que la tenía.

Esperaron en una sala pequeña y oscura por la que se colaban finos rayos de sol repletos de polvo. Olía a incienso y a té de menta recién hecho.

—¿Qué quieres del mago? No me dirás que deseas que te averigüe el futuro… —le preguntó Muhammad a Al-Biruni.

La anciana irrumpió en la sala con una bandeja y unos cuencos de té y dijo:

—En unos momentos el mago Abdallah estará dispuesto a recibirlos, sidis —les dijo con su voz cascada mientras abría su mano derecha y la extendía hacia ellos para cobrarles la consulta.

En silencio, tomaron aquel té de extraño sabor que a Muhammad le provocó enseguida un fuerte dolor de cabeza. A Al-Biruni comenzaron a brillarle los ojos y las manos le temblaron ligeramente.

La tarde se empezaba a colar entre aquellos rayos de sol que entraban por la estrecha ventana, tomando un color anaranjado que cubría toda la ciudad. La luna se mostró y algunas nubes rojizas se acercaron a ella, sigilosas como los pasos de la vieja al acercarse a ellos y anunciarles que el mago estaba listo para un nueva consulta.

Al-Biruni entró en la habitación del fondo de la casa y traspasó unas cortinas de nudos de colores. Ahora el aroma del incienso era mucho más fuerte y el humo de los carbones que se quemaban en un rincón a su derecha hizo que sus ojos se irritaran, por esa razón en un principio no pudo ver con claridad al anciano que estaba sentado sobre unos almohadones en el suelo, cerca de un pequeño fuego encendido y con un gato de espeso y largo pelo blanco sobre sus rodillas. Avanzó unos pasos y vio que el mago Abdallah hacía un ademán con la mano izquierda indicándole que se sentara a su lado. Al-Biruni así lo hizo, presentándose cortésmente con su nombre completo: Abu Raihan Muhammad ibn Ahmed Al-Biruni, astrónomo, astrólogo, historiador, filósofo y matemático.

El mago volvió su rostro apergaminado hacia él y así Al-Biruni pudo ver sus ojos grises vacíos de luz que provocaban un extraño efecto, pues tenían el poder de parecer vivos.

—Lleváis buen equipaje, maestro Al-Biruni —dijo el mago mientras con gesto lento y pausado bebía del cuenco de té que tenía entre sus manos. Su dishdasha y su musarr[xxxix] blancos e impolutos y su barba larga hasta más allá de la cintura le daban un aire de santidad que el científico había visto muy pocas veces en su vida. El gato dormía en sus rodillas, casi invisible, pues su pelaje se confundía con la túnica de su amo.

—No entiendo a qué os referís, señor.

—Llamadme Abdallah, ése es mi nombre y así me gusta que me llamen.

Aquel anciano del que decían que contaba cien años sonrió mostrando una dentadura perfecta, asombrosa a su edad.

—Podéis serviros un cuenco de té, si así os parece.

Al-Biruni no podía negarse, pues hubiera sido descortés, así que se sirvió un poco alzando con cuidado la tetera.

—Veo que en vuestra bolsa lleváis algo especial que os ha traído hasta a mí. Reluce como la luna en el mar de Aral y su poder traspasa las fronteras de Persia.

Al-Biruni tomó un sorbo de aquel té de aroma peculiar y dulzón escuchando sorprendido las palabras del mago, unas palabras que se le antojaron un encantamiento. La habitación comenzó a dar vueltas mientras el rostro del anciano se movía de un lado al otro balanceante, con una sonrisa misteriosa que le impelía a marchar de aquel lugar. Trató de incorporarse pero lo único que logró fue derramar su té y desplomarse sobre la alfombra de tonos rojizos y ocres que lo acogió con un ruido sordo.

Muhammad, en la sala de la entrada, dormía profundamente estirado en el suelo. A su lado tenía un cuenco vacío de té.

En aquel callejón la tarde avanzaba aprisa, llenándolo de sombras.

6

Noor lloraba en la cocina, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y abrazándose a sí misma. Las tropas del sultán Mahmud llegaban junto a las murallas para entrar en la ciudad y todo era revuelo y confusión en tanto llegaban noticias de que Bukhara también iba a ser tomada. Su padre ya tenía todo listo para cerrar la casa y tomar rumbo a Ghazna para unirse a la corte del sultán. Aún estaba aturdido por la muerte de su hija Lilya a manos de aquel desgraciado vagabundo, pero al menos su primo Abdelilah y su hijo Halim se harían cargo de la pequeña Noor. Habían prometido llevarla a Navoi, y en cuánto cumpliera doce años se convertiría en esposa de Halim, quien decidió entregar una pequeña dote simbólica tratando de convencerse de que hacía un buen negocio, pues aunque tendría que esperar para tratar a la niña como esposa, por el momento podría ayudar a su madre en las labores de la casa y del campo. Sólo tenía que esperar seis años y entonces tendría una joven y bella esposa, tal y como había deseado hacía tiempo. De todos modos, si en ese lapso de tiempo se presentaba la oportunidad de un matrimonio con alguien de su conveniencia, no lo dejaría escapar, pero entonces Noor tendría que conformarse con ser la segunda esposa. Con esa idea en la cabeza que le dejó satisfecho, se despidió de su Abu Nasr y ayudó a Noor a subir al mismo caballo que hubiera llevado a Navoi a Lilya. Los ojos negros de la niña se cerraron para no ver cómo su padre le decía adiós desde la puerta de su casa.

Ahora Abu Nasr Mansur iba a emprender una nueva vida lejos de Samarkanda. Así era el designio que Allah había escrito para él, pues tal vez, sin obligaciones familiares, podría dedicarse con más ahínco a estudiar y a enseñar. De pie en la entrada de la casa esperaba impaciente la llegada de tres hombres que se unirían a él en la corte de Mahmud de Ghazna: El poeta Muhammad ibn Asjadi, el médico Farid Ziyad y el filósofo Abu Abdullah al-Jabir. Cuatro hombres de ciencia dejaban Samarkanda para continuar sus trabajos en la gran Ghazna, una ciudad rodeada de montañas que distaba ciento quince farsajs de Samarkanda.

Tendrían que atravesar las zonas montañosas y abruptas que comenzaban en Mazar-i-Sharif, atravesar varios pasos de montaña y cruzar bosques repletos de pinos y cedros hasta alcanzar Kabul, la Alta. Y un poco más al sur llegarían a la recóndita Ghazna, la que pronto sería conocida más allá de Persia, en el mundo entero, por ser la rica capital de un reino que el abuelo del sultán Mahmud, Alp Tigin, había hecho independiente, aún a costa de saquear otras ciudades y despojarlas de sus riquezas para llevarlas allí. Quizás también por esa razón ahora el sultán despojaba a Samarkanda de cuatro de sus sabios, cuatro de sus hombres de ciencia que ahora trabajarían en beneficio del gran Mahmud el Ghaznawí, el Invencible.

7

Al-Biruni despertó con un terrible dolor de cabeza. Se incorporó del suelo alfombrado y vio que el mago aún estaba ahí sentado, junto al fuego con su gato blanco, como si no hubiera pasado el tiempo. Se frotó las sienes confuso y vio cómo el anciano se levantaba de los almohadones sobre el suelo y que su altura era impresionante. El gato salió de la estancia con su andar majestuoso y se perdió tras la cortina de nudos.

El mago Abdallah tenía entre sus manos el papiro que Wang Wei había entregado a Al-Biruni como regalo de despedida, por lo que éste intentó avanzar hacia el mago molesto por el atrevimiento al abrir su bolsa, pero sus pies no le obedecieron. Un zumbido sordo empezó a llenar la habitación mientras el mago alzaba sus brazos y, moviendo ágilmente sus dedos, desplegaba por completo el papiro y observaba su contenido. Al-Biruni, inmóvil como estaba, pudo sentir la corriente de aire que no supo de dónde provenía pero que llenó de frío la habitación; una corriente que se desplazó de abajo a arriba moviendo los tapices de las paredes, provocando que los recipientes de cristal que había junto a la ventana tintinearan como campanillas. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

—Thoth el escriba pintó este papiro; veo sus huellas, huelo su presencia, oigo el latido acelerado de su corazón. —El mago hablaba con la mirada ciega apuntando al techo de la habitación, y su voz inducida por el trance en que se encontraba era ahora más joven y clara.

¿Thoth el escriba? Pero, ¿de qué hablaba aquel hombre?, pensaba Al-Biruni.

El incienso de la habitación mantenía en un estado místico al mago de Bukhara. No era la primera vez que era transportado con visiones hacia otros lugares, hacia otros mundos, otros tiempos.

—En las orillas del río más largo, donde crecen los juncos y moran las hienas, fue donde vivió el escriba más grande de todos los tiempos; allí fue donde empezó a transmitir a los hombres su sabiduría, allí fue donde éste pergamino fue creado…

"…Pero algo sucedió, algo sucedió que… —El mago mudó el tono de su voz y volvió a poseer la suya propia, vieja y algo ininteligible—. Los sacerdotes del templo… la sangre… el río desbordado…el abismo… ¡oh, el abismo!

De pronto, la corriente de aire cesó y la luz que entraba en la habitación disminuyó su intensidad para dejar el ambiente en penumbra.

—¡Nooooo! —gritó fuera de sí Abdallah—. ¡Fuera! ¡Vete de aquí! —Soltó el pergamino y se dio media vuelta tapándose los ojos con las manos. Su alta figura se encorvó y, de repente, pareció encoger.

Al-Biruni no podía creer en lo que estaba sucediendo. Se agachó para coger su papiro y sólo pensó en salir rápidamente de aquella habitación donde nunca debería de haber entrado. Pero antes de traspasar la cortina de nudos de colores, el mago le dijo lo siguiente:

—La respuesta a la pregunta que me ibais a hacer es no. Vuestro destino no está en Ispahán, vuestro destino es todavía incierto para mí pues este excepcional papiro nubla mi visión y quema mis manos. Pero lo seguiréis; lo seguiréis hasta allí donde él os lleve —El mago sufrió un repentino ataque de tos y se sentó de nuevo sobre sus almohadones—. Ahora marchaos de una vez. No debisteis de haber venido. —Abdallah parecía vencido, derrotado en algo que Al-Biruni no podía entender. Ahora parecía un viejo decrépito, un viejo que soportaba sobre sus hombros la carga de cien años de sufrimientos y misterios.

Al-Biruni salió bien confundido de aquella estancia y se dirigió rápido hacia la sala de espera, donde se encontró a Muhammad despertando de su sueño, bostezando y estirando sus miembros.

—¡Vamos Muhammad, salgamos de aquí! —Asió su brazo y le arrastró hacia el callejón.

La noche estaba a punto de caer y la luna casi cubierta de nubes acababa de tomar un color rojizo. Al-Biruni, tratando de no pensar en lo que acababa de suceder, caminando aprisa, pronosticó vientos al día siguiente, vientos fuertes y fríos que traerían lluvia a la ciudad. Muhammad, aún aturdido, rezongó por lo bajo y quitó su mirada de aquella luna rojiza que le ponía nervioso.

—¿Pero qué ha pasado allí adentro? ¿Qué te ha dicho el mago?

Al-Biruni no le respondió y le apremió a correr sin parar hasta el lugar donde estaba acampada la caravana, pero no encontraron a nadie ya. ¿Qué había ocurrido? Iban a hacer noche en Bukhara y salían de nuevo al amanecer. ¿Por qué se habían marchado antes de hora? En el suelo, delante de ellos, estaban los excrementos de los animales que habían estado allí, los restos de las fogatas y despojos de alimentos, pero nada más. Muhammad se llevó las manos a la cabeza sin entender, mirando hacia todos los lados, tratando de hallar alguna explicación para lo sucedido. Las nubes, arrastradas por el viento que empezó a soplar, dejaron que la luna iluminara mejor el paraje solitario donde se encontraban y así, unos pocos pies más allá, Muhammad divisó a sus tres mulas atadas junto a una palmera. Los dos hombres corrieron hacia ellas, confirmaron que eran las suyas y que su equipaje estaba intacto. Incluso la bolsa de monedas que Al-Biruni llevaba escondida en una pequeña alforja estaba intacta también.

—No comprendo qué puede haber sucedido —repetía una y otra vez desconcertado mientras empezaban a caer las primeras gotas de lluvia.

—Tal vez hubo algún problema y no pudieron esperarnos —aventuró Muhammad encogiéndose de hombros tratando de hallar alguna explicación.

Pero Al-Biruni estaba seguro de que había algo que se les escapaba. La lluvia y la noche les impedían seguir su camino tras el resto de viajeros, por lo que resolvieron volver a entrar en Bukhara antes de que cerraran las puertas de la ciudad. Aquella noche se alojarían en una hospedería y en la mañana resolverían qué hacer.

De nuevo en la ciudad y al pasar junto a dos panaderos que caminaban aprisa hacia su obrador, oyeron por casualidad que al día siguiente, al-sabt[xl], se reunirían con sus familias para comer el delicioso cordero que prepararía la esposa de uno de ellos.

—¿Al-Sabt? ¿Has oído eso, Al-Biruni? Llegamos a Bukhara en al-Jamis[xli]. ¿Hemos estado un día entero en casa de ese mago? ¡Por la misericordia de Allah! ¿Qué nos ha ocurrido?

4. EL CARRO

1

Los Balcanes

finales del mes de febrero de 999 d.C.

Hans Smisza se limpiaba las manos con un trapo viejo que había junto a un balde lleno de agua. Había empezado a llover, una lluvia fina y beneficiosa para los campos que rodeaban aquella casa solitaria cuyo tejado en parte desprendido dejaba entrar un pequeño reguero de gotas que se colaban por un rincón, descendían por la pared de adobe y recorrían el suelo de paja hasta llegar al cuerpo inerme de la vieja Korály.

Tiró el trapo al suelo y revolvió en los estantes de la casa, vació vasijas y ollas hasta que en una de ellas vio unas cuántas monedas de plata que se guardó con una sonrisa. Abrió la puerta y en su boca se dibujó una mueca de disgusto al ver que la lluvia había aumentado en intensidad y que era mal momento para irse, así que tendría que esperar unas horas; tal vez hasta el día siguiente.

Echó dos leños más al fuego y se sentó junto a él recordando el día del juicio de Ersbetta Tót, cuando la halló en la casa del padre Ladislav antes de ser declarada culpable de la muerte de Zsuzsanna Kóvacsne. Valiente tonta… Lo había desafiado a él, a Hans Smisza, a él que había sido expulsado del gremio de médicos de Pest por querer practicar la cirugía, pero también por haber abierto cadáveres en el camposanto de la ciudad. Qué poco habían sabido de él en Salföld, aquel mugriento pueblo que tuvo que abandonar a su suerte debido a la peste. Pocos de sus habitantes quedarían ya con vida después de que aquella terrible enfermedad les sorprendiera sin avisar.

Echó un leve vistazo a su derecha y vio que el cuerpo de la vieja se había movido un poco. Parpadeó asombrado y se acercó a ella para comprobar que no siguiera viva. Arrastró con sus botas briznas de paja sucias de sangre y se agachó ante el cuerpo de Ada Korály. Así como estaba, tumbada de lado, encogida sobre sí misma, parecía una niña dormida e indefensa, pero si uno se acercaba más veía la anciana que era, la mujer llena de fuerza que fue, pero desaparecida ahora. De su vestido de lana gris sobresalió una cabeza también gris que hizo que Hans pegara un brinco hacia atrás. Malditas ratas… Raudo se dirigió hacia la chimenea para coger un atizador con el que eliminar aquellas bestias, pero desaparecieron rápidamente por donde habían venido.

Aún con el atizador en la mano movió un poco a la vieja para asegurarse de que seguía muerta y volvió a su asiento junto al fuego oyendo el repiqueteo de la lluvia sobre la ventana. Nanya… Dónde estaría aquella condenada niña… Había tenido una oportunidad de oro al escapar cuando él había sido atacado y la había aprovechado, sí señor. Era una niña lista, no como el retrasado de su tío Otto. Pero tal vez algún día sus caminos volverían a encontrarse, no era imposible. Y en cuanto a aquella curandera que no había querido entregarle a su hija Masika, vería quién era Hans Smisza en cuánto se encontraran de nuevo. Tardaría más o menos, pero él algún día volvería a ver a Ersbetta Tót y ajustaría las cuentas que aún estaban pendientes.

Bajo uno de los leños apilados junto al fuego apareció una pequeña cabeza blanca, de graciosos bigotes. El médico la golpeó una sola vez. Una sola bastó para dar muerte al pequeño hurón de la vieja Korály.

2

El amanecer llegaba al valle con calma, tratando de despejar la bruma que ocultaba a los viajeros. Nanya avanzaba poco a poco desde el final de la caravana observando cómo enganchaban sus caballos, cómo replegaban su ganado. Nadie reparó en ella, en parte debido a la bruma y en parte debido al sueño y al cansancio que muchos acumulaban. Los viajes no eran fáciles, el camino era pesado y cada cuál iba a lo suyo. La pequeña, cuyos siete años ya estaban a punto de convertirse en ocho, siguió avanzando, buscando. Estaba cansada y hambrienta después de un día de camino sin llevarse nada a la boca, y aún así tenía que seguir buscando. Desde que había huido de Hans Smisza su único pensamiento era alcanzar la caravana, la que él había pretendido seguir para quién sabe qué siniestro fin. Pero ahora él estaba muerto y Ersbetta la podía ayudar.

Masika estaba tratando de sacar los hierbajos que se habían enredado en la lanuda melena de su perro.

—¿Por qué siempre andas metiéndote entre la maleza, Tor? —El perro la miró atisbando entre la enmarañada mata de pelo que cubría su cabeza. Se sacudió y llenó de polvo a la niña.

—Es inútil, hija mía —le dijo con los brazos en jarras—. Este perro lo que necesita es un buen baño en el río.

Tor alzó sus orejas entendiendo perfectamente el significado de la palabra baño y dándose media vuelta se alejó de ellas para poner distancia. Odiaba que lo lavaran en el río y siempre que lo hacían y a no ser que lo tuvieran amarrado a un árbol, corría a revolcarse en la tierra y en la hierba para sacarse de encima aquel desagradable olor que el agua y el jabón habían dejado en su cuerpo.

—¡Tor! ¡Ven aquí! —le gritó Masika viendo que se alejaba demasiado.

Nanya vio al perro y después vio a Masika, reconociéndola enseguida, así que con el corazón esperanzado dirigió a su caballo hacia ella.

—Masika…

Ella se quedó mirando a la recién llegada, sin reconocerla.

—¿Se te ofrece algo?

Ersbetta se acercó a ellas mientras la niebla se alzaba lentamente. Frunció el ceño sin poder creer lo que veía: La pequeña criada de Hans Smisza.

—¡Por todos los cielos, si eres Nanya! —La cogió de los hombros y se agachó a su nivel. La niña, que vio como su camino había llegado a su fin, la abrazó y empezó a llorar.

Aldo aprovechó aquel momento para subir a la carreta de Ersbetta. Revolvió entre los hatillos con ropa pero no encontró prendido el broche que buscaba. Estaría entonces bien guardado, pero, ¿dónde? A su alrededor sólo estaban las jaulas con las gallinas y sacos con víveres. ¿Dónde, dónde? Las manos le empezaron a sudar, más aún cuando pasó por delante un viajero que le saludó con la mano. Él le devolvió el saludo y siguió buscando entre los fardos alguna pequeña caja o un arcón donde pudiera estar la joya. Pero no encontraba nada y sin más tiempo que perder para no ser descubierto, saltó de la carreta, malhumorado y a la vez furioso consigo mismo al engancharse la capa en un travesaño. Estiró con cuidado, pero al no poder arrancar la tela sin romperla, volvió a subir y recorrió con las manos la madera hasta encontrar el reborde donde se había quedado enganchada. Y ahí, bajo un recorte de manta raída, encontró clavado un pequeño cofre de madera. Lo abrió con la avidez de los ladrones y encontró un pergamino lacrado y lo que buscaba: el broche. La joya desapareció entre sus dedos como si hubiera sido aire y saltó una vez más de la carreta a tiempo para subir a la suya. El cuerno de Víktor Zichy resonó en el valle tres veces. Todos volvían de nuevo a ponerse en marcha.

Tras atar el caballo a la parte de atrás, Masika, Nanya y Ersbetta se sentaron juntas en el pescante de la carreta. El camino se había hecho más estrecho y avanzaban muy despacio debido a la gran cantidad de piedras y guijarros que debido a los desprendimientos ocupaban gran parte de la ruta. Mordisqueando el pedazo de pan que Masika le había dado, Nanya les fue contando lo sucedido en Salföld cuando la peste empezó a recorrer los hogares de los vecinos desde la casa de Mikla Pekósky. Les contó también cómo huyeron ella y Hans hasta llegar a Pécs.

–Salimos de Pécs en pos de esta caravana. Él quería daros alcance.

—¿Cómo dices? —replicó Masika alarmada.

La niña asintió mirando al frente observando la ruta serpenteante que se adentraba en el corazón de las montañas.

—Pero Hans ha muerto —dijo con alivio—. Nos asaltaron en el camino y escapé con la esperanza de alcanzaros.

Ersbetta se mordió el labio inferior al oír aquellas palabras. Muerto… ¿Sería posible? Pero su corazón nervioso le decía que no había muerto, no aún. Se llevó una mano al pecho tratando de detener sus latidos. Aquel malvado seguía vivo en alguna parte y seguía sintiendo odio, mucho odio… Pero, ¿qué hubiera hecho si hubiera logrado alcanzar la caravana? El pergamino de su antepasado seguía actuando como un verdadero amuleto; y tal vez era eso lo que era: un talismán. Por el momento, las mantenía alejadas de aquel terrible hombre y por Diana, que fuera así durante mucho tiempo.

—Has sido muy valiente, Nanya —le dijo acariciándole el pelo—. Con nosotras estarás bien.

Masika las observaba de reojo, algo molesta por las atenciones que Nanya recibía por parte de su madre, las que ella ahora temía perder. Se bajó de un salto de la carreta y dijo que continuaría el camino andando, junto a Tor.

—¿A dónde vamos? —preguntó la pequeña recién llegada.

Un silbido cantarín hizo que Ersbetta mirara hacia atrás. Aldo la saludaba con la mano y le enviaba un beso por el aire. En la noche tendría que explicarle quién era Nanya y qué hacía allí; por el momento, le diría a la niña hacia dónde se dirigían y porqué.

3
Bukhara
mes de Rabi Al-Awwal

Muhammad ibn Miskawayh tiraba de las riendas de su mula con malos modos. Nunca sabrían qué era lo que aquel mago les había hecho en el transcurso de todo el día que permanecieron en su casa, aunque a ellos les pareciera sólo una hora. ¿Acaso les habría echado una maldición? ¿Acaso les habría introducido un jinni en el cuerpo? ¿Acaso…? Muhammad se estremeció. Era un muchacho tranquilo, amante de la ciencia y la filosofía, pero también sufría con las supersticiones aunque muchos las despreciaran. No hacía sino unos cuántos años que oyó decir que un hombre de la ciudad de Qarshi fue maldecido por una vieja vidente y murió a los pocos días sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo. Tal vez la sugestión había tenido que ver en su muerte, pero estaba claro que el poder de las maldiciones y los ensalmos era indiscutible sobre el espíritu de los hombres débiles.

—A este paso no les alcanzaremos nunca. Quizás deberíamos esperar a la siguiente caravana —le dijo a Al-Biruni, que iba unos pasos por delante de él.

—Allah nos ayudará, Muhammad. Si no hacemos pausas lograremos alcanzarles, y en el caso de que no fuera así, cuando lleguemos a Chärjew podríamos contratar a un guía para que nos ayude en el paso del desierto.

Ibn Miskawayh miró hacia el cielo azul brillante de aquel día en que el viento barría todas las nubes a su paso. La primavera estaba cerca, pero el invierno aún estaba en su corazón.

—¿Pero cómo ha podido ocurrirnos algo así? Siento que nada bueno puede salir de todo esto.

—Puedes volver a Bukhara, Muhammad, aún estás a tiempo. Después de todo sólo nos hemos alejado dos farsajs.

—Si dicen que la ciudad va a ser tomada, y si huí de Kabul para alejarme de la crueldad del emir, no haría menos con Mahmud el turco, cuya fama de desalmado rebasa las fronteras de Persia. —Volvió a golpear el flanco de su mula, molesto porque el animal se detenía—. Sigamos pues… Sólo espero que Allah sea compasivo con nosotros y nos permita llegar sanos y salvos a Ispahán.

—Que así sea, amigo, que así sea.

Avanzaron todo el día y en la noche se guiaron por el Al-Zuhara, el astro que señala el norte. Se detuvieron sólo un par de horas antes del amanecer para que las mulas descansaran y comieran algo, pero aún cansados y somnolientos continuaron esperanzados por alcanzar el último puesto de la caravana. En cada aldea preguntaban cuánto hacía del paso de los viajeros en ruta hacia Chärjew y, si no había contratiempos, los alcanzarían al día siguiente, probablemente a la altura de Karakul. En su camino casi no hablaban y trataban de guardar todas las fuerzas para sus pies. Sus mentes, eso sí, no dejaban de pensar en lo sucedido en la casa del mago. Al-Biruni, en uno de sus descansos, mientras Muhammad sacaba agua de un pozo, sacó el papiro que le había regalado el señor Wang y lo observó con detenimiento. Un papiro que según el mago Abdallah había sido creado por Thoth el Escriba… Un papiro que había asustado a aquel extraño hombre. ¿Por qué?

Mientras tanto, los boyeros que habían cuidado de sus mulas en su ausencia y que en vista de su desaparición las habían atado a una palmera a las afueras de Bukhara, comían su cena hablando de lo que les podía haber pasado a aquellos dos hombres. Uno de los boyeros, el de más edad, un viejo de brazos escuálidos y cuyos grandes ojos estaban cubiertos con una fina tela que le impedía una buena visión, se llevó a la boca un pedazo de pan y dijo:

—Que el Todopoderoso guíe sus pasos, pues seguro fueron asaltados, robados y tal vez, asesinados.

—¡Padre! ¿Qué estáis diciendo?

—Bien es sabido que en los suburbios de Bukhara vive gente de baja condición —El hombre le dio un trago a su odre de agua y continuó—: Seguramente Al-Biruni y su amigo se perdieron en las callejuelas del centro y ya no pudieron salir.

Los dos hijos del boyero se miraron y asintieron con expresión lastimosa, pero aún así no dejaron de comer de su escudilla y de cantar canciones de su tierra. Una sombra que había estado escuchando aquella conversación continuó su camino hacia el río a toda prisa.

Unos pocos pies más allá, la familia del mercader de alfombras extendía sus mantas para realizar la última oración del día. Kareem ya conocía buena parte del Corán y durante el viaje se pasaba horas recitando pasajes para entretener a su madre y a aquel muchacho, Yusuf, que siempre evitaba caminar al lado de Ibrahim y prefería la compañía de Jadiya. Lo cierto era que Yusuf se comportaba de una forma un tanto extraña, pues era muy escrupuloso con sus pertenencias y en ocasiones era demasiado solícito con Jadiya ayudándole en sus tareas. Por su parte, Ibrahim Ul-Haq andaba demasiado ocupado con los camellos malhumorados que cargaban su mercancía y en las cavilaciones de sus negocios como para andar preocupándose de aquel muchacho que se les había unido en el viaje hacia Ispahán.

Ah… Ispahán… De nuevo, después de cinco años, volvería a ver aquella maravillosa ciudad. Volvería a disfrutar de los maravillosos y floridos jardines que le daban alma perfumada a la ciudad. Volvería a admirar las magníficas casas de los grandes señores que comprarían sus alfombras, unas casas decoradas con azulejos de diversos colores tallados por artesanos llegados de diversas partes del reino; casas de bellos patios floridos con fuentes que brotaban de día y de noche. Tal vez algún día él poseería una de aquellas mansiones; tal vez si conseguía desprenderse de su alfombra especial…

En esas cavilaciones estaba el señor Ul-Haq mientras fumaba de su kalyan, su pipa de opio, que no se dio cuenta de que Yusuf regresaba al campamento con el semblante pálido. Se sentó junto al fuego, se tapó bien con sus mantas y allí sentado pasó toda la noche mientras el resto de los viajeros dormían. Sus ojos tristes se dirigieron hacia las estrellas y suplicaron a Allah por la suerte de Al-Biruni. Porque si Al-Biruni había abandonado la caravana, si había muerto, si no iba a volverlo a ver jamás, ya nada tenía sentido.

4

Aldo Tomassi pagó a regañadientes lo que una aldeana con joroba le pedía por dos grandes quesos y regresó al campamento junto a Ersbetta, Masika y la recién llegada, Nanya. Ya habían dejado atrás Niš y se dirigían rumbo a Sredets[xlii]. Allí esperaba vender más mercancía de la que llevaba en su carro si el guía caravanero decidía parar por lo menos un par de días junto a la ciudad. Por el contrario, la merma de su bolsa sería preocupante, pues en lo que llevaban de viaje apenas había ganado unas pocas monedas que enseguida desaparecían al comprar la comida a aquellos precios abusivos que ponían los aldeanos. Años atrás había hecho la misma ruta y no se encontró esa situación. ¿Qué ocurría en el mundo?

Si no hubiera existido su compromiso con Víktor Zichy de acompañar a Ersbetta hasta Constantinopla, quizás se hubiera quedado un tiempo en Belgrado, pero aquella mujer, sin querer, había trastocado sus planes, y también su bolsa. Desde su carreta, mientras envolvía los quesos en un paño, la observaba mientras limpiaba unos cacharros, tan bella, y pensó que bien había valido la pena haberla seguido; además, si escaseaba el dinero, siempre podría trocar cualquiera de sus cachivaches por comida para él o su caballo; una mujer como aquella valía más de lo que podría ganar en toda su vida.

Tras él, el guía caravanero, acompañado de uno de sus hombres, detuvo su caballo y bajó de un salto.

—Al parecer tenemos merodeadores en la zona, Tomassi —anunció Víktor Zichy cruzando los brazos sobre el pecho—. Tenemos que estar prevenidos ante un posible ataque.

El hombre que acompañaba al guía escupió en el suelo desde lo alto de su caballo y lo hizo avanzar un poco hacia delante para estar más cerca de Ersbetta, que ahora encendía el fuego a unos pocos pasos cerca de ellos mientras Nanya vigilaba a la mula, el asno y el caballo que bebían en el río. Aldo no perdía ojo de lo que hacía aquel hombre, sobretodo cuando bajó de su caballo y se acercó a ella con su andar de gallito peleón.

Víktor le aconsejó que vigilara su flanco y que, a ser posible, hiciera guardia de nuevo aquella noche junto con algunos de los hombres que lo precedían. Cualquier precaución era poca para la protección de las mercancías y de las personas que integraban la caravana. Se había barajado el cambiar de ruta, pero los caminos secundarios

estaban en muy mal estado y no era prudente. Sólo quedaba una opción: defenderse si eran atacados.

Antes de subir de nuevo a su caballo, Víktor acarició su largo bigote rojizo y sonrió levemente.

—Espero que tu amistad con la viudita te ayude de una vez a conseguir lo que quiero, Tomassi. —Subió al caballo y desde arriba le dijo ente risas—: ¡No vayas a olvidarte! —Y marchó espoleando a su animal. El hombre a su servicio vio que su patrón se marchaba y dejó la conversación para otro momento saliendo a toda prisa detrás de él.

Aldo se los quedó mirando mientras se alejaban. En uno de sus bolsillos tenía el broche que Ersbetta aún no había echado de menos, al menos eso pensaba.

—¿De qué hablabas con ese hombre, Bettina?

Ella vio los celos y el miedo en su mirada.

—Ha venido a cobrarme el pasaje de Nanya, tal y como había quedado con Zichy. —Se encogió de hombros y sonrió—. Sólo eso. ¿Temías que me estuviera molestando?

Masika y Aubert se acercaron precedidos por Tor, que apoyó sus patas delanteras sobre el pecho de Aldo ensuciando de barro su camisa. Nanya los observaba desde la orilla, triste porque ninguno de los dos niños le hacía mucho caso.

—¡Oh, pero que perro más malo! —se lamentó Masika persiguiendo a Tor tratando de cogerle la cola. Él perro se alejó de ella ladrando divertido mientras Aldo refunfuñaba en su lengua, sacudiéndose la ropa.

Aubert dejó unas ramas en el suelo y dijo que hoy cenaría con su familia, pues su madre no se encontraba bien de salud.

—¿Qué le ocurre, Aubert?

—Tiene calentura y escalofríos. Además dice que le duelen todos los huesos del cuerpo.

Ersbetta pidió a Nanya que vigilara el fuego y fue con el niño hasta el campamento de su familia. Tor echó a correr hacia ella en cuanto la vio alejarse y esperó fuera cuando entró en la tienda donde la señora Weintgartner se refugiaba entre unas mantas. Era una mujerona de anchos hombros con unos cabellos casi blancos de tan rubios y una tez pálida alimentada por el resfriado.

—Tu hijo me ha dicho que estabas enferma, Frida.

—Así es. Esta tarde me he sentido peor que hace unos días, por eso prefiero quedarme aquí abrigada junto al fuego.

—Te he traído unas hierbas que te harán sentir mejor. ¿Quieres que las prepare?

Frida Weintgartner trató de esbozar una ligera sonrisa.

—Mi esposo puede hacerlo; no ha de tardar. Pero de todos modos te agradezco mucho el interés.

La curandera dejó sobre unos bultos unas ramitas de hinojo y de matricaria para sacar del cuerpo la mucosidad y calmar la fiebre mientras oía hablar a Frida.

—No te había dicho que tu hija es un encanto de niña, ¿verdad? —Tosió varias veces, pero continuó diciendo—: Es una buena influencia para nuestro hijo, pues antes de conocerla era un niño malcarado y arrogante. Si no hubiera sufrido tanto dolor en su parto, ¡diría que no es hijo mío!

Ersbetta sonrió, pero Aubert frunció el ceño y salió de la tienda para esperar a su padre.

—Por cierto, ¿quién es esa niña que se os ha unido en el viaje?

—Es una historia larga, Frida, mejor te la cuento en otro momento; ¿estás segura de que no quieres que te prepare las hierbas?

Aubert, a la entrada de la tienda, dibujaba formas extrañas en el suelo arcilloso mientras Tor olisqueaba la tormenta que se acercaba por el este. Los asnos que pastaban cerca de él movían sus orejas, señal de que la lluvia estaba cerca.

El sol ya se ponía tras aquellas escarpadas montañas cuando Ersbetta, seguida de Tor, emprendió el regreso a su campamento. En el cielo se dibujó un relámpago y en un instante un rayo cayó sobre un árbol, incendiándolo. Se acercaba algún peligro.

Bordeó el río sorteando los numerosos guijarros y sintiendo los raros efluvios que emanaban de aquellos abruptos montes que tenía que atravesar. Abundaban los pinos, los abetos, los enebros; los jabalíes tenían sus madrigueras cerca y sus crías peligraban si se acercaban demasiado a los caravaneros: su carne era deliciosa para la cena. De pronto oyó gritos y relinches de caballos. Caminó más aprisa y vio antorchas encendidas que se movían de un lado a otro; vio varios hombres a caballo que alzaban sus espadas y se dirigían contra los viajeros que se disponían a descansar tras una dura jornada de viaje.

Todo fueron gritos y fuego y se vio envuelta en la confusión de personas y animales que iban de un lado para otro. Tor ladraba al aire, nervioso y pegado a los talones de su ama, que alcanzó su carreta y vio que Masika colocaba una cuerda en torno al cuello de la mula y el asno para alejarlos de allí.

—¡Madre! ¡Aprisa!

Nanya cargó con la jaula de las gallinas y se alejó estirando las riendas de su caballo mientras Ersbetta cogía un saco de víveres. Aún tuvo tiempo de buscar en el escondite de su carreta para sacar el pequeño cofre donde guardaba el broche de la princesa y el salvoconducto del arzobispo. Con el saco lleno tras su espalda vio a otras mujeres correr hacia el bosque mientras sus esposos e hijos trataban de defender lo que era suyo.

Los bandidos magiares, que sumaban unos seis hombres a caballo, incendiaron algunas tiendas y una carreta en unos minutos que fueron horas para los viajeros. Uno de los bandidos lanzó una cuerda terminada en lazo y agarró del cuello a una muchacha que corría camino del río para intentar apagar el incendio de su carreta. Ella sintió la soga que la ahogaba y cayó hacia atrás agarrándola con sus manos. El bandido la arrastró hasta el bosque y allí desaparecieron los dos. Otro de los salteadores se enfrentó al padre de la muchacha, que gritaba tras ellos. Lo derribó golpeando su cabeza con una maza para seguir al galope rodeando la zona en busca de otra mujer que raptar. Alertados, Víktor Zichy y sus hombres alcanzaron al galope el flanco de la caravana que estaba siendo atacado. Sobre ellos, la tormenta descargaba rayos enfurecidos.

Aldo y otros tres hombres resistían los ataques de los bandidos con las dagas y los puñales de que disponían. Por fortuna, Zichy y sus hombres disponían de grandes espadas, y los poderosos pechos de sus caballos les permitieron abalanzarse con fuerza y repeler a aquellos bandidos que huyeron al ver cómo dos de sus hombres morían bajo aquellas enormes armas del mejor acero. Aún así, habían conseguido llevarse otra mujer más, una muchacha de quince años, la hija de uno de los comerciantes de especias. Su madre corría de un lado a otro gritando su nombre mientras su padre caía al suelo de rodillas, derrotado, sabiendo lo que le esperaba a su pobre hija. Su hermano, el mismo que había hablado a Aldo acerca de la peligrosidad de las caravanas hacia Asia, se lamentaba clamando al cielo.

Aldo gritaba pidiendo ayuda para los que habían resultado heridos de gravedad y uno de los hombres de Zichy dirigió su caballo hacia él mientras dos hombres más traían antorchas encendidas que mostraron la sangre que se había derramado.

Ersbetta y las niñas sólo se habían alejado un poco del lugar del ataque; habían estado agazapadas tras unos matojos al pie de la colina junto a otras mujeres. Cuando cesaron los gritos y oyeron los cascos de los caballos alejarse, supieron que todo había acabado. Ersbetta pidió a las niñas que se quedaran donde estaban hasta que fuera seguro salir y se dirigió al llano donde Aldo y los hombres de Zichy juntaban a los muertos y se ocupaban de los heridos.

Por dos de ellos no había nada qué hacer salvo esperar su muerte. Víktor Zichy la observó arrodillarse para revisar a una mujer herida junto a Aldo, que la alumbraba con su tea.

—Tomassi…estás sangrando —dijo Víktor, y Ersbetta vio preocupada cómo un hilillo de sangre resbalaba por su sien.

—No tiene importancia, Bettina, iré a la carreta en busca de paños y traeré a las niñas.

Algunas mujeres se unieron para encender una fogata y calentar agua mientras uno de los hombres del guía corría a pedir al resto de la caravana que no se movieran del campamento. Ordenó también que se doblaran las guardias de aquella noche. Víktor Zichy, por su parte, se enfrentaba a los hombres que habían perdido a sus hijas a manos de los bandidos. Le exigían la vuelta del importe del pasaje zarandeándole las solapas de su capa con los ojos llenos de rabia por lo sucedido. Él dejaba que desahogaran su cólera, pues nada más podían hacer; buscar a las jóvenes hubiera sido inútil a la vez que arriesgado en plena noche, con tormenta y en unas montañas en que las leyendas sombrías se hacían realidad.

Los ocupantes del segundo puesto de la caravana, los dos misioneros romanos, se llegaron junto a ellos, puesto que tenían experiencia en esas lides. Ayudados por Aldo, agruparon a los heridos bajo una lona improvisada que los protegería de la lluvia intensa que comenzó a caer y junto con Ersbetta, tomaron las riendas de sus cuidados, pues eran los únicos con conocimientos.

Eran en total dos mujeres con quemaduras, una joven con una torcedura y tres hombres heridos de gravedad: uno de ellos era el padre de Aubert, que regresando de la espesura a donde había ido a cazar liebres, se había unido al grupo de Aldo en defensa de las mujeres que estaban siendo raptadas. La joven de la torcedura, al oír los lamentos de dolor de los otros heridos, sufrió un ataque de histeria que sólo fue calmado por una dura bofetada de Ersbetta. La muchacha calló de repente con la mejilla enrojecida y los ojos llenos de lágrimas.

—No hay tiempo para remilgos, muchacha —le dijo—. Vendaremos tu tobillo y te irás con los tuyos.

La muchacha obedeció sin rechistar mientras Ersbetta pedía a Masika que le aplicara ungüento para torceduras y le vendara el pie bien fuerte. Ella tenía que atender al padre de Aubert, pues tenía una fea herida en la pierna que corría riesgo de infectarse.

Uno de los misioneros oraba en voz baja mientras el otro colocaba paños fríos en la frente del herido. Cuando Ersbetta se unió a ellos, la lluvia arreciaba.

—Esta herida está infectada —dijo señalando un profundo corte en su pierna derecha—. Me temo que… —El misionero la miró haciendo una mueca de resignación.

Ella asintió posando su mano en la frente sudorosa de aquel desgraciado, que si bien no moría seguro que iba a perder la pierna. El señor Weintgartner, que acababa de tomar la infusión de adormidera que le había proporcionado uno de los misioneros, empezó a balbucear frases incoherentes hasta que cayó en los brazos del sueño.

—Tenemos que avisar a su familia —dijo pensando en la pobre de Frida.

Mientras Nanya trataba con poco tino de cambiar el paño que cubría la cabeza de otro de los heridos, oyó que éste emitía un largo suspiro. Dejó lo que estaba haciendo y vio que sus ojos estaban quietos, con las pupilas fijas y sin vida. Así había encontrado ella a su madre, en su casa de Salföld, con los ojos muertos y la piel fría. Desde la muerte de su padre, las dos no habían conocido más que pobreza, hambre, muerte y miseria, por eso Nanya agradeció que su madre se fuera en un día agradable de verano, un día claro y sin nubes en que la fortuna les trajo comida abundante para disfrutar en el último día de su vida… La niña reprimió el nudo de su garganta y avisó a Ersbetta.

Aldo, por su parte, se desesperaba al oír los quejidos de las dos mujeres con quemaduras en sus brazos y piernas.

—Hojas de menta —le pidió. Era lo único disponible en los alrededores que les podía servir para aliviarlas un poco, aunque la cura ideal hubiera consistido en semillas de fenogreco molidas y mezcladas con agua fría. Formaban un emplasto de propiedades cicatrizantes que ayudaba a curar de forma rápida las quemaduras.

Frida y Aubert llegaron corriendo en cuánto les llegó el aviso de que el señor Weintgartner estaba malherido.

—¡Markus! ¡Markus! —la mujer se arrodilló junto a él mientras su hijo, en pie, luchaba por reprimir las lágrimas.

Ersbetta levantó del suelo a Frida, la cogió de las manos y las notó muy calientes. Su frente sudorosa y su rostro enrojecido indicaban que aún tenía calentura, pero hubiera sido inútil decirle que se cuidara cuando estaba a punto de perder a su marido.

Pasó la noche y llegó el amanecer. Uno de los misioneros examinó la herida de Markus y dijo:

—Esto no me gusta nada —Con las dos manos presionó el borde inflamado y rojizo de la herida y todos pudieron oír un crujido extraño; además, se veía claramente cómo la infección había avanzado por toda la pierna.

—Los dedos de los pies se le están volviendo amarillos; y de ahí a que se vuelvan negros sólo es cuestión de tiempo; y no mucho.

Frida se abalanzó hacia su marido posando su cabeza en su pecho y gimiendo.

—Hacemos lo que podemos por él, Frida —le dijo agachándose junto a ella—. Pero has de prepararte para lo peor.

Víktor Zichy entró en la tienda con el rostro empapado, pues la lluvia continuaba. Viendo el panorama que les esperaba, no tenía más remedio que detener la caravana hasta que los heridos pudieran continuar el viaje. Aún se hallaban lejos de la ciudad, así que no había más remedio que tomarse las cosas con calma.

—Veo que os manejáis bien con los heridos, señora Tót…

Ella levantó la vista hacia él sin decir nada.

—Una señora como vos no debería rebajarse con estos asuntos, más aún habiendo hombres capacitados —continuó diciendo el guía señalando a los misioneros.

Ersbetta reprimió su lengua y enjuagó con fuerza un lienzo ensangrentado. Aldo acudió en su ayuda:

—Toda ayuda es necesaria aquí, Víktor —dijo palmeándole la espalda—. Cuanto antes estén restablecidos estos viajeros, antes reemprenderemos la marcha, ¿no crees?

El guía se rascó la barba.

—Varios pasajeros del principio de la caravana están impacientes por seguir el camino. Temen que si nos quedamos aquí mucho tiempo, regresen los salteadores…

—Todos deseamos abandonar cuánto antes estos montes, señor Zichy —dijo una desconsolada Frida—. ¿No pretenderéis abandonarnos aquí con nuestros heridos, verdad?

El jefe de la aldea más cercana, la misma donde Aldo había adquirido los últimos víveres, entró en la tienda sacudiendo sus largos cabellos mojados. Era un hombretón ancho de espaldas y de rostro moreno cuyos ojos algo extraviados delataban alguna carencia en su intelecto.

—Desseamos ayudarles en lo possible —dijo arrastrando las eses en un peculiar acento—. Mi aldea puede proporcionarles más víveres, lienzos o leña sssseca.

Víktor Zichy vio el cielo abierto. Si el señor Weintgartner moría también, serían dos las familias que tendría a su cargo hasta llegar a Sredets, así rezaban las normas, y malditas las ganas que tenía de ello. En cambio, si los aldeanos se ofrecían a acogerlos hasta que la caravana emprendiera el viaje de vuelta, un mes o dos después, todo sería más fácil. Llevó a un aparte al jefe de la aldea, llamado Valki, y le habló acerca de ello.

No tuvieron que esperar mucho tiempo para llevar a cabo los planes del guía, apenas unas horas, cuando el sol apuntaba hacia el mediodía. Tor comenzó a aullar, sentado sobre sus patas traseras, señal de que Hécate, la reina de la muerte, estaba cerca. En aquellas condiciones, con el frío que se colaba en la tienda en aquel día tormentoso y los precarios cuidados, nada más había que esperar.

Aubert sufrió la muerte de su padre ante sus ojos incrédulos. En la pierna herida se acumulaban unas ampollas de feo aspecto, y bajo su pantorrilla se acumulaba un líquido de mal olor. El herido sudaba y deliraba, alargando sus manos hacia el frente como si alguien le esperara más allá. La infección de su herida había ganado la batalla y nada más se podía hacer por él. Los misioneros habían sugerido la amputación de la pierna afectada, pero Frida se negó en rotundo a ello, presa del dolor y la confusión. De todos modos, nunca supieron si Markus Weintgartner hubiera sobrevivido a la amputación de su miembro, ni si los misioneros hubieran sabido llevar a cabo aquella operación que sólo en una ocasión habían tenido oportunidad de ver en las tierras de los turcos. Aubert se abrazó a su madre y lloró porque no sabía qué sería de ellos sin su amado padre.

Valki entregó a Ersbetta lienzos para los entierros. Lo acompañaban dos ancianas de la aldea que traían pan recién hecho y leche para las dos mujeres con quemaduras y el herido varón que quedaba vivo. La lluvia fue clemente, pues se detuvo y permitió que los muertos fueran enterrados sin que los lienzos que los cubrían se empaparan. No podían velarlos ni esperar más tiempo para evitar que les contagiaran enfermedades; además, la muerte tenía que ser alejada de allí lo antes posible para ahuyentar su sombra funesta. Frida y la otra viuda no cesaban de lamentarse y llorar mientras veían cómo los cuerpos de sus esposos desaparecían bajo la tierra. Sufrían también por no poder celebrar un buen entierro… pero más sufrían por quedar solas en un mundo de hombres.

Cuando terminaron de echar tierra sobre los cuerpos, Frida se desmayó y un aguacero repentino cayó sobre todos ellos. Aldo la cargó entre sus brazos y la protegió bajo la tienda de los heridos. La fiebre la consumía y su plan de seguir el camino uniéndose a Ersbetta tuvo que abandonarse. Víktor Zichy respiró aliviado, pero en aquella noche sufrió como todos el grito molesto de los búhos que sentían la muerte rondando cerca.

Al día siguiente, las dos familias huérfanas del cabeza de familia fueron recibidas por los escasos habitantes de la aldea capitaneada por Valki. En las puertas de las casas habían colgado ristras de cebollas para alejar las pestes.

Supieron que Valki era soltero y que ofreció su casa a Frida con la esperanza de hacerla su esposa antes de que tomara la caravana de regreso. Aubert, roto de dolor por la muerte de su padre, entristecido por la separación de Masika y Ersbetta, se negó a comer en muchos días hasta que cayó enfermo y tuvo que ser atendido junto con su madre, que había contraído un mal que le dificultaba la respiración. Viviendo con el jefe de la aldea, pronto supieron que era llamado Valki el Loco, y supieron también que se acercaban tiempos difíciles para ellos.

5

Karakul, día de al-ahad [xliii]
finales del mes de Rabi Al-Awwal

El mercader de alfombras se dirigía a hacer las abluciones antes de los rezos de la mañana. Había despertado optimista y silbaba una melodía que había oído en alguno de sus muchos viajes. El mercader tenía un secreto y ése secreto finalmente lo haría rico, estaba seguro. Pero los secretos y las riquezas no siempre van de la mano, así que tenía que ser prudente como lo había sido hasta ahora, aunque le costara esfuerzo, aunque a veces quisiera gritar al mundo que él poseía una alfombra especial, una alfombra como pocas había en el mundo: una alfombra voladora. Sí, Ibrahim Ul-Haq poseía una de aquellas rarezas que además había conseguido por muy poco dinero en uno de sus viajes a Peshawar.

Resultó que estando en casa del dueño de un taller de alfombras con quien solía tratar, Nawaz Noon, vio en un rincón, junto a madejas de lana y recipientes con tinturas, una alfombra que parecía fabricada con papel. Mientras su proveedor acababa de atender a otro cliente, la sostuvo entre sus manos observando los finos y extraños dibujos de diversos colores que la decoraban y así pudo percibir la extraña hechura, las capas unidas entre sí con una sustancia gomosa, haciéndola flexible y suave. Nawaz Noon se acercó, lo invitó a sentarse y comenzaron los tratos de la compra. Pero antes, Ibrahim tenía algo que decir:

—Esa alfombra que tenéis en el rincón…

El dueño del taller se acarició la barba mirando hacia donde le indicaba Ibrahim.

—Es una vieja alfombra sin valor…aquí tengo algo que os podrá interesar mucho más.

—Es una rareza, ¿no es cierto? Una alfombra hecha de papel…

Los ojos del señor Noon parecieron brillar de forma repentina.

—Sois un buen cliente y os considero amigo también, pero esa alfombra no está a la venta.

—Bueno, en realidad… Sólo estaba curioseando. No creo que ese género pueda venderse…

El señor Noon no insistió, pues no debía ni podía forzar aquella venta. Si la alfombra salía de su taller, tenía que ser por la propia voluntad del cliente.

En aquella ocasión, el señor Ul-Haq tenía que adquirir más cantidad de alfombras de la habitual debido a que no pensaba regresar a Peshawar por lo menos en un par de años, así que debía de aprovechar bien el viaje y llevarse buena mercancía. Sentados sobre una alfombra de pelo de oveja regatearon durante dos horas. El señor Noon iba sirviéndole taza tras taza de té mientras le iba mostrando alfombras y tapices. Dos horas era tiempo suficiente para una buena negociación, así que Ul-Haq hizo un gesto con la cabeza e introdujo sus dedos en la bolsa que llevaba atada al cinto. Fue contando las monedas una por una y las fue colocando ante Noon. Pero en su cabeza, el tacto de aquella alfombra de papel lo distraía en la cuenta, así que se decidió.

—¿Por cuánto me ofrecéis esa alfombra? La del rincón…

El señor Noon dejó de contar las monedas y alzó su rostro, sorprendido.

—No está a la venta, ya os lo he dicho…

—Está en la tienda, junto al resto del género. Todo tiene un precio…

El vendedor se encogió de hombros.

—Tal vez por doce dinares podría…pero no sé si estaréis interesado.

—Claro que lo estoy, pero no vale tanto ¿os parecen bien seis dinares?

—Que sean nueve y cerramos el trato.

Los dos hombres sonrieron, en especial Ul-Haq, que no entendía cómo acababa de hacer la compra más absurda de su vida y aún salía satisfecho.

Cuando se alejó calleja abajo cargado con su mercancía, envuelto en la arena suspendida en el ambiente, no vio cómo el señor Noon lo observaba en la ventana, satisfecho, sonriente, como liberado de una carga.

Al regresar a Samarkanda, a su casa del barrio antiguo junto a la mezquita, no pudo dejar de guardarla en un sitio secreto para admirarla en las noches cuando su esposa y su hijo dormían. Hasta entonces nunca la había mostrado a ningún cliente, sin saber bien porqué razón. Pero llega un día en que lo oculto sale a la luz, y ese día fue el que Ul-Haq escogió para visitar al comerciante oriental de papel y útiles de escritura, el señor Wang Wei.

—Buenos días, âqâ Ul-Haq —saludó el comerciante con una inclinación respetuosa de cabeza.

Él respondió el saludo y fue enumerando las cosas que necesitaba comprar. Cuando Wang Wei puso sobre la mesa su muestrario de papel y pudo sentir en sus manos diferentes texturas, recordó su alfombra especial y se le ocurrió preguntar:

—Maestro Wei, ¿habéis visto en alguna ocasión una alfombra confeccionada con papel?

El comerciante sonrió como sólo él sabía hacerlo, con una mezcla de amabilidad, simpatía y perplejidad.

—Sólo las alfombras voladoras se confeccionan con papel, âqâ.

Ibrahim se puso pálido.

—¿Alfombras voladoras habéis dicho? ¿Acaso existe algo así en el mundo? ¿No son leyendas?

—¡Oh, âqâ! ¡Os sorprenderíais de las cosas maravillosas que nos rodean sin darnos apenas cuenta!

—¿Pero acaso habéis visto alguna? ¿La habéis visto volar?

—No, âqâ. Pero sé que es en la región del Tíbet cerca de la ciudad de Lhasa donde las confeccionan artesanos exclusivos. —Las manos de dedos largos y ágiles del hombre se movieron en el aire para explicarse mejor—. Unen capas de papel de arroz con gelatina haciéndolas flexibles como juncos y fuertes como un nudo. Después las introducen en hornos con grasa de yak y las dejan secar mientras se realizan las oraciones pertinentes que sólo los iniciados conocen.

—Me asombran vuestras palabras, maestro Wei. Pero decidme, ¿cualquiera puede hacerlas volar?

Wang Wei negó con la cabeza.

—Como os he dicho, los artesanos emiten plegarias especiales para dotar de poder a lo que hasta entonces sólo era un objeto inanimado. Y, además, dibujan en ella símbolos que refuerzan ese poder.

Ul-Haq recordó entonces los intrincados dibujos y extraños símbolos que poseía su alfombra. Wang Wei prosiguió:

—Según tengo entendido, para volar en ella se necesita adoptar la figura del loto y así guardar el equilibrio perfecto que requiere el vuelo en esa maravillosa estera digna de magos.

Ul-Haq estaba realmente admirado. Entonces era cierto, ¡poseía una alfombra voladora!

Pero Wang Wei vino a sacarle de su entusiasmo.

—Pero he de preveniros, amigo Ul-Haq —dijo el señor Wang con preocupación sospechando a qué venían las preguntas de su cliente—. Si alguna vez llega a vuestras manos una de esas alfombras, debéis deshaceros de ella lo antes posible, pues está escrito que serán escasos sus días en las casas de los hombres, pues el infortunio persigue a los objetos mágicos.

Ibrahim tragó saliva. El infortunio… Si miraba hacia atrás en el tiempo, desde que tenía la alfombra, su mujer había perdido dos hijos en su vientre y su amado padre había muerto despeñado en un barranco. ¿La alfombra habría traído esas desgracias a su familia?

El señor Wang observaba atentamente al mercader de alfombras.

—¿Acaso ha llegado una alfombra mágica a vuestras manos, âqâ Ul-Haq?

—No, no —negó el mercader, nervioso. Y tras pagar lo que había comprado, se dispuso a salir rápidamente de la tienda. Antes de que cerrara la puerta tras de sí, oyó que el señor Wang lo llamaba:

—Olvidáis vuestra compra —Y cogiendo el paquete del mostrador se lo tendió a Ul-Haq, no sin antes continuar diciendo:

—Si alguna vez llega a vuestras manos una de esas esteras poderosas, debéis de saber que no podéis venderla, os la han de comprar. Si la ofrecéis, si la mostráis como una vulgar mercancía, vuestra alma quedará atrapada como un genio en una lámpara, vuestra mente enloquecerá y vuestro cuerpo no os obedecerá jamás. —El

comerciante cruzó los brazos sobre el pecho, observando con atención a su cliente, que sostenía su paquete con un leve temblor—. De todos modos, âqâ, si lográis que alguien compre la alfombra, grandes riquezas vendrán a vuestra casa; tal vez en forma de oro, tal vez en forma de plata, pero la riqueza entrará por vuestra puerta a la vez que algo en vuestra vida se perderá.

Ul-Haq tragó saliva, le dio las gracias y salió a la calle sin poder evitar que un nudo se formara en su estómago.

A partir del momento en que el comerciante supo qué era en realidad aquella alfombra que le había llamado la atención en el taller de Peshawar, sólo pensó en las riquezas que le aportaría, pero las advertencias del señor Wang le amargaban el carácter y le corroían el pensamiento.

Sentado junto al fuego cerca de Karakul, observando el cielo cubierto de aquella húmeda noche del comienzo de la primavera y oyendo la flauta de un músico cercano, aspiró una bocanada de su kalyan recordando las palabras de aquel maldito oriental: "Si la ofrecéis, si la mostráis, vuestra alma quedará atrapada como un genio en una lámpara, vuestra mente enloquecerá y vuestro cuerpo no os obedecerá jamás…"

6

Los Balcanes, ciudad de Niš
primera semana de Marzo

No fue difícil robar un caballo percherón de una de las primeras granjas que encontró en el camino. Tampoco lo fue el robar algunas ropas tendidas, ni distraer a un mendigo ciego para quitarle algunas de las monedas que tenía en su escudilla. Llegó hasta las puertas de la ciudad de Niš y entró confundido entre soldados, campesinos, boyeros y juglares. En la puerta de la iglesia, Hans se detuvo a cavilar en la conveniencia de seguir tras los pasos de Ersbetta o instalarse allí mismo y seguir con su vida. Pensó en que bien podía retomar su oficio de médico, pues en Niš nadie sabía quién era ni qué problemas había tenido en Pest. Además, sus investigaciones habían quedado en un punto muerto desde su marcha de Salföld y deseaba seguirlas, volver a estudiar e indagar acerca de los humores del cuerpo humano, acerca de los procesos que llevan al envejecimiento y a la enfermedad. Los días de su convalecencia en casa de la vieja Korály le habían dado muchas horas para pensar, para alimentar en su interior en loco deseo de llegar a ser dios y dominar la muerte.

Sentado sobre unos fríos escalones de piedra y oyendo las campanas llamar a misa, decidió buscar una casa pequeña para alquilarla y colgar en su entrada el cartel que diría "Hans Smisza, médico".

Los fieles iban entrando al templo cristiano y tuvo que apartarse. Su caballo lo siguió dócilmente, pero aquel movimiento hizo que pasara bruscamente de la zona de sombra donde se encontraba a exponerse por completo a los rayos del sol que acababa de salir tras una mañana por completo nublada. Sintió el dolor en su nuca, las náuseas en su estómago, y no tuvo más remedio que cubrirse la cabeza con la capucha de su capa e introducirse rápidamente en una pequeña calleja sombría. Estaba claro que no hubiera resistido seguir a Ersbetta en aquel loco viaje hacia las tierras de Egipto. A medida que avanzaba hacia el sur el sol era más fuerte, así que tal vez no hubiera podido llegar vivo, y no era eso lo que quería. Él quería ser inmortal.

Se dirigió a las afueras y siguió las señas que le indicaron para encontrar un lugar que se alquilaba por un precio razonable. Era una casa de piedra y madera con un sótano perfecto para sus experimentos. El dueño, un barbudo de barriga rebosante oriundo de Pécs, se mostró encantado de que un médico se instalara allí, pues el cobro de la renta estaba garantizado.

—Podéis habitar la casa ahora mismo si queréis. Mi esposa vendrá en unos momentos para encenderos el fuego e indicaros dónde está cada cosa. —El señor Babûsnica carraspeó y se frotó la barbilla, esperando el pago de la renta por adelantado, inquieto ante la extraña mirada de aquel recién llegado.

Hans sacó de su bolsa la mitad de las monedas que había robado al mendigo y se las entregó.

—Mi buen señor —dijo con amabilidad—, fui asaltado en el camino y apenas me han quedado unas monedas con las que poder comer unos días. —El señor Babûsnica cruzó los brazos sobre el pecho y puso cara de pocos amigos—. Sólo puedo adelantarlos la mitad de la renta, pero tened por seguro que a final de semana os entregaré el restante, pues a partir de mañana pienso recibir pacientes —Hans dibujó la mejor de sus sonrisas—. ¿Quedamos de acuerdo entonces?

El señor Babûsnica aceptó el trato y se alejó calle abajo esquivando el lanzamiento de aguas menores de una vecina. Dobló dos callejuelas más y entró en una pequeña iglesia colocándose en uno de los últimos bancos junto a una anciana cubierta con una pañoleta. El padre Râska, con su potente y grave voz, tenía atemorizados a sus feligreses con sus revelaciones, pues les advertía de grandes males y grandes disgustos para la humanidad; males para todos aquellos pecadores que no se habían lavado en la sangre de Cristo. Pero ése día dijo algo que quedó para siempre en la memoria de los que le escuchaban. Alzó las manos hacia la bóveda de la iglesia y su voz reverberó en cada rincón mientras los parroquianos miraban azorados al suelo, atemorizados y avergonzados por ser la deshonra de la humanidad.

—Temblaréis como hojas, porque el fin se acerca… Gemiréis como perros hambrientos y suplicaréis clemencia y misericordia el día en que Nuestro Señor decida separar a los justos de los injustos… Y ése día está cerca, tan cerca como lo estáis los unos de los otros.

Se oyó un murmullo que llenó la iglesia de lo que el sacerdote creyó irrespetuosidad.

—¡Silencio! —exclamó—. Creedme, pecadores, creedme que el fin está muy cerca y que el Cristo regresará para pedir cuentas a cada uno de vosotros —Hizo una pausa en la que nadie pareció respirar y acabó diciendo—: –Ahora id en paz, pero recordad que las riquezas de la tierra no os servirán en la otra vida; que vuestras posesiones, vuestras tierras, vuestro ganado, de nada os servirán allí donde iréis. Porque todo será destruido por la gloria de Nuestro Señor. Todo perecerá y todo renacerá de nuevo.

El señor Babûsnica salió de la iglesia con un nudo en el estómago. Si bien era cierto que el padre Râska ya estaba viejo y tal vez desvariaba en su senectud, no por ello dejaba de estar en contacto directo con Dios. A él le gustaban el dinero y el juego y también disfrutaba de mujeres que no eran la suya, así que estaba en el punto de mira de la ira de Dios. Cerca ya de su casa, el aroma del pollo que guisaba su esposa hizo que su estómago se quejara por tenerlo abandonado tanto rato. Se encogió de hombros despejando sus tétricos pensamientos y empujó la puerta. Sobre la mesa, el guisado humeante y una gran jarra de vino le esperaban. Arrancó un muslo jugoso y se lo llevó a la boca disfrutándolo como nunca antes. Si el fin del mundo llegaba, si tenía que pagar por sus muchos pecados, que lo encontrara con el estómago satisfecho.

7

Los días siguientes fueron los peores en todo el viaje para Masika, pues echaba de menos a Aubert y se lamentaba de haberlos dejado en aquella aldea.

—Confiemos en que estén bien, hija —le decía sin mucho convencimiento.

Cerca de Leskovac dos carretas rompieron sus ejes y volcaron la carga que llevaban. Dos mulas se hirieron en las patas y una tuvo que ser sacrificada ante la desesperación de su dueño. Y por si fuera poco, se encontraron con varios hombres colgados de las ramas de un gran castaño.

—No miréis —pidió Ersbetta a las niñas. Pero ella no pudo evitar hacerlo cuando pasaron a la altura de aquellos desgraciados.

Una de aquellas tardes, ella y las niñas se sentaron junto a Aldo, que acababa de dar de comer a los animales. Hirvieron gachas y asaron unas tiras de tocino entreverado con unas cebollas y Nanya, tras aquella deliciosa comida, comenzó a cantar con una melodiosa voz que sorprendió a todos; incluso algunos viajeros próximos a ellos detuvieron sus quehaceres para oír aquella maravillosa melodía.

—¡Nanya! ¡Que extraordinaria voz tienes! —Ersbetta miró a Aldo y éste sonrió también asombrado ante aquella niña callada de pelo rojo que se les había unido en el viaje. Nanya dibujó una dulce sonrisa en su cara mientras Masika hacía una mueca de fastidio, celosa de las atenciones de Aldo y de su madre con ella.

Aquella noche, los que tenían dolores de espalda, los que tenían llagas en los pies, los que padecían de dolores de muelas, durmieron plácidamente sin sentir sus males y sus sueños fueron hermosos y plácidos.

Cuando las niñas se durmieron, Ersbetta se acurrucó junto a Aldo. Tenía que hablarle, tenía que contarle tantas cosas de su vida…

—No sé cómo empezar, Aldo.

—Empieza por el principio, Bettina.

Ella habló casi hasta el amanecer. Le dijo que no iban a Constantinopla en busca de su hermano. Le habló de Salföld, de sus problemas con la Iglesia y de Hans Smisza; del delicado parto de Zsuzsanna Kovácsne y de su encierro en aquel frío calabozo. Le habló de su juicio, de la hoguera que encendieron para ella y la salvación que supuso la llegada de los caballeros del príncipe István. Después le contó la curación de Gizella y el sorprendente encuentro con el obispo de Rávena, que encauzó el camino que ahora estaba realizando. Le habló del pergamino de su antepasado y de la lira mágica. Le habló de los malos augurios de Gerbert d' Aurillac anunciando el final de los tiempos y le habló de su búsqueda: Un Libro.

Los ojos de Aldo brillaban reflejando la lumbre encendida. Llevaba el cabello suelto y a Ersbetta le pareció más hermoso que nunca.

—Ahora ya sabes todo de mí. Tal vez no quieras saber nada más.

De repente, el la besó, con fuerza y con desesperación. Cómo iba a despreciarla si la amaba, si deseaba estar con ella hasta el fin de sus días. Qué le importaba que fuera una curandera y que hubiera sido acusada de una muerte. Qué le importaba a él, que entre sus brazos sintió de nuevo como si la mamma Chianti hubiera regresado para decirle mio bambino, caro mio…

8
Chärjew
último día del mes de Rabi Al-Awwal

Al-Biruni desenrolló su sedjadeh y se dispuso a orar mirando hacia La Meca. Agradecía al Altísimo la fortuna de haber podido alcanzar sin contratiempos la caravana en el caravansar de Chärjew, la última ciudad antes de enfrentarse al desierto. Muhammad había llevado las mulas a un establo cercano y después irían a la sala principal para comer un poco.

El caravansar era un gran recinto bullicioso donde los viajeros tomaban un baño, compraban víveres, reponían las herraduras de sus animales, curaban sus heridas y reparaban su calzado; también vendían, hacían negocios y podían asistir al culto en la mezquita. Muhammad, en su regreso a la cámara abovedada que les hospedaría las siguientes noches, se cruzó con peregrinos que querían llegar a la Ciudad Santa y con varios mercaderes de seda que la transportaban en camello hasta Siria para allí cambiarla por mercancías occidentales; muchos de ellos formaban parte de la caravana que había partido desde Samarkanda, otros provenían de Bukhara y otros se unían desde poblaciones cercanas. Entre aquella multitud se cruzó con los boyeros que avanzaban tras ellos en la caravana. Asombrados por encontrarse de nuevo, no pudieron dejar de preguntar acerca de lo sucedido en Bukhara cuando no regresaron para seguir la marcha con el resto de viajeros.

—¿Os robaron, señor? —preguntó el anciano.

—Es una historia larga de contar… Pero aquí estamos, finalmente.

Se despidieron con un apretón de manos y Muhammad siguió caminando por aquel gran patio en cuyo alrededor se encontraban, bajo bóvedas circulares, los aposentos para los viajeros y las cámaras acondicionadas como establos para los animales. El frío de aquellos últimos días quedaba velado en el caravansar, repleto y bendecido por el persistente sol del mediodía. Abrumaban los olores del ir y venir de hombres, algunas mujeres cubiertas de pies a cabeza con sus abaayas y khimars se afanaban en regresar a su aposento cargadas con víveres; los camellos y los dromedarios eran conducidos hasta los establos por sus dueños, al igual que las mulas, los asnos y los caballos que, cansados del viaje, reclamaban su descanso protestando tras sus amos. El suelo alfombrado de paja estaba repleto de excrementos que los empleados del caravansar se afanaban a limpiar entre gruñidos, pues su tarea era vana.

Muhammad llegó al pequeño aposento que ocupaban, cuya entrada ya había cubierto Al-Biruni con una alfombra, y esperó a que su amigo terminara sus oraciones. Siempre había admirado la devoción de Al-Biruni, su total entrega al Más Grande en quien ponía casi todas sus esperanzas. Él, por el contrario, en muchas ocasiones sólo realizaba dos, la de la mañana y la de la noche. No creía que Allah le fuera a reprender por ello; tenía muchas más cosas de qué preocuparse.

—¿Podemos ir a comer? —preguntó Muhammad al ver que Al-Biruni se levantaba de la alfombra. La zabiba, la marca de su frente, se distinguía aún más ahora que acaba de postrarse una y otra vez sobre su alfombra. La de él apenas se veía entre su maraña de pelo y el turbante, que siempre se colocaba bajo, junto a las pobladas cejas.

—¡Claro! Ahora mismo vamos.

Mientras cruzaban aquel amplio patio, Al-Biruni se dio cuenta de que su amigo andaba algo pensativo y Al-Biruni le dio unos golpecitos en el hombro.

—No pienses que la devoción me acerca más al Profeta, amigo.

Muhammad lo miró interrogante, pues no entendía a qué se refería.

—Cada hombre nace con una fe diferente, y la mía, desde que contemplo el cosmos, desde que enumero las estrellas y trato de comprender los fenómenos atmosféricos, se ha vuelto más persistente —Al-Biruni se detuvo—. Es algo difícil de explicar, pero así me sucede, amigo. Me admira la belleza y la complejidad que nos rodea y no puedo más que caer rendido ante la generosidad de Allah, que creó todo cuánto nos rodea.

—¡Alhamdulillah![xliv] —contestó Muhammad sonriendo.

A unos pocos pasos, un camello se quejaba de los tirones que el sirviente de su amo daba a sus riendas para obligarlo a levantarse. Harto de él, gruñó una vez más, mostró sus largos dientes amarillentos y se giró para morderlo, con tan mala fortuna que cuando el sirviente lo esquivó, Muhammad pasaba junto al muchacho y se llevó la dentellada del animal.

—¡Auch! ¡Por todos los jinnis! —Exclamó llevándose la mano derecha al brazo contrario. Su herida pronto empezó a sangrar con virulencia manchando su túnica y su abrigo.

—¡Perdonadme, sidi, perdonadme! —clamaba el muchacho arrodillándose junto a él mientras Al-Biruni examinaba la herida. Unos cuantos curiosos se apelotonaron junto a ellos.

—¿Dónde se encuentra el dispensario? —preguntó Al-Biruni.

Le señalaron el lugar y se llevó a Muhammad de allí.

No muy lejos de ellos, el comerciante de alfombras Ibrahim Ul-Haq se dirigía al Hamman, los baños públicos. Su esposa Jadiya descansaba en su aposento junto con su hijo Kareem. Desde la pasada noche ambos se encontraban enfermos, con escalofríos y malestar en sus brazos y piernas. Ibrahim les había traído leche recién ordeñada y pan caliente y los dejó tumbados sobre la paja cubiertos con una manta, esperando que el descanso les hiciera bien antes de continuar el camino. Por suerte, el muchacho que les acompañaba, Yusuf, se había quedado al pendiente, así podía tomar su baño mucho más tranquilo. De todos modos, Kareem y Jadiya le preocupaban, pues si enfermaban de gravedad no tendría más remedio que permanecer en el caravansar hasta su completa recuperación, con lo que perdería un tiempo precioso y lo que era más importante: dinero. Entregó medio dirham al guarda de la puerta de los baños y entró bajando unas pocas escaleras de piedra hasta llegarse al recinto donde podía despojarse de sus ropas. Después pasó a la gran sala cupulada central para disfrutar de un relajante baño de vapor.

Dentro del agua, con los miembros relajados, cerró los ojos y pensó en el modo de vender su alfombra especial sin que fuera él quien ofreciera la mercancía. En el caso del vendedor de Peshawar había sido fácil, pues al disponer de taller podía tener expuesta toda su mercancía y abrirse a la posibilidad de que cualquier cliente viera casi sin querer la alfombra mágica. Él podía dejarla a la vista también, entre las suyas, pero el problema era la poca vistosidad de aquella extraña alfombra, pues teniendo alrededor esteras de junco y de palma, alfombras de la mejor lana teñidas con maravillosos colores, las elaboradas sedjadehs y sus alfombras de seda e hilos de oro, ella,

la alfombra mágica, la alfombra voladora, quedaba totalmente eclipsada. Nadie se fijaría nunca en aquella insignificancia cuya única particularidad eran sus dibujos extraños; nadie la compraría jamás. Tal vez sólo un insensato como él. Un insensato que en realidad no deseaba desprenderse de ella. Y entre el vaho que desprendía el agua, envuelto en su calor, deseó volverla a tener entre sus manos. Si, eso haría: Se quedaría con su alfombra.

Cuando decidió que el baño era suficiente, salió de la piscina y se envolvió con la túnica caliente que le ofreció un empleado de la sala de abluciones. El aroma de los jabones y del incienso había quedado impregnado en su cuerpo y se sentía un hombre nuevo y mejor, listo para una buena comida. Un niño pasó corriendo ante él llamando a su padre: ¡¡Abi, Abi!! Era un niño de unos dos años de piel morena con los ojos grandes y vivarachos, de largas pestañas y boca amplia con dientes perfectos. Ibrahim Ul-Haq suspiró mientras se dirigía a vestirse de nuevo. Cuánto le hubiera gustado que su esposa Jadiya le hubiera dado otro hijo, pero Allah no les bendecía con ese presente, así que tenía que resignarse o seguir implorando por una gran familia. No creía de veras que la alfombra mágica estuviera interfiriendo en su vida, pues no era un hombre supersticioso, pero aún así, en su corazón sintió una punzada nerviosa que cambió su expresión y mudó su buen humor.

Yusuf ibn Nasr caminaba por el patio del caravansar con la cabeza gacha, cargando dos odres con agua para Jadiya y Kareem. Si era cierto que Al-Biruni había muerto asaltado, su disfraz ya no tenía sentido, pero no podía descubrirse, no hasta que llegaran a Ispahán. La noche anterior había pensado en regresar a Samarkanda, pero seguro que sería interrogada por el cadí y seguro que irían a buscar al primo Halim para que se formalizara la boda que había quedado pendiente. Además, la castigarían por su huída, pues aunque tratara de dar alguna excusa como que había sido raptada, era muy probable que no la creyeran. No hacía mucho tiempo que una de sus amigas, Fawziya, había sido violentada por un hombre y el castigo a aquel deshonor fue para ella, no para el abusador: ochenta latigazos. No, no volvería a Samarkanda. Su vida había tomado otro camino y debía seguirlo allá donde la llevara.

Descansó de su peso junto a la pared de adobe y se frotó las manos que empezaban a acusar la vida tan diferente que llevaba ahora. ¿Qué estaría haciendo ahora Noor, su pequeña hermanita? ¿La tratarían bien sus tías? Y su padre, ¿sufriría por su ausencia, por la pérdida de la familia que habían sido, o habría partido ya hacia la corte de Ghazna? Miró hacia el cielo y vio cómo las nubes dibujaban formas hermosas. Cuánto echaba en falta a su madre… Desde que ella murió todo había cambiado, y si la viera ahora, vestida de muchacho, con un nombre que no le correspondía… Madre, perdóname… musitó por lo bajo reprimiendo el nudo en la garganta.

Cargó de nuevo los odres y se dirigió al aposento donde se alojaba con la familia Ul-Haq. Uno le resbaló, pero pudo cogerlo antes de que cayera al suelo y se derramara toda el agua que contenía.

—Déjame ayudarte, muchacho.

Lilya, agachada y manteniendo en equilibrio el odre lleno de agua, alzó sus ojos hacia el hombre que le había hablado no pudiendo creer que se tratara del mismo Al-Biruni. Ahí estaba, delante de ella, con la barba más larga y el rostro más cansado, pero siempre apuesto y amable, con aquella voz profunda y los rizos salvajes que le caían sobre la frente. Él la miró a su vez, percatándose de la cicatriz que cruzaba el lado derecho de su mejilla. Una cicatriz tan parecida a la de la hija de su maestro Abu Nasr… Pero Lilya no era capaz de decirle que había abandonado la casa de su padre para seguir sus pasos, así que, con el corazón desbocado, le agradeció su ayuda con una inclinación de cabeza y se levantó rápidamente para evitar que sus ojos volvieran a encontrarse. Al-Biruni siguió su camino sin darse cuenta de que Lilya lo seguía de cerca para averiguar en qué bóveda se alojaba.

Jadiya y Kareem estaban peor. Tenían mucha fiebre que no se calmaba con los paños templados que Lilya ponía sobre sus frentes. El señor Ul-Haq, aún lamentando el dinero que le costaría, llamó al médico del caravansar, que los examinó con el semblante serio temiendo que se tratara de alguna enfermedad contagiosa que pudiera poner en peligro al resto de viajeros. El médico examinó sus extremidades y el pulso débil de sus brazos, analizó sus deposiciones y determinó que debían quedarse allí al menos tres o cuatro días más. No estaban en condiciones de seguir el viaje, ni siquiera de tenerse en pie debido a la debilidad que la enfermedad estaba dejando en sus cuerpos. El señor Ibrahim se lamentó de su mala suerte estirando su túnica y gesticulando tras el médico, que salió del aposento en busca de medicinas.

Lilya salió de la bóveda para limpiar unas escudillas. Estaba preocupada, pues si se quedaban más tiempo del que tenían pensado Al-Biruni se marcharía sin ella y tal vez nunca más volvería a verlo. Pero, ¿cómo iba a abandonar a aquella familia? El Profeta enseñaba la compasión a los enfermos y aquella familia la necesitaba. Kareem tosió y se abrazó a su madre, que miraba con los ojos llorosos a su esposo. Él, maldiciendo a su mala suerte, golpeaba con su puño una y otra vez en la pared de adobe.

5. LA FUERZA

1

Sredets, Bulgaria

finales del mes de febrero

Pronto dejarían atrás las abruptas montañas de los Balcanes, pero antes de llegar a la llanura de la ciudad de Sredets, se detuvieron en una aldea donde pudieron comprar frutas que nunca habían probado, como las naranjas, que a Masika y a Nanya le parecieron de lo más delicioso. En los días que llevaban de viaje, Masika había aprendido a comportarse mejor con la niña. Poco a poco dejaron de molestarle las atenciones que su madre tenía con ella; poco a poco sus celos se apaciguaron y dieron paso a una amistad profunda que haría a Nanya muy feliz. Aquella niña de aspecto débil y asustadizo que había llegado a la caravana de improviso, se había convertido en alguien muy querido para todos, en especial en las noches en que junto al fuego del campamento cantaba para quienes quisieran escucharla. Hasta el guía caravanero se unía a ellos para oír aquella voz de ángel que erizaba los vellos del más templado.

Llegaron días lluviosos con fuertes vientos cuando entraron en Sredets, un importante centro de comercio de ganado, por lo que la caravana se detuvo allí tres días. Los que podían pagar alojamiento y comida entraron en la fortificación y se guarecieron en una gran hospedería donde los recibieron con los brazos abiertos; los que no, acamparían soportando el tiempo inclemente.

En los días siguientes, Aldo salió con su carreta hacia el centro de la ciudad, voceando su mercancía. Vendió cuerdas, ollas, cubiertos y tres espejos. Mientras él trabajaba, Ersbetta y las niñas mataban el tiempo en la sala común de la hospedería, protegidas de los vientos del este que traían las enfermedades. Fue en aquel entonces cuando Nanya les habló de su vida.

—De niña me dijeron que nací de pie y que por eso no soy bonita. Que el color de mi cabello era debido a que mi madre comía frambuesas mientras me esperaba; y me dijeron también que tardé en tener mi primer diente y que las palabras no salieron de mi boca hasta mi tercer año de vida.

“Mis padres tenían dos hijos más, mis dos hermanos varones y mellizos que contaban unos quince años cuando yo nací. En una ocasión les oí decir que mi llegada al mundo fue una maldición, pues era una boca más para los escasos alimentos que había en nuestra mesa. Vivíamos en Borzavár y siempre teníamos hambre. Nuestro padre murió primero y, tras su muerte, nuestra madre cayó en una profunda tristeza que la hacía permanecer todo el día acostada en el jergón. Mis hermanos se ocupaban de nuestras cabras y del huerto, pero eran pendencieros y siempre estaban metidos en líos. En el pueblo decían que un día los veríamos ahorcados en la plaza.

“Con mis cinco años aprendí a poner la comida en el fuego, a despellejar a las gallinas, a limpiar la paja sucia y a ordeñar a las cabras. Al principio, mi hermano Georg me ayudaba, pero pronto dejó de hacerlo. Él y Gábor se unieron al ejército del príncipe y nos abandonaron a nuestra suerte. Fue entonces cuando mi madre comenzó a llamarme inútil y perezosa, fue entonces cuando lanzó una olla hirviente sobre mis piernas. Cuando murió, mi tío Otto vino a buscarme y me llevó a Salföld para que sirviera de criada en casa de Hans Smisza.

Nanya dejó que Ersbetta le examinara las señales de quemaduras de sus piernas. Después la abrazó y la besó, y Masika hizo lo mismo. Pero la sombra siniestra del médico pareció alzarse sobre sus cabezas.

Hicieron amistad con una familia que tejía y vendía canastos de mimbre, y en las horas junto al fuego de la sala común enseñaron a las niñas cómo doblar y entrelazar los juncos. El tercer día de su estancia en la ciudad, y cuando se disponía a regresar a la hospedería, Aldo se topó con Víktor Zichy, que salía de una taberna.

—¿Qué hay de lo mío, italiano? —le preguntó con el aliento oliendo a cerveza, algo tambaleante.

Aldo descendió de su carreta y se encaró con el pelirrojo, que lo miraba sonriente esperando una buena trifulca. Pero Aldo ya no era el mismo de antes de conocer a Ersbetta. Reprimió sus ganas de pelea y sin alzar la voz pero con la mirada desafiante, le dijo:

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo, Víktor. Puedo pagarte en cuanto haga algunas ventas más.

El guía negó con la cabeza, riendo burlón.

—Quiero la joya de la viudita, ¿oíste? Y la quiero esta misma noche, así que ya sabes lo que tienes que hacer.

Aldo vio cómo daba media vuelta y se alejaba calle abajo perdiéndose entre una legión de constructores que se dirigían a una iglesia para restaurar sus muros. Ya no podía evitar más tiempo la demanda de Víktor Zichy. Era hora de pagar su deuda.

En el comedor de la hospedería, Ersbetta y las niñas estaban dispuestas a tomar su cena. Tenían ante sí una empanada de carne de cerdo acompañada por unas hojas de parra rellenas de arroz, una gran jarra de hidromiel y un enorme pan de centeno.

—¿Acaso no esperan por mí estas distinguidas damiselas? —preguntó con sorna Aldo acercándose a ellas y tendiéndoles tres cuchillos y tres cucharas de madera envueltas en un paño.

—Cubiertos nuevos para tres bellas damas.

Masika río y le hizo un hueco en el banco donde se sentaban.

Aldo señaló admirado la excelente comida y exclamó:

—¡El mejor vino de la casa para esta mesa, signora! —La hostelera se volvió hacia él y no dudó en servirlo antes que a otros comensales. Menudo italiano, sí señor; alto, de espaldas amplias y un rostro de galán que nada que ver con su difunto esposo, un rollizo carnicero oriundo del Piamonte.

Aquella tarde, Aldo habló por los codos, presa de una falsa euforia. Ersbetta lo miraba con el semblante serio, preocupada, pero no por eso dejó de disfrutar del postre que les trajeron: una crema espesa de leche fermentada denominada yogûrt. Combinada con miel resultaba deliciosa y ella y las niñas repitieron, no así Aldo que, pidiéndoles permiso, se cambió de mesa para jugar una partida de dados con otros viajeros de la caravana que ya habían acabado de comer y tomaban cerveza y licores de la región mientras parloteaban relajados.

Ersbetta y las niñas se retiraron a la sala común y se tumbaron en sus jergones, pues no habían podido conseguir una habitación en la planta superior. Aquella sala estaba situada en el sótano y tuvieron que acurrucarse bien entre sus mantas mientras oían el desagradable rechinar de los dientes de los ratones que se escondían entre las paredes rezumantes de humedad.

—Qué lugar más horrible, madre —protestó Masika—. No creo que pueda dormir más tiempo aquí.

A su alrededor empezaban a llegar más peregrinos y viajeros que se tumbaban en el suelo. Se mezclaban los olores, las mantas sucias llenas de piojos que saltaban de un lado a otro, los suspiros de alguna pareja, los ruidos que sucedían tras la digestión…

—No hay muchos alojamientos libres en la ciudad, hija. Además, las lluvias no durarán tanto tiempo y es cuestión de uno o dos días más.

Nanya estaba acurrucada junto al cálido cuerpo de Tor, que movió las orejas y se quedó dormido al instante. Ersbetta sonrió. Al menos el perro no tenía queja alguna, ya que su espeso manto lo mantenía abrigado, y dormir era lo que más le gustaba. Pero sus mantas no eran suficientes para aquella húmeda noche y no conseguían dormir. Aldo no regresaba aún y se sentía intranquila.

—¿Querrías cantarnos un poco, Nanya? —sugirió.

La niña comenzó, y en seguida la secundaron unas mujeres cerca de ellas. Otras comenzaron a bailar y así transformaron aquel feo lugar. Los sueños de aquella noche fueron felices, y el frío y las pequeñas dolencias de los viajeros que habían escuchado el canto de Nanya, desaparecieron. Aún cuando no sabía el alcance ni sus efectos, Ersbetta cerró los ojos agradeciendo el don de aquella niña. Agarró con su mano derecha la mano de su hija y con la otra agarró a Nanya. Sintió que era madre de dos.

Mientras tanto, Aldo bebía uno y otro trago de vino en la mesa donde se había quedado solo. Pensaba en las palabras de Ersbetta acerca del final de los tiempos, pero no las creía, no las podía creer. Qué locura. La posadera se acercó a él, lo zarandeó antes de que se quedara dormido allí mismo y lo condujo a la puerta para que se aireara con el sereno.

Borracho como estaba, se encaminó hacia la posada donde sabía que se hospedaba Zichy, palpando en su bolsillo el broche que le iba a entregar. La cena y el vino especiado no hicieron demasiado buen juego en su estómago y agarrándose el estómago echó los restos sobre el montón de estiércol de un callejón. Sudaba como si estuviera enfermo y apoyado en la fachada de piedra de una herrería fue dejándose caer al suelo, mareado y vencido.

Amanecía en la ciudad con una humedad que se calaba en los huesos. Las nubes volvían a prometer lluvia y algunas mujeres comenzaron a vaciar sus orinales al grito de agua va, llenando las calles de olores ácidos y desagradables. Ratas grandes como gatos se amontonaban en los rincones donde se acumulaban desperdicios y mientras algunas viejas salían armadas con escobas para ahuyentarlas de sus portales, los panaderos comenzaban a enviar a sus mozos a pregonar su mercancía recién horneada; los fruteros empujaban sus carretas repletas y los vendedores de arenques ahumados empezaban a llenar la plaza central con su delicioso bocado.

Un mozo de pelo color panocha que se dirigía a algún encargo se topó con Aldo en el callejón, y pensando que estaba muerto revolvió en sus bolsillos para encontrar alguna moneda con que comprarse algún pastelillo recién hecho. Además de las monedas encontró una bolsa de tela con cierre corredizo que en seguida desapareció en su raído jubón. De pronto, Aldo despertó de su ensueño y agarró la mano del ladronzuelo, pero éste, más joven y más ágil, se zafó enseguida perdiéndose entre las callejuelas cercanas. Aldo salió tras él, aturdido aún, pero su resaca desapareció en cuanto al palpar sus bolsillos se dio cuenta de que la bolsa con el broche había desaparecido junto con su dinero. Se remojó la cara en una fuente cercana y regresó caminando a la hostería. De camino comenzó a caer un aguacero.

Ersbetta se despertó con dolor de huesos. Masika y Nanya dormían acurrucadas junto a Tor, tranquilas, pero Aldo no estaba, no había dormido allí… Salió al patio principal con el perro y esperó bajo el gran pórtico a que el perro regresara de un corto paseo para hacer sus necesidades. Miró el cielo gris y recordó el pelaje de los lobos. Sin saber porqué, se acordó también de su hermano Mihály… su pobre hermano, grande y desgraciado. Tras ella, alguien le decía algo en una lengua extraña. Se volvió viendo que un hombre de cara enrojecida la miraba como si fuera una muchacha de vida alegre. Llovía y no quería abandonar el pórtico, por eso se apartó de él llamando a Tor, que ya se demoraba demasiado. Enseguida apareció moviendo la cola, seguido por Aldo, que se cubría de la lluvia con la capucha de su pelliza, pero aún así, llevaba empapados la cara y el pelo.

—Regresas un poco tarde… —le dijo cruzándose de brazos mientras él entraba al resguardo y se sacudía el agua de sus cabellos. El extranjero que le había estado hablando en su lengua, al ver que la mujer no estaba sola, volvió al interior de la posada.

—Me robaron… —dijo mientras entraban en la sala principal de la hostería donde se servían las comidas—. Me robaron y he perdido el dinero de las ventas de ayer…

Ersbetta pidió un tazón de caldo de verduras caliente y observó a Aldo mientras se acercaba al fuego para entrar en calor. Veía en su rostro macilento que el frío de la noche le había calado en los huesos y pronto enfermaría.

Desde que notó la falta de su broche, había tenido el pálpito de que él tenía algo que ver, pero ahora ya no le cabía ninguna duda. El día en que la princesa Gizella le había entregado aquella joya supo que era algo demasiado valioso para llevar encima, y ahora, además de lamentar la pérdida del broche, tenía que lamentar la pérdida de la confianza en Aldo, que pasó el resto del día en un rincón de la sala común, cerca del hogar encendido. Sufrió escalofríos, pero la fiebre empezó a remitir en la noche gracias a los paños templados que Ersbetta colocó sobre su frente y a las pociones de corteza de sauce que le hizo tomar. Desvarió y habló del broche y de Víktor Zichy, y habló del amor que sentía. Ella no pudo más que sonreír ante aquellas palabras entrecortadas fruto de la fiebre, pero en ese momento le interesaba más recuperar el regalo de la princesa. Si habían robado a Aldo, seguramente la joya ya se hallaría en la casa de algún prestamista. Pero, ¿estaba dispuesta a sacrificar casi todo su dinero para recuperarla?

La mañana siguiente, Aldo se encontró solo. Ni las niñas ni Ersbetta estaban con él. Tampoco sus pertenencias. Preguntó a los que tenía cerca pero nadie le hizo caso. Subió entonces las escaleras de la hospedería a medio vestir y se topó con el dueño, un eslavo macedonio con mandil que lo miraba con los brazos en jarras impidiéndole el paso.

—Dobro utro… —saludó el hospedero dándole los buenos días—. Vos debéis serr Aldo Tomassi… —adivinó—. Tengo un rrecado para vos, señorr.

Aldo se colocó bien las calzas y se abrochó los cordones del jubón.

—Decidme, por el amor de Dios.

—La señorra y las niñas están alojadas en la hospederría de mi herrmano Alexander. —dijo sorbiéndose las flemas y sonándose con la manga—. Y Víktor Zichy os ha mandado llamarr. También se aloja allí.

—Pero, pero… ¿cómo puede ser? ¿Qué ha ocurrido para que se hayan ido? —Aldo salió a la calle a toda prisa, aturdido y nervioso mientras el hospedero lo miraba divertido.

Mientras corría por las calles de Sredets, Ersbetta, sola en una habitación con uno de los hombres de Víktor Zichy, luchaba por mantenerlo alejado de ella.

La tarde del día anterior, y viendo que Aldo se recuperaría bien de su resfriado, les contó a Masika y a Nanya sus sospechas acerca de la desaparición del broche.

—Es imposible, madre —negaba su hija con la cabeza una y otra vez—. Aldo no puede haber hecho una cosa así. Tal vez lo hayas perdido, o tal vez alguien te lo robó, pero no Aldo.

Con las protestas de Masika por el camino y la recomendación del posadero, se mudaron a la hospedería más cercana y en el patio central se encontraron con el guía, Víktor Zichy.

—¿No era de vuestro gusto aquel alojamiento, señora?

—Demasiada gente, señor Zichy. Aquí podemos alquilar un cuarto para nosotras.

Víktor se preguntó qué les habría pasado con Aldo y, desde un balcón cercano, uno de sus hombres las observó hasta perderlas de vista.

Se acomodaron en un pequeño cuartucho cercano a las caballerizas y la mañana siguiente, mientras doblaban sus mantas sobre el suelo de paja, llamaron a su puerta. Era un ayudante de Zichy, el mismo hombre que había estado hablando con Ersbetta antes del ataque de los bandidos, el de los andares de gallito peleón.

—El señor Zichy me envía a llamarla, señora Tót —dijo educadamente.

—¿Ocurre algo?

El hombre, de nombre Conrad, se encogió de hombros y dijo que él se limitaba a cumplir órdenes.

—Quedaos aquí, niñas —dijo ella poniéndose sobre la túnica una sobrevesta de lana—No salgáis del recinto de la hospedería, ¿de acuerdo?

Siguió a Conrad por los entresijos de aquel lugar repleto de gentes de todo tipo: judíos, comerciantes, juglares e incluso algunas mujeres de mala vida que se paseaban luciendo sus vestidos de colores. Subió unas empinadas escaleras exteriores que daban a unos alojamientos contiguos al edificio principal y ambos se detuvieron ante una de las numerosas estancias.

—Aquí es —dijo Conrad señalando una puerta desvencijada.

Su instinto la previno de repente, mandándole una señal a su estómago, que dio un vuelco y la detuvo antes de entrar en la habitación. Conrad, que se esperaba aquella reacción de un momento a otro, la empujó violentamente hacia dentro haciéndola caer sobre un sucio jergón.

—¡Maldito! —gritó. El hombre se echó sobre ella riendo y exhalando un turbio aliento a cebolla. Sus manos fueron directas a levantar la parte de su túnica que cubría sus calzas, resistiendo los avances de la mujer, que se defendía golpeando su pecho. Pronto su garganta no pudo emitir más gritos: Conrad la amordazó con un paño, sonriendo, avanzándose al placer que pronto sentiría.

Mientras tanto, Masika y Nanya, aburridas por la tardanza de Ersbetta, salieron al patio con Tor, y éste, correteando detrás de un gato, salió del recinto seguido por las niñas. Nanya se detuvo, recordando a Masika que no debían salir.

—¡Bah! ¿Qué puede pasarnos? Sólo será un momento, ¡no podemos dejar que Tor se escape!

No se alejaron mucho, apenas unas calles. Masika tenía unas monedas y compró en un puesto callejero un puñado de nueces peladas que fueron comiendo distraídas sin percatarse de que Tor era observado por un perro de presa de poca estatura pero cuartos traseros poderosos y dispuestos a saltar en cualquier momento a la menor provocación.

Tor gruñó, previendo el ataque.

—¡Vámonos, Tor! ¡Corre! —gritó Nanya tratando de apartar al perro de allí. Pero fue en vano, pues el perro de presa, azuzado por su dueño, un vagabundo pendenciero, se lanzó hacia la garganta de Tor. Éste se revolvía defendiéndose mientras algunos viandantes se arremolinaban alrededor observando el espectáculo.

Masika y Nanya comenzaron a gritar y a llorar de desesperación, pues nadie atendía a sus ruegos para separar a los animales.

De un portal cercano salió un carnicero con el mandil ensangrentado. Vio lo que estaba sucediendo y no dudó en amenazar al vagabundo con el cuchillo afilado que llevaba en alto.

Nadie oyó lo que le dijo y, mientras tanto, Tor seguía defendiéndose como podía, mordiendo las patas de su contrincante, que gruñía enredándose entre el lanudo pelaje de su presa, buscando su cuello. Tor saltó hacia atrás justo cuando el vagabundo gritaba a su perro algo en una lengua extraña y éste se volvía aturdido. Fue entonces cuando recibió una patada en los cuartos traseros por parte del carnicero.

—¡Largo de aquí! —gritó mientras Tor corría junto a las niñas—. ¡Como vuelva a ver a tu perro de nuevo en mi calle juro que haré salchichas con él!

El vagabundo y su perro huyeron perdiéndose entre la multitud que se había agolpado en aquella calle. Tor jadeaba cansado y nervioso, y la sangre de sus heridas empezó a teñir de escarlata el suelo de paja y barro. Un gran relámpago mordió el cielo sobre sus cabezas y gruesos copos de granizo comenzaron a cubrir el lodo de sus pies. La gente se dispersó.

—Pasad niñas, pasad dentro —les dijo el carnicero cogiéndolas de los hombros y admirando el hermoso pelo rojizo de una de ellas—. Os calentaréis en el fuego de mi casa y mientras, curaré a vuestro perro.

Ersbetta, amordazada, no podía gritar. Conrad sonreía y ya se bajaba sus calzas cuando llamaron a la puerta.

—¡Conrad, Patrick, abrid! ¡Vamos a comer algo!

Víktor Zichy esperaba de brazos cruzados a que le abrieran mientras Ersbetta trataba de zafarse de la mordaza para ser oída.

Desde abajo, Aldo le gritó.

—¡Zichy! ¿Dónde está mi mujer?

El guía lo miró sorprendido.

—¿Tu mujer? ¿Se te perdió? —preguntó con sorna.

Aldo subió de dos en dos los escalones y agarró a Zichy por el cuello, empujándolo contra la puerta donde estaban Ersbetta y Conrad.

—¿Dónde la tienes? ¡Dime, desgraciado!

—¿Te has vuelto loco? —Zichy se revolvía tratando sin éxito de librarse de él.

Por su parte, Conrad seguía ocupado en el interior deshaciendo los cordones de la túnica de Ersbetta. No iba a dejarla escapar, no ahora. Ella se revolvía, y él se detuvo. Sobre su pecho, colgando de una cinta de cuero, apareció una extraña cruz que distrajo su atención.

—No voy a hacerte daño, preciosa, sólo déjame que…

Apenas sus dedos rozaron aquel objeto sintió como un fuego que lo obligó a apartarse, momento que ella aprovechó para darle una patada haciendo que trastabillara, derribando unas cajas que se apilaban a su lado. El ruido alertó a los hombres del exterior, que dejaron su riña a un lado.

—Aquí se alojan mis ayudantes, pero hace un momento nadie me respondió cuando llamé —dijo Zichy, sorprendido.

Aldo dio una patada a aquella puerta de madera vieja y entró en la habitación descubriendo a Ersbetta maniatada y amordazada y a Conrad con las calzas bajadas, caído en el suelo.

—¡Desgraciado! —gritó abalanzándose contra él mientras Víktor Zichy se apresuraba a liberar a Ersbetta.

—Lo siento, señora… lo siento… —se disculpaba mientras ella recomponía sus ropas, roja de ira y vergüenza—. Ahora mismo tomaré medidas contra este miserable.

Aldo había golpeado a Conrad y lo miraba tendido boca abajo en el suelo, inconsciente.

—Hay que llamar a la guardia —dijo frotándose el puño dolorido sin atreverse a mirar a Ersbetta a la cara.

—De eso me ocupo yo —contestó Víktor, y dirigiéndose hacia la mujer, le dijo—: Aldo os acompañará a vuestro alojamiento.

—No hace falta —respondió ella, tajante—. Puedo ir sola.

Salió de la habitación avergonzada y furiosa sin mirar a Aldo, pero cuando llegó a su aposento olvidó sus penas al ver que sólo estaban los bultos de su equipaje, pero ni las niñas ni Tor. Inquieta, salió de nuevo al patio de la hospedería preguntando por ellas a todo aquel con quien se cruzaba, pero nadie le daba razón. ¿Dónde están? ¡Por todos los cielos! ¿Dónde han ido? La molesta lluvia y la neblina que había aparecido hicieron que sus huesos acusaran el frío y su cuerpo comenzara a temblar mientras miraba hacia todos los lados.

Aldo salió de la hospedería cabizbajo; Ersbetta ya sabía que él era un ladrón. Se llamó cobarde mientras caminaba por las calles que iban quedando desiertas y pensó que más le valdría desaparecer, pues no se merecía más que el peor de los desprecios. Eso haría… cogería sus bártulos, su carreta desvencijada y su caballo viejo y volvería a recorrer los caminos de vuelta a su hogar, de donde quizás no debería haber salido nunca. Era un cobarde ladrón que no merecía ser amado por alguien como ella.

Mientras él vagaba por las calles sin rumbo, Ersbetta hacía lo mismo buscando y preguntando por las niñas, pero nadie sabía darles razón. Parecía que se las hubiera llevado el viento.

La noche entró de lleno en la ciudad y la lluvia siguió cayendo sin piedad calando todas sus ropas. Se encaminó hacia una iglesia y entró tratando de encontrar el acceso al campanario. Una vez arriba, se asomó al exterior y sintió el poder de la altura imaginando que se hallaba en la cima de los montes Bákony rodeada de los cuatro elementos: el agua del río, una fogata encendida, la tierra bajo sus pies y el viento rodeando su cuerpo. Un viento poderoso… un viento que alejaba las nubes… Con los ojos cerrados y las manos extendidas hacia el exterior, invocó a la Madre Viento para que se llevara las nubes de agua a otros lugares. Invocó para que la lluvia cesara y para recibir la imagen de su hija, para localizar su paradero y el de Nanya.

Un rayo cruzó el firmamento y el trueno retumbó cerca de allí, sobre las montañas cercanas. Con los brazos extendidos y los ojos cerrados, Ersbetta se concentró en dispersar las espesas nubes cargadas de lluvia llevándolas hacia el este. Lanzó un viejo ensalmo en voz alta y entre las gotas de lluvia vislumbró a Nanya golpeando una puerta y a Masika llorando en un rincón. Tor, cerca de ella, rezumaba sangre por las heridas de su cuello.

Su miedo se transformó en desesperación y su grito se fundió con el grito del viento que empezó a soplar llevándose las nubes y la lluvia de la ciudad. La tormenta viajó hacia el este y, al unirse a otra que estaba sobre la ciudad de Constantinopla, causó el hundimiento de ocho navíos que en ese momento entraban en el puerto; pero ella eso no lo supo hasta muchos días después.

Corrió por las calles tratando de que su instinto la llevara con las niñas, pero el miedo la confundía y sólo hallaba calles oscuras y malolientes, mendigos borrachos y buscavidas solitarios peligrosos para una mujer sola. Tratando de no perder la calma regresó a la hospedería y pidió ayuda a Víktor Zichy, que enseguida reclutó a varios hombres para que buscaran a las niñas y dieran aviso a las autoridades.

Aldo daba patadas a un trozo de cántaro descascarillado mientras caminaba sin rumbo fijo por la ciudad. En las calles solitarias, sólo él rompía el silencio. Muy cerca de allí, en la casa del carnicero, Nanya, ayudada por Masika, trepaba por la pared hasta alcanzar el ventanuco enrejado cercano al techo. Asida a él se dispuso a pedir ayuda, pero antes de que tuviera tiempo de decir nada, sus dedos recibieron el impacto del pedazo de cántaro que andaba golpeando Aldo. Cayó hacia atrás derribando también a Masika y sus gritos sorprendieron al toscano, que se agachó para averiguar qué sucedía en aquel lugar.

—Hola… ¿Hay alguien ahí?

Masika y Nanya se miraron, gratamente sorprendidas.

—¡Aldo, Aldo! ¡Estamos aquí!

¿Qué clase de monstruo era capaz de encerrar a dos niñas?, pensaba el italiano mientras trataba de localizar la entrada de la casa. En la bocacalle asomaron dos guardias portando teas encendidas.

—¡Ayuda! —les gritó.

Aldo intentó explicar a los guardas la situación, pero no parecían entender nada de lo que decía. Con señas les pidió que lo siguieran hasta el pequeño ventanuco que lindaba con un desagüe y llamó a las niñas.

—¡Masika, Nanya!

Sólo Tor le respondió con un gruñido lastimero. Gesticulando, desesperado, trató de convencer a la guardia de que allí estaban las niñas, pero ellos se miraban entre sí como si Aldo estuviera loco o bebido.

El carnicero ya se las había llevado de allí. Las había obligado a bajar al sótano, un lugar oscuro y fétido donde se acurrucaron atemorizadas. Cuando su vista se acomodó a la falta de luz, Masika trató de explorar aquel cuarto húmedo caminando en derredor con las manos pegadas a la pared. Enseguida se topó con un bulto que al contacto con sus dedos hizo que sintiera un escalofrío extraño. Nanya no quería moverse de donde estaba, y aunque la oscuridad era total, tenía los ojos cerrados, y con sus manos tapaba también sus oídos tratando de huir de allí.

Cuando el carnicero regresó a la primera habitación vio con desagrado que el perro ya no estaba allí. Tor había aprovechado su ausencia para tratar de buscar una salida de aquel lugar que olía a muerte; tenía que volver con su dueña. Su instinto lo guiaba hacia el exterior, pero la puerta de entrada de la casa estaba cerrada. Husmeó en el aire y con esfuerzo y dolor, pues sus heridas aún seguían abiertas, subió unas escaleras que lo llevaron hasta una azotea. Tras él, el carnicero sonreía.

—Perro malo… no tienes salida.

Pero Tor no se iba a dejar atrapar. Se encaramó a unos cajones de madera y ante el asombro del hombre, saltó a la azotea de la casa contigua.

Aldo, en la calle, discutía acalorado con los guardias cuando levantó la vista y vio lo que parecía una gran gavilla de lana sobrevolando el espacio entre los edificios de aquel callejón.

—¡Tor! —gritó. Y el perro, feliz al oír una voz conocida, se asomó a la azotea y comprobó que Aldo lo esperaba abajo.

Entre los gritos de una anciana que lo vio pasar como una exhalación por sus escaleras, el perro alcanzó la calle y se lanzó a los brazos de Aldo, que se lamentó de verlo tan herido y lleno de sangre.

Los guardas no entendían nada, pero aún así, siguieron al italiano y al perro que los guiaba hacia la entrada de la casa del carnicero. Tiraron la puerta abajo y se encontraron frente a frente con un lugar en el que flotaba un olor acre e insano. En una gran sala había varias piezas de carne desollada lista para despiezar, grandes bloques de hielo, cubos con agua y lienzos ensangrentados. Los guardas sacaron sus espadas y avanzaron delante de Aldo y del perro, que gruñía husmeando el suelo.

—¡Abajo! —indicó Aldo.

En el piso inferior encontraron la habitación desde donde las niñas habían llamado la atención a Aldo encaramadas a un pequeño ventanuco enrejado. El suelo estaba lleno de paja sucia y varias escudillas con restos de comida y agua turbia señalaban que la estancia había sido habitada. Los guardas murmuraban entre sí mientras Aldo sentía un escalofrío en la nuca: De las paredes rezumantes de humedad colgaban unas inquietantes muñecas talladas en madera.

Oyeron un ruido y los guardas salieron de la habitación con las espadas en alto. Tor les guió a través de un intrincado laberinto de pasadizos hacia unas angostas escaleras que conducían al sótano de la casa. Y allí, rodeado de varios candiles encendidos, el carnicero canturreaba como un perturbado mientras tallaba más muñecas de madera rodeado de grandes pedazos de carne dispuestos ordenadamente en bandejas de latón.

Cuando los guardas entraron, él los miró sonriente como un niño sorprendido mientras jugaba. Aldo lo cogió del cuello y le gritó:

—¿Dónde están, desgraciado?

El carnicero se encogió de hombros y frunció los labios adoptando de nuevo una expresión infantil. Presa de los nervios, Aldo le asestó un fuerte puñetazo en la cara derribándolo de su silla. Las muñecas que tallaba cayeron al suelo y el hombre chilló desesperado mientras comprobaba que ninguna se hubiera roto. Nada más parecía importarle. Mientras uno de los guardas se encargaba del perturbado, su compañero y Aldo revisaron aquella sala tratando de encontrar algún escondrijo, pero sin éxito. Tor gimió y rascó en una esquina de la pared, algo oculta por el cadáver de una ternera desollada y abierta en canal. Aldo la examinó y dio finalmente con un mecanismo ingenioso que les reveló una puerta que se abrió dando paso a una sala de la que sólo salía oscuridad.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

Nanya abrió los ojos y Masika se levantó de un salto.

—¡Estamos aquí! —gritaron. Y corrieron hacia el otro extremo de la sala, allí donde vieron la luz.

Se abrazaron a Aldo y a Tor mientras uno de los guardas se llevaba a aquel loco de allí y el otro examinaba con su tea el lugar.

Estaba a punto de amanecer cuando Aldo y las niñas salieron de la casa. Así no vieron cómo el guarda vomitaba de repulsión al ver lo que contenía la habitación oculta de la casa del carnicero que, sin ofrecer ninguna resistencia, se dirigía hacia la prisión de la ciudad. Y así como Conrad recibiría un castigo de cuarenta y cinco sueldos por haber intentado abusar de Ersbetta, el rapto de niños le supondría al carnicero una multa de cien sueldos, aunque debido a su estado mental sería recluido en los sótanos de una abadía de las afueras y encerrado de por vida.

Víktor Zichy y sus hombres habían regresado a la hospedería sin éxito en su búsqueda, y aunque habían puesto en alerta a la guardia de la ciudad, nada supieron en toda la noche. Pero cantaron los gallos y Ersbetta dirigió su mirada hacia las puertas del patio, por donde vio aparecer a Masika y a Nanya precedidas de Tor, que se lanzó al regazo de su dueña, feliz como nunca.

—Mañana partimos —dijo Zichy cuando vio aparecer a Aldo por la puerta del dormitorio común. No hacía sino unos instantes que acababa de hablar con Ersbetta para preguntarle por las niñas.

El toscano metió la mano en su bolsa de cuero y sacó un par de pulseras de plata.

—Espero que esto salde nuestra deuda, Víktor —le dijo—. Fui asaltado, y además de mi bolsa, me robaron el broche, así que estas pulseras son lo único que puedo ofrecerte en pago a mi deuda contigo.

El guía quiso interrumpirle pero Aldo no le dejó.

—Créeme, te digo la verdad —Zichy vio que del apuesto rostro del italiano había desaparecido el brillo en sus ojos. Y le creyó.

—Está bien, está bien…Acepto. ¿Has sabido algo más de ese loco?

—Lo encerrarán, pero debería ir a la horca —aseguró Aldo. Y haciendo un ademán se despidió—: Arrivederci, Víktor. Ahora necesito dormir un poco —dijo, y desapareció en dirección al pórtico de la hospedería. Pero antes de dormir tenía algo que hacer.

En el cuarto, Masika echaba vino en un paño para curar las heridas de Tor. Ersbetta le vendó el cuello con unos lienzos limpios y le dejó al alcance una escudilla con agua.

—Dejémosle así, tranquilo. Mañana se sentirá mejor.

Nanya le acarició la cabeza mirándolo con lástima.

Todas miraron hacia la puerta cuando alguien llamó. Ersbetta abrió y se encontró con Aldo, que le tendía una bolsa de monedas y otra pequeña bolsa acordonada.

—He vendido mi carreta y he recuperado tu broche. Lo tenía un orfebre del centro, listo para vendérselo a alguna dama —dijo avergonzado, tendiéndoselo—. Pero éste broche ya tenía dueña. —Dirigiéndose hacia las niñas les dio un tarro de miel que recibieron con entusiasmo.

Ersbetta no sabía qué decir. Abrió la otra bolsa y dejó caer en su mano derecha varias monedas de plata.

—Son para el resto de vuestro viaje. Viktor Zichy ya ha dispuesto que viajéis con los misioneros.

—¿No…no vas a continuar con nosotras? —preguntó Masika. Él negó con la cabeza.

—¡No te vayas, Aldo! —gimió la niña corriendo hacia él y abrazándolo por la cintura—. ¡Madre, dile que no se vaya! ¡Él nos salvó!

Nanya cogió de la mano a Ersbetta y la miró también suplicando por él.

—¿Por qué me robaste el broche, Aldo? —preguntó con tristeza—. Si necesitabas dinero podías habérmelo pedido.

—Tenía una deuda de juego con Zichy y él fue quien me dijo cómo quería que le pagara: Con tu broche.

Ersbetta no podía creerlo, pero dejó que Aldo continuara.

—No ha sido la primera vez que he robado algo para pagarle —confesó avergonzado al decir aquellas palabras ante las niñas—. Pero esta vez… es diferente.

—¿Diferente? ¿Diferente porqué?

Aldo se frotó la cabeza, nervioso ante la mirada fija de las niñas y de Ersbetta, que esperaba una respuesta.

—He vendido mi carreta, he recuperado tu broche… Os pido perdón a las tres. Víktor es poco honesto, pero yo lo soy menos aún…

—¿Diferente porqué? —volvió a preguntar acercándose a él.

Aldo la miró a los ojos, la cogió de la mano y la llevó fuera.

Salieron al patio de la hospedería y se sentaron junto a unos fardos de paja.

—Te quiero, Ersbetta, te quiero y sé que no merezco estar con alguien como tú.

Ella lo miraba en silencio mientras la noche se cerraba en torno a ellos.

—En Pécs, antes de unirme a la caravana, jugué una partida de dados con Víktor Zichy y perdí mucho dinero. Él me pidió en pago la cosa más valiosa que él viera antes de dos días y como el destino te puso en mi camino, pues te uniste a la caravana, fue tu broche el objeto deseado. Dios sabe lo que me costó hacerme con él; no por falta de oportunidad, sino por el hecho de que no podía hacerte algo así, no a ti. Pero finalmente lo cogí de tu carreta para evitar el riesgo de que alguno de sus hombres decidiera adelantarse. Pensé que tal vez Víktor se atendría a razones o que se olvidaría de ello. Si así sucedía tenía pensado devolverlo a su lugar, pero Víktor insistía una y otra vez. Le ofrecí pagarle con dinero, pero él sólo quería el maldito broche, y las deudas de juego son sagradas para los hombres.

—¿Sagradas a costa de los bienes de los demás?

Aldo no respondió.

—Sabes que lo siento, Bettina, pero también sabes que no podrás confiar en mí; por eso me marcho.

—Pero has vendido tu carreta… —recordó preocupada—. ¿Cómo vivirás ahora?

Aldo se encogió de hombros.

—Tal vez me emplee como ayudante de algún labriego; después de todo ya hice ese trabajo cuando no era más que un muchacho. Y tal vez, cuando ahorre lo suficiente, compraré de nuevo otra carreta y la llenaré de mercancía para volver a recorrer este mundo. De todos modos, si llegara a ser cierta la profecía de la que me hablaste, si el mundo tiene que acabar dentro de poco, ya nada tendrá sentido entonces…

Ersbetta sintió cómo en su pecho le faltaba el aire al imaginarse el día siguiente sin Aldo Tomassi, sin ver su sonrisa, su pelo, sus ojos oscuros de largas pestañas, sus manos fuertes, su voz atractiva. Las lágrimas acudieron a sus ojos y sus propias manos cogieron las de él.

—Puedes irte si lo deseas, Aldo —le dijo con la voz encogida—. Pero quiero que sepas que mi vida será más infeliz si tú no estás conmigo, ni con las niñas.

Aldo la abrazó con fuerza y sólo las estrellas los observaron desde el cielo; nadie quedaba ya en el patio de la hospedería.

2

Desierto de Karakum
mes de Rabi` Al-Thani[xlv]

Tras ellos, el río Oxus,[xlvi] delante de ellos, el desierto. Al-Biruni miró hacia el este y contempló la ladera rocosa de la montaña; al oeste, la yerma llanura. Se enfrentaban al paso del desierto con unos camellos jóvenes y fuertes que bien podían recorrer unos ocho farsajs diarios.

La caravana, ahora aumentada debido a que se habían unido peregrinos hacia La Meca, emprendió la marcha. Los pájaros que sobrevolaban el desierto podían ver como una larga serpiente formada por camellos cargados de víveres y hombres envueltos en sus vestiduras y turbantes blancos y grises avanzaba por aquella tierra que llamaban la arena negra. Aquel suelo arcilloso, sin vegetación, se calentaba con el sol del día, pero en la noche el frío se apoderaba de todo, como el silencio, solo roto por las flautas y las cítaras.

Recostado en su estera, hojeando uno de los pocos libros que llevaba en su equipaje, Muhammad ibn Miskawayh observaba a Lilya preparando unas tortas en un pequeño horno improvisado en la arena. Al menos, aquella muchacha inconsciente les sería de utilidad en el viaje, pero de todos modos seguía pensando en la locura que había sido llevarla con ellos.

Sucedió que tras caer enfermos la esposa y el hijo del comerciante de alfombras, Lilya, aún disfrazada como Yusuf, pasó toda la noche atendiendo sus peticiones, limpiando sus sudores, velando su sueño con pesadillas. Pero en la mañana, poco antes del amanecer, cayó rendida de cansancio y no pudo evitar dormirse en el suelo apoyada en la pared sin percatarse de los primeros y tímidos rayos de sol que entraban por la rendija de la alfombra colgada en la puerta de su aposento.

El al-mu'addin cantó la primera oración de la mañana y el señor Ul-Haq despertó con tal mal humor que no pudo soportar la visión de aquel holgazán que dejaba desatendidos a su mujer y a su hijo. Ibrahim no era un mal hombre, pero sí poseía un genio de mil demonios y más cuando, como en aquella ocasión, sus planes se trastocaban. Cogió a Yusuf del pescuezo y lo sacudió levantándolo del suelo.

—¡Holgazán! ¡Vago! ¿Así me pagas?

Lilya se movía de atrás a delante sacudida por el comerciante y todo su interés permanecía en sujetar su turbante para no revelar los largos cabellos ocultos bajo él. Pero su esfuerzo fue en vano porque las horquillas que lo sujetaban se habían desprendido en parte durante la noche y no lograron aguantar las embestidas de la furia de Ibrahim.

El turbante de Yusuf se ladeó y fue desenrollándose poco a poco hacia su costado izquierdo mientras iban apareciendo largos mechones de cabello a un costado y al otro de su cabeza. Por supuesto, la incredulidad de Ibrahim fue enorme, pues le era imposible creer aquella abominación que estaba viendo.

El pequeño Kareem gimió en medio de los delirios de su fiebre, pero su padre no pudo ni voltearse para verlo, pues salió como una estampida del aposento. Lilya ya sabía a dónde se dirigía: A la autoridad del caravansar; así que no tenía tiempo que perder. Su escaso equipaje, envuelto en un hatillo, estaba colocado sobre un montón de mantas de la familia Ul-Haq que, a su llegada, Jadiya había doblado y colocado en una de las esquinas de la habitación. Lilya se colocó a toda prisa el turbante tratando de ocultar en parte sus cabellos y, como no tenía tiempo de buscar su manta de viaje entre aquel montón, tomó la primera y junto con su hatillo salió a toda prisa de allí hacia el único lugar a dónde podía ir.

Entre los pliegues de aquella manta que Lilya cogía sin permiso, el señor Ibrahim había escondido su alfombra especial; pero aún no era tiempo de que la echara de menos.

Al-Biruni echaba una ojeada al cielo ambarino de aquella mañana desde la puerta de su aposento. Temía por los vientos que se acercaban, pues si decidían tomar rumbo hacia el oeste, tendrían problemas en su viaje a través del desierto.

La tarde anterior se había acercado a escuchar al augur que leía el futuro en los huesos de dátil a los viajeros que se dirigían a Bagdad. Se sentó en el círculo que formaban todos los viajeros a su alrededor y escuchó de sus labios que aunque podían sufrir algún contratiempo, alcanzarían con bien la gran ciudad, y que para muchos los negocios allí serían prósperos. No tenía nada en contra de los augures, pero a veces pecaban de vaticinar generalidades que sólo convencían a unos pocos. Él, como astrólogo, podía haber tomado la palabra y advertir de la proximidad de un eclipse de luna, pero no lo hizo, pues muchos eran los que los temían y hubieran retrasado su viaje, o avanzado con el temor en sus ánimos.

Iba a regresar al interior para acabar de empaquetar su equipaje cuando vio que se acercaba corriendo un muchacho. Atónito, oyó cómo le decía:

—Déjame entrar, te lo suplico.

Muhammad se desperezaba en su jergón cuando vio cómo Al-Biruni conversaba con aquel joven en voz baja, casi en susurros. Se incorporó quejándose de la herida de su brazo y se frotó los ojos, soñoliento. Efectuó de nuevo aquel gesto al darse cuenta de que el recién llegado se quitaba el turbante y dejaba caer una espesa mata de cabello que sólo podía pertenecer a una joven.

—Perdonadme, señor —le dijo Lilya a Muhammad mirando al suelo de la habitación, avergonzada al darse cuenta de que era observada.

—Es Lilya ibn Nasr, la hija del maestro Abu Nasr de Samarkanda —aclaró Al-Biruni a su compañero—. Ha escapado de su casa.

Éste se levantó del jergón de un salto y se dirigió hacia la entrada.

—¡Que Allah nos proteja! Vigilaré que nadie entre y descubra a esta muchacha con nosotros —Se colocó entre la alfombra y la pared de adobe sintiendo en su rostro el aire fresco de la mañana que comenzaba—. ¡Por todos los cielos! ¿Vas a demorarte mucho en darme una explicación a todo esto, amigo?

—Antes que nada, has de conseguir una abaaya y un niqab[xlvii] —dijo Al-Biruni con semblante grave observando de reojo el aspecto de Lilya vestida de hombre.

Muhammad compró las ropas de segunda mano a un mercader que estaba montando su parada y se las entregó a Al-Biruni. Lilya se vistió con ellas mientras los hombres la dejaban sola y salían al exterior.

En el patio del caravansar comenzaba la actividad frenética que duraría todo el día. Los animales eran conducidos a los abrevaderos mientras los mercaderes en ruta aseguraban las cargas de sus camellos y se aprovisionaban de todo lo necesario para el siguiente tramo de viaje. Podía olerse el aroma de pan recién hecho, de tortas calientes, de leche de cabra recién ordeñada; pero aquellos magníficos aromas también se mezclaban con el olor turbio de las aguas residuales, de los excrementos que se amontonaban en las esquinas, de la manteca rancia y los restos de frutas pasadas que los viajeros abandonaban a su paso.

Al-Biruni le explicó a su amigo que Lilya había escapado de la casa de su padre para evitar el matrimonio con su primo Halim.

—No lo puedo creer. ¿Y qué piensas hacer con ella, entonces? Es muy grave lo que ha hecho, y más aún tomar el aspecto de un muchacho. ¡Que Allah la perdone!

—Dudo que el maestro haya emprendido su viaje a Ghazna —dijo preocupado Al-Biruni—. Debe de estar removiendo Samarkanda para encontrar a su hija. —Naturalmente, ellos no podían ni sospechar que Abu Nasr creía a su hija muerta.

—¡Su futuro marido debe de estar tirándose de las barbas! Y no digamos su mismo padre, ¡a quien la deshonra debe estar carcomiéndole las entrañas! Nuestro deber es retornársela, pero los caminos son demasiado peligrosos ahora —se lamentó Muhammad mientras un niño tullido se les acercaba renqueando y les ofrecía cecina a buen precio.

En el preciso instante en que estaba pagando su compra, vio al señor Ul-Haq gesticulando al lado de dos guardias que lo acompañaban. Al-Biruni también lo vio.

—Vamos dentro, Muhammad. Pronto registrarán todos los aposentos.

Lilya apareció ante sus ojos cubierta con la abaaya y el niqab negros. Parecía una sombra, una figura sin forma definida expectante ante lo que aquellos dos hombres decidieran.

—Hemos considerado devolverte a la casa de tu padre —le anunció Al-Biruni con tono severo.

—¡No lo hagáis, por favor! —La muchacha se arrodilló y se postró ante ellos gimiendo—. ¡Os lo suplico!

Muhammad estaba fastidiado con aquella situación.

—¡Calla, muchacha! ¡Ante todo obedecerás lo que acordemos!

La miró postrada en el suelo pero no sintió pena alguna; era más poderoso su enfado.

—El caso es que las tropas turcas van a invadir todos los caminos y nuestro regreso a Samarkanda es muy peligroso —dijo Muhammad—. Pero según la sharia[xlviii] ninguna mujer debe de ir acompañada de alguien que no pertenece a su familia, así que… ¡y que Allah nos perdone a todos!, si alguien pregunta diremos que eres mi hermana para evitar suspicacias y que corras el riesgo de ser lapidada.

Al-Biruni asintió corroborando lo que decía su amigo.

—Viajarás con nosotros a Ispahán. Después de todo, la casa a donde nos dirigimos es la casa del primo de tu padre; él es tu tío, tiene esposa e hijas y podrá hacerse cargo de ti como es debido.

Lilya levantó la cabeza conforme con aquella decisión que la llevaba a seguir al lado de Al-Biruni. Bajo el velo de su niqab hizo una mueca de conformidad. Muhammad dijo a Al-Biruni:

—Deberías escribir a su padre y explicarle lo sucedido.

En el exterior se oyeron los reclamos de Ibrahim Ul-Haq protestando y quejándose ante los guardias.

—¡No hay tiempo, vámonos!

Recogieron su equipaje y salieron a toda prisa para mezclarse con la gente que abarrotaba de nuevo el patio del caravansar.

Y ahora, en aquella noche estrellada, Muhammad observaba a Lilya y Al-Biruni mientras bebían su té. Al-Biruni le hablaba a la muchacha de los nombres de las estrellas y ella asentía admirada.

—El sol, la luna y las estrellas giran alrededor de otras estrellas en una elipse denominada zodíaco —explicaba señalando hacia el firmamento repleto de las luces de la noche.

—¿Las has contado alguna vez?

Al-Biruni sonrió. No sólo las había contado sino que les había dado nombres.

—En una noche sin luna, he podido contar hasta tres mil.

—¡Tres mil estrellas! —exclamó ella admirada alzando de nuevo su rostro al cielo.

Al-Biruni extendió su dedo índice y señaló hacia el norte.

—Ahí tenemos a Ad-dubb al-akbar[xlix] y Ad-dubb al-asghar[l] con la estrella Alfa al final del timón del carro, la estrella Polar.

Lilya escribía en la arena aquellos nombres que le parecían música.

—Veo que tu padre te enseñó a escribir…

Lilya sonrió.

—Acudí a la casa del maestro Abdelkader dos años y allí aprendí cálculo, gramática y también algo de poesía.

Al-Biruni asintió, complacido.

—Tu padre quiso que aprendieras para que comprendieras el mensaje que Allah nos dejó en el Corán… El Profeta —que Allah exalte su mención y lo proteja de las imperfecciones—, dice que es bueno que la mujer también acceda al arte y a la cultura.

Ella sonreía, pero luego callaba y se sumía en un extraño silencio que hacía que Al-Biruni se sintiese incómodo. Él se debatía entre la extraña emoción de haberse encontrado con ella en Charjëw y la conveniencia de ayudar a alguien que había quebrantado las normas, desobedecido a su padre y huido de su futuro esposo. En realidad temía la fortaleza de aquella muchacha, temía su carácter indómito.

Lilya llevaba ahora un hijab sobre sus cabellos, que aunque cubría buena parte de su rostro y el cuello, dejaba al descubierto parte de su cicatriz, que era un interrogante para Al-Biruni.

—Esa marca de tu rostro…

Ella no quería hablar de ello y agradeció que un viajero se les acercara para pedirles unas hojas de té, distrayendo a Al-Biruni.

En cuanto se retiró a dormir, el astrónomo comenzó una carta para Abu Nasr Mansur que a su llegada a Ashjabad entregaría al correo.

3

Tracia, mes de marzo.

Dejaron atrás el paso de Shipka a través de los Balcanes y atravesaron la fértil llanura de Adrianópolis. En uno de sus descansos, Aldo quiso saber más del pergamino que llevaba Ersbetta y del libro que iba a buscar.

—Me gustaría ver qué es lo que nos va a hacer embarcarnos.

—Está cosido a mis ropas, Aldo, y prefiero dejarlo así hasta que sea el momento en que lo necesitemos.

—Entonces háblame de él; háblame de la magia, Bettina.

Ella lo hizo y le enseñó también la cruz que llevaba colgada al cuello; la cruz de plata que le había entregado Gerbert d'Aurillac. Le habló de su conocimiento de las plantas y de su vida en Salföld como curandera, pero no le habló de la magia, no cuando su confianza en Aldo había menguado.

Llegado el equinoccio de primavera llegaron a Constantinopla, la Grande. Aldo quedó absolutamente maravillado cuando tuvo ante sí las imponentes murallas de aquella ciudad que se recortaban contra el Bósforo, separando Occidente de Oriente.

La caravana tuvo que guardar cola, pues eran numerosos los peregrinos que querían entrar en la ciudad. Los séquitos de gente importante venida de Oriente pasaban en primer lugar con toda su comitiva de camellos, magníficos caballos adornados con las mejores monturas y gran profusión de criados de piel negra. Después entraban los emisarios europeos, los comerciantes y, en último lugar, el pueblo llano, con sus carretas y sus monturas repletas de verduras, de cereales, de frutas. El ganado entraba vivo en la gran ciudad para después desaparecer en las bocas de los casi un millón de habitantes que tenía la gran ciudad.

El sol de aquel día de primavera se colocó en la posición del mediodía cuando Nanya, que caminaba junto a la carreta al lado de Masika, sintió que todo daba vueltas a su alrededor y se desplomó sobre aquella tierra de color pardusco. Aldo la izó en sus brazos y la colocó junto a la muralla, a la sombra.

—Si está enferma no os dejaremos pasar, señor —le dijo un guardia, acercándose.

—No está enferma. Sólo se ha desmayado. —El guarda se encogió de hombros y siguió su ronda por la fila hacia la puerta de la ciudad.

Ersbetta dejó a Masika a cargo de la carreta y los animales y mojó la cara de la niña con un poco de agua de su odre. Nanya recuperó el sentido y abrió los ojos, confusa, sin saber dónde se encontraba. La subieron a la carreta y bebió y comió un poco de pan con leche recién ordeñada de un lechero que iba tras ellos en la fila. Poco a poco, a su rostro acudía el rubor.

—No hay mejor leche que la de mis vacas. Se la vendo a los monjes de la iglesia de San Benito para la elaboración de sus quesos especiales —decía el hombre aceptando las monedas que le entregó Ersbetta—. Vuestra hija está muy pálida y delgada… ¿De dónde venís, señora?

Poco después les llegó el turno de entrada, pero uno de los guardias, el mismo que se habían encontrado antes recorriendo la fila, les impidió el paso.

—Esa niña está enferma y no se os permite el paso a la ciudad.

—Ma che cosa dice? —El toscano agitaba los brazos y gesticulaba tratando de hacer comprender al guardia que Nanya sólo se había mareado.

—Dejen paso, por favor...

Aldo comenzó a discutir con él mientras veía cómo el lechero pasaba delante de ellos.

Entonces Ersbetta recordó algo. Bajó de la carreta y rebuscó en el cofre clavado en la parte trasera.

El guardia calló cuando aquella mujer le mostró el documento que Gerbert d'Aurillac, en calidad de arzobispo de Rávena, le había entregado a Ersbetta en el castillo de Veszprém. Aunque no sabía leer conocía perfectamente los sellos que firmaban los salvoconductos.

Entraron por la puerta de Poliandro y cruzaron la triple muralla hasta detenerse junto a una fuente cercana donde Tor bebió y Aldo preguntó a los transeúntes por una buena hostería.

—¿Te encuentras mejor, Nanya? —le preguntó Ersbetta examinado sus cabellos en busca de piojos. También colocó sus dedos sobre aquellas finas muñecas y vio que su pulso era bueno, pero desde que salieron de Sredets sus ojos estaban tristes y su apetito no era el mismo.

—¿Le ocurre algo a la niña? —Víktor Zichy, montado en su caballo, se detuvo junto a ellos.

—Está cansada, eso es todo —dijo Aldo.

—Me alegro, entonces —y dirigiéndose a Ersbetta añadió—: Mi caravana emprende el camino de regreso dentro de tres semanas; si deseáis volver para entonces, podéis encontrarme en la taberna del Tuerto, en el barrio de los pescadores.

Ella negó con la cabeza.

—Tardaremos más tiempo en regresar, señor Zichy —Había olvidado el incidente del broche; pero si volviera a casa, no lo haría en su caravana, de eso estaba segura.

—¡Hasta la vista, entonces! Ha sido un placer conocerla —exclamó haciendo un ademán. Pero antes de espolear a su caballo, se dirigió a Aldo.

—Cuídalas, Tomassi. —Y seguido de dos de sus hombres se perdió entre el gentío.

—Es hora de que busquemos alojamiento —dijo Aldo—. ¡Andiamo!

La ciudad, capital del imperio bizantino, bullía de ambiente, de lenguas y vestimentas y, además de sus propios ciudadanos turcos era colonia de comerciantes judíos, árabes, genoveses y catalanes que se agrupaban por barrios donde vivían y efectuaban sus provechosas transacciones. Desde la carreta, los cuatro observaban a su alrededor asombrados, maravillados ante aquella gran ciudad que se les presentaba enorme y difícil con su profusión de iglesias cristianas, sinagogas de donde salían judíos con libros bajo el brazo y mezquitas de altos alminares. Desde uno de ellos oyeron cómo alguien cantaba en una lengua extraña, y en varias iglesias cercanas las campanas llamaron a misa a sus fieles.

Tor dormía al lado de Masika, mecido por el vaivén de las ruedas sobre el suelo adoquinado y por el maravilloso olor nuevo que era el mar. Se cruzaron con un grupo de mujeres ataviadas de negro de cuyo rostro apenas si se podían ver sus ojos.

—Deben haber sido castigadas por algo —aventuró Aldo, sin comprender aquella vestimenta.

Se instalaron en una casa de huéspedes con un patio donde podían dejar la carreta y los animales. Comieron arroz con verduras asadas y pan de cebada, y a Aldo se le antojó pedir un filete de carne sazonado con garum, pero ni tan siquiera esa salsa pudo enmascarar que estaba en mal estado. La devolvió a la posadera y pidió pescado asado con especias, que resultó delicioso y compartieron todos. Masika y Ersbetta apenas comían carne y Nanya, por deferencia, hacía lo mismo.

—¿Estás mejor, Nanya? —le preguntó Ersbetta cogiéndole la mano.

Nanya asintió, sonriendo, pero no era verdad. Si caminaban rápido, le costaba respirar, y sentía sus piernas débiles y sin fuerza.

Al día siguiente, mientras ellas hacían una buena colada de ropa sucia en uno de los lavaderos públicos, Aldo se acercó al puerto, en el extremo sur del Bósforo, tan grande y próspero como la ciudad. Allí se cargaban y descargaban todo tipo de mercancías: grano, pesca, telas, maderas, especias… y esclavos. Abundaban las galeras, los veleros, los galeones bizantinos de veinticinco remos por banda, así como barcos mercantiles de poco calado para el embarque de tropas y peregrinos.

Los marineros se cruzaban con los soldados, siempre pendientes de cualquier ataque probable de la tribu de los selyúcidas; también con las ancianas tejedoras de redes, con los carpinteros o con los estibadores, todos envueltos en la vorágine que traía la primavera, cuando comenzaba el tráfico marítimo. En esos días el trabajo se les acumulaba debido al naufragio de ocho navíos venecianos que perecieron bajo una terrible tormenta. Apenas a una milla de la costa, zozobraron y se hundieron llevándose consigo la vida de un centenar de personas. Las tareas de recuperación de los restos de los barcos, sus bienes y los cuerpos de sus tripulantes fallecidos había atraído a multitud de curiosos y voluntarios, pero también atraía a los amigos de lo ajeno, que trataban de beneficiarse capturando las mercaderías que llegaban vadeantes a las orillas.

El italiano buscó a algún compatriota entre los comerciantes que daban órdenes a los estibadores, pero sólo veía a judíos que escribían sobre unas tablas mientras otros hacían cálculos con ábacos sentados tras unas pequeñas mesas. Los judíos, inconfundibles con sus caftanes negros y sombreros de ala estrecha, eran los comerciantes más respetados por su honradez y eficacia y eran los más solicitados a la hora de contratar las tripulaciones y de fletar los barcos. Si no había más remedio tendría que negociar sus pasajes con un judío, pero antes de eso quería seguir buscando. Para su suerte, no tardó mucho en oír el bello acento de la región de Liguria en los labios de un hombre de anchas espaldas y pelo cano que gesticulaba dando órdenes.

Mientras se acercaba a él, el eje de la rueda de una carreta que transportaba grandes troncos de madera se partió de repente haciendo que su carga volcara hacia un lado, peligrosamente cerca de donde se encontraba dando órdenes el hombre del pelo cano. Aldo se abalanzó hacia él derribándolo y apartándolo del peligro mientras recibía el impacto de dos de los troncos en su pierna derecha. Dos estibadores se apresuraron a asegurarse de que su jefe se encontrara bien, pero él les gritó que atendieran a Aldo, tendido en el suelo.

—Muchas gracias, amigo, pero has sido un insensato —dijo el hombre tendiéndole la mano—. Soy Girolamo d' Adagio, de la ciudad de Génova.

—Aldo Tomassi, de San Gimignano.

—¡Oh, de la bella Toscana! —exclamó el genovés sonriendo y ofreciendo a Aldo un buen trago en la taberna del puerto.

Caminando hacia la tasca Aldo volvió la cabeza hacia el este, de donde de nuevo oyó aquel extraño canto que se extendía por toda la ciudad.

—¿Qué es eso?

—Es la llamada a la oración para los musulmanes. Cinco al día, nada menos.

Aldo comprendió.

—¿Y qué te ha traído a Constantinopla, amico?

—Me dirijo a Alejandría.

—Entonces estás de suerte —sonrió—. Dentro de dos meses, si Dios tiene a bien, saldrá uno de mis barcos con ese destino.

—¿Dos meses?

—Ahora las corrientes no son buenas para navegar; además, han sido avistados barcos de piratas sarracenos y tengo que proteger las mercancías que transporto. Aunque si vuestra necesidad de viajar es inmediata, siempre podéis embarcaros con mi competencia, pero no os garantizo un buen viaje.

Se oyeron gritos fuera de la taberna. El señor Girolamo pidió disculpas a Aldo y salió de la taberna para dar unos cuantos gritos a unos estibadores. Después regresó y preguntó a su compatriota:

—¿Puedo preguntar a qué te dedicas, Tomassi?

Aldo titubeó, pero Girolamo le acababa de dar una idea.

—Me gustaría comerciar con algún producto exótico que pueda ser interesante para los señores feudales. Tal vez….perfumes, tal vez objetos de lujo…

El genovés observó sus gestos, algo nerviosos.

—Mmmm… admiro tu valor, Tomassi, pues siempre es una empresa de riesgo inmiscuirse en las tierras de los árabes pudiendo hacer aquí mismo los negocios; además, tengo entendido que el de los perfumes es un mercado cerrado. Yo mismo me limito a enviar mis barcos para recibir buenos cargamentos de especias y después distribuirlas aquí. Supongo que ya sabes que los árabes son desconfiados y que no es fácil para un cristiano hacer tratos con ellos… Los judíos son otra cosa, serios, inteligentes, fiables…

—Aún así, quisiera intentar abrirme un hueco.

—Pero tendréis contactos, amistades en esa tierra…

Aldo negó con la cabeza.

—No comprendo, entonces…

—Espero tener suerte. ¿Más vino?

Mientras les servían, en la mente de d' Adigio comenzó a brotar una idea que no por descabellada era imposible.

—¿Cómo tenéis previsto efectuar el pago de vuestras transacciones? No pretenderéis llevar vuestro capital encima, ¿verdad?

Aldo estaba en un aprieto. ¿Capital? Algunas monedas de plata que le servirían para los pasajes y los víveres. Poco más…

—Bien, aún no tengo determinado cuanto necesitaré, ni conozco el valor de las monedas de Egipto…. —respondió vagamente.

Girolamo lo observó, dudando. Desde luego que el aspecto de las ropas de Aldo no le daban un aire acaudalado, pero en los tiempos que corrían no se podía saber con certeza a cuánto ascendía la fortuna de un hombre por su aspecto. De todos modos, la determinación de aquel toscano por viajar a Egipto le mostraba que su interés era importante, y eso a él podía reportarle buenos beneficios.

—Está bien, está bien… Sea lo que sea de lo que dispongáis, puedo aportar algunos fondos si nos convertimos en socios, tengo que aprovechar mi suerte…

—¿Vuestra suerte? No os comprendo, Girolamo.

—Supongo que os habéis enterado de la terrible desgracia, del naufragio de los ocho navíos venecianos... Pues os contaré que mis barcos, que tenían previsto el regreso por las mismas fechas, regresaron con varios días de adelanto, por lo que se libraron de la desgracia. ¿Lo entendéis? ¡Me he librado de la quiebra! Y no olvidemos que gracias a vuestra intervención me he librado casi de la muerte. ¡La suerte está de mi lado! —Girolamo miró por el ventanuco de la taberna hacia el mar gris y con aire triste le dijo a Aldo que un gran amigo suyo, el armador turco Tügril Shag, abrumado por las pérdidas, se había suicidado la noche anterior lanzándose muralla abajo.

—Es por esa razón que deseo invertir en vuestro negocio, Tomassi. Si lográis entrar en el mercado de los perfumes estoy seguro de que nos reportará grandes beneficios.

Aldo estaba asombrado de que la buena suerte también estuviera poniéndose de su lado, y más aún cuando d' Adigio le anunció:

—A vuestra llegada al puerto de Alejandría buscaréis a mi corresponsal, Roger Desclot, que pondrá a vuestra disposición uno de mis barcos cuando tengáis a punto la mercancía. Además, os facilitaré un contacto que puede sernos de gran utilidad.

—¿Un contacto?

—Conozco a un joven egipcio que ha trabajado como guía de comerciantes. Tal vez él pueda introducirnos, pues tiene familia en Alejandría y es un chico listo —El señor Girolamo se acarició el mentón y añadió—: ¡Eso es! Alí puede ayudarnos, ¿por qué no?

Antes de que cayera la noche compartieron una nueva jarra de vino especiado y caliente.

—¿Dónde os alojáis, Tomassi?

—Cerca de un gran mercado turco…

—¡Ah! El Gran Bazar —apuntó el genovés—. Hay varias buenas casas de huéspedes allí. —Y añadió—: Pero sigo sin comprender… una mujer, dos niñas y nada menos que un perro… ¿os habéis vuelto loco? Lo más sensato es dejarlas aquí en Constantinopla. En caso contrario deberíais contratar por lo menos dos criados sólo para vigilarlas, pues algunos marineros son gente peligrosa, ya sabéis, sin contar que entre los pasajeros siempre puede haber ladrones, gente de mal fiar, presos huidos…

Aldo se mordió los labios, dudoso. No sabía de marineros más que de oídas. No sabía del mar más que lo que estaba viendo desde ahí, desde el puerto. Pero no podía decirle a Girolamo que la que en verdad necesitaba viajar a Egipto era Ersbetta…

—Si el barco es atacado por sarracenos, las mujeres, en especial las jóvenes, serían un buen botín —aseguró Girolamo.

—No puedo dejarlas aquí…

El genovés apuró su bebida y le dijo:

—Alí es un muchacho joven y fuerte y os será de ayuda si os veis envuelto en alguna refriega, pero insisto que yo me pensaría dos veces lo de viajar con mujeres… ¡Qué locura!

Uno de los clientes se subió a un barril y en mitad de su embriaguez comenzó a anunciar a los presentes que el naufragio de los navíos predecía grandes males para la ciudad. Pero los marineros y los comerciantes estaban cansados y no querían oír malaventuranzas. Le abuchearon y le lanzaron huesos de oliva para que callara de una vez y siguiera bebiendo. Pero sus avisos resultaron ser ciertos, y todos recordaron sus palabras varios días después.

Habían vendido la carreta, las gallinas, la mula y el asno, con gran pena por parte de las niñas, pero era necesario para evitar gastos innecesarios de transporte. Tras pagar sus pasajes ya sólo les quedaba esperar el día de la partida. Gracias a la intervención del genovés, se embarcarían en una galera mercante cuyo capitán y cómitre eran de plena confianza. Por una módica suma extra cuidarían el honor de las mujeres. Asimismo, tomaron a su cargo al joven recomendado por d'Adigio: Alí Hekmet, de veinte años y porte fornido que tal y como le había explicado, había trabajado como asistente de comerciantes, en muchas ocasiones judíos, en su viaje hacia el sur. Era musulmán, hablaba varias lenguas y además de su túnica y caftán de color gris y su turbante enrollado a la cabeza, siempre llevaba consigo un saz, un laúd turco que tocaba a la menor ocasión.

—¿Un musulmán amigo de judíos? —Aldo no estaba muy seguro de tener a su cargo a un mozo de esas características, pero d' Adigio lo convenció.

—Es de plena confianza, amigo. Olvida tus prejuicios.

Esperando la salida del barco, Aldo se internó muchas tardes en el puerto para oír las conversaciones de los comerciantes, los precios a que eran sometidas las mercaderías, los modos de transporte. Observó la manera de negociar de aquellos que se dedicaban a traer de Oriente telas, sedas y metales preciosos para surtir el mercado local destinado a proveer a los más ricos y poderosos, aquellos que necesitaban los objetos de lujo para diferenciarse de la plebe.

Pocos días antes de la partida y viendo que no renunciaba a la idea de viajar con su familia, Girolamo d' Adigio aconsejó a Aldo que llevaran provisiones para doce días, sin olvidarse de un buen vino para retirar de la boca el mal gusto de los vómitos que seguro habían de tener; también deberían llevar algún aparejo de pescar, ropa de abrigo y algo de fruta, y que ante cualquier problema acudieran al cómitre o al capitán, en nombre suyo, y sobretodo que las mujeres estuvieran vigiladas en todo momento. En cuanto a Tor, tendría que viajar en la bodega, con el resto de los animales, a no ser que el capitán permitiera tenerlo en cubierta.

—Te deseo un buen viaje, Tomassi. Que el viento y el mar te sean propicios —dijo despidiéndose de Aldo con un fuerte apretón de manos. Momentos antes le había entregado una carta de pago que debía mostrar a su llegada al puerto de Alejandría en el muelle donde descargaban sus barcos. Su corresponsal allí le daría las instrucciones precisas y le entregaría el dinero prometido, pero sólo cuando el negocio estuviera en marcha y mostrara garantías de solvencia o una suma similar a la que aportaba d' Adigio. Aldo Tomassi, el antiguo vendedor de cuchillos, peines, espejos y sartenes se convertía en comerciante… Era un buen cargo para viajar hacia lo desconocido, hacia una tierra desconocida que se le antojaba maravillosa.

En la tarde entraron en el abarrotado mercado turco y se aprovisionaron de todo lo necesario para el viaje, tratando siempre de conseguir un buen precio regateando con los dedos, sonriendo cuando aceptaban el precio. Apenas sí podían caminar entre el bullicio de gentes, de animales, de carros, de puestos de cuerdas, de vasijas, de fruta, de telas, de pistachos y dulces con miel. Olía a la carne que asaban en grandes pedazos, a pescado frito y a especias…Se oía el grito cercano de unos vendedores de panes de sésamo, y cuando llegaron a su altura compraron unos cuantos, grandes y crujientes, de sabrosa miga. Nanya estaba encantada, feliz, maravillada de tantas cosas y tanta gente. No pudo evitar detenerse a contemplar los puestos de especias, dispuestas en sacos mostrando al cliente toda una gama de vivos colores, luciendo su color y aroma, desde el amarillo de la cúrcuma hasta el negro de la pimienta.

Ersbetta estaba admirada de los puestos de telas de colores que jamás había visto; tejidos de seda púrpura y alfombras de gruesa lana teñidas de añil. Imaginó el suelo de su pequeña cabaña de Salföld cubierto por una de aquellas alfombras y sonrió: Las gallinas que entraban y salían de continuo la hubieran estropeado enseguida… Vieron también los lujosos puestos de perlas y piedras preciosas protegidos por soldados. Oriente debía de ser un lugar mágico si de él traían aquellas mercancías. Nanya se acercó a oler un ramillete de hierbas violáceas que le mostró un vendedor y sintió que se mareaba. Ersbetta se agachó junto a ella y tocó su frente.

—Es el calor y la multitud, Bettina. ¡Es hora de salir de aquí! —Cargó a Nanya sobre sus hombros y la niña, desde su altura privilegiada, respiró hondo mientras admiraba la algarabía de gentes que se afanaban de un lado a otro sorteando carros, puestos, muchachos a la carrera, gallinas desperdigadas y perros flacos buscando desperdicios que roer.

Antes de abandonar el mercado tuvieron que cruzar la plaza principal donde un grupo de hombres voceaba encaramado a una tarima. Junto a ellos, una decena de mujeres de largos cabellos negros atadas de manos.

—Es un mercado de esclavas musulmanas —dijo Aldo, pues el señor Girolamo ya le había hablado de ello en sus tardes de charlas en el puerto.

—¿Las venden? —preguntó Ersbetta alarmada—. ¿Las venden como reses?

Salió de aquella plaza con la sensación de dejar abandonadas a aquellas mujeres a su suerte. Venían de un país extranjero habiendo sido capturadas a la fuerza, separadas de sus familias y sus lugares conocidos para recalar en una plaza y ser vendidas al mejor postor como si fueran caballos. Ersbetta no quería pensar en cómo sería su futuro, pero no pudo evitar sentir un estremecimiento.

En la hospedería, mandó traer agua caliente para bañar a las niñas. Con la ropa interior puesta, las dos se metieron en la tina humeante y se frotaron bien con una pastilla de jabón. Ersbetta se dio cuenta de que Nanya estaba muy delgada y que tal vez ahí radicaba su falta de fuerzas. Había hecho un largo viaje y su cuerpecito acusaba el cansancio.

Mientras ella traía la cena las niñas se relajaron en el agua humeante. Al regresar, Masika se incorporó y con la ropa interior chorreando, se despojó de ella y se frotó un poco el cuerpo con la pastilla de jabón. Cogió el lienzo que su madre le había dejado preparado sobre una banqueta, se secó y se vistió con una túnica limpia.

—¿No sales del agua, Nanya?

Ella asintió, se levantó con cuidado y tras quitarse la ropa interior aceptó temblorosa el lienzo que Masika le tendía. Se cubrió enseguida y miró a Ersbetta, que se acercaba a la tina.

—Ahora me toca a mí… ¿no?

Mientras las niñas comían naranjas endulzadas con miel, ella se quedaba adormecida en el baño, relajada, pensando sin saber porqué en Gyula Déak, el panadero de Salföld, y en Gretta, la mujer del padre Ladislav. Aldo entró y la vio adormilada dentro de la tina. Corrió la cortina que separaba la estancia donde ya dormían las niñas y sonrió mientras se quitaba las botas.

La tarde siguiente subieron a una de las colinas del norte de la ciudad y contemplaron el Bósforo, de aguas doradas en aquella hora, protegido por las murallas que maravillaban a Aldo. Estaba sentado en la hierba junto a Ersbetta mientras las niñas se unían a los juegos de unos niños turcos.

—¿Estás seguro, Aldo? ¿Estás seguro de lo que vamos a hacer? —le había preguntado mientras contaba las monedas que había conseguido por la venta de los animales. Palpó la bolsa donde guardaba el broche de la princesa y pensó que en caso necesario tal vez debería venderlo, pero esperaba no llegar a ello. Era un broche de bronce hermoso como pocos y cuando contemplaba la cruz celta que tenía grabada, su mente se veía transportada hacia imágenes de bosques, de lagos plácidos, de criaturas invisibles a los ojos comunes. No, no era fácil que lo vendiera.

Aldo le habló de sus reticencias a emplear a Alí, que había trabajado con judíos.

—Pero él no es judío, es musulmán; y aunque así fuera, ¿quiénes somos para juzgarle por sus creencias? ¿Qué importa a qué Dios adore?

Aldo titubeó. El odio a los judíos estaba muy arraigado, y aunque él no lo sintiera en su corazón, no podía evitar dejarse llevar por las corrientes de la sociedad.

—Yo no adoro a tu Dios cristiano, Aldo; yo adoro a la Diosa primigenia, a la Diosa Madre, adoro a la Luna y a la Tierra. ¿Me excluyes por ello?

—No, pero…

Ersbetta sonrió; lo cogió de la mano y le dijo:

—Vamos hacia Oriente guiados por sueños, guiados por un viejo pergamino. No sabemos qué encontraremos allí, ni si nos espera la muerte. El arzobispo Gerbert dijo que el fin del mundo llegará el último día de este año, que las profecías y los astros así lo indican… Dijo que estaba escrito que la última generación del sabio Thoth regresaría a Egipto, pero aún no sé si nuestra llegada detendrá ese terrible fin. Sé que he de ir a la ciudad de El Cairo y buscar una gran estatua, la Esfinge, y bajo ella, una biblioteca.

—¿Y el pergamino? ¿Está relacionado con esa biblioteca? ¿Y la cruz? —preguntó Aldo.

Ella se encogió de hombros.

—Los objetos nos guiarán; no sé mucho más. Sólo que ése es mi destino, pero no estoy segura de si es el tuyo, Aldo.

—Tu destino es el mío ahora, Bettina —le dijo—. Y he pensado que tal vez… podríamos…

Ella no le atendía. Contemplaba el mar en calma, dorado, resplandeciente.

—Tal vez podríamos… ir a ver a un sacerdote.

Un sacerdote… ese nombre hizo aparecer en su memoria el rostro del padre Ladislav, y sintió en su piel el calor de las llamas que la habían esperado para llevarla a la muerte. Se estremeció y volvió el rostro molesto hacia él.

—¿Cómo dices?

Él bajó la mirada, avergonzado.

—Bueno… mi intención es proteger tu honra. Sabes que no está bien visto el concubinato… pero si tú no quieres…

El concubinato, con que era eso. Ella sonrió levemente y recordó a Zoltán.

—El matrimonio es para los ricos, Aldo.

El toscano sintió una leve punzada en su corazón, pues no había sido correspondido como esperaba.

De vuelta al centro de la ciudad se detuvieron en un puesto callejero para comer unos pedazos de carne de cordero asada llamados kebab. Emprendían el regreso a la hospedería cuando una sombra comenzó a ocultar la superficie de la luna llena de aquella noche.

—¡No miréis! —advirtió Aldo a las niñas—. Dicen que el espíritu se encoge, se reseca y muere sin remedio…

Ellas lo miraron alarmadas mientras Ersbetta las cogía de las manos.

—Apresurémonos —dijo preocupada—. No sé si eso es cierto, pero si sé que no es bueno estar al sereno cuando la luna se esconde.

Corrieron a buscar resguardo. Los eclipses eran nocivos para todos, pero de forma especial para las mujeres encinta, pues sus hijos podían salir ciegos, e incluso se creía que en las fuentes el agua salía envenenada mientras durara el fenómeno. ¿Sería un mal presagio para el viaje que tenían que emprender?

Mientras corrían, comenzaron a caer con fuerza pequeñas piedras de granizo que se acumularon como nieve en las calles. Y tras el granizo apareció una lluvia rojiza que ensució sus ropas y se posó como un manto siniestro por toda la ciudad, donde se hizo el silencio. Ersbetta ya había vivido otras lunas como aquella, lunas de sangre… Se acercaban tiempos difíciles.

Pasaron cerca del gran obelisco erigido en honor de Teodosio II sin darse tiempo para admirar los jeroglíficos que estaban tallados en él, y pasaron también junto a una casa en cuya fachada estaba dibujada la efigie de un cerdo, lo que indicaba ser una chacinería. De ella salieron mujeres ataviadas con largas túnicas oscuras y pañuelos cubriendo sus cabellos que cargaban paquetes envueltos bajo el brazo. Tor olisqueó el delicioso aroma de carne fresca que salía de aquellos bultos, pero su olfato en seguida desvió la atención, pues otro olor, el del peligro, se acercaba a ellos. En seguida vieron como una columna de humo se alzaba en el aire tras las cúpulas de la parte norte de la ciudad. No pasó sino un instante en que cientos de campanas empezaron a repicar.

Aldo las dejó en la puerta de la hospedería y caminó calle arriba para averiguar qué estaba sucediendo.

—¡Primero el naufragio de los navíos, y ahora esto! —exclamaba un aguador que corría calle abajo con sus recipientes de agua balanceándose en su espalda —.¡Maldición! ¡Maldición!

Las últimas casas de la parte alta de la ciudad estaban siendo desalojadas por estar colindantes con los depósitos de trigo que estaban ardiendo. Con el eclipse en su apogeo, todas las miradas se dirigieron hacia el cielo y otras muchas se dirigieron hacia el altar de la iglesia de Santa Sofía, suplicando piedad; otras, hacia las mezquitas, donde también empezaban a congregarse los fieles.

Las gentes temían la llegada de la muerte, la que influida por aquellos fenómenos del cielo se cerniría sobre los cementerios provocando que los difuntos salieran de sus tumbas. Cesaron los divertimentos, las carreras de carros del hipódromo; y en las casas comenzaron las plegarias, los arrepentimientos. Algunos apedreaban a los jorobados para que no se acercaran a ellos y otros entraban en tropel a las tabernas para beber hasta perder el sentido.

La luna, oculta, rodeada por un círculo de sangre, parecía reírse de las tribulaciones de los hombres que intentaban apagar el incendio del norte de la ciudad, y a ella se unió un viento inesperado que comenzó a soplar de este a oeste extendiendo las llamas hacia un bosque cercano. Con la luna oscurecida, el fuego incontrolado iluminó la ciudad.

Durante tres días el incendio quemó de forma incontrolada, alcanzando pueblos y aldeas, más allá de diez millas a la redonda.

"*…Y se produjo granizo y fuego mezclados con sangre, y fueron arrojados sobre la tierra. Y la tercera parte de la tierra fue quemada, y la tercera parte de los árboles fue quemada, y toda la hierba verde fue quemada*." [li]

Cuando el eclipse terminó su funesta presencia, Ersbetta aprovechó que Aldo estaba charlando con el posadero en el patio para llamar a su lado a las niñas. En el cuarto de la hospedería, varias velas colocadas en círculo alzaban sus llamas encendidas hacia el techo ennegrecido de la habitación. Un cuenco con agua y otro con tierra completaban el círculo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nanya.

—Cojámonos de las manos —dijo—. Y repetid conmigo.

Así lo hicieron, rodeando las velas que habían sido frotadas con hierba de romero para disipar las malas energías:

—Diosa de la Tierra,
a ti te invocamos.
Diosa del Agua,
A ti te invocamos.
Diosa del Fuego,
A ti te invocamos.

Bendícenos con tu poder,
Bendícenos con tu gracia,
Ven con nosotras que te adoramos,
Ven con las que te servimos
Y protégenos de todo mal y de todo enemigo.
Envuélvenos con tu magia
Y aleja los maléficos designios.

Te damos gracias Madre Tierra, Diosa Madre,
Una y Todas.
¡Compadécete de nosotras y nuestro destino!

Las velas parpadearon a la vez y a su alrededor sintieron un leve susurro como el de la brisa entre los árboles. Ersbetta, en la penumbra de aquella habitación, vio algunas sombras y su corazón se sobresaltó por ello: Que estuvieran protegidas no quería decir que estaban libres de vivir infortunios.

—Es tu turno, hija mía. Llama a las visiones del futuro…

Masika la miró sorprendida pero agachó la cabeza y cerró los ojos tratando de concentrarse. Hacía mucho tiempo que su madre no le pedía que hiciera aquello. Sintió respeto, pero no miedo, pues era muy joven y el futuro era para ella algo lejano, casi irreal. Ersbetta la miró y supo que estaba cerca el día en que su don se manifestaría en toda su plenitud.

La oscuridad tras los ojos de la niña derivó a mezclas de colores que en seguida formaron un remolino mareante. Evocó su casa en Salföld, el arroyo y la cueva de los lobos. Para llegar al futuro debía asirse al presente.

—Veo el agua correr, veo las ardillas tratando de saltar de una rama a otra… Veo las cenizas de nuestra casa… veo las piedras negras del hogar.

—Bien, hija; lleva ahora tu mente a la cueva de los lobos.

—Duermen… la madre loba ha tenido crías.

—Muy bien, Masika. Concéntrate en la madre loba. ¿Qué hace?

—Está sentada a la entrada de la cueva. Sus ojos miran hacia la luna.

—Mírala, Masika. Mira a los ojos de la madre loba.

Ella así lo hizo. Y sus ojos se posaron en los del animal, como un pájaro en una rama. Nanya miraba asombrada la expresión del rostro de Masika, pues parecía sentir un gran dolor debido al esfuerzo de su mente.

—Veo un lago dentro de una cueva… y dos hombres con turbante que se alumbran con teas. Ahora puedo ver… una gran sala, y en sus paredes hay dibujos pintados con colores brillantes, dorados y rojos; pero no comprendo qué significan.

Masika soltó las manos de Nanya y su madre y abrió los ojos. Su visión se había esfumado.

—No te preocupes, hija. Lo has hecho muy bien.

Una vez retirado el círculo, Masika se sentó sobre las mantas junto a Nanya y le dijo:

—Con ese ensalmo, ya has hecho magia, Nanya. El siguiente paso será enseñarte a partir las nubes.

Ersbetta rió al ver la cara de asombro de la pequeña.

Masika estaba feliz de volver a realizar un conjuro, de haber invocado visiones, pues acababa de sentirse como en casa, en su pequeña casa del bosque donde su madre y ella mezclaban hierbas y secaban flores; allí donde cerca del lago bailaban a la luz de la luna mientras los búhos las acompañaban con su canto, mientras los lobos aullaban en la colina oyendo sus risas.

Ersbetta entregó a las niñas un pedazo de pan con queso y se sentó junto a Tor contemplando a sus niñas, que parloteaban mientras comían. Sí, era bueno que Masika explicara a Nanya cómo hacían para dirigir las nubes para que viajaran hacia el punto cardinal que ellas deseaban; era bueno que comenzara a hablarle de quienes eran. Nunca debían olvidarlo.

Aldo entró en la habitación y se sentó con ellas para compartir el pan y el queso. Cerca de allí, en el cuarto principal de la hospedería, la posadera acostaba a sus dos hijos. Tras cubrirlos con una manta se llevó una mano al pecho aún temeroso por el eclipse y con la voz trémula se dirigió a los pequeños:

—Dormid, hijos míos; pero antes vamos a pedir bellos sueños…

Los niños, con sus voces cantarinas, recitaron a la vez, invocando protección a los Siete Durmientes:

—Yemliha, Sazenus, Mekselina, Debernus, Meslina, Mernus y Kefetatyus… a vosotros acudimos para que tras la Oscuridad de la noche, regrese pronto la Luz.

Ersbetta no era la única que acudía a aquello que está en los otros mundos. Tantas otras personas hacían lo mismo pero de diferentes modos… Porque aún en distintas lenguas, a diferentes deidades, el ser humano necesita de aquello que no se ve, de aquello que está en todo y siente piedad por su insignificancia.

4
Desierto de Karakum

Viajaban en las horas en que el sol era menos intenso y al mediodía descansaban bajo la sombra de alguna acacia que generosa, ofrecía una buena sombra a los viajeros y alimento a los huraños camellos. Con las patas atadas para que no escaparan arrancaban con sus grandes dientes los frutos de aquella planta espinosa y masticaban con parsimonia para almacenar en sus estómagos un alimento que tal vez en muchos días no volverían a probar. Casi todos los miembros de la caravana aprovechaban para dormir refugiados de la arena levantada por el viento con ligeros mantos de algodón. Lilya acababa de despertar de uno de esos cortos sueños cuando vio que Al-Biruni la observaba.

—He tenido un sueño muy extraño —dijo la muchacha desperezándose—. Siempre me he preguntado de dónde vendrán los sueños, las pesadillas…

Al-Biruni sonrió y le dijo:

—Cuenta una leyenda que los sueños se embarcaron con su padre, el Sueño, hacia una isla maravillosa. Pero el Sueño, que había concedido el reposo a los marineros perseguidos por el dios de las Tormentas, sufrió sus iras y fue lanzado junto con sus hijos hacia una tierra yerma y aburrida. Al llegar el crepúsculo en esa tierra nueva, el dios de las Tormentas se debilitaba, por lo que el Sueño permitía a sus hijos evadirse de ella en cuanto llegaba la noche. Es por esta razón que los Sueños vuelan por todas partes dando lugar, según su naturaleza, a dulces sueños o a pavorosas pesadillas…

Lilya asintió, encantada por aquella leyenda, fascinada por la voz de Al-Biruni que se dirigía sólo a ella.

Llevaban varios días de buen viaje cuando tras sortear una duna alguien de los primeros puestos de la caravana gritó: ¡Tormenta! ¡Tormenta! Y entonces todo fueron prisas y lamentos. En el desierto, más que a las cobras, más que al gran lagarto, más que a la sed, se temía a las tormentas de arena.

Lilya detuvo a su camello, que bramó nervioso olfateando el aire, mientras Al-Biruni y Muhammad hacían lo mismo. Aquel grito había paralizado sus pensamientos, pero no había tiempo que perder. Los animales comenzaron a agitarse y a desobedecer, nerviosos ante la inminencia de la tormenta y furiosos por querer desasirse de sus riendas sin conseguirlo.

—¡Al suelo! — gritó Al-Biruni con tono apremiante— ¡Al suelo!

Los camellos se arrodillaron mientras sus dueños tomaban posiciones agachados a su lado en un intento de aminorar la fuerza del viento que se les venía encima. Era el shamal, que nacía como una neblina de polvo y arena y se convertía después en un vendaval. Al-Biruni echó una ojeada por encima de su animal y vio cómo una nube ambarina que mediría varias millas tanto de largo como de alto se acercaba hacia ellos a toda velocidad.

—¡Tapaos la cabeza, cerrad la boca y los ojos! —gritó para que su voz se oyera sobre el rugido del viento. Lilya se cubrió por completo y Muhammad y él mismo lo hicieron con las mantas que siempre llevaban sobre sus hombros.

La claridad de aquel día empezó a desaparecer a medida que el ojo de la tormenta se acercaba. El cielo ambarino dio paso a un cielo rojizo para luego convertirse en negra noche. En la oscuridad, los hombres y las mujeres, agachados junto a sus animales, pusieron sus almas a disposición de Allah.

Antes de que la tormenta se cerniera sobre todos ellos, se hizo un extraño silencio. Lilya estaba agarrada a las mantas que cubrían el lomo de su camello y notaba su pelo áspero y duro y su corazón latiendo nervioso; Al-Biruni respiró hondo y aún tuvo tiempo de sacar de uno de sus bolsillos su tasbih y tranquilizarse con el contacto de cada una de aquellas cuentas. Pero aquel silencio que trajo la oscuridad duró muy poco. De repente, sintió como el aire de sus pulmones lo abandonaba y las sienes le empezaban a palpitar. La arena se desbocó sobre ellos mientras los camellos cerraban sus orificios nasales y sus ojos de largas pestañas para resistir la embestida del shamal. Lilya apoyó la espalda contra su camello y enterró la cabeza bajo sus rodillas, hecha un ovillo.

La caravana, bajo aquella montaña de polvo y arena que se cernió sobre ella, desapareció.

5

Hans Smisza seccionaba con un bisturí el pecho grisáceo del señor Babûsnica. Con él comenzaba de nuevo su actividad, su búsqueda incesante. Ya hacía días que en el sótano de su nueva vivienda había comenzado a acumular en diversos recipientes toda clase de sustancias, líquidos nauseabundos y espesos ungüentos de cuyos ingredientes era mejor no saber. Necesitaba tener a su alcance todo aquello que un día le daría el éxito, y ése día parecía estar cercano de nuevo.

La señora Babûsnica lloraba desesperada en casa de su vecina mientras ésta trataba de consolarla por la desaparición de su marido. Aventuró que tal vez había ido tras alguna muchacha joven y que en unos meses regresaría, justo cuando su bolsa menguara; pero esta suposición no hizo sino desesperarla aún más. Ella quería a su esposo, a pesar de los años, a pesar de sus desmanes y su afición a la bebida; así que no le consolaba aquella supuesta fuga con una muchacha. Se levantó de la silla junto al hogar y colocándose sobre los hombros su pañoleta de lana gris salió compungida y desesperada. No sabía que su esposo estaba sobre la mesa de trabajo del sótano de la casa que habían alquilado al médico recién llegado; no sabía que su cuerpo inerte era seccionado por sus hábiles manos, que trabajaban de forma concienzuda, manejando el bisturí con destreza. Mientras partía una a una las costillas del señor Babûsnica, Hans recordaba la vez que había sido descubierto entrando en el depósito de cadáveres dónde guardaban a los últimos afectados por la fiebre pútrida que asolaba la ciudad de Pest. Había sentido la llamada de la muerte desde su húmeda buhardilla en el centro de la ciudad. La sintió como sienten los perros el olor de la carne fresca. Por aquel entonces, la comunidad médica hacía todos los esfuerzos para pedir a la población que tomara medidas higiénicas, que ahumaran sus casas y tomaran baños con vinagre, pues sospechaban que aquella fiebre mortal

estaba siendo causada por alguna clase de piojo. Pero aquellas medidas parecían haber caído en saco roto, pues la epidemia se extendía cada día más. Como Hans creyó que era un buen momento para sus planes, escogió aquella noche sin luna para acercarse al edificio donde se custodiaban a los fallecidos que iban a ser incinerados al día siguiente.

Su pañuelo le sirvió de mucha ayuda cuando entró por la puerta trasera que ya conocía y se enfrentó al nauseabundo olor que inundaba el recinto. Sólo buscaba una cosa y tenía que ser rápido, así que desplegó la vieja manta que llevaba bajo el brazo y la colocó al lado de un fallecido, un joven que no contaría más de quince años, perfecto para sus intenciones.

El cuerpo del joven rodó tras el impulso de Hans hacia la manta cuando la luz de un candil interrumpió el momento.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el guarda con la barbilla temblorosa.

Hans no respondió confiando en no ser visto, pero los pasos hacia adelante que dio el joven vigilante provocaron que la luz de su candil revelara la presencia del extraño.

—¿Quién sois, señor?

—Tranquilizaos, joven. Soy médico y venía a comprobar ciertas…

—¿Sin luz señor? ¿Y vuestra lámpara? ¿Por dónde habéis entrado?

Demasiadas preguntas. Aquel joven debería haberse quedado en la puerta y no haber entrado jamás, pues su vida acabó allí. Hans llevó su cadáver a la buhardilla donde vivía y efectuó con él las prácticas que deseaba hacer.

En aquel tiempo, la cirugía era considerada inferior a la medicina y no estaba permitida la disección de cadáveres, aunque en círculos secretos sí era practicada. Él no pudo entrar en ninguno de aquellos círculos, así que trató de formarse con la propia experiencia. Obtuvo toda la información que pudo de los cirujanos barberos que conocía y comenzó a diseccionar cerdos que robaba en los mercados. Pero los animales, cuyo examen sí estaba permitido por Galeno, acabaron quedándose pequeños y sus ánimos le empezaron a exigir cada vez más. Entraba en un mundo desconocido y peligroso, pero no por ello más excitante e interesante.

Con esas disecciones aprendió que el cuerpo del hombre era muy similar al cuerpo del cerdo; aprendió a extraer los órganos y observarlos uno a uno en su perfección. Vio tumores, carnosidades y quistes que crecían ligados a los pulmones, al estómago o al hígado; contempló la hermosura de los músculos, la maravillosa longitud de los intestinos. Vio los parásitos que invadían el cuerpo a las pocas horas y recogió los líquidos que exudaba el cuerpo en putrefacción. Sus lecturas por aquel entonces eran las obras de Eurípides y Esquilo, cuyas tragedias llenas de muerte y violencia lo inspiraban en su propósito hacia lograr una sustancia que le permitiera ser fuerte y vigoroso. Él, el ser débil que era, atemorizado por el sol, por la luz intensa; él, que sufría atroces dolores de cabeza y odiaba dormir por temor a las pesadillas, descubriría la pócima que le permitiría ser el más poderoso, aquel a quien todos temerían. El Inmortal.

No hacía sino una semana que el propio señor Babûsnica, ahora abierto en canal como una res, discutía con su mujer acerca de la venta de unas tierras en las afueras. Ella no veía la necesidad de desprenderse de ellas, ya que eran el futuro de sus hijos.

—¿Futuro? —Miklós Babûsnica resopló mientras daba buena cuenta de la sopa de coles que humeaba ante sí—. ¿Acaso no te he hablado de las prédicas del padre Râska? ¿Acaso no entiendes que no habrá futuro para nosotros a no ser que hagamos algo para que Dios nos distinga de los pecadores?

—Pero Miklós… —La señora Babûsnica era escéptica en esas cuestiones y se admiraba de la capacidad de su esposo de dejarse llevar por aquel sacerdote que predicaba con el miedo por delante—. Sinceramente, creo que el padre Râska va a favorecerse y mucho con los que como tú pretenden vender sus tierras y donárselas para que el Señor tenga piedad de vosotros.

Su esposo no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Te has vuelto loca, mujer? Pero, ¡cómo te atreves a blasfemar así!

Hans, agazapado tras la ventana donde se llevó a cabo aquella conversación, comprendió mejor su destino. Su siguiente paso sería tener una buena conversación con el padre Râska.

6

Desierto de Karakum
tercer día del mes de Jumada al-Awwal.

Al-Biruni, inconsciente, enterrado bajo el desierto de Karakum, sueña con mojar sus labios con unas gotas de hidromiel; sueña con un río ancho de orillas llenas de juncos. Aparece una barca y en ella está el mago de Bukhara y sus manos callosas que se abren y muestran una bola de luz, una bola que es el universo, un universo dentro de otro universo. Sus ojos quedan hipnotizados en esa esfera de color púrpura que le muestra una cruz que cuelga del cuello de una mujer de hermoso rostro y ojos verdes…

Muhammad escarba frenéticamente en la arena, asciende una duna y busca alguna señal de su rastro pero no encuentra nada. Los camellos se levantan refunfuñando y sacuden sus orejas y sus riendas y esperan a que sus amos los conduzcan de nuevo hacia otro lugar. Poco a poco, van apareciendo bajo la arena todos aquellos que han sobrevivido al shamal. Aparecen como figuras de arena esculpidas en medio de un atardecer hermoso como pocos, con la luna redonda y baja cercana al horizonte; con finas nubes cubriendo su faz ligeramente rojiza, pero que en esos momentos nadie va a apreciar. Lilya es rescatada por un vendedor de perfumes que buscaba a su compañero, pero que siente igual alegría al encontrar a la muchacha aturdida pero viva.

Han resistido todos los integrantes de la caravana, pues el desierto es duro pero no implacable; pero aún falta encontrar a uno: a Abu Raihan Muhammad ibn Ahmed Al-Biruni. Gritan su nombre, buscan bajo la arena hacia este y oeste, pero nadie logra encontrarlo. Tras el shamal, el paisaje ha cambiado, las dunas se han movido y ningún lugar parece el mismo de antes. El atardecer se está volviendo noche y Muhammad y Lilya están cansados y desesperados. Pero Al-Biruni está bien. Se encuentra en el mundo que le ha enseñado el mago de Bukhara. Ha logrado entrar en la bola de color púrpura. Y qué es lo que allí ve, siente o descubre nadie lo sabe, al menos por el momento.

Muhammad, nervioso, habla con el guía de la caravana y otros hombres para que sigan ayudándole en la búsqueda de su amigo: Les describe los colores de su turbante, pero le dicen que ya es tarde para él, que el desierto se lo ha tragado. Lilya piensa que es la segunda vez que cree perder a su amado, pero en ésta ocasión tiene el pálpito de que sólo es cuestión de un poco más de tiempo. Grita su nombre, voceando.

La caravana está silenciosa tras lo sucedido y en el desierto ensombrecido la temperatura comienza a bajar para favorecer la salida de los lagartos, las salamandras y los jinnis de la noche. Al-Biruni despierta y siente la arena despejando su rostro, siente las manos de Muhammad estirar sus hombros y empujarlo hacia la noche que le espera. Una noche en que todos los viajeros miran al cielo y tapan sus bocas con espanto: La luna está siendo cubierta por una gran sombra que crece sobre ella. La oscuridad también crece por momentos y el desierto parece hacerse más pequeño.

Muchos son los que apartan la mirada del cielo y comienzan a orar pidiendo clemencia, mientras que otros se limitan a admirar aquel fenómeno, como Al-Biruni. Sentado sobre una manta, apoyando la espalda contra su camello, trata de sobreponerse a su desfallecimiento bebiendo del odre que le ofrecen. Pero no puede apartar su mirada del cielo que le está ofreciendo uno de sus maravillosos espectáculos: un eclipse total de luna, donde ésta ha desaparecido para dejar su sitio a un círculo rojizo. Luna de sangre…

Al-Biruni escupió los restos de arena que aún tenía en su boca y pidió que le alcanzaran su bolsa para poder anotar la fecha en que estaba sucediendo aquel eclipse, así como su duración, el tiempo de penumbra y el estado de la atmósfera. Calculó la altura de la luna con su astrolabio y mientras escribía en su cuaderno, Lilya le preparaba un té bien cargado para que repusiera fuerzas. Dentro de poco la luna aparecería como una esfera rojiza. A la derecha, Saturno resplandecía.

En sus notas, Al-Biruni escribía con letra apretada: "*La sombra de la Tierra se proyecta sobre la Luna, de forma curva, con lo que se aseveran las tesis de Platón,*

Aristóteles y Ptolomeo de que la tierra es esférica y no plana."[lii]

Unas tres horas después, el guía de la caravana silbó y todos supieron que en unos momentos reemprendían la marcha. Tenían que aprovechar aquellas horas para alcanzar antes del mediodía el primer poblado. Bajo la penumbra, con los ánimos desaparecidos y las plegarias en los labios, los viajeros tomaron rumbo hacia el oeste.

En el siguiente oasis se alzaban tres construcciones de arcilla roja. Eran casas bajas de forma rectangular con una sola puerta y sin ventanas para mantener fresco el interior durante el día y protegerse del frío de la noche. Los viajeros alcanzaron aquel poblado rodeado de palmeras poco antes del mediodía y fueron acogidos con bien por las cuatro familias que allí vivían, dedicadas al pastoreo y a la cría de camellos.

Todos repusieron víveres, se refugiaron a la sombra de las acacias mientras comían carne y leche fresca de cabra y fueron informados de las últimas noticias. El eclipse de la noche anterior fue el tema de conversación en aquella ocasión, pero los aldeanos no estaban ni tan asustados ni creían en aquel supuesto signo funesto.

—Nuestro espíritu es práctico y nuestra razón es únicamente el presente —dijo el jefe del poblado, un persa de largos bigotes enroscados—. Vivimos día a día, aceptando con gusto el techo que nos cobija y la leche que nos dan nuestras cabras.

Aquel carácter del que hablaba el jefe del poblado era habitual en gentes que vivían aisladas. Al-Biruni aceptó aquellas palabras deseando que en su espíritu surgiera la resignación ante la vida tal y como venía, pero él, que siempre miraba al cielo, siempre andaba en pos de algo más, aunque esa eterna búsqueda a veces lo hiciera infeliz.

Días después llegaron a Merv. Vislumbraron la ciudad a lo lejos, pues estaba situada en lo alto de un peñasco rodeado por una gran fortificación. En el ascenso, pesado para los camellos y para los viajeros, pudieron ver las ruinas de la antigua ciudad, que bajo aquel día sin sol tomaron un cierto aire extraño y fantasmal. De repente, Lilya se encontró mal y tuvieron que desviarse del camino y refugiarse cerca de aquellas ruinas para que la muchacha se sentara un rato, pues parecía muy mareada. Muhammad avisó al jefe de la caravana que se unirían a ellos más adelante, y cuando regresó, vio que Lilya se había alejado para vomitar su comida.

—Tal vez el agua del último pozo no estaba en condiciones —aventuró Al-Biruni.

—Pero todos bebimos de ella… Quizás han sido los dátiles que comió, o la leche que bebió, o su debilidad de mujer, quién sabe… —Muhammad se sentó con la espalda apoyada en un pilar de piedra sobre unos arbustos secos y se dispuso a esperar, fastidiado.

Al-Biruni se alejó un poco para examinar aquellas ruinas. Era entrado el mediodía y la temperatura comenzaba a ascender, así que decidió volver para entrar cuanto antes en la ciudad. Pero algo le detuvo, pues vislumbró una sombra que zigzagueaba y desaparecía de pronto tras una de aquellas columnas. Por curiosidad, se llegó hasta el lugar donde le había parecido ver la sombra pero nada encontró que le interesara. Una voz a sus espaldas le sobresaltó.

—Habéis perdido esto, señor. —Así le habló un anciano de larga barba casi hasta los pies, cana y rizada. A lado, un perro amarillo, pequeño, movía la cola, amigable.

El anciano le mostraba su astrolabio, y Al-Biruni echó un vistazo a la bolsa que llevaba colgada al hombro. Vio que estaba deshilachada por la parte inferior, donde había un gran agujero. La apoyó en el suelo echándole un vistazo y vio que no faltaba nada más, pero tendría que repararla antes de continuar su camino.

—Agradezco vuestra amabilidad —le dijo al anciano cuando éste ponía de nuevo entre sus manos el aparato.

—Veo que sois astrónomo… —Su voz era como un bálsamo, y otorgaba confianza al extraño.

Al-Biruni asintió.

—Yo mismo he construido este astrolabio, pequeño y fácil de transportar, ¡pero no libre de ser extraviado!

El anciano sonrió:

—¿Hacia adónde os dirigís?

—Hacia Ispahán.

—Aún os queda bastante camino, señor. Os deseo buen viaje.

—Y vos, ¿os dirigís a Merv?

El anciano negó con la cabeza.

—Vivo muy cerca de aquí.

Al-Biruni echó un vistazo a los alrededores y sólo vio ruinas y desierto. No había ningún poblado a la vista.

—La muchacha que os acompaña necesita de algunas hierbas para continuar el camino —dijo señalando los arbustos lejanos donde Al-Biruni vio desaparecer a Lilya —. Puedo proporcionároslas a cambio de algún dirham, si tenéis a bien.

Al-Biruni arqueó las cejas.

—Si gustáis, podéis venir conmigo y os entregaré esas hierbas; no encontraréis nada mejor.

Al-Biruni aceptó y ambos se perdieron tras las ruinas.

Al pie de una columna quebrada Al-Biruni y el anciano levantaron una losa que daba paso a unas escaleras que se perdían bajo tierra.

—No temáis, seguidme.

Caminaron media milla a través de túneles húmedos y resbalosos hasta que llegaron a una abertura que les condujo a unas escaleras que ascendían hacia la superficie. Ante ellos se extendía un poblado levantado en un oasis al pie del río Murgab. Era un lugar increíble que seguro muy pocos conocían.

—Es sorprendente… —dijo Al-Biruni mirando en derredor.

Mientras el anciano entraba en una de las casas de adobe, algunos niños se acercaron con curiosidad a Al-Biruni.

—Niños, niños… —El anciano salió de la casa y se acercó a toda prisa para que no molestaran al visitante—. Aquí tenéis, maestro astrónomo: lo prometido —dijo tendiéndole un ramillete de ramas secas pero muy olorosas—. Y aquí tenéis también hilo resistente para reparar vuestra bolsa.

Al-Biruni le entregó cinco dirhams, que desaparecieron en seguida bajo la túnica del anciano.

—¿Deseáis acompañar a nuestros tres sabios tomando un té?

—Agradezco vuestra invitación, pero he de regresar. Debemos entrar en Merv antes de que cierren las puertas.

El anciano sonrió.

—No os preocupéis. Llegaréis a tiempo —aseguró.

Aquel hombre ejercía en él una extraña fascinación, pero lo sucedido con el mago de Bukhara tenía a Al-Biruni tenso y nervioso mientras lo seguía hacia una pequeña casa en cuya entrada brotaba una pequeña fuente.

—Bebed si gustáis, maestro. Imagino que hace días que sólo bebéis del odre.

Al-Biruni así lo hizo, pues no había nada mejor que agachar la cabeza y dejar caer sobre su cuello enrojecido un buen chorro de agua fresca. Se lavó la cara y bebió con gusto.

—Desearía que mis compañeros de viaje pudieran disfrutar de este caño de agua. ¿Dais vuestro permiso para que vaya a buscarlos…?

El anciano sujetaba con sus manos la cortina que colgaba de la puerta e hizo un ademán en forma negativa mientras el perro amarillo que lo había seguido hasta entonces daba media vuelta y se perdía por entre las casas del poblado.

—Vuestra presencia aquí es debida al hallazgo del astrolabio que cayó de vuestra bolsa. A nuestros grandes sabios les agradará la conversación con un estudioso de los cielos. Nadie más es necesario ahora —descorrió por completo la cortina y con la mano invitó a Al-Biruni a entrar—. Sed bienvenido.

Entraron en la casa y Al-Biruni se encontró con tres hombres que estaban sentados alrededor de un fuego encendido. Se trataba de tres ancianos con barbas cortas y cuidadas, el pelo recogido hacia atrás como los orientales y vestidos con túnicas de color blanco. Cada uno de ellos inclinaba suavemente una jarra y vertía un hilo de leche, aceite y miel sobre las llamas mientras entonaban unos extraños cánticos. Tras ellos, un tapiz bordado con la efigie de un perro, presidía la estancia.

A petición del guía, Al-Biruni se sentó sobre una alfombra al modo musulmán, con una pierna bajo la otra, y permaneció en silencio contemplando el extraño rito.

Uno de aquellos hombres levantó la vista hacia él y habló:

—Somos los últimos seguidores en estas tierras de Zaratustra, el maestro, el profeta. Muchos de nuestros hermanos marcharon hace tiempo hacia Gujarat, donde nadie les obligará a convertirse al Islam, como ocurre aquí.

Al-Biruni conocía algo de los seguidores de aquella antigua religión, que adoraban a un único dios, Ahura Mazda, el llamado Señor de la Sabiduría, y adoraban también

a los perros, pues en su libro, el Zend Avesta, decían que el mundo se sostenía sobre la inteligencia del perro, de ahí el gran tapiz de aquella sala.

—Has visto el eclipse como nosotros lo hemos visto, ¿verdad, maestro astrónomo?

Él asintió, algo nervioso.

—Y, ¿a qué conclusión has llegado?

Al-Biruni aceptó el té que le ofreció el anciano guía, pero no bebió de él.

—Pertenezco a la caravana que se dirige hacia Ispahán y hasta que no lleguemos allí no puedo hacer mis cálculos con precisión.

—Entonces te diremos que el eclipse tuvo lugar con el sol en el signo de Géminis, bajo la influencia de Saturno.

Al-Biruni frunció el ceño, preocupado, comprendiendo que los augurios del eclipse eran funestos, pues éste pronosticaba desastres, hambrunas, miseria y muerte.

—Nosotros vaticinamos este eclipse doce lunas antes de que sucediera. Somos sacerdotes, somos sabios, somos adivinos y somos magos. Nuestros antepasados anunciaron la aparición de la estrella que después siguieron hasta Judea para adorar al Mesías, y anunciaron también la llegada de otras estrellas que advierten los acontecimientos venideros. —El anciano hizo una pausa y miró fijamente a los ojos de Al-Biruni—. Por eso deseamos hacerte saber, a ti, maestro astrónomo, que este eclipse anuncia que está muy cerca el día de la lucha entre lo Oscuro y la Luz. Ése día será llamado el Día del Fin del Mundo Conocido.

Al-Biruni dejó su taza en el suelo arenoso, a su lado, y preguntó al anciano:

—¿A qué son debidas vuestras palabras? ¿Por qué hacéis estas revelaciones a un simple viajero que de repente habéis atraído a vuestras tierras?

Otro de los ancianos tomó la palabra.

—Todo está escrito, pero sólo a algunos le ha de ser revelado —dijo, y siguió vertiendo hilos de leche sobre las llamas del fuego.

—Alimentamos el fuego para que nunca olvide que lo adoramos. De él vinimos, con él sufriremos y él nos redimirá. —Las llamas oscilaron de derecha a izquierda y aumentaron su brillo—. Los adoradores de Ahura Mazda tenemos en nuestras manos la salvación de la humanidad. Oramos por vosotros, para que los que sigan la Verdad crucen el puente del Juicio y alcancen el Paraíso.

Al-Biruni no sabía qué responder a aquellas palabras.

—¿Y los que no siguen la Verdad?

—Perecerán bajo el fuego, pues así lo eligieron al preferir la Mentira.

El primer anciano añadió:

—Nosotros oramos para que el día del Juicio caigan fuegos y centellas sobre la tierra corrupta y sobre los impíos; oramos para que los ríos se vuelvan de metal fundido y arrastren todo mal de esta tierra. Está escrito y así debe suceder.

Tras aquellas palabras se hizo un silencio incómodo. Los tres ancianos cerraron sus ojos y agacharon sus cabezas. Parecían haber caído en un profundo sueño y Al-Biruni no sabía qué hacer. Al cabo de unos instantes, uno de ellos levantó su rostro hacia él, esperando sus palabras.

—Si queréis… puedo contaros noticias del exterior, de la corte de Samarkanda… —aventuró Al-Biruni con la voz en un susurro.

El guía, con una sonrisa de indulgencia dibujándose en su rostro le respondió:

—Hace mucho tiempo que los pleitos del mundo dejaron de interesarnos. Aquí vivimos sin perturbar nuestra alma más de lo necesario.

Al-Biruni se lamentó de su propia estupidez, pero en aquel ambiente se sentía transformado, lejos de sí mismo. Sorbió su té y esperó a que los otros dos ancianos alzaran de nuevo sus cabezas para preguntar de nuevo:

—Decís que está cerca el día del Juicio… ¿habláis de días, de meses?

Uno de los ancianos, el que no había hablado hasta el momento, encendió una barra de incienso que comenzó a perfumar el ambiente y cogió la taza de té donde había bebido Al-Biruni. Observó los posos en el fondo y las figuras que se habían formado.

—La impaciencia lleva a la ruina, amigo, así que sigue la senda que has llevado hasta ahora, pues es la senda correcta. Los planetas te guían y las estrellas te iluminan, pero eso ya lo sabes. Todo está escrito en la octava esfera, en el firmamento. —El anciano sopló las brasas del incienso para avivarlas—. Pero… has de saber que los otros acechan, que los otros trabajan desde hace mucho tiempo para que el Mal anide en la tierra. Ve con cautela.

—¿Los otros?

—Los *awliyâ al-Shaytân*, los santos del diablo.

Al-Biruni arqueó las cejas.

—Te hemos traído aquí para ponerte sobre aviso de lo que ha de suceder. Pero los caminos son muchos y sólo los dioses tienen las llaves del futuro. El bien y el mal siempre han estado y estarán en eterna lucha.

—Pero decidme más, maestro. ¿Quiénes son esos santos del diablo?

El anciano miraba fijamente hacia el fuego, sopesando sus palabras.

—Están erigiendo siete torres dispuestas siguiendo la forma de la constelación del Carro Mayor. Construyen una puerta para el regreso de ángel caído, Lucifer.

Se hizo el silencio tras aquellas misteriosas y terribles palabras. Al-Biruni contempló hipnotizado cómo los ancianos seguían vertiendo hilos de leche, aceite y miel sobre las llamas, sin apagarlas; pero era hora de irse, pues Lilya y Muhammad ya estarían más que preocupados. Aún así, no se marcharía sin preguntar algo más.

—Vuestra sabiduría tal vez pueda ayudarme a conocer algo acerca de Thoth el Escriba.

Los ancianos se miraron entre ellos, pero sólo uno de ellos habló.

—No es fácil hablar de Thoth, el dios de la Luna, el señor de la escritura, el revelador de la ciencia, el señor de la magia… ¿Qué más quieres saber?

Al-Biruni estaba tentado de hablarles acerca de su pergamino, pero no lo hizo, simplemente siguió escuchando lo que decía el tercer anciano, el más silencioso y que parecía de más edad.

—De Sirio vino y a Sirio regresó, pues tal como es arriba es abajo. Cierto es. ¿Verdad, hermanos míos?

—Cierto es —dijeron los dos ancianos ante la cara de pasmo del astrónomo—. Pero Thoth es egipcio, así que sus conocimientos debes adquirirlos allí. Ése será un buen viaje para ti.

—Pero decidme que es lo que… —Al-Biruni tenía más preguntas pero no le iba a ser posible formularlas.

—Ve en paz, maestro astrónomo —dijo el primer anciano—. Ha sido una grata visita. Nuestros ritos nos obligan a permanecer aislados del mundo, pero siempre es agradable departir con los sabios del mundo exterior.

Cubriéndose las cabezas con sendos pañuelos blancos dieron a entender que aquella reunión había acabado.

—Sigue tu camino, amigo —dijo el segundo anciano—, el equinoccio de primavera ha llegado y con él, el nuevo año. Ahura Mazda ha llenado de luz los corazones de los hombres aún cuando no crean en él.

El tercer anciano concluyó de una vez la visita:

—Sigue tu camino, viajero, pues está escrito que es largo y provechoso. Juntó sus manos en oración y musitó un ensalmo protector.

Al-Biruni se levantó al mismo tiempo que el anciano que lo había traído hasta allí y se despidió sin saber bien qué decir.

Caminaron juntos hasta el mismo lugar donde se había encontrado, pero por unos momentos se sintió desorientado.

—Creo que nos hemos desviado —dijo Al-Biruni. Pero al volverse vio que no había nadie que lo acompañara y se dio cuenta de que en el suelo húmedo no había más que sus propias huellas.

Perdido, trató de encontrar algún árbol conocido, alguna señal que lo ayudara a retomar la senda de regreso. Dio vueltas sobre sus propios pasos hasta que vio a Lilya corriendo hacia él, preocupada por su tardanza. Él musitó una excusa, mostrándole las hierbas curativas que había conseguido para ella pero, ¿cómo iba a explicar lo sucedido? ¿Cómo hablarles del Juicio, de lo Oscuro y de los santos del diablo si no sabía si todo había sido un sueño?

6. EL SUMO SACERDOTE

1

Roma, finales del mes de abril

El recién nombrado papa Silvestre II acariciaba el talismán de cristal que acababa de colgarse al cuello. El terremoto, el eclipse de sol, la estrella de larga cola abatiéndose sobre la tierra y, por último… el eclipse de luna. Las cuatro señales se habían cumplido en un breve espacio de tiempo. Gerbert se arrodilló ante el altar de su aposento y se estremeció de frío. O de pavor… Según el astrólogo al que había consultado el eclipse había acontecido con el sol estando en el signo de Géminis, entre la hora tercia y la nona. En cuánto leyó el informe, soltó el pergamino dejando que el maestro astrólogo se retirara cabizbajo. Un eclipse funesto en el que la luna había desaparecido dejando en su lugar un círculo rojizo; un círculo de sangre… recordó cabizbajo mientras rezaba al Todopoderoso con las manos unidas, tensas y algo temblorosas.

Antes del último eclipse sucedió una gran tempestad. Era una tarde clara que no hacía presagiar lo que se avecinaría, por eso Gerbert y su comitiva, en pleno camino de Avezzano a Roma, avanzaban tranquilos por el camino del valle, rodeados de campos cultivados de trigo. De pronto la tarde se oscureció en cuestión de segundos y aparecieron rayos por el norte, en dirección mar. Al grito de unos de los escuderos detuvieron sus pasos y cuando él y Richer volvieron sus cabezas hacia poniente pudieron ver horrorizados una enorme nube oscura como la boca de un monstruo que se acercaba a toda velocidad. La nube tenía forma de rodillo y el firmamento parecía hundirse bajo ella. Los caballos relincharon nerviosos y la comitiva se detuvo paralizada ante aquella visión.

En cuestión de segundos se hizo noche cerrada y un poderoso trueno rompió sobre los viajeros rasgando el aire y aterrorizando a los caballos. Entonces, los jinetes golpearon con fuerza sus espuelas y dirigieron sus monturas hacia el norte para alcanzar la aldea más cercana. Sobre ellos, un gran rayo crujió sus poderosos dientes y partió el cielo en dos mitades. Gerbert sintió como si su pecho también se hubiera partido en dos y espoleaba a su montura con fuerza mientras gruesas gotas de agua helada se le clavaban en el rostro descubierto.

Quiso la fortuna que llegaran a tiempo de alcanzar la granja que divisaron al este y, empapados, pidieron asilo por unas horas.

—¡Parece el día del Juicio! —comentó el granjero a Gerbert mientras veían la tormenta tras una pequeña ventana.

El aún entonces arzobispo asintió preocupado, pues tras la lluvia comenzaron a caer piedras de granizo del tamaño de un huevo que empezaron a estropear la huerta que rodeaba la casa, a partir las ramas de los árboles jóvenes y a golpear a los animales que no habían podido encontrar refugio. Richer señalaba que el granizo era de un color rojizo, como el pelo del granjero.

—Hace cinco años sufrimos una lluvia de trigo y nieve roja…—dijo éste—. Y hace un año el río se desbordó desbaratando los cultivos y llevándose por delante el puente romano. —Gerbert lo miró asombrado—. Y ahora esta tormenta. Nunca, en mis treinta años de vida había visto algo así… ¿Qué querrá el Señor de nosotros? ¿Por qué nos castiga así?

No sólo la granja que les había acogido sufrió desperfectos, pues fueron varios los pueblos afectados, con granjas incendiadas y animales muertos por todas partes. Dios, quien había creado la tierra y los cielos, enviaba las señales para que los que quisieran entender, entendieran. Comenzaba la cuenta atrás.

"*Cuando se cumplan los mil años, Satanás será soltado de su prisión y saldrá para engañar a las naciones que están sobre los cuatro puntos cardinales de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de congregarlos para la batalla*… "[liii]

Satanás iba a ser liberado. El papa cerró los ojos y siguió rezando. "*Adiós, mundo por mil años, que mil más no verás*." Aquellas palabras dichas por Cristo en la cruz se le repetían una y otra vez, martilleándole las sienes. Apiádate de mí, Señor. Apiádate del mundo, Señor…

Las escrituras hablaban de que Cristo y la Iglesia triunfarían sobre el Mal, pues Satanás, la Bestia y el falso profeta serían lanzados a un lago de fuego y azufre y atormentados hasta la eternidad… pero ¿cuándo sucedería eso? ¿Cuánto tiempo se tendría que sufrir al Mal liberado?

Comenzaban a crecer las vocaciones sacerdotales y disminuían los niños abandonados a las puertas de las iglesias. Para qué, si ya no había futuro… También comenzaban las peregrinaciones a Tierra Santa por mar y por tierra… Algo estaba cambiando en las conciencias de los hombres. Y la curandera Ersbetta, ¿habría llegado ya a su destino? Rogó por ella, porque pudiera cumplir lo que le estaba reservado, aunque dudaba que ella sola pudiera llevar a cabo la misión que se le había encomendado. Pero era Dios, el Dios Todopoderoso que regía el mundo, el Dios Verdadero, el que regía los destinos de todos los seres de la tierra, y él, el ahora nombrado papa Silvestre, obispo de Roma, vicario de Cristo, sucesor del Príncipe de los Apóstoles, supremo pontífice de la Iglesia universal, patriarca de Occidente y siervo de los siervos de Dios, tenía como misión rogar por todos esos seres para que tuvieran su misericordia infinita. Rogar, rogar… ¿sólo rogar? ¿Acaso él no podía hacer algo más?

Comenzó a sudar y se acercó al barreño con agua tibia que tenía en un rincón. Se mojó la cara y se lavó las manos. Su sirviente se acercó a toda prisa y le acercó un paño para secarse y un pequeño espejo donde vio cómo sus ojos habían perdido brillo; vio también que las arrugas de su frente eran más profundas.

El reino de Cristo, tal y como estaba escrito, duraba mil años; y ahora, a su término, Satán pretendía reinar sobre el mundo como reinó Nerón después de Cristo. Pero el hijo de Dios había prometido volver. Regresaría a Jerusalén y Gerbert tenía que estar allí para esperarlo y esperar también el Juicio Final.

El Armagedón se acercaba. El fin del mundo comenzaba.

2

Puerto de Constantinopla
mediados del mes de junio.

En el puerto encontraron varios grupos de personas que pretendían embarcar como peregrinos a Jerusalén, impulsados por el miedo influido en los púlpitos, por las pestes y las hambrunas que no dejaban de sucederse, por las grandilocuentes y apocalípticas palabras de los oradores de las plazas. El naufragio de los navíos en Constantinopla más el reciente eclipse hicieron que fueran muchos los que quisieron estar en el centro del mundo para esperar la llegada del último día del último año. Otros, además, querían defender la basílica del Santo Sepulcro de más ataques por parte de los musulmanes.

Alí Hekmet esperaba a Aldo y Ersbetta junto al navío, una galera nueva larga y estrecha de nombre La Heroica. A los pies del egipcio, un hatillo con provisiones y su laúd a su espalda. Los saludó con una amplia sonrisa de dientes blancos como las nubes que se acercaban por el este. Cuando llegaron donde se encontraba oyeron su voz ronca, de hablar atropellado.

—Es la primera vez que viajo con una familia —dijo en perfecta lengua latina—. Pero puede ser divertido, ¿verdad, niñas? —Nanya miró con curiosidad su instrumento y aunque al principio se sintió algo atemorizada por su imponente presencia, pronto supo que aquel joven era de buenos sentimientos. Masika, por su parte, se había quedado embobada con aquel egipcio fornido de rostro moreno y ojos brillantes de espesas pestañas. Su altura sobrepasaba con creces la de Aldo, así que constituía un buen guardaespaldas llegado el caso, pensó el italiano al verlo.

Tras presentarse, el toscano le indicó que le ayudara con la carga de todos sus bultos, provisiones y odres con agua, pero antes de hacerlo, Alí siguió hablando:

—Espero poder ayudaros en vuestras negociaciones comerciales, señor. Ya sabréis que no es fácil, pero tengo experiencia, pues he oído y he aprendido mucho en mis viajes.

Aldo asintió mientras se ponían en marcha. Si Alí supiera que su verdadero objetivo en Egipto no era comerciar… Aún así, haría todo lo posible por cumplir la palabra dada al señor d' Adigio.

Dejaron atrás estibadores, bultos de carga, barriles y redes y atravesaron en fila la pasarela del navío mientras sus pies hacían crujir y tambalearse la madera bajo sus pies. Masika y Nanya estaban emocionadas por partir y adentrarse en mar abierto, un mar que nunca habían visto ni podían imaginar. A Aldo y a Ersbetta les sucedía lo mismo, sin poder evitar sentirse nerviosos por emprender un nuevo viaje hacia una nueva tierra, de nuevo hacia lo desconocido.

Tras saludar al capitán se colocaron en la popa junto a cuatro frailes misioneros procedentes de Inglaterra que se santiguaron antes de tomar asiento. A su lado ya se

hallaban acomodados tres jóvenes y un anciano, judíos. Poco después llegaron cuatro árabes comerciantes de especias y una decena de soldados turcos. Aldo había prevenido a Masika, pues sus trece años la estaban convirtiendo en mujer: si se cruzaba con algún hombre debía mantener la cabeza gacha y no sonreírle jamás.

—Y no olvidéis recogeros el pelo dentro de vuestras pañoletas —aconsejó a las tres. Alí estuvo totalmente de acuerdo, además, él se encargaría de proteger en todo momento a las niñas.

Eran veinte por costado los remeros que hicieron que la nave saliera del Bósforo, y unos treinta los marineros que trabajarían en la nave, que avanzó ágilmente por aquellas aguas tranquilas dejando tras de sí una estela de espuma blanca. Atrás quedaba la larga muralla de la ciudad, extendiéndose cuatro millas desde el mar de Mármara hasta el Haliç. Aldo señaló a dos galeras pequeñas que, según le informó Alí, los escoltaban para protegerlos en caso de ataque.

El mar los recibía en sus serenas aguas azules, surcadas por otros navíos que tomaban ruta hacia Italia o hacia Jerusalén. Constantinopla quedaba atrás.

—¿Veremos a los piratas? —preguntó Masika.

—Espero que no… —le respondió sonriendo Aldo mientras respiraba el aroma del mar en aquel día soleado. De reojo observaba a los judíos, que parloteaban en su lengua sin hacer caso alguno del mar: Era obvio que habían navegado muchas veces. Ersbetta admiró la belleza del azul inmenso que se extendía ante ella acariciando la cabeza de Tor mientras éste husmeaba aquel aire nuevo para él. Gracias a las monedas ofrecidas al capitán, un italiano de pocas palabras y frente siempre ceñuda, Tor podría permanecer con sus amos algunas horas al día siempre que no hubiera conflictos con los gatos que trataban de mantener en raya la población de ratas.

En poco tiempo más bordearían las llamadas islas de los Príncipes Bizantinos.

—¿Podemos comer algo? —preguntó Nanya, y Masika estuvo de acuerdo con aquella propuesta.

Alí le respondió:

—Esperad un poco, niñas. El mar es más amigo de los estómagos vacíos.

Masika lo miró, encantada de tenerlo a su lado, pero molesta porque el egipcio la había llamado de nuevo niña.

Al anochecer, Alí se unió a la plegaria con los comerciantes árabes, y Masika y Nanya siguieron con curiosidad la forma en que los hombres, arrodillados sobre unas pequeñas alfombras, se postraban una y otra vez murmurando un extraño cántico. Debido a la incomodidad del barco, los viajeros solían limitar las cinco plegarias a dos, al amanecer y al anochecer.

En los primeros días, un buen viento a través de sus tres velas cuadradas los impulsó rápidamente hacia Esmirna y después hacia Rodas, donde hicieron escala. Siguiendo las recomendaciones del señor d'Adigio, Masika, Nanya y Ersbetta ayudaban a ratos al viejo Nicodemo en la despensa y evitaban pasarse el día sufriendo la humedad y el viento sobre sus cabezas, además de la estrechez de la popa junto a los otros viajeros. El mar estaba en calma, pero aún así, no pudieron evitar marearse y, pálidas y con la frente fría, sufrían el vaivén de las olas sintiendo cómo las fuerzas les desaparecían del cuerpo. El día se hacía largo y pesado, pero en las noches, recostadas y tapadas con sus mantas, se dejaban envolver por aquel cielo que se volvía negro como el mar y contemplaban admiradas los cientos de estrellas que guiaban el paso de la nave por la oscuridad.

El aroma del salitre y el olor de madera limpia del barco de los primeros días fueron cambiando hacia emanaciones desagradables, pues a cubierta ascendía el sudor de los remeros y los repugnantes efluvios que desprendían la sentina y las letrinas de proa que las mujeres trataban de usar a la vez para ayudarse mutuamente y con una capa ocultarse de la vista de los demás mientras hacían sus necesidades.

Al cuarto día, sus cuerpos parecieron acostumbrarse al mar y tomaron la sopa que les trajo Aldo sentadas junto al fogón de leña. Sopa, caldo, algo de pan y pescado en salazón eran el menú habitual, pero para las niñas el cocinero siempre tenía algo de leche caliente y unas galletas deliciosas. Comían a la intemperie, fuera de día o de noche, y no debían perder de vista tanto el equipaje como las provisiones, pues muchos marineros, al menor descuido, hurtaban pan, tocino, queso, vino o lo que fuera de valor que encontraran en los fardos de los viajeros confiados.

Uno de los frailes ingleses se pasaba el día hablando; y según les dijo Alí, que comprendía un poco su lengua, contaba historias de su pueblo y de su familia entreteniendo así a sus compañeros; y lo mismo hacían los árabes en su lengua incomprensible. Nanya, a petición de Ersbetta, cantaba en las mañanas casi siempre acompañada del laúd de Alí, que trataba de acompasar lo mejor posible la música de su instrumento a aquellas canciones desconocidas para él. Los remeros, gracias al buen viento, podían descansar, y más aún cuando la brisa suave les traía el canto de la niña; incluso alguno se dormía oyendo aquella hermosa voz que los transportaba a un agradable sueño. El cómitre, que tenía una hija de su edad, le tomó cariño y a menudo le ofrecía agua fresca y alguna galleta dulce de sus provisiones para que siguiera cantando un rato más.

Aldo consultó con Alí acerca de las medidas y los pesos que se usaban allí donde se dirigían, así como aspectos de la compra de especias, y confirmó que resultaba un lucrativo negocio, pues por un pequeño saco de pimienta podía pagarse una fortuna; a veces el precio constituía el sueldo de toda la vida de un campesino europeo. Aún así, tal y como le había dicho Girolamo d' Adigio, el comercio estaba en manos de los árabes y era entre ellos donde se daban las transacciones.

Pero si los primeros días fueron incluso agradables, todo cambió al séptimo.

Vinieron cálidos vientos del sur que trajeron nubes henchidas de lluvia. Y con los vientos se acercaron al navío cuervos graznando, avisando de la tormenta. En la popa, apretujadas entre Ersbetta y Aldo, las niñas comían unas tiras de tocino salado y seco cuando miraron al cielo y sintieron sobre sus rostros las primeras gotas, que enseguida se multiplicaron por mil. Se recogieron las velas, la galera comenzó a agitarse de un lado a otro y Nanya sintió como su estómago se revolvía de nuevo. Se apoyó en la baranda y vomitó en el mar, temblorosa. Masika, al verla, hizo lo mismo.

—¡Los pasajeros a la bodega, ya! ——ordenó el cómitre gritando desde su puesto.

En cuestión de instantes, una repentina tormenta se cernió sobre ellos descargando lluvia y granizo. El capitán, sorprendido por aquella inesperada tormenta, gritaba a babor y a estribor mientras sus hombres trataban de superar las grandes olas que se habían formado. Tenían que seguir adelante sin sufrir grandes desperfectos, y para eso no escatimó en gritos a los remeros de proa, sujetando el timón y rogando a Dios para que protegiera a su nave y no la desviara demasiadas millas de su rumbo.

Alí ayudó a Ersbetta a colocar a Nanya sobre un montón de paja en un rincón apartado de la bodega, entre cajas de víveres, barriles de vino, cerveza y sacos de harina que el viejo Nicodemo y sus ayudantes trataban de sujetar con gruesas cuerdas para que no se volcaran sobre los pasajeros; uno de ellos, antes de salir de la bodega, le entregó una lámpara de sebo encendida para que al miedo a la tormenta no se sumara el de la oscuridad.

Nanya temblaba de frío y sufría de continuos temblores, pero en poco tiempo el frío dio paso al calor, la piel de su cara comenzó a enrojecer y su frente se volvió caliente y sudorosa al tacto. A pesar de los paños fríos que Ersbetta le colocó sobre la frente, no parecía mejorar. El vaivén del barco y la humedad no ayudaban y Masika, mareada y descompuesta, se tumbó a su lado, abrigada también con las mantas. Aldo las miró con preocupación.

—Roguemos para que la tormenta amaine, Bettina ——dijo con pesar—. Tras él, los misioneros ingleses le pidieron paso para acomodarse en algún rincón, pálidos y mareados como estaban, arrepentidos de haberse hecho a la mar; y lo mismo hicieron los árabes, que no tardaron en desenrollar sus pequeñas alfombras y arrodillándose, comenzaron a rezar. Los pasajeros judíos habían preferido refugiarse en una pequeña cámara bajo la popa, presas del pánico por el vaivén de la nave, que crujía como si de un momento a otro fuera a ser despedazada por las olas que la golpeaban sin pausa.

Aldo se sentó en la paja junto a Nanya y cogió su mano, sintiéndola fría y sin fuerzas. Ersbetta la miraba con preocupación cuando tras ellos, los árabes comenzaron sus plegarias:

—¡Allâhu akbar! ¡Allâhu akbar! ¡No hay más Dios que él, el Vivo, el Inmutable! —decían en su extraña lengua. La plegaria de los musulmanes, que era un cántico para sus oídos, adormeció a las niñas, mientras Aldo seguía observando cómo aquellos hombres mantenían el equilibrio sobre sus alfombras mojadas mientras la nave zozobraba y trataban de seguir con su oración postrándose una y otra vez. Desde el primer día de viaje estaba asombrado por la fidelidad de aquellos hombres a su dios, rezándole con la más absoluta devoción. Él hacía tiempo que no miraba al cielo más que para admirar las estrellas; hacía tiempo que Dios le traía sin cuidado.

Ersbetta comprobó que Masika no tenía fiebre, pero sus vómitos era continuos. Nanya sí la tenía, y ahora era muy alta: Con los ojos cerrados murmuraba palabras inconexas, presa del desvarío. Recordó que en uno de sus fardos llevaba salvia y muérdago para los mareos y las fiebres altas, y aún disponía de corteza de sauce, así que trastabillando por el pasillo que llevaba a la cocina acudió al viejo Nicodemo para que le dejara hervir agua en la pequeña escudilla que le tendía.

—¡Lo siento, señora! —negó el viejo, que trataba sin éxito de sujetar los cacharros que iban de un lado para el otro. Uno de sus ayudantes, un muchacho de ojos extraviados que nunca hablaba, le señaló el fogón apagado, encogiéndose de hombros. Al fondo de la cocina varios soldados apuraban un tragos de cerveza turca, pero

dejaron de hacerlo al ver a Ersbetta, quien no pudo librarse de recibir varias miradas y gestos llenos de lascivia. El viejo Nicodemo les gritó algo en su lengua y volvieron a concentrarse en sus jarras; no querían problemas con el capitán.

Volvió junto a la niña y le acarició el rostro caliente. Aldo seguía mojando paños con el agua que entraba por el fondo de la bodega y se los colocaba en la frente; pero aún así, su respiración agitada y el latido rápido de su corazón indicaban que la fiebre no remitía. Masika, echa un ovillo, se llevó las manos al estómago cuando la nave volvió a inclinarse con un gran quejido. Aumentaron entonces los gritos del capitán y del cómitre a los marineros solapándose con el grito de furia del viento.

Tras la plegaria de los árabes comenzó la de los misioneros ingleses, que apelaban a san Miguel y a la Virgen María para que los liberara de la muerte y los llevara a buen puerto. ¿Qué dios sería el más fuerte? ¿Qué dios templaría la tormenta?

Ersbetta notaba las náuseas crecer en su estómago y la palidez de Aldo demostraba que también las sentía, pero ambos se afanaban a cuidar de que ningún objeto de la bodega cayera sobre las niñas y de que estuvieran seguras en aquel rincón cuando el barco zozobrara de nuevo; también vigilaron que ningún ratón las mordiera o les royera las ropas, pues el barco estaba plagado de ellos a pesar de los cuatro gatos que daban buena cuenta de ellos. Chinches y piojos también abundaban, pero nada había que pudiera hacerse para evitarlos.

Rodeada del terrible olor de los vómitos de los otros pasajeros le quitó las calzas a Nanya, partió una cebolla, colocó las dos mitades bajo las plantas de sus pies y ayudada por Aldo volvió a ponérselas. Esperaba que la naturaleza de Nanya fuera fuerte y la fiebre remitiera en pocas horas. Alí la miraba contrariado: Temía que la niña hubiera cogido alguna fiebre tifoidea, mortal de necesidad…

A la lluvia se sumó el vendaval, para desespero de los marineros, que aunque acostumbrados a combatir los elementos, no esperaban lo que vieron a continuación, pues en la negrura del cielo agitado de aquella noche apareció una bola de luz rojiza que cruzó el firmamento de de este a oeste y tras un pequeño zigzagueo y un gran estruendo, se hundió en el mar volviéndolo escarlata durante unos minutos para finalmente desaparecer. El viejo Nicodemo, que se había asomado a cubierta para ver la evolución de la tormenta, se encontró de pleno con aquel espantoso fenómeno que aterrorizó a los marineros de cubierta mientras el capitán gritaba pidiendo calma, escondiendo su propio pavor.

El cocinero difundió enseguida la noticia por toda la nave, y ya no sólo se oían los rezos de los árabes y de los frailes ingleses sino también las plegarias de los marineros descreídos, atemorizados por el fuego caído del cielo, rogando porque los demonios del mar no decidiesen tragarse la nave y a sus ocupantes.

Ersbetta miró espantada a Aldo tras conocer la noticia, mientras él corría a cubierta para averiguar qué estaba sucediendo.

Nanya respiraba entrecortadamente, sudorosa. Desde que llegaron a Constantinopla su salud era preocupante, pero Ersbetta no había logrado averiguar qué era lo que le sucedía. Acarició su rostro pálido y frío y pensó que Nanya era especial y no solo por su bella voz. Era una niña callada de ojos grandes y curiosos que había tenido una infancia desgraciada. Empleada en la casa de Hans Smisza había visto atrocidades y había sido tratada casi como un animal; era justo que su vida ahora fuera mejor; no era justo que muriera abatida por la fiebre.

Madre… ayúdame… invocó con su mano sobre la frente de la niña. Ayuda a esta niña… En la frente de la curandera aparecieron finas arrugas, sus ojos se cerraron y su mano izquierda se aferró a su pecho allí donde colgaba la cruz del papa Silvestre. En su mente, que trataba de aislarse de lo que la rodeaba, aparecieron dos lobos grises que caminaban lentamente por la orilla de un río, el mismo que pasaba cerca de su casa de Salföld. Tras ellos iba su madre, Margit, la que creció entre ellos, la que hablaba su lenguaje.

—Tienes la llave, hija… Puedes usarla.

Margit se tendió sobre la hierba y se volvió hacia el sol del atardecer que empezaba a morir tras los montes cercanos. Los lobos se alzaron sobre sus cuartos traseros mientras ella hablaba hacia el astro que moría.

—Escrito está el destino, y escrito está el poder que emana de las manos del Gran Mago, el Tres Veces Grande. Has de saber que eres hija de Thoth, de Hermes, de Enoc. Tres es Uno. Uno es tres. Sigue las sendas que ellos te marcan, hija mía…

Comenzó a caer una fina lluvia que hizo que los lobos corrieran hacia su guarida. Margit los siguió y el río empezó a desbordarse… a desbordarse…

—¡Hemos de salir de aquí! —gritaba Aldo sacándola de su ensoñación. Ella notó sus pies mojados y se dio cuenta de que el agua del mar estaba entrando a raudales en la bodega. Los árabes y los ingleses salieron en busca de otro refugio y Aldo no dudó en cargar a Nanya a su espalda saliendo a toda prisa de allí. Ersbetta agarró a Masika de la mano y corrió con el agua alcanzándole más arriba de los tobillos hasta llegar a la cámara de los animales, donde se apretujaban corderos, ovejas, jaulas con gallinas, algún caballo y cientos de pulgas y chinches. Tor se encaramó a las niñas brincando de alegría al verlos.

—Aquí estaremos bien —dijo Aldo colocando el cuerpecito de Nanya cerca del calor del perro—. Ven, Masika, colócate junto a Nanya. —Alí, sosteniendo la lámpara de sebo, se hizo un lugar entre los animales y las niñas.

Ersbetta se arrodilló en el suelo y recibió de manos de Aldo más paños embebidos en agua para la fiebre de la niña. Pero su respiración se hizo más dificultosa y seguía con sus desvaríos. El pulso de su muñeca era muy débil. La iban a perder…

La llave… Se llevó las manos al pecho y lo sintió cálido y poderoso. Tocaba la cruz de Gerbert d'Aurillac.

—¿Qué haces, Bettina? ——le preguntó Aldo mientras la veía introducir una mano bajo el cuello de su camisa.

—Demuéstrame tu poder…

Acercó la cruz ansada a la niña, y en aquella cámara oscura iluminada levemente por la luz que sostenía Alí, comenzó a formarse un resplandor centelleante que surgía a través de ella y hacia Nanya. Tor gruñó quedamente, atemorizado ante lo que no comprendía.

Aldo se incorporó, ajeno al peligro que podía suponer que Alí observara atónito aquella escena, y se acercó con curiosidad y algo de recelo sin comprender qué era lo que estaban viendo sus ojos. Masika hizo lo mismo, sintiendo que sus náuseas desaparecían. Ersbetta sabía sus manos guiadas por unas manos invisibles. Se sacó por completo la cruz y la colocó sobre el pecho de Nanya, que ya sentía el calor que de ella emanaba.

Alí estaba realmente asombrado. ¿Con qué clase de personas estaba viajando? ¿Hechiceros?

—Aquí libero tu poder para sanar,
libero tu poder para recuperar
la salud perdida, la fiebre sobrevenida...

El ensalmo hizo que Nanya abriera los ojos, pero en seguida los cerró. Todos se miraron cuando notaron cómo la nave apaciguaba su movimiento y cesaban los gritos de los marineros afanados en cubierta. Fue entonces cuando el halo luminoso de la cruz comenzó a declinar hasta desaparecer por completo.

Aldo puso su mano sobre la frente de la niña y sonrió.

—No puedo creerlo; la fiebre ha bajado.

Masika se sentó de nuevo en la paja, sonriente, pues también se encontraba mucho mejor y se alegraba de ver de nuevo el brillo en los ojos de su madre después de un momento de magia.

Alí estaba tan perplejo como Aldo, pero antes de que diera su opinión, el toscano lo hizo callar.

—Ni una palabra de esto, Alí —se cruzó la boca con dos dedos—. Ni una palabra.

Ersbetta volvió a colgarse la cruz, ocultándola bajo su camisa, agradeciendo en silencio su servicio. Los objetos de poder tenían alma y, por tanto, había que reconocer sus dones para no correr el riesgo de que se volvieran contra uno.

La mañana siguiente el mar volvía a estar sereno y los vientos favorables empujaban con velocidad la galera hacia la costa que, según les comunicó el capitán para regocijo de los pasajeros, alcanzarían en uno o dos días si continuaban a ese ritmo. Nadie parecía recordar la tormenta ni aquel extraño fenómeno; era mejor olvidar para volver a desear embarcarse de nuevo.

En el puente de popa, Nanya, aún débil pero con mejor rostro que la noche anterior, soportaba con valentía los fétidos olores que salían de la sentina mientras

Masika, con aspecto demacrado, trataba de evitar los mareos mirando hacia el horizonte. Alí, que aún pensaba en lo que había visto la noche anterior, fue llamado por uno de los comerciantes árabes y volvió junto a ellos con un frasco de boca estrecha y cristal de diversos colores.

—Es esencia de ámbar, un regalo del señor Abdelkader, comerciante de la ciudad de El Cairo, para Nanya.

La niña lo olió y sintió que su ánimo mejoraba. Masika se lo pidió prestado y Ersbetta hizo lo mismo admirando el aroma que desprendía aquel frasco.

Alí continuó:

—Han querido obsequiarte con este presente para agradecer tu bello canto, con el que han disfrutado en este viaje.

Nanya sonrió feliz y Ersbetta y Aldo buscaron las miradas de los árabes y agacharon la cabeza en señal de respeto y gratitud.

Continuaron la travesía aburridos, con los cuerpos revueltos y cansados, sufriendo el sol y el calor que de repente cayó sobre ellos con fuerza. Ersbetta, sentada en la cubierta de popa con un aburrido Tor entre sus piernas, revivía las extrañas palabras de su madre. ¿Hija de Enoc, de Hermes, de Thoth? En la cubierta de proa observó que los comerciantes judíos pasaban los días leyendo y haciendo anotaciones. Siempre había oído que eran hombres cultos, dedicados al estudio. Tal vez ellos sabrían, pero ¿cómo preguntarles?

Caída la noche, el capitán observó las estrellas e hizo unos cálculos en el astrolabio que manejaba. Se hallaban en la ruta correcta; gracias a Dios que la tormenta no les había desviado de su rumbo. La estrella polar se alzó en lo alto del firmamento brillante y poderosa y, abajo, en medio de un mar tranquilo, la galera La Heroica aprovechó las afortunadas corrientes que la conducirían hacia el puerto a donde deseaba arribar: el puerto de Alejandría, al-Iskandariyah.

3
Niš, mes de mayo

El padre Râska puso sus manos sobre la Biblia abierta sobre el púlpito, observó la iglesia repleta y satisfecho, leyó:

—Lectura del libro del Apocalipsis, capítulo trece, versículo 6… "*Ella abrió la boca para maldecir a Dios y blasfemar contra su Nombre y su Santuario, y contra los habitantes del cielo. También le fue permitido combatir contra los santos hasta vencerlos, y se le dio poder sobre toda familia, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no figuran, desde la creación del mundo, en el Libro de la Vida del Cordero que ha sido inmolado. ¡El que pueda entender, que entienda!*

El murmullo en la iglesia fue general. Hans Smisza, al final del templo, junto a la pila bautismal, permanecía de pie escuchando aquellas hermosas palabras que le parecía iban dirigidas a él. El padre Râska, siguiendo su sugerencia, simultaneaba las lecturas en lengua latina con traducciones en las lenguas vernáculas de los feligreses, aumentando así la afluencia de fieles, sobretodo de aquellos que deseaban escuchar más acerca de las palabras escritas en el libro del Apocalipsis, atemorizados ante el devenir. Además, y lo que era más importante, custodiaba en el sótano de la iglesia decenas de cofres repletos de monedas, joyas y escrituras de propiedad. Los ricos donaban a la iglesia sus bienes para favorecer a los pobres pensando en que Dios se apiadaría de ellos a la llegada del Juicio, pero los necesitados continuaban haciendo cola al amanecer para recibir un cuenco con sopa aguada y algo de pan. Nada más. Aquellos cofres abundantes eran el botín del padre Râska y de Hans Smisza, que gracias a ellos pretendía adquirir en breve un castillo abandonado en la colina.

El sacerdote levantó el cáliz diciendo:

—…Y Jesús tomó la copa después de cenar y dijo: Esta es la sangre de la nueva alianza, que será derramada por vosotros...

Hans observó aquella copa donde según el sacerdote el vino se transformaría en la sangre de Cristo. Después de todo, aquellos cristianos no eran tan diferentes a él…

El médico salió el primero de la iglesia dejando tras él el hermoso canto de los monaguillos y paseó bajo la lluvia cruzándose con soldados del ejército bizantino. El mundo parecía resquebrajarse poco a poco, pues había revueltas contra el emperador, inundaciones en el norte, temblores de tierra… y luego aquel eclipse anunciador de calamidades. Ya era rico, pero ahora debía darse prisa si quería llegar a tiempo a su verdadero objetivo: alzarse con el don de la inmortalidad, el don más poderoso que puede tener un hombre. Él no deseaba arrojarse en los brazos del dios cristiano para morir y esperar la vida eterna en el cielo; tampoco deseaba expiar sus pecados para que Jesucristo se apiadara de él. Muy lejos de eso, deseaba vivir para siempre; ser él un dios.

Por el camino se detuvo a ver cómo varios hombres y mujeres se burlaban de un panadero acusado de vender pan adulterado. Tras atarlo a un asno, le habían colocado cascabeles sobre sus ropas y le lanzaban pedazos de pan duro, negro y enmohecido, avergonzándolo. Hans rió con ganas.

Ya en el sótano de su casa, contempló a los ratones que mantenía encerrados para sus experimentos; revisó cada recipiente con los diferentes elixires que ya disponía y, antes de retirarse a descansar, recordó las palabras del padre Râska:

…Y la adoraron todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no figuran, desde la creación del mundo, en el Libro de la Vida del Cordero que ha sido inmolado.

Se durmió viendo un túnel oscuro donde unas figuras informes lo esperaban. Cualquiera hubiera sentido miedo y hubiera despertado bañado en sudor y con el corazón batiendo a mil. Pero Hans no. Siguió soñando para ser recibido por aquellas tinieblas que lo esperaban con los brazos abiertos.

4
Roma, mes de julio

El papa Silvestre echó una última ojeada a la estancia que hacía pocas semanas acababa de habilitar como estudio en los sótanos secretos de la basílica del Sanctissimi Salvatori. Ahí quedaban sus artilugios, sus nuevos relojes y su nueva cabeza parlante. En la chimenea sólo quedaban cenizas, y en los tubos de ensayo no bullía ningún líquido. Aún así, sus herramientas estaban en orden, listas para ser usadas a su vuelta, pues el buen Richer así las había dispuesto. Cubrió con un paño los libros que se amontonaban en una de las esquinas de la sala para librarlos de la humedad y se santiguó a modo de despedida.

—¿Está listo, maestro? —preguntó Richer de Saint-Rèmy cuando vio aparecer al papa por la puerta de la basílica.

Éste no respondió. Se limitó a subir al carruaje y a colocar a su lado el bulto que conformaban los libros que se llevaba para el viaje. Gerbert no llevaba hábito ni vestiduras papales, pues había preferido desprenderse de todo boato. El papa Silvestre II desaparecía un tiempo para dar paso de nuevo a Gerbert d' Aurillac.

Salieron de Roma un amanecer de finales del mes de julio en dirección al puerto de Civitavecchia donde ya les esperaba una galera de un mástil y vela latina. El viento del norte había traído nubes carmesíes que se agolpaban en un cielo encendido, sofocante. Sin séquito ni criados, sólo con la compañía de Richer, el papa se alojó en una cabina elevada a popa donde estaría resguardado de las frías brisas del mar. Tenían por delante casi dos semanas de viaje hasta Alejandría.

—Háblame de esa mujer, maestro —le dijo Richer mientras se acomodaban en la cubierta—. Háblame de esa curandera de ojos verdes que nos lleva a Oriente.

—Si Dios lo tiene a bien, la conocerás, Richer, y yo la encontraré de nuevo. Ella tiene un pergamino más antiguo de lo que podamos imaginar y una cruz mágica que yo le entregué. Tiene el valor necesario y la ayuda de las fuerzas ocultas. Nosotros tenemos conocimientos y la ayuda de Nuestro Señor. Además, espero que mi mensaje llegue a tiempo a la ciudad de Córdoba y el maestro Ibn Umáil aún no haya emprendido el camino de Santiago, tal y como me informó en la última carta, y se una a nuestra búsqueda.

—Entonces, ¿creéis que uniéndoos a ella podéis detener el fin del mundo?

—Ésa es mi esperanza, Richer, ésa es mi esperanza.

En los recuerdos del papa iban las palabras de uno de los libros que formaban el *Corpus Hermeticum*, el libro de Asklepios. Aquella pasada noche, insomne, abrió el libro al azar y se encontró con el siguiente párrafo:

"¿Acaso ignoras, ¡oh Asklepios!, que Egipto es la copia del cielo, o mejor dicho, el lugar desde el que se transfieren y se proyectan hacia abajo todas las operaciones que gobiernan y ejecutan todas las fuerzas celestes? Es más, si decimos toda la verdad, nuestra tierra es el templo del mundo entero."

Hacia aquella tierra se dirigía, hacia el templo del mundo entero. Pero un poco después, las palabras se volvían inquietantes, pues Hermes advertía a Asklepios del Apocalipsis que se cerniría pronto sobre el mundo, pues los dioses abandonarían aquella tierra donde habían morado y sólo quedarían en ella los ángeles malignos.

"*…Entonces la tierra perderá su equilibrio, el mar dejará de ser navegable, el cielo ya no estará repleto de astros y los astros detendrán su ciclo en el cielo; toda voz divina será condenada al silencio; los frutos de la tierra se pudrirán, la tierra dejará de ser fértil…*"

Gerbert cerró los ojos. No oía los gritos de los marineros ni el clamor de las gaviotas, pues sólo sentía sobre él aquel cielo encendido. Pero cuando partieron, las nubes carmesíes se habían disipado y el cielo se volvió claro y hermoso. Eso le dio ánimos.

7. EL DIABLO

1

Ashjabad

finales del mes de Jumada Al-Awal[liv]

La entrada en el oasis de Ashjabad, al pie de los montes Koper-Dag es celebrada con gritos de júbilo y alabanzas a Allah. El Más Grande les ha permitido cruzar el desierto, sobrevivir a una tormenta y llegar sanos y salvos a la ciudad que les permitirá darse un baño, dormir en un lecho caliente y bajo techo y comer las sabrosas tortas de aceite que cocinan en la calle de Qa'en. Hay ovejas, patos, camellos y pavos reales camino del suq, y es allí donde se extienden numerosos puestos de alfombras, pues Ashjabad es el lugar donde se compran y venden las mejores y más elaboradas esteras, sedjadehs y tapices de toda Persia.

Viejos y jóvenes cargan de un lado a otro sus carros llenos a rebosar de pilas de panes recién hechos, de frutas recién cosechadas; los carniceros sacan a la calle pedazos recién fileteados de cordero, de vaca y de faisán; los pesan y los venden a complacidas amas de casa que regresan a casa con carne para sus hijos pequeños y para su esposo. Hay sacos a buen precio de dátiles, pistachos y sabrosas nueces del norte. Algunos cocinan shawarmas de carne de cordero y llenan con su aroma especiado las callejuelas abarrotadas; otros ofrecen sus perfumes y jabones mientras que en una callejuela cercana hay grupos de mujeres veladas que negocian con intermediaros la compra de sus hilados, pues ellas no pueden acudir al mercado a venderlos. Tras pequeñas mesas, los cambistas de moneda esperan a sus clientes; y los escribanos, cerca de los vendedores de libros, empuñan el cálamo con las peticiones del día. Cerca de ellos, varios mendigos tullidos se pasean de un lado al otro buscando la compasión acompañada de una moneda.

Habían dejado sus camellos y la mayor parte del equipaje custodiados a la entrada de la ciudad y, mientras comían pan recién hecho con un poco de queso en un puesto de la calle, vieron pasar dos corceles camino de los establos. Eran unos bellos ejemplares de largas melenas rubias, los más codiciados, y serían vendidos en la corte a muy buen precio. Ashjabad presumía de criar a los mejores corceles del mundo y todos los califas acudían a ellos para aumentar sus cuadras y vanagloriarse con sus poderosas ancas y sus magníficos pelajes. Algunos también eran comprados por los reyes de Occidente y después participaban en las guerras siendo montados por los mejores jinetes.

Los viajeros se dirigieron a buscar alojamiento para dos noches en el barrio nuevo, pero antes de llegar a él, llamaron su atención los gritos que provenían de una plaza cercana donde la multitud se agolpaba en torno a una figura cubierta con un lienzo blanco y enterrada hasta la mitad del torso.

—¿Qué delito se ha cometido? —le preguntó Muhammad a un joven que trataba de subirse a una fuente para ver mejor el espectáculo.

—¡Es una adúltera!

La sharia ordenaba lapidar a las mujeres infieles, y aquella mañana de Al-itnayh[lv] la ley estaba siendo cumplida en la figura de una mujer de veinte años que había quedado encinta tras haber sido forzada por el hermano de su marido. Tras numerosas peticiones de clemencia por parte de su familia, había dado a luz y amamantado a su hijo por un año, pero el tiempo de piedad había llegado a su fin. El marido ultrajado había pedido el cumplimiento de la pena y el cadí dispuso el día.

Los guijarros que le quitarían la vida debían ser de la medida adecuada: Ni tan grandes como para que la acusada muriera a las primeras pedradas, ni tan pequeños como para alargar el sufrimiento. Se dispusieron los guijarros adecuados en varios montones y los acusadores comenzaron a lanzarlos hacia la figura enterrada en la arena.

La mujer sufría los impactos revolviéndose bajo el lienzo que la cubría. Oía los gritos de la multitud en torno a ella, pero en su mente sólo existía el llanto de su hijo cuando se alejó de él. No se lamentaba de dejar este mundo que la despreciaba, pero sí de abandonar a su pequeño en manos de su suegra, una mujer cruel que no había movido un solo dedo por ella conociendo la verdad.

Lilya cerró los ojos para no seguir viendo aquella terrible escena que muchos miraban con divertimento. Era consciente de que ella hubiera podido seguir aquel mismo destino por haber dejado la casa de su padre, por abandonar a su futuro esposo, por haber vestido como hombre, por ir en compañía de dos que no eran de su familia… Se sintió desfallecer, pero trató de hallar fuerzas para que ni Al-Biruni ni Muhammad tuvieran que tocar su cuerpo al recogerla del suelo.

—Vámonos de aquí —dijo apesadumbrado Al-Biruni—. No me gusta contemplar cómo son castigados los pecadores. Tal vez debería haber otra forma pero… la ley está hecha para ser respetada.

Muhammad lo siguió mientras abandonaban la plaza seguidos por Lilya.

—Un amigo me dijo en una ocasión que un judío que venía de Occidente, de las tierras de los teutones, había visto cómo ahorcaban a un hombre acusado del robo de unas gallinas. Y también dijo que había visto cómo llevaban a la hoguera a una anciana acusada de hechicería.

—Entonces, Muhammad, podemos considerar que todas las leyes del mundo son aplicadas con dureza. Pero no tengo claro que la severidad extrema aplaque a los delincuentes.

—No somos jurisconsultos —dijo Muhammad—. Así que debemos en manos de Allah tanto la ley como su aplicación, ¿no crees?

Lilya no dio su opinión; nunca lo había hecho ni era tampoco el momento de comenzar, pero una profunda rabia surgía de su pecho. Al entrar en la ciudad se había vuelto a poner la abaaya y el niqab y, oculta tras aquel velo, con únicamente sus ojos expuestos al exterior, notaba como si una barrera se abriera entre ella y el mundo. Pero sabía que sus ropas la protegían de las miradas indiscretas y la ayudaban a cumplir las máximas que siempre le repetía su padre desde que tenía uso de razón: Obediencia, silencio, y ante todo, modestia: las cualidades de toda mujer.

—Recuerda, hija —le decía Abu Nasr Mansur—. El Profeta, que la paz sea con él, nos dice que la modestia es una parte de la fe, y la fe está en el Paraíso. Además, el Profeta ordenó el hijab para proteger a la mujer de ser dañada por las miradas inadecuadas de los hombres; para proteger su castidad y su honra.

Su padre le habló de ello, pero no le habló de porqué los hombres no evitaban esas miradas inadecuadas.

Torcieron a la derecha y siguieron avanzando entre callejuelas malolientes, sorteando niños que pedían limosna, ancianos tullidos que extendían la mano a su paso y mujeres con vestiduras de colores que dejaban al descubierto sus manos, sus pies y su cara: mujeres públicas.

Pronto llegaron a la casa de huéspedes que les habían indicado y alquilaron dos habitaciones para pasar esa noche y la siguiente. Lilya se retiró la primera a dormir y tuvo pesadillas, pues se soñó enterrada hasta el torso como aquella desgraciada, pero antes de que alguien tirara la primera piedra, despertó. Mientras secaba el sudor de su frente, pensó en la casa de su tío en Ispahán, en si la recibirían bien.

Muhammad y Al-Biruni recorrieron la ciudad de noche y se sentaron cerca de una fuente donde se escuchaban los cantos de un poeta joven que recitaba y tocaba la cítara.

Al-Biruni aprovechó aquel momento para hablarle a su amigo de lo sucedido en Merv.

—¿Qué opinas, Muhammad?

—Déjame dudar de que todo esté escrito, que el futuro sea inamovible. Creo que las semillas que hoy sembramos tal vez cambien lo que está por suceder —dijo mirando al cielo estrellado—. Somos nosotros los que hacemos nuestro futuro, no las profecías o los vaticinios de los sabios.

Aunque sus palabras sonaban convincentes, Al-Biruni no pudo evitar que una sombra de incertidumbre cruzara por su corazón.

Salieron de la ciudad al amanecer del tercer día, acompañados del canto del muecín que sobrevolaba la ciudad aún dormida. En esa hora temprana de la madrugada, la oración cantada desde el minarete ahuyentaba los malos espíritus que rondaban las mezquitas.

2

Ispahán

mes de Jumada Al-thani[lvi]

Las cúpulas de Ispahán se alzaban majestuosas confundiendo la visión de los viajeros acostumbrados a paisajes duros y desérticos. Habían viajado durante un mes bordeando el mar Caspio, atravesando las zonas boscosas de los montes Elburz hasta llegar a la ciudad de Teherán. Los siguientes diez días rodearon el desierto salado de Kavir donde abundan peligrosas ciénagas y visitaron la ciudad sagrada de Qom para admirar la gran cúpula dorada levantada en honor de la hija del Profeta, Fátima.

Y en el día once desde la salida de Teherán alcanzaban la gran Ispahán, la ciudad de los hermosos jardines, de las fuentes, de las grandes cúpulas de las mezquitas hechas con tejas azules y doradas. Rodearon el caravansar y se internaron en la ciudad, donde desde lo alto de los minaretes los muecines cantaban con sus voces claras y agradables: "¡Allâhu Akbar! ¡Allah es el Más Grande, no hay más Dios que Allah! ¡Acudid a la oración!

Aquellas voces animaban a los fieles a asistir al culto y, tras aquel aviso, el de la hora del salat al-`asr, a media tarde, muchos artesanos dejaron su trabajo y acudieron a la mezquita; otros rezaron allí donde se encontraban, pues el trabajo no debía hacerles olvidar su obligación con su Dios, a quien debían respeto y adoración. En la mezquita, los hombres ocupaban los primeros lugares; tras ellos se colocaban los muchachos, y en las últimas filas, tras una celosía, se colocaban las mujeres, las vírgenes y las casadas que no estuvieran impuras.

La casa del tío de Lilya era una casa humilde situada muy cerca del barrio judío. Llegaron a ella tras preguntar varias veces, pues la red de callejuelas intrincadas hacía dificultoso el hallarla, aunque todos a los que preguntaban sabían darle razón, ya que Ahmed Zewail era conocido por haber caído en desgracia.

Sucedió que tras poseer un próspero negocio de sedas y lanas; tras poseer una de las mejores casas de la región y disfrutar en su mesa de los más deliciosos manjares servidos por esclavos indios, su repentina enemistad con un visir hundió por completo su acomodada vida. El motivo de la disputa nunca se aclaró del todo, pero sí se supo que el visir amenazó con llevar la querella ante el califa de Damasco, y ante aquella intimidación que suponía una muerte segura para él y los suyos, Ahmed Zewail se vio obligado a cederle sus propiedades. Y con tan sólo una mísera bolsa de monedas que apenas si le alcanzaba para mantener a su familia un mes, se instaló en una pequeña casa junto al barrio de los judíos, pues la renta era más baja. Su hijo mayor tuvo que dejar sus estudios en la madrasa[lvii] y trabajar con su padre en el taller de carpintería que tuvo que abrir para ganarse el pan. A duras penas salían adelante, pero gracias a los judíos que encargaban muebles para sus casas y cofres para guardar monedas, cada día podían comer. De todos modos, Ahmed Zewail nunca volvió a ser el mismo hombre amable y generoso de antes, sino que su carácter se volvió hosco y desconfiado. La tristeza de su situación lo llevó a habituarse a fumar haschisch en los locales de los bajos fondos de la ciudad, y su carácter y su cuerpo comenzaron a acusar los excesos. Por esa razón, Al-Biruni, Lilya y Muhammad no fueron muy bien recibidos cuando llegaron hasta la puerta de su casa.

Lo encontraron lijando una arquilla, soplando las virutas y secándose el sudor de la frente. Lilya apenas recordaba a su tío, pues se habían visto sólo en una ocasión hacía tres o cuatro años en que él había visitado Samarkanda; pero el verlo haciendo un trabajo de artesano en la parte baja de aquella casa humilde, la hizo sobrecogerse de impresión.

—¡Dorood! –saludó en persa Al-Biruni.

—Dorood-bar-to… —musitó el tío Ahmed levantando a duras penas la vista de su tarea.

—Soy Abu-Raihan Al-Biruni, maestro astrónomo, y él es Muhammad ibn Miskawayh, estudiante de filosofía e historia.

Ahmed dejó su tarea y los miró de arriba abajo, poco impresionado. Su cabello era cano como su barba, pero aún conservaba la fuerza y la presencia de la juventud. A pesar de la pérdida de su fortuna, seguía siendo un hombre apuesto de aire digno.

—Recibí hace unos días la misiva de mi primo Abu Nasr, pero siento mucho deciros que mi situación ha cambiado, como podéis ver —Señaló a su alrededor: la mesa de trabajo, el suelo lleno de paja, virutas y tablas de madera—. Ahora ésta es mi casa, y apenas si podría alojaros en el cobertizo.

Los ojos de Ahmed Zewail destellaron con rabia al oírse decir aquellas palabras. Él, que había alojado hasta veinte personas en su casa, que les había dado de comer las mejores frutas, la mejor carne de caza y los mejores dulces, apenas sí tenía un cobertizo para alojar a unos amigos de su familia.

—Pero pasad por favor; tomaremos un té —les dijo haciéndoles entrar por una estrecha abertura abovedada que con unas empinadas escaleras de piedra llevaba a la planta superior de la casa.

Lilya observó las humedades de las paredes mientras subía tras los tres hombres. Ni siquiera había sido presentada, pero no tardarían en hablar de ella.

La esposa de Ahmed, Najma, en cuánto vio aparecer la abaaya de Lilya por el pasadizo la atrajo hacia sí alejándola de la sala donde iban a reunirse los hombres.

—¿Quién eres, muchacha? —le preguntó ofreciéndole un vaso con agua. Mientras bebía, Lilya vio que su tía poseía unos ojos ligeramente estrábicos además de un cuerpo voluminoso y una gran verruga junto a la nariz.

—Soy la hija de Abu Nasr Mansur, de la ciudad de Samarkanda.

Najma estaba desorientada.

—Pero, ¿tú no eras su hija casadera? ¿Qué ha ocurrido?

Lilya no respondió. Miró los dulces de miel que estaban sobre la mesa listos para servir, pero la mujer los retiró rápidamente.

—Son para los hombres. Ahora mismo vuelvo —dijo cortante.

A Lilya no le gustaba aquella mujer que no le ofrecía nada de comer. Viendo aquella desordenada cocina sospechó de la indolencia de Najma, y sospechó también que si Al-Biruni la obligaba a quedarse con aquella familia, su vida sería muy desgraciada. La cortina de la estancia volvió a abrirse, pero en vez de Najma aparecieron dos niñas.

—¿Quién eres tú? —preguntó la más pequeña, de unos cinco años.

En el salón de la casa, los hombres conversaban.

—Mi hijo Mulud, que ya cuenta dieciocho años, ha llevado a sus hermanos pequeños a la feria del centro. Estarán de regreso para la cena —les estaba explicando Ahmed a sus invitados.

Najma les sirvió los dulces y se retiró quedándose tras la cortina para escuchar bien la conversación de los forasteros. Al-Biruni no tardó en explicar la situación de Lilya a su tío Ahmed, que montó en cólera.

—¡No puedo creer lo que oyen mis oídos! –exclamó echándose las manos a la cabeza alarmado por la osadía de su sobrina—. ¡Cien latigazos la ayudarán a no repetir de nuevo su insensata hazaña!

Al-Biruni trató de calmarlo, apelando al miedo al matrimonio de la muchacha, a la temprana muerte de su madre… pero nada parecía hacer cambiar de opinión al tío Ahmed.

—Y además de cargar con su pecado, ¡tendré una boca más que alimentar! —se quejó Ahmed incrédulo por su mala suerte—. Pero, ¿qué hice para merecer esto?

—Intentad comprender… —Al-Biruni seguía tratando de suavizar el asunto, pero no era tan fácil aplacar la ira de aquel hombre.

—Es una mujer de mi familia y tengo el deber de velar por ella, pero mañana mismo escribiré a Abu Nasr y le devolveré a su hija lo más pronto posible; ya tengo suficiente con tres mujeres en esta casa.

Al-Biruni y Muhammad cruzaron el puente que atravesaba el río Záyandeh y se alojaron en una hospedería cerca del gran bazar. No se habían podido ni despedir de Lilya, pero esperaban visitarla en cuanto los ánimos de su tío se hubieran calmado. A la mañana siguiente, tras disfrutar de la casa de baños y de un delicioso té en una de las numerosas teterías que se abigarraban en las callejuelas de la ciudad, caminaron por las calles repletas. Después de la soledad, la aridez de los desiertos y las tierras montañosas que acababan de recorrer, ambos quedaron aturdidos por la saturación de colores de los puestos de las especias, por los frascos de perfumes abiertos, los puestos de los comerciantes de pieles y cueros cuyos olores desprendidos quedaron impregnados en ellos, llenándolos de una sensación voluptuosa y mareante. Caminaban hacia la madrasa para preguntar por Alí ibn Sina.

Ésta, adosada a la mezquita principal, era un edificio de planta en cruz cuya cúpula estaba siendo revestida con pequeños azulejos de color añil. En la primera de las salas, niños de siete y ocho años recitaban el Corán al mismo ritmo y entonación tratando de memorizar todas las suras. A menudo eran corregidos por el mulah [lviii], pero seguían arrodillados, balanceándose hacia atrás y hacia delante, con las manos en la frente para no olvidar nunca las palabras reveladas al Profeta.

Muhammad preguntó a un guarda por Ibn Sina, y éste mandó a un estudiante a llamarlo.

—Esperad aquí, por favor.

Mientras aguardaban, se mostraron preocupados por la suerte de Lilya, y no andaban errados, puesto que tras su despedida, el tío Ahmed cogió una vara y llamó a su sobrina al taller donde trabajaba. Ella se presentó ante él con la cabeza baja, pero antes de que se agachara ante él implorando su perdón, él la obligó a darse la vuelta y a agarrarse a un travesaño de la pared. El primer golpe de vara fue rápido y casi sorprendente, pero los diez que siguieron golpearon con tanta fuerza su espalda, que aunque cubierta por su túnica gruesa y la abaaya, la sangre comenzó a brotar de sus heridas. Su tía y sus primas, sentadas en las escaleras a oscuras, oían sus gemidos, pero nada podían hacer para librarla de su castigo.

El tío Ahmed dejó a Lilya en el suelo del taller, en la oscuridad, y sólo durante la noche su primo Mulud, enterado de lo ocurrido, se atrevió a llevarle un cuenco de agua.

—El corazón de mi padre se ha endurecido tras su desgracia, por eso buscaré a Al-Biruni y le diré que te lleve de aquí —susurró—. Lilya agradeció el agua, que cogió con manos temblorosas, pero no fue capaz de articular palabra alguna. Mulud, agachado junto a ella, continuó diciendo—: Ahora duerme un poco… Vendrán días mejores.

Lilya, apoyada contra un fardo de serrín, apenas podía beber unos sorbos dolorida como estaba. Respiraba con dificultad y sentía como si todos los huesos de su cuerpo estuvieran rotos en pedazos astillados. Dio las gracias a su primo y cerró los ojos mientras éste volvía a la casa y la dejaba sola en la oscuridad.

3

Alí Hekmet dejó de tocar su laúd y agradeció con un gesto cortés las monedas que le tendió el mayor de los comerciantes judíos, un viejo de larga barba rala y desaliñada que pasaba el día manoseando mientras leía uno de los muchos libros que llevaba como equipaje.

A petición de Ersbetta, Alí se había dirigido a la cubierta de popa para trabar conversación con los judíos, de quienes esperaba obtener algo de información. Señaló el libro que estaba leyendo el viejo comerciante y dijo:

—Os he visto todo el viaje leyendo libros, por lo que deduzco que vuestra sabiduría es mucha…

El viejo judío lo miró de arriba abajo, admirado de que aquel joven hablara tan bien su lengua, y le respondió:

—Un hombre nunca debería tener suficiente cuando se trata de saber.

—Estoy de acuerdo, señor; por eso me preguntaba si tenéis algún conocimiento acerca del profeta Enoc.

Los judíos más jóvenes que le acompañaban se miraron entre sí y uno de ellos habló:

—Qué curioso que un mozo como tú quiera saber acerca de uno de nuestros patriarcas. Además, ¿no te molesta que te vean hablando con nosotros?

Alí negó con la cabeza.

—Durante varios años he acompañando en sus viajes a comerciantes judíos, y por esa razón he sufrido los mismos desprecios que vosotros...

El anciano asintió observando al muchacho egipcio, que mirando hacia el hermoso y tranquilo mar de aquel día, señalaba hacia el norte.

—En Constantinopla oí una conversación en la que se citaba ese nombre, y bien… soy curioso por naturaleza… —dijo tratando de quitar importancia a su pregunta —. Si tenéis a bien responderme os lo agradecería, pero si no…

—¡Hekmet! —gritaron desde abajo algunos remeros—. ¿Sigues tocando o qué?

Los judíos le indicaron que complaciera a los remeros, así que Alí se colocó en el estrecho pasillo central de la nave y tocó una animada canción de su pueblo.

Cuando acabó, el anciano judío lo llamó a su lado.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Alí Hekmet.

—Alí Hekmet… Yo soy Yosef ben Sholomo y éstos son mis sobrinos Yaakov, Elyakim y Asher. Pues bien, Alí, te diré que en el libro del Génesis se nos dice que Enoc era descendiente de Adán; hijo de Yéred y padre de Matusalén. Se dice que vivió más de trescientos años y que su nombre era conocido en todo el mundo aunque de forma diferente: En Egipto fue conocido como Thoth, en Grecia como Hermes, y en Fenicia, como Cadmus.

"Todos quisieron apropiarse de su sabiduría y de su origen, pero Enoc es judío, así que ante la evidencia, sus obras tuvieron que ser ocultadas, cuando no destruidas por los que no soportaban que perteneciera a nuestra raza; inferior según los ignorantes. Sabemos también que el patriarca Enoc fue llevado a los cielos, aún cuando no había muerto. "*Por la fe, Enoc fue trasladado, de modo que no vio la muerte y no se le halló, porque le trasladó Dios*", así se dice en la epístola a los Hebreos, y también en el Génesis: "*Enoc anduvo con Dios y desapareció, porque Dios se lo llevó*".

Alí agradeció la información y tocó de nuevo su laúd a petición de Yosef.

La bahía de Alejandría asomó en el horizonte, y vieron cómo su legendario faro se alzaba majestuoso a trescientos pies sobre la isla donde lo habían construido. La isla de Faros estaba unida al continente por medio de un largo dique que había formado dos puertos, el gran Puerto y el puerto del Buen Regreso.

Admiraron boquiabiertos aquella gran torre de base cuadrada sobre la que se alzaba un segundo nivel de forma octogonal donde estaban colocados diversos espejos para reflejar la luz del sol y ver a los que se acercaban por el mar de los Rum[lix], y donde en la noche se encendían antorchas para guiar a los barcos. El último nivel, de base redonda, disponía de un mirador y estaba coronado por una estatua del dios Poseidón.

El vigía gritó y los marineros respondieron con vítores, risas y más gritos de alegría. Los pasajeros se pusieron en pie para no perder detalle de la llegada al Gran Puerto, el puerto del este. Desde la lejanía se vislumbraban a la perfección los puntiagudos alminares y las cúpulas blancas y azules que dibujaban el contorno de la ciudad.

Antes de desembarcar, Alí tenía que hablar con Ersbetta.

4

Abu Alí ibn Sina no podía creer que Al-Biruni estuviera en Ispahán.

—¡Mi querido amigo, hermano! —exclamó al verlo de lejos—. ¡Qué alegría verte! —Se acercó corriendo bordeando los parterres florecientes de la madrasa, no sin antes detenerse para hacer una inclinación de cabeza a un mulah que lucía un turbante de color negro que indicaba su descendencia del Profeta, y entonces ambos se fundieron en un largo abrazo mientras daban gracias a Allah por su reencuentro. Ibn Sina lucía una cuidada barba y sus ojos oscuros sonreían por el reencuentro con su gran amigo. Era alto como Al-Biruni, y sus manos de dedos nudosos se movían en el aire, gesticulando. Aquellos dedos ágiles manejaban como pocos el bisturí y habían devuelto la salud a no pocos enfermos desahuciados.

Muhammad se mostró encantado de conocer al famoso ibn Sina, del que a pesar de su juventud ya se decía que era el médico más prominente de toda Persia. Tras diversas peripecias se acababa de instalar en Ispahán y había entrado en la corte, al servicio del emir. También daba clases en la madrasa y se ocupaba del bimaristán, el hospital que acababa de fundarse con grandes esfuerzos, pero que constituía un hito para la medicina en Oriente.

Compartieron una buena comida en la casa de Ibn Sina, donde Al-Biruni le contó acerca de todos los sucesos que habían acaecido desde que salieran de Samarkanda. Tras saber que el primo de Abu Nasr Mansur no podía alojarlos en su casa, él mismo se ofreció a hacerlo. Al-Biruni aceptó encantado, y pasó enseguida a hablarle de aquel pergamino que le había entregado el señor Wang.

—¿Puedes mostrármelo?

Al-Biruni así lo hizo, sacándolo de un bolsillo de su chilaba donde lo guardaba desde hacía unos días, pues desde que salieron de Merv, gustaba de contemplarlo en los momentos de descanso.

Ibn Sina esperó a que Al-Biruni lo liberara de su estuche de cuero y lo desplegara por completo. Entonces entornó los ojos, extrañado.

—Esta clase de dibujos pertenecen a la tierra de los egipcios, Misr.

Al-Biruni asintió, confirmándolo.

—El mago de Bukhara del que te he hablado me dijo que fue creado por Thoth el escriba, y según los sabios de Merv era al parecer un dios, un avatar, no sé bien… Tal vez este pergamino sea parte de un mapa, pero creo que hay algo más, tal vez algo relacionado con la profecía de la que me hablaron allí, y eso refuerza mi intención de viajar hacia Misr.

—Aún no me has hablado de lo que te dijeron esos sabios…

Al-Biruni le explicó su extraño encuentro.

—¿Siete torres? ¿Los awliyâ al-Shaytân están construyendo siete torres para configurar una puerta que favorezca el regreso de Lucifer? ¡Que Allah nos ampare! ¿Pero dónde están llevando a cabo esa monstruosidad? ¿En su tierra, en el Kurdistán?

—Los tres ancianos sólo me dijeron que las habían construido tomando como ejemplo la constelación del Carro Mayor.

Ibn Sina estaba perplejo y a la vez preocupado.

—Esto no puede traer nada bueno…

Uno de los criados de Ibn Sina trajo unas bandejas llenas de dulces.

—Y en cuánto a esos ancianos zoroastristas… —siguió diciendo el médico— son gentes cultas y devotas por cuyo credo se interesaron Platón y Aristóteles, pero aún así hemos de mantenernos escépticos con sus teorías.

—Así es, pero estoy confuso. Sus palabras estaban teñidas de una convicción poco usual. Por una parte sé que éste último eclipse se ha dado bajo planetas poco propicios, pero me resisto a creer en un Apocalipsis cercano, y menos aún que Lucifer vaya a regresar para gobernar el mundo que aún siga en pie.

—No sé qué decirte, hermano mío; tal vez sólo se trate de una leyenda. Sólo Allah sabe cuándo y cómo acabarán nuestros días; sólo él es dueño de nuestro destino, el dueño del día del juicio. Y en cuanto a ese pergamino que me has mostrado, deberías consultar con alguien que sepa interpretar símbolos de otras culturas —devolvió el objeto a su dueño y acariciando su barba añadió—: Tal vez podríamos consultar al mulah Abdullah. Si él no sabe de algo, ése algo no existe —dijo sonriente.

—Pero háblame más de los al-Shaytân…

—Se dice que algunos pertenecen a la comunidad kurda de los yazidíes y veneran a los Siete Ángeles y en especial a su jefe, Malak Tâ´ûs, el Demonio, por eso son llamados los Santos del Diablo. Al parecer, éste adquiere la forma de un pavo real cuando se manifiesta a los creyentes…

Al-Biruni no pudo evitar estremecerse al imaginarse las siete torres que al igual que la constelación del Carro Mayor, se construirían con un fin aterrador. *Abajo como arriba…*

Durante varios días, Al-Biruni y Muhammad asistieron a la madrasa para dar y asistir a algunas conferencias a propuesta de Ibn Sina mientras el mulah Abdullah analizaba el pergamino. Al-Biruni era reacio a separarse de él, pero Ibn Sina le aseguró que lo dejaba en buenas manos.

El primo de Lilya, Mulud, esperó durante horas a la entrada de la madrasa y al fin tuvo su recompensa: Al-Biruni salía de ella cargado con legajos de papel para ser encuadernados.

—Permitidme el atrevimiento, señor —le dijo caminando aprisa tras él—. Soy Mulud ibn Zewail, y os requiero por mi prima Lilya.

Al-Biruni se detuvo, expectante.

—Lleva varios días encerrada en una habitación, muy enferma. Morirá si no hacemos algo por ella.

Tras las nubes, un rayo veloz cruzó de lado a lado la ciudad de Ispahán, crujiendo como si el cielo fuera a partirse en dos. Al-Biruni sintió que algo se rompía también en su alma.

A su alrededor, los ancianos y los niños corrían a refugiarse en sus casas; las mujeres se apresuraban a recoger la colada y los panaderos ambulantes cubrían con rapidez su mercancía. Se acercaba una tormenta a la ciudad. Mulud le hablaba de Lilya y su sufrimiento, pero Al-Biruni sólo quería sentir las gotas de lluvia cayendo sobre su cara, pues si así lo hacía, alejaba el dolor de su corazón.

Y en la casa de su tío, Lilya observaba el tímido rayo de luz que dividía en dos el cuarto donde la habían encerrado para expiar sus culpas. Apenas bebía, y ningún alimento había tomado desde hacía más de una semana; su piel comenzaba a tomar un color cetrino y bajo sus ojos comenzaron a aparecer bolsas de color morado que competían en color con los cardenales de su cuerpo, pues su tío había seguido castigándola. Al-Biruni la había abandonado a su suerte en aquella casa y ahora ya nada tenía sentido. Había dejado la casa de su padre y atravesado un desierto para llegar a la nada más absoluta. Pero, ¿acaso no sabía que Al-Biruni la iba a dejar con su tío? Sí lo sabía, pero había soñado un futuro mejor. Había soñado como una ingenua con una vida diferente al lado del joven que amaba. Pero no terminaría sus días en ese cuartucho, determinó. Pediría perdón a su tío y en la primera oportunidad huiría de Ispahán.

En la conferencia de aquella tarde, Al-Biruni hablaba sobre la periodicidad de los eclipses con aire distraído. No podía pensar más que en terminar su parlamento y en la conveniencia del paso que iba a dar; un paso que ibn Sina había sugerido.

—Cásate con ella, hermano; será lo mejor para todos —le había dicho mientras tomaban un té en el jardín de su casa. Tras la tormenta se habían desprendido todos los olores de sus plantas y flores en un estallido sensual—. Yo tampoco tardaré en tomar esposa, pues ya es hora de vivir una vida sosegada. —Alí ibn Sina era conocido por su gran vigor y sus numerosas amantes, siempre complacientes y complacidas por tener con ellas a un hombre cariñoso que las trataba con el mayor de los respetos—. Además —añadió—, como astrólogo, deberías vaticinar si esta unión será o no fructífera para ti, ¿no crees?

En efecto, bien podía levantar la carta natal de Lilya y compararla con la suya; bien podía consultar al cielo y a las estrellas, pero era su corazón el que le indicaba sin dudas que debía unirse a ella, que debía compartir el resto de su vida con ella.

Tras terminar las clases de aquella tarde, Al-Biruni se dirigió junto con Muhammad a la casa de Ahmed Zewail.

—Espero que estés seguro del paso que vas a dar, amigo —le decía Muhammad—. No te estarás dejando llevar por la lástima? Era lógico pensar que su tío la castigaría, pero no por eso debes casarte con ella… Además, ¿qué hay de nuestros planes, del viaje a El Cairo?

En la voz de Muhammad podía notarse un cierto tono repleto de celos, más aún cuando su amigo le respondió sin titubeos:

—Será mi esposa, pues así lo deseo, Muhammad.

Encontraron a Ahmed trabajando en el taller, ayudado por el mayor de sus hijos, Mulud.

—¿Qué os trae de nuevo por aquí, maestro Al-Biruni? —preguntó Ahmed sorprendido por aquella visita.

Mulud saludó con la cabeza al astrónomo, satisfecho porque había atendido su ruego. Muhammad se acercó a él para ver su tarea con la madera mientras los otros dos hombres hablaban.

—He venido para pedir la mano de Lilya —dijo algo nervioso Al-Biruni—. Deseo hacerla mi esposa cuánto antes.

Ahmed vio el cielo abierto.

—Me parece oportuna vuestra decisión, maestro. Aún así, debo advertiros que su dote no será inferior a causa de la cicatriz de su cara, tal y como lo hubiera querido mi primo Abu Nasr.

—Estoy en posición de dar una buena dote por Lilya.

Una enorme sonrisa apareció en su rostro severo de Ahmed.

—Entonces pasemos a la sala, por favor… ¡Najma! —llamó— ¡Tenemos invitados!

Reunidos en la sala alfombrada, iluminados por los últimos y débiles rayos de sol de la tarde, los hombres recitaron la sura para solicitar a Allah las bendiciones sobre aquella nueva boda. Después concertaron la fecha y el importe de la dote. Se barajaron varias cifras, algunas desorbitadas, pues incluían una parte que se quedaría el tío de Lilya, cosa que molestó un poco a Al-Biruni, pero Ahmed trató de llevarlo a su terreno.

—Bien sabéis que si Lilya se quedaba aquí nos hubiera ayudado mucho en la casa, y si ahora se marcha… debemos ser recompensados de algún modo, ¿no?

La expresión de Ahmed era inocente, práctica, pero Al-Biruni sabía que hablaba influenciado por su malicia y por el efecto del haschisch que fumaba.

Acordaron un pago de cuatrocientos dinares de los cuales Ahmed se comprometía a entregar cincuenta a Abu Nasr, pero la tía Najma, una vez los tuvo a su alcance y sobre la mesa de la cocina, quedó deslumbrada al ver junto tanto dinero de nuevo y pensó en otros planes. Abu Nasr estaba lejos de Ispahán, y las cartas tardaban en

llegar a su destino. Y en cuanto a los cien que le corresponderían a Lilya… Su tía iba a encargarse de que no los recibiera completos.

Sin saber nada de lo que estaba por suceder, Lilya lavaba y remendaba ropa en la parte de atrás de la casa, sin que la petición de Al-Biruni de que fuera bien tratada hasta la boda hiciera ningún efecto.

La ceremonia se celebraría dentro de tres días, pero primero, según la sunnah[lx], se redactaría el contrato correspondiente, que firmarían Al-Biruni y el tío Ahmed ante el cadí. El astrónomo tenía pensado hacer una boda sencilla y con pocos invitados, pues el Profeta aconsejaba a los fieles no derrochar en las celebraciones, así que alquiló una pequeña casa cerca de la mezquita principal y compró algún mueble, alfombras, velas y lámparas de aceite. Compró también una pulsera de oro para ser enviada a la futura novia, y entre unas cosas y otras llegó el día en que volvería a verla de nuevo. Bien poco sabía de lo que estaba sufriendo la hija de su maestro.

Humillada por su tía, pasó dos días fregando ollas quemadas pensando en su hermana Noor y sufriendo por su destino. El tercer día, a mediodía, mientras Lilya se frotaba las manos doloridas, sangrantes en los nudillos, la tía Najma entró en la cocina y le dijo:

—Levántate, perezosa. Hoy es el día de tu boda.

La tía Najma no pensaba decirle quién era el esposo que le había tocado, pues pensaba hacerla sufrir hasta el último momento. La obligó a bañarse y a ponerse ungüento en las heridas. Después, ya en su cuarto, le lanzó la abaaya que tenía que llevar y antes de que se pusiera el velo que le cubriría el rostro le dijo cruelmente:

—Espero que tu anciano marido sepa tratarte como mereces, pues según he oído es de carácter brusco y le gusta usar la fusta de su caballo sobre sus mujeres.

Lilya la miró sin pestañear. Era el momento de huir, de escapar de una vez de aquella maldita casa, pero su tía parecía haberle leído el pensamiento.

—Sé lo que estás pensando, muchacha desagradecida… Pero no puedes evitar tu destino, y éste va a cumplirse lo quieras o no.

Lilya se quedó de pie sosteniendo la abaaya entre sus manos mientras veía cómo su tía daba media vuelta y salía de la habitación. Huir, huir, era lo único que su mente repetía una y otra vez. Tió la abaaya al suelo y empezó a preparar un hatillo. No sabía a dónde ir, pero prefería perecer en el desierto que casarse con un anciano maltratador.

Su primo Mulud descorrió la cortina y asomó la cabeza para susurrarle:

—Prima, vas a casarte con Al-Biruni; no sufras más...

El tío Ahmed se reunió en el patio de la casa con dos de sus vecinos; los tres serían los testigos de Lilya. Y en la mezquita, ante el imán, Abu Raihan Al-Biruni y Lilya ibn Nasr, junto con los tres testigos de cada uno, oían las lecturas correspondientes del Corán. Ella estaba como en una nube, en un sueño increíble del que le parecía que de un momento a otro iba a despertar. Pero el olor del incienso era real, el frío de la gran mezquita era real, y la tranquilizadora presencia de Al-Biruni, más que real, era maravillosamente cierta. El tío Ahmed pronunció unas palabras acerca del matrimonio, mientras aceptaba a Al-Biruni como esposo en nombre de Lilya. Ella no tenía derecho a decir nada, pero nada tenía que objetar. Muhammad e Ibn Sina sonrieron cuando acabó la ceremonia, felicitándose por su amigo.

Era la primera hora de la tarde cuando Lilya entró en su nueva casa y fue recibida por varios ramos de tulipanes rojos que lucían fragantes dentro de unos elaborados jarrones. Contaba una leyenda persa que el príncipe Ferhad se había enamorado de una doncella llamada Shirin, y un día, estando él de cacería, recibió la noticia de que su amada había muerto. Montó en su caballo y cabalgó hasta los acantilados de Jāsk, precipitándose al mar. Pero su amada no había muerto, pues todo había sido un engaño de sus adversarios en la corte, y así, mientras se despeñaba, de cada una de las gotas de su sangre derramada sobre las rocas, brotó un tulipán rojo. Desde aquel día, esa flor fue el símbolo persa del amor.

Mientras ella acariciaba los tulipanes, Al-Biruni le tendía un hermoso frasco de vidrio azulado que contenía perfume de agua de rosas de Farnistán. Era tanta la felicidad de Lilya que sintió cómo las lágrimas acudían a sus ojos. Al-Biruni descubrió su rostro y la besó.

—Ahora eres mi esposa, y yo soy tu esposo. Sólo yo tengo el privilegio de ver tu cara, así que a partir de ahora siempre y en toda circunstancia la llevarás cubierta en la calle. —Y acariciando con cuidado la cicatriz de su rostro, le preguntó—: Algún día me explicarás cómo te hiciste esta herida, ¿verdad? ¿Caíste sobre algún canto afilado, te atacó algún animal?

Lilya negó con la cabeza, pues no era aquel el momento de explicaciones. Se apartó de él con delicadeza y encendió unas velas que parpadearon cuando Al-Biruni la abrazó.

Tumbados en el lecho, Al-Biruni pronunció las palabras sagradas para recibir las bendiciones del cielo y protegerse de los males del infierno:

—*Bismillah. Allahumma yannibnash-Shaitán, ua yannib-ish-Shaitána ma razáqtana*.[lxi]

Lilya dejó de oír la voz de su esposo para sentir sus dedos en su cuello bajando hasta los botones de su camisa. Los esposos no podían ver sus cuerpos en la intimidad, por esa razón Al-Biruni nunca vio las marcas de las cicatrices que el tío de Lilya había dejado en su espalda, sólo las recorrió con sus dedos temblorosos tratando de que su amor las borrara para siempre.

Celebraron su boda en la casa de Ibn Sina, destinando una estancia para los hombres y otra para las mujeres. Se había sacrificado un cordero para la ocasión, y se sirvió arroz salpicado de hierbabuena, los más dulces y grandes dátiles, pastelillos de hojaldre y miel… Todos parecían felices, incluso la tía Najma parecía estar de buen humor mientras hablaba con las mujeres y retocaba el maquillaje de su sobrina.

Lilya estaba lejos de su padre y de su hermana, pero sentía los ojos de su madre mirándola desde el cielo, bendiciéndola en aquel día en que era felicitada por mujeres y niñas que no conocía. Su tía se comportó de forma encantadora con sus invitadas, y ofrecía una y otra vez pasteles de las bandejas, pasteles que naturalmente había pagado Al-Biruni. En la noche dieron por concluida la pequeña fiesta, y cuando regresaron a su casa en el pequeño carruaje que les facilitó ibn Sina, Lilya le preguntó a su reciente esposo si continuaba con sus planes de viajar a la ciudad de El Cairo.

Él asintió. Más tarde le enseñaría el pergamino del comerciante Wei y le hablaría de todo lo que sabía de él.

8. EL ERMITAÑO

1

Alejandría, finales del mes de junio

Cambiaron sus monedas por dirhams de plata y dinares de oro en la aduana del puerto de Alejandría, que estaba bajo autoridad musulmana. Alí había negociado un buen cambio para ellos y ahora su dinero casi se había multiplicado por dos. En los amplios y abarrotados muelles se extendían toda clase de mercancías llegadas desde los más variados lugares de Oriente y de Europa, como el estaño de Bretaña, las sedas de Catay y el marfil de África oriental.

—Por allí. —Alí les guió hasta el lugar donde tenía la oficina el corresponsal de Girolamo d' Adigio en el puerto, casi al final del muelle principal.

Entraron en una construcción de piedra en cuya puerta de madera estaban escritas palabras incomprensibles para ellos, pero a Alí le ofrecieron la información que necesitaba.

—Salaam —le dijo al guarda de la puerta—. Buscamos a Roger Desclot.

—No se encuentra —dijo el guarda mirando al frente sin despegar su mirada de los bultos que se amontaban a la entrada de la oficina—. Volved mañana.

Entraron en la ciudad a mediodía, cuando desde los alminares se convocaba a la oración. Las calles pavimentadas de la metrópoli estaban llenas de hombres de piel curtida con túnicas color tierra y turbantes enrollados a la cabeza; de mujeres con pañuelos negros sobre su cabeza y hombros que se afanaban en sus compras acompañadas de otras mujeres y de niños. Algunos poetas declamaban subidos a cajones de madera, y los músicos ambulantes deambulaban por las calles del centro mientras viejos flautistas encantaban serpientes. En las esquinas, asnos cargados, cabras perdidas… Todos hacían bullir de actividad aquellas calles anchas, rectas y limpias bordeadas de palmeras, repletas de columnas, de mezquitas, de pequeñas iglesias cristianas, de puestos ambulantes donde podían adquirirse todo tipo de mercancías, desde vasijas de cerámica hasta los más dulces dátiles. En algunas tiendas se exponían toda clase de escarabajos hechos con piedras preciosas; también de madera y de alabastro. En otras, abundaban las vasijas de aceite y de vino. Había tiendas de papel y de papiros, y tiendas de manuscritos siempre llenas de estudiantes de la madrasa, de mulahs y de científicos. En aquella calurosa ciudad de quinientos mil habitantes, poblada como Córdoba, olía a mar y a la comida de los puestos ambulantes. También olía a la arena del desierto, de la que un leve velo sobrevolaba por entero la ciudad, dándole un color anaranjado.

Ersbetta no pudo evitar detenerse ante el espectáculo de un anciano que con su flauta hacía que la serpiente enroscada que parecía dormir en un saco, se elevara hipnotizada mirando a su dueño. Recordó el sueño que meses atrás le había mostrado una imagen parecida, pero entonces estaba rodeada de una gran extensión de arena y de un brillante sol que le quemaba la piel. El anciano tocaba la flauta, como ahora, y la serpiente se alzaba frente a él, pero en aquella ocasión, al lado del encantador de serpientes, una alfombra se elevó hacia los aires mientras el anciano hablaba así: "*Caminarás hacia las tierras de Misr… antes del fin de los tiempos*". Y ahora ya estaba en Misr, en Egipto… Ya había llegado y apenas podía creerlo. Estaba tan lejos de su tierra… Su hija la miró, sabiendo lo que pensaba.

A sugerencia de Alí, se detuvieron en un puesto de ropa, pues aquel clima les obligaba a abandonar sus gastados y calurosos vestidos europeos. Adquirieron las prendas más adecuadas y después visitaron el puesto contiguo para comprar sandalias de cuero, admirando las decenas de zapatos de vivos colores decorados con delicadas filigranas y con las puntas retorcidas hacia arriba que Ersbetta consideró poco prácticas aunque las niñas insistían en que les comprara un par.

Al terminar sus compras, pasaron junto a muchachos vendedores de aishamis, panes redondos y planos colocados en montones sobre carros tirados por ellos mismos; otros extendían lienzos en el suelo y los mostraban gritando en su extraña lengua. Además de los propios egipcios, Alejandría estaba habitada por pequeñas colonias de griegos, de judíos y de venecianos, en su mayoría comerciantes, que trataban de devolver a la ciudad el auge perdido en detrimento de El Cairo.

Pasaron cerca de los restos del antiguo templo del dios Serapis, donde se alzaba el pilar de Pompeyo, y poco después Alí señaló hacia la derecha.

—Por aquí. Entraron por una callejuela estrecha por la que al pasar tuvieron que sortear mulas cargadas con cestos de paja, mendigos y niños que tiraban de sus vestidos y miraban sorprendidas a Tor, pues nunca habían visto a un perro de igual raza.

—No hagáis caso; piden por costumbre —advirtió abriendo la portezuela que daba paso a la casa de su familia.

Iban a alojarse en casa de un primo lejano de Alí, Hassan ibn Talib, perteneciente a una familia acomodada que dirigía diversos talleres de tejedores de alfombras en la ciudad. Pero Hassan dejaba esa tarea en manos de su hermano Abdelhamid, pues él se dedicaba al estudio y la investigación. Era traductor de lengua copta y aramea y daba clases de retórica y música en la madrasa principal de Alejandría. En los últimos días soñaba con trasladarse a El Cairo para dar clases en la Gran Madrasa, la Universidad de Al-Azhar.

Mientras Alí entraba en la casa, baja, encalada y de una sola planta, los demás esperaron en el patio principal. Un gato de largo pelaje dorado les echó un vistazo con sus ojos altivos y desapareció entre los arbustos del jardín. No quería tratos con extraños ni con aquel perro que acababa de ver.

—Estamos en Egipto, niñas… —les dijo Ersbetta tomando asiento en un banco de piedra junto a un pequeño estanque con peces. Le parecía imposible que estuviera diciendo aquellas palabras—: Hemos llegado al fin...

Masika suspiró cansada, aún sintiendo, al igual que los demás, un extraño mareo que la hacía sentirse como en el barco, a merced del movimiento de las olas. Nanya miró hacia el cielo ligeramente anaranjado y pregunto:

—Y ahora, ¿qué?

Aldo paseaba por el patio con las manos a la espalda; el cabello le había crecido mucho y aunque lo llevaba atado en varias trenzas le daba el mismo aire descuidado que su barba de siete días y su rostro cansado y ojeroso. Todos sus bultos de equipaje se habían quedado en un rincón, y desmerecían el cuidado jardín florecido.

Alí apareció por fin con su primo, un hombre de mediana estatura y tez oscura vestido con una túnica azul y un birrete blanco.

—Bienvenidos a mi humilde casa. Mi nombre es Hassan ibn Talib. — Le tendió la mano a Aldo, que estaba sorprendido de oírlo hablar en lengua latina, pero apenas si dirigió su mirada a Ersbetta.

Dos niñas gemelas de unos diez años se acercaron a ellos con dos bandejas con cuencos repletos de dátiles y altramuces y unos pequeños vasos humeantes de té que los invitados no dudaron en aceptar.

—Las mujeres pueden pasar a la parte trasera de la casa, allí os espera Nassima, la mujer de mi hermano Abdelhamid. —Hassan hablaba ahora en su lengua, siendo traducido por Alí, y enseguida apareció un esclavo nubio que acompañó a Aldo al patio contiguo donde le esperaba una tina de agua caliente y jabón, mientras él se quedaba hablando con Alí. Tor fue atado con una cuerda a la sombra de un árbol, con abundante agua fresca a su alcance y una escudilla con restos del almuerzo de la mañana pero, inquieto por no ver a sus amos, gemía constantemente.

Alí se acercó a consolarlo mientras Hassan le preguntaba acerca de los recién llegados.

—¿Qué clase de gente has traído a mi casa, primo? Ese italiano parece un salvaje; por no decir de este animal, que más se asemeja a una oveja que a un perro. Y después esa pequeña con el pelo rojo como la henna… ¿De dónde han salido? ¿Son feriantes?

Alí rió. Acarició las orejas de Tor, y éste, más tranquilo, resopló harto del calor.

—Creo que vienen en busca de un tesoro, y pienso ayudarles a encontrarlo.

Sentados bajo la sombra de una palmera, Alí se dispuso a explicarle.

Días atrás, tras hablar con los mercaderes judíos, Alí cruzó la estrecha pasarela central de la galera y se llegó junto a Ersbetta para contarle lo que le habían dicho acerca de Enoc.

—Entonces, Enoc es Thoth, y es Hermes también… ahora comprendo —murmuró la curandera. Ahora sabía que el dios Thoth era el nombre de un dios poderoso—. Muchas gracias, Alí, has sido de gran ayuda.

El muchacho no quería dejar pasar aquella oportunidad; ya estaban llegando y temía que una vez en la ciudad tal vez ya no solicitaran sus servicios.

—Vi vuestro milagro, señora. Vi cómo con aquella cruz curabais a Nanya. Es un objeto mágico, ¿verdad?

—Te dije que ni una palabra del asunto, muchacho —dijo Aldo interviniendo y arrugando el ceño. Regresaba de la letrina y, de pie, asido a un cabo, lo amenazó—: Si quieres conservar tu paga cuando lleguemos a puerto…

—¡Pierda cuidado señor Tomassi! —exclamó Alí temiendo el enojo de su patrón—. ¡No quiero perder mi empleo! Aunque…

Alí agachó la cabeza, reprimiendo lo que quería decir. La nave viró al sur y puso rumbo directo al puerto. Tomó valor y finalmente dijo:

—Aún no sé el motivo de vuestro viaje… Pero no creo que se limite al comercio, señor Tomassi.

—¿Cómo dices?

—El señor Girolamo ya me lo advirtió, aunque él no estaba del todo seguro. ¿Qué clase de mercader viaja con toda su familia, en especial con mujeres? Y aún cuando así fuera… esa cruz asombrosa lo cambia todo.

—Ya está bien, Alí. Ya he oído suficiente —dijo Aldo de mal humor poniéndose en pie.

Ersbetta miraba al muchacho con sorpresa, pero en ningún momento sintió temor. Alí le transmitía una serena confianza.

Aldo continuó hablando reprimiendo las ganas de asir por el cuello al muchacho.

—¿Y ahora? ¿Vas a pedirnos dinero? ¿Quieres denunciarnos, acaso? —Aldo trataba de no alzar la voz para no alarmar al resto de pasajeros, pero los comerciantes árabes andaban enfrascados en su conversación y no tomaban en cuenta al acalorado italiano. Por fortuna, Nanya y Masika dormían en la bodega, ajenas a la discusión.

Alí negaba con la cabeza las acusaciones.

—¿No lo comprendéis? Yo puedo ayudaros más allá de Alejandría. Sea lo que sea a lo que hayáis venido, necesitaréis alguien de confianza, alguien que conozca la lengua árabe, alguien como yo… Oí que pretendéis dirigiros a El Cairo, así que bien puedo acompañaros. Necesitaréis contratar a un barquero, comprar víveres… Los extranjeros necesitan un guía, señor Tomassi. Es peligroso que os aventuréis solos.

Alí se sentó frente a Aldo y Ersbetta tratando de explicarse.

—Cuando el señor Girolamo me dijo que no veía claro lo de vuestro negocio, dudé en aceptar el empleo… hace tiempo me encontré envuelto en un problema con unos contrabandistas y ya tuve suficiente, pero cuando os vi llegar al puerto pensé que a nada malo podía dedicarse una familia como la vuestra.

—Así que Girolamo…

—Sí, el señor d' Adigio me dijo que sólo un loco se aventuraría en la tierra de los egipcios sin conocer sus costumbres ni su lengua; por eso me ofreció a mí el empleo.

—No comprendo…

—Dijo que vos le salvasteis la vida, y que él, a través de mí, os salvaría la vuestra. Aunque también hay que decir que si cumplís con vuestro pacto de negocio, él se embolsará una buena cantidad…

Aldo, incrédulo, miró a Ersbetta, que sonreía mirando fijamente a los ojos de mirada transparente del muchacho.

—No rechazamos tu ayuda, Alí —dijo ella—. Pero no es fácil explicarte la verdadera razón de este viaje.

El egipcio asintió, comprendiendo.

—Aún así, deseo seguir con vosotros. Desde el día de la tormenta, desde el día en que vi la luz que surgía de ese objeto, no he dejado de pensar que cuando lleguemos a puerto me despediréis, y no quiero que eso suceda.

—¿Y porqué no habríamos de despedirte? —preguntó Aldo, molesto.

—Por que os hablo con la verdad. Si os quisiera algún mal no estaríamos hablando ahora, sencillamente podría haberos denunciado por hechicería al capitán. Si os quisiera algún mal podría intentar robar la cruz de la señora y obtener grandes beneficios.

—¿Y quién dice que no puedes denunciarnos aún?

—Porque quiero participar de vuestra aventura —dijo con los ojos brillantes.

—¡Pero qué estás diciendo, muchacho!

Ersbetta llevó a parte a Aldo.

—Dejemos que siga acompañándonos, Aldo.

Él dudaba mirando la gran cantidad de barcos de distinto calado que estaban atracados en los grandes muelles del puerto mientras Ersbetta, detrás suyo, apoyando la mano sobre su hombro, trataba de tranquilizarlo.

—Yo confié en ti, Aldo —dijo con voz suave. Y él no pudo evitar recordar el momento hacía ya ¿cuánto? en que subió a hurtadillas a su carreta para robarle el broche.

Estaban a punto de atracar en el muelle y las niñas subieron a cubierta, emocionadas y deseosas de bajar de la galera.

—Entonces, Alí, ¿qué quieres?

Él se encogió de hombros.

—Simplemente quiero seguir con vosotros, acompañaros a El Cairo, pero antes podemos alojarnos en casa de mi primo Hassan, aquí en Alejandría —Viendo la aceptación de Aldo y de Ersbetta, Alí se mostró eufórico—. Él, mi primo Hussein ibn Talib, es un gran estudioso de documentos y lenguas antiguos; tal vez pueda averiguar más acerca de Enoc, si así lo deseáis y os es útil…

Ella quiso aclararle la situación.

—Te lo diré en pocas palabras, Alí. Vamos casi a ciegas en busca de algo que necesitamos. No tenemos más que un antiguo pergamino que ha pertenecido a mi familia desde siempre, la cruz y algunas indicaciones, señales que nos indican el camino a seguir, pero nada más —No quería decirle aún que buscaban un libro oculto, al menos no por el momento—. Ahora nuestro destino es la esfinge que está en El Cairo.

—¡Oh, la Esfinge! —exclamó Alí—. Os encantará cuando la veáis.

—¿Qué es la Esfinge? —preguntó Nanya.

El joven estaba encantado de responderle.

—Es una gran estatua de piedra con el cuerpo de león y la cabeza humana. Mira siempre hacia el infinito, y cuando tú la miras, sientes cómo el infinito te mira a ti.

Ersbetta quedó admirada con aquella descripción y se sintió deseosa de llegar cuanto antes. Pero de todos modos, preguntó a Alí cómo era un león, pues nunca había visto ninguno.

Era hora de desembarcar. Recogieron todos los bultos y se despidieron de los comerciantes árabes.

—Salaam alaikum —dijeron inclinando la cabeza.

Y Nanya y Masika, que ya sabían gracias a Alí cómo responder a los saludos árabes, dijeron a la vez:

—Alaikum Salaam.

Hassan escuchaba el parlamento de su primo prestando poca atención, pero sus últimas palabras lo sacaron de su ensimismamiento.

—Lo que aún no te he dicho es que su llegada no es casual, pero… no puedo explicarte nada hasta hablar con el tío Ishmaíl. Te pido que los alojes hasta mi vuelta.

Hassan movió la cabeza, desconcertado. El tío Ishmail, el que llamaban el eremita… Si él tenía algo que ver en el asunto seguro que intervendría alguna oscura profecía a las que era tan aficionado. Él, como erudito, apenas tenía lugar en sus pensamientos para los desvaríos de un ermitaño.

—Y, ¿de dónde vienen estos cristianos?

—Ella es de la tierra de los magiares, en el centro de Europa, y él es de la Toscana, en la península itálica. Han hecho un largo viaje.

Hassan se levantó del banco y comió uno de los dátiles del cesto que tenía a su alcance.

—No es tan largo viaje… Mi padre y yo viajamos hasta las Indias y luego hasta Catay. Cruzamos desiertos y montañas nevadas; y atravesamos las dunas cantoras del Gobi, rodeados de los espíritus malvados que silban sus canciones al viajero. Creímos morir de sed y de frío, fuimos asaltados por tribus de salvajes; pero regresamos, gracias a Allah, con vida. Eso sí es un viaje... —dijo recordando unos días que se le antojaban muy lejanos—. Pronto será la hora de comer. ¿No deseas darte un baño, primo?

—Claro, claro… —dijo Alí levantándose a su vez.

Pero Hassan no había terminado de hablar aún.

—Déjame decirte que no quiero ser molestado por unos infieles salvajes —Él era un buen musulmán que cumplía con el deber del alojamiento, pero le horrorizaba la llegada de invitados que perturbaran su tranquilidad, y en especial sus horas de estudio, que eran muchas, en una pequeña construcción anexa a la casa.

—Me ocuparé de que así sea.

—De acuerdo, entonces. Pero ahora ve a bañarte, primo —dijo Hassan con una mueca en su cara sonriente—. Hueles a tumba abierta…

En tres tinas de agua caliente y perfumada, Ersbetta y las niñas disfrutaban como nunca lo habían hecho de un baño, pues su costumbre de lavarse en el río, aunque placentera, no era comparable a aquella sensación. Y el último baño en Constantinopla no se comparaba con éste: Estaban en un patio donde abundaban los tamariscos floridos, plantas de oloroso jazmín y árboles cargados de frutas dulces. Sobre una pequeña mesa se quemaban carbones de incienso impregnando de aroma de sándalo el acogedor patio interior.

—Que maravilla de lugar, niñas —musitaba Ersbetta relajada en su tina jabonosa.

Ellas no le respondieron, ocupadas como estaban en jugar con la esponja que Nassima les había dejado antes de retirarse con la sonrisa amable que siempre tenía en la boca. Sus dos hijas, las gemelas Amneris y Seket, las miraban desde un rincón del patio sin atreverse aún a dirigirles la palabra.

Ersbetta, con sus calzas y la camisa empapada, frotaba la espalda de su hija mientras Nanya salía de su tina.

—Espera, Nanya, ahora voy contigo —le dijo. Pero la niña no la oyó y se quitó la camisa para cubrirse enseguida con uno de los lienzos de algodón que una de las criadas les había dejado sobre una banqueta. Ersbetta se acercó a ella por detrás y posó la mano sobre su espalda. El lienzo se resbaló y Nanya se agachó a recogerlo.

—Deja que te ayude —Cogió el lienzo mientras vio que la espalda de la niña estaba surcada por varias líneas rojizas.

—¿Quién te hizo esto, pequeña? ¿Quién te lo hizo?

El labio inferior de Nanya comenzó a temblar y se abrazó a Ersbetta. Masika salió de la tina y observó las marcas de latigazos. Supieron que el causante había sido su tío Otto. Supieron también que el alma de aquella niña había quedado rota desde entonces, pero ellas se propusieron recomponerla pedazo a pedazo.

Hombres y mujeres comieron separados según la costumbre. Ersbetta, Masika y Nanya acudieron a una pequeña sala del interior de la casa donde comieron sentadas sobre almohadones, vestidas al modo del país con túnicas de algodón blanco con ribetes azules mucho más ligeras que sus ropas de lana y más adecuadas para el sofocante calor de aquel lugar. Para salir a la calle, Nassima les tenía preparados velos largos de algodón ligero que cubrirían sus cabellos, su cuello y su pecho, pues aún cuando eran extranjeras, si pensaban pasar una temporada en el país era más seguro que se vistieran al uso. Después del agradable baño que habían tomado, comieron con apetito un menú compuesto de berenjenas asadas con aceite de oliva, pan recién horneado, paloma asada y pastelillos de hojaldre con miel. Más tarde, Alí les diría que en el antiguo Egipto la miel era considerada como las lágrimas del dios Ra.

Bajo el sicómoro, en una mesa baja y rectangular, uno de los sirvientes de la casa dispuso varios platos y jarras de espumosa cerveza al alcance de Aldo, Hassan y Alí, sentados sobre esteras. El toscano se había afeitado y con el pelo limpio su rostro curtido lucía diferente. Se había vestido con unos pantalones de algodón blancos, que anchos y ligeros, llevaba anudados a la pantorrilla. Calzaba sandalias nuevas y sobre el cuerpo lucía una túnica color tierra de mangas amplias. Hassan observó que era un hombre educado que comía con decoro a diferencia de otros europeos que había conocido. Y a diferencia de ellos también, vio que lo miraba con respeto: ni desprecio ni altanería. Era común que los occidentales consideraran a los orientales como a una raza inferior, y agradecía, ya que era su huésped, que Aldo no fuera de esa clase.

Por su parte, Aldo también observaba a Hassan; admiraba la dignidad que reflejaba su rostro. Más parecía un mandatario que un erudito.

—Tengo entendido que os dedicáis al estudio de documentos antiguos, ¿no es cierto? —preguntó mientras se servía más salsa.

—Soy traductor de lengua copta y aramea en la madrasa.

Aldo sonrió, admirado de que hablara tan bien la lengua latina.

Hassan hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Y vos, ¿a qué os dedicáis?

Se retiraron pronto a descansar. Después de aquella magnífica comida y el cansancio del viaje, nada querían más que echarse en sus jergones. Ocuparon dos habitaciones del ala este de la casa, la que daba al jardín donde las mujeres se habían bañado, pero antes de dormirse pudieron oír cómo sonaba la música del saz de Alí junto al laúd de Hassan, que a diferencia del aquel, era de mástil corto y su nombre era ûd.

Tras unas cuantas canciones, Alí se retiró también a descansar, pero para Hassan aún no era la hora de dormir. Se dirigió a su estudio, encendió la lámpara de sebo y abrió un cofre donde guardaba un manuscrito que debía traducir. Se sentó frente a la mesa y fue desenrollando con sumo cuidado unos papiros antiguos y amarillentos, apedazados, de esquinas quemadas e incompletas que crujían al desplegarse. El texto, en apretada escritura, estaba escrito en arameo y a dos columnas, en cuya cabecera estaba escrito un título: *El libro de los secretos de Enoc*.

Lejos de allí, el ermitaño salió de la cueva donde vivía y se sentó al borde del precipicio, con el monasterio de Santa Katerinah a sus pies y el viento a su espalda. El libro de los Vigilantes había sido abierto y sus ojos velados por la ceguera se abrieron mostrando al cielo una pequeña centella de vida.

2

Ispahán
finales del mes de Jumada Al-thani.

—¿Qué has decidido, hermano? —le preguntaba Ibn Sina a Al-Biruni mientras éste hacía unas rápidas anotaciones para preparar las clases del día siguiente.

El salón de la casa de Al-Biruni olía a los carbones de incienso que había encendido Lilya para perfumar la estancia.

—No me gusta el cariz que están tomando las revueltas en la corte, así que no creo tener otro remedio que emprender enseguida el viaje del que te hablé.

—Tal vez aquellos sabios que encontraste en Merv tenían razón y el mundo esté al borde del abismo. Sublevaciones, guerras, condenas a muerte… los espíritus tranquilos sufrimos con este mundo cruel.

Al-Biruni levantó la vista hacia él dejando de escribir.

—Los astros indican cambios y penalidades, pero como decía mi padre, siempre hemos de dejar un hueco para la esperanza.

—Pero viajar con una mujer no es fácil, amigo; además es tan joven…

—Lilya es fuerte, y ya conoce las dificultades que traen los caminos.

Ibn Sina asintió, no en vano Lilya había recorrido la distancia de Samarkanda hasta Ispahán sin enfermar un solo día.

—¿Estás contento con tu boda, amigo?

Al-Biruni sonrió. No podía disimular ante él su satisfacción, pues Lilya, aunque joven y con pocos días de casada, sabía llevar la casa a la perfección, se manejaba bien en la cocina y le demostraba un amor tierno que le hacía descubrir una parte desconocida de su alma hasta aquel momento.

—Así pues, está claro que no quieras separarte de ella —rió ibn Sina—. Entonces os dirigiréis finalmente hacia la tierra de los egipcios…

—Así es. Ibn Miskawayh también nos acompaña. No quiere perderse la oportunidad de admirar las ahrâm, las pirámides que levantaron los antiguos en medio del desierto.

Ibn Sina miró por la pequeña ventana la posición del sol y se dio cuenta de que tenía que regresar al bimaristán cuanto antes.

—El mulah Abdullah no tardará en venir. Estoy impaciente por que me cuentes de este encuentro —dijo finalmente levantándose del suelo alfombrado.

Y en efecto, mientras Ibn Sina atravesaba las puertas del bimaristán y se veía rodeado de varios de sus alumnos, el mulah llegó a la casa de Al-Biruni con unos rollos de papel bajo el brazo. Era un anciano de espalda encorvada con los ojos de un azul intenso que a veces incomodaban por su mirar penetrante. Llevaba turbante y caftán blancos, pantalones azules algo deshilachados, y bajo su barba salpicada de canas destacaba una gran boca de labios gruesos. Se sentó junto a Al-Biruni sobre los almohadones del salón y no dudó en aceptar un vaso de té y el cuenco con pistachos que le sirvió Lilya antes de retirarse en seguida. Vivía su papel de esposa con felicidad, pues su casa siempre recibía gente interesante: estudiantes, maestros y religiosos; además, siempre estaba ocupada atendiendo las necesidades de su esposo. Había hecho amigas entre las vecinas, la visitaban y le enseñaban recetas típicas de Ispahán. Los días transcurrían muy rápido, y se le haría duro partir de nuevo. Pero de todos modos, junto a Al-Biruni, nada temía.

—Aquí lo tenéis de regreso —dijo el mulah tendiéndole el estuche de cuero que contenía el pergamino—. Realmente es todo un hallazgo, una verdadera hermosura.

—¿Qué podéis decirme de él?

El mulah apuntó:

—Primero deberíais decirme cómo lo conseguisteis.

Al-Biruni le explicó, pero ello no dejó de sembrar de dudas a Abdullah. ¿Qué circunstancias habrían llevado a aquel papiro a Catay?

La luz del sol comenzó a declinar y Al-Biruni encendió unas velas mientras esperaba que el mulah se decidiera a hablar.

—He de remontarme a la Biblioteca de Alejandría, la Gran Biblioteca que poseyó nuestro mundo civilizado y que fue destruida por tres veces, la última hace unos cuatrocientos años.

—¿Conocéis la razón de esta destrucción? ¿Fue de nuevo un incendio?

—Desde la época de Julio César la Biblioteca tenía fama de poseer libros secretos, libros malditos.

—Tengo entendido que cuando el emperador Teodosio prohibió todas las religiones paganas el obispo de Alejandría mandó destruir la gran biblioteca para que en su lugar se levantara un templo cristiano.

—No dicen eso mis fuentes. Fue César quien comenzó el expolio y la destrucción, pero aún así, no quedó destruida por completo. Siguió la emperatriz Zenobia, y más tarde el emperador Diocleciano, que quiso eliminar todos los libros que desvelasen el secreto de la fabricación del oro y de la plata. Más adelante, ya estando en parte reconstruida, los árabes tomaron Egipto y se dedicaron a perseguir las obras que versaran sobre magia, alquimia y astrología, y con la excusa de que no hacían falta más libros que nuestro propio libro, el Corán, destruyeron también todos los demás.

"En la Gran Biblioteca se habían llegado a acumular hasta seiscientos mil ejemplares de todos los saberes de la ciencia, de los cuales se efectuaron copias para el resto del mundo, y así, la destrucción no fue completa. Gracias a esas copias hemos conocido los escritos de los antiguos y han seguido transmitiéndose para que nunca sean olvidados por las generaciones futuras.

—Nunca he entendido la estupidez del hombre; siempre prefiere la guerra y la destrucción al conocimiento y la paz.

El anciano mulah asintió resignado y continuó:

—Al parecer, fue un sacerdote del siglo III antes de Cristo, Manethón, quien reunió más de cuarenta rollos de pergamino que contenían toda la sabiduría de Egipto, y según está escrito, entre ellos estaría el legendario libro de Thoth.

—Háble me de él, maestro…

—Thoth descendió de los cielos para legar a los hombres la Sabiduría. Algunas fuentes dicen de él que es un dios, otros dicen que es un avatar, otros le llaman El Maestro de Escribas, y otros dicen que es mensajero de los dioses… En su *De natura deorum*[lxii], Cicerón nos dice que existieron cinco Mercurios. El último de ellos mató a Argos y fue desterrado a Egipto tomando allí el nombre de Thoth.

"Se conoce que Thoth dejó escritos cuarenta y dos libros, cuarenta y dos rollos de papiro en los que estaban plasmadas todas las ciencias que el hombre debe conocer: la astronomía, las matemáticas, la medicina, la música, la literatura, la arquitectura, la agricultura… Esas ciencias llevarían al hombre a progresar y poder dominar el mundo, pero hay algo más: Además de esos cuarenta y dos rollos de papiro, existen o existieron otros que conforman ese legendario libro especial, el llamado Libro de Thoth o Libro de los Secretos. Parece ser que fue considerado sagrado y su contenido nunca fue revelado a los hombres. Únicamente el sumo sacerdote del templo de Hermópolis tenía acceso a él, y ordenaba custodiarlo día y noche. Se cree que ése libro contenía el secreto del origen de los hombres, y también el secreto del origen de los dioses y de los mundos.

"De los primeros cuarenta y dos libros originales que recopiló Manethón es imposible conocer ahora su localización, pero es muy probable que ya no existan. Y en cuanto a las copias destinadas a la biblioteca de Alejandría, se cree que desaparecieron por completo en los incendios que la asolaron. Pero por fortuna, al menos una o dos copias que salieron para surtir otras bibliotecas del mundo, han permitido a los estudiosos valorar y conocer la importancia de la sabiduría que de ese modo nos fue transmitida.

"Las obras de Thoth fueron recogidas en tres libros que se guardan celosamente en Occidente: el Asklepios, los Fragmentos de Stobeo y el Kore Kosmou; los tres conforman el llamado *Corpus Hermeticum*; y según tengo entendido es posible consultar copias de algunos de los tratados que componen el Corpus en la biblioteca de Bagdad.

—¿Y ése otro libro sagrado, el de los Secretos?

—Quién sabe… Tal vez lo destruyó el tiempo o tal vez fue ocultado por sus custodios. Esa clase de libros… suele sacar los peores instintos de los hombres que desean su poder.

Al-Biruni lo interrumpió de nuevo:

—Pero, ¿qué tiene qué ver lo que explicáis con el papiro que os he mostrado?

—Según una fuente provinente de la biblioteca de Pérgamo, el sabio Thoth efectuó unas copias muy particulares de una parte de ese libro sagrado. En pequeños rollos de papiro —como sabéis, el soporte de escritura empleado por los egipcios— dejó plasmados símbolos que revelaban una sabiduría especial a quien supiera interpretarlos; unos símbolos que también dibujó en piedra en uno de los templos donde habitaba. Esos símbolos, que sólo poseerían los elegidos, conducirían al libro primigenio y a los secretos de éste.

Al-Biruni estaba boquiabierto.

—¿Queréis decir que poseo uno de esos rollos de papiro?

Abdullah lo desenrolló admirándolo de nuevo.

—Debieron ser siete los papiros empleados para ello; pues en cada uno dibujó tres imágenes. En total, veintiún símbolos, el número de la perfección. Este papiro podría ser parte de uno de esos papiros originales o tal vez sólo se trate de una copia, quien sabe…

—Siete papiros, que curioso… El número siete es un número sagrado: Son siete las vueltas que los peregrinos a La Meca han de dar en torno a la Kaaba, siete los hombres del Zagreb que visitaron al Profeta Muhammad, siete los versículos de la sura que abre el Corán, y siete los cielos prometidos. En el valle de las peregrinaciones se tiran siete piedras a diablo; siete son los mares y siete son las sustancias que forman el hombre. Siete son los días en que fue creado el mundo según el libro del Génesis del libro sagrado de los cristianos; siete fueron los milagros de Jesús. Fueron siete las veces que fueron sitiadas las murallas de Jericó; el profeta Ezequiel habla de los siete ángeles que velan por la Tierra, y fueron siete las plagas del libro del Apocalipsis, donde se nombra un libro sellado con siete sellos… En la India son siete las ciudades sagradas; también son siete las estrellas del Carro Mayor… Y no olvidemos que Ptolomeo considera en el universo siete esferas, siete cielos. ¡La lista es larga! —Al-Biruni evitó nombrar las Siete Torres que estaban construyendo los awliyâ al-Shaytân, pues prefería no recordarlo.

El mulah asintió con la cabeza:

—Así es, veo que tu cultura es basta… y no sabía que habíais leído el libro de los cristianos…

—Lo hice hace tiempo, mulah. Quería saber algo más del profeta Jesús.

Abdullah asintió, comprensivo. Nada de malo había en interesarse por la religión de los infieles; además, el evangelio de Jesús estaba mencionado en el Corán como un libro guía de la humanidad, así pues se consideraba a la Biblia como un libro sagrado para el Islam, aunque por debajo y después del sagrado Corán. Al-Biruni era un

hombre cabal y no había riesgo de que abandonara sus creencias.

—Y entonces, ¿qué se supone que debo hacer? Sólo poseo, y por azar, uno de esos símbolos. Si es una copia, ¿es la única o existen más?

—Es imposible saberlo, Al-Biruni. Pero la pregunta fundamental es ésta: ¿Cuál es su significado? ¿Puede conducir al hallazgo del Libro Oculto, del Libro de Thoth? ¿Acaso las indicaciones de su reverso podrían hacerlo?

El astrónomo no respondió. Entonces, el mulah sonrió ampliamente, y sus ojos brillaron de repente.

—Decís que poseéis éste papiro por azar. Azar, azar… ¿de verdad creéis en el azar? Allah lo tiene todo dispuesto para nosotros, que somos meros peones en su tablero de ajedrez.

Al-Biruni siguió sin hablar, pensativo. Si todo estaba escrito, ¿qué le quedaba al hombre por hacer? ¿Qué sentido tenían en la vida de cada uno los errores, los aciertos, si todo estaba ya dispuesto?

El mulah lo sacó de su ensimismamiento.

—Quizás, si es que el ánimo os mueve a ello, debierais viajar a Bagdad y hacer alguna consulta en la Casa de la Sabiduría. Allí deben de poseer copias de los libros herméticos, tal y como fueron llamados por los griegos, y también os confirmarán la autenticidad de este papiro. Tal vez allí encontraréis más respuestas. Como dijo el Profeta: "Buscad el conocimiento desde la cuna a la tumba, buscad el conocimiento aunque sea en Catay, porque quien deja su hogar en busca de conocimiento, camina en el sendero de Allah."

Mientras los hombres conversaban, Lilya ponía en orden algunas ropas, mantas y lienzos. En un montón estaban las mantas que habían usado en el viaje, y estaban también las que se llevó del aposento del caravansar de Chärjew, el aposento que ocupó junto con la familia Ul-Haq. Mientras pensaba en qué habría sido de aquella familia, las fue separando para revisar su estado y cuál no fue su sorpresa al encontrar entre ellas una alfombra muy extraña.

La desplegó y notó que no era una alfombra de algodón, ni de lana: parecía asombrosamente de papel. Tenía dibujados extraños símbolos y caracteres, y aunque su aspecto era ligero, en realidad era resistente a la presión y al estiramiento.

La volvió a doblar. Sin duda alguna aquella alfombra cogida por error de entre las mantas que se llevó, pertenecía al señor Ul-Haq, y quién sabe si ahora la estaría echando de menos.

En cuánto su esposo entró en la habitación, le habló de su hallazgo.

—Muéstramela, Lilya —dijo Al-Biruni mientras se sentaba en el diván donde ella siempre le descalzaba y le masajeaba los pies.

Lilya se la tendió doblada y plegada como la había encontrado.

—Es increíble… —dijo sin poder creer lo que sus ojos veían—. Siempre creí que sólo eran leyendas para niños. —Se arrodilló en el suelo y desplegándola vio que su tamaño era enorme: Podía albergar a más de diez personas sentadas en ella—. ¡Maravillosa! ¡Por Allah y el Profeta que es maravillosa! —decía acariciándola suavemente—. ¿No sabes de qué se trata, Lilya, esposa mía?

Ella negó con la cabeza, expectante.

—¡Es una alfombra voladora! Existen muy pocas en el mundo, y casi todas están en el país de Catay, de donde son originarias.

—¿Voladora? ¿No es una leyenda?

—Bueno, supongo que no puede realmente volar, pero lo cierto es que es… —Al-Biruni la admiraba de nuevo, atraído por ella, por su tacto, por sus ilustraciones—. ¿Quién sabe si… de algún modo…?

Lilya miraba a su esposo asombrada. ¿Acaso Al-Biruni creía en fantasías?

—El señor Ul-Haq debe de estar lamentándose por su pérdida –dijo—. Él y su familia viajaban hacia Ispahán, donde pretendían vender su mercancía, pero al caer enfermos su esposa y su hijo, quién sabe cuándo llegarán a la ciudad.

Al-Biruni sintió una punzada de celos. Poseer aquel objeto, haberlo tocado y admirado, y tener que desprenderse de él…

Lilya reconoció aquella mirada. Era la misma que le dirigió su esposo en la noche de su boda. Bajo aquella mirada profunda de sus ojos oscuros, sintió que era suya, que él era suyo también, y que estarían juntos siempre. Ahora sus deseos incluían aquella alfombra.

—La cogiste por error, es cierto, y lo justo sería devolvérsela a su dueño, pero no sabemos de él. No sabemos cuando va a llegar a Ispahán ni si cuando llegue daremos con él. —La volvió a plegar con cuidado y añadió—: Por el momento la guardaremos y daré voces entre los mercaderes de alfombras para que me informen si llega el señor Ul-Haq.

—Pero dentro de dos semanas nos vamos…

—Así es, y si para entonces no hemos sabido nada del comerciante, la llevaremos con nosotros, con todo nuestro equipaje.

Ella se encogió de hombros aceptando la decisión de su esposo. Guardó la alfombra envolviéndola entre los pliegues de una vieja sedjadeh, volvió con un balde de agua templada junto a Al-Biruni y le descalzó sus babuchas.

—Ahora escúchame, Lilya —le dijo alzando su rostro hacia él—. Voy a explicarte lo que me ha contado el mulah Abdullah.

3

Hassan Ibn Talib guardó los pliegos de papel de su escritorio dentro de un cartapacio y miró por la ventana de su estudio. No veía el jardín iluminado por la luna ni oía los grillos, pues en su cabeza sólo estaban las palabras que acababa de traducir:

… Así sucedió, que cuando en aquellos días
se multiplicaron los hijos de los hombres,
les nacieron hijas hermosas y bonitas;
y los Vigilantes, hijos del cielo, las vieron y las desearon,
y se dijeron unos a otros:
"Vayamos y escojamos mujeres
de entre las hijas de los hombres
y engendremos hijos".[lxiii]

"…Todos y sus jefes tomaron para sí mujeres
y cada uno escogió entre todas y comenzaron a entrar en ellas
y a contaminarse con ellas,
a enseñarles la brujería, la magia y el corte de raíces
y a enseñarles sobre las plantas.
Quedaron embarazadas de ellos
y parieron gigantes de unos tres mil codos de altura
que nacieron sobre la tierra y conforme a su niñez crecieron;
y devoraban el trabajo de todos los hijos de los hombres
hasta que los humanos
ya no lograban abastecerles."[lxiv]

Gigantes… hijos de hijos del Cielo… mujeres conocedoras de la magia y las plantas… Hassan estaba realmente asombrado por aquellas palabras y ya no pudo dormir. Volvió a mojar el cálamo en la tinta y siguió traduciendo el Libro de los Secretos de Enoc.

No hacía sino unos meses que Alí le había traído aquel manuscrito.

—El tío Ishmail lo encontró en una tinaja —le había dicho el muchacho tendiéndole un cilindro de cuero viejo.

Hassan destapó el cilindro, comprobó el mal estado en que se conservaba aquel pergamino y dudó poder hacer algo con él. Aún así, ante la insistencia de Alí, cedió y prometió restaurarlo y, si era posible, traducirlo en sus ratos libres.

Ahora era una tarea fascinante que ocupaba casi todas sus noches.

La mañana siguiente, Aldo y Alí se encaminaron de nuevo hacia el puerto, donde tenían que contactar con el empleado del señor d' Adigio.

Roger Desclot, nacido en Constantinopla pero de padres catalanes originarios de la ciudad de Barcelona, les recibió tras la mesa de su escritorio.

—Es un placer hacer tratos con un europeo, señor Tomassi —le dijo Desclot recibiendo de manos de Aldo los documentos que le había entregado el señor d' Adigio. Los revisó con detenimiento y murmuró entre dientes:

—Veo que Girolamo quiere diversificar sus negocios…

Aldo observó que sus manos temblaban ligeramente mientras pasaban del uno al otro documento. Desclot era un hombre de mediana edad, pero debía de sufrir de algún tipo de enfermedad que si avanzaba lo limitaría mucho en su profesión.

—En fin, ahora sólo quedo a la espera de que vuestras negociaciones den fruto. ¿Os estableceréis aquí en Alejandría?

—Mi intención es viajar a El Cairo, señor Desclot.

En aquel momento entraron una decena de hombres que en seguida abigarraron aquella pequeña oficina. El cambista no podía demorarse en atenderlos.

—Entonces nos veremos a su vuelta, señor Tomassi —dijo a modo de despedida—. Confío en que podrá efectuar un buen negocio y que Alí le será de gran ayuda.

Éste agachó la cabeza como agradecimiento, y entonces salieron.

—¿Cuándo partiremos hacia El Cairo? –preguntó Alí.

Aldo aún tenía que hablar con Ersbetta.

Hassan tomaba hek[lxv] sentado a la sombra de la palmera del patio. Acababa de despachar con su hermano Abdelhamid sobre los últimos asuntos del taller de alfombras y ahora descansaba oyendo jugar a sus sobrinas con las hijas de aquella mujer de ojos verdes que había acogido en su casa. Apenas si se había cruzado con ella en un par de ocasiones, pero aún así, su rostro le recordaba el rostro de la diosa Bastet, la diosa egipcia del amor y la fertilidad. Aquellos ojos verdes, felinos como la representación de la diosa, tenían la virtud de penetrar en las almas débiles como la suya. Aquel europeo tenía suerte, pensó mientras daba otro sorbo de su bebida y observaba a las hijas de aquella mujer. No parecían hermanas, una de pelo negro y la otra de pelo rojo como la henna… tal vez fueran de padres diferentes.

Las niñas corrían tras Tor, que cansado por aquel terrible calor, sólo tenía ganas de tumbarse a la sombra, cerca de una pequeña fuente de la que siempre brotaba agua. Aún así, siempre estaba atento al gato que deambulaba por entre las flores del jardín por si podía echarle mano.

—¡Nanya! —gritó unas de las gemelas enseñándole su caballito de madera. Masika se acercó también a ellas, admirando aquel juguete que podían montar a horcajadas.

Ersbetta y Nassima entraron en el jardín y se sentaron enfrente de Hassan. Ellas no hablaban más que por señas, tratando de comprenderse en medio de dos idiomas distintos, pero sentían mutua simpatía, más aún cuando Ersbetta supo que era viuda y que se había casado de nuevo con el hermano de Hassan. Éste señaló a Masika y dijo:

—Masika es un nombre egipcio… La nacida después de la lluvia.

—Así es… —respondió sorprendida Ersbetta—. Mi hija nació cuando cesaron las lluvias, pero no sabía que su nombre fuera egipcio. Fue el nombre que mi madre dio a mi hija. Masika Tót.

Él arqueó las cejas.

—¿Tót? ¿Ése es el nombre de vuestra familia?

—Así es, señor.

El dios Thoth se me aparece allá donde voy… —pensó Hassan, incrédulo.

Desde que le regalaron una estatuilla con la efigie de Dyehuty[lxvi] representado como babuino, no habían cesado de llegarle referencias de él, como los relatos de los ancianos que oía en la tetería, los manuscritos antiguos como el que ahora estaba traduciendo y ahora, tenía alojados en casa nada menos que a una familia que llevaba en sus nombres un derivado del nombre de Thoth. Era como si tuviera que serle revelado algo, o tuviera que saber algo que aún no conocía.

Si todo estaba relacionado, pronto lo sabría.

Todo es Uno. Uno es el Mundo, una es el Alma, uno es Dios.[lxvii]

—Nosotras somos… bien, somos descendientes de Thoth —dijo Ersbetta tratando de hallar en los ojos de aquel hombre algún asomo de incredulidad o de burla, pero no lo halló. Él se limitó a asentir observando su rostro, detenido en el verde esmeralda de su mirada.

—Entonces sabréis que se trata de un dios egipcio…

—Si, pero agradecería saber más de él…

—Thoth, cuyo nombre egipcio es Dyehuty, también es llamado Shemsu, el dos veces grande. Es el dios de la Sabiduría, el dios de la Luna, el dios de la Escritura, el dios de la Magia. En nuestro país a veces es representado con la forma de un babuino, pero más usualmente con el cuerpo humano y la cabeza de un ibis.

Ersbetta sonrió, pues le gustaba el apelativo de dios de la Magia… No podía esperar menos.

Aldo y Alí se llegaron junto a ellos mientras los esclavos sirvieron zumo de lima para todos. Hassan observó de nuevo a sus invitados. Bien podía ser cierto que viajaran en busca de algo más, pero ¿qué tipo de tesoro podían buscar unos europeos? ¿Dónde, cómo y quien les habría hablado de un tesoro en El Cairo? Tal vez algún comerciante fantasioso que regresara a su tierra… pero era poco probable; más aún cuando solían limitarse a hacer sus negocios en Alejandría y no en El Cairo, donde la población occidental era escasa, por no decir nula. Entonces, ¿arriesgaban sus vidas en algo que podía ser sólo humo? No… tenía que haber algo más.

Miró a los ojos del egipcio y sintió nacer en ella la confianza. Entonces, sin saber si hacía bien o mal, envuelta en una extraña atracción hacia aquel hombre, comenzó a hablarle de su pergamino, de la magia y de sus sueños. Le habló de Gerbert d' Aurillac y le habló de su misión: encontrar un libro. El libro de Thoth.

4

Antes de salir de viaje, Al-Biruni se dedicó a levantar una carta astral de los futuros acontecimientos que marcaban los astros. En ella, Piscis, el último signo sobre el último mes del año, indicaba el fin de un ciclo y el principio de uno nuevo. El signo de Escorpio, influenciado por Marte, anunciaba el desvelamiento de algo oculto.

Tal vez el Libro de Thoth… —pensó con aire soñador, cada vez más atraído por la idea de sumergirse en la aventura de hallarlo.

El mulah le había dicho que los libros sagrados sólo son revelados a quien han alcanzado la sabiduría, a quienes son puros de alma, a quienes merecen conocer su contenido. Entonces, ¿qué le hacía pensar que él estaba destinado a encontrarlo, que él era el elegido?

Desde que Al-Biruni se había decidido a hablarle de los awliyâ al-Shaytân, de las puertas malignas, Muhammad andaba con un humor de perros, e incluso había dudado en emprender el viaje a El Cairo. Pero en una de sus visitas a la casa de su amigo, Lilya se atrevió a hablarle.

—Al-Biruni os necesita, Muhammad —le dijo con la mirada fija en el suelo—. No abandonéis a vuestro amigo ahora…

Él la observaba, tan joven, tan bella, y tan ajena. Murmuró algo y se dirigió al patio donde Al-Biruni departía con unos alumnos de la madrasa.

Entre ilusiones y dudas transcurrieron los días, y el de su partida llegó casi sin darse cuenta.

—Khoda hafiz[lxviii] —se despidió ibn Sina abrazando a su amigo y besándolo dos veces en las mejillas y una en la frente—. Que tu cielo esté cubierto de nubes.

Al-Biruni sonrió agradeciendo el buen deseo de su amigo y, sin saber cómo, presintió que tardaría mucho tiempo en volver a verlo de nuevo, así como tardaría en regresar a Ispahán.

—Que tus días y tus noches te sean propicios, amigo —dijo a su vez con la voz entrecortada, abrazando al que un día llegaría a ser el mejor médico del mundo, el más recordado y nombrado en las generaciones venideras.

Muhammad ya estaba preparado con tres asnos jóvenes y dos mulas de carga. En una de ellas llevaba traducciones de diversos libros filosóficos que entregaría a la gran Biblioteca de Bagdad. En el equipaje de los viajeros, además de dátiles, arroz y alforjas de agua, el pergamino del comerciante Wei y una alfombra mágica.

5

Montes Zagrós, Persia
finales de Jumada Al-thani.

Llevaban tres días de viaje inmersos en los abruptos montes Zagrós, siguiendo al guía que habían contratado al salir de Ispahán, un joven persa de cara de pocos amigos y ojos sesgados llamado Babak que conocía cada recodo, cada desfiladero y cada valle de aquel duro paisaje.

Tras un accidentado recorrido por una estrecha senda que hacía peligrar sus asnos con cada guijarro que se desprendía de la escarpada montaña, alcanzaron un gran claro en el camino, que les permitió ver una construcción a lo lejos.

Al-Biruni preguntó al guía, pero éste pareció no hacerle caso mientras conducía una de las monturas hacia el este para atravesar el valle.

—¡Babak! —voceó—. Nos detendremos allí —dijo señalando el edificio. El guía rezongó e hizo dar media vuelta a sus monturas.

Cansados y sedientos avanzaron por la planicie donde en su centro se elevaba un zigurat. Todos menos el guía se acercaron maravillados hacia aquella hermosa construcción que poseía unos mil seiscientos codos de altura[lxix]. El edificio estaba construido con adobe y recubierto de ladrillo vidriado. Eran siete las rampas que llevaban al templo que coronaba el santuario; siete rampas que simbolizaban los siete planetas conocidos, los siete metales, los siete cielos. Los tres subieron por ellas imaginando las ceremonias que allí se habrían llevado a cabo, los ritos en nombre del dios de la Luna o el dios del Sol. Desde construcciones como aquella se habían descubierto los doce grupos de estrellas que existían, luego llamadas los doce signos del zodíaco. Desde allí se tendía un puente entre el cielo y la tierra. Arriba como abajo…

Pero nadie había ya para adorar desde allí a los dioses del universo, nadie vestía túnicas cosidas con hilos bendecidos ni organizaba ceremonias dirigidas al cosmos. Al-Biruni sintió cómo su corazón se detenía al percibir la soledad de aquel recinto sagrado, al ver las desoladas ruinas que lo rodeaban aunque la parte principal aún se mantuviera en pie.

Un viento helado comenzó a soplar desde el norte y fue hora de que abandonaran el templo.

—Llegará algún día en que todos los templos estén vacíos —dijo solemne Muhammad cuando descendió el último peldaño.

—¿Por qué dices eso? ¡Que Allah no lo permita!

—El hombre tiende a mirarse a sí mismo y no a mirar hacia fuera —contestó con aflicción—. Y si a causa de las guerras o del tiempo se abandonan lugares como éste, fundados por reyes, por santos, ¿por qué no abandonar otros templos, las mezquitas, las iglesias cristianas, los templos budistas? ¿Acaso no hay pueblos que abandonan a su dios, o a sus dioses, sin temor alguno?

—La soledad de este lugar ha traído el pesimismo a tu ánimo, amigo, pero no creo que así suceda; que éste zigurat hay sido abandonado no quiere decir que tal vez algún día se puedan llegar a recobrar los antiguos ritos, o que sea conservado para su recuerdo. De todos modos, ya lo dice el proverbio: “El verdadero templo es el que se construye en el fondo del alma”.

Lilya caminó hacia el borde de la terraza tratando de sujetar su hijab del viento que trataba de arrebatárselo. Hacía frío, pero bajo su khimar llevaba ropa de mucho abrigo. Desde aquella altura se divisaban las escarpadas y numerosas montañas que se abigarraban unas junto a otras; barrancos pedregosos sin apenas sendas por donde aventurarse, pero también valles y llanuras. Al este, un salto de agua daba paso a un río caudaloso, y al norte, en los picos de las montañas más altas, podía distinguirse la nieve que permanecía en las cumbres todo el año, perpetua como las mismas montañas.

Acamparon a la afueras de una aldea deshabitada, en el mismo valle, al pie del zigurat, y llegando la hora de la oración del atardecer, las voces de Muhammad y Al-Biruni resonaron con un eco profundo que colisionó con los montes que los rodeaban. Durante el día las oraciones debían hacerse en voz baja para mostrar la insignificancia de los fieles ante la grandeza de Allah; pero en la noche podía orarse en voz alta, y en aquel lugar, con el eco de su voz reflejándose en los muros solitarios de aquella aldea abandonada, Muhammad y Al-Biruni alababan y daban gracias a su dios. Lilya los escuchaba desde la tienda que habían montado mientras observaba con detenimiento la luna de aquella noche, alta y redonda, cubierta por un sinuoso velo de finas nubes rojizas.

Atados cerca de un arroyo, los asnos empezaron a impacientarse moviéndose inquietos. Lilya dirigió su vista hacia el oeste y pudo ver una potente luz que cruzaba de lado a lado el firmamento. De pronto, cuando los hombres volvían a la tienda, la luz se dividió hasta convertirse en tres. Nervioso, Al-Biruni sacó de su bolsa un artilugio de metal en forma de cilindro para observar mejor el firmamento y se dio cuenta de que no se trataba de ninguna estrella, y más aún cuando a aquellos tres objetos luminosos se le añadieron otros dos más, volando en forma de flecha, como los pájaros en emigración. Mientras Lilya se agarraba con una mano a uno de los palos de la tienda y con la otra comenzaba a pasar su tasbih, temblorosa, Muhammad se ocupaba de los asnos, que trataban de deshacerse de las cuerdas que los mantenían atados a la estaca clavada sobre un muro de piedras que marcaba el linde de lo que había sido aquella pequeña aldea.

Babak, que acababa de encender la hoguera, echó agua sobre ella a toda prisa.

—A la tienda, ¡rápido! —dijo alarmado exhalando vaho por la boca, pues la temperatura bajaba en picado en aquella hora en la montaña. Lilya entró en la parte destinada para ella separada de los hombres por un lienzo negro y gastado y comenzó una oración encomendándose a su madre.

Pero ni Muhammad ni Al-Biruni estaban por la labor de esconderse. Se pasaron el artilugio uno al otro observando cómo las misteriosas luces permanecían unos minutos detenidas hasta que, de nuevo en formación, desaparecieron tras los montes. Babak cubría su rostro abrazado a sus rodillas, asustado como estaba. Cuando los otros hombres se llegaron a la tienda, vieron cómo sus labios temblaban y su semblante hasta el momento siempre serio y arisco, se había vuelto el de un muchacho muerto de miedo.

Al-Biruni sacó su cuaderno y anotó aquel fenómeno extraño al cual no podía dar explicación alguna. Conocía la movilidad de los planetas, del sol y de la luna, pero no conocía a estrellas que se desplazaran como aves migratorias y a esa velocidad sobre el cielo.

—Deja de temblar, Babak —le dijo Muhammad—. Pero… ¿por qué has apagado el fuego?

El guía lo miró cómo si estuviera loco.

—¿Acaso pretendéis que nos descubran? —protestó gesticulando—. No es la primera vez que aparecen esos jinnis en el cielo en esta zona. ¡Que Allah nos proteja!

—¿No es la primera vez? ¿Quieres decir que ya habías visto estas luces? —Al-Biruni estaba muy interesado en lo que le pudiera contar el guía.

A pesar de las quejas del muchacho encendieron de nuevo el fuego, más aún por el intenso frío de aquella noche. Agarrado a un tazón de té, empezó a desgranar las leyendas acerca de aquellas misteriosas luces que aparecían y desaparecían en el cielo.

Aquella noche, Al-Biruni apenas durmió. No podía dar una explicación científica a lo que sus ojos habían visto claramente. ¿Cómo explicar lo inexplicable? A su mente acudía una de las fabulosas leyendas que había explicado Babak: En un reino lejano, en uno más allá del mar, existían gentes con artilugios capaces de volar como los pájaros por el cielo. ¿Podía ser aquello posible? Se dio media vuelta sobre su alfombra y se dijo que a su llegada a Bagdad tenía que hallar alguna respuesta a lo que estaba sucediendo. Su estómago encogido pensó en los sabios de Merv y en su funesta advertencia: el fin del mundo estaba próximo… El eclipse, la conjunción de los planetas, y ahora, para completar el círculo, aquel curioso fenómeno. El cielo estaba revolucionado, en guerra contra la tierra, plantando cara a los hombres y desafiándolos con todo su poder.

La mañana siguiente alcanzaron el asentamiento de una tribu nómada alrededor de un pozo. Los primeros que se encontraron con los viajeros fueron dos niños de piel oscura que conducían ganado hacia los pastos cercanos.

—Llevadnos con vuestro jefe, por favor —les pidió Muhammad.

Se acercaron a unas tiendas levantadas cerca del río. Varias mujeres con niños a sus espaldas acudieron a su encuentro, observándolos con atención pero sin decir palabra. El ganado pastaba con parsimonia mientras el jefe de la aldea venía a su encuentro.

Cubierto con una túnica gruesa confeccionada con pieles de diversos animales, se acercó a los recién llegados ofreciéndoles entrar en la tienda principal, pero sólo Al-Biruni y Muhammad lo siguieron, pues Babak debía quedarse custodiando a Lilya, que era observada con curiosidad por algunos hombres jóvenes de la aldea.

Dentro de la tienda, el tema de conversación rondó acerca de lo sucedido la noche anterior. La conclusión del jefe llegó enseguida:

—Malaika.

—¿Malaika? —Muhammad no podía creerlo.

Al-Biruni alzó las cejas mirando a su compañero. Los malaika, ángeles, seres de luz… Siempre se había querido mantener al margen de aquellos dogmas que le hacían debatirse entre la ciencia y la superstición. Pero aún así, como musulmán debía creer en los ángeles, pues el Corán había sido revelado por el arcángel Yibril[lxx] al Profeta Muhammad… y no había que olvidar al resto de ángeles creados por Allah y sus revelaciones: el ángel Miguel, encargado de la lluvia y de las plantas, Azrael, el ángel encargado de soplar el cuerno el día de la Resurrección, el ángel de la muerte que recoge las almas… En el libro de los cristianos también se les mencionaba, y no faltaban mitos y tradiciones de muchos pueblos en las que se aludía a seres capaces de volar cuyos poderes eran sobrenaturales y estaban en contacto directo con Dios. Aún así, aquellas luminarias, aquellos extraños objetos voladores no le hacían pensar en ángeles, más bien al contrario, en demonios…

Un té con leche de cabra fue lo que les ofrecieron antes de continuar su camino.

—Id con bien, viajeros, los bosques que estáis a punto de atravesar son traicioneros.

Babak rezongó por lo bajo. Nadie como él conocía cada palmo de tierra que recorrían. Pero en efecto, los bosques de la región del Lorestán eran frondosos, difíciles de cruzar para viajeros incautos. No era común la existencia de bandoleros por la zona, pero el clima severo, la dificultad del terreno y la posibilidad de toparse con un fiero oso pardo, con jabalíes, gatos salvajes o lobos, bastaban para hacer complicada la ruta. Pero viajar con Babak era garantía de éxito, al menos así había sido siempre. El persa se palpó la bolsa con el dinero que le había pagado Al-Biruni y esbozó en su rostro una media sonrisa.

Alcanzaron por fin la ciudad de Jurramabad y salieron de ahí en dirección a Ilam empleando siete días para ello. Por ese entonces se habían unido a unos comerciantes de piedras preciosas que iban a visitar a los joyeros de la ciudad de Bagdad. Dos días más de viaje les sirvieron para abandonar los montes y llegar a la fértil llanura que rodeaba las proximidades de la gran ciudad.

En el camino, uno de los comerciantes, vestido con una reluciente dishdasha blanca, le ofreció a Al-Biruni un ágata a buen precio. Al-Biruni la examinó y vio que era una piedra verdosa con vetas marrones en forma de nebulosa.

—Llevadla a un maestro orfebre y que os la engaste en una sortija. Si os graban algún versículo protector del Corán, obtendréis amparo tanto en vuestros viajes como en vuestra vida.

—Así lo haré —dijo el astrónomo inclinando la cabeza.

Al-Biruni tenía en preparación un tratado sobre piedras y gemas, pues debían ser catalogadas convenientemente para generaciones futuras. Estaba convencido de las propiedades que emanaban de aquellos productos de la tierra, surgidos de ella y de su poder, aunque en su análisis deseaba mantenerse alejado de las supercherías y creencias absurdas que existían en torno a ellas. La ciencia debía mostrarse superior a la creencia.

—¡Allí! ¡Por fin! —Muhammad señaló hacia el norte, río arriba. Las murallas de Bagdad se extendían envolviendo a sus habitantes en forma de círculo concéntrico. En el centro, el palacio del califa era protegido por la segunda muralla que rodeaba los cuarteles de la guardia. Más allá, se extendía el pueblo llano, y extramuros, el barrio de los mercaderes.

6

Bagdad, mes de Rajab[lxxi].

A orillas del Tigris, Bagdad se alzaba como una de las grandes ciudades del mundo civilizado. Bagdad la Magnificente, la Opulenta. No había lugar de Occidente que se pudiera comparar a ella. La capital del mundo islámico se erigía como centro de cultura, de poder militar y comercial, y era gobernada en aquel tiempo por el califato abasí, aunque el verdadero poder político estaba en manos del amir al-umara, el emir de emires, el comandante de comandantes de los soldados turcos, y por la familia de los buyíes, de creencia shií. De todos modos, el poder era voluble como la voluntad de los hombres, y no faltaban los complots, los asesinatos de líderes sin resolver, o las guerras en territorios que pedían su independencia. Muchos eran los que temían la pérdida del esplendor de aquel lugar donde se daban cita los más hermosos jardines y las fuentes más caudalosas.

Tras entrar por una de las cuatro puertas, la de Jorasan, y tras despedirse de Babak, se alojaron en una pequeña y algo destartalada hospedería cerca de una mezquita, en el barrio de los libreros, y por la tarde, mientras Muhammad se echaba un sueño corto, Lilya y Al-Biruni pasearon por el gran bazar para comprar provisiones, mezclándose entre el rumor de la gente y la música de los artistas callejeros que desgranaban bellas notas con sus flautas y laúdes. Los artesanos de objetos de metal y de cobre golpeaban sus bandejas y sus jarras con expresión seria, pero en su interior seguían el ritmo de la música sintiendo así liviana su tarea. Ascendieron por la avenida principal en dirección norte y dejaron atrás una antigua iglesia caldea y un bimaristán, de los cuales la ciudad contaba seis. Más elevada que el resto de edificios se encontraba la Bayt al-Hikma, la Casa de la Sabiduría, la Gran Biblioteca.

—Mañana temprano vendré con Muhammad. Tenemos mucho que averiguar aquí.

Aquella tarde, las oraciones de Al-Biruni y Muhammad se dirigieron a agradecer a Allah por el primero de los tres meses sagrados. En el mes en que se encontraban, Rajab, se conmemoraba el viaje que el Profeta Muhammad hizo en plena noche de La Meca a Jerusalén a lomos de un animal alado, un animal de nombre Buraq[lxxii]. En ese viaje el Profeta pudo ver con sus propios ojos las puertas del cielo y las puertas del infierno.

A la mañana siguiente, Al-Biruni y Muhammad subieron la amplia escalinata de la Bayt al-Hikma. Entraron por una de sus amplias y abarrotadas puertas, dejaron atrás las salas reservadas para las reuniones de eruditos y las aulas de estudio, y se dirigieron hacia las escaleras que llevaban a la entrada de la biblioteca, flanqueada por dos grandes pilares de alabastro.

La gran sala hipóstila que seguía al vestíbulo principal se hallaba repleta de estantes donde se custodiaban miles de rollos, manuscritos miniados, pergaminos y códices. Decenas de bibliotecarios daban órdenes a sus ayudantes en la colocación de un centenar de rollos que se apilaban sobre una gran mesa, y uno de ellos, a la pregunta de dónde estaba el bibliotecario encargado, señaló hacia un rincón atestado, casi oculto entre pilas de rollos y telas de cuero cortadas y listas para encuadernar.

Mientras los recién llegados se dirigían hacia Faysal ibn al-Nafis, el jefe de la fábrica de papel de la ciudad se les adelantó dando grandes zancadas hacia el bibliotecario. Con grandes aspavientos comenzó a quejarse del último pago que había recibido por su mercancía, que saltaba a la vista no era según lo convenido. El bibliotecario lo escuchó con pasmosa tranquilidad y sin responder una sola palabra garabateó algo en un pequeño pedazo de papel y se lo entregó. El jefe de la fábrica se calmó y salió de allí de forma tan rápida como había sido su entrada.

Entonces llegó el turno de Al-Biruni.

—Salaam alaikum… Soy Abu Raihan Muhammad ibn Ahmed Al-Biruni, maestro astrónomo de la ciudad de Kath.

El bibliotecario lo escuchaba sin levantar la vista hacia él, enfrascado como estaba en la traducción de un manuscrito copto.

—Desearía información acerca de este pergamino —Al-Biruni sacó del interior de su manto la funda de piel donde guardaba el papiro que le había regalado el comerciante Wei y lo extendió con cuidado sobre la mesa del bibliotecario.

Éste despegó la vista de su tarea. Con sus dedos nudosos de uñas cortas resiguió los bordes de aquella miniatura que sin duda provenía del país de los egipcios.

—¿Qué deseáis saber, señor?

—Quisiera que confirmarais su antigüedad, así como consultar alguno de los Libros Herméticos de que dispongáis.

—Ajá… Veo que no os andáis por las ramas, maestro Al-Biruni —El bibliotecario volvió a examinar la textura del papiro y los colores de la pintura bajo una lente colocada entre una montura, un gran invento traído de Catay—. Magnífico ejemplar, sí señor; magnífico ejemplar… Sin lugar a dudas –dijo alzando la vista hacia ellos— es papiro de Alejandría, y los pigmentos de la pintura son antiguos, muy antiguos... Tal vez de unos dos mil años; tal vez más. Si no se conservan adecuadamente pronto desaparecerán.

Pintado por Thoth el escriba… había dicho el mago de Bukhara…

—¿Pronto? –preguntó Muhammad.

—El tiempo es relativo, señor. Cincuenta o cien años, tal vez —Volvió a examinarlo bajo aquel artefacto que había asombrado a Al-Biruni y añadió—: Sugiero que sea custodiado entre estas paredes; no hay mejor lugar en el mundo para los documentos antiguos.

—Eso es imposible —espetó Al-Biruni—. Al menos, no por el momento —añadió más calmado ante la mirada de asombro del bibliotecario, que volvió a enrollar el papiro y se lo entregó con cara de pocos amigos—. Y bien, ¿qué hay de los libros que deseamos consultar?

Atravesaron la gran sala hipóstila de lado a lado mientras Faysal ibn al-Nafis les informaba acerca de la Bayt al-Hikma.

—Poseemos cerca de un millón de ejemplares —dijo señalando a derecha e izquierda, arriba y abajo—. Cerca de quince mil tratados de filosofía, cinco mil tratados de matemáticas, diez mil de medicina… Aún no podemos igualarnos a la Gran Biblioteca de El Cairo, pero estamos en ello —dijo convencido de sus palabras—. Desde aquí surtimos a las cien bibliotecas públicas que existen en la ciudad y traducimos a los grandes autores griegos como Euclides, Arquímedes o Ptolomeo. Nuestros traductores abarcan desde el sánscrito hasta el siríaco, el copto o el mandarín, y trabajan en temas tan dispares como la botánica o la astronomía.

—Fascinante —dijo Muhammad admirado ante aquella acumulación de saber.

En aquel momento, Al-Biruni sentía algo próximo a la felicidad, pues creía que aquel era un gran lugar para vivir e incluso para morir. No le hubiera importado que su vida pusiera punto y final en aquel lugar donde el aroma del papel, de la tinta y del cuero reinaban; aquel lugar donde era posible pasar días enteros sumergiéndose en todas las ramas posibles del saber.

Entraron en una sala donde diversos copistas trabajaban acompañados de la intensa luz que entraba gracias a unos ventanales abiertos en el techo.

—A pesar de la cantidad de ejemplares con que contamos en esta biblioteca, en cuanto a los libros herméticos sólo contamos con dos copias en buen estado del Asklepios; el resto son fragmentos del Poimandres que apenas si pueden consultarse debido a su extrema fragilidad —Faysal señaló un rincón de una sala contigua a la copistería donde se amontaban decenas de rollos—. Las copias del Asklepios sólo están disponibles en lengua griega y en lengua latina; lamentablemente apenas abarcamos con las traducciones pendientes. Si conocen algún traductor, ¡aquí tiene trabajo seguro!

La lengua materna de Al-Biruni era el persa, conocía perfectamente el árabe y tenía algún conocimiento de hindi, pero no dominaba ni el griego ni el latín; aún así pidió a Faysal que les facilitara la consulta de aquel libro. Mientras esperaban, Muhammad observó con discreción a los copistas que trabajaban en la sala contigua. Llegando al último de ellos vio que estaba traduciendo un texto en sánscrito, y que al pie del texto dibujaba una ilustración que simulaba una batalla situada en un bosque. Pero lo que llamó la atención de Muhammad fue que en una esquina, un objeto en forma de elipse parecía sobrevolar la escena.

—Permitidme estorbar vuestra tarea, maestro copista, pero tengo curiosidad por saber en qué trabajáis —dijo mientras hacía una señal a Al-Biruni para que se acercara.

—Traduzco al árabe el Mahabharata, el gran poema épico de los hindúes —contestó el copista, un hombre de tez oscura y grandes cejas negras como su pelo. Lucía un espeso y largo bigote y su voz revelaba un ligero acento extranjero. Seguramente contaría no más de veinte años.

—Ardua tarea, me temo —apuntó Al-Biruni admirando su trabajo y percatándose también del extraño objeto.

—¿Qué es esta ilustración…? —Muhammad apuntó hacia la parte superior de la esquina izquierda de aquel dibujo perfilado con escrupulosidad.

El copista sonrió.

—Qué puedo decirles, señores… En el texto que estoy traduciendo se habla de los vimanas, objetos volantes dirigidos por las divinidades, así como de grandes ciudades en el espacio y en las profundidades de los mares. Éste objeto bien podría ser una de esas naves voladoras.

Al-Biruni estaba realmente asombrado.

—¿Podríais leernos algún fragmento de lo que estáis traduciendo, por favor?

Por las ventanas entró el canto del muecín llamando a la oración, y el resto de copistas de la habitación se levantó para hacer las oraciones y el descanso del mediodía. Al-Biruni y Muhammad prefirieron dejar los rezos para la siguiente llamada.

—¿No acudís a la oración, maestro copista? —le preguntaron.

—No soy musulmán, señores. Nací en la provincia del Punjab, en India y sigo al dios Vishnu —Sonrió ampliamente recordando su pueblo natal, pero en seguida pasó a leer:

—"*Arjuna ascendió al cielo para obtener de los seres celestiales armas divinas y aprender su manejo. En el curso de dicha estancia, Indra, señor del cielo, exigió a Arjuna que destruyera todo el ejército de los asuras. Estos treinta millones de demonios vivían en fortalezas situadas en las profundidades de los mares. Indra, señor del cielo, cedió a este efecto su propia nave a Arjuna, guiada por su diestro ayudante Matali. Dicha nave también era capaz de moverse bajo el agua. En la encarnizada batalla que siguió, los asuras provocaron lluvias diluviales, pero Arjuna les opuso una arma divina, que logró disecar todo el agua. Los asuras fueron vencidos, y tras la batalla, Arjuna descendió a las ciudades de los vencidos demonios. Quedó fascinado por la belleza y el lujo de las ciudades submarinas. Arjuna preguntó a Matali acerca de la historia de tales ciudades, y se enteró de que originalmente habían sido construidas por los dioses para su uso particular*."[lxxiii]

—Es un relato increíble —dijo Muhammad admirado.

Arriba como es abajo…

—Muy fantasioso, según mi humilde opinión —apuntó Al-Biruni, escéptico, pero al instante sus recuerdos le llevaron a la noche no muy lejana en los montes Zagrós, donde las luces en formación sorprendieron a todos. ¿Acaso sería posible que tuvieran algo que ver con ese relato mitológico?

Muhammad interrumpió sus pensamientos.

—Y, ¿conocéis más referencias a esos objetos voladores? ¿Tal vez en otras obras, otros autores?

—Sí, señor. Pero… —el copista lo miró a los ojos sin dejar de sonreír—. Aún no sé con quien estoy hablando….

—Oh, perdón —se disculpó Al-Biruni colocando su mano derecha sobre el pecho, —mi nombre es Abu Raihan Al-Biruni y soy maestro astrónomo; él es mi amigo Muhammad ibn Miskawayh, estudiante de filosofía e historia.

—Encantado, señores; mi nombre es Kamal Nanak y puedo decirles que los objetos volantes aparecen en muchos textos. Sin ir más lejos, el año pasado traduje unas obras del historiador Zhang Zuo en la que hace referencia a luces extrañas aparecidas en el cielo. Personalmente creo que esas luces tienen mucho que ver con estos objetos que los antiguos nos describían.

Kamal se levantó y rebuscó en un cajón unas grandes hojas manuscritas. Cuando encontró la que quería regresó a su mesa, donde Al-Biruni y Muhammad lo esperaban atentos.

—Aquí está —y empezó a leer—: "*El 29 de mayo del año 2 bajo el reinado del emperador Kai Yuan, durante la noche, apareció una gran estrella móvil, del tamaño de una cuba, que volaba en el cielo del Norte, acompañada de otras estrellas más pequeñas; esto duró hasta el amanecer*»[lxxiv].

—Vimos unas luces de ese tipo de camino a Bagdad —aseguró Al-Biruni—. Pero estoy seguro que se debía a algún fenómeno atmosférico que no sé explicar.

—Pero, teniendo en cuenta el texto hindú, ¿por qué no considerar que esas luces son naves capaces de volar como los pájaros? ¿Naves de los dioses? —preguntó Muhammad con aire soñador dirigiéndose a Al-Biruni.

Antes de que el astrónomo pudiera contestar, se acercaron dos ayudantes de la biblioteca cargados con diversos rollos que contenían el Asklepios en lengua griega. Dieron las gracias a Kamal, quien siguió con su tarea, y pasaron a una sala cercana donde vigilados de cerca por un guarda pudieron consultarlos, pero su tarea era inútil

si apenas conocían unas pocas palabras de las allí escritas; aún así, Al-Biruni pudo traducir perfectamente el título: *Libro sagrado de Hermes Trismegisto dirigido a Asklepios*. Lo ojearon, preguntándose si su contenido les hubiera sido útil o no, pero poco después cambiaron de sala para consultar libros de historia egipcia antigua, y así se les pasó el tiempo sin apenas darse cuenta. Al-Biruni presentía que se estaba acercando a aquello que buscaba, pero que el camino era difícil.

En la hora de la tercera oración, con el sol en lo alto, salieron de la Casa de la Sabiduría. Comieron en un puesto de una callejuela cercana y se encontraron con Kamal, el copista.

—¿Encontraron lo que buscaban, señores?

—Todavía, no, Kamal. No existe traducción al árabe del libro que nos interesa.

—¿Y porqué no sufragáis esa traducción? El señor al-Nafis estará encantado de encargar a uno de sus copistas ese trabajo si está bien remunerado…

—No es mala idea —dijo Muhammad. Pero Al-Biruni dudaba. Los trabajos urgentes solían pagarse a precio de oro, y él no podía permitirse ese lujo.

Antes de despedirse de nuevo, el copista hizo una sugerencia:

—Siendo maestro astrónomo no deberíais dejar de visitar el observatorio que hizo construir el califa Al-Mamun, el mismo que fundó la Casa de la Sabiduría. Su visita merece verdaderamente la pena. Y tal vez allí os puedan decir algo acerca de las luces que visteis en el camino.

Así lo hicieron aquella misma tarde. En una edificación contigua a la Casa de la Sabiduría se encontraba el observatorio principal, el más grande de los tres que se hallaban en el lugar. A sugerencia de Kamal, preguntaron por el maestro Al-Jwarizmi.

Abu Hussein, un bagdadí de unos quince años de amplia sonrisa, ojos claros y piel morena, en seguida los acompañó a la azotea del edificio.

—Aquí trabajó el gran maestro matemático, astrónomo y geógrafo Abu Abdallah Muhammad ibn Musa Al-Jwarizmi, el bisabuelo del actual Al-Jwarizmi —comentó el muchacho mientras ascendían unos empinados escalones de piedra—. Y aquí también conservamos sus tablas astronómicas y sus trabajos de cálculo, álgebra y geografía. —Hussein abrió una portezuela de madera y salieron al exterior.

—Ahora estamos trabajando en nuevos instrumentos de observación —dijo orgulloso. —Si me siguen puedo mostrároslos con todo gusto.

Mientras esperaban que el maestro los recibiera, pasearon por la azotea del observatorio siguiendo a Hussein. Después de la última llamada a la oración, el cielo fue oscureciéndose mezclando tonalidades de índigo y violeta hasta llegar al negro. Era un cielo límpido y brillante que mostraba un gran abanico de estrellas parpadeantes. A su alrededor, diversos astrolabios eran usados por alumnos y maestros de la escuela de astronomía, así como esferas armilares y otros artilugios que estaban siendo probados y analizados por sus propios inventores.

—Estoy con ustedes, señores —dijo alguien a sus espaldas—. Me han dicho que vienen de lejos…

El maestro Al-Jwarizmi los recibió con una franca sonrisa que se manifestaba aún mejor en sus pequeños ojos enmarcados de arrugas. Tenía bigotes y barba espesos y blancos y vestía túnica y manto de color azul. Tras las presentaciones, Al-Biruni pasó a comentarle acerca del eclipse de luna observado en el desierto de Karakum.

—También lo vimos aquí en todo su esplendor; el tiempo nos fue benigno.

—¿Puedo ver vuestras anotaciones?

Comparando la sincronización de los eclipses y los datos de la zona, Al-Biruni aprovechó para anotar los datos que después le servirían para calcular la diferencia en longitud entre ambos lugares. Como científico nunca desaprovechaba las ocasiones que tenía para aumentar sus conocimientos del mundo.

—¿Hubo algo diferente, algo fuera de lo común, en vuestra observación? —preguntó.

Al-Jwarizmi negó con la cabeza. Nada había llamado su atención.

—¿Y no ha habido tampoco ningún fenómeno atmosférico destacable en los últimos días?

—Bueno… Hubo un temblor de tierra en Ba'qubah y se registró una extraña lluvia de sapos en Samarra. Esto último aún se ha de comprobar. En ocasiones el pueblo es más fantasioso de lo que debiera —aseguró riendo.

—Pero en el firmamento, ¿nada de especial?

—Supongo que os referís al avistamiento ocurrido hace unos quince días en el oasis de al-Basrah[lxxv]… No puedo pronunciarme sin haberlo visto en persona, y por los datos que he tenido ocasión de consultar, no creo que se trate de estrellas de larga cola como algunos han dicho, sino de algún fenómeno que escapa a mi entender —se sentó en el borde de la azotea y miró al cielo—. ¡Hay tantas cosas de este mundo que nuestros cerebros aún no pueden alcanzar…! Por cierto, ¿ya habéis consultado en la Bayt al-Hikma la gran obra del maestro Al-Sufi, el Libro de las Estrellas Fijas? Describe con detalle las 48 constelaciones, el color y la magnitud de cada astro y ¡corrige al mismísimo Ptolomeo en sus observaciones!

Al-Biruni prometió consultarlo en cuánto tuviera ocasión, pero no quiso dejar pasar el tiempo sin relatarle el suceso en los montes Zagrós, del cual Al-Jwarizmi apuntó:

—Aún es grande la ignorancia respecto al cosmos, ¿no creéis? Es frecuente confundir a Venus o Júpiter con objetos brillantes de origen desconocido. En ocasiones, el observador cree ver cosas extrañas cuando sólo se trata de nubes iridiscentes o con forma caprichosa, bandadas de pájaros, relámpagos, estrellas fugaces, rayos en forma de bola o simplemente espejismos…Pero acompañadme, amigos —dijo Al-Jwarizmi dando unas palmadas sobre el hombro de Muhammad—. Os enseñaré el nuevo Nocturlabio que estamos construyendo.

Mientras ellos observan las estrellas del cielo, Lilya frota con jabón las ropas del viaje. Sus manos enrojecen por el frío de la noche y sus pensamientos la llevan lejos, hacia el tiempo en que ella era una chiquilla y todo era fácil. Pero al cumplir los doce años todo cambió.

Vuelve a Samarkanda, a su habitación, allí donde se recuerda llorando agarrada a unos almohadones. Su hermana Noor acaba de nacer y su madre está demasiado débil para poder interceder por ella. Su padre ha vuelto de uno de sus viajes y mientras se sienta delante de su pipa oye las acusaciones de su hermano Hamid, quien vive con ellos desde hace unos meses. A su lado se encuentra el tío de Abu Nasr, el tío Khaled, el que vive en la calle principal y tiene tres esposas. El que entra por la puerta trasera cuando Abu Nasr no está. El que hace llamar a Yasmín a su casa con la excusa de que sus mujeres no saben cocinar dejando así a Lilya sola en casa.

Mientras el tío Hamid acusa, el tío Khaled calla. Fuma sin parar y cuenta las monedas que había venido a prestar a Abu Nasr Mansur. Antes de prestárselas ya se ha cobrado el interés, pero ha tenido que ser el entrometido de Hamid quien desbarate sus planes.

¿Justicia? ¿Venganza? Nada de eso hubo para Lilya. Todos callaron, nadie volvió a hablar de ello y todo volvió a la normalidad como tras un mal sueño. Pero el trozo de espejo en su habitación le recordaba que no había sido un sueño, y que su tío Khaled se había comportado como el peor de los cobardes.

Desde aquel cuarto en la ciudad de Bagdad, cinco años después de todo aquello, Lilya resiguió con el dedo índice la cicatriz de su cara y recordó cada latigazo que su padre imprimió en su espalda y en su corazón.

No fue su culpa, no fue su culpa porque su tío era mayor, porque ella tenía doce años, porque no sabía qué estaba haciendo. Aún así, su padre la castigó a ella; sus latigazos servirían para redimirla ante Allah, sus latigazos le recordarían siempre aquel día. Porque tratando de suplicar a su padre, tratando de pedir clemencia arrodillada en el suelo con la túnica hecha jirones, se volvió hacia él, pero Abu Nasr, que no había detenido el impulso de la vara cegado por su rabia, la dejó caer sobre el rostro de su hija grabando para el resto de su vida su pecado en su rostro. Un pecado que no le pertenecía a ella, sino al tío Khaled.

Lilya seca sus lágrimas con el dorso de la mano y se acerca a la jofaina con agua que tiene en un rincón para lavarse las manos hasta las muñecas, tres veces. Se moja la cara y el pelo y se frota los brazos hasta los codos tres veces más; haciendo lo mismo con sus pies y sus tobillos. Purificada, sintiéndose preparada para que Allah escuche sus oraciones, extiende su sedjadeh hacia la esquina de la habitación y eleva la última plegaria del día, el Ishaa, pidiendo protección y amparo, el que un día le faltó.

Cuando Muhammad y Al-Biruni regresaron, en la mesa les esperaba un sencillo guiso de cordero con yogur que Lilya había preparado en el pequeño fuego de la habitación. Al despojarse de su manto y de la bolsa de cuero que siempre llevaba en bandolera, Al-Biruni se dio cuenta de que le faltaba la funda de piel con el

pergamino.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —Buscó y rebuscó en la bolsa sin encontrar nada, sintiendo como un nudo de temor se le formaba en el estómago.

Desesperado, salió a la calle seguido de Muhammad por si se le hubiera caído en un descuido, pero la multitud que acudía al mercado nocturno le impedía mirar con detenimiento en los rincones. Al-Biruni se echó las manos a la cabeza. ¿Cómo podía haber sido tan descuidado?

Muhammad nada dijo, pero sospechaba que alguien se lo había robado.

Al amanecer volvieron a recorrer las calles pero sin éxito, y tras visitar la casa de un orfebre para encargar el engaste del ágata que habían comprado días atrás, se dirigieron con pocos ánimos a la Casa de la Sabiduría para solicitar la traducción que necesitaban. En la plaza ajardinada que desembocaba en la biblioteca fueron abordados por un eunuco.

—Sois requeridos en el palacio del emir Al-Jawlani —dijo como si sus palabras fueran una orden—. Seguidme, por favor.

Por el camino, el muchacho les explicó el asunto. El emir había enfermado de la dolencia del riñón y se temía por su vida.

—Pero no soy médico —le dijo Al-Biruni—. Os habéis confundido de persona.

El eunuco negó con la cabeza.

—Sé bien quien sois, maestro Al-Biruni, uno de los mejores astrónomos de toda Persia.

—Supongo que Al-Jwarizmi os informó de nuestra llegada a la ciudad… —aventuró Muhammad.

El eunuco no respondió y se limitó a mostrarles el camino hacia el palacio del emir.

Aquella ordenada ciudad poseía dos avenidas principales que la cruzaban de norte a sur y de este a oeste, y los barrios poseían puertas que se cerraban cada noche. Bagdad era llamada la ciudad circular debido a sus tres murallas, que formaban círculos concéntricos que constituían una fortaleza invencible que protegía a sus habitantes como ninguna otra en el mundo conocido.

Traspasaron una de las veintinueve puertas de la segunda muralla y se encontraron con los edificios administrativos, los cuarteles de la guardia y los palacetes de los hijos del califa. Ascendieron una pequeña colina y alcanzaron el palacio del emir. Desde allí podían ver perfectamente, y tras la última muralla, el gran palacio califal, el llamado Palacio de la Puerta de Oro, cuya gran cúpula de color verde se estaba reconstruyendo tras haber sido destruida por una gran tormenta años atrás.

El palacio del emir no desmerecía al del califa, pues era un edificio impresionante, de paredes decoradas con arabescos de colores. El suelo bajo sus pies era de mosaico verde, como los jardines que atravesaban.

—Sólo podrá entrar el maestro astrólogo —advirtió el eunuco indicando a Muhammad unos bancos de piedra donde podía sentarse. Al-Biruni siguió al sirviente mientras vio cómo enseguida un esclavo de piel negra se acercaba con una bandeja hacia el lugar donde se había quedado Muhammad.

Después de atravesar un patio porticado entraron en las dependencias principales. Al-Biruni ya había estado en la corte de Samarkanda y sus ojos estaban acostumbrados al lujo, pero en aquel lugar su boca se quedaba sin palabras para describir la suntuosidad que lo rodeaba, la magnífica elección de tapices, de mosaicos en el suelo, de muebles labrados. Los arquitectos de aquel lugar habían hecho un gran trabajo al orientar el edificio, colocando las ventanas de forma que los rayos del sol dibujaban en aquel suelo esplendoroso formas caprichosas. Tras cruzar varios salones de recepción, llegaron a las estancias particulares del emir, que se mostró ante Al-Biruni con ricas vestiduras: Un manto rojizo ribeteado con hilos de oro, un fajín de vivos colores y una digna espada colgada de su cinto en cuya empuñadura estaban engastadas piedras preciosas que destelleaban en la penumbra de aquella gran sala.

—Espero que el nuevo astrólogo recién llegado a la ciudad levante mi carta natal y me diga cuando moriré —dijo el emir con voz cansada.

Al-Biruni ya conocía aquel tipo de pedidos, siempre problemáticos y más aún cuando el solicitante estaba gravemente enfermo. Además, no conocía al emir, no conocía sus debilidades, ni su carácter; pero precisamente eso era lo que quería Al-Jawlani, que un recién llegado sin influencias de ningún tipo le adivinara el porvenir mediante un horóscopo.

El astrólogo agachó la cabeza aceptando el encargo, y entonces le hicieron pasar a la sala contigua donde un secretario le facilitó el día del nacimiento del emir para realizar los cálculos.

Por la tarde, él y Muhammad acudieron a la Casa de la Sabiduría para hablar con Faysal, pero éste se hallaba ocupado y esperaron consultando el almanaque del año de nacimiento del emir.

—¿Crees que Faysal accederá a nuestra petición? —pregunto Muhammad mientras anotaba los datos que le iba leyendo Al-Biruni.

Éste no respondió. Aún seguía lamentándose de la pérdida de su papiro y dudaba de la conveniencia de haber aceptado el encargo del emir.

El jefe de la biblioteca se les acercó por sorpresa. Su presencia al natural imponía más que tras su escritorio, ya que su altura sobrepasaba con creces la de Al-Biruni.

—¿Qué puedo hacer por vos?

Al-Biruni expuso su petición hasta que el jefe de la biblioteca sonrió y se apoyó sobre la mesa inclinando el cuerpo hacia ellos.

—El papiro por esa traducción.

Al-Biruni no podía creer lo que estaba oyendo. Aún así, no tenía intención de decir que lo había perdido.

—Vuestro deber es atendernos, señor, no chantajearnos.

—Es un cambio justo. Mi biblioteca se enriquece con ese documento, y vuestras mentes ávidas de saber hacen lo propio.

El bibliotecario se incorporó y añadió:

—Quid pro quo[lxxvi], señores…

—Olvidaos de ello —protestó Muhammad al ver que Al-Biruni no pensaba responder—. Y sabed que podemos denunciaros al califa.

Faysal frunció los labios irónicamente y se encogió de hombros; nada temía. Aún así, deseaba poseer aquel papiro que a pesar de su antigüedad estaba tan bien conservado. Quería saber la razón. Quería averiguar si tenía similitudes con el que guardaba bajo llave, en una habitación cerrada a sus colaboradores.

—Quid pro quo, señores… —repitió alejándose de la sala.

Kamal había estado escuchando la conversación y cuando Faysal estuvo fuera de su alcance, se acercó deprisa.

—Esta noche, después de la última oración, os espero en el callejón de la fuente —dijo tratando de no ser oído—. Creo que puedo ayudaros.

Entraron en la biblioteca por la puerta trasera, esquivando al guarda nocturno. Por los estrechos ventanales entraban los rayos sesgados de la luna llena que les hizo más fácil la tarea de moverse por los pasillos. Al-Biruni y Muhammad seguían en silencio a Kamal, que se dirigía al escritorio del encargado.

—Ayer, el señor al-Nafis pidió a mi compañero Nassim que guardara unos rollos antiguos. Tengo el convencimiento de que no desea que los consultéis, así que deben de contener algo interesante.

Kamal introdujo su mano en un cajón y sacó un manojo de llaves. Al séptimo intento, dio con la adecuada, que abría el armario que estaba junto a una pequeña ventana. Juntos desplegaron cinco rollos escritos en lengua copta que Kamal, encendiendo una lámpara de sebo, comenzó a traducir en voz alta:

Confieren poder sobre los cielos, la tierra y el mar;
Dominan la voluntad de los animales y de los hombres;
Otorgan el don de la mente lejana
Y el don de las visiones de otros mundos.

Las palabras de Dyehuty el escriba
Nacieron del fuego
y escritas con fuego fueron sobre piedra.

Halladlas allí donde comienza la primavera;
Halladlas allí donde es arriba, donde es abajo.

El guardián de las palabras espera.

—¿Dyehuty? —¿Quién demonios es Dyehuty? —preguntó Muhammad.

— Esperadme aquí —dijo Kamal seguro de donde buscar.

Se adentró en la oscuridad de la biblioteca solitaria y en seguida regresó.

—Aquí está —El copista puso sobre la mesa un gran rollo de pergamino amarillento y leyó:

—Dyehuty, nombre egipcio equivalente a Thoth, Señor de la escritura, Escriba de los dioses, Dios de la Luna, Guía de las almas de los muertos hacia el mundo inferior, el que rige los sueños de los hombres, el Dos veces Grande… Llamado Enoc por los hebreos, el que fue llevado al cielo sin haber muerto, el séptimo desde Adán; denominado Hermes por los griegos, Idris por los árabes. Es el Tres Veces Grande, el Mensajero de los dioses.

—Entonces, ¿son tres dioses en uno?

—Un dios con diversos nombres, según parece… —aseveró Al-Biruni.

—Qué complicado… —dijo aturdido Muhammad—. Y, ¿a qué nos lleva todo esto?

Al-Biruni empezaba a ver claro… Aquel texto se refería al libro de Thoth… y Kamal puso en palabras lo que él estaba pensando.

—Se me ocurre que será en Egipto donde halléis todas las respuestas. Y quizás también deberíais averiguar la clave que entrañan estas palabras: "*Allí donde comienza la primavera*… –añadió Kamal con una mueca mientras volvía a traducir el texto y Al-Biruni lo transcribía a toda prisa en su cuaderno—. Por cierto, ¿qué clase de papiro tenéis que al-Nafis desee tanto?

La luz de las velas parpadeó y una súbita corriente de aire les heló los pies. Antes de que pudieran decir nada más se quedaron a oscuras y pudieron oír un susurro que cruzaba de lado a lado el elevado techo de aquella sala. Tras ellos, los pasos del vigilante nocturno se dejaron oír muy cerca, pero no entraron donde ellos se encontraban. Los tres aguardaron en silencio unos instantes y volvieron por donde habían venido. Al salir por la pequeña puerta trasera, el guarda los sorprendió y salieron corriendo como niños que hubieran robado unas manzanas.

Riendo, aún nerviosos, caminaron por las calles vacías del habitual bullicio de la ciudad. Quienes se cruzaban con ellos pensaban que salían de un burdel o que se habían dejado llevar en exceso por el vino.

—¡Espero que el guarda no nos haya reconocido! —dijo Muhammad jadeante.

—Aquí nos separamos, amigos, mi casa está a la vuelta de la esquina —dijo Kamal señalando hacia su izquierda.

—¡Que Allah guarde tus sueños entonces! —le deseó Al-Biruni, y junto con Muhammad siguieron recorriendo las calles hasta llegar a su alojamiento.

Poco tiempo después, junto a un pequeño cirio encendido, unas manos ágiles extendieron sobre la mesa el papiro egipcio de aquel astrólogo persa. Unos ojos oscuros admiraron su forma, sus ilustraciones: Un hombre que sostiene un báculo alzado hacia un relámpago; una mesa que contiene una vasija, una espada y una moneda con un pentagrama. Había muchos símbolos que interpretar, pero ante todo, aquel papiro poseía algo que atraía, algo que desprendía poder… Sacaría los suficientes dirhams por él. Tantos como los que necesitaba para cuidar con holgura a su padre enfermo de lepra. Pero antes, lo copiaría con sumo cuidado.

Kamal se quedó dormido en su mesa de trabajo, y por la ventana abierta, un repentino viento desordenó sus papeles y volcó su tintero, pero él seguía durmiendo inclinado sobre sus brazos. El papiro de Thoth se dejó llevar por la corriente y junto con otros pergaminos salió de la casa para no volver más.

Una hora antes del amanecer y por la avenida principal de la ciudad, un tratante de camellos salía de viaje hacia Damasco. Viajaría con su hijo Mahmud, de nueve años, quien caminando tras su padre y sus tres ayudantes, se entretenía arañando el suelo con su cayado. A poca distancia vislumbró un pergamino con dibujos de vivos colores y corrió a recogerlo antes de que el viento lo alejara de allí. Le gustó, lo guardó en su bolsa y apretó el paso para seguir a los suyos.

Al-Biruni se levantó temprano para levantar la carta natal del emir Al-Jawlani. En el momento de su nacimiento, el Sol estaba regido por el signo de Aries, con lo que se manifestaba un carácter valiente y emprendedor. Regido por Marte, le daba también la audacia y en ocasiones la temeridad. Averiguó que según ciertas posiciones planetarias le auguraban luchas y tensiones en su vida que eran perfectamente asumibles por el cargo que ostentaba. Aún así, las disonancias del Sol con la Luna, Júpiter y Saturno en su casa sexta, prevenían de problemas con la salud.

En los próximos días, la posición de Escorpio en Saturno anunciaba cambios drásticos, traiciones, tal vez luchas por el poder. Podría concluirse entonces que el emir sería traicionado, que quizás moriría a manos de algún súbdito, el mismo que tal vez le estaba provocando la enfermedad del riñón. Pero ¿cómo decírselo?

Con los rollos de papel en la mano se dirigió al palacio del emir, y tras dos horas de espera le entregó el estudio. El emir lo recibió sentado en su lecho, rodeado de almohadones escarlatas. Su rostro aparecía con ojeras profundas, y sus ojos estaban perdiendo vida.

—Entonces —dijo tras leer el estudio—. ¿Cuál es vuestra conclusión?

—Los astros dicen que tenéis muchas posibilidades de morir traicionado —espetó Al-Biruni con sinceridad. No conocía al emir, no conocía a su corte, así que consideró mejor no andarse con rodeos y decirle la verdad. Aún así, sabía que corría el riesgo de ser decapitado allí mismo.

—Debéis protegeros, señor —continuó diciendo—. Rodearos sólo de quien os merezca la mayor confianza.

—¿La traición será inmediata?

—Así parece, señor, pero dejadme deciros que…

—Días, días… —murmuró el emir levantándose—. Los astros sólo me dan días… Su largo manto rojizo se arrastró tras él sobre las mullidas alfombras del suelo siguiéndole en su camino hacia la parte más iluminada de la sala, cerca de un patio ajardinado. Debía confiar, pero ¿en quién?

—Está bien, astrólogo, agradezco vuestra sinceridad, poco habitual entre los que me rodean —dijo con una mueca irónica—. Pide tu salario a la salida y retírate —añadió con un ademán mientras le volvía la espalda.

Al-Biruni salió de allí respirando de alivio.

Pero en el tiempo de la tercera oración del día llamaron a la puerta de su habitación. Lilya, que acababa de regresar de recoger la gema que Al-Biruni había hecho engastar en un anillo, preparaba dátiles con yogur. Se cubrió con el hijab y abrió. Un funcionario le extendió un documento y se retiró sin decir nada.

Al-Biruni, que dormitaba en su lecho, recibió la misiva: Estaba citado ante el cadí. ¿Por qué?, se preguntó intentando adivinar la causa. Y aún reponiéndose del asombro, unos gritos en la calle lo distrajeron. Cuando abrió la ventana pudo oír los lamentos de varias mujeres:

—¡El emir ha muerto! ¡El emir ha muerto!

—¡Por todos los cielos! —exclamó Al-Biruni llevándose las manos a la cabeza. Salió sin hacer caso de los reclamos de Lilya y llamó a la puerta de la habitación de Muhammad.

—¡Abre Muhammad! ¡Abre rápido!

Salieron de Bagdad por la puerta de Siria, dejando atrás las murallas de aquella hermosa ciudad que se había vuelto peligrosa para ellos. La muerte precipitada del emir traería luchas por el poder, el ejército tomaría las calles y se interrogaría a las últimas personas que estuvieron con él en vida, entre ellas, Al-Biruni. Ya no había sitio para él allí.

Camino de Kerbala hicieron un alto para que sus mulas descansaran y bebieran a orillas del Tigris. Lilya buscó leña seca para encender un fuego y oyó cómo los hombres se lamentaban por su mala suerte.

—Estoy seguro de que la citación ante el cadí se debía a alguna treta del jefe de la Biblioteca para forzarnos a entregarle el papiro —dijo Al-Biruni aún incrédulo ante

lo sucedido.

Muhammad asintió mientras sacaba las mantas del lomo de su mula y las sacudía hacia unos arbustos cercanos.

—Pero, ¿qué interés puede tener un hombre como él? Las personas dedicadas a la cultura no suelen estar movidas por la ambición ni por intereses ocultos.

Lilya les sirvió arroz hervido con unos pedazos de cordero asado del día anterior y sugirió:

—Mi padre en ocasiones recibía a hombres de letras más interesados en la política del país que en escribir versos —dijo sintiendo sobre ella la severa mirada de Muhammad por intervenir en la conversación.

—Más cordero, Lilya —le pidió, cortante.

No podía decirse que Muhammad no la tratara con respeto, más cuando se trataba de la esposa de su amigo, pero aún así, su posición era prepotente respecto a ella, pues en su interior se veía amenazado por su presencia silenciosa, por la profundidad de sus ojos que atendían a todo a su alrededor, por su valentía y por la convicción de sus pensamientos en las pocas ocasiones en que los expresaba. Él había sido educado en el menosprecio a sus hermanas y a su madre, en la consideración de la mujer como un mero receptáculo para dar vida y atender al hombre. No era el único. Muchos de los grandes filósofos a quienes había estudiado confirmaban aquella visión, considerando que la mujer debía colocarse en una posición sumisa y obediente, relegada al hogar, hilando o cocinando. Pero también había estudiado a otros que pensaban que si la naturaleza de la mujer era igual a la del hombre deberían de poder disfrutar del mismo estatus que éste, pudiendo comerciar o enseñar. Aunque quizás éste último pensamiento era demasiado adelantado a la época que estaban viviendo, y probablemente hasta pasadas varias generaciones no se llevaría a cabo aquel cambio. Y aún así, ¿era necesario? ¿Era realmente necesario que la mujer se dedicara a algo más que atender las necesidades de los hombres de su casa?

Después de comer, se tumbó un rato en la sombra y contempló la llanura verde y florida que los rodeaba. Comenzaba el verano y debían darse prisa en su camino antes de que los días fueran más calurosos. Se quedó dormido sin darse cuenta de que unos ojos oscuros los observaban.

Eran varias las tribus beduinas que poblaban los alrededores, y en el siguiente alto en el camino fueron abordados por numerosos chiquillos que les ofrecieron recipientes con queso de cabra, yogures y pedazos de carne de cordero. Después aparecieron sus madres, silenciosas, cubiertas de pies a cabeza con túnicas azules cargando bebés a sus espaldas. A su alrededor eran diversos los rebaños de ovejas que pastaban cerca del río, de forma plácida y silenciosa, como toda aquella región. Pero no todo era calma, pues los viajeros se enteraron de que los hombres de la tribu habían partido al sur para enfrentarse a un clan enemigo, y sólo los ancianos habían quedado al cargo. Mientras eran prevenidos de la conveniencia de unirse a alguna caravana por los recientes conflictos, les ofrecieron una extraña bebida de color oscuro llamada kaboueh, que sorprendió a Al-Biruni por la energía que dio a sus miembros cansados, desagradó a Lilya por su amargor e hizo que aquella noche a Muhammad le costara conciliar el sueño.

Al borde del desierto sirio cambiaron sus monturas por tres camellos a buen precio y se unieron de nuevo a una caravana de comerciantes de sal que los conduciría hasta Damasco, cruzando los ciento veinte farsajs de desierto que los aguardaban. Antes de recorrer los primeros pasos, Al-Biruni abrió su zurrón, sacó el anillo con el ágata que había hecho engastar en Bagdad y se lo colocó en el dedo medio de la mano derecha. El ágata estaba grabada con versículos protectores del Corán y era ahora, en un nuevo paso del desierto, cuando más la iban a necesitar.

Durante quince días algunos viajeros sufrieron de fiebres y vómitos, y no se libraron del ataque de una tribu hostil que pronto fue repelido por los guías caravaneros, bien armados y preparados para los asaltos repentinos. Los vientos temibles del desierto los acecharon, provocando que se desviaran del rumbo y vagaran perdidos durante varios días. El pozo que hallaron estaba seco, y dos mozos que ya venían algo flacos, murieron al no soportar el calor intenso que les dejó sin apenas agua para pasar los últimos días. Las plegarias aumentaron y ya no se oían los cantos de algunos viajeros que habían animado el inicio del viaje.

Pero en la última tarde, con los labios resecos y la piel del rostro que no cubría el turbante quemada por el sol implacable, Al-Biruni divisa una luz, una luz en el horizonte que confunde con aquellas luces de los montes Zagrós. Cree desvariar, pero entonces alguien grita, pues la luz es el fuego encendido de un alminar, un fuego que orienta a las caravanas hacia los poblados anunciando el fin del desierto. Lilya da gracias a Allah por su misericordia, y Muhammad se arrodilla en la arena tratando de esbozar una sonrisa con sus labios agrietados.

Con las últimas fuerzas, avanzan todos, animales y personas, para alcanzar el agua que los alejará de la muerte. Después de la monotonía del desierto pueden oler el estiércol fresco de las reses del poblado, las hojas del té recién hervido que ya preparan las mujeres advertidas de la llegada de una caravana; sienten como un manjar el aroma de los dátiles que rebosan de las palmeras y como un lecho suntuoso la paja fresca que han dispuesto para ellos. Al-Biruni besa su anillo protector, se echa y contempla el humo de una fogata que se eleva sinuoso hacia el cielo sin nubes; después vuelve la cabeza y contempla a su esposa, a su lado, admirando su fuerza y su valentía.

Gracias a Allah, aquella noche podrán dormir sobre las mullidas alfombras de pelo de cabra que una tribu beduina nómada les ofrece a su llegada al poblado, y a quienes también compran leche de camella fresca, dátiles, pasas y arroz. La temperatura desciende, y en el horizonte se mezclan los colores de la tarde que muere para ser noche: rojos y amarillos se acoplan mientras en las tiendas que han levantado cerca de las murallas derruidas de aquel poblado, todos beben y comen y descansan escuchando a sus corazones; ahora ya por fin, en calma.

9. EL MUNDO

1
Niš, veinticinco de junio

El pequeño ratón blanco abrió sus pequeños ojillos y se incorporó con dificultad sobre sus patas traseras. Caminó aturdido unos pasos y se detuvo a oler las briznas de paja del cajón de madera donde lo habían metido. Unos pasos más, lentos, vacilantes, y llegó junto a un pedazo de queso listo para ser devorado. Tenía hambre, más de la que nunca había tenido, y tras engullir el queso, corrió ahora hasta un pedazo de nuez que cogió entre sus pequeñas patas delanteras para comerlo con avidez.

Hans Smisza, asomado al cajón, sonreía con la ilusión de un niño. Lo había logrado. Había logrado dar vida a un ser que había muerto; así pues, su elixir funcionaba. Acarició la botella donde reposaba aquel líquido de olor nauseabundo y la observó como si fuera la primera vez que la veía. Costaba de creer, pero ahí tenía la prueba.

Envuelto en las sombras que ocupaban el sótano de su casa se sentó en una pequeña mesa cerca de la ventana para pensar en cuál era el siguiente paso a seguir. Era de noche y los débiles rayos de la luna creciente iluminaban de forma tenue la habitación; sus dedos golpeaban inquietos su pierna derecha. Unos leves toques en la puerta le anunciaron la llegada de su criado, que venía a servirle la cena: Un muchacho mudo algo corto de entendederas que había recogido en la calle antes de que muriera de inanición.

—Adelante, Klaus —le dijo con un ademán señalando la mesa. El muchacho avanzó con cuidado por la habitación a oscuras tratando de no tropezar y volcar la sopa.

Dejó el cuenco sobre la mesa y se retiró sin hacer ruido, como lo había hecho hacía ya algún tiempo Nanya, porque le tenía el mismo terror.

Pero Hans no iba a cenar todavía. Estaba demasiado excitado con su descubrimiento, y no podía dejar de observar los torpes movimientos del ratón que había envenenado la noche anterior.

Muy pronto el cielo se desharía en llamas sobre la tierra, que a su vez se resquebrajaría en grietas que se abrirían como bocas hambrientas haciendo sucumbir a toda la humanidad… la Bestia llegaría y ahí estaría él para enfrentarla, pues él vencería a la muerte. En su locura, el médico imaginaba un horrible escenario sobre el cual se representaría la última función, una función en la que él saldría vencedor. Ni reyes, ni condes ni señores, ni tampoco sus ejércitos podrían hacer frente a lo que estaba por venir. Sólo él tenía la llave del mundo nuevo, un mundo en que sólo los elegidos tendrían lugar. Y si él era uno de ellos, ¿quiénes serían los otros?

Salió con el ánimo feliz hacia la taberna sin darse cuenta de que era observado.

Mientras él caminaba calle abajo, Ada Korály sonreía satisfecha. Por fin había dado con él. Comenzaba su venganza.

2
Damasco
primeros días del mes de Sha´ban[lxxvii].

Dejaron atrás el desierto y alcanzaron el oasis de Damasco, la ciudad más antigua del mundo, una tarde de cielo plomizo. Pernoctaron tres noches en el caravansar, repleto de viajeros camino hacia La Meca, y en la tarde del segundo día, viernes, mientras Lilya hacía una colada en uno de los lavaderos públicos, Al-Biruni y Muhammad se vistieron con ropas limpias y caminaron hacia las imponentes murallas de la ciudad. En una de las diez puertas, la puerta del Bab al-Faraj, la puerta de la liberación, pagaron el tributo para entrar en la ciudad.

Sin prisas, recorrieron las serpenteantes calles que llevaban a la Gran Mezquita de los Omeyas viendo que las casas que los rodeaban no tenían apenas ventanas, pero eso no desmerecía la opulencia de la ciudad, repleta de hermosos templos y prósperos comercios. La estrecha calle por la que caminaban se bifurcó en dos y tomando el desvío de la izquierda pasaron bajo un arco de piedra que desembocaba en una plaza donde vieron que se iba a llevar a cabo una ejecución pública.

El reo, de nombre Hashîm, había asesinado a cuchilladas a otro hombre por la propiedad de un cordero, por lo que debía ser condenado a muerte. Aquel desgraciado fue arrastrado por varios hombres, encapuchado y atado a un árbol. Los asistentes a la ejecución esperaban con ansia el momento en que entraría en acción el hijo de la víctima, pues a él le correspondía acabar con la vida del asesino de su padre con el mismo número de cuchilladas que había recibido.

—Ese muchacho ya ha vengado a su padre —dijo Muhammad dándose media vuelta una vez acabado el espectáculo.

—Pero, ¿ha valido la pena? Ahora ha de cargar con dos muertes…la de su padre y la de su asesino…

Dejaron atrás el suq, con sus gremios abigarrados, sus comerciantes vocingleros y su infinidad de objetos: telas, espejos, tapices bordados, colgantes, perfumes… Con el aroma del ámbar, el almizcle y el sándalo envolviendo sus pasos, se adentraron en el acceso a la mezquita flanqueado por columnas romanas. El gran patio porticado era uno de los más bellos que habían visto jamás. Se descalzaron y sus pies pudieron pisar el pavimento de reluciente mármol blanco de aquel espectacular templo que un día fue pagano, más tarde fue una iglesia cristiana consagrada a San Juan Bautista y ahora era la mezquita más grande del mundo, donde se custodiaba la cabeza de Hussein, nieto del Profeta.

En el templo, el mulah habló del segundo mes sagrado, Sha´ban, que conmemoraba la conquista de la Meca por el Profeta. Aquella noche de luna llena Allah pasaba revista a toda la humanidad y determinaba el destino de cada creyente, por esa razón, los fieles rezaron hasta el alba pidiendo perdón por sus pecados.

Muhammad imploró por su destino, por su incierto futuro; a su vez, Al-Biruni se balanceaba hacia atrás y hacia delante sintiéndose pequeño, sintiendo la mano de dios sobre su frente, leyendo sus pensamientos y vislumbrando sus deseos de gloria. Pidió perdón por ello.

Al salir de la mezquita, con la ciudad en calma al amanecer, dieron limosna a varios tullidos congregados a la puerta y después deambularon por una serie de callejuelas estrechas e intrincadas que les hicieron perder el rumbo. Tras pasar por el mercado de espadas, desembocaron en un llano donde se agrupaban decenas de camellos listos para su venta. Tanto compradores como propietarios parloteaban deprisa, los unos loando las cualidades de los animales, los otros regateando el precio. Pasaron junto a Mahmud, el hijo pequeño de uno de los tratantes recién llegado de Bagdad, que ofrecía piedras del tamaño de un guisante a cambio de un dirham.

—¡Chinitas! —voceaba—¡Chinitas para camellas!

Aquellas piedras, tras colocarlas dentro del útero de las camellas, evitaban que éstas se quedaran preñadas en los viajes.

Sin hacerle caso, Al-Biruni y Muhammad dejaron atrás el mercado de camellos para regresar al caravansar. Si hubieran permanecido más tiempo, tal vez hubieran visto cómo Mahmud estaba ofreciendo aquellas piedras colocadas sobre un papiro de extraños dibujos y vivos colores.

—¡Mahmud! —le gritaron.

El niño vislumbró entre la multitud el turbante azul de su padre y corrió hacia allí con sus chinas sin darse cuenta de que un dromedario de pelaje oscuro había decidido sentarse sin ver al niño que pasaba por entre el estrecho espacio que dejaban los animales. La pata trasera del camello golpeó a Mahmud haciendo que tropezara y cayera al suelo mientras una de sus piernas quedaba atrapada bajo el animal. Las pequeñas piedras que llevaba para vender rodaron por el suelo y el papiro que las había sujetado voló por los aires. Mahmud comenzó a sollozar mientras su padre, junto con varios hombres, lo ayudaban a levantarse. Cojeando, intentó recuperar las piedras que tanto le había costado conseguir. Buscó también su bonito papiro, pero no lo encontró. El aire lo había llevado hasta la alforja de uno de los camellos de un tratante que tras los negocios en Damasco pretendía ir a El Cairo.

Cuatro días más tarde Al-Biruni, Lilya y Muhammad llegaron al puerto de Haifa y se embarcaron hacia Alejandría, ciudad que alcanzarían tres días después.

La lenta entrada al puerto les dejó admirar el gran faro, una de las grandes obras arquitectónicas del mundo, y aún algo mareados por el viaje, pisaron la tierra firme que era el país de Egipto.

—Alejandría, al fin —dijo Al-Biruni, sonriente y mirando el bullicio de su alrededor.

Muhammad añadió:

—La tierra de las pirámides, pero también de los sabios, de los pensadores y los filósofos.

—En efecto, Muhammad. Hiparco instruyó aquí acerca del movimiento de las estrellas, Erastótenes dibujó el mundo y Herófilo demostró que la inteligencia está en el cerebro, no en el corazón; sin olvidar al gran Herón de Alejandría, quien inventó cajas de engranajes móviles y forjó una curiosa obra que tituló Autómata.

—¿Has visto alguna vez un autómata? —le preguntó Muhammad.

Al-Biruni negó con la cabeza.

—¡Pero me gustaría!

Atardecía, y los rayos mortecinos del sol se mezclaban con la tonalidad ambarina de la ciudad ofreciendo un paisaje cálido y dorado, acogedor para los recién llegados. En los minaretes se alzaba el canto de la segunda oración del día y el calor en aquella hora temprana se hizo insoportable para Lilya, que se desmayó entre los bultos de carga del puerto abarrotado. Al-Biruni la llevó en volandas para refugiarla en alguna sombra, pero no encontró a su alrededor más que almacenes de mercancías y pequeñas oficinas de cambistas. En la más cercana, una palmera les serviría de refugio.

Un guarda se les acercó y contempló sin decir nada cómo Muhammad ayudaba a Lilya a beber agua de su odre, pero en seguida se alejó de ellos para poner orden en medio de dos egipcios que discutían con malos modos a la entrada de la oficina.

—Tal vez tu esposa ha concebido —sugirió Muhammad.

Al-Biruni no lo creía así, pero no era una remota posibilidad.

—Sólo espero que no haya enfermado.

Lilya volvió en sí y se incorporó con dificultad para apoyarse mejor en la base de la palmera. Estaba mareada y sedienta y el olor de aquel lugar no contribuía a que se sintiera mejor.

El guarda volvió cerca de ellos y cruzó los brazos, impaciente.

—Deberían buscar alojamiento, señores… este no es lugar para…

—No seas impertinente, Zahir, deja que la señora se reponga —dijo Roger Desclot camino de la puerta de la oficina cargado con un montón de legajos de papel.

Zahir rezongó por lo bajo y se apartó de ellos para volver a hacer guardia junto a la puerta de la oficina mientras entraban nuevos recién llegados al puerto para cambiar sus monedas.

Lilya se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, tratando de respirar hondo y de hallar fuerzas de donde no las tenía. El viaje en barco había sido demoledor para ella, pues las náuseas continuas le habían impedido comer nada que no fueran galletas de sésamo acompañadas con algo de agua. Estaba y se sentía débil, pero no era eso lo que le inquietaba, sino la pesadilla recurrente de las últimas noches en el barco, allí donde arropada con una manta dormía bajo el cielo, con el planeta Venus brillando al este de la luna.

Se soñó huyendo, corriendo con dificultad sobre la arena en un desierto sin dunas, oscuro y frío, donde nadie podía oír su miedo. Huía de una sombra, y aquella sombra se cernía sobre ella cada vez más cerca. Antes de atraparla, Lilya despertaba con el corazón estremecido.

Casi una hora después, el señor Desclot cerró con llave la oficina de cambio y al pasar junto a Al-Biruni vio que éstos ya recogían sus bultos y se encaminaban hacia la ciudad.

—¿Cómo se encuentra vuestra esposa, señor?

—Sólo necesita un poco de descanso tras nuestro largo viaje —dijo Al-Biruni agradeciendo con una inclinación de cabeza la amabilidad del cambista.

—¿De dónde venís?

—De Persia, señor.

El cambista asintió, comprendiendo.

—Un largo viaje… en especial para una mujer —Desclot tenía mucho que hacer y se despidió de ellos indicándoles un hospedaje cercano donde podrían descansar—. Os deseo una buena estancia en Alejandría.

Se alejó en dirección al puerto del oeste mientras Al-Biruni miraba de nuevo a su alrededor: Los barcos atracados, las mercancías, los porteadores, los comerciantes que voceaban; todos bajo el influjo de aquel magnífico faro que no podía dejar de admirar.

—En marcha —dijo cogiendo parte del equipaje.

En dirección opuesta, cruzándose en su camino, dos europeos, cristianos. El de mayor edad, de pobladas cejas sobre unos vivos ojos azules y rostro picado de viruelas, esperaba apoyado sobre un baúl mientras su discípulo negociaba con unos porteadores.

3

Richer de Saint-Rèmy fue abordado por varios vendedores de objetos de alabastro mientras caminaban por la avenida principal de la ciudad. Su maestro Gerbert apenas si los tomaba en cuenta enfrascado como iba en sus pensamientos. ¿Dónde estás Ersbetta Tót?

Tras ellos, dos porteadores los seguían cargando su equipaje.

Gerbert estaba realmente admirado por la organización de aquella ciudad, por sus calles empedradas con conductos que se llevaban las aguas residuales de las casas. Mucho tenían que aprender en Europa las ciudades insalubres como París o Roma.

Delante de ellos vieron un grupo de monjes capuchinos y dominicos que se dirigían a una iglesia copta mientras comían pedazos de kebab.

—¿Qué dirían los nobles romanos si supieran de este viaje? —preguntó Richer a su maestro—. El papa de los cristianos en tierras islámicas…

Acababan de llegar a una casa de huéspedes en el barrio griego desde cuyas ventanas podrían contemplar el lago Mareotis. Sortearon las sillas de la tetería donde varios ancianos fumaban en pipas de agua y entraron en un amplio portal donde esperaron a ser atendidos por el dueño. Gerbert aventuró:

—Al igual que no entendían que mi deseo era velar por los intereses de todos los cristianos, ricos y pobres, tampoco entenderían lo que ahora pretendo.

Mientras Richer acomodaba los baúles en la habitación, Gerbert se aferraba a la idea de que Dios tenía que estar de su lado. Él, que había sido elegido como cabeza visible de la iglesia, tenía que tomar parte en lo que tenía que suceder. Si había sido elegido para tener visiones y para interpretar los astros, quería estar presente si sucedía algo que iba a detener el fin del mundo. Pero, ¿era en verdad el libro que buscaba aquella curandera la clave para ello?

No muy lejos de donde se encontraba Gerbert d' Aurillac haciéndose aquellas preguntas, Nassima se dirigía al cuarto donde había tenido que reinstalar a sus huéspedes, aislados ahora de la parte principal de la casa.

Empezaron con dolor en las piernas y en los brazos que atribuyeron al cansancio, pero poco después aparecieron la fiebre y el dolor de cabeza. El quinto día les brotaron manchas rojizas en el pecho, que fueron extendiéndose por el resto del cuerpo. Días después, deliraban mientras les salían costras negras en las comisuras de la boca.

—Es la fiebre del barco, el tifus —había dicho el médico que acudió a la llamada de Hassan—. Un simple piojo es el causante de todos estos males.

—Pero yo no estoy infectado —apuntó Alí, extrañado.

—Entonces, dadle gracias a Allah, pues sólo en sus manos está la vida, la muerte y la enfermedad.

Antes de que el médico se marchara, Hassan, preocupado, tenía que preguntarle algo.

—¿Existe alguna posibilidad de que mi familia resulte contagiada?

—Habéis procedido correctamente aislando a los enfermos, así que ahora limitaos a no tener contacto con ellos. Mandadme cada dos días a un criado con muestras de orina de los enfermos y que les sigan administrando cuatro dientes de ajo todas las mañanas en ayunas y una medida de jarabe tónico de marrubio.

—Pero, no morirán, ¿verdad? —preguntó Alí conociendo la alta mortalidad de aquella enfermedad que asolaba pueblos enteros, barcos y cárceles.

El médico alzó sus brazos hacia el cielo. Ahí estaba la respuesta.

Hassan destinó un criado para los enfermos, un nubio joven y vigoroso que para no respirar los efluvios malignos que despedían sus alientos, cubría con un pañuelo su cabeza y su boca cuando entraba en la habitación. Ersbetta, con un hilo de voz, le pidió que quemara ramas secas de espliego en la habitación, pues su aroma ayudaba a purificar el aire. El nubio, que no la entendió, volvió con carbones de incienso de sándalo, que harían la misma función.

En esos días, Nassima les preparó sustanciosos caldos de gallina, pues era lo único que podían tolerar, y las gemelas, aburridas de esperar, casi olvidaron a Nanya y a Masika, pues transcurrieron más de tres semanas hasta que las pudieron volver a ver.

En los momentos que no daba clases, Hassan siguió avanzando en la traducción que le habían encargado. Y a medida que él avanzaba en su trabajo, la fiebre y el mal de los enfermos iban remitiendo.

A mediados de agosto, mientras el papa y su asistente trataban de dar con el paradero de la curandera; mientras Al-Biruni preparaba su viaje a El Cairo, Aldo sorbía del cuenco de su sopa con dificultad, sintiéndose débil y cansado como nunca lo había estado. Oía las respiraciones tranquilas de las niñas, que ahora dormían, y algo reconfortado con el caldo de gallina, recordó una de las noches en que los delirios de la fiebre hicieron que Ersbetta repitiera un nombre: Zoltán. Su esposo muerto que regresaba del más allá para aguijonear el celoso corazón del toscano.

A mediodía, el médico daba por terminadas sus visitas a aquella casa. El mal había abandonado sus cuerpos y en la tarde podrían salir de la habitación para dar pequeños paseos por el jardín.

Tras pagar los honorarios del doctor, Hassan volvió a su estudio pero se sintió incapaz de concentrarse en su tarea y se asomó a la pequeña ventana perdiendo la mirada en el jardín. Sus pensamientos vagaban como las moscas que molestaban a Tor mientras jugaba con las gemelas.

El mundo parecía estar conjurando para atar los hilos perdidos: Una curandera de nombre sagrado y llegada de otro continente había traído hasta su casa un papiro antiguo y misterioso. Y no sólo eso, sino que había venido a buscar el legendario libro de Thoth, el libro oculto, el que decían era el más poderoso del mundo. Hassan dibujó una sonrisa escéptica en su rostro: Aquella búsqueda era una búsqueda desatinada, pues era como buscar el origen de una leyenda: De la existencia del libro no habían pruebas, sino sólo meras especulaciones para algunos, fantasías para muchos.

La enfermedad retrasaba los planes de los extranjeros, y él ni siquiera se había atrevido a pedir a aquella mujer que le permitiera ver el papiro. Pero todo sucedía por alguna razón; tenía que tener paciencia.

Al anochecer, Ersbetta salió al jardín principal. Había adelgazado mucho y las ojeras desmerecían su rostro, pero aún así, Hassan levantó la cabeza al sentir su presencia. Se sentía atrapado cada vez que miraba aquellos ojos del color de la esmeralda.

Tras ella, Aldo caminaba con paso inseguro. Llevaba los cabellos recogidos hacia atrás y se había dejado crecer la barba. Cogidas de sus manos, Nanya y Masika también más delgadas, pero sonrientes por poder volver a mirar el cielo de Alejandría.

—Salaam —saludó ella agachando la cabeza.

Hassan recogió los papeles que consultaba, se levantó de su asiento y llamó a su cuñada para que les sirviera agua de lima.

—Veo con agrado que os encontráis mejor… —les dijo, indicándoles que se sentaran sobre la banqueta de madera, enfrente de él.

—Así es —dijo Aldo—. Pero sentimos mucho las molestias que os estamos causando.

Hassan hizo un gesto vago con la cabeza.

—El deber de cualquier buen musulmán es dar cobijo y alojamiento —aseguró—. No sois ninguna molestia.

Pero Aldo tenía que insistir.

—Aún así, señor, debo abonaros los honorarios del médico.

En aquella hora en que la temperatura era agradable, Ersbetta agradeció la brisa que corría bajo el sicómoro donde se habían sentado y recordó las tardes pasadas bajo el fresno de su casa del bosque. Le pareció que se remontaba hacia una eternidad, pero no hacía sino seis lunas desde que había salido de Salföld.

—Si tenéis a bien, desearía ver vuestro papiro —le dijo Hassan.

Ella, que acariciaba la cabeza de Tor sentado a sus pies, se detuvo en aquellos ojos de mirada aguda pero transparente. En ellos no había codicia ni malas intenciones, pero cuando se enfrentaron a los suyos, vio algo parecido al deseo y quedó turbada.

Aldo la miró buscando su aprobación. Tenía ganas de dejar Alejandría y empezar a buscar el dichoso libro, pero temía que aquella mujer que le tenía sorbido el seso se resistiera a dejárselo a Hassan. Ersbetta aún era para él un libro cerrado.

—Ahora regreso —dijo ella, asintiendo—. Tenía que descoser de su capa la funda donde guardaba el pergamino.

Masika dio un discreto codazo a Nanya para que preguntara en su lugar tal y como habían quedado.

—¿Dónde está Alí? —preguntó la niña dirigiéndose al egipcio.

—Recibió una misiva de su tío unos días después de que enfermarais. Pronto estará de vuelta.

Masika respiró aliviada, pues agradecía no tener que exponerse a la mirada de Alí estando convaleciente. Se sentía fea y desgarbada, extraña aún con aquellas ropas nuevas. Pero en realidad, a los ojos de cualquiera, aparecía como una bella jovencita.

Ersbetta regresó cuando la luna estaba alta y llena, esparciendo su luz sobre el fresco jardín. Acababa de cruzarse con una de las esclavas y pensó en preguntarle a Hassan por esa costumbre de comprar mujeres como si fueran ganado, pero cuando se acercó al egipcio, sus quejas se le olvidaron.

—Aquí lo tenéis —dijo tendiéndole un pequeño fardo de tela áspera y gris.

Sus dedos se rozaron levemente y Ersbetta sintió un escalofrío. Por todos los rayos, ¿qué le estaba ocurriendo?

Hassan acarició el envoltorio con sus dedos ágiles y nudosos mirándolo sin atreverse a abrirlo todavía.

—Según me contasteis, vuestro antepasado es el dios Thoth… ¿de dónde os viene esa creencia?

—De mi madre, y de la madre de su madre hasta una generación que no puede recordarse. Así me lo dijeron de niña y así lo he creído siempre.

—Creéis entonces que de él vienen vuestros poderes, vuestra sabiduría con las plantas medicinales… ¿no es así? —hablaba con un ligero tono escéptico, pues creía en las supersticiones que rodean a las costumbres humanas, pero no así en la magia; aún así, sus propias palabras le llevaron a recordar los manuscritos que estaba traduciendo. Desechó aquel pensamiento un instante y continuó—: Pero, aún no me habéis dicho qué uso habéis dado a éste papiro…

—Mi madre me lo entregó antes de morir. Dijo que era la Puerta, que el destino de muchos hombres dependía de él, pero nunca he sabido si lo utilizó en alguna ocasión, ni para qué fin. Estuvo oculto durante años hasta el momento en que dejamos Salföld.

Hassan se rascó la barba sin poder creer lo que estaba oyendo. ¿La Puerta…? Ella continuó:

—Es el momento de que los objetos ocultos salgan a la luz. Ellos han de ayudarnos en nuestro camino, en lo que ha de suceder.

—¿Objetos? ¿Hay más de uno?

Ersbetta le habló de la cruz que le entregó Gerbert d'Aurillac. Le relató también lo sucedido aquella noche en el barco cuando la colocó sobre el pecho de Nanya y surgió de ella una luz poderosa que hizo que la niña recobrara la salud a la vez que la tormenta amainaba. Hassan supo también de las palabras de Margit refiriéndose a Thoth como Enoc.

—Es asombroso…

Dirigió su vista hacia Tor, como siempre cansado y aturdido en un rincón del jardín, tratando de buscar en las sombras algo de frescor. Así que una cruz mágica…

—¿Podéis mostrármela?

Así lo hizo, y le advirtió de que quizás no pudiera tocarla, como así fue. Al contacto con la punta de sus dedos, una ligera y desagradable descarga echó hacia atrás su mano sorprendida.

—Os diré que esta cruz es un símbolo egipcio. Y es llamado ankh.

Entonces Hassan desenvolvió la funda del papiro y lo liberó desenrollándolo poco a poco. En seguida le fueron mostrados los dibujos que contenía.

—Símbolos…… —dijo admirado.

—¿Cómo decís? —preguntó Aldo.

Hassan pidió encarecidamente a Ersbetta que le dejara estudiar a fondo el papiro. En su estudio podría determinar su antigüedad y trataría de descifrar lo que allí estaba representado.

—No temáis. Mi trabajo consiste en preservar documentos como éste. Sé cómo manejarlos.

Al día siguiente, por la mañana, Hassan devolvió el papiro a Ersbetta, sentada bajo la sombra del sicómoro junto a Nanya. Aldo había salido a las calles de la ciudad con Masika y estaba a punto de regresar.

—No hay duda de que se trata de papiro del Nilo, y que la tinta es antigua, y aunque necesitaría más tiempo para hacer las pertinentes averiguaciones, puedo aventurar que puede haber sido dibujado de mil a tres mil años antes de nuestra era; quizás más, pero su estado de conservación es admirable. Está claro que está referido a algo relativo a alguna esfinge, por la ilustración superior…Pero además de la Gran Esfinge, hay otras repartidas en diversos templos del país. ¿Cómo saber a cuál se refiere? Además, probablemente forme parte de un papiro mayor tomando en cuenta los bordes inferiores y éstas líneas en su dorso que bien podrían tratarse de parte de un mapa. Tal vez ése mapa, completo, pudiera conducir al hallazgo del libro de los libros: El libro de Thoth. Pero sólo es una suposición…

Ersbetta desplegó el papiro y observó de nuevo la figura de la parte superior.

—La esfinge de El Cairo, ¿también posee alas como ésta?

—Actualmente no, y no sé si en alguna ocasión las tuvo.

—Tal y como os he contado, el obispo Gerbert me dijo que él posee la copia de un escrito donde dice que la última generación Thoth ha de regresar a Egipto antes del fin de los tiempos; y me habló también de una biblioteca bajo la Gran Esfinge donde ha de hallarse el libro. Pero si decís que la esfinge de El Cairo no posee alas…

Aldo se acercó a ellos y se sentó junto a Ersbetta. Hassan lo saludó con una leve inclinación de cabeza, pero continuó dirigiéndose a la mujer.

—¿Una biblioteca bajo la Gran Esfinge? —preguntó sorprendido—.¡Pero es tan sólo un mito! ¿Y qué es eso del fin de los tiempos?

—Gerbert cree que el último día de este año sucederán grandes calamidades que acabarán con nuestro mundo. Cree que el Libro de Thoth puede salvar a la humanidad.

Escéptico, Hassan aceptó que un cristiano creyera en semejante insensatez, pero ¿en verdad lo era?

Aldo trató de quitar hierro al asunto, exponiendo su opinión acerca de la posibilidad de que todo fuera una leyenda exagerada, pero ella, enfadada, lo interrumpió:

—Habladme de ese mito, Hassan. Habladme de la biblioteca escondida.

—Cuenta la leyenda que el príncipe Tutmosis regresaba de una cacería cuando se sentó a descansar junto a la Esfinge. Se quedó dormido bajo su sombra y tuvo un sueño. En él, la cabeza de la estatua le habló anunciándole que si la liberaba de las ardientes arenas que la cubrían casi por completo, pronto reinaría como faraón.

"…Cuando Tutmosis fue coronado, ordenó la retirada de la arena que cubría la Esfinge y mandó erigir una estela de granito para que las generaciones futuras recordaran su encuentro.

—Bonita historia —dijo Aldo—. ¿Pero qué nos queréis decir con ello?

—Dicen que en esa estela aparece el faraón realizando ofrendas a la Esfinge, que reposa sobre una construcción.

—¿La Biblioteca?

Hassan se encogió de hombros y dijo:

—Recuerdo vagamente haber oído el relato de un cronista que hablaba de túneles bajo las pirámides, y también de puertas que conducían a cámaras secretas bajo la Esfinge donde se ocultaban artefactos malignos, pero nunca les presté atención, pues el que entonces era mi maestro descartaba aquellas teorías en su opinión fantasiosas.

Ersbetta sintió como su ánimo decaía mientras Hassan movía de un lado al otro la cabeza, confuso. Si aquellos extranjeros habían viajado desde Europa para buscar el Libro de Thoth en una supuesta biblioteca oculta, ya podían ir dando media vuelta.

Antes de que Ersbetta pudiera decir nada, Aldo la interpeló:

—¿Porqué el obispo no se unió a la búsqueda del Libro si tan convencido estaba de su existencia? ¿Y si en verdad sólo se tratara de una leyenda? Si, además, la supuesta biblioteca es otro mito, mal vamos…

—El obispo Gerbert dijo que sus obligaciones le llevaban por otros caminos —contestó ella, tajante. Y añadió—:¿Crees que una leyenda unió mi camino y el suyo? ¿Crees que una leyenda motivaría los sueños y las visiones que ambos tuvimos?

Hassan reflexionó sobre aquellas palabras, pues él mismo estaba siendo objeto de aquel camino del que hablaba la mujer. Carraspeando los sacó de su discusión:

—La Esfinge es una gran estatua que se eleva del suelo unos ochenta pies. Su cuerpo es como el del león y su cabeza humana. Tras ella, y a su derecha, se erige la gran pirámide del faraón Keops; y a la izquierda la pirámide del faraón Kefrén, de quien dicen mandó erigir la Esfinge. Hubo un tiempo en que pudo admirarse por completo y ver la posición de sus patas y su estela, pero ahora las arenas la cubren casi hasta el cuello, y sólo podemos contemplar su rostro eterno. En el hipotético caso de que existiera una biblioteca en sus entrañas, sería imposible encontrarla, pues llevaría años excavar para encontrar una entrada. A no ser que…

—¿Qué? —preguntó Aldo, interesado.

—Que existiera algún modo de entrar en el subsuelo de la Esfinge desde alguno de los restos de dos templos cercanos o incluso desde las Pirámides, tal y como dicen los relatos que os he mencionado.

—Entonces, ¿es posible?

Hassan alzó las cejas.

—Es descabellado.

No tardarían sino unos días en organizar el viaje a El Cairo. Mientras Hassan daba las órdenes necesarias a sus criados para los días en su ausencia, pensaba en el giro que estaba dando su vida en los últimos días. Y si el legendario Libro de Thoth era el objetivo, nadie mejor que él para atribuirse el hallazgo. Si lo encontraban, podría alcanzar la gloria y ser nombrado gran maestro de la universidad Al-Azhar, coronado con grandes honores.

Inmerso en su quimera, olvidaba que los objetos ocultos sacados a la luz llevaban grabado el sello del peligro, de la codicia y la envidia.

4
Monte Sinaí

Alí se secó el sudor de la frente mientras ascendía la escarpada y agreste colina. No habían pasado ni dos horas desde el amanecer pero el calor ya apretaba. Se echó la bolsa a la espalda y siguió la pedregosa senda que ya conocía.

Tiempo después, el ermitaño, atento al hervor del agua en la cacerola de cobre que había puesto al fuego, espolvoreó hojas de té en dos cuencos. En la entrada de la cueva se desveló una sombra, y sus ojos, aunque ciegos, captaron el cambio de luz.

—Salaam tío Ishmail.

—Te estaba esperando, sobrino —dijo el viejo con una sonrisa mientras se sentaba sobre una polvorienta alfombra—. Pero antes tomemos un té…

El viento comenzó a soplar formando remolinos a la entrada de la cueva. Comenzaba a anochecer.

—Todo salió tal y como dijiste, tío. La curandera posee el ankh; posee también el papiro.

—¡Que Allah sea alabado! Pero los awliyâ al-Shaytân tienen muy avanzado el trabajo. Ya han sido construidas cuatro de las siete torres para configurar la puerta por donde se espera el regreso de Lucifer. El tiempo apremia.

—Han enfermado —dijo Alí. Ella, su hombre, y las niñas. De la fiebre del barco.

Alí permaneció callado sorbiendo su té y observando el rostro imperturbable del hermano de su madre.

—No morirán, si eso es lo que te preocupa. No ahora.

El anciano calló de nuevo y dejó el cuenco vacío a un lado.

—Todo está saliendo como estaba escrito —dijo—. La curandera, el mago y el astrólogo pronto se unirán. Que empiece el juego…

Cuando tío y sobrino salieron de la cueva, cientos de estrellas brillaban sobre sus cabezas. A sus pies, las murallas que fortificaban el monasterio de Santa Katerinah quedaban delimitadas por los fuegos encendidos en sus esquinas.

—Este es un monte sagrado, Alí, y es aquí donde se espera el acontecimiento.

El anciano ermitaño, el llamado Vigilante, alzó sus ojos nublados hacia la brillante noche y añadió:

—Cuando el libro de Thoth sea hallado regresarán los Shemsu-hor, los Siete Sabios. Ellos restaurarán el orden perdido y gobernarán la tierra. El tiempo está cerca.

Tercera Parte
LAS PUERTAS DEL CIELO

En Egipto se llamaba a las bibliotecas
"El tesoro de los remedios del Alma".
En efecto, curábase en ellas de la ignorancia,
la más peligrosa de las enfermedades
y el origen de todas las demás.
Jacques Benigne

Los libros son la alfombra mágica de la imaginación.
Jorge Luis Borges

1

Egipto, Septiembre del año cristiano de 999
Ramadán[lxxviii] de 389
Mes de Thoth del calendario egipcio

Habían dejado en Alejandría el khamsin, un viento seco y violento que cubrió toda la ciudad de ocre, pero el sofocante calor del día no les abandonó un instante. Navegando en una pequeña faluka, con el Nilo plácido al alcance de sus manos, Ersbetta y las niñas, vestidas con túnicas blancas y un largo pañuelo de algodón cubriendo sus cabellos y sus hombros, contemplaban las verdes y fértiles orillas salpicadas de palmeras y pequeñas construcciones de adobe donde vivían los fellah[lxxix]. En la orilla este vieron a un grupo de mujeres que cargaban en sus cabezas canastos de mimbre con ropa para lavar en el río. Un poco más allá, el desierto.

En aquel atardecer, la luz que les rodeaba se volvía del color de la paja, y como en un sueño, remontaron el río en silencio, cruzándose con otras embarcaciones como la suya además de otras mayores con grandes velas, las llamadas dhahabeyas[lxxx]. Era tal la belleza y la calma que las palabras hubieran sido en vano. Únicamente el canto de los muecines que anunciaban la proximidad de El Cairo rompía la quietud pero sin restarle armonía al paisaje.

Hassan, de pie junto al propietario de la embarcación, miraba más allá de la belleza que se extendía ante sus ojos, pues en las zonas profundas del desierto la armonía daba paso a la dureza del clima, a las alimañas que como la hiena o el chacal aguardaban a sus presas. Las serpientes venenosas permanecían ocultas, como lo hacían los cocodrilos que nadaban cerca de donde se encontraban. No había belleza sin fealdad ni bien sin maldad.

Junto a Hassan, Abd al-´Aziz Massurdi, el escriba copto que iba a acogerlos a todos en su casa, escuchaba a Alí, que, agarrado a un mástil, contaba que en la antigüedad, por aquellas mismas fechas y estando la luna creciente, se celebraba un festival dedicado a la diosa Hathor de Dendera, cuya efigie era trasladada en una dhahabeya por el Nilo hasta Edfu, donde era unida en sagrado matrimonio al dios Horus. En el transcurso de esos días, en los que decenas de naves seguían a la principal, la estrella Sirio se mostraba más brillante y esplendorosa que nunca. Cuando la expedición llegaba a Edfu, la luna ya estaba llena.

—¿Sirio? —preguntó Ersbetta.

Alí asintió.

—Es la estrella del Nilo, la venerada por los antiguos egipcios. Su aparición anunciaba el nuevo año produciéndose la crecida del Nilo y con ello, una buena cosecha para el país, que en aquella época se llamaba Kemet, la tierra negra.

Los ojos de Ersbetta se dirigieron hacia el cielo tranquilo. *Caminarás hacia la tierra negra…* Además de aquellas palabras que ya se habían cumplido, no pudo evitar recordar las ocasiones en que había celebrado ceremonias mágicas bajo la luz de aquella estrella, la estrella del este, así como las palabras de su madre:

—Llevamos el nombre de un dios que vive en los cielos y mora en la estrella Sirio…

Descendieron de la faluka y enseguida se vieron rodeados de niños que bajo la sombra rojiza de los tamariscos les ofrecieron panes recién hechos. Tor ladró, nervioso, y los niños se alejaron unos pasos pero siguieron gritando a los recién llegados. Aldo miró aturdido a Alí, y éste, saliendo en su ayuda, compró varios aishamis y con gestos rápidos y unas cuantas palabras ahuyentó a los niños.

Poco después, la siguiente embarcación llegó a la orilla. Gerbert d' Aurillac, Richer de Saint-Rèmy, Abu Raihan Al-Biruni y Muhammad ibn Miskawayh descendieron con sus bultos y esperaron junto a Aldo, Ersbetta, Hassan, Massurdi y Ali la llegada de los porteadores. Nueve adultos, dos niñas y un perro pastor. Dos papiros antiguos, una cruz venida del mundo de los sueños al mundo real, y una alfombra voladora.

2

Unos días antes, aún en el mes de Sha´ban, Hassan había acudido a la Casa de la Ciencia de Alejandría para consultar las fuentes que hablaban de los supuestos túneles que corrían bajo la meseta de Al-Jizah, Gizeh.

El libro segundo de las Historias del griego Herodoto de Halicarnaso se desplegó ante él hablándole de la geografía y las costumbres de los egipcios antiguos, casi mil quinientos años antes, cuando tuvo ocasión de viajar por el país; pero de la Esfinge no había datos, por lo que podía suponerse que en aquel tiempo debía estar totalmente enterrada bajo las arenas del desierto.

"*…El tiempo en el que penó el pueblo para construir el camino para conducir* las *piedras fue de diez años; y la obra que hicieron es a mi parecer no muy inferior a la pirámide, pues tiene cinco estadios de largo (888 metros), diez brazas de ancho (18 m) y ocho brazas de alto (14 m) en su mayor altura, y está construida de piedra labrada y esculpida con figuras.*

"*…Diez años, pues, pasaron para construir ese camino y las cámaras subterráneas en el cerro sobre el que se levantan las pirámides, cámaras que dispuso para su sepultura en una isla, formada al introducir un canal del Nilo.*

En referencia a la pirámide de Kefrén, Hassan leyó: "*Carece aquella de edificios subterráneos, ni llega a ella el canal derivado del Nilo que alcanza a la de Quéope, y corriendo por un acueducto allí construido, forma y baña una isla, dentro de la cual dicen que yace este rey.*"

Más adelante, Herodoto hablaba de una laguna artificial en cuyo centro se elevaban las dos pirámides desaparecidas de Meris, debajo de las cuales podía encontrarse un laberinto con doce palacios donde en sus sótanos se guardaban con celo las tumbas de doce reyes. El agua de la laguna corría por un conducto subterráneo tierra adentro, hacia Poniente.

Entonces era posible… Si había túneles bajo las pirámides, ¿por qué no iba a haberlos bajo la Esfinge? Pero seguía siendo una locura.

Cerró el libro y miró hacia el gran ventanal que tenía a su izquierda, absorto en sus pensamientos. A unos pasos de él, sin saber que en pocos días se conocerían, Al-Biruni y Muhammad se sentaban en una mesa para consultar todas las fuentes disponibles que hablaran del libro de Thoth.

Cerca de allí, Alí buscaba por las calles, preguntando aquí y allá por la llegada de los extranjeros, aunque casi nadie le daba razón, y cuando lo hacían, no era con éxito. El tío Ishmail le había dicho que el primer encuentro se daría entre la luna nueva y la llena del mes de Sha`ban, pero avanzaban los días y comenzaba a desesperar. Cansado, se detuvo junto a un puesto de venta de dátiles cuando vio pasar a dos europeos que, con aire despistado, deambulaban por la calle abarrotada sin percatarse de que dos ladronzuelos se acercaban a las bolsas de cuero que llevaban colgadas en el costado.

—¡Alto ahí! —gritó Alí alertando a Gerbert y a Richer, que en seguida se volvieron y dieron al traste con las intenciones de los muchachos, que corrieron a perderse entre el gentío.

—Muchas gracias, joven. —Fue entonces cuando Alí reparó en sus ojos azules y su rostro marcado por la viruela. Ahí tenía al mago, tal y como le había advertido el tío Ishmail.

Gerbert esperaba una respuesta, pero Alí estaba embobado mirándolo.

—¿No me has oído? ¿Puedo hacer algo por ti?

Alí reaccionó en seguida.

—Claro, señor. Podéis aceptar tomar un té en la casa de mi primo Hassan.

Gerbert y Richer se miraron sin comprender.

—Ersbetta Tót os espera allí.

La curandera acariciaba al gato de la casa que finalmente había hecho buenas migas con Tor, y mientras bebían un refresco rojizo llamado karkadé, le hablaba a Nanya del festival de la cosecha en el bosque, allá en Salföld.

—…Éramos varias las mujeres que llevábamos antorchas encendidas hacia el altar que habíamos construido en honor a Diana, la diosa cazadora. Caminábamos a paso ligero con collares de flores colgando de nuestros cuellos que después servirían como ofrenda. Las niñas espolvoreaban pétalos de flores sobre el río y cantaban canciones de bendición.

—¿Cómo eran esas canciones? —preguntó Nanya, soñadora.

Ersbetta trataba de recordar cuando vio aparecer en el patio a Gerbert d' Aurillac.

—Señora… —el papa se dirigió a ella con una gran sonrisa en el rostro cansado—. ¡Qué alegría verla! —La cogió de las manos, apretándolas entre las suyas—. Tenéis mucho que explicarme, ¿verdad?

Ella no podía creerlo, y Alí, tras ellos, los observaba con una sonrisa. El aspecto de Ersbetta era inmejorable a pesar de las fiebres que había padecido.

En un momento aparecieron varios criados para atender a los recién llegados, y Nassima, en ausencia de su cuñado, recibió al papa de Roma en su casa, aunque no supo quien era hasta mucho tiempo después.

Ersbetta le habló de Aldo y de Nanya, y de cómo había transcurrido su viaje. Le presentó a Masika cuando se acercó a ellos, pero también quiso saber las razones que habían llevado a Gerbert a seguir sus pasos.

—Ahora soy papa de la iglesia de Roma y me debo a mis fieles, pero también a la voluntad de Dios. No sé ni cómo ni cuando, pero creo que juntos podemos detener lo que se avecina —dijo—. Dejadme pediros un favor, señora: No reveléis mi nuevo cargo. Nadie sabe de éste viaje ni nadie ha de saber quién soy, al menos por el momento. Llamadme obispo, pues lo soy, de Roma, o mejor padre Gerbert; eso será suficiente.

Al-Biruni no apareció en sus vidas hasta varios días después.

Alí lo había estado buscando por todas las casas de huéspedes pero nadie sabía darle razón. Nadie parecía haberse fijado en un persa que llevaba en uno de sus dedos una sortija verde, un ágata, tal y como le había advertido el tío Ishmail.

—No podemos partir a El Cairo hasta que los tres se hayan reunido, Hassan —le había dicho Alí.

—Entonces confiemos. Si su destino es encontrarse, él mismo será quien los reúna.

Hassan ya se había rendido a lo que le deparaban aquellos días. No quería luchar contra sus creencias, contra la resistencia a aceptar los extraños movimientos del tío Ishmaíl que siempre afectaban a su vida y a los que le rodeaban. Pero ahora era Alí quien dudaba.

—¿Y si le ha sucedido algo al persa? ¿Y si…?

Hassan salió de su casa dejando a Alí lleno de miedos. Y no andaba errado.

Muhammad ibn Miskawayh corría por una estrecha callejuela con el rostro enrojecido y sudoroso. Dobló la esquina y se alejó de las calles del mercado principal para poder avanzar más rápido. Tropezó con varias gallinas que se apartaron de él cacareando asustadas y derribó varios cajones con fruta y pescado sin hacer caso de los gritos del anciano que blandía en alto su bastón. Siguió corriendo con la vista nublada por calles que no conocía, pero con su trazado simétrico hizo fácil que alcanzara la avenida principal. Desde ahí, el canto del muecín lo guió hasta la gran mezquita, desde donde pudo ver la cúpula de la biblioteca principal.

En la escalinata se arremolinaban grupos de estudiantes y se detuvo entre ellos, sin atreverse a entrar. ¿Cómo? ¿Cómo iba a decirle a Al-Biruni que Lilya…? Se sentó en un peldaño, sin aliento por la carrera, y se cubrió la cara con las manos.

—¿Qué haces aquí, Muhammad? —le dijo Al-Biruni posando su mano sobre el hombro de su amigo.

—Has… has salido pronto… —acertó a decir, nervioso, sin atreverse a enfrentar su mirada.

—No hay más que consultar —señaló su cartapacio y añadió—: Todo lo que hay sobre el libro de Thoth lo tengo anotado aquí, y apenas he encontrado dos leyendas antiguas…— Hizo un gesto con la cabeza y preguntó: ¿Nos vamos?

Muhammad se volvió a cubrir la cara con las manos, incapaz de mirar a Al-Biruni a la cara.

—¿Qué te ocurre?

Muhammad movía la cabeza de un lado a otro, y aun cuando sus manos descubrieron por fin su rostro compungido, el nudo en su garganta le impidió hablar con claridad.

—Li... Lilya…

Alarmado, Al-Biruni se colocó frente a él, varios peldaños por debajo. Dejó a sus pies la carpeta y sacudió los hombros de su amigo.

—¿Qué le ha pasado a Lilya? ¡Dime, Muhammad! ¿Qué le ha pasado?

El barullo de los estudiantes aumentaba y las palabras apenas audibles de Muhammad se confundieron entre sus voces animadas.

Al-Biruni volvió a sacudirlo.

—¿Qué dices, Muhammad? ¿Qué estás diciendo?

—¡Lilya ha muerto! ¡Ha muerto!

Las manos de Al-Biruni dejaron de asir los hombros de su amigo, derrotadas. Y sin esperar ninguna explicación bajó la escalinata de la biblioteca saltando los peldaños de tres en tres. Muhammad recogió el cartapacio del suelo y lo siguió a la carrera hacia la casa de huéspedes.

Desde la calle ya se oían los lamentos de la dueña de la casa, que había ofrecido a Muhammad quedarse con Lilya hasta la llegada de Al-Biruni, quien subió a toda prisa la angosta escalera hasta llegar a su habitación en la buhardilla. Cuando vio a Lilya tumbada sobre una alfombra no pudo evitar pensar que estaba dormida plácidamente, pues su rostro estaba sereno e incluso parecía tener una leve sonrisa en su labios.

—¡Lilya! —exclamó arrodillándose junto a ella, agarrando sus manos inertes. ¿Qué te ha pasado, Lilya?

La señora Hamadani estaba arrodillada también junto al cuerpo de la joven y no cesaba de lamentarse, balanceándose hacia atrás y hacia delante sin dejar de abrazar el cuerpo de su hijo pequeño, dormido entre sus brazos.

Al-Biruni se volvió hacia Muhammad, que balbuceaba:

—Fue…fue a comprar aishamis y…

—¿Sola? ¿La dejaste ir sola? ¿Por qué no la acompañaste?

Muhammad callaba, avergonzado. Sabía de sobras que en ausencia de Al-Biruni, él debía acompañar a Lilya dondequiera que fuese, pero fingiéndose dormido dejó que ella bajara a la calle para que al regreso de Al-Biruni estuviera todo listo. Había querido que la muchacha saliera sola para que Al-Biruni la reprendiera por ello.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —exclamaba Muhammad con las manos sobre la cabeza.

La señora Hamadani explicó que unas vecinas habían visto a Lilya en el lugar donde suelen ponerse los vendedores de pan, cerca de la iglesia copta. La perdieron de vista hasta que vieron a un grupo de mujeres que lanzaban grandes lamentos y se echaban las manos a la cabeza gritando y echándole la culpa a los jinnis, los genios malvados que causan los accidentes. Lilya estaba debajo de un carro, inmóvil.

Al-Biruni no podía creerlo. No habían transcurrido ni cuatro horas desde que se había despedido de su esposa para ir a la biblioteca. No habían transcurrido más que cuatro miserables horas y su mundo tranquilo se había derrumbado por completo.

—Con la ayuda de varios hombres, apartaron el carro y trajeron a Lilya —seguía diciendo la señora Hamadani—. Al parecer, el dueño del carro huyó…

Aquellas palabras le sonaban lejanas, como pronunciadas debajo del agua.

—Mi esposo mandó llamar al señor Ishaq, antiguo médico del bimaristán, vecino del barrio, pero nada pudo hacer por ella, señor…

Palabras vacías y sin sentido para él, que con un nudo en la garganta salió de la casa para vagar sin rumbo por las calles de Alejandría.

Muhammad pidió a la señora Hamadani que se quedara velando el cuerpo de Lilya hasta que su esposo volviera.

—No os preocupéis, señor. Os ayudaré a disponer todo.

Él salió a la calle aturdido, envuelto en un mal sueño. Miraba el ir y venir de niños, mujeres y comerciantes sin verlos apenas, pues en su mente sólo cabía la imagen de Lilya bajo el carro. Él no sabía que entre su equipaje tenían una alfombra mágica; y ni él ni Al-Biruni conocían la maldición que pesaba sobre aquel objeto mágico. No sabían del Infortunio, por esa razón sólo pudieron culpar a los jinnis y a la mala suerte.

Al-Biruni regresó al alba, cuando la llamada a la primera oración se confundía con el amanecer en calma. Pero antes de enfrentarse de nuevo con la imagen de Lilya, entró en una pequeña mezquita y se mezcló con el resto de hombres que acudían al rezo antes de comenzar un nuevo día. Rezó por el alma de su esposa y rezó por la suya también. Esperaba que Allah le perdonara su atrevimiento. Esperaba que Allah le perdonara por lo que iba a hacer.

En la buhardilla, el cuerpo de Lilya ya estaba lavado y envuelto en el ihram, un sudario blanco que acentuaba su hermoso rostro. La cicatriz de su mejilla apenas se veía, oculta como estaba entre el lienzo que cubría su cuello, sus orejas y su cabeza. Tras las oraciones pertinentes y en el tiempo de la segunda oración del día, fue llevada a hombros hasta llegar al camposanto, donde fue depositada en la tierra, de costado, en dirección a la Meca.

Muhammad y Al-Biruni permanecieron de pie junto a la sepultura, cabizbajos. Muhammad aún incrédulo ante lo que había sucedido; Al-Biruni con un destello de rabia en sus ojos, pero con una leve chispa de esperanza en su corazón.

Cuando la tierra cubrió a Lilya, la señora y el señor Hamadani murmuraron unas palabras de consuelo para Al-Biruni y se retiraron con una leve inclinación de cabeza. Tras ellos salieron también los escasos vecinos que habían acudido al sepelio.

Al-Biruni podía haber echado tierra o ceniza sobre sus cabellos, podía haber rasgado su caftán, e incluso podía haberse rapado la cabeza como hacían los egipcios, pero no iba a hacer nada de eso. Ya era la hora del atardecer y aún permanecían sentados frente a la tumba de Lilya.

—¿Regresamos? —preguntó Muhammad con un hilo de voz.

—Aún no.

Se hizo de noche y la luna no apareció. En el camposanto comenzaron a bailar sombras.

Muhammad no cesaba de mirar a un lado y a otro, temeroso de los ruidos que se sucedían a su alrededor. Quería pensar que se trataba de alguna rama que se partía, el movimiento de las hojas en la brisa, algún pájaro nocturno… pero no estaba seguro.

—Espérame aquí —dijo Al-Biruni alejándose unos pasos.

Antes de que tuviera tiempo de protestar, Muhammad lo vio regresar cargado con una pala y un bulto de algo que no reconoció a primera vista debido a la oscuridad.

—¿Qué haces?

—Ayúdame —dijo el astrónomo clavando la pala en la tierra—. Ayúdame a sacar a mi esposa.

Muhammad se llevó las manos a la cabeza, lamentándose, pues su amigo se había vuelto completamente loco.

—¡Abu Raihan Al-Biruni! —exclamó—. ¡No puedes hacer esto! ¡Es un sacrilegio!

Al-Biruni hundió la pala en la tierra y echó hacia atrás el primer montón.

—Escúchame, Muhammad. Escúchame atentamente.

Poco después los dos caminaban bajo tierra por un estrecho y largo pasillo iluminando sus pasos con una antorcha. Muhammad volvió la cabeza atrás y preguntó:

—¿A la derecha?

—Si —respondió Al-Biruni—. Tres veces a la derecha y dos a la izquierda.

Siguieron avanzando por los corredores de las catacumbas abandonadas de Kom el-Suggafs, entre las paredes repletas de nichos, ilustraciones cristianas y manchas de humo. Bajaron al segundo nivel y siguieron caminando por aquel laberinto angosto y húmedo que helaba la sangre de Muhammad. Detrás de él, su amigo le advirtió:

—El próximo desvío a la derecha y habremos llegado.

Accedieron entonces a una galería que desembocaba en una pequeña sala con las paredes estucadas donde pudieron ver una pintura que representaba a una paloma.

—Es el mejor sitio que pude encontrar.

En el centro de la cripta, un sarcófago romano de piedra labrada esperaba con su vientre abierto a cumplir su función.

Muhammad alzó las cejas. El mejor sitio… Aunque había aceptado con resignación el deseo de Al-Biruni, en su fuero interno no podía dejar de pensar que se trataba de una locura. Su esperanza consistía en que en el transcurso de los días, su amigo aceptara la realidad y volviera a dar sepultura a su esposa tal y como mandaba la tradición.

Al-Biruni se inclinó hacia delante para facilitar la descarga del cuerpo de Lilya, y a continuación lo introdujeron en el sarcófago.

—Allah nos castigará, nos castigará… —murmuraba Muhammad, temeroso, mientras colocaban la cubierta del sepulcro. Estaba rajada y rota en una esquina, por lo que se apreciaba el hombro de Lilya. Al-Biruni tuvo que retirar su mirada, dar un paso atrás.

—Él es el Clemente, el Misericordioso, y sabe que mi corazón no actúa por maldad.

Los dos rezaron hasta el amanecer.

No sabían, ni podían imaginar, que tras su marcha, el suave velo que cubría el rostro de Lilya se había elevado ligeramente bajo su nariz. En la soledad de las catacumbas, pobladas de viejos restos humanos, Lilya conservaba un débil hálito de vida.

3

Caminaron hasta las afueras de la ciudad, allí donde les dijeron que se celebraba el mercado de camellos. Al-Biruni pensaba adquirir dos ejemplares a buen precio y llegar cuanto antes a El Cairo.

A pesar de la temprana hora ya se podían contar por centenas los animales allí congregados, entre otras tantas de vendedores y clientes que deambulaban por entre el suelo repleto de bostas, examinando patas y quijadas. La gran mayoría provenía de Nubia y habían pasado por el gran mercado de El Cairo, donde se llevaban a cabo las mejores transacciones. Por esa razón, en Alejandría era habitual encontrar animales a mejor precio, puesto que eran ejemplares muy jóvenes o muy viejos. Pero no se comerciaba sólo con camellos y dromedarios sino también con caballos y toros, unas grandes bestias con cuernos resguardadas en cercados que Al-Biruni y Muhammad nunca habían visto hasta el momento.

—Me dirigiré a la universidad de Al-Azhar, en El Cairo —dijo Al-Biruni examinando las patas de los dos dromedarios que había comprado por cien dirhams de plata —. Allí contactaré con un escriba copto, un tal Abd al-´Aziz Massurdi.

Muhammad asintió. Él debía permanecer en Alejandría vigilando el cuerpo de Lilya en las catacumbas.

No sabían que Alí Hekmet estaba siguiendo sus pasos, que preguntaba a los comerciantes si habían visto a un persa recién llegado a la ciudad. Ya era el tiempo que el tío Ishmail había dado y su desespero comenzaba a crecer. En medio del descampado, rodeado de animales y vendedores atareados que parloteaban sin cesar, trató de encontrar a al hombre que su tío le había descrito: Un persa de unos veinticinco años, de rostro agradable y rizos bajo su turbante; un ágata verde en uno de sus dedos y un manto de colores sobre su hombro derecho. Dónde, dónde estás… No vio cómo algunos niños lo señalaban como un loco que se arriesgaba a ser atropellado por un carro o mordido por un dromedario enfurecido. No vio como una culebra se acercaba hacia los dedos de sus pies, pero sí sintió la llamada que provenía del este. Abrió los ojos y se dirigió hacia los establos, allí donde Al-Biruni pagaba a un muchacho.

En su rostro se abrió una amplia sonrisa. Acababa de encontrar al "astrólogo", el que le había ordenado buscar el tío Ishmail.

—Un momento… —decía Al-Biruni—. Aquí hay algo…

Muhammad vio a su amigo introducir sus dedos en las alforjas del camello, que había comprado aparte, y sorprendido, se dio cuenta de que una de ellas no estaba vacía, sino que contenía el papiro del comerciante Wu, arrugado y sucio, pero de nuevo y milagrosamente en sus manos otra vez.

—Válgame el cielo —murmuraba el persa—. Allah vuelve a ponerlo en mi camino…No puedo creerlo.

También puso en su camino al joven Alí, que se acercó a ellos, observó el papiro en las manos de Al-Biruni y les pidió que lo acompañaran a la casa de Hassan ibn Talib, donde era requerido.

Después de la experiencia vivida en Bukhara con el mago Kartum, tanto Muhammad como Al-Biruni dudaban de si aceptar la invitación, pero Alí les tranquilizó.

—Mi primo Hassan pertenece a una de las mejores familias de Alejandría. Si lo tenéis a bien podéis preguntar donde queráis, bien en la madrasa principal como en el taller de alfombras de la familia. Nada hay que esconder ni nada oscuro os espera.

Al-Biruni dejó a un lado sus reticencias y aceptó acompañarle, no sin antes advertirle de que disponía de poco tiempo, pues debía partir cuánto antes hacia El Cairo.

4

Se reunieron aquella misma noche, con el testigo de la luna nueva que anunciaba el mes del Ramadán, el mes santo del ayuno, en una concurrida tertulia en el gran patio de la casa de Hassan ibn Talib.

Caída la tarde, los esclavos encendieron las lámparas de aceite, esperando la oscuridad. Cuando no se distinguiera un hilo negro de uno blanco se rompería el ayuno para Hassan, Alí, Al-Biruni y Muhammad.

En torno a tres mesas bajas vieron cómo se iban llenando las bandejas de aishamis, cuencos con perdices deshuesadas, dátiles gruesos como ciruelas, higos abiertos mostrando su dulce pulpa escarlata, pastelillos con miel, vino de dátiles y jarras rebosantes de cerveza.

Hassan, tal como se acostumbraba, murmuró una breve oración y mordisqueó el primer dátil observando a sus invitados: Abu Raihan Al-Biruni, maestro astrónomo persa que poseía un papiro al parecer también perteneciente a Thoth, como el de Ersbetta. Tenía el semblante de un hombre cabal y sincero, pero su aire era algo triste. A su derecha, Muhammad ibn Miskawayh, estudiante de filosofía e historia, alto y delgado con cierto destello de desconfianza en su mirada.

El destino había querido que aquella noche de Ramadán no la celebrara con su hermano Abdelhamid, sino con unos recién llegados al país, pero la razón era poderosa. Estaba reunido con "el astrólogo" tal y como había vaticinado el tío Ishmail. En cuanto a "el mago", Gerbert, como cristiano no podía compartir la cena de Ramadán, pero más tarde volvería para departir con ellos. La "curandera" era mujer. También debía comer a parte.

Al-Biruni bebió un sorbo de aquel excelente vino de dátiles pensando en la súbita aparición de su papiro perdido, nada menos que en una de las alforjas que había comprado en el mercado de camellos. ¿Cómo había llegado a parar allí? Estaba estropeado y sucio, roto en parte, pero conservaba intactas sus ilustraciones. Aquel hallazgo fortuito le dio ánimos en su desdicha, pues en los próximos días los iba a necesitar.

Transcurrida la cena, en la que Al-Biruni habló a Hassan de su viaje desde Samarkanda, Gerbert, Richer y Aldo se unieron a ellos en el jardín. Alí tenía entre sus brazos su laúd, y tocaba notas sueltas.

Hassan saludó con una inclinación de cabeza a Gerbert d' Aurillac, obispo de la iglesia cristiana conocedor a la perfección de la lengua árabe, estudioso de las matemáticas y del *Corpus Hermeticum*, con el que según le había dicho el día anterior, había llegado a construir autómatas junto a su discípulo Richer de Saint-Rèmy, un joven parco en palabras, pero a decir de su maestro, muy capacitado para la ciencia. Aldo Tomassi seguía al obispo. Aquel comerciante toscano que acompañaba a la mujer de ojos verdes poseía una mirada franca y un porte apuesto, pero sus humildes orígenes parecían un obstáculo a la hora de relacionarse con el resto, incluso con el obispo cristiano, con quien podía hablar perfectamente en su lengua y vivía en su misma tierra. Hassan se dio perfecta cuenta de que el toscano se sentía fuera de lugar.

El anfitrión carraspeó, se dirigió a todos los presentes y dijo:

—Parece que el dios Thoth ha querido unir Oriente y Occidente. Desde donde sea que se halle, está organizando todo para que juntos busquemos su Libro… por eso creo que debemos saber más de él.

A su lado tenía una carpeta de cuero de la que sacó unos legajos de papel. Entonces comenzó a leer un resumen de las anotaciones que le había proporcionado un colega de la madrasa donde daba clases:

—…Dyehuty, el de Dyehut, el distrito número XV del Bajo Egipto. Dios lunar medidor del tiempo en los cielos, creador del primer calendario dándole su nombre al primer mes. Inventor de la escritura y las palabras, anotaba los años de reinado de cada faraón en las hojas de la persea, el árbol sagrado de Heliópolis, donde regía la Casa de la Vida. Patrón de los escribas, las artes y las ciencias, fue llamado el gran arquitecto. A él se le atribuye el invento del juego del senet y de la lira. Convocaba las reuniones de los dioses, regulaba la crecida del Nilo y controlaba las ceremonias de paso del mundo de los muertos al de los espíritus ayudando a la diosa Maat, su esposa, a pesar los corazones en la balanza de la justicia.

"Curó con su saliva el ojo dañado de Horus tras la batalla con Seth, por eso era y es invocado y respetado por los médicos. Horus regía la luna, y gracias a su curación, le cedió su control.

"Acerca de su origen, algunos escritos nos dicen que nació del cráneo de Seth, o bien que es una emanación de Ptah, el creador de la tierra y padre de los dioses. Otras fuentes dicen que se creó a sí mismo y aunque servía a Osiris, fue el dios principal de Hermópolis. Se le representaba en ocasiones en forma de babuino, pero más usualmente con la cabeza de ibis y una luna creciente y un disco solar sobre su cabeza. En sus manos lleva un cálamo y una hoja de persea.

"Además de Dyehuty, era llamado también Shemsu el grande, y a veces, dos veces grande. Dyehuty fue El-muthalleth bilhikam, "el triple por la sabiduría", el tres veces grande para los griegos, que pasaron a llamarle Thoth y posteriormente asociaron a su dios Hermes. Algunas fuentes dicen que vino del oeste, otras dicen que vino del país de más allá donde se oculta el sol, y otras fuentes apuntan directamente a la estrella Sirio.

"Tras su desaparición, o su ascensión, su nombre derivó a Dyehutymose, o sea, engendrado por Dyehuty, nombre que adoptarían los faraones nacidos de su unión con la diosa Seshat. Sus nombres helenizados pasaron a ser Thutmes, Tutmosis, nacidos del dios Thoth.

—Dyehuty, Thoth, Hermes… ¿Por qué tantos cambios de nombre? ¿Por qué no respetar el original? —preguntó Muhammad—. Además, un escriba de la biblioteca de Bagdad nos dijo que los hebreos lo llamaron Enoc y que se corresponde con el profeta Idris, en el Corán…

—Cuando los griegos entraron en Egipto, se apropiaron hasta de nuestros dioses y sus nombres —dijo Hassan.

Al-Biruni chasqueó la lengua:

—Tal vez si Thoth iba y venía del mundo de los dioses al mundo de los hombres, en sus venidas adoptaba nombres diferentes.

De Sirio vino y a Sirio regresó…

—Quién sabe… Pero ahora centrémonos en el análisis de los símbolos de los papiros. —Hassan sacó un pergamino en el que había efectuado dos copias sin colorear de los papiros originales—. El de Ersbetta nos muestra una rueda por la que giran varios elementos: La figura con cuerpo de león y cabeza humana nos señala a la Esfinge, que con su báculo y su posición nos indica potestad o soberanía en la tierra. Sus alas nos alejan de las garras del león asiendo la tierra, simbolizando el ascenso, lo espiritual. En cambio, el papiro de Al-Biruni nos muestra a la posible figura de un faraón sosteniendo otro báculo, símbolo de poder, de mando.

En el primer papiro, bajo el dibujo de la esfinge, tenemos a dos figuras girando una rueda; tal vez la rueda del destino. Podría afirmar que las dos figuras representan a Anubis y Seth. Anubis es el dios de los muertos, representado con cabeza de chacal. En el juicio de las almas, él contrapesaba la balanza en la que se depositaba los corazones de los fallecidos con la pluma de Maat, la diosa de la justicia. Anubis, como Thoth, también fue identificado en ocasiones como Hermes por los griegos…

—¿Y Seth? –preguntó Alí.

—Seth es el malvado hermano de Osiris, representado como bestia. Señor de las tinieblas, dios de la sequía y de las guerras.

—Interesante… —apuntó Al-Biruni—. ¿Y las serpientes?

—Las serpientes en torno a una vara son denominadas caduceo. Es el símbolo de Thoth y de Hermes como mensajeros de los dioses. El poeta romano Virgilio nos cuenta que Apolo entregó la vara a Hermes a cambio de su lira mágica. Posteriormente, el caduceo fue adoptado como símbolo por los médicos para representar la vida y la muerte. Pero además, las serpientes protegen la fuente de la vida y simbolizan el camino hacia el conocimiento superior.

—¿Y el papiro de Al-Biruni? —preguntó Gerbert.

Hassan carraspeó, se aclaró la garganta con un buen trago de karkadé y respondió:

—Bien, cuatro son los objetos que rodean al faraón: Una vasija, una daga y una moneda. Simbolizan los cuatro elementos: la vara, el aire: la vasija, el agua; la daga, la tierra y la moneda el fuego. Tenemos entonces el dominio sobre las fuerzas de la naturaleza. Es quizás la representación de un mago, de un creador.

—Entiendo entonces que el papiro de Ersbetta nos señala sin duda como objetivo a la Esfinge, que con su báculo apunta a la tierra, abajo, donde deberá encontrarse el Libro. Ese es el destino de la curandera, y Dios la ha elegido para encontrarlo. Pero esa búsqueda no será fácil, pues también se nos advierte de algún peligro.

—De muerte —añadió Richer—. Anubis y Seth no son dioses precisamente benévolos.

—¿Ella sola es la elegida? —le interrumpió Muhammad—. ¿Acaso nosotros no somos elegidos también?

Gerbert se cruzó de brazos mirándolo fijamente. Pero tenía que darle la razón.

—Creo que todos somos los elegidos, pues no en vano estamos aquí. Os diré que en mis sueños, se me revelaron las siguientes palabras:

El escriba forjará el destino
La sacerdotisa lo hilará
Y el mago lo revelará

Alí esbozó una media sonrisa. Él ya sabía de aquellas palabras…

—¿Qué clase de sueño fue ése? —preguntó Hassan.

—No estoy seguro si fue sueño o fue duermevela, pero sí recuerdo que en mi aposento apareció una enorme sombra de la que pude distinguir en un breve instante una figura de considerable altura con aspecto de hombre pero con la cabeza semejante a la de un águila. Me habló así: —Yo soy Aquél que tú buscas. Solamente en mí están la Sabiduría, el Conocimiento de las leyes y la Verdad Universal. Días después esa figura me mostró en visiones a Ersbetta Tót, y tras dejar a mis pies una extraña cruz, volvió a repetir aquellas palabras: El escriba forjará el destino, la sacerdotisa lo hilará y el mago lo revelará. Aquella cruz le pertenecía a la mujer de mis visiones, y cuando el destino nos unió en la corte del príncipe István, se la entregué, pues así estaba determinado.

Hassan se mordió el labio inferior mientras se frotaba la barba.

—Esa figura de vuestro sueño recuerda a la representación del dios Horus, el dios del cielo, la luz y la bondad.

Muhammad no podía creer lo que estaba oyendo.

—Visiones, sueños, quimeras, ¿no estaremos desvariando un poco?

—Los últimos meses de nuestras vidas nos han conducido hasta este momento —objetó Al-Biruni—. Mi papiro y el de Ersbetta son reales y excepcionales en su origen. Los hilos de nuestras vidas, tan diferentes, se han tejido para traernos hasta aquí. Nada sucede por casualidad.

—Hemos de tener en cuenta que falta otro papiro —dijo Al-Biruni—. Consulté con un experto en Ispahán y al parecer una fuente de la biblioteca de Pérgamo indica que Thoth utilizó siete papiros y que en cada uno de ellos dibujó tres imágenes. En total, veintiún símbolos, el número de la perfección. Estos símbolos deberían conducir al libro primigenio.

—Estoy de acuerdo —dijo Hassan—. Los bordes de vuestro papiro y el de Ersbetta coinciden y confirman que han sido arrancados de una hoja mayor. El papiro que falta tal vez complete la imagen del mapa del dorso, pero, ¿dónde lo hallaremos?

Nadie tenía la respuesta. Alí intervino:

—Debo hablaros de mi tío Ishmail. Él es un anciano ermitaño que vive en una cueva del monte Sinaí. Es un visionario que sabía de vuestra llegada a Egipto. Él fue quien me mandó viajar de nuevo a Constantinopla para esperar la llegada de la curandera, quien debía reunirse en Alejandría con el mago y el astrólogo —Alí hizo una pausa para observar los rostros sorprendidos de los aludidos—. El destino de los hombres está escrito y así estaba escrito que sucediera.

—¿Y qué nos espera al final de todo esto, según vuestro tío? ——preguntó Gerbert.

—Aún no ha llegado el momento de que lo conozcáis. El tío Ishmail dijo que todo sucede en el momento adecuado. Él fue quien me habló del mago, de la curandera y del astrólogo. Fueron éstas las palabras que pronunció:

El escriba forjará el destino.
La sacerdotisa lo hilará,
El astrólogo lo sostendrá
Y el mago lo revelará.

—Reunidos estáis para cumplir ese destino —añadió Alí.

El rostro de Gerbert era un poema. De nuevo aquellas palabras de su sueño, ahora reveladas por un desconocido. Al escriba, la sacerdotisa y el mago, ahora se unía el astrólogo. Por todos los santos…

–De todos modos —puntualizó Al-Biruni—, yo me considero principalmente un astrónomo. Considero a la astrología un complemento de la ciencia astronómica y…

Hassan lo interrumpió:

—Entonces, Ersbetta es la sacerdotisa que debe hilar el destino. Pero, ése apelativo, ¿a qué es debido?

En ausencia de la aludida, Gerbert tenía la respuesta.

—Como pagana, celebraba ceremonias en honor de la luna, de la tierra…. Es la sacerdotisa de un culto primitivo que ha de desaparecer para dar paso a la religión verdadera.

Los musulmanes se miraron entre sí y decidieron abstenerse de dar su opinión sobre cuál era la religión verdadera, y aunque Muhammad estuvo a punto de replicar, se contuvo cuando los esclavos sirvieron más vino de dátiles y dejaron a su alcance pequeños cuencos con pistachos.

Gerbert, nervioso, tomó de nuevo la palabra.

—Querría hablaros de un asunto delicado, pues éste no nos deja mucho margen para hallar el Libro.

—¿A qué os referís? —preguntó Hassan.

—Las cuatro señales del cielo, el terremoto, el eclipse de sol, la caída de la estrella de larga cola y el eclipse de luna ya se han cumplido. Quedan cien días para que se cumplan los mil años anunciados en el libro del Apocalipsis:

…Cuando se cumplan los mil años, Satanás será soltado de su prisión y saldrá para engañar a las naciones que están sobre los cuatro puntos cardinales de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de congregarlos para la batalla.

Hassan ladeó la cabeza y se rascó tras la oreja, dudando de lo acababa de oír.

—Ersbetta me habló de ello, pero las profecías del libro de los cristianos no afectan a mi pueblo. Nuestros calendarios ni siquiera coinciden, pues aún faltan 611 años para que se cumplan 1000 en nuestro calendario islámico. Además, sólo Allah conoce el destino de los hombres y del mundo. Sólo Allah conoce la hora y el lugar de nuestra muerte, el sexo de la criatura en el seno de su madre, el día que va a llover y los sucesos futuros.

Al-Biruni asintió. Era su turno. La hora de explicar la profecía que a él le había sido revelada:

—A mi paso por Merv, contacté con un grupo de zoroastristas. Ellos me dijeron que miembros de la comunidad kurda de los yazidíes, los que se hacen llamar awliyâ al-shaytân, están construyendo siete torres siguiendo la forma de la constelación del Carro Mayor para configurar una puerta que favorezca el regreso de Lucifer. Dijeron que estaba cerca el día de la lucha entre la Luz y lo Oscuro. Ese día será llamado el Día del Fin del Mundo Conocido.

—Que Dios se apiade de nosotros… —susurró Gerbert juntando sus manos en oración y cerrando los ojos. Richer se sirvió un poco más de vino de dátiles comprendiendo el miedo del papa, quien seguía sin querer desvelar al resto su verdadera condición.

Todos murmuraron y después se hizo un extraño silencio en el que nadie se veía capaz de decir nada. Era mucho lo que estaba en juego, pero Al-Biruni lo rompió.

—Se me ocurre que las ilustraciones de mi papiro indican que dentro de la Esfinge será necesario utilizar los conocimientos del cielo para influir sobre la tierra: Detener lo que ha de sobrevenir.

—Yo… he de deciros que ya conocía ese asunto de las torres del diablo —dijo Alí buscando la mirada aprobatoria de Hassan—. En mi última visita al tío Ishmail me advirtió de los awliyâ al-Shaytân, quienes ya han construido cuatro de las siete torres. Me dijo también que cuando el Libro de Thoth sea hallado regresarán los Shemsu-hor, los Siete Sabios. Dijo que ellos restaurarán el orden perdido y gobernarán en la tierra.

—Entonces está claro que el Libro es nuestra esperanza —dijo Al-Biruni—, el que ha de evitar un terrible fin. Ese libro es uno de los 42 libros que Thoth dejó escritos; él, que es llamado o fue llamado Shemsu el Grande. Pero es el Libro Oculto, el que contiene el secreto del origen del hombre, del mundo y de los dioses. Es el libro que otorga el poder más inmenso que un hombre puede soñar: el poder de los dioses. Según el texto que encontré en la Casa de la Sabiduría, sus palabras, creadas por su magia, confieren poder sobre los animales, sobre los mares, sobre la tierra y sobre los cuerpos celestes. Incluso sobre la muerte. Todo lo que contiene el mundo puede llegar a ser hechizado con esas palabras; todo el mundo será para quien posea el Libro de Thoth.

—Espero que ese poder sea suficiente para derrotar a Satanás… —dijo Gerbert.

Todos se miraron, y siguieron escuchando al persa:

—Dejadme leeros este texto que encontré en la Bayt al-Hikma de Bagdad, que además, parece contener un acertijo:

Confieren poder sobre los cielos, la tierra y el mar;
Dominan la voluntad de los animales y de los hombres
Otorgan el don de la mente lejana
Y el don de las visiones de otros mundos.
Las palabras de Dyehuty el escriba
Nacieron del fuego
Y escritas con fuego fueron sobre piedra.
Halladlas allí donde comienza la primavera;
Halladlas allí donde es arriba, donde es abajo.

El guardián de las palabras espera.

—Halladlas allí donde comienza la primavera, donde es arriba, donde es abajo… —repitió Hassan en voz baja, pensando.

—Es un libro demasiado poderoso —murmuró Richer—. Según en qué manos caiga, podría causar grandes males…

—O tal vez no —sugirió Gerbert—. Los codiciosos de almas oscuras suelen encontrar su propio fin cuando sus intenciones son aviesas.

Aldo bostezaba cansado del parloteo en aquella lengua incomprensible. Alí le traducía en voz baja fragmentos de la conversación para que no perdiera el hilo, pero aún así, sentía que su presencia allí era inútil. Hablaban de un dios que había venido del cielo, hablaban de libros y bibliotecas y profecías. Él, que no tenía nada en común con todos aquellos estudiosos, que había dedicado muchos días de su vida a vender espejos, peines y ollas, ¿qué podía aportar? Además, por la costumbre de los árabes de comer sin las mujeres y de relegarlas en sus reuniones, Ersbetta, la verdadera protagonista, permanecía aislada.

Así era. En el comedor interior, Masika y Nanya daban buena cuenta de los pastelillos de higos que habían hecho las gemelas Seket y Amneris, mientras Ersbetta, en un patio anexo, miraba a un enfurruñado Tor que observaba el paso majestuoso del gato de la casa que parecía burlarse de su aspecto. Por la mañana habían recortado su largo manto de pelo rizado, y el animal miraba sin comprender los largos vellones de pelo que caían bajo sus patas. El calor de aquel lugar no era bueno para un perro habituado a soportar nieve y frío, así que su dueña había decidido esquilarlo como si fuera una oveja.

Uno de los criados entró en el patio e indicó a Ersbetta que la siguiera mientras sonreía al ver el aspecto del perro, que parecía haber adelgazado de repente y estaba feo como un pollo desplumado. A petición de Gerbert, no debía demorar más tiempo en ausentarse de aquella reunión. La discriminación de la mujer en aquella ocasión había sido simbólica, al no permitir que asistiera con los demás al inicio de la reunión; por suerte, Hassan, como anfitrión, no puso reparos a incluirla un poco más tarde. Para muchos musulmanes, así como para muchos cristianos, la mujer no tenía alma ni raciocinio, por tanto era absurdo que estuviera en sus reuniones.

Mientras llamaban a Ersbetta, Gerbert meditaba acerca de esto y de la conveniencia de hablar de ello en algún concilio para comenzar a cambiar conciencias. La mujer, fuera árabe, fuera cristiana, era hija de Dios. Varón y hembra los creó y los bendijo… rezaba el Génesis.

Tras lavarse las manos y la cara en el caño de agua que brotaba en aquel patio interior, y tras dejar a Masika y a Nanya con Nassima, se dirigió a su aposento, se colocó bien la pañoleta de algodón crudo sobre su cabeza y se pellizcó las mejillas para dar color a su cara. Respiró hondo y se dirigió al jardín principal de la casa, donde la esperaban.

Hassan le dio la bienvenida mientras ella se sentaba entre Aldo y Gerbert, siendo observada atentamente por Al-Biruni: Enterrado en el desierto de Karakum, soñó con ella... sí, ¡era ella, por todos los…!

Alí le resumió brevemente lo hablado hasta el momento y después, el anfitrión continuó hablando:

—En estos días pasados mi trabajo ha consistido en la traducción de un manuscrito antiguo, incompleto pero interesante: *El Libro de los Secretos de Enoc*, un libro con bastantes similitudes al Apocalipsis cristiano. Su supuesto autor, Enoc, es un patriarca de los judíos, a quien algunas fuentes relacionan con Thoth y tal y como Muhammad ha señalado antes, con el profeta islámico Idris. En ese libro se pueden hacer patentes varias revelaciones, que no sé si estáis dispuestos a escuchar, en especial vos, Gerbert. Como obispo de la iglesia cristiana, estas revelaciones pueden entrar en conflicto con vuestras creencias.

—Hablad de lo que creáis oportuno, Hassan. No temáis, pues mi fe en Dios es inquebrantable.

Hassan asintió, complacido y tras echar un leve vistazo a Ersbetta habló:

—Enoc, hijo de Yáred, padre de Matusalén, fue tocado por la gracia divina. A Enoc le fueron reveladas varias visiones en su ascenso a los cielos, y en ellas se anuncia la venida del Gran Santo, con su gran ejército, sobre el monte Sinaí, para vencer a los Vigilantes, que serán castigados por sus muchos pecados. Ese día, las montañas se resquebrajarán y todo lo que está en la tierra perecerá y habrá un juicio sobre todos. Él protegerá a los Justos y aniquilará a los impíos.

—¿Quiénes son los Vigilantes? —preguntó Al-Biruni.

—Hijos del cielo, seres espirituales que una vez en la tierra escogieron mujeres y engendraron con ellas hijos gigantes que devoraban y destruían el trabajo de los hombres. Hijos de los Elohim.

Gerbert arqueó las cejas. Acababan de revelarle algo que… Hassan continuó:

—Los Vigilantes revelaron los secretos del cielo a sus esposas, pues…

"*Shemihaza enseñó encantamientos y a cortar raíces; Hermoni a romper hechizos, brujería, magia y habilidades afines; Baraq'el los signos de los rayos; Kokab'el los presagios de las estrellas; Zeq'el los de los relámpagos; 'El enseñó los significados; Ar'taqof enseñó las señales de la tierra; Shamsi'el los presagios del sol; y Sahari'el los de la luna, y todos comenzaron a revelar secretos a sus esposas…Y 'Asa'el enseñó a los hombres a fabricar espadas de hierro y corazas de cobre y les mostró cómo se extrae y se trabaja el oro hasta dejarlo listo y en lo que respecta a la plata a repujarla para brazaletes y otros adornos*."[lxxxi]

Ersbetta se llevó la mano al pecho, allí donde colgaba la cruz que le había entregado el obispo, asombrada. ¿Acaso provenían los conocimientos de magia y hierbas de su familia de aquellos Vigilantes? No podía olvidarse tampoco de su hermano Mihály, alto y grande como nadie en Salföld, un gigante…

Gerbert levantó su dedo índice y citó las palabras escritas en el capítulo sexto del libro del Génesis; palabras que nunca había sabido interpretar, pero ahora de repente veía relacionadas con ese texto apócrifo:

—"Por entonces, y también en épocas posteriores, cuando los hijos de Dios cohabitaron con las hijas de los hombres y éstas tuvieron hijos, aparecieron en la tierra los gigantes. Estos son los esforzados varones de los primeros tiempos, los héroes famosos."

—Interesante… —dijo Hassan agradeciendo su intervención, y siguió hablando:

—…Los gigantes continuaban revelándose contra los humanos, y los humanos, que estaban siendo aniquilados, pidieron ayuda a los cielos.

El Altísimo envió a Sariel para que avisara a Noé el Justo, pues Él iba a hacer descender sobre la tierra un gran diluvio para limpiar toda iniquidad del mundo. Y envió a Rafael para que encadenara a Asa'el y lo arrojara en las tinieblas hasta la eternidad. Shemihaza y Luzbel también fueron derrotados y expulsados de los cielos hacia el

Caos.

Luzbel, Lucifer…pensaba Gerbert. Lucifer, el que había de regresar…

—"Y uno de los Vigilantes Santos, uno de los que no había descendido a la tierra para contaminarse con las mujeres, le dijo a Enoc que fuera y dijera a los Vigilantes que estaban en la tierra que sus hijos serían destruidos y no habría perdón ni clemencia para ellos por haber hecho pecar a los hombres, por haberles revelado misterios para que propagaran el mal sobre la tierra.

"Enoc fue ascendido y fue de oriente a poniente, y vio los vientos de la tierra y vio montes de piedras preciosas, abismos y montañas de fuego. Vio el final del cielo y el final de la tierra mientras un ángel le revelaba los misterios de los cielos, de los vientos y los relámpagos, y le mostró las clases de estrellas y sus diferencias.

"Vio el gran abismo de fuego donde serían encadenados los Vigilantes hasta la hora del Juicio. Vio la futura llegada del Mesías el día del Juicio, y el lugar donde se pesan las almas.

"Vio también la lucha entre los Vigilantes y los ángeles que no se habían revelado. Vio un ejército de carros voladores que iban sobre los vientos de oriente a occidente, carros que producían un gran estruendo de lado a lado del cielo durante todo un día…

"Tras la llegada del Mesías, Enoc nos habla de los premios para los justos y los castigos para los pecadores, pero también avisa de una posible vuelta a la época de la corrupción a pesar del diluvio que envía a la tierra…

Gerbert se frotó la barbilla y apuntó:

—El Diluvio Universal.

—Sí, nunca mejor dicho, universal, pues el tanto en el Corán como en la Biblia se nos habla del Arca que Dios mandó a Noé construir; y por su parte, el pueblo sumerio habla en sus crónicas de un hecho similar, donde el gran dios Enlil, instruye a Ut-Napishtim para que construya un arca y guarde la semilla de todas las criaturas del mundo. Cinco mil años antes de Cristo. Y no olvidemos que en la mitología china e india aparecen relatos similares.

Gerbert apuntó:

—El relato de Enoc es muy similar al Apocalipsis de San Juan, sólo que habla de miles de años antes…

—Lo sé, pero la forma en que Enoc habla del Mesías hace entender que éste ya existía: Desde el principio Él existía en secreto antes de la creación del Sol y de las constelaciones…

El papa negó con la cabeza.

—Eso no puede ser. El Mesías, Jesucristo, fue concebido por María… no es posible que…

Al-Biruni pensaba en la similitud del viaje de Enoc con el viaje nocturno del profeta Muhammad de La Meca a Jerusalén a bordo del Buraq, el animal alado que lo transportó también años después hasta el séptimo cielo, allí donde Allah le mostró el infierno y el dolor.

—Bien –dijo—. La concepción por el Espíritu Santo es un dogma de fe cristiano… De todos modos, ¿a dónde queréis llegar, Hassan?

—Al parecer, el papiro de Ersbetta pertenece a Enoc, o como ella dice, a Thoth, ¿no es así?

Ella asintió, les explicó lo que sabía y a petición de Gerbert, les contó su historia.

—La Puerta, el papiro es la Puerta, qué significará… —murmuró Al-Biruni—.

—Y nos indica que es más antiguo de lo que pensaba. Es antediluviano.

Hassan bebió un sorbo de su bebida y continuó:

—Ahora quiero hablaros de un viejo amigo de mi padre, Abd al-´Aziz Massurdi, quien debe estar a punto de llegar. Él no cree que la gran pirámide fuera construida por el faraón Keops para servirle de gran tumba real, pues tiene otra teoría distinta acerca de su origen.

Al-Biruni, que admiraba distraído la enorme luna de aquella noche, volvió la cabeza, incrédulo. El mismo Massurdi con quien le habían aconsejado entrevistarse en El Cairo aparecía en la casa de Hassan.

Y en efecto, Abd al-'Aziz entró en el patio acompañado por uno de los esclavos nubios. Era un cristiano copto, maestro de copistas de la biblioteca principal y sacerdote de la catedral de San Marcos de El Cairo. Contaría unos sesenta años, lucía una espesa y larga barba gris y andaba algo encorvado sobre su cuerpo enjuto.

—Adelante, Massurdi, tomad asiento a mi lado.

El escriba sonrió tímidamente a los presentes y agradeció la jarra de cerveza que el anfitrión le alcanzó. Una vez hechas las presentaciones, éste le pidió que expusiera su teoría.

—Basándome en manuscritos coptos de diferentes autores, he reconstruido la historia del rey Surid Ben Sahluq.

"…El rey tuvo sueños proféticos a lo largo de su vida, y el último lo llevó ante los sacerdotes del templo. Después de varios días llegaron a la conclusión que aquel sueño anunciaba un gran diluvio. Entonces, el rey Surid mandó edificar dos grandes pirámides y una menor, y ordenó a los sacerdotes que guardaran en ellas todos los manuscritos, todos los libros y rollos que contenían las ciencias aritméticas, la geometría y la botánica. Guardó también las crónicas de la historia pasada y los augurios del futuro. Toda la sabiduría debía ser salvaguardada para las posibles generaciones futuras.

"Cuando las pirámides estuvieron listas, ordenó que grabaran en los bloques de la de Oriente las posiciones de las estrellas y los planetas en aquel tiempo, así como las predicciones de los augures, quienes vaticinaron que la llegada del diluvio se daría cuando el corazón del León se hallara en el primer minuto de la cabeza del Cangrejo. Según mis posteriores cálculos, sobre el año 5000 antes de Cristo.

"Muchas tradiciones y leyendas dan al faraón de la cuarta dinastía, Khufu —llamado Keops por los griegos— la autoría de la gran pirámide, pero en realidad no existe ningún texto que lo confirme, como tampoco se han encontrado textos que hablen de cómo se construyó.

"Surid era uno de los llamados siete reyes oscuros anteriores, por eso su nombre apenas aparece en las crónicas, pero además, recientemente se ha descubierto una estela de piedra donde se habla de que la pirámide principal y la esfinge ya habían sido construidas antes del nacimiento de Khufu. En dicha estela se dice que la pirámide constituye la morada de la diosa Isis, la diosa de la fertilidad y la maternidad, hija del dios Geb, el dios de la tierra, y de la diosa del cielo, Nut. Ella fue la madre de Horus, el dios del Día. Os diré que esa estela ha sido ocultada y sé de buena fuente que su contenido no va a ser escrito en las crónicas. ¿Por qué? El califa Al-Hakim así lo ha ordenado, como otros así también lo hicieron antes.

Gerbert había estado escuchando atentamente el relato del escriba, y no pudo más que maravillarse al ver que coincidía con el papiro que había hallado en la biblioteca del califato de Córdoba, al cual Hassan se refirió en seguida.

—Ersbetta me habló de un papiro en el que se habla de la existencia de una biblioteca bajo la Esfinge… ¿podéis decirnos algo más acerca de él?

—Naturalmente —Richer le alcanzó su bolsa de cuero y Gerbert sacó de ella el pergamino enrollado donde había copiado el texto hallado en Córdoba.

...Y fueron Siete los Sabios que acompañaron a Thoth en su viaje desde Sirio hasta las cálidas arenas de un lugar llamado Egipto, pues querían llevar a la Tierra la Sabiduría…

Los Shemsu-Hor…

...Y los Siete Sabios, a través de Thoth, iniciaron a los hombres en el arte de la escritura y de las ciencias; les legaron las artes mágicas y las matemáticas y les enseñaron a observar las estrellas, para que un día llegaran hasta ellas.

Tal y como reza en el Libro de Enoc…

…Y Thoth, inspirado por los Siete Sabios, legó a los hombres un Libro, el que contenía los secretos de la vida y del origen de los mundos y de los dioses...

El Libro de Thoth…

…Llegado el tiempo en que los astrólogos advirtieran de la llegada del Gran Diluvio, el rey Surid ordenó edificar tres pirámides y dictaminó que los sumos

sacerdotes ocultaran en la de Oriente toda la sabiduría que debía conservarse para los tiempos y los hombres futuros.

…Por su parte, Thoth escondió su Libro en la biblioteca que reposaba oculta bajo la Gran Esfinge, pero conservó en su poder veintiún de los papiros que integraban el Libro, en cuyo dorso había dibujado una imagen.

La Biblioteca…su destino.

…Años después, y poco antes de que fuera tiempo de regresar a Sirio, Thoth decidió sacar a la luz uno de aquellos papiros para que fuera transmitiéndose de sus hijos a los hijos de su hijos, y así hasta la última generación, la que desde un lugar lejano volvería a las tierras de Egipto, antes del fin de los tiempos.

El tiempo había llegado…

—Impresionante –dijo Al-Biruni alzando las cejas y echándose hacia atrás en su asiento con una amplia sonrisa. Muhammad, a su lado, se rascaba la cabeza, aturdido.

—Entonces debe ser cierto. El Libro está bajo la Esfinge… O estuvo en algún momento.

Massurdi se dirigió a Hassan, sin acabar de comprender del todo:

—No me digas que vais a buscar el legendario Libro de Thoth… ¿Para eso me has traído a tu casa?

—Bien —dijo Hassan con cierto reparo—, necesitábamos oír vuestra aportación acerca del origen de las pirámides, pues confirma el texto que llegó a las manos del señor d' Aurillac. No pensé que os molestaría…

El sacerdote sonrió, divertido ante el sonrojo de Hassan mientras Al-Biruni y Muhammad murmuraban.

—Si tu padre viviera te diría que te has vuelto completamente loco, Hassan ibn Talib, pero a mi edad, acabas de darme la posibilidad de que mi vida resulte menos monótona, porque supongo que puedo unirme a vosotros en su búsqueda, ¿verdad?

Hassan le habló del camino que había llevado a Ersbetta, a Gerbert y Al-Biruni a recabar en su casa, y Massurdi no salía de su asombro.

—Cuando lleguemos a El Cairo buscaré información acerca de los Siete Sabios, los Shemsu-Hor —dijo meditando en el texto que había citado Gerbert—. Además, podéis contar con mi casa como alojamiento.

Todos aceptaron encantados, pero Gerbert no había atendido a sus palabras, pues frotándose la barbilla meditaba, distraído.

—¿Pero en qué nos afecta a nosotros que las pirámides se construyeran antes del Gran Diluvio? —preguntó de repente.

—Nos confirma que debemos remontarnos a la época anterior a Keops, a una época oscura; nos confirma que la historia es escrita de diferentes formas… —Massurdi dirigió su mirada hacia todos y cada uno de los allí reunidos y les dijo—: Y en cuánto al Libro de Thoth, conozco las leyendas que existen en torno a él: que es un libro maldito, un libro imposible, e incluso un libro inexistente; pero debo deciros que desde que regresé de la corte de Damasco y me dediqué a estudiar nuestra historia antigua, me he dado cuenta de que existen demasiadas lagunas desde el pueblo dedicado al pastoreo que una vez fuimos a una sociedad con miembros con los conocimientos necesarios para construir una obra tan inmensa como la Gran Pirámide.

—¿Queréis decir, entonces, que los dioses ayudaron a vuestros antepasados? —preguntó Ersbetta, pero nadie respondió. ¿Acaso era una pregunta incómoda? Aldo la miró, condescendiente.

Richer levantó el dedo índice para llamar la atención de Hassan.

—¿Podéis explicarnos algo más acerca de la relación del Profeta Enoc con Thoth en las fuentes que habéis consultado?

—La cronología los sitúa muy cercanos en el tiempo —señaló Hassan—. Además, se dice que Thoth vino de Sirio, iba y venía del mundo de los dioses al de los hombres; y Enoc fue ascendido y vio los cielos… Lo que parece seguro es que Enoc es humano, o al menos tiene parte humana, pues es hijo y padre de hombres. —Hassan leyó de su pergamino—: "*El ángel le dijo a Enoc: "Hijo de hombre, aquí vas a conocer lo que es un misterio.*"

—Enoc es Hermes y es Thoth. Es el Gran Mago, el Tres Veces Grande —recordó Ersbetta a los presentes—. Pudo ser un dios hecho hombre –aseveró tratando de convencer a los presentes, pero Hassan y Gerbert no estaban del todo de acuerdo.

—Ir y venir de los cielos —señaló Richer—. ¿De qué modo?

Al-Biruni le recordó los carros voladores descritos en el libro de Enoc, y habló también de la batalla de los vimanas, los objetos volantes dirigidos por las divinidades de los que hablaba el Mahabharata, el libro de los hindúes.

Entonces quiso hablar a los demás de lo que había visto en el camino.

—En nuestro viaje de Ispahán a Bagdad, a la altura de los montes Zagrós, pudimos ver una potente luz que cruzaba de lado a lado el firmamento. Esa luz de pronto se dividió en tres. En seguida dos objetos más se añadieron a los tres primeros volando en formación como los pájaros. Fuera un fenómeno atmosférico o no, eso es lo que vimos. Muhammad puede aseverar lo que digo.

—Dejando a un lado ese tema, si Ersbetta es descendiente de Thoth, o de Enoc, también podría… ¿ascender? —preguntó Muhammad, divertido.

Ella miró a Aldo y a Gerbert, y miró también a Massurdi, que parecía no comprender nada.

—¿La señora es descendiente de Thoth?

Muhammad reprimió una risita, pero Gerbert salió en defensa de la curandera.

—No ofendáis a la señora —dijo. Pero pensó en si él mismo no la ofendía pensando en su fuero interno que su relación con Thoth o con Enoc nada tenía de sagrada. Lo atribuía a alguna leyenda de la familia que Dios sabe cómo habría surgido.

Alí le tradujo a Aldo lo que acababa de decir Muhammad, y éste miró al persa con cara de pocos amigos. Pero Ersbetta no se iba a dejar intimidar por ser la única mujer entre hombres, así que tomó la palabra.

—Desde siempre he sabido que mi sangre procede de un dios que vive en los cielos y mora en la estrella Sirio. Así me lo dijo mi madre, y a ella se lo contó la suya. De él provienen nuestras facultades, pues las mujeres de mi familia conocemos las hierbas y sus usos, conocemos las palabras mágicas para dominar a los elementos y comprendemos la lengua de los lobos. En su lecho de muerte, mi madre me dijo que nuestra sangre desciende de un dios hecho hombre que fue llamado Profeta.

—Conocéis los secretos que no debieron ser revelados a los hombres —dijo Hassan acariciando su barba— los secretos que los Vigilantes revelaron a las mujeres que tomaron en la tierra y fueron castigados por ello… Conocéis los secretos de los dioses porque vuestra sangre proviene de ellos.

—En todo caso, sólo algunos de ésos secretos —apuntilló Muhammad—. Vuestros poderes son limitados, supongo…

—Bueno, depende de lo que consideréis limitado… –Ersbetta había notado el tono burlón de sus palabras y pensó devolverle el juego—. Puedo dejaros sin habla, si lo deseo y… puedo también eliminar vuestras almorranas.

Muhammad enrojeció de vergüenza, pues aquella mujer había adivinado el mal que lo aquejaba desde hacía un par de días, aunque en realidad ella sólo se había limitado a observar su inquietud en el asiento.

Todos rieron, divertidos, menos Muhammad, que en su interior despotricó contra aquella infiel descarada.

—Lo que está claro —dijo Al-Biruni— es que debemos buscar sin más demora esa biblioteca.

—Veremos —dijo Hassan—. Primero hemos de encontrar la entrada a la Esfinge.

—Pero no será fácil —apuntó Massurdi—. Aún cuando estemos en lo cierto y la esfinge esconda lo que buscamos, no será fácil hallarlo. El Libro de Thoth no estará ahí esperándonos sin más, tenedlo por seguro. Y aún cuando lo hallemos, tal vez sea imposible leerlo o pronunciar las palabras que contenga. Por suerte contamos con los amplios conocimientos de Hassan…

—No tan amplios, Massurdi, no tantos…

Gerbert pidió a Ersbetta que les mostrara a todos su cruz.

—Un ankh de plata —dijo Massurdi—. La llave de la vida...

—¿Llave de la vida? —preguntó Gerbert, sorprendido.

—Así es. ¿Cómo la conseguisteis, señora?

Pero fue Gerbert quien respondió, contándole de nuevo la historia de la cruz.

El escriba meneaba la cabeza a un lado y al otro, incrédulo, y tendió su mano.

—¿Es posible que me la prestéis, señora?

Ersbetta accedió, pensando que no se la había quitado del cuello desde que saliera del castillo de Veszprém, pero cuando de sus manos pasó a las de Abd al-´Aziz, éste sintió un repentino calambre en sus dedos que hizo que la cruz cayera al suelo.

El escriba pidió a Ersbetta que la recogiera en medio de los murmullos de Al-Biruni y Muhammad. Entonces se introdujo dos dedos en la parte superior de su túnica y mostró su colgante: una pequeña cruz similar a la de la curandera.

—Es una cruz ansada que llevamos los cristianos coptos. Pero es algo más. Quizás debería hablaros de su origen, si lo tenéis a bien.

Naturalmente, todos estuvieron de acuerdo. Incluso Aldo parecía interesado.

—El ankh representa la inmortalidad de los dioses, por eso algunos faraones añadieron el jeroglífico de esa palabra a su nombre y en algunas de sus representaciones aparecen con él en sus manos. Al parecer también representaba a Isis, la gran diosa de la magia, quien resucitó a su esposo Osiris con este objeto. Por eso es llamada la llave de la vida, pues atrae y conserva el aliento de la vida.

Al-Biruni, oyendo aquellas palabras, tuvo una revelación. El ankh, unido a las palabras que encontraría en el libro de Thoth, tenía por fuerza que devolver la vida arrebatada a Lilya.

—Vuestro ankh debe ser especial —le dijo Abd al-´Aziz a Ersbetta—. Pero no comprendo esa súbita aparición… —El escriba era un hombre práctico que no estaba acostumbrado a revelaciones mágicas, por eso se dirigió a Gerbert—. ¿Podéis explicarme ese sueño de nuevo, por favor?

Poco después darían por terminada aquella reunión. Pero antes hablaron a Ersbetta de las siete torres malditas. Ella asentía ante la explicación de Gerbert y sin saber porqué, el médico Hans Smisza se hizo presente en su recuerdo mientras un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Y qué vamos a hacer con los awliyâ al-shaytân? —preguntó Muhammad.

—Este mes de Ramadán será un mes de gracia, pues las puertas del infierno están cerradas y los demonios permanecen encadenados —dijo Hassan.

—Que Dios nos ampare —murmuró Gerbert alzando su rostro hacia el cielo estrellado.

Massurdi carraspeó.

—Nosotros los coptos descendemos de forma directa de los faraones y celebramos el año nuevo el primer día del mes de Thoth, el mes en que el río crece y fecunda nuestras tierras. Así pues, en este mes, hemos iniciado un nuevo año en el que todo es renovado y todo comienza de nuevo. Me gustaría pensar que hay esperanza para todos…

5

Al-Biruni retiró el velo que cubría la cara de Lilya y le acarició el rostro.

—Es extraño… Su rostro está pálido, pero no rígido.

Muhammad hizo una mueca.

—¿Qué quieres decir?

—Ayúdame, vamos a sacarla del sarcófago.

Así lo hicieron, colocándola sobre una manta sobre el suelo, y comprobaron que su cuerpo tampoco poseía el estado de rigidez propio de la muerte.

—No comprendo, no comprendo… —repetía una y otra vez el astrónomo observando a Lilya—. Lleva casi dos días aquí y no parece…

Muhammad, venciendo el reparo que sentía, pellizcó el brazo de la muchacha. Pellizcó aún más fuerte pero no hubo ningún tipo de respuesta.

—Tal vez ha sido bendecida por Allah y su cuerpo permanecerá incorrupto tras su muerte. He oído casos que…

Al-Biruni, arrodillado junto a su mujer, la observaba.

—Vamos a llevarla al bimaristán —dijo—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Vamos!

Ni Muhammad ni Al-Biruni sabían que el médico que la había atendido tras el accidente, el señor Ishaq, un anciano retirado del ejercicio de la medicina, había tomado un instante el pulso de Lilya. Esa brevedad hubiera sido suficiente para determinar que aún poseía un hilo de vida en su cuerpo, pero el anciano médico padecía del mal del temblor de las manos, y el leve pulso de Lilya fue insuficiente para que él lo notara. Aseguró que estaba muerta y salió de la casa apoyándose con su bastón tras recibir unas monedas que el señor Hamadani le ofreció. Horas después, sentado a la puerta de su casa, reflexionó sobre su mal y sobre la posibilidad de haber errado en el diagnóstico, pero su anciano y cansado cuerpo emitió un último suspiro y se lamentó mientras su alma lo abandonaba.

En el bimaristán, Lilya fue examinada por tres médicos que llegaron a la misma conclusión. Uno de ellos, Umar ibn Tayyid, se dirigió a la sala de espera donde Al-Biruni y Muhammad, junto a otros familiares de enfermos, pasaban una y otra vez las cuentas de su tasbih. Los hizo pasar a la gran sala repleta de lechos de enfermos, allí donde cerca de una ventana, el cuerpo de Lilya permanecía envuelto en una sábana inmaculada.

—Padece la enfermedad del sueño profundo, probablemente causada por un fuerte traumatismo en la cabeza.

—Pero, ¿se recuperará?

El médico miró fijamente a los ojos desesperados de aquel extranjero.

—Debe permanecer aquí, en observación continua. Sólo Allah tiene el poder de despertarla, pues se conocen casos de enfermos que han pasado en este estado varios años.

—Varios años… —Al-Biruni se llevó una mano a la frente donde sintió una punzada de dolor.

—Entonces, ¿no es posible que despierte hoy, o en unos días? ¿Vuestros cuidados y medicinas no son suficientes?

—Vuestra esposa está en manos de la providencia, señor. Pero tanto mis colegas y yo, por los casos que hemos tratado, podemos decir que lo más probable es que su estado permanezca así durante varios meses. Sus señales físicas nos indican que el traumatismo sufrido en la cabeza ha provocado un hematoma interno que la mantiene en ese estado de letargia.

Cuando el médico se marchó, Al-Biruni se inclinó sobre su esposa para besarla en la frente.

—Volveré muy pronto, Lilya…

Antes del amanecer se encaminaron a toda prisa hacia su casa de huéspedes, donde comieron unos dátiles con aishamis y algo de cordero, pues hasta el atardecer siguiente no podrían ingerir más alimento.

En aquella sala común donde el hospedero y sus hijos servían a sus huéspedes la comida del sehri, Al-Biruni se debatía entre la alegría y la incertidumbre.

—No está muerta, gracias a Allah, que es Compasivo y Misericordioso… pero no debemos dejarla aquí sola si en cualquier momento puede despertar.

—Puedo quedarme en Alejandría, tal y como habíamos quedado —aseguró Muhammad—. Pero, ¿y si no despierta en años, como ha dicho el médico?

—Despertará, Muhammad, despertará. Encontraré el Libro y despertará.

Esa era la esperanza a la que se acogía. Encontraría el Libro de Thoth y sus palabras poderosas junto al ankh especial de Ersbetta Tót devolverían la vida completa a Lilya.

Tras la comida hicieron sus abluciones y el sol comenzó a iluminar Alejandría. Tras la primera oración se retiraron unas horas para descansar, y en la tarde visitaron a Hassan, a quien decidieron explicar lo sucedido.

El egipcio se frotó la barba pensando en la mejor solución para todos.

—Vuestros conocimientos son imprescindibles en nuestra búsqueda, y no me parece mala idea que Muhammad se quede en Alejandría, aunque también hay otra opción.

—¿Cuál?

—Mi cuñada Nassima puede encargarse de que vuestra esposa esté provista de todo lo que necesite. Puede enviar a una de nuestras esclavas para que la visite diariamente y la informe de su estado. Y puede enviarnos un correo urgente a la casa de Abd al-´Aziz en el caso de que haya noticias favorables. Así los dos podréis venir a El Cairo.

Al-Biruni se mostró de acuerdo, pero no pudo evitar zafarse de la pregunta de Hassan:

—Pero, ¿qué pretendíais dejando a vuestra esposa en las catacumbas de Kom el-Suggafs?

—Pretendía hallar el Libro de Thoth y con sus ensalmos devolverle la vida. Aún lo pretendo.

—Es un amor grande el vuestro, pero vuestro atrevimiento os podría haber costado muy caro. Desenterrar el cuerpo, esconderlo… ¿Sabéis que podríais haber acabado en la cárcel?

Al-Biruni asintió, avergonzado, pero Muhammad salió en su defensa.

—Pero después de todo, Lilya no está muerta, sólo dormida. Y hemos de dar gracias por esa locura de Al-Biruni, puesto que si no hubiera sucedido así, si hubiera sido enterrada, el alma de su esposa ya habría dejado este mundo.

Aquella tarde, en Alejandría, el canto de los muecines se confundió con el aviso de las autoridades. Se acercaba el khamsin, el viento temible del desierto que comenzó a cubrir la ciudad de color ocre. Ersbetta miró al cielo y vio como las nubes de arena tapaban el sol. Un esclavo se le acercó y le pidió con señas que entrara en la casa hasta que pasara lo peor de la tormenta. Hassan sonrió cuando vio su cara asustada y le explicó que en la ciudad era más fácil huir y refugiarse de aquel viento temible. Le contó cuando había sido sorprendido por una tormenta en el desierto y tuvo que dejar que los dromedarios se refugiaran tras unas matas. Su padre y él se cubrían la cara y se tendían en el suelo mientras la arena se arremolinaba a su alrededor sepultándolos por completo. En aquella ocasión el viento fue clemente con ellos, pues se alejó hacia el norte, pero días después supieron que el khamsin, varias millas más allá de donde se encontraban, había sepultado una caravana de cien hombres y cincuenta animales, enterrándolos por completo, asfixiándolos, secando los odres y no permitiendo que los supervivientes de la tormenta pudieran calmar sus gargantas ardientes. Murieron entre terribles dolores, con la piel agrietada, los labios y la lengua seca, los cabellos erizados, maldiciendo al khamsin, una vez más.

6

Habían remontado el río Nilo hasta El Cairo, y ahora, bajo la sombra de los tamariscos, con el equipaje a sus pies, esperaron a los porteadores. Cerca de ellos pasó una cuadrilla de cazadores de cocodrilos que aprovechaban el atardecer para acechar a sus presas. Tor les ladró, desconfiado.

Ersbetta, que apoyaba su espalda en el tronco de uno de aquellos bonitos arbolillos, sintió un leve estremecimiento. Se volvió, colocó sus manos sobre la corteza y sintió la esencia y la vida que se desprendía de él. Era un árbol curativo, como el fresno de la entrada de su casa. Cerró los ojos y dejó de sentir el calor sofocante de aquel país, su mente disipó aquel atardecer rojizo para llevarla al paisaje nevado de Salföld y trató de evocar el arroyo de su bosque. Tenía que volver a sentirse a salvo, en casa; recuperar la confianza en ella misma. Tenía que recuperar sus orígenes porque dentro de poco tiempo iba a adentrarse en algo desconocido, algo que no sabía si iba a poder afrontar. Acarició la cabellera rojiza de Nanya y cogió de la mano a Masika, que miraba a Alí con ojos soñadores mientras éste gesticulaba hablando con uno de los porteadores.

Tras colocar sus equipajes en varias mulas de carga se dirigieron al camino polvoriento que llevaba al centro de la ciudad. Los hombres a la cabeza de la fila, y Ersbetta y las niñas, tras ellos.

1
El Cairo
mes de Ramadán de 389

Bulliciosa y llena de vida, El Cairo recibió a los viajeros con las puertas abiertas, abrazándoles con el calor de la tarde.

Treinta años antes, Al-Qāhira fue nombrada por la dinastía de los fatimíes como la Victoriosa. El campamento militar de al-Fustāt se instaló al norte de la antigua Memphis, al sur de la antigua Heliópolis, y fundó la nueva ciudad dentro de unas imponentes murallas con ocho esplendorosas puertas trabajadas por los mejores artesanos. A la vez, se iniciaba la construcción de la Gran Mezquita de Al-Ázhar, en torno a la cual se erigiría la universidad del mismo nombre, el centro de estudios más grande del mundo.

Se alojaron en la espaciosa casa de Abd al-´Aziz Massurdi en el barrio del norte. El carácter y aspecto austero de Massurdi contrastaba con la riqueza de las maravillosas estancias para invitados que poseía. Había trabajado un tiempo como maestro de copistas en la corte del califa de Damasco pero ya hacía un año de su regreso y dedicaba sus días a la enseñanza en la biblioteca de Alejandría y a la oración. Su regreso a la ciudad le había permitido retomar su amistad con Hassan ibn Talib, pero además, a su edad, con el cuerpo magullado por los años, se veía envuelto en un asunto que iba a animar sus últimos días de vida.

—Esta es la casa de mi padre —les dijo a sus invitados—. Antes de morir quiso que la mantuviera tal y como él la había decorado; no quiso que vendiera ni que regalara ninguno de los objetos y tampoco quiso que despidiera a nadie del servicio. Es por esa razón que vivo en un lugar digno de un emir, pero lo cierto es que tan sólo ocupo dos pequeñas estancias de la casa. —Gerbert asintió, comprendiendo a Massurdi, quien les guió hacia la parte trasera de la casa donde tras pasar bajo un gran arco de hiedra, pudieron admirar un frondoso jardín repleto de fuentes de las que brotaba agua—. Este es mi refugio —les dijo mostrándoles cada rincón, cada árbol frutal, cada flor esplendorosa.

Ersbetta y las niñas sonreían mientras paseaban tras los hombres por el camino principal empedrado, que derivaba en otros más estrechos. Estaban admiradas de la belleza que las rodeaba, de los colores que se acumulaban frente a ellas, de los cantos de pájaros que no conocían. Tor, junto a ellas, olfateaba el suelo húmedo colmado de olores nuevos.

Las habitaciones, que miraban hacia el patio interior, contaban con grandes ventanales envueltos en espesos cortinajes de seda y terciopelo; los suelos estaban alfombrados, y en los pasillos podían encontrarse hermosas esculturas. Ersbetta pensó que aquel lujo no lo había visto ni en el castillo de Veszprém. Pero la estancia que más impresionó a Gerbert y a Al-Biruni fue la amplia estancia repleta de rollos de papiro, tablillas y libros.

—Mi pequeña biblioteca —mostró abriendo los brazos tratando de abarcar con ellos toda su amplitud—. Mi padre gastaba buena parte del dinero que ganaba como maestro de la corte en copias de libros curiosos. Muchos no han sido traducidos aún, y tal vez nunca lo serán, y otros son copias efectuadas por él y mías también.

Antes del amanecer, saldrían hacia Al-Jizah, pues Massurdi quería que contemplaran la salida del sol tras las pirámides. Los musulmanes compartieron la abundante comida de antes del alba, y al terminar se encontraron todos en el patio principal de la casa.

A las niñas les había costado trabajo levantarse de los mullidos lechos de lana donde habían dormido.

—Arriba niñas, es hora de levantarse —les dijo Ersbetta tendiéndoles sus túnicas. En unos instantes, Aldo llamaría a la puerta de aquella habitación que era más grande que su casa de Salföld.

Gerbert se reunió en el patio con Richer, que viniendo de buena familia y acostumbrado al lujo pontificio, estaba encantado de su estancia en aquella casa tan lujosa, después de las incomodidades del barco y de la sencilla hospedería en Alejandría.

—Espero que Ibn Umáil pueda llegar pronto —le dijo Gerbert, impaciente.

—Maestro, ¿creéis que su presencia aquí es necesaria?

—Sólo Dios lo sabe, Richer. Espero que a la dueña de la hospedería no se le olvide darle nuestro recado con la dirección de esta casa.

Richer se dolía que su maestro sintiera el pasar de los días como un acercamiento al final.

—Dios es misericordioso —opinó el joven—. Él no permitirá que los justos sucumban ante lo Oscuro.

Pero Gerbert dudaba. Que Dios lo perdonara, pero ahora dudaba.

—¿Las niñas también vienen con nosotros? —señaló Massurdi al verlas llegar, mirando a Hassan—. Pueden quedarse aquí; las esclavas las atenderán.

Hassan miró a Ersbetta. Si las había levantado del lecho a aquella hora temprana era porque su intención era llevarlas.

—Sus jóvenes ojos no deben perderse las maravillas del mundo —dijo el egipcio sonriente al ver la cara decepcionada de Nanya. Y Massurdi estuvo de acuerdo, pero el rostro enfermizo de la niña le hacía dudar de la conveniencia de caminar bajo el sol intenso que llegaría a mediodía. Se encogió de hombros y dio unas indicaciones a sus criados.

Ersbetta, con una sonrisa, agradeció a Hassan su gesto. Él quedó atrapado de nuevo en aquel rostro bello, mientras Aldo reprimía sus celos.

Montados en asnos, les llevó casi dos horas alcanzar la meseta de Al-Jizah, situada al oeste de El Cairo. Gerbert estaba ansioso, al igual que Al-Biruni, pero éste además, tenía otras razones, que por el momento sólo conocía Hassan: El libro de Thoth, el que debían hallar bajo la Esfinge, contenía las palabras mágicas que devolverían la luz a los ojos de su amada, sacándola de aquel sueño perpetuo.

Dejaron atrás la ciudad, y la oscuridad y el frío fueron dando paso al amanecer. Tras ellos, el muecín comenzó su canto llamando a la oración. Tor movió las orejas hacia atrás y hacia delante, algo asustado, aún sin acostumbrarse a aquellas voces que retumbaban por toda la ciudad cantando: ¡Allâhu akbar!

Hassan, Alí, Muhammad y Al-Biruni se postraron hacia La Meca. Los dos últimos, antes de arrodillarse, no pudieron más que quedar boquiabiertos ante la majestuosidad del paisaje que se abría ante ellos. Finalmente, con la frente postrada en la arena, oraron:

—Loa a Dios, el dueño de Universo
el Clemente, el Misericordioso
Soberano en el día del juicio
A ti es a quien adoramos…[lxxxii]

Ersbetta y las niñas siguieron a Gerbert, Richer, Massurdi y Aldo, quienes se adelantaron en el camino azuzando las riendas de sus animales. El toscano se detuvo, realmente maravillado ante lo que se desplegaba delante de sus ojos. Él, que viviendo en Roma había admirado la grandeza y majestuosidad del Coliseum, ahora se quedaba sin palabras.

En la meseta, en pleno desierto, con las aguas del Nilo discurriendo a cinco millas, se alzaban las ahrâm, las tres pirámides. El sol iba alzándose poco a poco imponiendo su presencia a la noche y en seguida se vieron rodeados de de arena y polvo en suspensión, donde amarillos, naranjas y ocres se mezclaban en un paisaje de ensueño, como una explosión de oro. El templo del mundo entero… Gerbert recordaba las palabras del libro de Asklepios y no podía más que darles la razón.

Frente a las pirámides, la cabeza de la Gran Esfinge de al-Jizah, altiva, contemplaba un nuevo amanecer.

Massurdi entró en una casa de adobe del poblado cercano, y en seguida salió con el dueño. Tras un breve intercambio de palabras, el señor Kadir, un egipcio de mediana edad vestido con una galabeya gris y un viejo turbante, voceó varias veces y tres muchachos salieron medio dormidos del interior y se dirigieron a un patio trasero para traer una recua de camellos que les alquilarían hasta la tarde. Tor gruñó al ver aquellos grandes animales parecidos a caballos deformes, pero Ersbetta le ordenó calmarse. Kadir gesticuló deprisa y sus hijos se dispusieron a cambiaron de sitio los bultos de las monturas de aquellos recién llegados y ayudaron a las niñas y a la mujer a subir a los camellos. Tor se adelantó a la recua, olfateando el suelo arenoso tan diferente a los caminos que conocía. Acompañados de los tres muchachos,

avanzaron hasta detenerse frente a la gran estatua de piedra que se erigía poderosa en aquel desierto.

—Aquí tenéis a Abu el-Hol, el padre del terror, como la denominan los musulmanes —dijo Massurdi señalando la esfinge, que con sus ojos eternos miraba hacia el lugar por donde asomaba el sol—. Los antiguos egipcios la llamaron Shesep-ankh, estatua viva, y también Hor-em-Akhet, Horus en el horizonte. En copto es llamada Baluba.

Enterrada casi hasta el cuello, dando la espalda a las pirámides, la mirada ciega de la esfinge se alzaba majestuosa hacia el este.

Nadie tuvo palabras para describir aquella gigantesca estatua esculpida en la roca, pues su sola contemplación era suficiente. Massurdi les señaló el tocado faraónico, el nemes, de quien cuentan los antiguos que una vez estuvo pintado de rayas azules y amarillas.

—Tal vez en un pasado poseyó alas, como la figura de vuestro papiro —le dijo a Ersbetta—. Pero es imposible saberlo, como de momento es imposible saber quienes la construyeron y si su cuerpo estuvo pintado de color rojo como dicen algunas fuentes. El tiempo y los saqueos de la antigua biblioteca de Alejandría hacen imposible conocer más acerca de nuestro pasado.

Ella suspiró. Ya había cumplido parte de su misión, pues ahí estaba, ante la esfinge. Pero, cubierta como estaba de arena, ¿cómo iban a llegar hasta la biblioteca oculta?

—¿Qué os parece, señora? —le preguntó Alí sonriente. Masika se volvió al sentirlo tras ella y en su estómago sintió crecer varias mariposas.

—Es más hermosa que cualquier descripción —oyó que contestaba su madre.

Gerbert condujo su camello hacia la curandera.

—Señora… Aquí estamos por fin. Y Dios ha querido que lo hagamos juntos.

—Continuemos —dijo Hassan golpeando con la vara a su camello—. Más tarde regresaremos de nuevo.

Todos le siguieron, pero los muchachos tuvieron que sacudir varias veces las ancas del dromedario que llevaba a las niñas, pues éste se negaba a avanzar mientras Tor siguiera ladrándole. Ellas reían, divertidas con aquel extraño animal que parecía estar de muy mal humor y las llevaba bamboleantes por aquella tierra dorada.

El amanecer estaba completo cuando se detuvieron frente a la gran pirámide, la llamada de Khufu, Keops para los griegos.

—Alabado sea el Altísimo… —dijo Gerbert en voz alta mientras se acercaba admirando aquella construcción.

—Sólo los dioses han podido construir algo así —murmuró Ersbetta a Aldo, quien bajó de un salto de su montura y se acercó a la pirámide para poder tocarla con sus manos. Ella bajó también ayudada por uno de los muchachos y se quedó contemplando aquella estructura esplendorosa que apuntaba hacia el cielo. Sintió una opresión en el pecho, y el llanto acudió a sus ojos. Sin saber cómo ni porqué, tuvo la sensación de haber regresado a casa.

Varios egipcios de rostro curtido y viejas galabeyas paseaban con sus camellos cerca de ellos; guardianes de las entradas ocultas, estaban atentos a los ocasionales visitantes. Massurdi, sin bajar de su camello, admiró las pirámides una vez más como si fuera la primera: Grandes bloques de piedra de treinta pies; uno sobre otro sumando millones, todos recubiertos de piedra calcárea blanca, lisa y brillante que iluminada por el sol de la mañana cegaba a los que la contemplaban. La cima estaba coronada por finas láminas de oro que acompañadas por los rayos del sol eran la causa de que a mediodía, las pirámides refulgieran en la distancia.

Al-Biruni entregó las riendas de su camello a uno de los muchachos y pidió a Muhammad que le alcanzara su cartapacio y un pedazo de carboncillo para anotar sus impresiones. Sentado en la arena, mirando al frente, hizo un esbozo de la colina de Al-Jizah con las tres pirámides y la esfinge. Dibujó la necrópolis a su alrededor y dejó un espacio para notas posteriores. Massurdi se le acercó:

—¿Qué os parecen?

—Son las construcciones más bellas y perfectas que he visto jamás. Tienen cierto parecido a los zigurats, pero poseen otro espíritu, poseen algo que no sabría deciros…

Al-Biruni fue caminando por su base, preguntándose cómo habrían cortado aquellos bloques, cómo los habrían unido y cómo los habrían transportado, hasta que decidió ascender por una parte donde habían desaparecido varias de las capas de revestimiento. Los demás lo miraban sonrientes con los rostros iluminados por el sol.

—¿Qué pretendes, Abu Raihan? ¿No querrás ascender hasta la cumbre? —Muhammad se hizo sombra con la mano derecha sobre los ojos, pues el reflejo del sol sobre el revestimiento de la pirámide lo cegaba.

Al-Biruni se detuvo, pues ahora veía con claridad lo que más abajo le había parecido una visión. Con un dedo fue resiguiendo la marca que recorría el nivel donde se encontraba, una marca que sólo podía indicar una cosa: el nivel de las aguas había llegado hasta allí. Ahí tenía posiblemente las huellas del Gran Diluvio.

Bajó a toda prisa y se lo explicó a un sorprendido Massurdi, que sonrió mirando hacia donde le señalaba el astrónomo. Su cuerpo ajado le impedía subir por los bloques, pero no era el caso de Aldo ni Richer, quienes siguieron el mismo camino emprendido por Al-Biruni. Superando el vértigo pudieron contemplar El Cairo a sus pies, casi el mundo a sus pies.

—Hasta aquí llegó el nivel de las aguas, ¿veis? —les señaló—. ¡Esto confirma que son anteriores al faraón Khufu, confirma que resistieron el Gran Diluvio!

Richer observó la leve marca parduzca que destacaba entre la blancura de la piedra y que se perdía en toda la longitud de la pirámide. Aldo, por su parte, decidió ir bajando, pues se sentía algo mareado. Dio un salto al dejar el último bloque y le hizo señas a Ersbetta para indicarle que daría un rodeo por la base de la pirámide. Silbó a Tor y éste le siguió encantado.

—¿No hay ninguna entrada a la pirámide? —preguntó Al-Biruni a Massurdi de nuevo en tierra.

—Parece ser que el geógrafo Estrabón —os hablo del año 24 de la era cristiana—, encontró una puerta secreta en el lado norte; una puerta de la que ya había hablado Herodoto. Al parecer comunicaba con una cámara subterránea, pero fue en el año 210 de la hégira cuando el califa Abdullah Al-Mahmun, convencido de la existencia de mapas astronómicos dentro de la pirámide, excavó en la piedra un túnel hasta llegar a un pasaje que descendía hasta un pozo. Dando diversos rodeos localizó una habitación vacía que llamó cámara de la reina. Con dificultades por los bloqueos y los angostos pasajes de diversas galerías, alcanzaron lo que fue llamado cámara del rey donde encontraron un sarcófago de granito, sin tapa, vacío. No había ningún tesoro, ningún mapa; tampoco ninguna momia. El califa mandó tapiar la entrada que habían excavado y parece ser que nadie más ha vuelto a entrar, pero de eso no puedo estar seguro.

Al-Biruni estaba fascinado con la evocación del contenido de la pirámide, y anotó en su cuaderno también ese hecho.

—Acompañadme —dijo Massurdi—. En la parte posterior de la pirámide hay algo que os interesará.

Todos siguieron el mismo camino emprendido por Aldo, y entonces lo vieron, tumbado en el suelo. Tor ladraba hacia unos arbustos secos.

Ersbetta corrió hacia él, alarmada, seguida de las niñas y de Alí. Cerca del toscano pudieron ver cómo un alacrán se alejaba de los arbustos para esconderse tras unas piedras.

Alí se agachó junto a él y examinó la picadura mientras Aldo trataba de reprimir su dolor. Uno de los tres hijos del señor Kadir corrió hacia la aldea cercana a la esfinge para buscar ayuda antes de que nadie se lo pidiera.

—Permitidme, señor —le dijo Alí sacando de su bolsa una pequeña daga.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntaba un dolorido Aldo tratando de levantarse.

Hassan y Massurdi impidieron que lo hiciera.

—Tengo que extraer el veneno que el alacrán os ha introducido en la pierna. Si os movéis seguirá avanzando por todo vuestro cuerpo y podríais llegar a morir.

Aldo miró a Ersbetta, que puso su mano sobre su frente sudorosa.

—Haz caso a Alí, Aldo; él sabe lo que hace.

El joven abrió la herida con la daga y succionó el veneno escupiéndolo lejos de él.

—Qué contrariedad… —decía Gerbert—. Resistid, amigo; resistid. ¿Queréis un poco de agua de mi odre?

Alí sugirió que sólo se le mojaran un poco los labios, pues la ingesta de líquidos podría ser contraproducente, pero sí aconsejó mojar la herida con el agua fresca para aliviar un poco al herido.

Pronto Aldo comenzó a sentir calambres en brazos y piernas, incluso notaba la lengua dormida y sentía dificultad al respirar.

—Tranquilo… —le decía Ersbetta secándole el sudor con su propio pañuelo. Pero era ella la que no estaba tranquila, pues había visto cómo aquella clase de animales ponzoñosos causaban la muerte de niños y jóvenes. Echó un nuevo vistazo a la herida y vio la inflamación de toda la pierna y los moretones que comenzaban a rodear la

herida. Si hubiera estado en Salföld le hubiera aplicado jugo de llantén, pero no estaba en Salföld y debía confiar en los remedios que allí le aplicarían. Puso su mano de nuevo sobre su frente y sintió la llegada de la fiebre.

La ayuda llegó en seguida con dos hombres que portaban un lienzo cuyos extremos estaban atados a dos varas de madera. Massurdi se acercó a ellos dándoles indicaciones.

—Hemos de trasladarlo al bimaristán, a la casa de los enfermos. Allí pueden darle un antídoto y curarán su herida.

Convinieron en que Alí, Ersbetta y las niñas acompañarían a Aldo, y el resto permanecería en la meseta hasta la tarde.

Tras despedirse, Massurdi llevó al resto de los hombres hacia donde era su intención inicial. En diversos bloques de piedra donde parte del revestimiento se había desprendido podían leerse diversas inscripciones.

—La escritura es indescifrable, pero me consta que hay sabios trabajando en ello. Echad un vistazo aquí… —A pesar del tiempo que había transcurrido desde la última vez que Abd al-´Aziz había visitado el lugar, recordaba perfectamente la localización de aquellos grabados.

—Aquí, acercaos más.

Al-Biruni subió un bloque y quedó admirado, pues en la piedra estaban grabadas diversas ilustraciones de estrellas y planetas.

—¿Veis? —Massurdi señaló la elíptica donde estaba representada la constelación de al-asad, el león—. Tal y como ordenó el rey Surid, los astrólogos grabaron en la piedra el momento en que tenía que suceder el gran diluvio.

Gerbert rozó con sus dedos el siguiente grabado donde se representaba la constelación de as-sartan, el cangrejo.

—Cuando el corazón del león se halle en el primer minuto de la cabeza del cangrejo… —murmuró.

Regresaron a la esfinge y revisaron el terreno donde se asentaba. Mientras Al-Biruni levantaba el dibujo de aquel rostro impertérrito que medía unos diez codos, los demás aventuraban la posibilidad de excavar en los costados de la estatua para liberarla de la arena.

—Las arenas que la cubren la ocultan, pero también la protegen —dijo Massurdi secándose el sudor de su frente y echando un trago de su odre—. Excavar puede llevarnos meses.

—Y tal vez ella protege a su vez la construcción que hay debajo —aventuró Gerbert.

Estuvieron allí unas horas pensando en sus posibilidades. Después se dirigieron al sudeste, desde donde podían disfrutar de una magnífica vista de las pirámides. Llegó el atardecer y con él el tiempo de regresar a El Cairo, pero Al-Biruni quería permanecer en la meseta, y mientras el resto se preparaba para la vuelta, llevó a parte a Muhammad.

—Quiero pasar la noche aquí, amigo. Quiero contemplar las pirámides en la oscuridad. Quiero dibujar el mapa del cielo de esta noche en este lugar —le dijo con cierto nerviosismo.

—Pero será peligroso, quien sabe si pueden haber salteadores, quien sabe si…

—Contrataremos a un par de esos guardas que hemos visto durante el día.

Muhammad sabía que no habría nada que lo hiciera cambiar de opinión, así que asintió y lo acompañó para avisar a los demás, que se mostraron de acuerdo y emprendieron el camino hacia El Cairo. Al día siguiente, regresarían con ellos.

El bimaristán era un gran edificio construido junto a una mezquita. Constaba de diferentes salas para los diferentes enfermos, separados por sexos. A la entrada, un joven anotó el nombre del herido y les mandó esperar, pues pronto serían atendidos. Al parecer, eran decenas los médicos que allí trabajaban, y cada uno se dedicaba a una especialidad.

Alí siguió a los camilleros que llevaron a Aldo dentro del bimaristán mientras Ersbetta y las niñas esperaban afuera por no estar permitida la entrada de las mujeres en el pabellón de los hombres.

—¿Qué le sucede? —le preguntó un joven observando al sudoroso Aldo.

—Una picadura de alacrán.

—¿Dónde ha sucedido?

El joven tomó nota de la respuesta de Alí e hizo que los camilleros llevaran a Aldo a otra sala, donde el toscano fue colocado sobre un lecho de madera sostenido por cuatro patas y recubierto con un lecho de lana. Un médico se les acercó y después de examinar la picadura, ordenó que le colocaran un pequeño bloque de hielo y le inmovilizasen la pierna afectada. El hombre restó importancia al asunto.

—Pasará dos o tres noches aquí, pero no hay de qué preocuparse, pues el cuerpo se recuperará por sí solo del veneno inoculado por el alacrán. Los que se encuentran en Al-Jizah no suelen comportar mortalidad para los adultos.

Alí respiró aliviado mientras observaba cómo un enfermero colocaba varias mantas debajo de la pierna de Aldo para mantenerla más elevada. El médico le aconsejó que alguien permaneciera junto a Aldo toda la noche, pues andaban escasos de personal. Alí se ofreció, pero antes debía acompañar a Ersbetta a la casa de Massurdi.

—Dile a Bettina que… —Aldo sudaba, se sentía mareado y tenía problemas para articular las palabras, por eso no acabó la frase y dejó que Alí se marchara.

Una vez solo en aquella sala miró hacia su derecha y vio a un grupo de estudiantes contestando las preguntas de su maestro acerca de uno de los pacientes, pero su visión comenzó a hacerse borrosa y prefirió cerrar los ojos para no sentirse peor. Él, Aldo Tomassi, el hombre fuerte que siempre había sido, quien no recordaba haber enfermado nunca en su niñez, a su llegada a aquel país había enfermado de tifus y ahora sufría aquella dolorosa picadura. Sintió crecer las náuseas en su estómago y antes de que pudiera vomitar en el suelo, alguien le acercó un recipiente. Supo que el enfermero le habló en su lengua incomprensible y supo también que el médico le dio algo que sabía a rayos, pero mareado como estaba, ni cuenta se dio del momento en que perdía la conciencia.

Massurdi, Hassan, Gerbert y Richer aprovecharon las horas que quedaban de la tarde para visitar la biblioteca de la universidad de Al-Azhar, la resplandeciente, la que con sus minaretes y cúpulas se alzaba majestuosa sobre la ciudad. Allí fue donde consultaron al gran historiador del siglo III antes de Cristo, Manetón.

—¡Aquí! —señaló Hassan al encontrar la referencia—: “Los Shemsu-Hor, seguidores de Horus, gobernaron Egipto durante 6000 años, después de que Egipto hubiera sido gobernado por los semidioses y los reyes.”

Cerca de su mesa, un anciano con varios rollos de papiro bajo su brazo, cojeaba en dirección a la salida.

—¡Maestro Kamal! —exclamó Massurdi sin ocultar su sorpresa. Se levantó del banco y se abrió paso entre la multitud de estudiantes que se amontonaban en el pasillo central, apresurándose a alcanzar al anciano que ya doblaba la esquina de una de las estanterías a rebosar de rollos—. ¡Maestro Kamal, esperad!

El anciano había sido maestro de Massurdi en la escuela de escribas de El Cairo y contaría cerca de ochenta años de edad. Aún así, tenía una excelente memoria.

—¡Abd al-´Aziz Massurdi! ¿Cómo está tu padre?

—Mi padre murió, maestro. Pronto hará diez años.

Cuando Massurdi regresó junto a los demás, les condujo a una de las salas restringidas solo a los sacerdotes. Su anciano maestro le acababa de aconsejar que consultara unos antiguos papiros encontrados en el templo de Edfu, pues encontrarían algo más acerca de los Shemsu-Hor.

Los papiros, en lengua copta, fueron traducidos por Hassan, y decían así:

“En el principio del mundo, los Shemsu-hor, compañeros de Horus, semidioses, edificaron los templos antes del diluvio, pues ellos, a través de Thoth, que sobrevivió, entregarían la sabiduría al mundo.”

—Entonces no fue Surid quien edificó la pirámide… —dijo Gerbert fascinado.

Massurdi negó con la cabeza.

—Creo que Surid ordenó edificar la pirámide, pero los Shemsu, los Siete Sabios, le dieron las instrucciones y los medios necesarios para hacerlo.

Hassan, que copiaba aquella referencia, detuvo su cálamo y dijo:

—¿No veis la similitud de los Shemsu-Hor con los Vigilantes? Semidioses, hijos de dioses y de hombres; quizás sus descendientes…

Gerbert movía de un lado al otro la cabeza.

—¡Dioses, dioses y más dioses! ¡Sólo hay un dios! Los antiguos se referirían a ellos como dioses, pero sólo eran grandes hombres, sólo eran hombres poderosos, con conocimientos —afirmó Gerbert. Pero sentía un remolino de incertidumbre en su interior. Recordaba la ocasión en que estando en Roma tuvo ocasión de consultar una traducción hebrea de la Biblia, y así se lo comunicó a sus compañeros:

—En esa traducción de las primeras palabras del Génesis se nos habla de Elohim, no de Dios. En el principio, Elohim creó los cielos y la tierra. Elohim es el plural de Eloah, Dios, por lo que significa significa Dioses. En el principio, los dioses crearon los cielos y la tierra. Pero claro, eso no es correcto, probablemente se use Elohim como plural mayestático…—dijo. Su tono de voz fue apreciado por Massurdi un tanto dubitativo, un tanto temeroso.

—¿Y si Dios fuera uno de esos Elohim? —apuntó Richer.

Gerbert se llevó las manos a la cabeza.

—¡Richer! ¡Dios es omnipotente, es el Único, es el Padre Celestial!

Hassan comprendía aquella voz agitada, aquellos ademanes de Gerbert. Veía en él a un hombre confundido entre su fe y las evidencias que comenzaban a entretejerse.

—Para mí, vuestro Dios es nuestro Allah. Para mí es el Único, el Increado. No engendró ni fue engendrado. Es el Señor de los Mundos, por lo tanto, si estos supuestos dioses existieran, estaría por encima de ellos. Como dice la Shahada[lxxxiii], "*Lā 'ilāha 'illā-llāhu Muhammadun rasūlu-llāh*", no hay más Dios que Allah, y Muhammad es el mensajero de Allah.

Era una discusión difícil. Dos religiones, y las dos decían ser la verdadera.

Antes de abandonar la biblioteca, se dirigieron a la sala de los archiveros, allí donde el maestro Kamal le dijo a Massurdi que lo buscara antes de irse.

En aquella sala nadie supo darle razón, pero antes de dar media vuelta, uno de los empleados que estaba inclinado en un escritorio registrando la entrada de varios manuscritos procedentes de la biblioteca de Bagdad, se acercó a ellos. Contaría la misma edad que el maestro Kamal, pero andaba erguido como si contara diez años menos.

—Me ha parecido oír que buscabais al maestro Kamal Naqqash… pero siento decirles que falleció hace hoy un año.

Massurdi se quedó sin habla. Y los demás también.

2

Después de visitar los alrededores de la pirámide más pequeña, la llamada de Menkaura, y anotar que el revestimiento era de granito rojo en vez de caliza blanca como en las otras dos, dibujó las tres pequeñas pirámides que la acompañaban.

Al-Biruni había pedido a dos de los hijos del camellero, Hakim y Yusuf, que les proporcionaran una tienda y víveres para la noche, pero antes de la llegada de la oscuridad bajaron de nuevo hasta donde se encontraba Abu el-Hol y la rodearon examinando el suelo. Muhammad pasaba sus manos sobre la piedra que daba forma a la esfinge. Se encaramó a un bloque de lo que podría ser el hombro de la estatua y dijo:

—Si fuera fácil hallar una entrada, otros ya lo habrían hecho.

Al-Biruni se sentó frente a la cara del coloso. Alzó su mirada hacia la parte superior de aquella ciclópea construcción y, recordando de memoria el texto que hallaron en Bagdad, lo recitó:

—Las palabras de Dyehuty el escriba, nacieron del fuego y escritas con fuego fueron sobre piedra. Halladlas allí donde comienza la primavera; halladlas allí donde es arriba, donde es abajo… Donde comienza la primavera…

—Massurdi no conoce este texto, pues si no recuerdo mal, no se lo mostraste en la reunión en casa de Hassan. Tal vez él pueda darnos alguna idea.

—Tienes razón, Muhammad. Mañana pediremos su opinión.

Pero Al-Biruni tenía el presentimiento de que ya conocía la respuesta.

Regresaron a la explanada frente a la Gran Pirámide y encontraron a Yusuf encendiendo un pequeño fuego junto a la tienda que él y su hermano había montado.

—Shokram[lxxxiv] —les dijo Al-Biruni con una leve inclinación de cabeza.

—Mi madre les ofrece un poco de nuestra cena —dijo Hakim, el más pequeño de los hermanos enseñándoles el contenido de una cacerola de cobre.

—¡Perdices…! —exclamó Muhammad relamiéndose.

Los muchachos les dijeron que ellos montarían guardia en la noche, pues así se lo había ordenado su padre, quien no confiaba mucho en los vigilantes de las pirámides.

—¿Qué son esas construcciones de la cara oeste? —preguntó Muhammad.

—Mastabas. Tumbas de los parientes del faraón.

Al-Biruni y Muhammad asintieron sin decir nada. Aunque las mastabas fueran tumbas, aunque se creyera que la pirámide era una tumba de faraón, antes, mucho antes, habían sido utilizadas para algo más, pero de eso no podían hablar con ellos. Así que compartieron la cena y tras la última oración, Al-Biruni sacó su astrolabio y se dispuso a tomar anotaciones acerca del cielo de Al-Jizah. Anotaría la posición de las estrellas y la observación de que las cuatro caras de la pirámide estaban orientadas hacia los cuatro puntos cardinales.

Muhammad acabó de colocar unas redes a la entrada de la tienda para protegerse de los mosquitos y se sentó mirando a la pirámide mayor, con el fuego encendido a su lado, admirando la elaborada estructura elucubrando como habría sido su construcción. Se tapó con la manta y aunque trataba de mantener los ojos abiertos, se quedó dormido en seguida. Cerca de ellos, Hakim y Yusuf paseaban arriba y abajo atentos a cualquier posible extraño que se les acercara, algo temerosos de los duendes que, según las leyendas, salían de la arena para merodear en la oscuridad.

Al norte, los siete miembros de una tribu beduina habían acampado para pasar la noche, cerca de un grupo de mastabas derruidas, y con el silencio de la noche, durante un rato pudo oírse a lo lejos el canto de sus mujeres. Muhammad ya estaba soñando, y en su sueño apareció el mago de Bukhara, Abdallah Kartum, quien reía y reía con una risa siniestra que le erizó el vello de los brazos. Despertó sobresaltado y se frotó los brazos helados. No vio a Al-Biruni, pero su cansancio lo llevó a dormirse de nuevo.

El astrónomo estaba completando el dibujo del mapa estelar de aquella noche y descubrió que la esfinge miraba hacia el punto donde surge la constelación de Leo. Además, observó que la constelación del cazador[lxxxv] se situaba al este.

Antes de la salida del sol, cuando volvía al campamento, se detuvo mirando el horizonte. Sacó el tubo que le servía como instrumento de observación y se dio cuenta de que Júpiter, Mercurio y Marte estaban alineados. Al-Biruni extendió su brazo derecho y su dedo índice extendido le mostró que la separación de los planetas era de un grado. Anotó el fenómeno y lo observó durante la media hora que duró. En los minutos finales, los planetas formaron la figura de una flecha cuya punta era Marte. Esa flecha apuntaba hacia el oeste, hacia la constelación de Sirius. Instantes después, el sol ya asomaba por el horizonte y borró la visión de los astros.

Regresaba al campamento cuando atravesando una pequeña hondonada la tierra se movió bajo sus pies. Avanzó un paso, con cautela, pero se hundió todavía más en la arena.

—¡Muhammad!¡Ayuda!¡¡Yusuf, Hakim! —Pero su amigo no le oía, dormido como estaba, y Hakim y Yusuf hacían lo mismo, vencidos por el cansancio. Sus movimientos nerviosos tratando de salir de aquel agujero provocaron que la tierra se abriera aún más bajo sus pies y de pronto sintió un vacío y cayó con un golpe sordo sobre un charco de agua.

Despertó con un fuerte dolor de cabeza. Miró a su derecha y vio una pared de roca. A su izquierda, una pequeña abertura oscura por la que se colaba una leve corriente de aire. Sintió la humedad bajo sus posaderas y se levantó retirándose del charco donde había caído. Se frotó los brazos y las piernas doloridos y comprobó el estado de sus instrumentos de observación, que no parecían haberse roto. Por el contrario, su cartapacio se había abierto al caer y sus notas se habían desperdigado por todas partes. Con rapidez, sacó las que habían caído sobre el agua y las colocó con cuidado sobre unas piedras, pero en algunas de ellas ya se había corrido el carboncillo.

Gritó hacia la abertura por donde había caído. —¡Muhammad!¡Muhammad!¿Me oyes?

No hubo respuesta. Se sacó el turbante y se frotó la cabeza dolorida. ¿Cuánto rato había pasado desde que había caído en aquel pozo? ¿Por qué no venían a rescatarle?

Caminó de un lado al otro, aún cuando no había más que cinco pasos. Sacó su tasbih y comenzó a invocar los noventa y nueve sagrados nombres de Allah… Al-Rahman, Al-Rahim, Al-Wadûd….pero se detuvo al ver la dirección de la pequeña corriente de agua.

3

La noche anterior, Ersbetta caminaba por el frondoso jardín de la casa de Massurdi, incrédula de que pudiera existir aquel vergel en medio de tanto desierto. Acarició los pétalos de varias flores extrañas y aspiró el aroma de unos frutos maduros que jamás había visto. Tor, cerca de ella, husmeaba a un lado y al otro, sin perderla de vista.

Con el sonido de fondo del muecín, se detuvo junto a una fuente de piedra en la que estaba representada la figura de un niño que sostenía una jarra. De ella brotaba agua fresca y no pudo evitar mojarse los dedos con ella, que se vertía sobre un pequeño estanque donde flotaban pequeñas flores blancas de pétalos abiertos.

De pronto se volvió al sentir que no estaba sola. Hassan, apoyado en una palmera, la observaba en su paseo, y cuando vio que había sido descubierto, caminó hacia ella.

—Aldo estará bien, no os preocupéis, sólo debe permanecer un tiempo más en el bimaristán. Es el mejor sitio para atenderle.

Ersbetta asintió, enfrentada a aquellos ojos oscuros que parecían conocer cada uno de sus pensamientos. Pero de repente se volvieron como los de un niño.

—Nunca… nunca habláis de Aldo como vuestro esposo. Siempre lo llamáis por su nombre. —Hassan titubeaba al hablar con franqueza a aquella mujer, pero desde hacía tiempo tenía dudas y quería aprovechar aquel momento a solas.

Ella quiso ver más allá de aquella mirada, pero no llegó a averiguar sus intenciones, pues su propia turbación ante la presencia cercana de Hassan la confundía.

—No es mi esposo, si es eso lo que queréis saber. Soy viuda y emprendí este viaje solo con mi hija Masika. Conocí a Aldo en la caravana de Pécs a Constantinopla, en la que se nos unió Nanya. Ella es de Salföld, como nosotras.

Hassan no dijo nada. Extendió su brazo y cogió entre sus dedos un mechón del pelo de Ersbetta, libre de su pañuelo dentro de la casa. Dio un paso más al frente y ella se sintió irremediablemente atraída por el aroma de especias de la piel de aquel hombre. El corazón se le agitó alterado, y aunque quería irse de allí no pudo. Quería acariciar aquel rostro moreno, quería que sus dedos sintieran aquella barba corta que enmarcaba unos labios que se entreabrieron y hablaron para ella en su lengua. No entendió lo que Hassan no quiso decirle en lengua latina, pero sí entendió la dulzura y el sentimiento en su voz.

Él se inclinó, envuelto en los ojos verdes de aquella mujer que había venido de muy lejos para trastocar su vida, y ella aceptó su beso, ligero y breve, interrumpido por los silbidos de Richer entrando en el jardín.

Ersbetta dio un paso atrás, bajó la mirada al suelo y sin mirar a Hassan avanzó deprisa por el estrecho camino empedrado que la llevó al principal, donde encontró a Richer sentado en un banco comiendo pistachos.

—Mi maestro os buscaba, señora. Está en la sala contigua a la biblioteca.

Ella le agradeció con una sonrisa la información y salió del jardín cruzando el arco de hiedra. Un río de sentimientos cruzaban por su pecho, pues aún cuando se sentía culpable por Aldo, no quería dejar de disfrutar la intensa emoción que le había regalado Hassan.

Richer cascó con los dientes uno de aquellos frutos que se le resistía y se llevó una mano a la boca, dolorido. Recordó que había una fuente al final del jardín y se dirigió hacia allí. Entonces, en la penumbra, pues aún los criados no habían encendido las antorchas del jardín, vio a Hassan, apoyado en ella, sonriente. Se enjuagó la boca, y al terminar se secó el agua con la manga de su túnica extrañado de la luz que había en los ojos de aquel egipcio.

Más tarde, Ersbetta cenaba con Gerbert, Richer y las niñas.

Uno de los criados tocaba la lira en el patio, a la luz de la luna, y Gerbert le dijo a Ersbetta que Hassan les había informado en la primera reunión en Alejandría de que la lira era un invento del dios Thoth.

Ella alzó las cejas y sonrió.

—Cómo no…

Y entonces le habló al papa de su lira mágica. Éste, que se llevaba a la boca un pedazo de faisán asado, se atragantó. Todo, todo estaba relacionado con la magia. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde colocar todo en la balanza, de un lado la ciencia y del otro la religión?

—Mañana temprano regresaremos a Al-Jizah. Espero que Muhammad y Al-Biruni estén pasando una buena noche… —dijo Gerbert.

Al amanecer, hubo un ligero movimiento de tierra. Oyó los pasos rápidos de los criados de la casa recogiendo algunos objetos decorativos caídos y voces nerviosas, pero no pasó de ahí. Ni él ni los demás sabían que Al-Biruni había caído en un pozo y que Muhammad lo estaba buscando. Tampoco sabían que muy lejos de allí, en un país lejano, acababa de erigirse la quinta torre maldita. El fin estaba cerca.

4

Cientos de hombres levantaron sus brazos gritando eufóricos: Se había terminado la construcción de la quinta torre. Su líder, vestido con una capa dorada, subió la escalera en espiral que llevaba hasta su cumbre, se asomó por uno de los arcos y fue vitoreado tanto por los obreros como por sus fieles, que callaron al ver que levantaba los brazos hacia el cielo de aquella mañana.

Sus palabras blasfemas se alzaron hacia un resquicio abierto entre las nubes grises; un resquicio en forma de flecha donde el cielo era de un azul claro y hermoso. Malak Tâ´ûs y sus siete ángeles oirían sus plegarias y agradecerían sus ofrendas. El tiempo se acercaba, pues ya sólo quedaban dos torres por construir.

El líder de los yazidíes se quitó su capa dorada y la colocó sobre los hombros del desgraciado que dos de sus siervos habían subido hasta allí. Abajo, la multitud gritó enfervorizada, mientras los elefantes que les habían ayudado a levantar las torres elevaban sus trompas y bramaban con su potente voz.

Pronto pudieron ver cómo un bulto dorado era lanzado torre abajo. ¡Ofrenda de sangre!, gritó el líder a las alturas.

—¡Ofrenda de sangre! —respondió la multitud gritando y alzando los puños hacia aquel cielo hermoso.

5

Ersbetta, las niñas y Alí salieron para visitar a Aldo en el bimaristán. Fue una visita breve, pues debían regresar pronto para dirigirse hacia Al-Jizah con los demás. Alí se ofreció a quedarse con él, pero el toscano se negó. Ella veía en su mirada acuosa la desconfianza, los celos, y no pudo más que tranquilizarle diciendo que pronto saldría de allí. Aldo asentía, callado y temeroso, y fuera la fiebre, fuera su cansancio o su malestar, sintió unas ganas repentinas de llorar. Aún así, ella no se dio cuenta, pues ojos estaban muy lejos de él.

Se detuvieron de nuevo en casa del señor Kadir para disponer de los camellos. Ersbetta y las niñas esperaron afuera mientras los hombres hablaban dentro.

—¿Oís? —Masika aguzó el oído.

Ersbetta y Nanya se volvieron hacia su izquierda, donde se agrupaban más casas de adobe. De una de ellas salían los gritos lastimosos de una voz de niña.

—Quedaos aquí —les dijo Ersbetta dirigiéndose a la entrada de una de las casas. Tor hizo el intento de seguirla, pero ella le ordenó que permaneciera con las niñas.

Abrió la cerca de madera y se adentró en el estrecho patio donde varios patos y gallinas caminaban sueltos. Al fondo, la puerta de la casa estaba abierta, así que cubriendo su rostro con el pañuelo y dejando solo al descubierto sus ojos, entró en la pequeña construcción donde vio lechos de paja y cacharros para cocinar colgados de las paredes. Al fondo, una alfombra colgada de la pared revelaba un patio interior, así que la apartó y pudo ver a varias mujeres formando un corrillo. Parecía que estaban atentas a algo que estaba sucediendo, y mientras ella se aproximaba, los gritos lastimosos que había oído antes volvieron a repetirse. Se acercó más y oyó el parloteo de una anciana que sujetaba a una niña de unos diez años por un brazo mientras otra mujer hacía lo mismo sujetando el otro. De pronto, una nueva mujer entró dentro del círculo. Era una anciana menuda, encorvada y vestida de negro cuya voz comenzó a desgranar una letanía.

Ersbetta estaba presenciando un rito, y sabía que no debía intervenir, pero vestida como el resto de las mujeres pasaba desapercibida y decidió seguir observando y oyendo el ensalmo de la anciana. Pensó que tal vez la niña estaba siendo objeto de algún conjuro para calmar sus nervios, o para expulsar un espíritu de su cuerpo, pues seguía sollozando y gritando, aunque la voz de la anciana parecía amable y sus palabras no sonaban amenazadoras. Pero enseguida comprendió que la desesperación de

la niña era por otro motivo, pues la anciana sacó un cuchillo. Mostró su filo a las mujeres allí presentes mientras una muchacha un poco mayor que aquella niña le levantaba la túnica dejando al aire sus genitales. La anciana se acercó a la niña y Ersbetta se llevó una mano a la boca, horrorizada.

Se marchó lívida de aquel lugar, y sin atender a las preguntas de Masika y Nanya, entró en el patio de la casa del señor Kadir. Al primero que vio fue a Gerbert, y asiéndolo de los brazos, le suplicó desesperada:

—¡Tiene que hacer algo, señor obispo! ¡Tiene que hacer algo!

Alí se acercó a ellos, extrañado.

—¿Qué sucede?

Ersbetta trató de explicarle lo que sucedía en la casa vecina, y mientras Gerbert se mostraba sorprendido y le comentaba el hecho a Richer, Hassan trató de tranquilizarla.

—Es una costumbre de nuestro pueblo. Todas las niñas han de pasar por ello —apuntó Massurdi.

—Pero, ¿cómo? ¿Qué clase de costumbre es esa que cercena sus genitales? ¡Pueden morir desangradas!

Masika y Nanya, que la habían seguido, se miraron horrorizadas.

Hassan negaba con la cabeza.

—Son raros los casos en que eso sucede. Pero si a una mujer no le ha sido practicada la ablación, no conseguirá esposo. De todos modos, he oído que tanto en El Cairo como en Alejandría, la práctica comienza a descender en las clases pudientes.

—Debe de ser algún tipo de circuncisión femenina —dijo Gerbert rascándose la cabeza—. Pero aún así lo considero una costumbre bárbara.

—¿Bárbara? —Ersbetta estaba realmente alterada—. ¿Sólo bárbara? ¡A mí me parece una atrocidad!

—En realidad —intervino Massurdi— es más que una circuncisión, pero así son las leyes. Además, son las propias madres las que inducen a sus hijas a seguir la tradición de su familia, de su pueblo. Al ser infibuladas, las muchachas mantienen para siempre su castidad, algo muy valorado aquí. ¿No es así en Europa?

—Naturalmente que valoramos la castidad —dijo Gerbert—.Pero éste método tal vez es demasiado radical…

Ersbetta comprendía que era un rito, una costumbre, y sabía que ella no era quien para entrometerse, pero aún así, sintió como propio el dolor de aquella niña y el de tantas que habrían sufrido por lo mismo. Estaba segura de que sufrirían infecciones, por no decir del dolor, pues por lo visto ni siquiera le habían proporcionado alguna poción adormecedora para amortiguar un poco el dolor del cuchillo al extirpar las carnes de la niña.

Se mordió los labios mientras escuchaba los comentarios de los hombres. Parecía que no dieran valor alguno a la dignidad de las mujeres. Miró a Hassan y halló en su mirada algo de comprensión, pero sabía que él no iba ni podía hacer nada para impedir lo que le estaban haciendo a aquella niña, ni tampoco a tantas que estarían sufriendo lo mismo. Después de todo, él en su propia casa tenía a mujeres y hombres comprados en un mercado para servirle de criados. Enfurecida, se quitó el hijab y su largo cabello cayó ondulado sobre sus hombros y su pecho.

—Si tengo que respetar vuestras costumbres, respetad las mías, pues acostumbro a llevar el cabello suelto.

El señor Kadir, acompañado de uno de sus hijos, salió al patio de la casa extrañado de que aún siguieran allí y quedó sorprendido al ver a aquella hermosa mujer que mostraba su melena con descaro.

—Nadie os prohíbe llevar el cabello suelto, Ersbetta. Sois extranjera —le dijo Hassan en tono conciliador—. Pero es más adecuado para pasar desapercibida, pues aunque viajáis protegida por hombres, no olvidéis que sois un jugoso botín, y las niñas también lo son.

—Reflexionad, señora —medió Gerbert—. Y orad a Dios por esa pobre niña. Eso os confortará.

Ella lo miró como si estuviera loco. ¿Orar a Dios? ¿Acaso no recordaba que ella había sido juzgada en Salföld por no adorar a un dios cruel que permitía injusticias en su nombre?

La mirada de Hassan la tranquilizó. Suspiró y se colocó de nuevo el hijab; después de todo, lo cierto es que era útil para evitar que la arena ensuciara sus cabellos y el sol quemara sus mejillas.

—Vamos, niñas —dijo saliendo en dirección a la recua de camellos que ya les estaban esperando.

Alí la siguió mientras el señor Kadir miraba a Hassan alzando las cejas y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Lleváis con vosotros a una cristiana con carácter. Desde luego, si fuera mi esposa, ya le había aplicado la vara…

En la meseta, Al-Biruni se sacudió el caftán y se colocó el turbante.

—¿Seguro que no estás herido? —le preguntaba Muhammad.

—Mañana contaré varios moretones en mi cuerpo, pero nada más… —Yusuf, Hakim —dijo dirigiéndose a los sorprendidos muchachos que miraban el pozo que se había abierto en el suelo—. Necesitaré antorchas.

—Pensaba que regresaríamos al campamento. ¿Qué pretendes ahora?

—Vamos a explorar la cueva que hay ahí abajo —dijo Al-Biruni tras beber un trago del odre que le ofrecía Hakim, pues aunque el ayuno de Ramadán le impedía hacerlo, aquel era un caso especial.

Muhammad suspiró.

—¿No será mejor que esperemos a los demás? No han de tardar en llegar…

Así lo hicieron, por eso regresaron al campamento, donde para aprovechar el tiempo Al-Biruni pasó a limpio los apuntes del día anterior que se habían estropeado con el agua del pozo.

Poco después, Muhammad explicaba al resto lo que había sucedido con Al-Biruni, mientras éste completaba la explicación con algunos detalles. Todos miraron el agujero que se había formado en la arena, pero sólo él, Muhammad, Richer, Ali y Hassan se aventurarían. El resto esperarían en la tienda.

—Antes he tenido una conversación con el señor Kadir y me ha dicho que las escasas ruinas visibles del templo de enfrente están alineadas con la esfinge para indicar el inicio de la primavera y el inicio del verano —comentó Gerbert a Al-Biruni antes de que éste bajara al pozo.

—Entonces es un marcador de equinoccios, lo que sospechaba… Y además, he observado que quienes la construyeron no sólo hicieron que su mirada estuviera fija en el punto de la salida del sol, sino que mirara hacia el punto donde nace la constelación de Leo, quién sabe con qué fin.

—Interesante… —murmuró Gerbert. Pero sus pensamientos quedaron interrumpidos por la pregunta de Al-Biruni.

—Entonces vos no dudáis de la esfericidad de la tierra, ¿no? Tenía entendido que en Europa aún se cree que la tierra es plana…

—No olvidéis que una de mis pasiones es la observación de los astros y que mi formación me fue dada por sabios árabes que me hicieron estudiar a los clásicos que ya nos hablaban de ello como Erastótenes. Pero además, en nuestro libro sagrado, Isaías lo dejó escrito: "*El está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar*"[lxxxvi]. Y más aún, dice Job: "*Él extiende el norte sobre el vacío: cuelga la tierra sobre nada*".[lxxxvii]

Ersbetta tenía que aportar algo más a la conversación:

—Tanto en los equinoccios como en los solsticios se abren las puertas que comunican con los otros mundos, pues hay otros mundos además de éste. Es en esos días cuando los hechizos son más poderosos, cuando los amuletos se cargan de poder, cuando la magia despliega todo su poder. Si como habéis dicho, la pirámide fue antiguamente la morada de la diosa Isis, la señora de la magia, entonces algo grande puede ocurrir en ese momento.

—El equinoccio de otoño comienza dentro de unos días —señaló Massurdi.

—Así es —confirmó Al-Biruni—. Halladlas allí donde comienza la primavera… Las palabras de Thoth se encuentran aquí en la esfinge, donde comienza la primavera, donde comienza el otoño… Entonces quizás sea ése el día en que el Libro pueda mostrarse. Pero antes hemos de hallar el camino hacia él.

Un poco más tarde, en la tienda, Gerbert y Massurdi tomaban té mientras Ersbetta, las niñas y Tor recorrían la meseta acompañadas de Alí.

—Si la esfinge es un marcador podríamos hacer un cálculo de su antigüedad… —sugirió Gerbert.

Massurdi se mostró de acuerdo, y sentados sobre las alfombras de la tienda, comenzaron los cálculos que, a su vuelta, consultarían con Al-Biruni.

—Teniendo en cuenta que cada era astrológica comprende unos 2160 años, pues la posición del planeta en relación a las constelaciones cambia cada 72 años un grado de arco y cada signo comprende 30 grados; y considerando que nuestra era actual es la era de Piscis, bien podía haberse construido entre la era de Leo y la de Virgo, de ahí su forma de león y su cabeza de mujer —aventuró Gerbert—. Además, Al-Biruni ha dicho que mira hacia el punto donde sale la constelación de Leo. ¿Qué otro objetivo tendrían los que la levantaron para hacerla con esas particularidades sino indicarnos cuándo fue construida?

Mientras el sol iba avanzando por la meseta, calcularon que la esfinge bien podría contar con cinco eras de antigüedad, o sea, unos 10.800 años a contar desde antes del nacimiento de Cristo.

—Además, se me ocurre que la rueda dibujada en el papiro de Ersbetta, la rueda bajo la esfinge, bien puede referirse a la precesión de los equinoccios —sugirió.

—Hassan dijo que era la rueda del destino.

—¿Y qué es el destino sino una sucesión de hechos ya escritos, ya anticipados por el Creador?

Yusuf y Hakim montaban guardia en la entrada del pozo. Abajo, las antorchas iluminaban los pasos de los cuatro hombres que caminaban agachados con los hombros rozando las paredes de roca.

—Este lugar parece excavado por la mano humana —señaló Richer acercando su antorcha a la pared.

Nadie le respondió, pues siguieron avanzando en fila, una tras otro en dirección sur. La estrecha senda comenzó a descender y después ascendió hasta que alcanzaron un pasadizo más amplio que les condujo a un recoveco donde el camino terminaba.

—Hasta aquí llegamos —dijo Muhammad—. Ya podemos dar media vuelta.

—Espera, Muhammad —le dijo Al-Biruni examinando las piedras que impedían el paso—. Parece un desprendimiento… Con los dedos trató de hallar algún resquicio libre, pero no encontró ninguno, ni el modo de hacerse camino a través.

—Estoy convencido que nuestro recorrido nos ha llevado muy cerca de la Gran Pirámide —dijo—. Éste debe de ser alguno de los canales subterráneos de los que habla Herodoto, ¿verdad Hassan?

—Aún así, no podemos seguir —dijo Richer.

Determinaron dar media vuelta, pero Al-Biruni se resistió y quiso permanecer allí.

Richer y Hassan salieron a la superficie y se encontraron con Ersbetta y las niñas.

—¿Y Al-Biruni? —les preguntaron.

—Es terco como las mulas —dijo Muhammad mientras era ayudado a salir por Yusuf.

Hassan les explicó lo que habían encontrado y Ersbetta se preguntó por el gran afán del astrónomo por no dejar pasar el tiempo sin hacer nada. Fue entonces cuando tuvo una idea.

—Tal vez nosotras podamos ayudar.

Bajaron a Masika, que agarrada a la cuerda se deslizó rápidamente hasta alcanzar el lugar donde había caído Al-Biruni. Tras ella, bajó su madre y después lo hizo Hassan seguido de Alí.

Al-Biruni tanteaba con sus dedos las rocas que bloqueaban el paso cuando vio que se acercaban antorchas. Quedó sorprendido de ver a Ersbetta con su hija.

Nanya había quedado a cargo de Richer y regresaron juntos al campamento, donde Gerbert mostró a su discípulo los cálculos que habían hecho. Después, el papa se acercó a aquella niña de pelo rojo y le sirvió un poco de té. Le habló de Jesucristo y le habló de Dios. Ersbetta, como pagana, seguro que no le había hablado de ellos.

6

Las manos de Masika se posaron sobre las piedras del pasadizo.

—Detrás de estas piedras hay otro túnel. Pero está oscuro. No entraría en él —hizo una pausa y añadió—: Es mejor no entrar en él. Hay un pozo. Muy profundo. Sus aguas son negras, turbias.

Ersbetta asintió, complacida. Ella había percibido lo mismo, pero quiso que fuera su hija la que viera lo que no se ve. Buscó en su bolsa y sacó la raíz de mandrágora que había encontrado en los bosques de Kragujevac. Con un poco de ayuda podrían ver más.

Mientras ella y su hija masticaban una pequeña porción de raíz oían el murmullo de las voces de Hassan y Al-Biruni al inicio de la cueva, sentados sobre el suelo arenoso y húmedo donde había caído el astrónomo la noche anterior.

Sentadas también, con la única compañía del fuego de la antorcha que habían clavado en el suelo, esperaban que la raíz liberara sus efectos. Mientras, Ersbetta sacó un pedazo de corteza de sauce y lo fue pasando por el fuego. Era su ofrenda. Cogieron sus manos, cerraron los ojos y Ersbetta esperó una vez más la llegada de las visiones de otros espacios, de otros tiempos.

Las dos sintieron un leve temblor, un ligero movimiento apenas perceptible pero que provocó que Masika abriera los ojos dándose cuenta de que su madre estaba en trance.

Balanceándose una y otra vez, Ersbetta se vio transportada a un lugar extraño, oscuro, donde una hermosa mujer cubierta con un manto brillante y sentada en un trono suspendido en el aire se miraba en un espejo. A su alrededor brillaban nueve piedras blancas dispuestas en círculo en torno a ella. La mujer, cuyo rostro era imposible de vislumbrar debido a la intensa luminosidad que desprendía, alzó un brazo. La palma de su mano se volvió hacia arriba y de ella surgieron centellas que se perdieron en la oscuridad. Entonces Ersbetta vio las tormentas y las tempestades que asolaban el mundo; vio el granizo y las nieves, vio los incendios y los ríos secos. Vio a señores reunidos en torno a grandes mesas repletas de grandes manjares y vio a hombres famélicos con sus despensas vacías.

La mujer extendió la otra mano y de ella emergió una estrella de cinco puntas, y sobre esa estrella apareció una pequeña pirámide dorada. Entonces Ersbetta vio que la oscuridad de aquella sala desaparecía y en su lugar aparecía un vasto desierto, y en él cinco torres. Esas torres eran oscuras y apuntaban al cielo como dedos amenazadores. Volvió su vista al este y vio niños y mujeres de piel negra que lloraban mientras a sus labios acudían las moscas; volvió la vista al oeste y vio un abismo donde se oía el llanto lastimoso de lo que parecía una criatura recién nacida. Hubiera podido asomarse a aquel abismo, pero tuvo miedo, un miedo que se le clavaba en el corazón como una daga. Y de la base de las torres negras brotó un río, pero éste no era de agua, sino de sangre. Ersbetta supo que su hija en tres días se haría mujer. Supo también que el nombre de aquella hermosa mujer era Isis, y su voz brillante le reveló que ese nombre era el nombre que congregaba sus mil nombres: Venus, Diana, Minerva… La diosa de los mil nombres, adorada en el Universo, se mostraba ante ella en su forma verdadera. *Tú me ensalzarás y me rendirás culto…y yo me apiadaré de ti…*

Por su parte, Masika volvió a Salföld. Volvió al atardecer en que Hans Smisza desmontó de su caballo y la miró con sus ojos fríos y su sonrisa siniestra. Ella sostenía en su faltriquera los huevos que acababan de regalarle sus gallinas y al reconocer al médico corrió y corrió dejando caer algunos de los huevos por el camino… Aquel recuerdo se desvaneció y en su lugar apareció un niño que llevaba una bandeja con comida. Bajaba unas escaleras y entregaba la bandeja a Hans, que abría un arcón repleto de monedas y las alzaba en el aire una y otra vez. Una de las monedas cayó al suelo y Masika pudo ver que estaba acuñada con la imagen de un macho cabrío. El médico guardó la moneda en el arcón y se miró en el espejo que colgaba de una de las paredes de aquella habitación en tinieblas. Pero aquel espejo no reflejó su imagen, sus ojeras violáceas y su pelo pajizo, sino los ojos verdes de la hija de la curandera. Dio un respingo y se frotó los ojos pensando que el vino le había afectado a la visión, pero la imagen aún permaneció unos instantes más. Y entonces Hans tuvo miedo.

Masika retiró las manos que asían las de su madre y respiró aliviada al haberse alejado la visión.

En la entrada de la cueva, Hassan, Al-Biruni y Alí las esperaban impacientes.

—¿Qué habéis visto?

Ersbetta no quiso responder. Quería hablar primero con Gerbert.

De pronto comenzó a sentirse indispuesta y se desvaneció.

7

Aldo se incorporó en su lecho y agradeció el agua que le tendía Alí. Cerca de ellos oyeron los lamentos de un hombre que se quejaba de dolor en el pecho mientras era conducido a una sala contigua.

—Regresa a la casa, Alí —le pidió—. Ersbetta te necesita más que yo. ¿La ha visitado el médico?

—Si. No es nada importante: es el clima de esta tierra —dijo, y añadió—: No os preocupéis, señor. Mi primo Hassan cuida de ella.

Aldo hizo una mueca.

—Eso me temo, Alí, que la cuide demasiado…

El joven no respondió y derivó la conversación a otros temas, pero en su interior quedó preocupado por aquel miedo del toscano.

—He pensado en visitar el suq y hablar con comerciantes de perfumes. ¿Qué os parece la idea, señor?

8

Muhammad ibn Umáil cruzó la pasarela del barco seguido de su hermano pequeño, Adham, que contaba veinte años y deseaba ver mundo antes de contraer matrimonio.

—Alejandría… murmuró ibn Umáil—. Mis ojos se alegran de volver a verte…

Contrataron unos porteadores para su equipaje y se encaminaron hacia el centro de la ciudad. En las manos de ibn Umáil, la carta de Gerbert donde le indicaba la hospedería a donde debía acudir. Y tras recibir las indicaciones de la posadera, ibn Umáil y su hermano se encaminaron a la orilla del Nilo donde cogerían una embarcación.

Adham bebió un trago del agua de su odre y se quejó del sofocante calor de aquel lugar.

—El clima de Barcelona queda lejos, hermano. Ahora nos espera Gerbert en El Cairo, así que no hay tiempo que perder.

Subieron a una faluka conducida por un egipcio que parecía contar cien años. A proa vieron a un árabe de mediana edad que se dirigía a El Cairo, como ellos.

Nilo arriba, el hombre anotaba en unas hojas de pergamino números y cálculos que alentaron la curiosidad de ibn Umáil, ávido de conversación.

—Perdonad la indiscreción, pero he visto que observáis el río. ¿Acaso estudiáis sus aguas?

El hombre negó con la cabeza, con aire cansado.

—El califa Al-Hakim bi Amrillah, el sexto califa fatimí, me ha encargado regular las crecidas del Nilo.

Muhammad alzó las cejas. No era una tarea nada fácil…

En el transcurso del viaje supieron que Abu Alí al-Hassan ibn al-Haytham[lxxxviii], científico, estudioso de la óptica y las matemáticas, había recibido una carta en su casa de Bagdad donde era invitado por el califa fatimí a El Cairo. Emprendió el viaje lleno de dudas y miedos, que se acrecentaron al encontrarse con que el hijo del califa Abu Mansur Nizar al-Aziz Billah había sucedido a su padre tras su muerte. El nuevo califa egipcio era un caprichoso muchacho de catorce años que le encargaba algo imposible de cumplir.

Llevaba días embarcado, río arriba, río abajo, y en sus pergaminos se amontonaban cientos de números y observaciones, decenas de notas de las conversaciones con los campesinos, pero nada le llevaba a una solución.

Ibn Umáil vio en los ojos de aquel científico, respetado y admirado en la corte de Bagdad, miedo hacia las iras del califa que bien podían llevarle a la cárcel, a la muerte o a algo peor.

9

Transcurrieron tres días. El primero, Gerbert trató de serenar sus ánimos meditando con Richer acerca de las revelaciones de Ersbetta.

—Creo que el abismo al que se refiere es el abismo donde está encadenado Satanás, quien llora como un niño porque su fin es engañar… Recuerda Richer, las palabras del Apocalipsis: El prendió al dragón, aquella serpiente antigua quien es el diablo y Satanás, y le ató por mil años. Lo arrojó al abismo y lo cerró, y lo selló sobre él para que no engañase más a las naciones, hasta que se cumpliesen los mil años. Después de esto, es necesario que sea desatado por un poco de tiempo.

—El día de su liberación está cerca entonces —dijo Richer con un hilo de voz.

Gerbert asintió, sintiendo el escalofrío que le provocaban aquellas torres que se estaban elevando al cielo no para mayor gloria de dios, sino de su opuesto.

Los dos salieron para dirigirse a la catedral de San Marcos. La plegaria en el silencio imponente de sus muros les confortaría.

El segundo día, Muhammad ibn Umáil y su hermano Adham llegaron a la casa de Abd al-´Aziz Massurdi. Gerbert abandonó su carácter taciturno y pasó toda la mañana y toda la tarde departiendo con Ibn Umáil, pues era mucho lo que le tenía que contar. Cuando Massurdi llegó de la catedral, recibió con cierta desconfianza a los recién llegados, pero les dio una habitación en la casa para que descansaran y esperó a la cena para hablar con Hassan.

—¿No crees que ya somos muchos en la búsqueda?

—Al parecer Gerbert pidió a su maestro que se uniera a él en Alejandría desde antes de su llegada. Ni siquiera sabía si iba a poder venir.

—Según Gerbert es un gran erudito, pero aún así…

Uno de los criados entró en la habitación para llevarse los hábitos sucios. Cuando se retiró, Massurdi se calzaba unas babuchas.

—Supongo que Dios sabe lo que hace —dijo—. Si algo he aprendido en los años que he vivido, es a no cuestionar el porqué de sus actos ni a enfrentarme a ellos. Dejemos que Ibn Umáil decida si quiere unirse a nosotros o no.

Al tercer día, Ersbetta se asomó al jardín y percibió el olor de la lluvia que se acercaba. Se lo comunicó a Gerbert y éste a Hassan, quien rió condescendiente, pues en el clima en que se encontraban la lluvia era un bien escaso que ocurría de forma excepcional. Pero llovió en la ciudad, y llovió en el desierto. Y fue una lluvia torrencial que duró toda la mañana.

Todo el mundo hablaba de aquel hecho, y a Gerbert no le cabía duda de que era una nueva señal de los cielos mientras Hassan no sabía qué pensar de aquella mujer.

Por la tarde, ella y las niñas salieron a comprar hierbas. Deambularon con Alí por el mercado más desierto que de costumbre debido al Ramadán, pero aún así se vieron envueltas en el olor de cientos de especias que perfumaban las esquinas. Pasaron por delante de varios puestos de remedios y pociones, y Ersbetta se detuvo en el de un anciano que le causó buena impresión. Para aquella ocasión quiso emplear semillas desconocidas para ella, hierbas del país, así que dejó que su instinto guiara a sus manos en la elección entre los diferentes cestos repletos colocados en orden delante del anciano.

Tras la compra, Alí regateó y pagó con las monedas que previamente Ersbetta le había entregado. Pero antes de despedirse, el anciano entregó a Masika una pequeña rama de higuera de agua. Pronunció unas palabras elogiando la belleza de la niña y cuando salieron del puesto Alí tradujo las últimas palabras que pronunció:

—No comprendo porqué, pero el anciano comerciante ha dicho: Para Bastet, quien ha de recibir la iluminación.

—¿Bastet?

Alí asintió.

—Es una diosa egipcia, representada con cabeza de gato, pero no conozco sus atributos. Supongo que Massurdi o Hassan podrán decirnos algo más, si es que tiene importancia.

—Esperadme aquí un momento —dijo Ersbetta, y dio media vuelta para regresar al puesto de hierbas y remedios, pero no lo encontró. Miró a su derecha y a su izquierda intentando reconocer el resto de puestos por los que había pasado pero le fue imposible. Entonces dio media vuelta para buscar el puesto de espadas por el que recordaba haber pasado y ahí estaba, con su mercancía pulida y su vendedor sentado, dormitando, con el turbante medio caído sobre el rostro. Era aquella calle, no había duda, así que recorrió los pocos pasos que separaban el puesto de espadas con el puesto de hierbas, pero en su lugar había un hechizador de serpientes. Y era el mismo que había aparecido en sus sueños, muchas lunas atrás; el mismo que le había dicho que caminaría hacia las tierras de Misr antes del fin de los tiempos.

Ersbetta dio un paso atrás cuando la figura del encantador se desvaneció en el aire, pues era una visión, y en su lugar aparecieron unas jaulas con aves. Parpadeó, y aún entre la confusión supo que se le había entregado un nuevo mensaje. Aún así, en el cesto que cargaba Alí, las hierbas eran reales, y supo que eran unas hierbas que habían venido del mundo de la magia al mundo real.

Poco después, Massurdi la sacó de sus dudas.

—Bastet es la diosa gato, la diosa de la fertilidad, del amor; la hermana del dios Ra. Se cuenta en las leyendas que Bastet viajó de regreso a Egipto junto con el dios Thoth, quien la salvó del ataque de la serpiente del Caos.

—¿Qué es el Caos?

—Es el abismo, la oscuridad, la muerte. Es lo desconocido, la nada.

El abismo… La visión que había tenido en aquel pasadizo cercano a la Gran Pirámide quería advertirle de algo. Gerbert le había hablado de la serpiente antigua que es Satanás, encadenado al abismo por mil años. Quizás…

De pronto Massurdi se llevó una mano al estómago y en su cara apareció una mueca de dolor.

—¿Qué os sucede, señor?

Gerbert cogió del brazo al anciano sacerdote y lo acompañó a sentarse cerca de la ventana abierta de par en par.

Ersbetta le cogió de la mano mientras al mismo tiempo se daba cuenta de que los ojos del sacerdote estaban turbios y su mirada extraviada. Conocía aquellos signos.

—He visto que coméis demasiada carne, señor. Sería preferible que aumentéis el consumo de frutas y dejéis a un lado las comidas copiosas —sugirió—. Si estuviera en mi casa le herviría hojas de abedul, pero no sé si aquí pueden conseguirse.

Massurdi le agradeció el consejo y confesó que a su regreso a Egipto había retomado el gusto por los buenos asados y había olvidado que su cuerpo ya no era joven y no podía dejarse llevar por los excesos.

Entraron los sirvientes con infusiones calmantes y Gerbert y Ersbetta salieron al jardín. El papa estaba pensativo, pues todo parecía encajar, todo estaba relacionado. Las revelaciones del Apocalipsis, las visiones, las coincidencias que no eran tales… Todo era Uno, tal y como estaba escrito en el Corpus Hermeticum. Pero aún habían de suceder muchas cosas. Que Dios les ayudara. Que Dios les amparara ante lo que había de sobrevenir.

Ersbetta se sentó junto a él en uno de los bancos del patio.

—Os veo meditativo, señor.

—Habladme de Aldo. Habladme de ese italiano que os ha acompañado en vuestro viaje. ¿Lo amáis?

Mientras ellos hablaban, Masika jugaba con Nanya cerca del estanque cuando sintió un leve calambre en el vientre y por sus piernas comenzó a correr un hilillo de sangre. Nanya, asustada, fue corriendo a llamar a Ersbetta, quien pidió a la niña que dijera a Masika que fuera a la habitación donde ella tenía preparados unos paños que iba a necesitar. A partir de aquella noche su don se acrecentaría y se haría poderoso.

Tras la cena, cerca de la medianoche, Ersbetta y las niñas se encaminaron a la parte más frondosa del jardín, allí donde el aroma de las flores era más intenso y se percibía la humedad de la tierra después de la lluvia de la mañana. Debían celebrar el ritual para Masika, la nacida después de la lluvia. Nació en Salföld después de la lluvia; y nació de nuevo como mujer en El Cairo, después de la lluvia también.

Masika, vestida con una túnica blanca, sostenía un cirio encendido mientras Ersbetta, con un cuenco de madera entre sus manos, esparcía flores de nenúfar a su alrededor. Sobre ellas, la luna creciente.

Bendice a Masika, madre luna
Bendice a la hija de la lluvia
A una nueva hija de Diana.
Bendice su juventud y su fuerza…

Era el turno de Nanya, que comenzó con su canto suave, en un tono bajo, y su voz, en aquel jardín de olores salvajes, se mezcló con el silencio de la noche y ascendió hacia el cielo estrellado.

Pero los hombres no dormían, tal y como pensaba Ersbetta, pues se encontraban en la biblioteca de Massurdi. Al oír aquel canto, Al-Biruni dejó el cálamo sobre la mesa, Gerbert cerró el libro que consultaba y Hassan abrió de par en par las puertas que comunicaban con el jardín, pues de ahí provenía aquel canto sublime, delicado como un pétalo de flor, que conmovía al corazón más rígido.

Ersbetta cerró los ojos y vio a los lobos aullando en el cerro. Era el momento. Masika alzó su cirio encendido a las siete estrellas del Carro Mayor mientras su madre sacaba su pequeño cuchillo, cortaba un mechón de su cabello y lo echaba al estanque.

Atrás queda el pasado,
Atrás queda la niña.
Isis, bendice a tu hija…

Nanya continuó cantando, sin palabras, pues su canto era música que complacía cualquier oído, y ese canto daba vida a aquella niña de brazos escuálidos y piel blanquecina, pues mientras su voz se explayaba hacia las estrellas, sus mejillas pálidas se sonrosaban y sus ojos recobraban el brillo que una vez tuvieron al nacer.

Ersbetta sabía que el canto de Nanya nacía de su espíritu ahora liberado. Era como un pajarillo que habiendo estado enjaulado mucho tiempo necesitaba expresar su libertad haciendo lo que mejor sabía. Aquel canto deleitaba las almas de quienes lo escuchaban porque nacía de un espíritu elevado, de un alma que había sufrido. Ella había leído en los ojos de la niña y había visto la bondad más pura del mundo, pero el daño que le habían inflingido en su infancia aún estaba ahí, latiendo como el corazón de un cervatillo, herido y sangrante; quizás por esa razón Nanya aún no era feliz, sólo quizás.

Las puertas de la casa se abrieron para recibir a Aldo, ya recuperado. Alí y él sonrieron al oír de nuevo la voz de la niña, y cuando Nanya los vio aparecer en el jardín dejó que su canto se extinguiera y corrió a los brazos de Aldo mientras Ersbetta y Masika les miraban complacidas.

3. EL SOL

1
Egipto, mes de Ramadán de 389

Mientras Aldo y Alí se dirigían al mercado principal de la ciudad, Al-Biruni acudió a la Gran Madrasa de Al-Azhar donde contactó con otros astrónomos para saber con precisión cuando se daría el equinoccio de otoño, pues éste variaba cada año. Los astrónomos ya habían realizado el cálculo y estaba previsto para dentro de seis días.

Según la curandera, en los equinoccios se abrían las puertas del más allá. Él no sabía si esa afirmación sería cierta, pero sí sabía que en ese breve espacio de tiempo, los dos hemisferios del planeta recibían la misma intensidad de luz procedente del sol, y que la duración de los días era igual en todo el mundo.

Tenía el tiempo justo pero deseaba ver a Lilya, saber cómo se encontraba, por eso, aprovechando los vientos favorables, se embarcó río abajo y regresó a Alejandría acompañado de Muhammad. Una vez llegados al bimaristán se encontraron con Nassima, que acompañada de una esclava salía de la habitación donde Lilya dormía junto a otras enfermas.

—Permitidme entregaros esto, señora —le dijo Al-Biruni entregándole una bolsa con monedas—. Si se os acaban, escribidme con premura. —Nassima asintió con una leve sonrisa.

–No hago más que lo que haría una buena musulmana, señor. Pero decidme, ¿cómo está mi hermano Hassan?

Fue Muhammad quien le respondió, pues Al-Biruni cogía la mano de su esposa tratando de darle calor. Le habló al oído y le suplicó que despertara. Le habló de la ciudad de El Cairo y de la belleza de las pirámides, a donde la llevaría cuando estuviera recuperada. Pero Lilya dormía y dormía, y el nudo del corazón de Al-Biruni se encogió todavía más en su pecho.

A la salida del bimaristán, oró en la mezquita. Las oraciones en aquel mes santo eran más poderosas que nunca, y estaba seguro de que Allah escucharía sus ruegos.

Poco después, se dirigieron al puerto. Mientras esperaban el barco que les llevaría a El Cairo compraron comida a un vendedor ambulante y se sentaron contemplando el gran faro. Al-Biruni aprovechó aquellos momentos para escribir una carta dirigida a su amigo Ali ibn Sina.

Por su parte, Gerbert pasaba la mayor tiempo en la biblioteca de Massurdi consultando viejos textos donde se hablaba de los antiguos dioses egipcios, pero su cabeza andaba lejos de allí, en Roma, donde temía que a su regreso los problemas con los cortesanos y la curia se agudizarían. Además, acababa de saber que el joven califa de El Cairo deseaba volver a enviar sus tropas a Jerusalén para atacar de nuevo la basílica del Santo Sepulcro. A su regreso a Roma reuniría a condes y señores. No podía permitir que un lugar santo fuera profanado por los musulmanes.

Sentado a la mesa, pasaba distraído las páginas de una Biblia con bellas ilustraciones propiedad de Massurdi. De pronto reparó en las primeras páginas del Génesis, allí donde se hablaba de los antiguos patriarcas: "*El total de los días de Enoc fue de trescientos sesenta y cinco años. Enoc anduvo con Dios y desapareció porque Dios se lo llevó.*"[lxxxix] Dios se lo llevó…. como al profeta Elías, a quien Dios se llevó en un carro de fuego con caballos de fuego… Meditando acerca de ello dejó a un lado el libro, pero en seguida oyó las voces de Alí y de Aldo al regresar. Al parecer, el toscano había contactado con la colonia de amalfitanos que vivía en El Cairo y andaba de excelente humor al haberse encontrado con sus compatriotas.

2
Los Balcanes, ciudad de Niš
mes de septiembre de 999.

El poeta Homero nos cuenta que en el Hades, el mundo subterráneo, donde el barquero Caronte pasa de una orilla a otra de la laguna Estigia a los recién llegados, Ulises ofreció una copa de fluido vital a los espíritus, y de ese modo recuperaron su alma y su vida.

Hans Smisza, como los espíritus en pena, bebía de su copa sentado en una silla de piel de ovejas persas, tratando de recuperar el ánimo, envuelto en el miedo que sentía desde que había visto a la hija de la curandera reflejada en un espejo. A su alrededor, cofres repletos de monedas y joyas, escrituras de propiedad, el título de gobernador de la provincia y una gran mesa dispuesta con vajilla traída de Oriente servida con dos grandes faisanes que despedían un aroma que impedía dormir a los dos perros que tenía a sus pies.

En aquella hora cercana al anochecer esperaba a sus invitados sentado cerca de la ventana, sorbiendo de su copa de cristal una y otra vez. Era un verdadero lujo que ahora podía permitirse, por eso observó el vino de su interior con satisfacción. Aún así, su boca se contrajo en una mueca de disgusto al reparar en las palmas de sus manos. Su mal, que no se detenía, había provocado que se cubrieran de vello, en un intento de preservarlas de la luz intensa del verano. Apartó su mirada y apuró la copa con un último trago. Inquieto, se levantó dando grandes zancadas de un lado al otro de la habitación, acercándose a la ventana, mirando de reojo el camino que conducía al castillo que ahora habitaba, en lo alto de una loma de tierra baldía.

La servidumbre esperaba en la puerta para recibir a sus invitados. Aquella mañana había exigido a sus mozos que retiraran de sus rostros el hollín que manchaba sus mejillas y había obligado a las doncellas a lavar sus cabellos en el río. Quería impresionar a todos. Quería que lo admiraran, que rieran con él, que alabaran su exquisito gusto, las cortinas de seda que colgaban de las paredes, los doseles de las camas. Pero iba a oscurecer y seguía sin ver ninguna montura en el camino. Quería, ante todo, respeto, pero no lo había conseguido, pues nadie había venido.

Oscureció por completo y los faisanes se enfriaron sobre la mesa. El sabor antes dulce de la bebida en su boca, se volvió amargo como su corazón.

En la cocina, Ada Korály sonreía mientras las doncellas murmuraban. Ahora sus cabellos ya no estaban cubiertos por un pañuelo gris, sino que lucían trenzados y enlazados sobre la cabeza. Su rostro, gracias al jugo de ajo que sabiamente se había sabido aplicar, había rejuvenecido al perder las verrugas de su barbilla. Días atrás, había enfilado el camino que llevaba al castillo donde habitaba el nuevo gobernador y solicitó empleo como cocinera con el nombre de Piroska. Apenas se había cruzado con él en un par de ocasiones sin que la reconociera. Gracias a los infiernos.

Ada estaba en su casa, en sus tierras, vigilándole. Esperando.

Sentada a la mesa, colocando moras sobre una tarta, sonreía al pensar en Hans en su habitación mirando por la ventana, decepcionado. Él no sabía que la vieja Ada había hecho correr un rumor; por eso nadie iba a venir. A veces no hacía falta acudir a la magia oscura para hacer daño a una persona; a veces solo bastaba una buena lengua.

Las moras dejaron sus dedos manchados de color violeta y mientras los frotaba con un paño, una doncella entró en la cocina con los ojos llorosos.

—¿Qué te pasa, Gavrila?

La muchacha dejó sobre la mesa una bandeja con pedazos de cristal roto y se sentó junto a ella secándose sus lágrimas con el mandil.

—El amo ha lanzado su copa de vino sobre las cortinas de su habitación. Está furioso.

—¿Qué le ocurre?

—¿Acaso no te has enterado? ¡Ninguno de sus invitados ha venido! ¡Nadie! No quiero pensar, Piroska, ¡no quiero pensar en la furia del señor cuando sus deseos no se cumplen! De momento ya ha recibido Klaus.

Ada se mordió los labios, pues no era su pretensión que el muchacho saliera lastimado, pero las cosas eran así, y aún podían empeorar.

En el piso de arriba, Klaus cerró la puerta de la habitación de su amo tratando de no hacer ruido. Era mudo, pero sí podía oír, por eso tembló al oír la última palabra que había pronunciado el amo: Venganza.

Cerca de medianoche, Ada se dirigió al cuarto de la planta baja que ocupaba aquel muchacho mudo que siempre andaba con Hans, el mismo que había visto en su casa de la ciudad. Llevaba para él un cuenco con sopa caliente y dos huevos duros. Empujó la portezuela con la bandeja y trató de despejar la bruma de su vista, ya algo

gastada, parpadeando varias veces. El sebo que ardía en un rincón fue suficiente para descubrir la sombra que se apoyaba en la pared. Ada se acercó un poco más y vio a Klaus ocultando su rostro entre las piernas.

—Muchacho… —susurró Ada con voz suave. Le acercó la bandeja dejándola en el suelo, a su alcance, y se agachó junto a él.

Klaus no levantaba el rostro, así que Ada cogió el cuenco caliente y lo acercó a sus manos, que se abrieron aceptándolo. Ella rodeó con sus manos las del jovencito y las acompañaron hasta su boca. Él levantó por fin el rostro y, mientras sorbía la sopa, Ada pudo ver los moretones de su frente y el hilillo de sangre seca que corría por la comisura de sus labios pálidos. La venganza siempre salpicaba a los inocentes.

3
El Cairo, día del equinoccio de otoño

Llegó el día del equinoccio y Masika estaba preparada para unir su don al de su madre. Desde sus aposentos oyeron el golpeteo de los sirvientes en las puertas de la casa para que todos despertaran. Aún era de noche y se dirigieron a la cocina para recoger de manos del cocinero unos víveres para el camino. Allí supieron que Al-Biruni y Muhammad habían tenido que regresar a El Cairo a camello, pues la ligera brisa que soplaba sobre el Nilo hubiera impedido su llegada a tiempo.

Salieron hacia Al-Jizah en dos grupos, pues el señor Kadir les había advertido del rumor que corría por la aldea: La guardia del califa merodeaba por el lugar. Hasta sus oídos había llegado la noticia de que unos extranjeros parecían muy interesados en las pirámides. Tal vez temían que quisieran robar parte de su revestimiento… o tal vez todo fuera un rumor sin fundamento, pero aún así debían ser cautos.

Mientras Ersbetta, Aldo, Hassan, Alí y las niñas permanecían en la zona de la esfinge, Al-Biruni y el resto lo harían en el perímetro de las pirámides, pues el astrónomo deseaba observar la salida del sol desde allí, quizás esperando alguna revelación. Masika y su madre se situaron tras la Esfinge, cerca de las escasas ruinas del templo que una vez existió cerca de su cola, antes de que las arenas y el tiempo lo hicieran desaparecer. Y en la oscuridad y el frío de aquella hora esperaron la aparición del astro rey. Abu el-Hol la esperaba también; durante miles de años lo había hecho. Estaba a punto de suceder el equinoccio de otoño, el tiempo en que la oscuridad y la luz eran iguales, el tiempo en que el mal y el bien estaban a mano.

Los ojos ciegos de la esfinge recibieron el primer destello de claridad y Masika, que también miraba hacia el este, sintió que en su pecho nacía una emoción intensa que hizo que olvidara el frío que sentía. Los rayos alcanzaron las ruinas del templo del este, tocando como una vara mágica las que formaban una media luna, y Ersbetta y su hija alzaron sus manos para recibir aquel dorado resplandor. Tor, que olisqueaba la presencia de animales bajo la arena, regresó junto a su dueña y se sentó sobre sus cuartos traseros, algo inquieto.

En la llanura de las pirámides, Al-Biruni, Muhammad y Massurdi se habían situado frente a la Gran Pirámide, mientras que Gerbert, ibn Umáil, Adham y Richer permanecían en la cara opuesta. Fueron sólo unos instantes, suficientes para comprobar entre todos que la luz y las sombras jugaban con las piedras de la pirámide, pues en las caras norte y sur, sólo la mitad oeste recibía los rayos del amanecer. Al-Biruni anotó el fenómeno pero no estaba satisfecho. Al anochecer quería comprobar si se producía el efecto contrario.

Muhammad se le acercó y señalando hacia la esfinge, preguntó:

—¿Qué estará sucediendo allí?

La cabeza orgullosa de la esfinge recibía los rayos del sol en sus ojos de piedra, inermes, pero para Aldo, Hassan y Nanya, que los miraban, eso no tenía importancia, pues fuera espejismo o no, lo cierto es que vieron cómo se abrían y recibían al sol en su interior. Fue un parpadeo, un breve guiño, pero suficiente para mirarse asombrados.

Masika miró hacia el cielo sin nubes y como si de un espejo se tratara, como las aguas claras del riachuelo que pasaba cerca de su casa en Salföld, vio reflejada la esfinge, pero la vio completa, sin arena que la cubriera, con su forma de animal bien delimitada, con una cola baja, en reposo, como sus patas.

—¿Lo ves, madre? ¿Lo estás viendo?

Ella asintió, pero no podía responder debido al nudo en su garganta.

Bajo sus sandalias la arena comenzó a formar remolinos mientras el cielo se volvía ambarino. Por el norte comenzó a soplar una leve brisa que traía aire cálido.

—¡Escucha al viento, Masika! ¡Escucha al viento y no dejes de mirar al cielo!

Ahí seguía la imagen de la esfinge. Con sus colores originales, azul y amarillo el nemes, ocre el rostro y verdes los ojos. Y en su cola vieron una brecha, y supieron que ahí estaba la entrada, abierta para ellas.

Aquella observación era importante, pero en aquel momento no fue lo que más les llamó la atención, sino la imagen que proyectaba la esfinge en el cielo, pues bajo ella comenzaron a aparecer columnas que sostenían una estructura que se extendía hasta más allá donde alcanzaba su vista.

Un grupo de nubes se acercaban por poniente amenazando con nublar su visión y Ersbetta silbó para tratar de dirigirlas hacia el oriente.

El cielo era un espejo de lo que había en la tierra. La esfinge arriba. La esfinge abajo. Un templo arriba, hasta los confines del cielo. Un templo abajo, hasta las profundidades de la tierra, custodiado por el vigilante del umbral oculto. Sólo ellas tenían la facultad de ver el mundo que se oculta tras el mundo, por eso sólo ellas supieron que aquella construcción era un templo antiguo como la tierra, antiguo como el cielo, desde donde se rendía culto al sol.

En la brisa venían unas palabras, ininteligibles, palabras pronunciadas por los sacerdotes que Ersbetta descubría en su visión, miles de años antes, adorando al astro rey; y entre esas palabras distinguió unas que le resultaron familiares: "*Es verdad, sin mentira, que lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo, para realizar los milagros de todas las cosas*."[xc]

De nuevo se acercaron más nubes y Ersbetta volvió a silbar, pero ésta vez sin éxito. Añadió un gesto de alejamiento con su mano, pero las nubes seguían avanzando a toda velocidad mientras el cielo se volvía rojizo. Su frente mostró unas arrugas fruto de su contrariedad. ¿Pero qué…?

A Oriente, donde nacía el sol, Nanya se llevó las manos al pecho, cruzadas una sobre la otra, mientras Aldo, Hassan y Alí sentían bajo sus pies un leve temblor de tierra. La niña, tal y como le había pedido Ersbetta, elevó su canto a los cielos, fuerte y segura, alzando su voz como nunca antes lo había hecho, llegando hasta los oídos de los hombres que estaban en la llanura de las pirámides, que paralizados, miraron hacia arriba, pues un estruendo cruzó de lado a lado el firmamento. Tor aulló con la cabeza alzada y los ojos cerrados. Como un lobo.

Acaban de abrirse las puertas del cielo.

Ninguno de los hombres vio nada, más que unas nubes henchidas de formas caprichosas tras las cuales se había formado el extraño ruido, pero Masika y su madre sí vieron lo que se escondía tras ellas, pero no hubieran sabido explicarlo, pues eran como tres carros resplandecientes envueltos en relámpagos, en fuego, en centellas... Más tarde, oyendo las palabras de la curandera, Gerbert pensaría en el carro de fuego que se llevó al profeta Elías.

Oyeron que Nanya detenía su canto y las nubes de formas caprichosas ocultaron su visión. Fue entonces cuando la mirada aturdida de Masika siguió la dirección de la brisa y se detuvo en un pequeño remolino que se deshizo muy cerca de sus pies, allí donde también la línea de la sombra delimitaba el terreno. Ahí pues, debía de encontrarse la entrada que habían visto reflejada en el firmamento. Se agachó y fue haciendo hueco en la arena fría de la mañana mientras Alí se acercaba.

—¡No os podéis imaginar lo que hemos visto!

Ella no le respondió, pues con sus pies trataba de despejar una pequeña zona ligeramente hundida; además, no creía que su visión superara a la suya.

—Ayúdame, Alí —le dijo mientras volvía a despejar con las manos la arena bajo sus pies. Él ya venía preparado y sacó una pequeña pala que llevaba colgada a la espalda.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó nervioso. Masika levantó sus ojos hacia él y le sonrió.

Hassan se había dirigido hacia las pirámides para avisar al resto, mientras Aldo iba junto a Ersbetta y le hablaba de los rayos de sol que habían abierto los ojos de la esfinge.

—Era una ilusión, lo sé —dijo— pero era lo más hermoso que he visto jamás. Ha sido una lástima que vosotras no lo hayáis podido ver.

Ella se mordió los labios, dudando si decirle lo que había visto tras las nubes, dudando de si había sido una ilusión también. Sabían que de un momento a otro aparecerían los vigilantes de las pirámides, así que trabajaron deprisa apartando arena, tratando de encontrar el pozo que les conduciría bajo la esfinge.

—¡Vamos! ¡Vamos! —animaba Gerbert—.¡Hemos de darnos prisa!

Nanya sentía molestias en los ojos por la polvareda y se acercó al papa, quien se mantenía más alejado del resto junto a Massurdi, que observaba la operación en silencio, oteando el horizonte, nervioso.

Gerbert acariciaba el cabello de Nanya cuando Ersbetta se acercó a ellos en busca de su odre.

—Esta niña es un ángel —le dijo—.Su canto es sublime, hipnotizador.

—Lo es —respondió la curandera sonriendo—. La diosa le ha concedido el don de una bella voz.

—Bien —dijo él suspirando por la nueva alusión a sus creencias paganas—, un día de éstos os hablaré de Jesucristo y de su madre, la Virgen María. Creo que…

Antes de que ella le respondiera, Alí y Richer gritaron a la vez.

—¡Aquí, aquí!

Masika miraba hacia el suelo, allí donde una portezuela con goznes daba paso a un pozo cuyas paredes tenían unos pequeños asideros de hierro para bajar con más o menos facilidad.

Todos se felicitaron por el hallazgo, y Aldo se ofreció para bajar e inspeccionar el fondo. En seguida fue seguido por Richer y Al-Biruni, deseoso de bajar a las profundidades. Pero su dicha acabó enseguida con el grito de alerta de Massurdi. Por el sur se acercaba una recua de camellos a toda velocidad.

—¡Hombres del califa!

No había tiempo de pensar en qué hacer. Por el momento, una duna los ocultaba de los que se aproximaban, pero la avanzada edad de Massurdi le impedía bajar al pozo con agilidad y Hassan no pensaba dejarlo solo para enfrentarse a la autoridad. Así pues, ellos se quedarían en el exterior junto con Tor para ocultar la entrada, que volverían a abrir en cuanto pasara el peligro, pero el perro no parecía nada de acuerdo al ver cómo sus dueñas desaparecían bajo la tierra. Ersbetta y las niñas, ya en el fondo del pozo, lo oían gimotear. Pronto fueron alcanzadas por Muhammad ibn Umáil, Adham y Gerbert, quien perdió el equilibrio y cayó con un golpe sordo sobre uno de los bultos que había lanzado antes su discípulo Richer. Ersbetta lo ayudó a levantarse y gritó a Alí que iba a subir para tranquilizar al perro.

—¡Maldito perro!¡Nos descubrirán! —se quejó Muhammad.

—Puedo bajarlo con cuerdas —sugirió Alí asomándose al pozo.

—¡No hay tiempo! —gritó Hassan—.

Los hombres del califa se acercaban peligrosamente y no podían más que cubrir la entrada de una vez.

El muchacho maldijo su suerte.

—Tranquilo, primo —le dijo Hassan enterrando con los pies las palas que habían usado—. Si todo sale bien, ya tendremos oportunidad de entrar. Ahora, calma.

—Dirijámonos hacia la aldea —propuso Massurdi. Y a paso lento, se encaminaron hacia la zona de las ruinas del templo del este.

—¡Alto ahí! —gritó uno de los hombres del califa.

Ahora Tor dirigía sus ladridos a los siete hombres a camello que se detuvieron junto a ellos. Alí trató de serenarlo.

El primero de ellos, de unos veinte años, bajó de un salto de su animal y se acercó a Hassan.

—Salaam alaikum.

—Alaikum salaam.

—Soy Harun, primo del califa Hussein Al-Hakim bi Amri Allah. ¿Puedo preguntaros la razón de vuestra presencia en Al-Jizah?

Massurdi dio un paso al frente, presentándose.

—Mi nombre es Abd al-´Aziz Massurdi, hijo de Rashid. Maestro de copistas de la biblioteca principal de Alejandría y sacerdote de la catedral copta de San Marcos de El Cairo.

Harun se frotó la larga barba con los dedos, observándoles, mientras Tor le gruñía.

—Y éste es mi amigo Hassan ibn Talib, de la ciudad de Alejandría, traductor de lengua copta y aramea, maestro de retórica y música.

—¿Y qué os ha traído a Al Jizah?

—Queríamos admirar de nuevo las pirámides…

El primo del califa miraba a su alrededor. Estaba seguro de que había visto más hombres, y no sólo a aquellos tres.

—Mis soldados me han dicho que no es la primera vez que os ven en la meseta.

Massurdi asintió.

—En efecto, señor. Este es el segundo día, pues queríamos admirar el amanecer desde aquí. Queríamos estudiar el fenómeno de la luz sobre las pirámides y…

—¿Nadie más os acompaña? Desde lejos me había parecido ver que formabais un grupo más numeroso —dijo echando un vistazo a Alí.

—Bien, señor. Hace un rato vinieron unos aldeanos a ofrecernos aishamis… ¿Os referís a ellos?

Harun no respondió y montó de nuevo en su camello mientras Tor seguía gruñéndole, nervioso.

—¡Haced callar a ese animal! —ordenó de mal humor. Y desde arriba les advirtió—: Os aconsejo que si deseáis estudiar las pirámides debéis pedir los permisos correspondientes.

Harun atizó con su vara el flanco de su camello y se alejó con su séquito. Más tarde hablaría con su primo, pues estaba seguro de que aquellos tres le estaban ocultando algo.

Alí suspiró, aliviado.

—Está claro que no podemos volver hasta que oscurezca —dijo Hassan—. Estoy seguro de que aquí a unos instantes volverán algunos de esos hombres y vigilarán la zona. — Massurdi estuvo de acuerdo, así que regresaron a la casa, intranquilos por lo que estuviera sucediendo en el pozo. Aún no habían pasado ni dos horas desde el amanecer.

4

El pozo tenía una salida. Era una galería oscura y estrecha que les hizo avanzar en fila de a uno, ligeramente agachados.

Habían encendido tres antorchas y caminaban en tres grupos tratando de no resbalar en aquel suelo de piedra, húmedo y frío. A la cabeza, Al-Biruni y Muhammad, seguidos por Gerbert, Richer, Ibn Umáil y Adham, que sostenía la segunda antorcha. Las últimas, Ersbetta, Nanya y Masika, seguidas de Aldo, que sostenía la última de las teas y cerraba la fila.

Caminaron cerca de una milla en línea recta hasta que se encontraron con una pequeña sala circular con el suelo de piedra negra que derivaba en cuatro pasajes.

—¿Y ahora? —preguntó Gerbert.

Al-Biruni acercó su antorcha a la pared de su izquierda, allí donde grabada en la pared de roca se podía ver claramente la figura de una esfinge alada. Ersbetta acarició con sus dedos la ilustración mientras Nanya tiraba de las mangas de su túnica y le señalaba hacia arriba, hacia el techo aquella estancia.

Entre las sombras era casi imperceptible, pero se trataba del dibujo de un círculo y dentro de él se distinguían algunos símbolos. Ersbetta se acercó a Gerbert y le señaló el hallazgo.

No poseían escaleras ni había piedras o bloques a los que encaramarse, por lo que siendo Muhammad ibn Miskawayh el más alto y de poco peso, se subió a los hombros de Al-Biruni y trató de alcanzar con su vista y la ayuda de la antorcha la pintura del techo.

—Es un círculo. En su parte exterior hay… una, dos, tres… doce figuras egipcias que parecen sostener con sus manos un nuevo círculo dibujado en el interior. Dentro del segundo círculo hay otras figuras egipcias, pero más pequeñas que las anteriores; son casi diminutas.

—¿Qué clase de figuras son? —preguntó Al-Biruni.

—No puedo distinguirlas con claridad. Muchas de sus cabezas tiene formas de animales y algunas sostienen un cayado, otras portan flechas…

—Y las figuras del círculo exterior, ¿cómo son?

—Pues… van intercalándose. Una mujer, sola, de pie; después dos hombres juntos con cabeza de águila en cuclillas; después de nuevo la mujer. Todos juntos suman las doce figuras que antes te he dicho.

—¿Cuántas veces está representada la figura de la mujer?

—Mmmm, cuatro, y a sus pies hay pequeños dibujos delimitados por líneas.

—Jeroglíficos… —dijo ibn Umáil—. Grabados sagrados…

Mientras los demás miraban hacia el techo, sin decir nada, Al-Biruni tuvo una revelación:

—¿Ves alguna balanza?

—Sí, aquí.

—¿Algún cangrejo o algo que se le pueda parecer?

—Mmmm… —Muhammad acercó más la tea y asintió—. Sí, aquí.

—¡Bien! ¡Es una rueda astrológica!

Gerbert y los demás murmuraron.

—¿Qué idea tenéis, joven? —le preguntó Gerbert—.¿Esa rueda puede indicarnos la puerta a escoger?

—…Cuando el corazón del león se halle en el primer minuto de la cabeza del cangrejo… —murmuró Al-Biruni recordando las palabras de Massurdi y el grabado en la gran pirámide. Tal vez…

—Busca algún león, Muhammad. ¿Lo encuentras?

—Bien —dudó su amigo—, es un poco difícil de distinguir pero sí, parece ser un león.

—Desde el cangrejo que has visto antes, ¿podría decirse que se forma una línea recta?

—¡Así es! Y esa línea imaginaria apunta hacia la figura de la mujer que se encuentra arriba, a la derecha.

—¡Entonces ésa podría ser la salida correcta! —exclamó Al-Biruni girándose y señalando la puerta que tenía tras de sí.

—¿Estáis seguro? —preguntó Gerbert.

Muhammad lanzó la antorcha a Adham, saltó de los hombros de su amigo y colocándose bien el caftán siguió los pasos de Al-Biruni que ya acercaba la luz a aquel pasadizo oscuro, seguido de cerca por Gerbert.

—Podemos entrar Muhammad y yo, si queréis. Si no hay peligro, regresaremos.

—De eso nada, iremos todos juntos —dijo ibn Umáil—. En todo caso, las que tienen que esperar son las mujeres.

Ersbetta comprendía a duras penas el lenguaje de los árabes, pero antes de que Gerbert saliera en su ayuda, se echó a la espalda su hatillo con provisiones y cogiendo de las manos a Masika y a Nanya se abrió paso entre los hombres colocándose al lado de Al-Biruni. Aldo la siguió y pudo ver cómo ella miraba a los ojos del persa con determinación y orgullo. No estaba allí por casualidad, no había abandonado su tierra para someterse al criterio de un recién llegado que la hacía a un lado. Al-Biruni vio en sus ojos la misma fuerza que en los de su esposa Lilya, por eso le hizo un gesto afirmativo y avanzó adentrándose en la galería seguido de la curandera y los demás.

Caminaron en silencio en dirección descendente por un camino con poca inclinación cerca de dos millas, y tras doblar un recodo, vieron el final del pasadizo. Una vez fuera de él se encontraron en una gran sala hipóstila que contaría más de cien columnas. Pero no fue la gran altura de las columnas lo que llamó la atención de los recién llegados, no fueron las paredes pintadas de azul intenso, sino la iluminación de aquella gran sala, pues a unos pasos de ellos, un muro de luz circular impedía el acceso al centro, allí donde se elevaba una estatua que no podían distinguir con claridad. Aquella luz blanca parecía nacer del suelo de piedra y morir en el techo, allí donde su vista casi no alcanzaba, como si se tratara de una cortina gigante.

—¡Por todos los jinnis! —murmuró Muhammad.

Pero Al-Biruni no le estaba escuchando, pues ya se acercaba a aquella barrera luminosa que lo fascinaba.

—Id con cuidado —le dijo Gerbert, pero su advertencia llegó demasiado tarde.

A unos diez pasos de aquella barrera, el astrónomo sintió cómo se le revolvía el estómago. Dio un paso más y entonces el vómito fue incontrolable. Se hizo a un lado mientras los demás se miraban preocupados. ¿Había sido la luz o el persa tenía el estómago revuelto? El hermano de Ibn Umáil, Adham, avanzó también en dirección al muro de luz y la cabeza comenzó a darle vueltas. Mareado, sintiéndose de repente muy enfermo, dio media vuelta y corrió a vomitar tras una columna mientras los demás murmuraban.

—Magia, encantamiento o hechizo, está claro que no podemos llegar al centro de la sala —dijo Ersbetta.

—Es una trampa, una defensa contra visitas indeseadas —opinó Ibn Umáil.

Al-Biruni llegó junto a ellos; estaba pálido y sudoroso, pero Gerbert no podía dejar de preguntarle:

—¿Qué habéis sentido al acercaros a la luz?

El persa se sentó en el suelo, apoyado en la pared, y con voz débil respondió:

—Un gran malestar en todo el cuerpo, y en seguida ha llegado el vómito. Ha sido muy desagradable, la verdad.

Adham llegó y se sentó junto a él, aseverando que había sentido lo mismo. Pero a pesar de lo enfermos que se sentían no podían dejar de admirar aquella extraña barrera. ¿De dónde provenía la energía necesaria para crear aquella luz artificial? ¿Quién era capaz de crear algo así?

Richer, Gerbert e Ibn Umáil sabían de la magia, pero también sabían de la ciencia, y se preguntaban lo mismo que Al-Biruni. A una distancia prudencial, caminaron paralelos a ella tratando de distinguir el mecanismo que hacía posible aquello, y pronto se dieron cuenta de que en la base del extraño muro había decenas de pequeñas vasijas de barro, y de ellas surgía aquella luz. Richer se ofreció a contarlas y fueron cien. Cien vasijas cuyo misterioso contenido no podían examinar. Al menos por el momento.

Masika y Nanya permanecían junto a Ersbetta, algo asustadas por aquello que veían y no comprendían. Masika susurró:

—Es un encantamiento, ¿verdad madre?

Si así fuera, no sabía cómo enfrentarse a él. Ni siquiera se atrevía a acercarse.

—Esperemos que todo ande bien allí arriba —dijo Gerbert—. Esperemos que Hassan y Massurdi no se hayan metido en problemas con los hombres del califa y puedan regresar por nosotros.

—Mientras tanto propongo que examinemos el resto de las galerías —sugirió Ibn Umáil.

Y así lo hicieron, quedándose Aldo, Ersbetta y las niñas en la sala del muro de luz, mientras una vez en la habitación de la rueda astrológica, los hombres se separaron en parejas para examinar las tres galerías restantes.

Muhammad Ibn Umáil y su hermano Adham recorrieron un estrecho corredor sin ningún tipo de ilustraciones en las paredes, tal y como era habitual en los templos egipcios. Pero la esfinge no era un templo, y era diferente, como estaban comprobando.

Adham caminaba tras su hermano, emocionado y excitado. Hacía un mes estaba en la ciudad de Barcelona ayudando a su tío Aurelius con las cuentas de su negocio de artesanía, levantándose cada día a la misma hora, recorriendo las mismas calles y viendo a las mismas personas; sumando cifras, restándolas, guardando monedas en el arcón hasta la hora de la comida y después vuelta a empezar. Y ahora se hallaba lejos de su país, bajo tierra y recorriendo una galería oscura que serpenteaba descendente hacia las entrañas de la Gran Esfinge. Era joven, pero se sentía casi como un niño que descubre el mundo por primera vez.

Ibn Umáil se detuvo.

—Pero, ¿qué es esto?

La estrechez de la galería que habían tomado Gerbert y Richer comenzó a provocar en el papa un estado de ansiedad que lo preocupaba. Caminaba tras su discípulo siguiendo sus pasos sobre el suelo de piedra negra, siguiendo las sombras que nacían en las paredes y tratando de apaciguar los latidos de su corazón. Pero su inquietud iba en aumento, tanto, que el miedo empezó a apoderarse de todos sus sentidos, confundiéndolos, pues su olfato le trajo el aroma de la cocina del monasterio de Santa Maria de Ripoll, allí donde se acercaba a saludar al hermano Paulo y era obsequiado con una cucharada de alguna de sus salsas exquisitas. Además, su vista le hizo ver figuras pavorosas en las sombras de las paredes que hacía crecer la antorcha de Richer, y su oído le traía las revelaciones angustiosas del tiempo en que había ejercido de confesor de sus fieles.

El miedo fue creciendo en su pecho y se extendió a su espalda, allí donde sentía una presencia que lo agobiaba; por esa razón volvía de continuo la cabeza hacia atrás, temiendo a la oscuridad que quedaba tras ellos. Richer, ajeno a lo que estaba sufriendo su maestro, continuaba hacia delante sin percatarse de que Gerbert se había detenido.

El papa estaba envuelto por las tinieblas, sin poder articular palabra, pues el miedo lo había paralizado. Y allí, en aquella galería subterránea, inmóvil, creyendo irracionalmente que llegaba su hora, Gerbert volvió al pasado, al día en que con once años se hallaba sentado sobre un lecho de hojarasca, a la orilla del río, tallando un pedazo de madera que pretendía convertir en barca.

El crujido de las hojas secas le hizo volver la cabeza y pudo ver a un anciano que sostenía sus pasos con un cayado.

—Buenas tardes, Gerbert —le dijo.

—¿Me conocéis, señor?

El anciano no respondió, pero se acercó más al niño.

—¿Me dejas ver lo que estás haciendo?

Gerbert se levantó del suelo y le tendió la talla, que el viejo examinó detenidamente.

—Excelente, pero no es a esto a lo que has de dedicar tu vida —El viejo lanzó el barco inacabado al río y se dio media vuelta.

—¡Pero, señor! —protestó el joven Gerbert—. ¿Por qué ha hecho eso?

El anciano, cuyo nombre era Andrade, se detuvo y volvió a posar su mirada en el muchacho.

—Si quieres saber, vendrás a mi cueva, en lo alto del cerro.

Entonces era el anciano sacerdote, el ermitaño… pensó Gerbert, quien había oído hablar de él en el pueblo, y no precisamente bien, pues decían que había sido expulsado de su congregación por prácticas demoníacas.

Aquella tarde, Gerbert regresó a su casa y estuvo pensando en si aceptar la propuesta o no. Por un lado sentía temor, pero por otro, curiosidad; y ésta última venció. Y por la tarde, tras ordeñar las dos vacas de su padre, salió de los lindes de su aldea, atravesó el bosque de robles y emprendió la subida hasta el cerro, allí donde el anciano Andrade lo recibió con una sonrisa, pues su destino se había cumplido.

—Pasa, muchacho, pasa —le dijo con su voz grave y quejumbrosa.

Gerbert titubeó, pero agachó la cabeza y entró en la cueva del anciano, bien iluminada por teas y cirios. Al fondo había una mesa bien dispuesta con grandes y crujientes panes, un gran queso y dos jarras rebosantes de vino.

—Detente, Gerbert —le dijo Andrade antes de que el niño llegara a la mesa—. Ahora aprenderás qué es la ilusión, que es la magia. —Caminó ayudado por su bastón y cogió un lienzo oscuro que estaba doblado sobre una silla. Con un gesto rápido lanzó el lienzo sobre la mesa y cubrió los panes, el queso y el vino.

—Soy el nieto del druida —dijo—. Soy el hijo de la hechicera, soy el hermano del profeta y conozco todas las estrellas. Conozco las plantas y las raíces y conozco la magia que existe en el mundo.

Dicho esto, estiró el lienzo hacia sí y Gerbert, asombrado, vio que la comida había desaparecido.

El niño volvió al día siguiente, y al otro también, y fue aprendiendo a conocer las estrellas que formaban el Carro Mayor y el Carro Menor y muchas más. Aprendió a decir las palabras que expulsaban los espíritus malignos cuando Andrade encendía una hoguera en el tiempo del solsticio de verano. Aprendió a leer en las hojas del roble y a adivinar el futuro siguiendo el aleteo de los pájaros en el cielo.

Pero el viejo Andrade poseía pocos días de esta vida y una mañana Gerbert lo encontró en el lecho, a oscuras, pues ni siquiera se había podido levantar para encender las teas que colgaban del techo.

—Dentro de unos años serás grande, Gerbert —le dijo con esfuerzo, con los ojos cerrados, como si hablara dormido—, pero tu nombre ya no será ese. Serás guía de almas y abandonarás la magia a la que yo sirvo por otra magia que será usada en generaciones venideras. Aún así, nunca olvidarás mis enseñanzas, pues así está escrito. Yo, el nieto del druida, el hijo de la hechicera, el hermano del profeta, te digo que conocerán tu nombre en todo el mundo, y aún más allá de tu muerte, que se producirá a tus cincuenta y ocho años...

—¡Maestro, maestro! —Richer zarandeaba a un aturdido Gerbert que volvía en sí.

—Dónde… ¿dónde estoy?

—Pero maestro, ¿qué os ha ocurrido?

Gerbert miró a su alrededor y reconoció la galería del subsuelo de la esfinge.

—Bebed un trago de mi odre. Os reconfortará.

El papa así lo hizo y el vino egipcio hizo que recuperara la palidez de su rostro. Acababa de recordar las palabras del viejo Andrade que guardaba en lo más profundo de su memoria, y si la profecía del eremita estaba en lo cierto, no le quedaban más de tres años de vida.

Confundido, siguió a Richer, pues éste tenía algo muy interesante que mostrarle, a juzgar por su emoción y sus palabras agitadas. Mientras sus pies avanzaban siguiendo su voluntad, pensaba que si le quedaban tres años de vida, que si su antiguo maestro estaba en lo cierto, superaría el temido final de aquel año. Después de todo, Dios parecía haberle perdonado las creencias paganas que le había transmitido el viejo Andrade; después de todo, Dios debía intervenir para salvar al mundo. Pero mientras entraba en una sala donde reinaba un extraño olor a azufre, no podía dejar de pensar que tal vez aquel recuerdo era un aviso, y quizás, una mentira del mundo oculto.

Richer acercó su tea a la colosal estatua de piedra negra que se erguía apoyada en la pared de roca impidiendo el paso. Era una representación egipcia de un hombre sentado, tal vez un dios, y Gerbert se lamentó de que Hassan o Massurdi no estuvieran allí para reconocerlo. Su altura, de unos cuarenta pies, alcanzaba casi el techo de aquella sala, pero no fue eso lo más asombroso, ni siquiera la perfección de aquella talla, que parecía viva, expectante, sino que entre lo que eran sus piernas había una puerta con dos batientes. Y esas puertas gigantes, de hierro, se abrían y cerraban una y otra vez, sin pausa. El interior de esas puertas aparecía a su vista oscuro e impenetrable.

—¿Lo veis, maestro? ¡Es fascinante!

Gerbert se acercó más hacia la puerta tratando de averiguar qué era lo que hacía posible aquello. Su mirada se dirigió hacia el suelo que pisaban. Y allí donde se situaba Richer pudo distinguir diversas baldosas con signos.

—Sal de ahí, Richer —le dijo. Y su alumno dio un paso hacia atrás, colocando sus pies en otra baldosa. Los batientes de las puertas completaron su giro y se cerraron trayendo el silencio a aquella pequeña sala.

Gerbert abandonó la baldosa que pisaba y dio un paso hacia la anterior, pero ésta no cedió a la presión. Ni tampoco la que la seguía.

—No comprendo el mecanismo que…

—Mirad, maestro.

Richer señalaba tras ellos, hacia la pared que estaba junto enfrente de la gran estatua, y Gerbert pudo ver varias representaciones de una figura con cabeza de chacal en diferentes posiciones. Los conocimientos adquiridos en los últimos días le señalaron que era el dios Anubis, el dios de los muertos.

Al-Biruni y Muhammad habían dejado atrás el pasillo principal y ahora seguían un corredor que les obligaba a avanzar agachados en dirección descendente siguiendo

unos anchos peldaños de piedra. Y al igual que Gerbert, la mente del astrónomo le llevó a un episodio de su infancia, al día en que su madre puso sobre sus manos un hatillo que contenía semillas y dátiles. Su misión era llevárselo al sabio Quilón, un griego que llevaba años en Kath y enseñaba a leer y a escribir en el patio de su casa.

Al-Biruni, que contaba siete años, rodeó la humilde construcción de adobe en las afueras de Kath y en la parte trasera, bajo la sombra de las palmeras, pudo ver a una decena de niños de origen humilde que no podían costearse la escuela. Atendían el relato de su maestro acerca de un héroe llamado Odiseo, que ideaba construir un caballo de madera para entrar y conquistar la ciudad de Troya.

La clase acabó y entregó el hatillo al maestro, que le dio las gracias con su amplia sonrisa. Pero desde aquel día, después de la escuela, Al-Biruni regresaba en secreto para escuchar al maestro Quilón. Daba un rodeo a la casa y subía a uno de los muros traseros desde donde amparado por las frondosas palmeras, escuchaba sin temor a ser visto. Su madre pensaba que Al-Biruni jugaba en las calles, pero en realidad aprendía cosas que no le enseñaban sus maestros, pues Quilón leía poemas antiguos que hablaban de guerreros, de hombres que se aventuraban en los siete mares, y explicaba fábulas cuyos protagonistas eran animales que hablaban y se comportaban como los humanos.

Una tarde, al terminar la clase, la túnica de Al-Biruni se quedó enganchada en un saliente del muro desde donde observaba, y mientras tiraba de ella, los niños salieron en estampida del patio para regresar a sus casas. Quilón enrolló los pergaminos que tenía sobre la mesa y con ellos bajo el brazo se acercó al muro donde estaba el pequeño Al-Biruni.

—Muchacho —le dijo sonriendo—, dile a tu padre que puedo contar con un alumno más en mi clase. Ya no es necesario que sigas ahí subido tarde tras tarde.

Al-Biruni logró desengancharse, saltó del muro y se colocó frente al maestro con las mejillas enrojecidas.

—Asisto a la escuela de Kath, señor —dijo, avergonzado—. Pero me gusta escuchar vuestras enseñanzas.

A partir de entonces, Al-Biruni obtuvo un espacio en el patio de las palmeras, allí donde conoció a Muhammad ibn Miskawayh. Pero tras la visita que Quilón hizo a sus padres, acudía también los sábados en la noche para observar con él las estrellas que se encontraban en el firmamento. Su maestro le enseñó que la ciencia no podía responder todas las preguntas, al menos no en los tiempos que vivían, pero que eran las mentes curiosas como la suya las que harían que algún día todas las respuestas serían concedidas. La magia existía, pero no todo era magia en este mundo.

El recuerdo de su infancia cesó, y vio que Muhammad se detenía. La galería terminaba de forma abrupta, pero había una pequeña abertura a ras del suelo.

Muhammad se agachó y alumbró con su tea.

—Sólo un niño podría pasar por aquí. ¿Qué hacemos?

En la gran sala hipóstila, Aldo miraba el muro de luz al lado de Ersbetta. Ninguno comprendía el fenómeno, y menos aún la causa que los mantenía alejados a una distancia prudencial para no verse afectados por sus efluvios.

—Debe de existir algún hechizo que rompa este encantamiento —dijo ella—. Pero sólo se me ocurre que funcione con alguna palabra mágica.

En susurros, Ersbetta fue diciendo las palabras sagradas que conocía, las que había usado en algunos de sus hechizos, pero lo cierto era que no conocía demasiadas, pues su magia era una magia natural que no necesitaba de artificios ni elaboradas invocaciones. Siempre había seguido su instinto y se había dejado llevar por el poder de la sugestión, pues era el más poderoso que conocía. Cuando alguien acudía a ella para curar males extraños, en ocasiones funcionaba más la creencia y el camino que recorrían para buscar su ayuda que el preparado que ella les daba. Una sonrisa y escuchar tras una taza de sopa caliente las tristezas del enfermo a veces solucionaban los problemas mejor que un sortilegio y una palabra mágica.

Y en cuanto a sus poderes… Sí, ayudada por la lira mágica había hecho que la lluvia acudiera a los campos, pero en realidad, su verdadero poder residía en conocer la tierra y los animales. Respetándolos extraía de ellos lo que otros denominaban dominio, cuando no era más que parte de la sabiduría del mundo que la gente no reconoce aún cuando la tenga ante sí, pues los problemas mundanos ciegan a los hombres impidiéndoles ver las maravillas ocultas tras el mundo.

5

Hassan y Massurdi acudieron a la oficina del visir de El Cairo para solicitar un permiso para poder estudiar las pirámides. Tras abonar una suma que a Massurdi le pareció escandalosa, el funcionario estampó un sello sobre un pedazo de papel y salieron del edificio esperando la llegada de la noche.

Por su parte, el joven califa Al-Hakim se entrenaba con el arco en las dependencias del palacio. Estiraba con fuerza la cuerda, tensaba el arma y seguía con sus ojos la flecha que volaba hasta clavarse en el tronco de una palmera. Al ver que no había hecho puntería en el lugar marcado, Hakim lanzó lejos de sí el arco mientras un sirviente corría a recogerlo. Estaba furioso tras la reunión con los emires, pues no había forma de convencerlos de que se destruyera el revestimiento de las pirámides y se empleara en la construcción de una nueva mezquita.

Los emires no se habían negado en redondo, pues conocían la impetuosidad y mal genio del califa, pero le dieron largas, esperando que la madurez le trajera serenidad. El visir Al-Mahdi, que leía a la sombra de una palmera, lo observaba preocupado, pues estaba seguro de que Al-Hakim daría al traste con los logros conseguidos por su difunto padre. En unos años podía llevar al país a la guerra, incluso al mundo entero a la guerra. Pasó una página con dedos temblorosos debido a su edad y recordó la muerte del califa Abu Mansur Nizar sucedida cuando su hijo cumplía once años. El visir no pudo dejar de recordar la sonrisa en su rostro al salir de las habitaciones de su padre. Poco después, los sirvientes entraban y lo encontraban muerto. Que Allah perdonara sus malos pensamientos.

Al-Hakim consideraba las pirámides una obra impía, y a los diez años ya había discutido con su padre por ellas.

—¡No! —respondió airado el califa ante las locas pretensiones de su hijo—. ¡No pienso ordenar quitar el revestimiento!

—¡Pero padre! —exclamaba Hakim, irritado—. ¡Son construcciones impías y ensalzan a dioses falsos! ¡El Profeta nos enseña que no hay más dios que Allah!

Abu Mansur lo miraba perplejo. Su hijo tenía tan sólo diez años pero hablaba como un adulto. Pensó en si no se estaría equivocando al permitir que pasara tantas horas en la mezquita con el mulah Omar.

—Aún así, debemos respetar las obras de nuestros antepasados —contestó el califa tratando de no perder la calma—. Y no hay más que hablar. —Señaló la puerta y se quedó solo con los visires que lo rodeaban. No sabía que pronto moriría. No sabía que su hijo tendría que ver en ello.

Al-Hakim voceó a sus criados y se dirigió a la alberca para darse un baño. Mientras un sirviente lanzaba pétalos de rosa para perfumar el agua, pensó en la influencia que ejercía el visir Al-Mahdi sobre los emires. Era un hombre respetado por todos, mano derecha de su padre, pero no iba a durar eternamente. Pensó que tras su entierro, él mismo ordenaría derribar las entradas selladas de las pirámides y arrasar con todo lo que allí hubiera. Y en cuanto al revestimiento, aquellas placas de piedra calcárea, lisa y blanca que refulgían en la distancia dando esplendor a aquellas construcciones paganas, servirían para construir una gran mezquita a mayor gloria del único dios verdadero. Al-Hakim, relajado por el agua perfumada, sonrió levemente y aguantando la respiración, se sumergió por completo ante los aspavientos de su sirviente.

6

Ibn Umáil se agachó y sus ojos admiraron el autómata. Se trataba de un elefante de metal cuya trompa se elevaba y bajaba mientras sus orejas se plegaban hacia adentro y hacia fuera a cortos intervalos.

—Interesante… —murmuró Adham agachándose a su vez al lado de su hermano.

Estaban en una pequeña sala de techo bajo en cuyo centro se abría una brecha que Adham descubrió llena de agua. La rebasó de un salto y tras ella descubrió un tablero de madera y sobre él dos grandes dados de marfil.

—Hermano, tienes que ver esto.

Ibn Umáil atravesó la brecha de agua y entregó la tea a su hermano para examinar uno de aquellos dados. Tenía seis caras numeradas del uno al seis.

—Son números babilónicos, Adham. ¿Conoces la antigüedad de este tipo de numeración, hermano? Se remonta a dos mil años antes de Cristo.

—Curioso sistema —dijo Adham señalando cada número.

Ibn Umáil levantó el otro dado y lo examinó dándose cuenta de que contenía los mismos números.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? ¿Jugar? ¿Echar los dados?

Ibn Umáil se rascó la cabeza, pues no tenía ni idea. Ya era bastante increíble el estar bajo tierra, bajo la gran esfinge de Egipto, y tras haber visto una enorme y extraña cortina de luz, ahora se topaban con un pequeño elefante autómata y un tablero con dos antiguos dados. ¿Qué hacer? Quién lo sabía.

Adham sostuvo los dados entre sus dedos y sin pensarlo demasiado los lanzó sobre el tablero. Un uno y un dos. Sumaban tres. Al instante, un estruendo los hizo volverse asustados, pues la entrada de la sala acababa de quedar bloqueada por una reja que había surgido del suelo y cuyas puntas se elevaban amenazadoras hacia el techo.

El elefante cesó su movimiento de orejas, pero no el de su trompa.

—Déjame, Adham —Y cogiendo en su mano los dados los lanzó de nuevo sobre el tablero.

Un dos y un tres. Cinco.

El elefante cesó el movimiento de sus orejas.

Un dos y un cinco. Siete.

La reja que les impedía la salida tembló en su base y con un gruñido emprendió su regreso hacia el interior del suelo.

—¡Ya podemos salir de aquí! —exclamó Adham.

Ibn Umáil siguió los pasos de su hermano y se detuvo de nuevo junto al elefante, que había detenido sus movimientos.

—¿Vamos? —le preguntó su hermano, nervioso.

Él negó con la cabeza. Acababa de descubrir algo. Una pieza de la base del elefante, pintada de color rojo, había respondido a la presión de su dedo y ahora el elefante se desplazaba hacia atrás sobre la baldosa donde se hallaba colocado. Así, pudieron ver una rueda astronómica similar a la que habían hallado en el techo de la primera sala, pero en esta ocasión sólo eran cuatro los dibujos allí representados. El elefante emitió un silbido apagado que asustó a Adham y su trompa se inclinó para señalar un extremo de la rueda.

—Mira, Adham.

Éste se agachó un poco y resiguió con el dedo los dibujos tallados en la piedra, colocados en forma circular. Sin lugar a dudas representaban el verano, la primavera, el otoño y el invierno.

—El elefante nos señala el símbolo del invierno. ¿Qué significará?

¿El elefante marcaba el tiempo de construcción de la esfinge en un período invernal? ¿Avisaba de algo que tenía que suceder en el invierno? ¿Advertía del fin del mundo que tenía que llegar en pleno invierno, a finales de año tal y como aseguraba Gerbert?

En la sala de la gran estatua sentada, Gerbert se frotaba la barbilla cavilando el enigma que podían contener aquellos grabados en las baldosas. Con la tea encendida fue recorriendo de punta a punta la sala, examinando una a una las baldosas, tratando de grabar en su mente el dibujo de cada una de ellas. Richer, por su parte, lo hacía aleatoriamente, yendo de derecha a izquierda y de norte a sur, percatándose que sólo nueve baldosas respondían a la presión.

—Se me ocurre algo, Richer. Volvamos a la sala principal.

Se encontraron todos en la gran sala hipóstila. El muro de luz seguía refulgiendo, llamando su atención, pero escucharon la idea de Gerbert acerca de la sala de las pinturas de Anubis.

—Son nueve las baldosas. Nueve de nosotros deberíamos colocarnos encima de ellas y ver lo que sucede.

Aldo observó que eran ocho adultos en ese momento.

—Cierto, pero las niñas, juntas en una misma baldosa, harán la misma presión que un adulto.

Así lo hicieron, y si alguien los hubiera visto desde el techo, hubiera distinguido que formaban la figura de un ankh. Pasaron unos segundos y las puertas bajo la estatua se abrieron para mostrar la oscuridad que contenían.

Gerbert, que ocupaba el lugar más cercano a las puertas batientes, abandonó su baldosa y pidió a los demás que no lo hicieran todavía. La luz de su tea dibujaba formas caprichosas sobre los dibujos del suelo.

—Tened cuidado, maestro —oyó que le decía Richer mientras averiguaba sus intenciones en tanto se acercaba a las puertas

—No os preocupéis, sólo quiero alcanzar a ver…

Ya no oyeron más sus palabras ni vieron la luz de su tea. Las grandes puertas se cerraron tras él con un gran estruendo que sobresaltó a todos. Gerbert se había quedado encerrado en las entrañas de la gran estatua de aquel dios egipcio de nombre desconocido.

Pasó tiempo. Y nadie supo cuánto por la ausencia de luz exterior. Lo cierto es que probaron diferentes combinaciones pero ninguna volvió a abrir las puertas batientes. Richer estaba desesperado, así como Ibn Umáil, que temía haber perdido a su amigo para siempre. Ersbetta estaba cansada y buscó en su bolsa algo de pan para las niñas. Aldo abogaba por salir al exterior y avisar a los demás, pero Ibn Umáil no estaba de acuerdo. Entonces, Al-Biruni propuso que fueran hacia el pasadizo que él y Muhammad habían recorrido, y así lo hicieron todos menos Richer que permaneció expectante ante las puertas que se habían cerrado para Gerbert, sentado tras ellas como un perro fiel. Una vez en el nuevo pasadizo, Al-Biruni señaló la pequeña abertura a ras del suelo.

—¿Lo veis? —señaló—. Sólo un niño puede entrar —Miró a Masika y dudó, pero Nanya, tan delgada y pequeña…

—¿Acaso pretendéis que Nanya entre ahí? —preguntó Aldo nada de acuerdo con aquella decisión—. ¡Ni siquiera podría llevar consigo una tea para alumbrarse!

—Podemos iluminar sus primeros pasos desde aquí —dijo Al-Biruni—. Pero después tendría que avanzar a oscuras.

Ersbetta negaba continuamente con la cabeza. No iba a permitir que la niña se pusiera en peligro por explorar un pasadizo que podía contener insectos y serpientes, o incluso cosas peores. Cuando vio sus ojos grandes y asustados la atrajo a su lado y la mantuvo abrazada mientras Aldo salía en su ayuda.

—Volvamos a la sala principal y esperemos a los demás o salgamos de una vez. No hay más que hablar.

Pero Masika, que estaba agachada examinando la entrada, no pensaba seguirlos:

—Entraré yo —dijo levantándose de nuevo y dirigiéndose a su madre—. Entraré yo —repitió mientras Aldo renegaba en su lengua.

En el exterior, Hassan, Massurdi y Alí, que habían esperado la llegada del ocaso, se dirigieron hacia la esfinge, pero ya a lo lejos vieron que estaba rodeada de soldados del califa. No podían entrar, por eso volvieron a la casa del señor Kadir. Massurdi estaba dispuesto a darle una buena recompensa si les ayudaba a ahuyentar a la guardia de la meseta.

7

—Soy la hija de la curandera… Soy la hija de la hija de la hermana de los lobos. Soy la hija de la lluvia y no tengo miedo…

Así murmuraba Masika mientras avanzaba arrastrándose por aquel túnel oscuro y estrecho que olía a humedad. Hacía ya mucho rato que la luz de la tea que sostenía Aldo había dejado de alumbrar su paso, y se preguntaba si debía volver o seguir un poco más.

—Soy la hija de la lluvia….

Sus ojos, ya acostumbrados a la oscuridad, se volvieron más perceptivos a cualquier pequeño cambio, por lo que pronto apreciaron que su recorrido estaba llegando a su fin y eso la animó.

En el exterior, Alí, sentado a la puerta de la casa del señor Kadir junto a Tor, pensaba en Masika sin saber porqué. Ya había roto el ayuno, pero no deseaba seguir

acompañando a Hassan y a Massurdi en sus conversaciones en el patio. Sabía que Massurdi no había tenido más remedio que explicar al señor Kadir el porqué de sus continuas incursiones a la meseta, y sabía que aquel se mantenía escéptico ante lo que allí podrían encontrar. Era un hombre práctico que no creía en lo que para él era una leyenda y atribuía la locura de aquella búsqueda a los extranjeros. Lo único que para él era importante eran las monedas que le reportaban el alquiler de sus camellos y el sueldo que podían ganar sus hijos haciendo de escoltas.

Alí alzó la cabeza hacia el cielo y vio los ojos de Masika reflejados en cada una de las estrellas. El tío Ishmaíl no le había hablado de eso. Le había hablado de las siete torres, de la curandera, del mago, del astrólogo, quienes tenían que reunirse para hallar el libro de Thoth. Le había hablado de los Shemsu-Hor, quienes debían evitar el triunfo del mal. Pero no le había hablado de Masika ni de sus ojos, ni de su hermosa sonrisa.

Tor gruñó cuando vio pasar la recua de los hombres del califa y Alí le tapó la boca para que no lo oyeran.

Soy la hija de…

Masika cesó su mantra y se detuvo. Sobre los dedos de sus manos corrían insectos que no podía ver, pero no iba a detenerse por eso.

Olía a excrementos de animales y a agua corrompida; podía oír el crujido de algún insecto atrapado bajo sus sandalias, pero siguió avanzando ahora ya sin arrastrarse, pues podía mantenerse a gatas. Un poco más… un poco más…. Y ahí estaba, la claridad que había estado esperando, la luz que le mostró que ya podía tenerse en pie.

Y la luz que daba vida a la habitación donde se encontraba era una luz que surgía de unas extrañas lámparas que surgían del suelo. Y podía oír, arriba, abajo, a su derecha, a su izquierda, un sonido que no podía definir sino similar al de las cigarras en verano, continuo, irritante incluso por su persistencia.

Y aquella habitación, no mucho más grande que su habitación en la casa de Massurdi, tenía una mesa sobre la cual descansaba una vasija de la que surgían unos extraños gusanos. Masika se acercó y vio que en la vasija había agua y que los gusanos eran tubos cilíndricos de tacto blando. Éstos llegaban hasta las extrañas lámparas encendidas.

El aliento cansado de Masika rompió la quietud del líquido y un susurro como el viento que bajaba en invierno por la colina se acercó a sus oídos. Bastet…Se volvió sintiendo tras de sí una presencia, pero no era más que su imaginación.

Las paredes de la habitación contenían todos los colores del arco iris, y esos colores se encontraban dentro de cientos de figuras que representaban a mujeres en diferentes posturas: de pies, en cuclillas, sosteniendo vasijas… Recorrió la pared del norte hasta detenerse en una figura de mayor tamaño que las demás. Se trataba de la representación de una mujer que, sentada, dirigía su mano extendida hacia una serpiente alzada frente a ella.

Bastet… —recordó Masika—. La diosa gato, la que regresó a Egipto junto con el dios Thoth. La que él salvó del ataque de la serpiente del Caos.

Sin pensarlo, colocó sus manos sobre la pintura de la pared y pronto olvidó el ruido que nacía de las paredes, pues como en un sueño, la diosa Bastet apareció en la sala. Alta, soberbia, con ojos de gata, un collar dorado sobre su cuello, un cesto colgando de su brazo izquierdo y una túnica transparente que dejaba a la vista las formas de su cuerpo femenino.

—Soy la madre de Anubis, la hija de Ra y de Hathor. Soy la esposa de Hatum y mi hijo es Horhekenu. Soy la señora del este y de la estrella Sothis [xci]. ¿Quién eres tú?

Masika estaba paralizada. Los ojos de aquella mujer brillaban como el sol y no podía mantener su mirada fija en ellos. El collar también resplandecía, por eso mantuvo su mirada sobre el cesto que llevaba la diosa.

—Soy Masika. Hija de Ersbetta Tót y Zóltan Péntek.

—¿Qué haces aquí?

—Hemos venido a buscar el Libro de Thoth.

Bastet sonrió.

—Thoth es bueno. Ya hace tiempo que se marchó.

La diosa parecía también querer irse, pues su imagen se esfumaba en la repentina niebla que apareció en la estancia.

—Decidme, señora. ¿Dónde podemos encontrar el Libro? Tenemos el pergamino que es la puerta, hemos venido de muy lejos y…

—Tendréis que consultar el espejo. Antes tendréis que consultar el Ankh-en-maat…

El resplandor que cegaba a Masika disminuyó y desapareció. Y uno de los tubos que surgían de la vasija llena de agua que había sobre la mesa se rompió y el líquido comenzó a desparramarse por entre las rendijas del suelo, en dirección descendente. Masika siguió su recorrido y descubrió una puerta.

8

Gerbert estaba en el suelo. Muerto de miedo en la oscuridad. La antorcha se le había caído por una sima del pasadizo y rezaba a Dios, a los ángeles y a todos los santos que recordaba, pues estaba rodeado de serpientes.

—Pater Noster, qui est in caelis…

Temblaba como un niño, mirando a un lado y al otro el avance de las serpientes, que siseaban de forma desagradable, aterradora.

No muy lejos de él, Masika caminaba a tientas en la oscuridad. Llevaba caminando mucho rato y se sentía preocupada. Ahora la senda se había estrechado y si abría los brazos podía tocar la pared de roca a un lado y a otro. Estaba en una sima. Pero ahora podía ver unos pasos por delante de ella, un leve resplandor, así que siguió avanzando hacia adelante. Al llegar, vio que era una antorcha abandonada. La cogió y avanzó unos pocos pasos más, ascendiendo, y al volver un recodo vio las serpientes que miraban a Gerbert, hipnotizándolo.

—Señor d' Aurillac… —susurró. Él alzó la vista y pensó que la Niña Virgen se le había aparecido.

—No, no te acerques…—balbuceaba el papa, arrodillado, sin despegar la mirada de las serpientes.

Masika recordó de repente la figura de Bastet en la pared, con la mano alzada ante una serpiente.

—¡Yo te invoco, Bastet! —gritó a las paredes—. ¡Yo te invoco! ¡Invoco al poder de Bastet para ahuyentar a las serpientes!

Gerbert seguía rezando. —Virgen María, Madre de Dios, ruega por nosotros… No te acerques tanto, niña; ve a buscar ayuda —susurraba con las manos entrelazadas —…Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Masika miraba a un lado y al otro del pasadizo pensando en si debía repetir la invocación cuando las serpientes se volvieron hacia ella. Y reptaron todas a la vez sin dejar de sisear.

—¡Bastet! ¡A ti te invoco!

Las serpientes avanzaban hacia Masika mientras Gerbert, que seguía arrodillado, se cubría el rostro con las manos. Señor, protégela; Madre, protégela…

Masika no se movía. Las serpientes ya estaban junto a ella y la rodeaban enroscando sus viscosos cuerpos en torno a sus piernas, silbando amenazadoras. Soy la hija de la lluvia y no tengo miedo…

Gerbert seguía rezando con el rostro cubierto, pero algo provocó que separara los dedos para dejar libre la visión que se mostraba ante él.

Delante de Masika había una mujer que cargaba un cesto. Era más alta que la niña y llevaba una túnica transparente que dejaba a la vista sus formas impúdicas. A Gerbert eso le hubiera importado en otro momento, pero entonces su mirada sólo se dirigía a la manera en cómo la misteriosa mujer recogía una a una las serpientes y las metía en su cesto.

Vio cómo Masika agachaba la cabeza dándole las gracias y entonces la misteriosa aparición desapareció caminando hacia el recodo.

—Señor d'Aurillac, ¿se encuentra bien?

Gerbert se incorporó, asintiendo, confundido. Las serpientes simbolizan el camino hacia el conocimiento superior… Le pareció oír aquellas palabras de labios de su antiguo maestro, el viejo Andrade. Miró a su espalda, pero nadie había.

Sus rodillas, antes anquilosadas, las sentía como las de un jovenzuelo, y su espalda, siempre derrotada, no mostraba rastros de cansancio. Se sentía bien, como si

tuviera veinte años menos, y lo mejor de todo, había tenido una revelación.

9

Los Balcanes, ciudad de Niš
finales del mes de septiembre

Hans oía los gritos de los campesinos a las puertas de su castillo y reía, pues sus soldados contenían la revuelta a golpes de maza. Era gobernador, era rico y había hallado el elixir de la inmortalidad, pero ahora tenía que ascender a lo más alto, y sus sueños le llevarían a ello. Sabía que desde la antigüedad se daba crédito a las revelaciones que otorgaban los sueños en la noche, sabía que muchos eran considerados proféticos, y los suyos eran especiales: No debía perder el tiempo. Tenía un objetivo que cumplir y no era fácil debido a su enfermedad, pero tenía suficiente elixir y ungüentos para sobrevivir al paso de los desiertos. Sentía la llamada y era fuerte. Tanto como el vino de sus bodegas. Tanto como los huesos de su criado Klaus.

Se asomó a la ventana y pudo ver los cuerpos de los campesinos muertos. Otros, los menos osados, huían campo a través.

Ada Korály entró en la habitación.

—Aquí tenéis el desayuno, señor.

Hans la miró, intentando averiguar de dónde procedía el vago recuerdo de su rostro, pero la avena caliente le esperaba.

—Piroska, ¿habéis preparado mi equipaje?

—Sí, señor —contestó Ada—. Como Gavrila sigue enferma, yo misma me encargué de ello.

—¿Las provisiones para el camino también están listas?

—Si, señor.

Él asintió, complacido, y se sentó a la mesa.

—En mi ausencia, todos los asuntos deberán consultarse con el hermano del padre Râska, que llegará esta tarde y vivirá aquí hasta mi regreso.

—Sí, señor –Ada Korály, con la cabeza gacha, esperaba las instrucciones para retirarse, pero Hans no las daba. Se metió una cucharada de avena y leche en la boca y preguntó:

—Piroska, ¿no nos hemos visto antes?

—No creo, señor —mintió Ada.

Hans siguió comiendo, observando el cabello de aquella mujer, su porte, su altura, y dejó correr el asunto. Por un momento le había parecido tener delante de él a la vieja Ada, la que le curó en una destartalada cabaña cerca de un cruce de caminos cuando fue asaltado.

—Decidle a los mozos de las caballerizas que tengan preparados los caballos. Y que Gergely, Ambrus y Klaus tengan todo listo.

—Si, señor. ¿Puedo preguntaros algo, señor?

Él alzó el rostro hacia la mujer, sorprendido. Hacía tiempo que nadie se dirigía a él con ese tono de voz. Todos parecían más que temerle, pero Piroska no. Piroska no le temía. Lo supo cuando se encontró con sus ojos.

—¿Hacia dónde os dirigís?

Hans sonrió.

—Hacia Oriente. Hacia mi destino.

En las escaleras, Ada se encontró a Klaus, feliz de emprender un viaje con el amo. Ada aún no podía comprender aquel afecto hacia alguien que lo golpeaba continuamente y sin razón. No pudo más que acariciarle los cabellos aún húmedos después de su baño anual.

—No sé cuando nos volveremos a ver, muchacho, pero cuídate.

Klaus asintió, sonriente.

—¿Puedes venir a la cocina, jovencito? Tengo algo para ti.

No tenía mucho tiempo. Ada ya sabía qué clase de destino era el de Hans; por eso utilizaría a Klaus y que las tinieblas la ayudaran.

4. LA MUERTE

1

Gizeh (Al-Jizah)

El califa Al-Hakim observaba sonriente cómo a Abu Ali Al-Hassan ibn Al-Haytham le temblaban las manos mientras le tendía los pergaminos donde había efectuado las mediciones que le había encargado.

—No… no es posible regular las crecidas del Nilo, señor —decía Al-Haytham con la voz en un susurro—. Según las conversaciones con los lugareños, el río comienza a crecer en junio y alcanza su nivel máximo en septiembre.

—Pero aún no ha comenzado la crecida…

—No, señor. Por lo visto el Nilo no es regular, y no se conoce el porqué de su desbordamiento.

—Tampoco podéis darme entonces las razones de que sus aguas vuelvan a descender durante el mes de febrero…

—No, señor, quizás con más tiempo…

Al-Hakim se levantó y se acercó al científico.

—¿Cuántos años tenéis?

—Treinta y cuatro, señor —dijo Al-Haytham sin atreverse a mirar a aquel niño insolente a la cara.

—Venís de Bagdad, sois un afamado estudioso de las ciencias matemáticas y ópticas, ¿cierto? Me hablaron muy bien de vuestra persona y ahora me venís diciendo que no sabéis porqué no ha crecido aún el río ni porqué lo hace.

—Tendría que pasar más tiempo en el país, señor. Tendría que analizar las lluvias y los astros. Consultar con vuestros mejores geólogos, intentar hallar las fuentes del río…

—Entonces no se os ocurre ninguna razón…

—Señor, esto escapa a mis conocimientos. Quizás la crecida se deba a la voluntad de Allah, la ciencia no lo explica todo…

—¡Silencio!

El visir Al-Mahdi hizo una señal con la cabeza y dos guardas se llevaron a Al-Haytham. Al muchacho no le gustaba que se nombrara a Allah en su presencia.

El califa se acercó a la bandeja con dulces que el desafortunado Al-Haytham no había ni probado y se comió de una vez uno de los pastelillos.

—Quitadle sus pertenencias y sacadlo del palacio —dijo con la boca llena—. Que vuelva a Bagdad como nació. ¡Sin nada!

El visir suspiró. Al menos no lo mandaba ejecutar. Al menos Al-Haytham no le había hablado de la leyenda de los antiguos egipcios que contaba que la crecida se debía al dios Hapi, que alzaba su sandalia y dejaba escapar las aguas… El nuevo califa odiaba a los dioses antiguos, así que si el matemático hubiera nombrado a Hapi su triste final estaba asegurado.

2

Hassan y Massurdi estaban preocupados por la imposibilidad de ir a la meseta, acercarse a la esfinge y entrar por el pozo. Habían pasado dos días y temían por el agua y las provisiones de sus amigos, también por su suerte.

En las profundidades de la esfinge, Gerbert y Masika se reunían de nuevo con el resto tras alcanzar un pasadizo que les llevó a la sala de las puertas batientes.

Aparecieron de repente, empujando una losa que se cerró tras ellos.

Nanya se levantó del suelo y corrió a abrazar a Masika. Ersbetta sonreía mientras esperaba paciente a que su hija les explicara a todos lo sucedido.

Gerbert permanecía callado, avergonzado por sus miedos, confuso por sus visiones, por el recuerdo de aquella mujer de túnica transparente que se había llevado las serpientes que tanto le habían aterrorizado. Pero tras beber un poco del vino que le ofrecía Richer, pasó a comunicarles su idea, y que Dios le perdonara:

—Hemos de invocar a los Vigilantes, a los Elohim; pero necesitaremos la ayuda de Hassan, quien ha estado traduciendo el libro de Enoc y conoce sus nombres. Tengo el presentimiento de que eso hará caer el velo.

Todos murmuraron, de acuerdo con la decisión pues no tenían nada que perder. Al-Biruni estaba impaciente y pensaba en cómo acelerar la búsqueda. Ya no podía estar más tiempo sin Lilya a su lado. Ya no podía rezar sin tener en la mente los ojos de su amada esposa y ser irreverente con su dios.

De pronto Gerbert fijó su mirada en Masika, sentada en el suelo, apoyada junto a la pared al lado de Nanya. Las dos acababan de quedarse dormidas.

—¿Cuánto tiempo llevaremos aquí?

3

Un abatido Al-Haytham se dirigía hacia la Esfinge. Quería contemplarla en aquel atardecer en que había salido de la ciudad de El Cairo sin su manto, sin su bolsa, sin sus instrumentos, sin dinero. ¿Cómo iba a volver a Bagdad? ¿Acaso él, que había sido educado en una buena familia, debía pedir limosna? Al menos no abandonaría Egipto sin ver las pirámides y la esfinge. Con su andar melancólico, el científico se fue acercando a Abu el-Hol y se maravilló ante el espectáculo del atardecer que sucedía a su alrededor.

Poco antes de su salida del palacio había oído al visir Al-Mahdi hablar con el primo del califa, Harun, quien mostraba su desacuerdo por el cambio de opinión en cuánto a las guardias en la meseta de Gizeh. Ahora Al-Hakim lo requería para una incursión en el norte. Ya habría tiempo de ocuparse de las pirámides y de aquellos interesados en ellas. Que las estudiaran a fondo, pensaba. Que las dibujaran y plasmaran en carboncillo el rostro de la esfinge. Él, dentro de unos años, sería conocido en el mundo entero por ser el desmantelador de aquellos templos impíos, por la destrucción de aquella esfinge que a menudo le provocaba pesadillas. Ahora el califa Al-Hakim quería a Harun al frente del grupo de soldados que tenía pensado enviar a las fronteras de Siria. Quería más territorio para su dinastía.

Mientras el científico caminaba con paso desmañado, vio a lo lejos a tres hombres y a una gran oveja caminando hacia la esfinge. Pero de pronto desaparecieron.

No se habían dirigido a las pirámides ni podía divisarlos en toda la meseta. Pero, ¿cómo?

Aldo, que se había ofrecido para salir a la superficie, llegaba a la sala de la rueda astrológica cuando oyó las voces de Hassan y Ali. Pero a quien vio primero fue a Tor, bajado con las cuerdas que colgaban de la bolsa que llevaba el joven a la espalda. El perro, cuyos mechones de pelo blanco y enredado ya comenzaban a crecer, se lanzó a hacerle carantoñas, alegre por oler de nuevo la piel de alguien conocido y el olor cercano de su dueña.

Los recién llegados traían provisiones y agua, y mientras todos comían y bebían en la sala del muro de luz, Al-Haytham hallaba la entrada oculta a la Gran Esfinge. Nadie le vio entrar.

Ersbetta recibió de manos de Hassan una bolsa de cuero con comida para ella y las niñas y un odre con agua fresca.

—Shokram —le dijo ella tratando de encontrarse con sus ojos huidizos. Hassan asintió con una leve inclinación de cabeza, dejando que Aldo abriera la bolsa y repartiera los alimentos. Se hizo atrás y comenzó a hablar con Al-Biruni. Aún así, no perdía vista de lo que hacía Ersbetta, de su modo de partir el pan, de su sonrisa, de su voz. Hasta que se encontró con su mirada y entonces supo que ya no podía más que tratar de olvidar a aquella mujer que se había presentado así de improviso en su vida y en su corazón.

Adham y Richer se hallaban cerca del muro de luz, que se levantaba ante ellos como una cortina de diamantes. Pronto descubrirían lo que había tras ella; al menos eso era lo que esperaba Gerbert.

Hassan se colocó a una distancia prudencial y pronunció en voz alta los nombres de los Elohim. Nueve nombres de la antigüedad. Nueve nombre sagrados citados en el Libro de los secretos de Enoc:

—Shemihaza, Hermoni, Baraq'el, Kokab'el, Zeq'el, Ar'taqof, Shamsi'el, Sahari'el, Asa'el.

No ocurrió nada.

Pero Muhammad ibn Umáil tenía la respuesta.

—Deberías repetir los nombres en siete, en nueve o en doce ocasiones. Cualquiera de esos números sagrados podría funcionar.

Fueron doce las ocasiones en que Hassan nombró a los Elohim, acompañado del resto. Cualquier intruso que les hubiera visto habría pensado que una secta idolátrica estaba efectuando alguno de sus ritos, así que fue eso mismo lo que pensó Al-Haytham cuando llegó a la sala de la rueda astrológica y oyó a lo lejos aquellas extrañas palabras repetidas una y otra vez por un coro que contenía voces masculinas y femeninas. Podía haberse marchado de allí e intentar buscar refugio y ayuda en el poblado cercano para regresar a Bagdad, pero su curiosidad ganaba al miedo.

Todos, de pie, contemplaron admirados cómo la cortina parpadeaba y desaparecía. Tras ella se alzaba la figura del dios Ptah, dios del mundo subterráneo, sosteniendo su cetro.

—Este es Ptah, señor de la magia —dijo Massurdi—. Ptah creó a los dioses y creó las ciudades antiguas.

Hassan añadió:

—Se dice que de su nombre proviene el nombre de Egipto, pues la palabra griega Aigyptos procede de Hat Ka Ptah, la casa del espíritu de Ptah.

—Estamos en su casa, entonces —dijo Ersbetta con Tor pegado a sus rodillas—. Más aún, en su morada.

Tras la figura impresionante del dios había una puerta de hierro. Fue Al-Biruni quien la abrió.

Al-Haytham siguió el pasadizo que lo condujo a la sala del muro de luz que ya no existía y vio la puerta de hierro por la que los miembros de la secta y la gran oveja habían pasado. Dudó un segundo en abrirla.

Siguieron introduciéndose en las profundidades de la tierra por una gruta estrecha y baja de altura que provocaba que Muhammad ibn Miskawayh caminara con la cabeza ladeada. Tor husmeaba aquel suelo de piedra, nuevo y extraño para él mientras Ersbetta caminaba tras Aldo y las niñas la seguían. La fila la cerraban Richer y Adham; éste último parloteaba con el discípulo de Gerbert hablándole de su anodina vida en Barcelona. Ahora se sentía feliz de estar viviendo aquella aventura que de momento no tenía visos de terminar.

De nuevo hallaron una sala de grandes dimensiones decorada con cientos de jeroglíficos en cuyo nivel inferior encontraron de nuevo un muro de luz igual al primero. El funcionamiento fue el mismo, pero en esta ocasión fueron nueve las ocasiones que debieron repetir los nombres sagrados. Pero no era una estatua sino un gran espejo lo que les esperaba tras el muro de luz derribado.

—El Ankh-en-maat… —susurró Masika mientras Nanya se acercaba a aquel espejo fabuloso, negro como las alas de los cuervos y brillante como los ojos de Hans Smisza cuando trabajaba en su laboratorio. Ersbetta vio como del centro del espejo surgía un leve resplandor, pero en seguida desapareció en cuanto todos se acercaron, admirados ante la grandeza de aquel objeto, de unos siete pies de altura, sobrepasando la de Ibn Miskawayh. Pero también vieron preocupados que en la sala no había puerta alguna como salida. Tor husmeaba por los rincones, ya que el olor del espejo no le interesaba en absoluto.

—En tu sueño, Bastet te dijo que debíamos consultar al espejo, ¿non e' certo? –preguntó Aldo—. Aquí lo tenemos.

—¡No fue un sueño! —protestó Masika. Pero nadie excepto su madre o Nanya la creían. Gerbert callaba. Su versión de lo ocurrido con las serpientes era también atribuida a algún tipo de alucinación.

Aún así, estaban ante un espejo mágico. Un espejo hecho con las instrucciones que se daban en el legendario Libro de Thoth, un espejo que Al-Biruni, gran conocedor de las piedras preciosas, reconoció como de obsidiana negra. No tenía marco alguno pero tanto su superficie como sus cantos estaban pulidos por manos expertas.

—Hagamos pues una pregunta al espejo —sugirió Ersbetta.

—Yo la haré —dijo Al-Biruni haciéndola a un lado, impaciente.

Hizo que los demás se apartaran y el persa se colocó ante el espejo viendo su imagen reflejada por completo.

—Espejo Ankh-en-Maat, deseamos saber el camino hacia el Libro Sagrado de Thoth.

Todos vieron cómo Al-Biruni daba un paso atrás y se llevaba la mano al corazón. De nada sirvió que Muhammad se acercara a él y lo ayudara a sentarse en el suelo, lejos del espejo. De nada sirvieron las preguntas de Gerbert ni de Ibn Umáil. Abu Raihan Al-Biruni parecía haber caído en una especie de sopor extraño que lo mantenía callado y absorto en la superficie pulida de aquel espejo de obsidiana negra.

Gerbert tomó la iniciativa para preguntar de nuevo al espejo el camino hacia el Libro, pero sucedió lo mismo, con la diferencia de que tras el paso atrás, él se llevó las manos a la cabeza en lugar de hacia el corazón.

Callado, absorto, parecía mirar desde muy lejos cómo Ersbetta tomaba su relevo.

Ella preguntó de igual modo y vio a la mujer que había visto en la cueva de la meseta, la mujer del manto brillante que le había mostrado las tempestades del mundo, el granizo y las lluvias; la misma que le había mostrado a los hombres famélicos y a los grandes señores con mesas repletas de manjares. Pero en esta ocasión, la mujer no le mostró una estrella sobre la cual flotaba una pequeña pirámide dorada, sino que le mostró sus pecados y sus defectos. Por eso se cogió las manos y apretó hasta que las uñas le hicieron sangre. Aldo la apartó del espejo mientras veía cómo aparecían las lágrimas en sus ojos. Tor se sentó junto a ella, que lo acarició de forma mecánica, sin pensar.

—¿Qué pasa, Bettina?

Ella no respondía, y sólo trataba, como Al-Biruni y Gerbert, de alejar de sí los malos pensamientos que la Señora había puesto en su cabeza, torturándola, acusándola, puesto que su alma no era pura, puesto que sus manos sirvieron una vez para preparar el veneno que mataría a los asesinos de su esposo. Esas manos eran las que ahora le dolían como a Al-Biruni le dolía la cabeza, la misma cabeza de cerebro privilegiado que tuvo que servir al califa Nuh el Segundo en Bukhara. El mismo cerebro que valiéndose de su superioridad dejó en la calle a varios científicos que no eran de la simpatía de Nuh. Al-Biruni no hizo nada, ni intercedió para que recibieran cartas de recomendación. Supo que uno de aquellos científicos se había ahorcado, pero la vergüenza y el dolor lo superaron y no tuvo el valor de enfrentarse a la esposa viuda y ayudarla en lo posible. Abu Raihan Al-Biruni olvidó su soberbia y lo que había hecho. Por eso no era un alma pura tampoco.

En cuánto a Gerbert, su corazón dividido entre la ciencia y la religión le había llevado a intrigar contra aquellos que a su vez lo habían hecho con él. Cuando llegó a papa supo de sus nombres y los mandó desterrar. En el nombre de Dios creía que actuaba por medio de su omnipotencia, en el nombre de Dios actuó injustamente contra sus hermanos sin pensar en las consecuencias. Gerbert tenía más pecados y la Señora se los mostró, por eso su corazón latía más lentamente, horrorizado porque vio los resultados de sus acciones.

Ersbetta habló por fin, con voz cansada:

—El espejo requiere un alma pura. —Miró a Hassan, que le devolvió una mirada irónica. Y miró también a Alí, que agachó la cabeza como Richer. Muhammad gesticuló, nervioso:

—¿Acaso existe alguien puro de verdad, sin culpa alguna?

—Las niñas –dijo Aldo—. Ragazze, avanti.

Masika se colocó ante el espejo, pero aunque no vio nada, tampoco nada se le reveló. Ersbetta sospechaba que su reciente cambio a mujer influía en su reflejo en el espejo, por eso pidió a Nanya que ocupara su puesto.

El leve resplandor que algunos habían visto al entrar en la sala cuando Nanya se aproximaba creció hasta ocupar toda la superficie del espejo, que ahora brillaba como si cientos de luciérnagas se hubieran posado sobre él. No había más que admirar a la pequeña, con sus escuálidos brazos morenos y su pelo rojo delante de aquel brillo esplendoroso que cegaba a los presentes menos a ella, quien colocó un dedo sobre el espejo y señaló las palabras que empezaron a aparecer.

Desde donde estaba, Hassan pudo ver los símbolos del lenguaje copto, por eso se acercó un poco más y empezó a traducir, leyendo de izquierda a derecha:

Thoth, Señor de Jmun
Thoth Señor de la escritura
Thoth preeminente en Jer-tehen
Thoth preeminente en la Mansión de los Libros
Thoth poderoso en magia
Thoth Señor del palacio
Thoth en la Casa de los libros
Thoth bajo sus árboles moringa[xcii]
Thoth que posee el Ojo Sagrado
Thoth el escriba de las recompensas
Thoth la garganta de Aquel cuyo nombre está oculto
Thoth el corazón de Ra
Thoth la lengua de Atum
Thoth el cuello de Aquel que está al sur de su muro
Thoth que juzgó a los rivales
Thoth el guía de los dioses
Thoth que cuenta todas las cosas.
Thoth que cuenta el tiempo
Thoth de la paleta
Thoth la Justicia Suprema y Visir
Thoth el mensajero de Ra
Thoth, que oye las súplicas
Thoth que expulsa demonios
Thoth el Poder de las Dos Tierras
Thoth que coloca todas las cosas en los lugares adecuados
Thoth el Toro de toros en la Gran Mansión
Thoth-Atum
Thoth en el Lugar Elegido
Thoth que completa el Ojo de Ra
Thoth que completa el Ojo de Horus
Thoth el escriba del libro
A Thoth
Thoth ...
Thoth ...
Thoth el Babuino y Cinocéfalo
Thoth la Luna en el Ojo Sagrado
Thoth, que mantiene firme las Dos Tierras
Thoth en todos los lugares en los que desee estar su ka."[xciii]

Mientras Hassan leía, Massurdi había estado anotando sus palabras. No podía perderse nada de lo que surgía de aquel misterioso espejo. Quién sabe si podían necesitarlo más adelante.

Nanya apartó su dedo cuando los símbolos coptos dejaron de aparecer en el Ankh-en-maat. Entonces, un crujido en su base les reveló una pequeña grieta que se fue agrandando mientras el espejo se retiraba hacia atrás. La grieta les reveló una abertura en la tierra, unas escaleras hacia la negrura de un nuevo túnel desconocido. Al-Haytham dejó su escondite en el nivel superior y siguió al grupo cuando este desapareció por el subterráneo. Ahora sabía que la oveja era en realidad un perro de peculiar pelaje.

4

Las antorchas les mostraron túneles estrechos decorados con el símbolo del ankh. Al-Biruni, que encabezaba la fila, comenzó a sentir un extraño desasosiego que en seguida se contagió al resto hasta que Adham comenzó a llorar y se detuvo. Su hermano Ibn Umáil le empujó para que avanzase, pero él se negaba, asustado, temeroso de un terrible mal que les esperaba al final del pasadizo. Nadie quería escuchar sus palabras y nadie quería tampoco abandonar la búsqueda, por eso hicieron caso de las palabras de Hassan, tranquilizadoras.

—Observad el ankh en las paredes. Es la llave de la vida, no de la muerte. El ankh que lleva Ersbetta colgado al cuello nos protege —dijo sin confiar demasiado en lo que decía. Él también sentía un nudo extraño en el estómago.

Ersbetta, que no sentía ese miedo indescriptible que había atenazado a los demás, se llevó la mano al pecho para sentir el tacto de la cruz ansada. Si, debía protegerlos a todos.

El pasadizo derivó a una cornisa que les permitía dar tres pasos y nada más, ya que desembocaba en un abismo. Y en el fondo del abismo, si esforzaban la vista, podían ver una leve luz rojiza, un punto brillante en medio de la negrura. No había puente alguno para pasar al otro lado, allí donde vislumbraban una nueva cornisa y una bóveda que quizás daba paso a otro pasadizo. Aún así, podían distinguirse los restos de la base de un puente de piedra que en el pasado permitía el paso sobre el vacío. También pudieron ver una gruesa cadena de hierro que colgaba del techo de aquella gran cueva y se perdía en el fondo de la oscuridad de la sima. No había nada más: Sólo las tinieblas rotas por aquel pequeño destello insólito.

Aquí acaba todo, pensó Gerbert. Ahí acababa la locura de su viaje, la insensatez de haber buscado a la curandera, el desatino de implicar a tantas personas por algo que se les mostraba imposible de alcanzar. Quizás en otro tiempo. Quizás en el tiempo en que el puente de piedra estaba en pie sí hubieran podido cumplir su misión, pero no ahora. Caminó unos pasos y se asomó por el lado donde lo hacía Tor y a él vinieron las palabras del versículo veinte del Apocalipsis:

"Vi a un ángel que descendía del cielo y que tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena. El prendió al dragón, aquella serpiente antigua quien es el diablo y Satanás, y le ató por mil años. Lo arrojó al abismo y lo cerró, y lo selló sobre él para que no engañase más a las naciones, hasta que se cumpliesen los mil años. Después de esto, es necesario que sea desatado por un poco de tiempo."

El perro comenzó a aullar y todos sintieron como el vello de la nuca se les erizaba. Sentían algo antiguo como el mundo cerca de ellos, algo que no podían explicar ni nunca hubieran sabido. Tal vez podía calificarse de miedo, el mismo que había sentido Adham hasta hacerle llorar, y hacían bien en sentirlo, pues allí abajo estaba la Bestia antigua, y estaba viva. O uno de sus ojos, el que brillaba, esta vivo, al menos.

De pronto todos comenzaron a discutir. Acerca de abandonar la búsqueda, de volver a recorrer los pasadizos, de buscar los que tal vez estaban ocultos, pero no llegaron a ninguna conclusión. ¿Había sido una locura llegar hasta allí? ¿Su búsqueda era en vano? ¿Habían atravesado distancias enormes para alcanzar un abismo? Gerbert los observaba, comprendiendo qué les llevaba de repente a alzar la voz y a molestarse los unos a los otros.

Aldo maldijo en su lengua, cansado, deseoso de salir de una vez de allí y de volver a adentrarse en el comercio de perfumes que había iniciado hacía unos días junto

con Alí. Quería salir de una vez y volver al mundo real, el de los mercados, el del sol en lo alto, el de las monedas en la mano y las tabernas repletas. Se sentó en el suelo junto a unas piedras desprendidas para beber un poco y darles algo de comer a Nanya y a Masika mientras Alí, Richer y Adham hacían lo propio.

Gerbert recibió de manos de su discípulo un trozo de aishami, y mientras comía, decidió hablarle acerca del capítulo del Apocalipsis, el de la Bestia encadenada al abismo. Tenían que irse de allí lo antes posible.

—Pero maestro, si fuera cierto, sería terrible…

—Más terrible aún sería que los demás lo supieran. A veces, hay que actuar alrededor del mal, sin mirarlo a la cara. No cuentes nada de esto, por favor, Richer, y ayúdame a convencerles de que nos marchemos.

El joven evitaba mirar hacia abajo, pero el destello rojizo estaba ahí, avivando su imaginación, deseando que la premonición del papa fuera errónea. Dios, protégenos del mal, Cristo, protégenos del mal… susurraba el joven para sus adentros. Pero el miedo se agarraba cada vez más fuerte a su pecho.

Ersbetta no comía. Sólo miraba a su alrededor, impresionada por el lugar donde se encontraban. Oyó que Gerbert proponía volver, pero ella no estaba de acuerdo. No cuando estaba bajo la esfinge y cerca del Libro.

—Gerbert —le dijo—. Me sacasteis de mi casa y de mi vida. Dirigisteis mi destino y me entregasteis ésta cruz especial. Todo es por alguna razón. No podemos detenernos aquí ni tampoco volver.

—Quizás deberíamos volver a casa de Massurdi e intentar buscar en los textos antiguos algo que…

Ella negaba con la cabeza, insistiendo. El momento era ahora, en pleno equinoccio.

Mientras Gerbert e Ibn Umáil discutían, volvió junto a su hija y le pidió que unieran las manos.

—Hemos de ver más allá de este abismo. Hemos de confirmar que hay algo más allá de él.

Todos callaron cuando las vieron colocarse frente a frente con los dedos entrelazados. Nanya las miraba en silencio, al lado de Aldo, que suspiraba, algo fastidiado. Ersbetta sentía que en su hija nacía algo fuerte que la hacía más débil a ella, pero no le importaba.

—No veo nada, madre —decía la niña. Por eso escogió poner sus manos sobre la pared de piedra negra de su espalda tratando de captar la energía del lugar. Entonces vio una sala con grandes figuras egipcias decorando las paredes. Vio antorchas encendidas y… vio a Hans Smisza, reflejado en un nuevo espejo Ankh en-Maat. Hans, que cabalgaba camino de Constantinopla.

—Va en busca de los awliyâ al-Shaytân, madre —dijo asustada cuando abrió los ojos. Alí, que la observaba atento, vio que sus ojos verdes, siempre claros, se habían oscurecido—. Hans va en busca de aquellos que están construyendo las torres para que regrese el Mal. Va a unirse a ellos.

Todos se quedaron boquiabiertos. Sus visiones acababan de confirmar una vez más la existencia de los santos del diablo y sus planes. La luz del fondo del abismo, que nadie miraba en aquel momento, destelleó una vez más.

Hasta el momento, sólo Aldo conocía la existencia del médico cirujano Hans Smisza, así que Ersbetta se vio en la obligación de hablarles a todos de él. Por quien sabe qué misteriosa razón, se dirigía hacia el otro extremo del mundo para participar en la espera de la llegada de Lucifer junto a esos santos del diablo.

—Dios nos protege —dijo Gerbert—.Dios está de nuestro lado, que es el del bien, y él nos llevará hasta el libro que tal vez ha de salvarnos del mal. Pero aún así debemos volver a la casa de Massurdi. Ahora no hay modo de pasar al otro lado.

—Estoy de acuerdo —dijo Ibn Umáil—.Volvamos de una vez. Pero su hermano Adham y Richer discrepaban. El primero trataba de superar el miedo que sentía tratando de hallar algún resquicio en la pared de roca, algo que les ayudara a encontrar otro modo de salir de allí o atravesar el abismo. No quería irse de allí y a la vez sí quería. ¿Acaso se estaba volviendo loco? En cuánto a Richer, estaba haciendo buenas migas con el recién llegado y siendo de su edad, seguía sus mismos impulsos, aunque debía obediencia a Gerbert. Su miedo era más bien nerviosismo, pero siendo de natural tranquilo y parsimonioso, apenas se le notaba.

Ersbetta les apoyaba e insistía en que podían buscar otro camino, pero Hassan trató de hacerla entender que debían regresar y descansar unos días. Muhammad ibn Miskawayh estaba de acuerdo con él. Ya era hora de volver y dormir durante horas en aquellos maravillosos y confortables lechos de la casa de Massurdi. Ella aceptó, convencida por su voz tranquilizadora, impresionada por la maestría de Hassan para llevarla a su terreno. Luego volvió junto a Aldo y no pudo evitar enfrentarse a su mirada acusadora. Tor, nervioso, a su lado, comenzó a aullar de nuevo haciendo que casi todos se estremecieran.

Al-Biruni estaba alejado del resto, muy cerca de la cornisa, observando la luz que brillaba al fondo de aquel abismo negro, levemente hipnotizado por ella. No sabía que el al-waswās, el murmurador, el que estaba atado al fondo del abismo, susurraba en su oído palabras de resentimiento y enemistad. Pero pensaba en Lilya y ese pensamiento lo alejaba de las intenciones del murmurador. Lilya, Lilya… Sabía que estaba bien atendida en el bimaristán, visitada a menudo por la hermana de Hassan, pero aún así sentía que le había fallado, pues si no encontraba el Libro, no encontraría el modo de devolverle la luz a sus ojos dormidos. Se sintió culpable por ello y por eso se sentó al borde del abismo sin importarle que un mal movimiento pudiera arrastrarlo al fondo.

Obsesionado con la luz que destelleaba al fondo, dejó que su mente olvidara las discusiones de los demás mientras recordaba las palabras del mago Abdallah Kartum allá en Bukhara, cuando tuvo en sus manos el papiro de Thoth: …Los sacerdotes del templo… la sangre… el río desbordado…el abismo… ¡oh, el abismo! Recordó el terror en los ojos de aquel hombre al nombrarlo. ¿Qué había allí abajo?

Su mano se posaba en la bolsa que había dejado a un lado, junto a su pierna izquierda; la bolsa que contenía su manta de viaje, su cuaderno, su carboncillo y lo que había olvidado que llevaba… la alfombra de papel. La alfombra de papel plegada sobre sí misma que reposaba tranquila entre los pliegues de una sedjadeh vieja y deshilachada, una alfombra de oración que no había utilizado desde que entró en las entrañas de la esfinge, hacía no sabía cuánto tiempo. Y ahí, en el borde, con los pies colgando, abrió el nudo corredizo de su bolsa, palpó su contenido sonriendo y dio las gracias a Allah por hacer que Lilya tomara por error la alfombra del aposento de la familia Ul-Haq.

Los objetos mágicos parecían escoger a sus dueños, pero también traían el infortunio, cosa que no sabía Al-Biruni.

Se puso en pie de un salto mientras varias piedrecillas rodaban hacia el fondo del precipicio y desenrolló la deshilachada alfombra de oración que contenía la otra alfombra, la que el señor Ul-Haq había perdido. La alfombra de papel, la alfombra mágica…

—Mirad esto… —dijo con un hilo de voz. Algunos comían, otros bebían o hablaban junto a la pared. Fue su amigo Muhammad quien se acercó primero.

—¿Qué es?

—No te hablé de ella, pero ha estado con nosotros desde que Lilya se unió a nuestro camino. Es una alfombra mágica.

Muhammad sonrió, burlón.

—¿Una alfombra mágica? ¿Acaso crees en los viejos cuentos persas?

Al-Biruni no le hizo caso y fue desplegándola. Era fina como el papel de seda que había tenido ocasión de tocar en la casa del comerciante Wang Wei, pero a la vez era fuerte, y pronto sabría cuánto.

Muhammad veía cómo su amigo la desplegaba por completo a sus pies. Un súbito mal humor se apoderó de él ante la poca confianza que le había mostrado.

—Pero, ¿por qué no me hablaste de ella? ¿Por qué no…?

—Lo siento, Muhammad. La descubrí en Ispahán, tras mi boda. Lilya la trajo consigo y…

Ibn Miskawayh miró a su amigo con desprecio. Desde Ispahán…y no le había dicho nada hasta ahora. Muhammad se dio media vuelta y se acercó a Massurdi, insistiendo en regresar. Pero Hassan ya estaba junto a Al-Biruni, lo mismo que Richer y Adham, que admiraban la textura extraña de la alfombra, al igual que sus ilustraciones. Ersbetta, Aldo y las niñas guardaron los restos de sus provisiones y también se acercaron.

—Toca esta alfombra, Masika —le dijo Al-Biruni, deseoso de confirmar sus esperanzas de que no fuera una simple alfombra extraña hecha en Catay—. ¿Sientes alguna cosa especial?

[xciv]

Ocurrió de forma instantánea: En la mente de Masika aparecieron grandes extensiones de desierto que la llevaron en un viaje vertiginoso por los aires, sobrevolando una larga muralla, atravesando un ancho mar para llegar a unas tierras heladas y descansar en una tierra de hierba verde en la que pudo ver enormes piedras formando un círculo sagrado. No sabía ni cómo ni porqué, pero Masika supo que su abuela Margit había estado allí, y que ese lugar se llamaba Stonehenge.

—Fabuloso —dijo Al-Biruni, maravillado con la visión de la niña—. ¡Fabuloso! —repitió sonriente—. Ya tenemos la solución para pasar al otro lado.

—Si, pero ¿cómo?

—Malaika… —dijo Al-Biruni súbitamente inspirado—. Una alfombra así sólo puede funcionar con el poder de los Malaika, los ángeles creados por Allah.

—¿Los ángeles? —preguntó Gerbert—. ¿Qué tienen que ver los ángeles con..?

—Fue un ángel quien reveló la doctrina a Zoroastro. Fue un ángel, Yibril para los nosotros los musulmanes, Gabriel para los cristianos, quien entregó las enseñanzas a los judíos y quien se apareció a Maryam, vuestra Virgen María. Fue Yibril quien dictó nuestro sagrado Corán a través del profeta Muhammad. ¿Y qué es lo que caracteriza a los ángeles?

—Vuelan —respondió Adham.

—Si, pero ¿cómo hacer para que la alfombra vuele? ¿Intervendrán los ángeles de repente? —Un cada vez más escéptico Ibn Miskawayh, se reía.

Muhammad Ibn Umáil miraba detenidamente los dibujos de la alfombra y supo qué era lo que debían hacer. Supo también porqué el destino le había llevado a conocer al judío Ibn Garsidon, maestro de su tío también judío Muhammad ibn Lupi, y porqué ese mismo destino le había llevado a El Cairo.

—Mi tío, Abdallah Muhammad ibn Lupi, que como ya os he contado era judío, me introdujo en la Kábbalah, una enseñanza que fue entregada a Abraham por un extraño rey llamado Melquisedec que al parecer no tuvo padre, ni madre, ni genealogía… *Sin principio de días ni fin de vida*.[xcv] La Kábbalah ayuda a comprender el funcionamiento del universo y según me explicó mi tío, nos dice que el universo es un pensamiento de Dios, y como sea que Dios quiere que abandonemos lo Oscuro, nos ha dejado ese saber en un libro, el Zohar[xcvi], para llegar a la Luz.

Gerbert se mordió los labios. Si Ibn Umáil hubiera hablado en otro lugar, en otro contexto, hubiera sido calificado de hereje. Pero no era el momento de discutir sobre religiones verdaderas ni sobre los judíos, así que dejó que su antiguo maestro se explicara:

—En la Kábbalah se nos enseña sobre la búsqueda de los nombres sagrados de los ángeles o genios, y cómo podéis ver, en los bordes de esta alfombra están representadas letras del alfabeto hebreo, que al parecer son símbolos que representan los arquetipos universales, y a la vez, según las tradiciones judías, el hebreo es el lenguaje que usan los ángeles para comunicarse con los seres humanos. Aquí… —Ibn Umáil leyó de derecha a izquierda— puedo leer setenta y dos nombres. Según el Zohar, setenta y dos son los ángeles que rodean el trono de Dios. Giran en torno a él como las constelaciones del zodíaco y las estrellas giran en torno a la tierra.

—¿A dónde nos lleva esto, entonces? —preguntó Hassan, interesado.

—A los ángeles les gusta la música y alaban al Señor cantando; por eso las invocaciones suelen ser más efectivas con música…
—No traigo mi saz —lamentó Alí.
Ersbetta dijo que no hacían falta instrumentos:
—Nanya cantará esos nombres, ¿verdad, cielo?
La niña sonrió, aceptando gustosa lo que Ersbetta le pidiera.

Poco tiempo después, todos estaban sentados sobre la alfombra, ligeramente apretados y nerviosos, dudando de si funcionaría, de si la magia existía de veras, de si estaban inmersos en un largo sueño.

Nanya, en el centro, comenzó a cantar, pero antes de pronunciar los sagrados nombres de los setenta y dos ángeles cantó lo que le surgía del corazón, una melodía suave que disipó por completo los miedos que habían atenazado las almas de todos, el terror irracional que sentían si miraban al fondo del abismo. Entonó con su voz dulce y melodiosa y las antorchas que los iluminaban parpadearon aumentando su resplandor. Ersbetta cogió su mano y Nanya pronunció el primer nombre que le susurró Ibn Umáil, Ehya… y después el segundo nombre de ángel, Jeliel. Uniendo los nombres con la música que surgía de su garganta, acompañada de las reverberaciones de aquel lugar que amplificaba su maravillosa voz, Gerbert creía estar oyendo el coro de la catedral de Roma. Nanya cantaba el nombre número cuarenta, Yeiazel, y ya podían sentir cómo se movía la alfombra bajo ellos cuando Al-Haythan, que estaba escondido en el pasadizo anterior, irrumpió ante ellos diciendo:
—Sois trece. No podéis atravesar el abismo con este número fatídico. Me necesitáis para completar el número catorce.
Todos abandonaron su lugar sobre la alfombra, y Alí y Aldo se acercaron con cara de pocos amigos al recién llegado.
—¿Quién sois? —preguntó Hassan—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?
—¡Un momento! —dijo Adham—.¡Le conocemos! ¿Verdad, hermano? ¡Es el científico que viajó con nosotros de Alejandría a El Cairo!
—Al-Haytham —dijo Ibn Umáil frunciendo el ceño—.¿Acaso nos habéis seguido?
Él se presentó, les explicó sus problemas con el califa y la casualidad que lo llevó a la meseta de Gizeh y a encontrar a Hassan, Ali y Massurdi bajando por la entrada secreta con la oveja que resultó ser un perro.
Ersbetta sonrió. ¿Tor una oveja? El perro la miró como si hubiera entendido, y entre los vellones que cubrían su rostro, sus ojos parecían lamentarse de su pelaje enredado, creciendo de nuevo tras el corte que le había dado su dueña.

Mientras Gerbert y Al-Biruni se debatían en discusiones acerca de la conveniencia de echar a Al-Haytham de allí, él miraba asombrado a su alrededor, y ya acostumbrado a la mortecina luz de las teas, pudo darse cuenta del lugar donde se encontraba, admirando aquella cueva, el abismo a sus pies, y la cornisa que se divisaba al otro lado. De pronto pareció recordar algo, rebuscó en su bolsa y desplegó un estuche de cuero que reveló un papiro. En él vieron representados a un hombre alado con el sol tras él: sus pies parecían pasar de un lado al otro de algún lugar.

—Por todos los jinnis, por la gran mezquita de Bagdad…—murmuraba Al-Haytham mirando su papiro, la alfombra y la cueva.
—¿Cómo ha llegado este papiro a vuestras manos? —le preguntó Al-Biruni cogiéndoselo para mirarlo de forma detenida.

—¡Un momento, un momento! ¡Devolvédmelo!

Forcejearon hasta que Hassan intervino poniendo paz y examinando él mismo el papiro.

—Parece similar al de Ersbetta —y añadió—: Y al vuestro, Abu Raihan… En su reverso también contiene parte de lo que parece un mapa. ¿Podríais decirnos dónde lo habéis…?

—¿Dónde, dónde, dónde? ¡Qué más dará dónde! —El recién llegado insistía en que le devolvieran lo suyo y se negaba a decir de dónde lo había sacado.

—Debemos unirlo a los otros dos —dijo Hassan—. Juntos deberían mostrarnos un lugar.

Colocaron los tres papiros en el suelo mostrando únicamente los reversos. El nuevo papiro junto al de Ersbetta completaba la imagen de un mapa. Un pequeño pentagrama señalaba en él un punto en concreto. Y unido al de Al-Biruni completaba la imagen de una constelación, Sirio.

—Mmmm, creo que conozco este lugar… —murmuró Al-Haytham con una mano en la barbilla.

—Decidnos —propuso Massurdi.

—Tal vez sí… —Con el dedo fue señalando las ilustraciones, que poco a poco se le revelaban con sentido—. Si no yerro, ésta marca de aquí nos señala la confluencia del Tigris y el Éufrates, cerca del golfo Pérsico. El mapa nos lleva cerca de mi ciudad natal, Al-Basrah.

—El pentagrama es un símbolo de protección contra los demonios… —susurró Gerbert.

Al-Biruni dibujó el mapa completo en su cuaderno y cuando terminó separó los papiros.

—Bien, bien, devolvedme el mío —insistió el recién llegado.

—Tranquilo… —le dijo Gerbert—. Nadie va a robaros nada. Pero decidnos, por favor, ¿dónde lo habéis encontrado? ¿Os ha pertenecido desde siempre? ¿Acaso alguien hizo que llegara a vuestras manos?

Al-Haytham no respondía, y Al-Biruni le espetó:

—Si seguís con esa actitud, ¡no pretenderéis seguir con nosotros!

—Entonces fracasaréis. ¡Sois trece! ¡El número de la mala suerte!

Muhammad ibn Miskawayh lo tenía al alcance, y le fue fácil cogerlo del cuello de la camisa y amenazarlo.

—¡Eres un agorero! Quién te mandaba seguirnos, ¿eh? ¡Dime!

Hassan trataba de mediar, Gerbert e Ibn Umáil pedían calma mientras Massurdi alzaba los brazos, incrédulo ante la situación. Aldo estaba divertido y pedía a Alí que le fuera traduciendo aquellas frases cortas y expeditivas que no entendía. Por su parte, Ersbetta miraba la escena manteniéndose al margen, pero no sin cierta inquietud.

Gerbert propuso que Alí y Aldo se quedaran con Al-Haytham y no subieran a la alfombra, pero ellos no estaban de acuerdo. Discutían, espoleados por el murmurador, por el que moraba en las tinieblas de la sima, haciendo que unos y otros se insultaran y pelearan entre sí.

El mal humor de Ibn Miskawayh hizo que se alejara de todos hacia un extremo de la cornisa. Arrastrado por su genio dio un paso más allá de lo debido sin tener en cuenta las pequeñas piedras desprendidas que hicieron que su babucha resbalara. Fue un segundo, un instante en que se encontraba en pie y al momento estaba tratando de agarrarse a la cornisa pidiendo ayuda.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó desesperado mientras Al-Biruni se volvía y corría a salvar a su amigo. Pero los dedos de Muhammad se escurrían de entre las piedras por donde estaba asido. Tor ladraba, nervioso, previendo lo que había de suceder, espoleado por los gritos de los demás, espantados ante lo que podría suceder.

Al-Biruni, echado su cuerpo a tierra, logró asirle por las muñecas, pero una fuerza que no entendía lo arrastraba hacia abajo, y aun cuando Aldo lo asía por los pies para evitar que cayera también al vacío, no pudo evitar que Muhammad se soltara, que se despeñara abismo abajo. El compañero con el que había atravesado el desierto salado de Kavir, que había viajado a Ispahán, visitado Bagdad y llegado a Egipto, se precipitó hacia lo oscuro con grandes aspavientos y alaridos que provocaron que Masika y Nanya se llevaran las manos a la boca y se echaran a llorar horrorizadas. Ersbetta, impactada por el suceso, se llevó las manos al pecho mientras veía cómo Aldo, Adham y Richer ayudaban a Al-Biruni a incorporarse, pues a punto estuvo también de caer arrastrado por Muhammad.

Con la mirada perdida y el turbante desenrollado, el persa dio unos pasos hacia atrás, se apoyó en la pared y fue dejándose resbalar hacia el suelo sin importar que su caftán se rasgara atrapado por las piedras salientes. Una de ellas se le clavó en el costado pero no le importó la sangre ni el dolor. Acaba de perder a su amigo.

La luz del fondo del abismo centelleó varias veces, con un guiño burlón que nadie vio. Entonces Gerbert juntó las manos en oración y comenzó a rezar en latín, y todos le siguieron. Los cristianos Ibn Umáil, Massurdi, Richer, Adham y Aldo le siguieron como si de una misa se tratara, colocados frente a él, arrodillados en el suelo. Éste último de rodillas, al lado de Ersbetta, quien seguía la oración con respeto y se remitía a la diosa Isis, suplicándole por el alma de aquel desgraciado. Las niñas imitaron a los demás, arrodillándose también, escuchando las palabras serenas de Gerbert d'Aurillac. Hassan, Alí y el recién llegado Al-Haytham comenzaron a rezar también en árabe, pero no eran seguidos por Al-Biruni, que seguía inmóvil en el suelo, con el aliento detenido.

Una plegaria al cielo de Dios y un cántico al cielo de Allah. Los dos Omnipotentes, los dos Todopoderosos, pero que habían permitido la muerte de Muhammad ibn Miskawayh, de veintinueve años de edad.

¿Era momento de seguir, o de abandonar? Ersbetta comprendía el dolor de Al-Biruni y trató de consolarlo como pudo con las pocas palabras árabes que sabía, ayudada por Alí. Cogió su mano y el astrónomo, confortado por la calidez de la mano femenina, comenzó a llorar y a explicar a todos lo que le había pasado a Lilya, su esposa, que ahora vivía en una especie de limbo, entre la vida y la muerte. Era ése el momento escogido para decir algo que sólo sabía Hassan y sólo lo había sabido Muhammad. Llorando, con un nudo en la garganta, habló y habló de Lilya hasta que el llanto desapareció y su alma estuvo un poco más confortada.

Al-Haytham miraba a Al-Biruni y se sintió conmovido por la desgracia de quien le dijeron era un reputado astrónomo de Persia; por eso se acercó para pedirle disculpas.

—El hecho de que Al-Haytham tenga un papiro similar a los vuestros —dijo Gerbert dirigiéndose a Ersbetta y a Al-Biruni—, nos indica que su destino también lo ha llevado aquí, que su presencia es necesaria. Así que deberíamos explicarle qué es lo que estamos buscando.

Fue Al-Haytham quien antes de que le dijeran nada, en señal de respeto y confianza, relató cómo había encontrado su papiro.

—Fue en el desierto de Lut, el gran desierto salado, el llamado desierto vacío. Sólo hay tierra negra, un calor sofocante que te impide respirar y viento, mucho viento, por eso no se encuentran animales ni plantas; por eso casi muero allí.

"Me dirigía hacia Karachi cuando a la salida de la ciudadela de Kermán fui asaltado y abandonado en el desierto. Cuando desperté, vi que me hallaba en un barranco de aquella tierra que parecía ceniza. La ceniza desprendida del fuego del infierno.

"Era de noche y nada había más que las estrellas para guiar mi camino. Sabía que la última estrella de la cola de la osa menor era la estrella polar, y que ésta me orientaría hacia el norte, así que caminé durante horas con el frío intenso del desierto, y lo seguí haciendo también al día siguiente: temiendo la soledad, los demonios, las serpientes y los escorpiones. Por suerte los asaltantes me habían robado las monedas pero no mi bolsa con agua y algunas provisiones; aún así, el agua iba menguando y el desierto creciendo. Como fuera que las noches estaban llenas de aquel frío espantoso, determiné caminar durante el día, pero el sol me lo impedía también. Lloré, grité, y con eso mis fuerzas menguaban cada vez más, como el agua que acabó por terminarse. Moriría allí y nadie me encontraría, pues nadie se aventuraba en el desierto de Lut: sólo los locos y los que deseaban morir.

"No sé cuando ni cómo, pero alcancé lo que creía iba a salvarme, un oasis. Corrí con las pocas fuerzas de que disponía, me lancé hacia su resplandor y caí de bruces abriendo la boca para llenarme del agua que tanto necesitaba. Pero aquel oasis en realidad era un lago de agua salada. Vomité y lancé maldiciones al sol y a los genios del desierto, pues uno seguía abrasándome con su calor, y los otros se burlaban de mí. Pensé que quizás ya había muerto y que me hallaba en el infierno, pero sin darme cuenta de qué era lo que hacía, seguí caminando hasta refugiarme en una cueva formada de forma caprichosa por la tierra y el viento. La sombra del lugar hizo que mi cuerpo encontrara algo de reposo, pero la sed era tan terrible que comencé a arañar la pared, a ponerme pedazos de tierra arrancada en la boca, enloquecido. Mi visión era turbia, pero pude entrever algo que rompía la aridez del lugar: una pequeña tinaja. Reí, enloquecido, cuando mis dedos entumecidos se aventuraron a averiguar su contenido, y reí, aún más, cuando tocaron líquido en su fondo. ¡Agua! ¡Agua! Bebí todo el contenido, que no era mucho, pero eso me salvó y con la vista más clara pude ver que además de la tinaja, había algo a su lado. Y envuelto en una funda de cuero reseca, encontré este extraño papiro. La figura que representaba, el ángel, se me

apareció en los sueños de las siguientes noches en que volví a deambular por el desierto tratando de encontrar algún paso, una salida. Vivir, quería. Y quizás éste ángel me salvó, pues el papiro estaba junto a la tinaja de agua, tinaja similar a las que él sostiene en este dibujo. El ángel me susurraba al oído y me decía: Levántate, anda, sigue; sigue y no desfallezcas…

"Llegué a Shurgaz, y sólo recuerdo mi voz diciendo aab, agua, en farsi. Me sorprendió que mi cerebro aún tuviera capacidad de recordar otro idioma que no fuera el mío. El lugareño que encontré se alejó corriendo para regresar con un odre de agua fresca que me devolvió los sentidos: mis ojos podían moverse en sus cuencas, en mi boca rebosaba la saliva; mis manos resecas agradecían las gotas que se perdían y resbalaban por mi cuello.

"Así encontré mi papiro y desde entonces ha sido para mí un talismán, pues no me he separado de él ni un solo instante. ¿Me ha traído aquí, decís? Tal vez. Yo sólo sé que el ángel que veis aquí dibujado, me salvó la vida. Y si queréis, os diré su nombre, pues también en sueños me fue revelado: Mikhail.

—Mikhail…Miguel… El jefe de los ejércitos de Dios…—dijo Massurdi a la vez que Gerbert asentía.

Tor comenzó a ladrar, muy nervioso. ¡Escarabajos! ¡Escarabajos!, gritó Richer. En efecto, decenas de escarabajos se acercaban a ellos por el túnel como si de un ejército se tratara. Con las teas que sostenían Richer, Adham y Alí, los mantuvieron a raya mientras los demás subían a la alfombra, pero tras deshacerse de unos cuántos, varias decenas más se unían desde el pasadizo por el que habían llegado.

—¡Subid, subid todos a la alfombra! —gritaba Al-Biruni—. ¡Nanya!¡Empieza a cantar!

—Pero, pero… —comenzó a protestar Al-Haytham. ¡Sin Muhammad somos trece! ¡No deberíamos…!

Nadie hizo caso de sus quejas. Eran los que eran, y si había alguna maldición en ello, tendrían que asumirla.

Nanya cantó con su hermosa voz los nombres de los setenta y dos ángeles mientras todos iban ocupando sus puestos. Tor gemía, nervioso, mientras Ersbetta trataba de calmarlo y le obligaba a sentarse a su lado, junto a Richer.

La alfombra ya se levantaba del suelo cuando Alí, que había esperado hasta el último momento para mantener a aquellos insectos a raya, se subió de un salto. Todos vieron como los escarabajos, que ahora ya cubrían por completo la cornisa que ellos habían ocupado antes, cesaban sus movimientos ciegos de un lado a otro y escuchaban atentos el llanto de un bebé.

Oyeron atónitos el gimoteo y el sollozo de lo que a Ersbetta le pareció un niño recién nacido. Pero era algo más, y Gerbert lo sabía y por eso tenía el vello de punta: era la Bestia, con sus engaños; la Bestia encadenada al fondo del abismo que lloraba helándoles la sangre a todos.

Los escarabajos, como si fueran receptores de una llamada, se lanzaron al vacío uno tras otro mientras la alfombra trasladaba a los trece hasta la otra cornisa acompañados en todo momento del canto de Nanya. Todos sentían una mezcla de felicidad, encanto y miedo que los confundía, porque la alegría de estar inmersos en la maravilla del vuelo de una alfombra mágica era empañada por aquel llanto misterioso que no entendían. Gerbert no pensaba decirles nada de lo que sabía. *Nada, por el amor de Dios. Protégenos, protégenos Señor, del mal y los infiernos*… decía y repetía con los ojos cerrados. Richer, a su lado, también tenía los ojos y las manos unidas en oración. *No quería morir allí, Señor, por favor*…

Estaban volando. Tor temblaba pero no se movía ni un milímetro del regazo de su dueña. Al-Haytham cerró los ojos como Richer, temeroso de las alturas y de aquella magia increíble. Adham sonreía, feliz. Hassan se rendía ante la evidencia. Masika miraba a su madre y sonreía también. Ibn Umáil pensaba que nunca más desdeñaría la existencia de los objetos mágicos. Aldo, sencillamente, no podía creerlo. Eso era un sueño, tenía que serlo, y pronto despertaría en casa de Massurdi, en El Cairo, en aquella suntuosa habitación de caros muebles que añoraba y deseaba tener para siempre, cuando acumulara las suficientes monedas para comprar una casa propia en la Toscana. De Egipto se llevaría alfombras y mantas y varios de esos confortables lechos. Todos le admirarían por regresar victorioso, con historias nuevas que contar y por regresar con una mujer bella como lo era Ersbetta… El estómago le dio un vuelco cuando la alfombra hizo un leve descenso y dudó de si iba a volver a casa con ella. Rico, tal vez, pero con ella…

La alfombra se posó en la nueva cornisa y vieron que en la roca se abría un pasadizo más ancho y más alto que el anterior.

—¿Adelante? —preguntó Gerbert. Parecía con prisas mientras observaba que Al-Biruni estaba siendo ayudado por Richer y Alí a doblar de forma adecuada la alfombra.

No quería que se entretuvieran mucho tiempo en aquel recodo, puesto que aún en la oscuridad, entre las sombras, distinguió un grabado en la pared de roca: dos serpientes en torno a una vara, el símbolo denominado caduceo, el símbolo que también contenía el papiro de Ersbetta. Pero ahora él sabía algo nuevo. Sería el símbolo de Hermes y de Thoth, pero la serpiente también era el símbolo del engaño, del mal, de aquel que mora en las tinieblas. 'Asa'el…

Pero Alí señaló el símbolo y aunque todos se arremolinaron en torno a él para comentarlo, nadie pensó en su simbología negativa. Gerbert respiró aliviado en su interior y volvió a insistir para seguir la marcha.

Al-Biruni cerraba la fila, apesadumbrado aún por lo sucedido con Muhammad. Antes de entrar en el pasadizo volvió la vista atrás y miró el otro extremo del abismo, envuelto en sombras, como sus ojos.

5. LA RUEDA DE LA FORTUNA

1

En algún lugar del desierto Sirio
finales del mes de septiembre de 999
mes de Ramadán de 389

En el valle se trabajaba en la sexta torre, y muchos de los esclavos habían muerto de inanición por el excesivo trabajo y la escasa comida. Las enfermedades hacían mella de improviso y decenas de manos dejaban de apilar piedras, de hacer argamasa, de colocar tablones.

—¿No habéis encontrado más obreros? —preguntaba el líder al capataz mirando la torre erigida a media altura. El sol le cegaba los ojos y se hacía visera con la mano.

El encargado no se atrevía a mirar a su señor.

—Todos los que podíamos traer ya están aquí; otros, como sabéis, han muerto y…

El líder chasqueó la lengua.

—Tal vez debería cambiar de capataz. Tal vez… —Dejó de hacerse sombra y le volvió la espalda para dirigirse hacia el poblado.

—Señor, permitidme…—El hombre lo seguía, alargando los brazos hacia él, tratando de detenerlo—. Tal vez pueda enviar un pelotón a los pueblos del sur. Pero la incursión nos llevará tiempo. Son reacios, hay que traerlos a la fuerza y no es fácil que colaboren si sólo reciben latigazos y poca comida. Si dispusiéramos de más tiempo, señor…

El líder se volvió y con sus extraños ojos dorados miró a aquel hombre pelirrojo.

—Parecéis un extranjero, uno de esos hombres del norte que a veces he tenido ocasión de ver en Bagdad.

—Soy kurdo, señor, de la ciudad de Mosul, como mis padres y sus padres y aún más allá.

—Y sigues nuestra religión, ¿no es cierto?

—Soy yazidí, señor.

—Me habían dicho que profesabais el Islam…

—¡No, señor! ¿Quién le ha dicho semejante barbaridad?

—Bien. Entonces, cumplid con nuestros preceptos y ayúdame a terminar de una vez con la sexta y la séptima torre. El tiempo está cerca.

El líder dejó el valle y subió la senda empedrada que lo llevaría a la cima de la colina, al santuario construido en la roca. Se sentó frente al altar y observó las siete ofrendas para los siete ángeles que cuidan del mundo. Mientras él oraba podía sentir los pasos cadenciosos del pavo real que se paseaba como un amo por las habitaciones principales. Era el símbolo de Malak Tâ´ûs, el primer arcángel. Qué equivocados estaban los que creían que era el Shaytan, el Satanás…Había sido el ángel que se reveló contra Dios, sí, pero porque lo amaba. Él, el ángel más bello, había osado rebelarse contra Dios para entregar al hombre la sabiduría, la Luz, de ahí su nombre, el portador de Luz, Lucifer.

El pavo real caminaba hacia él desplegando sus plumas. El líder sonrió y dejó que hiciera sus necesidades sobre la alfombra, pues era sagrado. Cuando los sirvientes recogieran sus excrementos, éstos serían dispersados en el exterior para que en la tierra yerma floreciera una planta verde, una planta que nadie podía imaginar que nacería en el desierto.

El hombre continúa su oración mientras oye los pasos del animal alejarse hacia otras habitaciones. En la noche del solsticio de invierno llegará el advenimiento, pero antes debe encontrar al Séptimo Santo, el que debe regresar del pasado en otra forma humana. Algunas noches, se despierta sobresaltado y duda de su venida; otras, cree verlo entrando en su aposento. Los adivinos dicen que se acerca, que han sentido la llamada, pero el líder se siente nervioso, intranquilo. Si el Séptimo no llega a tiempo, la apertura de la puerta no funcionará. El engranaje debe funcionar de forma perfecta.

Cerró los ojos y siguió rezando, por el bien y por el mal. Porque los dos habitaban en las almas de los hombres.

2

En las entrañas de la esfinge, Gizeh.

Pasadizos decorados con jeroglíficos, rampas empedradas con símbolos que no comprendían, salas enormes vacías, salas diminutas que les hacían avanzar agachados. Los trece y Tor llevaban horas en las entrañas de la esfinge, en un mundo de ensueño que aumentaba su belleza a medida que avanzaban. Porque si en sus primeros pasos apenas encontraban decoraciones en las paredes de roca o en los techos, tras el paso del abismo las decoraciones eran abundantes, las paredes de piedra lisa y trabajada, coloridas cuando la luz de sus antorchas les daban de nuevo vida tras su paso. ¿Cuántos? ¿Cuántos años habían transcurrido desde la última vez que alguien había caminado por aquellos pasadizos, por aquellas estancias asombrosas? Massurdi aprobó que Richer fuera dibujando algunos de los jeroglíficos de las paredes, y murmuró algo a Gerbert cuando se detuvieron en las escaleras que daban paso a una nueva pieza. ¿Quién había construido todo aquello? ¿Cuándo y cómo?

Un pasadizo estrecho dio paso a una sala no más grande que una de las habitaciones de la casa de Massurdi. La luz de las antorchas ondeó ligeramente y las puertas que no habían visto se cerraron tras ellos. A Aldo, que cerraba la fila, le pareció que habían surgido desde el interior de la pared y se habían unido de forma repentina dejándolos encerrados en aquel nuevo lugar. Él y Alí, que estaba a su lado, vieron horrorizados que no existía ni pomo, ni cerradura alguna. Eran puertas de hierro y eran completamente lisas. Y estaban cerradas.

—Hemos caído en una trampa —comenzó a lamentarse Richer, y se sentó en el suelo, derrotado y cansado, apoyado en la pared sollozando como un chiquillo, angustiado por el espacio reducido en el que se encontraban. Adham se sentó a su lado, y supersticioso como era comenzó a pensar en que eran trece, trece, trece…

Hassan pidió calma y colaboró en buscar algún resquicio en las puertas que pudieran haber pasado por alto, pero fue inútil. Al-Biruni, fatigado también por tantas millas recorridas y creyéndolo todo perdido, se sentó junto a Richer mientras Ibn Umáil y Gerbert se miraban sin saber bien qué hacer o decir. Nanya y Masika, cansadas, un poco asustadas también, se sentaron al lado de Richer, que retorcía su caftán tratando de luchar contra su miedo a los espacios cerrados. Ersbetta se mantuvo de pie, expectante y tratando de calmar los improperios que lanzaba Aldo.

Al-Haytham había avanzado unos pasos hacia el interior y se percató al fin de una nueva puerta, corrediza, y aunque apenas llegaba a él la luz de las antorchas del grupo, no se detuvo. Sin abrir del todo la puerta, lo que veía era maravilloso, por eso silbó, admirado.

Ersbetta y Tor lo habían seguido y ella murmuró asombrada:

—Magia…

¿Era magia en realidad? Un rayo de luz cruzaba aquella nueva estancia de paredes negras y llevaba a sus ojos a ver una imagen en la pared opuesta al punto del que surgía.

—Esperad aquí, por favor. Quiero hacer una comprobación.

—¿Qué estáis haciendo, Al-Haytham? —le preguntó Gerbert, que ya se acercaba a ellos.

—Un momento. ¡Sólo es un momento! —Y nervioso, dirigiéndose a Richer le dijo: ¡No acerquéis vuestra antorcha, por favor!

Él, que había pasado años experimentando y estudiando los fenómenos de la luz, de la refracción, estaba a punto de aprender algo sobre la cámara oscura sobre la que había escrito Aristóteles, puesto que era ése el fenómeno que estaban observando.

Gerbert se abrió paso sin hacer caso de las quejas del bagdadí.

—Pero, ¿se puede saber que…?

Vio una imagen invertida, aunque no muy nítida, del papiro de Ersbetta. Nanya y Masika, que habían entrado tras él, tocaban con sus dedos el dibujo reflejado en la

pared.

Al-Haytham le señaló a Gerbert el lugar de donde provenía la luz y éste comprobó que surgía de un minúsculo agujero en la pared.

—El dibujo que vemos reflejado se encuentra en la habitación de la que procede la luz.

—¡Maravilloso! ¿Cómo se producirá éste fenómeno?

—En las teorías de Aristóteles se habla de un cuarto cerrado en el que existe un pequeño agujero por el que se hace pasar la luz. En la pared opuesta al agujero realizado se forma la imagen de lo que está enfrente, bajo esa fuente de luz.

La puerta de la habitación se abrió por completo y la entrada de la luz de las antorchas hizo que la imagen reflejada en la pared casi desapareciera por completo. Pero como fuera que todos quisieran ver el fenómeno del que hablaba Al-Haytham, fueron entrando de dos en dos, sin antorchas, para admirar aquel dibujo que se formaba en la pared, proyectado sobre el negro, de forma mágica y maravillosa.

Una vez todos vieron el fenómeno determinaron buscar una salida desde esa habitación, así que acercaron las antorchas a las paredes buscando algún resquicio, alguna puerta oculta como las que les habían dado paso anteriormente, pero no tuvieron éxito hasta que Richer se apoyó en una esquina, cansado, sediento y un tanto aburrido. Entonces se oyó un sonido vibrante que asustó a todos mientras el joven caía hacia atrás siguiendo la trayectoria de la puerta que se había abierto a su espalda. Tor ladraba, asustado y nervioso por aquel sonido extraño que cesó de repente.

Algún mecanismo oculto que había cedido a la presión les reveló un nuevo pasadizo en el que no dudaron entrar.

—Adelante —le dijo Ibn Umáil a Gerbert, dándole paso. Éste suspiró, deseando que llegaran de una vez al final de su camino, pues tenía los pies doloridos.

El nuevo pasadizo les llevó a una nueva sala y ésta a una mayor donde en su centro vieron la estatua de una diosa sentada sobre un pedestal. Adornando sus cabellos de piedra negra pudieron ver una pluma; en su mano derecha, un cetro con cabeza de águila y en su izquierda un ankh. Su túnica de colores parecía real hasta que se acercaron a ella y la tocaron: Era de piedra también.

Hassan la señaló y dijo:

—Maat, la diosa de la justicia, la hija del dios Ra.

A lo que Massurdi añadió:

—La esposa de Thoth.

Al lado de la estatua, siete vasijas que contenían diversos papiros les mostraron líneas y líneas de jeroglíficos que no podían comprender. Junto a las vasijas también encontraron ostracas de cerámica con textos indescifrables. Si el mundo hubiera sido otro, si el tiempo se hubiera atrasado cientos de años, hubieran leído la profecía de Neferti, la que hablaba de un sol velado por las nubes, del dios que se marchaba dejando a la humanidad sola. Ra debía volver a crear el mundo para hacerlo mejor, por eso lo iba a destruir. Aún así, como Ra aún tenía amor por la humanidad, quiso enviar a un salvador para restablecer el Orden en el Caos.

—Estamos muy cerca —dijo de repente Ersbetta. El ankh le quemaba en la piel y tuvo que sacárselo y dejarlo sobre el cuello de su túnica. Cerca de la estatua de Maat desprendía más energía que nunca. Fue entonces cuando comprendió.

—Es suyo —dijo. Y agachó la cabeza para sacarse el colgante.

—¿Qué vas a hacer, Bettina? —le preguntó Aldo frunciendo el ceño. Hassan la miró adivinando su intención.

La curandera, observada por todos, subió al pedestal para colocarlo en el cuello de la diosa. Al-Biruni extendió una mano pero la retiró en seguida. Ya era inútil. Ersbetta lo introducía en la hendidura del pecho de la estatua, que encajaba de forma perfecta con la forma del ankh que ella había llevado durante meses.

La cruz, colocada en su espacio originario, comenzó a desprender una ligera luz ambarina. Y fue entonces cuando volvieron a oír el mismo ruido que en la sala de la cámara oscura, un ruido vibrante que les reveló una nueva entrada subterránea bajo los pies de Maat.

Las escaleras talladas en la roca les recibieron de nuevo de un modo diferente, pues su recubrimiento era de piedra de mármol blanco. Bajaron y volvieron a subir torciendo hacia la izquierda. Al-Biruni pensaba que se dirigían hacia la habitación contigua a la cámara oscura, pues de ahí surgía la imagen del papiro de Ersbetta, pero no dijo nada y se limitó a caminar tras Alí, cabizbajo, atado a los funestos pensamientos que le sobrevenían tras la pérdida de su amigo.

El pasadizo de las escaleras de mármol les llevó a un lugar de leyenda. Tras una antesala encontraron un arco que les llevó a la parte superior de una nueva sala iluminada. Ersbetta no podía creer lo que estaba viendo. Las niñas corrieron hasta la barandilla que les mostraba desde lo alto las maravillas de un gran salón cuyo techo estaba sostenido por dos vastas columnas como quizás lo hubieran sido las de Hércules. Richer y Adham siguieron a las niñas, colocándose a su lado, mirando a un lado y al otro, arriba y abajo. Ibn Umáil y Massurdi sonreían, incapaz de decir nada; Al-Haytham creía que estaba en uno de los sueños de las Mil y una Noches.

Aldo colgó su antorcha en uno de los soportes de la pared. Allí no hacía falta la luz que les había acompañado hasta el momento puesto que la gran sala que veían a sus pies contaba con su propia iluminación en las paredes, tras los enormes dibujos que las adornaban. Mamma mia...

Al-Biruni se apoyó en la barandilla de mármol y observó los veintiún dibujos que, majestuosos, pues bien podían medirse en mil quinientos codos de altura[xcvii], formaban una media luna siguiendo la forma de la sala. Uno de ellos representaba la misma ilustración que el papiro que le había regalado el comerciante Wei. Y un poco más allá, casi en el centro de la sala, el papiro de Ersbetta relucía en toda su extensión. En uno de los extremos se encontraba el papiro de Al-Haytham, que éste ya señalaba, fascinado, a los demás.

Gerbert cerró los ojos dando las gracias a Dios: Habían llegado. Al-Biruni suspiró. Era tiempo de averiguar si la pérdida de Muhammad había sido en vano o no.

Ersbetta abrazó a sus niñas. Richer y Adham hicieron lo mismo.

—Hijas…hemos hecho un largo viaje pero hemos llegado a nuestro destino.

Ellas sonrieron, cansadas pero contentas.

Tor decidió explorar por su cuenta y bajó las escaleras antes que ninguno. Ersbetta lo siguió, al igual que las niñas, y fueron descendiendo poco a poco la multitud de amplios escalones que se abrían en forma de abanico hacia los dos grandes pilares que sostenían toda aquella construcción de leyenda: La Biblioteca Madre, la Cámara de los Registros.

No era una biblioteca al uso como lo era la gran biblioteca de Bagdad, puesto que no había escritorios para los copistas ni almacenes para tinta y cálamos. Sólo había anaqueles protegidos tras un vidrio transparente, y en ellos, rollos de lo que en un principio a los recién llegados les parecieron pergaminos de un esplendoroso color dorado. En un hueco abierto entre los anaqueles más alejados de su derecha, una losa que representaba a una figura mítica, alada, se alzaba varios pies del suelo, pero sólo Ersbetta se sintió atraída por su presencia. Mientras ella y las niñas se encaminaban hacia allí, Aldo y Alí decidieron examinar las estanterías que tanto llamaban su atención. Los demás se dirigieron hacia el centro de aquella gran cámara, donde una pirámide de cristal transparente les mostraba en su interior un objeto colocado sobre un pedestal. Massurdi, Gerbert y Richer murmuraban acerca de qué podía tratarse.

—Es algo importante —dijo Hassan—. Por el contrario, no estaría custodiado de esta forma.

—Tal vez sea el Libro —sugirió Adham, pero su tío no estaba de acuerdo y le golpeó en la nuca, por bocazas. Gerbert le reprendió por ello y no quitó la razón al muchacho, que se dirigió hacia el otro lado de la pirámide transparente y colocó sus manos sobre el cristal. Fue entonces cuando del artefacto surgió un destello. Tras un leve parpadeo surgió un diagrama y comenzaron a aparecer letras y números grabados como por arte de magia en uno de sus lados, que en lugar de papel o cuero tenía un aspecto similar al de un espejo.

—Es…es como un códice abierto, pero en lugar de mostrarnos los escritos de un copista, nos muestra este tipo de escritura extraña reflejada en un espejo.

—Debe de tratarse de un objeto mágico… —dijo Ersbetta, aproximándose también— Al-Haytham acercó su nariz al vidrio trasparente que le mostraba una sucesión de letras y números sin sentido que Hassan no podía descifrar. Adham los anotaba a petición de Ibn Umáil, que le entregó un nuevo pedazo de carboncillo.

—¿Podría ser esto el Libro de Thoth? —preguntó Al-Biruni, decepcionado—. ¿Aquí está toda la sabiduría del mundo? ¿Aquí están escritas las palabras que han de detener el fin del mundo? ¿Aquí las palabras que han de devolver la vida a Lilya?

—Quizás deberíamos romper este vidrio que lo protege… —sugirió Aldo.

—Podría ser un sacrilegio, un disparate…—dijo Gerbert, no muy convencido.

Masika también tenía sus manos apoyadas en la pirámide de cristal, pero era imposible percibir nada. Nunca había sentido nada tan frío como aquella sensación.

Ersbetta también estaba decepcionada con aquel objeto extraño que por el momento no tenía visos de revelarles cómo podían detener la llegada del fin del mundo, y detener también la llegada de Lucifer.

—Hemos olvidado —dijo Ibn Umáil— que si tal y como se indica en los papiros del templo de Edfu, los Shemsu-Hor edificaron los templos y tal vez también la esfinge bajo la cual nos hallamos, han de tener una sabiduría muy diferente a la nuestra.

—O tal vez, el Libro lo formen estas ilustraciones… —Al-Haytham señaló las veintiuna imágenes que todos miraron de nuevo con extrañeza, pues representaban imágenes y escenas que no sabían descifrar, además de plantearles la incógnita de porqué sus tres papiros aparecían también allí expuestos.

Alí hizo un apunte:

—Ya sean estas ilustraciones o sea éste artefacto el Libro que buscamos, tal y como dijo el tío Ishmaíl: Cuando el libro de Thoth sea hallado regresarán los Shemsu-hor, los Siete Sabios para restaurar el orden perdido. Amigos, el tiempo ha llegado.

—Así pues, ¿qué debemos hacer ahora? ¿Esperar aquí? —preguntó Richer, alarmado.

—Tenemos provisiones y agua para dos días. No más —dijo Hassan—. Pero hay mucho que hacer aquí –dijo señalando las estanterías que los rodeaban, frente a las cuales Aldo miraba fascinado su contenido.

Masika llamó la atención de todos. En uno de los lados de la pirámide de cristal que custodiaba el artefacto, a la altura del ombligo de Nanya, había unas pequeñas hendiduras de color ceniza. Al haber acercado su dedo curioso, se habían iluminado envueltas en color azul. Entonces, las letras y números mezclados sin sentido en el artefacto del interior, dieron paso a una sucesión de imágenes que se mostraron a intervalos: Una gran nube que se expandía en el cielo como un gran hongo destructor, animales del mar varados en una playa, un barco hundido en medio de los hielos, un grabado de un hombre y una mujer abrazos con el texto "Gone with the wind" sobre sus cabezas; hombres vestidos de blanco y extrañas máscaras cubriéndoles el rostro caminando sobre lo que a Al-Biruni le pareció, qué locura, la Luna; grandes animales de cuello espantosamente largo caminando por un prado que a Ersbetta le recordó los campos llanos de Salföld; hombres que dejaban escapar un fuego destructor de sus espadas y abatían a unos jóvenes de rasgos orientales, una gran ola cubriendo un poblado, monos haciendo fuego, un hombre de cabello largo y espinas entrecruzadas sobre su frente, crucificado… Gerbert se llevó las manos a la boca: Jesús, Dios mío, ¡es Jesús! ¡Alabado sea el Señor!

—Son visiones…—dijo Ersbetta—. El Libro nos muestra visiones de otros tiempos, u otros mundos…

Aldo y Alí se aproximaron y vieron fascinados aquella sucesión de imágenes que no cesaba.

—Entonces…sí se trata del Libro de Thoth —dijo Hassan— Sorprendente...

Ibn Umáil dejó que Nanya le mostrara cómo había pasado sus dedos sobre una de las hendiduras y al hacerlo de nuevo las imágenes desaparecieron. En su lugar volvieron a aparecer una sucesión de números.

—Ceros y unos; ceros y unos. ¿Qué significa? ¿Por qué sólo esos números?

—Pulsad otra vez el mecanismo —pidió Gerbert. Pero nada sucedió. Probaron diferentes combinaciones y tampoco lograron nada.

Mientras los demás permanecían allí tratando de averiguar qué quería decirles el Libro, Al-Biruni se alejó de ellos y decidió dibujar esbozos de las ilustraciones que decoraban la sala. Adham le ayudaba, pues era bueno para el dibujo. Muy bueno, a criterio de Al-Biruni, que veía asombrado cómo su pedazo de carboncillo reflejaba con todo detalle el modelo a seguir.

Como la variedad de figuras les confundía, decidieron dar un nombre a cada una de las imágenes. Así, el papiro de Ersbetta obtuvo el nombre de "la rueda", el de Al-Biruni fue nombrado "el mago" y el de Al-Haytham "la templanza", puesto que la habían necesitado para cruzar el abismo confiando plenamente en la magia de la alfombra.

Mientras Aldo y Alí inspeccionaban con detalle todos los rincones de la biblioteca, Ersbetta pidió a Gerbert que la acompañara a ver la gran losa con una figura alada. Gerbert llamó a Massurdi y le pidió que la identificara.

—La diosa alada, la gran maga, la diosa Isis.

Ella sonrió.

—Isis, claro…—No pudo evitar las palabras que hacía mucho tiempo había recibido en sueños: *Soy la Gran Maga, la Gran Madre... La Señora del Cielo, de la Tierra y el Inframundo…Tú vendrás y me rendirás culto*.

Aquí estoy, Señora…

Massurdi interrumpió sus recuerdos.

—Es curioso hallar aquí una representación de Isis. Se le supone señora de las pirámides…

Fuera curioso o no, era reconfortante hallarse ante la diosa a la que iban dirigidas sus plegarias. Era maravilloso verla desplegando sus grandes alas, envolviendo símbolos que sólo ella comprendía. No pudo más que arrodillarse y hacerle una ofrenda. Gerbert y Massurdi volvieron con los demás mientras ella se sacaba el pequeño cuchillo ceremonial que siempre llevaba colgado al cuello y lo dejó a los pies de la imagen. Masika y Nanya se arrodillaron también. Hassan, desde su lugar en el centro de la sala, las observaba.

Entonces, allí mismo, en la losa donde Ersbetta había depositado el cuchillo ceremonial, algo le llamó la atención.

—Mirad —dijo en voz alta. Gerbert regresó sobre sus pasos y se percató de que en el suelo había un diagrama que en seguida supo interpretar. Sus años observando el cielo le daban crédito.

—Canis Maioris —dijo Al-Biruni, al oírlo, dejó su tarea y se acercó para comprobar que la constelación del Can Mayor estaba representada en el suelo, a los pies de Isis. La estrella Sirio destacaba del resto.

—Thoth vino de Sirio y a Sirio regresó —recordó el astrónomo.

—En la historia antigua siempre se ha relacionado la estrella con la diosa Isis, y aquí tenemos la prueba —dijo Massurdi.

Gerbert suspiró. Todos los acontecimientos de los últimos días se daban de bruces contra sus arraigadas creencias.

Al-Haytham, Ibn Umáil y Richer habían decidido dirigirse hacia las estanterías protegidas con grandes vidrios transparentes, a donde Alí y Aldo también querían regresar.

—¿Quién habrá logrado forjar estos vidrios tan grandes? —se preguntaba el bagdadí, maravillado. El cristal era difícil de manejar y manipular y siempre se trabajaba con pequeños trozos, no con esas enormidades que casi llegaban hasta el techo de la sala y parecían estar elaborados de una sola pieza. ¿Cómo habían sido transportados hasta allí?

Richer también se lo preguntaba y trató de acercarse aún más para ver los rollos de pergamino allí custodiados. Pero lo que vio era sorprendente. Más aún cuando Al-Haytham, que investigaba aquellos extraños vidrios, hizo presión en uno y vio que estaba sujeto en una especie de raíl, lo que permitía desplazarlo hacia su derecha dejando paso libre al interior.

Llamaron a los demás para mostrarles su descubrimiento y todos se dieron cuenta de que no eran rollos de pergamino al uso, puesto que sólo su forma era similar. Además, su color dorado les sorprendía. Aldo pensaba que con sólo uno de aquellos rollos podría ser rico en su tierra, porque eran de oro, Madonna santa, claro que lo eran.

—Dejadme —dijo Gerbert—. Y tomó uno de los rollos en sus manos, pero fue imposible desplegarlo, pues era macizo. En sus dos extremos podía ver diminutos puntos de lo que parecía plata sobre una placa de metal verde. No eran más grandes que la cabeza de un alfiler y formaban complicados dibujos. Al-Haytham arrugó el ceño, incrédulo. Pero, ¿qué?...

—Tal vez este lugar no sea la Biblioteca que buscamos —sugirió Richer. Quizás tengamos que buscar una nueva salida hacia otro lugar…

Hassan y Massurdi se encontraban examinando las dos columnas principales, repletas de inscripciones. Hassan resiguió con sus dedos las líneas que formaban.

—Es lengua demótica.

—¿La podéis comprender?

—Comparte algunas características del copto, pero no la he estudiado. En el templo de Isis, en Philae, se encuentran grabados en demótico, pero hay pocos estudiosos que se dediquen a ello. Aún así, podría intentar hacer alguna aproximación al texto…con vuestra ayuda.

Ersbetta y las niñas caminaban en torno a la sala contemplando de forma más detenida las veintiuna imágenes colgadas del techo abovedado de la sala. Juntas debían completar un significado, pero ¿cuál? Se apartaron de los demás en dirección a la escalera y sentadas en un peldaño las observaron una y otra vez. Masika y Ersbetta trataban de invocar la inspiración de Isis, pero la llamada era inútil. Tal vez era la extraña luz de la sala, tal vez fuera la sensación desagradable que allí se percibía. Porque a Ersbetta le recordaba las ocasiones en que había recibido a enfermos que acudían a ella aquejados de males provocados por el cangrejo que roía las entrañas de algunos cuerpos. De ese cangrejo le había hablado su madre, y también de lo poderoso que era si no era tratado de forma adecuada. A veces era invencible, le había dicho Margit, como el Mal.

Masika sentía la necesidad de tocar con sus manos las ilustraciones, pero estaban demasiado altas para alcanzarlas. Aún así, sabía que si las hubiera tocado, hubiera sentido algo grande, algo más allá de ella. Algo que quizás aún no estaba preparada, o quizás nadie estaba preparado para saber…Ersbetta detuvo su mirada en una de las ilustraciones, la que estaba a la izquierda de la que representaba su propio papiro: Una mujer sosteniendo la boca abierta de un león. ¿Qué le transmitía aquella pintura? Fuerza, poder, voluntad, pero a la vez sabiduría y conocimiento. Y como en un destello de esto último, supo que los papiros eran un indicativo de las cualidades y el destino del hombre. Juntos tal vez ayudarían a entrar en el misterio del futuro.

Nanya y Masika le pasaron el odre con agua y la primera preguntó:

—¿Cuándo llegarán los Siete Sabios?

—No lo sé, hija.

Aldo y Alí llegaban junto a ellas y el italiano movió la cabeza.

—Eso son leyendas…

—¿Leyendas, Aldo? —protestó Ersbetta. —¿No has visto suficiente?

Alí se mordía la uña del pulgar mientras veía como la mujer se levantaba y se llevaba a las niñas de allí.

—¿Vino? —le ofreció Aldo sin dar importancia a lo sucedido—. Háblame de tu tío, Alí —le dijo levantando el odre a su salud—. Háblame de lo que no acabo de comprender. Mientras Alí trataba de explicar a Aldo de forma más detenida lo que sabía, Masika llamaba la atención de todos.

—Mirad. Ahí arriba.

Alí no perdía detalle de los movimientos de Masika y dirigió su mirada al punto donde ésta señalaba: El techo abovedado de la sala. Allí podía distinguirse un fino hilo de arena que caía y se derramaba en el aire como un soplido de polvo. Tor se quejaba, inquieto, como cuando se avecinaba una tormenta en Salföld. Gerbert, que dictaba a Richer, detuvo su tarea y también miró hacia la bóveda. El instinto del animal no presagiaba nada bueno.

Para tranquilidad de todos la arena dejó de caer y el perro se tranquilizó. Su dueña le ofreció unos pedazos de carne seca que llevaba en su bolsa y con el estómago lleno se echó cerca de la baldosa de Isis y dormitó un par de horas, el tiempo que pasarían allí. O eso creían.

Al-Haytham, con uno de los pergaminos de oro en sus manos, se había acercado al artefacto-espejo y estaba valorando si la hendidura que se veía a un lado podía coincidir con las medidas del rollo. Parecía que sí; tal vez estaban relacionados los rollos con el artefacto pero ¿cómo comprobarlo si estaba protegido por la pirámide de cristal?

Hassan tenía lista una traducción bastante aproximada del texto cincelado en una de las columnas, y lo leyó traducido al árabe mientras Alí, al lado de Ersbetta y Aldo, les traducía en voz baja.

—"Thoth escribió el Libro con su propia mano y en él se encuentra toda la magia del mundo. Si lees la primera página, encantarás el cielo, la tierra, los abismos, las montañas y el mar, comprenderás la lengua de los pájaros del aire y sabrás qué están diciendo las bestias rampantes de la tierra, y verás los peces de las más oscuras profundidades del mar. Y si lees otra página, aunque te encontrases muerto y en el mundo de los espíritus, podrías regresar a la tierra en la forma que antaño tuvistes. Y verás brillar el sol en el cielo con la luna llena y las estrellas, y contemplarás las grandes formas de los Dioses."[xcviii]

—Nos confirma lo que dice la nota que encontré en la biblioteca de Córdoba —dijo Gerbert.

—¡No es nada nuevo! —protestó Al-Biruni, nuevamente decepcionado—. ¿"Encantarás el cielo, la tierra, los abismos"? ¿Cómo? ¿Cómo creer en estas palabras y después encontrarnos con 'eso'? —El persa señalaba despectivamente el artefacto protegido por la pirámide. Pero entonces, con un destello de iluminación en su cabeza, corrió hacia los cristales y volvió a posar una de sus manos sobre el mecanismo de la luz azul. Lo hizo con un convencimiento extraño de que su respuesta acababa de llegar.

"Aunque te encontrases muerto y en el mundo de los espíritus, podrías regresar a la tierra en la forma que antaño tuvistes…" Podrías regresar… Ahí estaba lo que andaba buscando. Sin saber cómo ni porqué, decidió otorgar un número a cada una de las hendiduras de color ceniza, y como fueran tres filas y una hendidura solitaria en la parte inferior, otorgó los números 1, 2 y 3 a la primera fila; en la segunda fueron el 4,5,6; y en la tercera, 7,8 y 9. La hendidura solitaria que quedaba en la última fila, obtuvo el número 0.

Ibn Umáil y Gerbert ya estaban junto a él.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó el primero.

—Necesitamos una combinación de números sagrados para los números que he dispuesto a estas hendiduras.

—Podéis probar con el número treinta dos —sugirió Ibn Umáil—. Mi tío Muhammad ibn Lupi me dijo que era el número de la sabiduría para los hebreos. Quizás…

No sucedió nada.

—Probad con el siete —dijo Hassan—. Pues siete son las torres que se están construyendo según las siete estrellas de la constelación del Carro Mayor. Y aventuraría que podéis probar también con el tres, pues tres han sido los papiros que nos han traído hasta aquí.

—No —dijo Al-Biruni—. El número debería ser el 21. El número de la perfección, el número de las imágenes que nos rodean: el carro, la rueda, la fuerza… El número total de papiros que deben existir repartidos por todo el mundo.

Pero no fue el 7 y el 3, ni el 2 y el 1, sino los cuatro unidos.

7321. Ésa fue la combinación que permitió que un nuevo ideograma se reflejara en el espejo antes apagado. Ahora mostraba una imagen que todos admiraron por su belleza. Se les mostró algo que hizo que sus ojos no creyeran lo que estaban viendo: La Tierra desde el Cielo. Ersbetta lo supo, al igual que Al-Biruni y Gerbert. ¡Claro que era redonda la Tierra! ¡Claro que lo era! Redonda y cubierta en su mayoría de un hermoso color azul. Al-Biruni quiso saber, quiso detener la imagen allí para confirmar la existencia de los siete mares, pero ésta se alejaba hacia atrás para mostrarles la luna y más atrás aún, los cinco planetas conocidos. Pero… Al-Biruni se llevó una mano a la frente, boquiabierto. Había más planetas en el Sistema Solar… ¡cuatro más! Y se alejaban de su vista, uno tras otro… Salieron del sistema solar atravesando la nebulosa que era la Vía Láctea y atravesaron el espacio hacia otras galaxias.

Aldo no comprendía nada ni le interesaba nada más que aquellos estupendos rollos de oro que abundaban en las paredes. Dio un paso atrás, alejándose sigilosamente del grupo mientras Hassan sentía el vértigo de pensar en lo diminutos que eran; Massurdi pensaba en su insignificancia, en la irrelevancia del hombre respecto al cosmos. Por su parte, Al-Haytham deseó comprender la técnica óptica que hacía posible mostrarles aquellas imágenes. ¿Cómo podría hacerse con ese conocimiento? Richer y Adham aplaudían, maravillados, como si acabaran de presenciar una obra de titiriteros. Masika y Nanya contemplaban el artefacto-espejo como si miraran al cielo una noche estrellada, boquiabiertas. Gerbert no podía estar más maravillado con la creación de Dios.

La imagen se detuvo.

—¡No! —gritó Al-Biruni—. ¡Quiero saber, quiero saber!

Pasó una y otra vez sus dedos por las hendiduras grises, combinando números ahora al azar, pero del espejo del artefacto sólo surgían unos y ceros, unos y ceros…

Gerbert posó una mano en su hombro agitado: El persa lloraba. Lilya, oh, Lilya…Cayó derrotado al suelo y ocultó su rostro bajo sus manos. Nadie excepto Ersbetta

se acercó a él, y por medio de Alí le pidió que le hablara del estado de su esposa. Ella cogió sus manos, comprensiva con aquel hombre atormentado. Al-Biruni las sintió cálidas y poderosas y su llanto cesó cuando la curandera, que sabía como ayudar, le dijo:

—Llevadme con ella, Abu Raihan. Llevadme con ella y yo haré todo lo posible para despertarla.

El persa levantó la cabeza y cubrió con las suyas las manos de aquella buena mujer, agradecido por la esperanza que llevaba a su corazón.

Fue entonces cuando sintieron que la tierra se movía bajo sus pies. Tor empezó a ladrar y corrió a refugiarse en la parte superior de las escaleras, a donde ya corrían Masika y Nanya. En su afán por ponerse a salvo, Al-Haytham golpeó con su bolsa a Ersbetta, que perdió el equilibrio y cayó al suelo, pero en seguida sintió los brazos de Hassan en torno a su espalda y su olor a canela la envolvió mientras corrían a refugiarse en la sala del piso superior. Aldo ya estaba arriba, y con un gesto agradeció a Hassan la atención que había tenido. Tor se acercó a su dueña, gimiendo, poco de acuerdo con el temblor de aquel lugar y menos aún con el calor que de repente sintieron todos. Un calor que enrojeció sus mejillas y cubrió de un sudor frío sus frentes. No era un calor normal, más aún, a Aldo le recordó el calor del horno de la casa del panadero donde había trabajado en Roma.

—¡Salgamos, regresemos por dónde hemos venido! —propuso Hassan. Pero ya no había modo: La salida bajo los pies de la estatua de Maat estaba cerrada. Empujaron y golpearon, pero sin éxito. Aldo maldijo en voz alta y comenzó a dar porrazos a la pared rugosa de la entresala mientras Ersbetta trataba en vano de calmarlo lamentándose de su carácter rudo. Los demás murmuraban, discutían, se desesperaban, pues el calor aumentaba y aumentaba y morirían allí mismo, como pollos asados, pensaba Al-Haytham. Pero Alí estaba tranquilo. No era esa la visión de su tío Ishmaíl. Él no le había hablado de muerte alguna para los allí reunidos. Aunque tampoco le había hablado de la muerte de Muhammad, y en cambio…

La tierra seguía moviéndose bajo sus pies y el calor les ahogaba. Gerbert cayó derrotado al suelo, mareado, al igual que Massurdi. Richer trataba de dar aire a su maestro, pero pronto se vio afectado de la misma forma. Los demás, le siguieron. Ersbetta mojaba con el agua de su odre la frente de Nanya, sentada al lado de Masika, a quien le costaba respirar pero no decía nada para no preocupar a su madre. Tor, a su lado, jadeaba de continuo. Hassan siguió el ejemplo de Ersbetta y pidió que todos se mojaran con el agua de sus odres, aunque no era mucha y Al-Biruni temía acabar la suya. Moriremos, moriremos todos, comenzó a murmurar Adham, desvariando mientras sus ojos clavados en el techo de la sala seguían las ilustraciones de colores pintadas en él.

Los trece y Tor perdieron la conciencia.

Y soñaron. ¿Soñaron?

Soñaron que el temblor de la tierra se detenía y que una nube de humo cubría toda la biblioteca llenándola de un olor acre e irritante. Las alas de Isis se abrieron y con ellas las puertas que se ocultaban en las losas laterales. Y entre el humo y el calor soñaron…

Vieron…

…a dos hombres y a una mujer vestidos con túnicas blancas. Cada uno ocupó su lugar bajo las imágenes de los tres papiros, el de Ersbetta, el de Al-Biruni y el de Al-Haytham, y sus brazos se alzaron y la pirámide que protegía el Libro de Thoth separó sus lados como una flor desplegando sus pétalos en primavera. Entonces sus voces se unieron. Eran voces extrañas, opacas, como si hablaran tras una máscara, pero todos pudieron entenderles sin impedimentos de idiomas puesto que hablaban la lengua del espíritu.

...Las tinieblas serán preferidas a la luz, se
juzgará más útil morir que vivir; nadie volverá a elevar su
vista hacia el cielo; el hombre piadoso será tenido por
loco, el impío por sabio, el frenético será tenido por
valiente y el peor criminal por hombre de bien...

...Los dioses se separarán de los hombres. Sólo
permanecerán los ángeles malignos que se mezclarán con los
miserables hombres obligándolos por la violencia a cometer
los más criminales excesos, impulsándolos a mezclarse en
guerras, a cometer latrocinios, engaños y todo aquello que
es contrario a la naturaleza del alma...

...Entonces la tierra perderá su equilibrio, el mar
dejará de ser navegable, el cielo ya no estará repleto de
astros y los astros detendrán su ciclo en el cielo... Toda
voz divina será condenada al silencio y se callará; los
frutos de la tierra se pudrirán, la tierra dejará de ser
fértil y el mismo aire será enrarecido en un torpor
lúgubre...

...He aquí como será la vejez del mundo... [xcix]

Se han cumplido los mil años.
El cielo, repleto de astros que son mundos habitados, os revelará los secretos.

Todos supieron que sus palabras habían quedado grabadas en el Libro, y que así había sido siempre y así sería, puesto que en el Libro de Thoth además de la sabiduría se hallaban todos los acontecimientos desde que el mundo es mundo y el hombre es hombre; y aún antes de él, cuando la tierra era de los dioses como ellos. Porque tres de los Shemsu-Hor habían venido de Sirio para advertirles, para confirmar las profecías que avisaban de un posible y terrible fin. Y tal vez, tras los terribles acontecimientos que habían de sobrevenir, ya nunca más regresarían a este mundo que sólo les daba problemas.

Lejos de allí, en la cima del monte Sinaí, el viejo Ishmaíl dormía en el lecho de su cueva. De pronto abrió los ojos: Los Shemsu-Hor habían llegado. Alabados sean los cielos. Pero sólo habían regresado tres…

La pirámide volvió a cerrarse en torno al Libro de Thoth y los tres Shemsu dirigieron sus ojos transparentes hacia el piso superior de la biblioteca, a la sala donde sabían a los durmientes. Los elegidos ya estaban listos para su próxima misión.

Al Qurnah, marismas de Persia
finales del mes de octubre

Habían atravesado la península de Anatolia y al llegar al río Tigris tomaron un barco que les llevó a un poblado cercano a Mosul. Días después continuaron su camino hacia el sur en una balsa conducida por un lugareño hasta detenerse en las orillas de una pequeña aldea junto al río. Hans sentía la llamada cada vez más fuerte, al igual que se sentía él. Sin dolores, sin su extraña afección desaparecida tras la visita de un curandero que se presentó de improviso en la casa de adobe donde se habían alojado, se sentía como nunca, rebosante de salud. No sabía qué le habían hecho, pero fuera magia o encantamiento, tanto daba, era feliz.

El joven Klaus alargaba su mano y tocaba con las puntas de los dedos aquellas aguas tan lejanas a donde habían llegado. Aún sentía en el pecho el dolor por la muerte de sus compañeros de viaje, al igual que aún sentía el olor de las pieles tendidas al sol en el poblado que los había acogido por unos días. Recordaba la noche en que Gergely y Ambrus cayeron presa de las fiebres y recordaba también la llegada de un hombre de piel negra que se presentó de improviso y pidió hablar con Hans. La lengua de los infieles era extraña y Klaus no pudo entender nada de lo que aquel hombre decía. Probablemente, Hans tampoco, pero aún así, pasaron muchas horas juntos, sentados sobre una alfombra vieja y polvorienta, bajo la sombra de un toldo que formaba olas en su superfície cuando recogía la brisa del río. Dentro de la casa de adobe, los dos caballeros agonizaban y le decían: Klaus regresa a casa, no sigas al amo… Pero Klaus debía seguir al amo porque así se lo había dicho la vieja Piroska, y no había más que hacer.

La mañana que llegó el intérprete, los ojos de los dos caballeros quedaron absortos mirando hacia el techo ennegrecido de la habitación. Klaus mojó sus dedos en su propia saliva y se los cerró. Aún estaba rozando aquellos párpados fríos cuando un puntapié lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué haces, haragán? ¿Aún no está listo el equipaje?

Hans tenía el pelo pajizo recogido hacia atrás, y su palidez había desaparecido. El muchacho señaló los cuerpos de los dos hombres. El médico comprendió enseguida.

—Entiérralos, pues —dijo—. Partiremos al atardecer.

El intérprete, un joven kurdo de ojos estrábicos recomendado por el curandero que había llegado tan de improviso como se había ido, estaba sentado a la sombra bajo el toldo y miraba cómo Klaus cavaba una fosa para cada uno de los caballeros que habían viajado desde los Balcanes y habían encontrado la muerte cerca de Mosul.

Klaus estaba triste y las ganas de vomitar eran continuas debido al terrible olor que le llegaba de los curtidores cercanos. Aún así, hizo su trabajo lo mejor que pudo y al atardecer estuvo listo para subir a la balsa con Osama y el amo Hans.

Avanzaron río arriba durante varias jornadas en las que Osama les habló de Malek Ta'us, y les contó que Dios le había mandado retirar la lápida que cubría la tumba de Jesucristo para que éste pudiera salir. Malek Ta'us ocupó su lugar durante tres días y después se fue… Klaus se preguntaba a dónde se fue mientras pasaban junto a la ciudad de Bagdad.

Desembarcaron y caminaron dos jornadas hasta alcanzar el Éufrates para seguir navegando por las marismas hasta detenerse en la ciudad de Al-Qurnah. Les llevó una jornada más atravesar la zona pantanosa que aterrorizaba a Klaus en aquella hora de la tarde, cuando los juncos parecían susurrar maldiciones. No pasaron sino unas horas cuando desembarcaron muy cerca de los restos de la antigua ciudad de Ur, la cuna de Abraham, y hallaron lo que parecía un organizado lugar de trabajo, con cientos de hombres cargando piedras y haciendo argamasa.

Se construía la séptima torre.

En la cumbre de la colina, en el santuario construido en la roca, el líder se asomó al balcón de sus aposentos. Al este de las organizadas filas se había formado un pequeño grupo.

Había llegado el Séptimo Santo. No pudo más que sonreír.

4
Gizeh (Al-Jizah)
finales del mes de octubre

Ersbetta abrió los ojos. La noche estrellada la recibió desde su posición estirada sobre la arena. Tenía frío y sentía los brazos entumecidos y las piernas hormigueantes. Mareada, volvió la cabeza a un lado y vio el pelo de su hija, alborotado y lleno de arena. ¿Dónde estaban? Ante la imposibilidad de mover el cuerpo volvió la cabeza al otro lado y se encontró con la cara de Hassan, con los labios cubiertos de arena y los ojos cerrados. El aroma a especias no lo había abandonado y podía sentir su respiración tranquila. Sintió el deseo repentino de quitarle la arena de los labios pero sus brazos no le respondieron. Las siete estrellas del Carro Mayor parpadeaban. Un poco más al este podía ver la luna en el primer cuarto creciente y la estrella Venus brillando encima de ella. Buen signo.

Sabía que Hassan y su hija estaban con ella, pero no podía saber si Nanya estaba bien, si Tor estaba con ellos, si los demás… Necesitaba fuerzas. Madre, dame fuerzas. Madre, hermana, venid a mí. Devolved la vida a mis piernas, a mis brazos…

Sufría por el frío que podían sentir sus niñas y por la incertidumbre de no saber qué estaban haciendo allí, tirados e inmóviles sobre la arena del desierto. Volvió de nuevo la cabeza a su izquierda y vio que Masika seguía en la misma posición. Hassan también, y dejándose llevar por la lasitud que sentía aprovechó aquel momento para recordar la ocasión en que él la besó en el patio de la casa de Massurdi, entre el murmullo del agua de la fuente y el susurro de los nenúfares deslizándose en el estanque.

Su deseo de retirar la arena de sus labios creció y concentró todas sus fuerzas en su brazo, que poco a poco fue arrastrando arena a su paso hasta que su mano alcanzó la barbilla del hombre. Su posición no era cómoda, pues le era imposible mover el tronco; aún así, con la punta de los dedos hizo que la arena fuera cayendo de los labios de Hassan; grano a grano, hasta que él abrió los ojos. Ersbetta vio en ellos la misma mirada que siempre había visto en Zoltán, y entonces le amó. Sobre la arena, bajo la noche, la luna, Venus y las siete estrellas del Carro Mayor, sintió que amaba a Hassan ibn Talib. Quizás ya hacía tiempo que lo amaba.

Él recibió sus sentimientos y aún con los dedos de ella en sus labios arrastró también con esfuerzo su brazo sobre la arena y acarició la mejilla de ella, que quiso decir, quiso hablar, pero aún le era imposible. Una ligera brisa comenzó a mover la arena de un lado a otro, y su movimiento se confundía con el sonido acompasado que los dos pudieron oír, más allá del de sus corazones estremecidos.

Yusuf golpeaba su cántaro, aburrido. Desde hacía casi treinta días su padre le ordenaba montar guardia en la meseta durante la noche, mientras que su hermano hacía rondas durante el día. Massurdi y sus amigos habían muerto, seguro. El espíritu de la esfinge los había devorado de algún modo, pero aún así, él debía montar guardia porque su padre así se lo había ordenado.

Decidió dar un paseo antes de quedarse dormido y dejó la zona de la esfinge para llevar las riendas de su camello hacia las pirámides. Bajo aquella luna se veían hermosas y aún más imponentes y extrañas. Yusuf se detuvo.

¿Qué eran aquellas sombras? ¿Beduinos? No podía ser, sin tienda alguna por los alrededores… Su primer impulso fue dar media vuelta y correr hasta su casa, pero algo le llamó la atención, algo que… ¡Alhamdullillah! ¡Ahí estaban! Dejó las riendas del camello y se acercó al grupo de trece personas tendidas sobre la arena. Al primero que vio fue a Massurdi, y aún cuando trató de despertarlo fue imposible. A su lado, Muhammad ibn Umáil también parecía dormido.

—¡Señor, señor! —le decía tocando su cabeza y su rostro, pero tampoco respondía.

Hassan logró levantar un brazo y Yusuf corrió hacia él.

—¿Qué os ha pasado?

Ersbetta miraba al joven con los ojos suplicantes, pero como ni de su boca ni la de Hassan surgió palabra alguna, Yusuf sintió un terror repentino.

—¡Maldición, maldición! —Y se alejó de ellos gesticulando. Montó en su camello y lo hizo trotar hasta su casa, donde despertó a su padre y a su hermano para explicarles lo sucedido.

En el bimaristán de El Cairo barajaban la posibilidad de que todos hubieran sido picados por algún escorpión o algún alacrán, quizás una araña, una avispa… pero no había rastros de picaduras o mordeduras en ninguno de los afectados, y como todos recobraron la movilidad completa dos días más tarde, les dejaron marchar. Massurdi respiró aliviado cuando el señor Kadir le aseguró que nadie más que él y sus hijos sabían de su incursión bajo la esfinge.

—En cuanto os sintáis más recuperado me debéis una charla. Habéis pasado treinta días con sus treinta noches ahí abajo.

Massurdi asintió, preocupado. ¿Qué explicar al señor Kadir?

Lo primero que hizo Aldo al bajar de su cama fue revisar el contenido de su bolsa. Más tranquilo, se encaminó junto con Alí a la salida del bimaristán, donde ya se encontraban los demás y esperaban la llegada de las mujeres.

Hassan dirigió su mirada hacia donde se encontraba Ersbetta. A su encuentro iba Alí, con Tor atado a una correa. El perro sintió tanta alegría de ver de nuevo a su dueña, que casi hizo caer al muchacho al tirar de él. Había sido llevado a un veterinario donde había sido atendido como si de una persona se tratara. Ersbetta no podía imaginar que hubiera médicos que se dedicaran especialmente a los animales, y se alegró por ello, aunque su sonrisa se apagó al ver que Aldo no venía a su encuentro, sino que dirigió a charlar con Richer y Adham. Nanya se abrazó a Alí, sonriente, mientras Masika recibía más carantoñas de Tor.

Como el señor Kadir ya había hecho llamar a los criados de Massurdi, todos montaron en los carruajes y regresaron a su casa, como quien regresa al hogar.

Aldo colocó la bolsa sobre su cama y descorrió el nudo para liberar lo que tenía escondido entre sus cosas: Uno de los pergaminos de oro de la biblioteca. Había valido la pena viajar hasta Egipto, ¡sí, señor!

Era suficiente oro para comprarse una casa, tener un criado y pagar a alguien para que cultivara sus tierras. Ya podía volver a San Gimignano, y rico. Pero aún lo podía ser más y debía tratar de cumplir con el encargo del armador Girolamo d'Adigio.

—Alí —le dijo al muchacho, que se había tendido en el lecho contiguo y acariciaba las cuerdas de su laúd—. Esta misma tarde volveremos al mercado y compraremos un buen cargamento de perfumes.

—Pero…

—¿Vendrás conmigo o no?

Antes de entrar en la tienda de uno de los mercaderes de perfumes, Aldo se detuvo en la puerta del negocio de un judío que ya había visto en sus otras visitas al barrio.

—Entraremos aquí —le dijo a Alí, y éste no tuvo tiempo de rechistar, pues el italiano ya empujaba la portezuela.

Colocó el pergamino de oro sobre la mesa y pidió al judío una valoración. Alí no podía creer lo que estaba viendo. ¡Uno de los pergaminos de la biblioteca bajo la Esfinge!

El hombre miró a Aldo desde detrás de la lente que colgaba de su ojo derecho. Después miró el rollo y lo rascó levemente. Su semblante era inescrutable, y por un momento, Aldo dudó de la bondad de aquel oro que iba a sacarle de la pobreza.

—No os preguntaré de dónde habéis sacado esto, señor.

—No es vuestro trabajo —respondió presto Alí, que iba a dejar claro que su presencia no era mera figuración.

—Claro, claro —dijo el judío, que seguía examinando la pieza con cierto aire de desprecio.

—Alí —dijo Aldo al muchacho—, dile a este judío que quiero monedas. Dinares, mancusos, lo que queráis. Quiero que fundan el oro y me lo entregue en monedas.

—Claro, claro…Por esto os puedo dar… Dejadme calcular… —El judío se rascaba la barba tratando de decir un precio que satisfaciera al cliente y a la vez lo beneficiara a él. Aquella pieza no se le podía escapar.

Alí no podía creer la cifra de la que hablaba el judío. Aún así, él también ganaba con la transacción. Aldo ya imaginaba qué tierras compraría, cuantas cabezas de ganado, cuantos caballos… Madonna, qué afortunado había sido.

Salieron del lugar como en una nube. Aldo era rico. Y Alí, recibiendo una buena palmada en la espalda, salió de su ensimismamiento.

—¡Despierta, muchacho! ¿Acaso crees que no recibirás una buena paga? ¿Acaso crees que alguien echará en falta uno de los miles de pergaminos que había bajo la esfinge?

Riendo, se encaminaron hacia el puesto del comerciante de perfumes que llevaba un mal mes y se alegró de recibir de nuevo a aquel extranjero acompañado del muchacho del país. No era usual ni tal vez conveniente vender a los foráneos, pero qué diablos, sus cajones necesitaban llenarse de nuevo y sus estantes vaciarse. Regatearon pero sólo lo justo para no ofender al egipcio con un mal precio. Con el adelanto que le había entregado el judío ni siquiera tenía que acudir al señor Desclot para cubrir la compra. Él sólo se bastaba para llenar las bodegas del barco con varias cajas de las más excelsas esencias que perfumarían los pechos de las mujeres de la corte europea.

El egipcio estaba tan contento por la buena venta que le regaló un pequeño frasquito de cristal con tan sólo unas gotas de un perfume; según él, especial.

—Dádselo a la mujer que amáis y nunca querrá abandonaros.

Aldo asintió dando las gracias, y con el frasco en su bolsa dejó que Alí terminara de concretar los aspectos del transporte de la mercancía a Alejandría. Era rico, ¡era rico!

Un día después, el pergamino se deshizo en hilos de oro, pero antes, el judío extrajo las curiosas piezas que coronaban sus dos lados. Coloreadas en verde, eran de un tipo de metal que no podía reconocer, duro al tacto, pero lo que más le intrigaba eran los pequeños pedacitos de lo que un especialista le indicó que era estaño. Como no les viera utilidad, los lanzó al cubo de los desechos. Si el judío hubiera vivido mil años más, si el especialista hubiera reconocido las placas que acababa de desechar, se habría hallado una fórmula científica que sólo los dioses poseían: el genoma humano. El rollo, colocado en la hendidura que se abría al lado del artefacto-espejo, tal y como había acertado Al-Haytham, lo hubiera revelado si acaso hubieran podido comprenderlo. Aldo había robado el rollo que contenía esa clase de sabiduría y era tarea de los dioses volver a dejarla en la Tierra.

Aquella misma noche, todos se reunieron en el patio principal donde una gran mesa fue cubriéndose una y otra vez de deliciosos manjares. Gerbert, Al-Biruni y Ersbetta tenían bien claros los pasos a dar, pero no estaban seguros de sí los demás iban a seguirles o no. La búsqueda del Libro de Thoth se había convertido en una mera excusa para dirigirlos hacia su verdadera meta. A veces, el destino no está al final del camino, sino que es parte de uno mayor.

De todos modos no ocultaban su desilusión por el aspecto extraño del Libro, por la imposibilidad de haberlo podido consultar como si de un manuscrito normal se tratara, en especial, Gerbert, Hassan, Massurdi e Ibn Umáil estaban muy decepcionados; en cambio, Al-Haytham comenzó a hablar de que quizás así serían los libros del futuro, y de que todos aquellos rollos (menos uno, pensó Aldo) eran parte de la información que el Libro mostraba en su espejo.

Al-Biruni recordó las imágenes de un hombre caminando por lo que le había parecido la Luna, Gerbert recordó al hombre crucificado y Hassan recordó a los monos que hacían fuego… Decidieron de forma unánime que todo aquello debían olvidarlo, que tal vez todo fuera parte de un encantamiento, de una ilusión; pero ninguno de los tres quedó satisfecho con aquella decisión.

Gerbert habló de su objetivo, que ahora era llegar al lugar donde se encontraban las siete torres antes del solsticio de invierno, pues ellos eran los elegidos para cambiar el destino de la humanidad. Así lo confirmaba la decisión de su espíritu; así lo confirmaba su determinación en vencer al Mal, así lo confirmaba el saber que no iba a morir hasta dentro de tres años. Pero tal vez iba a arrastrar a la muerte a los demás…Con Libro o sin él, su destino estaba escrito, al igual que el de todos los hombres.

Gerbert lo sabía desde hacía tiempo y volvió a manifestar su deseo de luchar hasta el final. Como fuera y donde fuera. Debían luchar porque tenían a Dios de su lado. Y a Allah, porqué no. Criaturas de los dos dioses se enfrentarían contra el Caído. El ángel más hermoso de todos.

Ersbetta habló de su primera intención: ir a Alejandría a ver a la esposa de Al-Biruni. Éste la miró agradecido y asintió.

Gerbert aceptó de buena gana la petición de Ibn Umáil de seguirlo allá donde fuera, aun cuando quizás fueran un estorbo, pensaba Massurdi, pues él dudaba si unirse a una nueva búsqueda aún más descabellada, y desde luego, más peligrosa. Por su parte, Adham y Richer estaban felices de seguir juntos por más tiempo y de emprender un nuevo viaje. Parloteaban acerca del misterio de haber permanecido bajo la esfinge durante un mes cuando ellos pensaban que habían pasado apenas un par de días. Escuchándolos, Hassan permanecía callado y pensativo.

Antes de la cena había salido al jardín y se había detenido junto a la fuente de piedra. Pronto oyó las risas juguetonas de Nanya y Masika, pero se alejaron y en su lugar aparecieron las voces de Aldo y Ersbetta. Hassan se hizo a un lado y desapareció entre el follaje, pero no perdía oído de la conversación:

—Es hora de volver a casa, Bettina. Voy a hacer un buen negocio con los perfumes que he adquirido y podré comprar tierras y…

—Aún no ha llegado el momento del regreso a casa, Aldo —dijo ella con determinación—. Pasado mañana partiremos hacia Alejandría y de ahí tomaremos un barco que nos lleve al puerto de Haifa. Debemos cruzar el desierto Sirio y llegar hasta el lugar de Persia donde se han construido las siete torres del diablo. El mapa que forman los papiros nos ayudará.

Aldo alzó los brazos al cielo.

—Pero, ¿qué pretendes hacer allí? —Y añadió, irónico—: ¿Destruir las torres?

—¿No comprendes que si dejamos las cosas como están, el mundo sucumbirá?¿Qué sucederán grandes males y los supervivientes serán gobernados por las fuerzas del mal? ¿Aún no has comprendido nada?

Aldo sujetó a Ersbetta por los brazos, enfadado.

—No voy a dejar que hagas más locuras, Bettina. Vayamos a Alejandría y tomemos un barco de regreso a casa. Ya es hora de volver.

Ella negaba con la cabeza y se separó de él. No era la primera vez que rechazaba sus brazos y su cercanía.

—Voy a hacer lo que debo, que es ir hasta allí. No hay más que hablar, Aldo.

—¡Pero eres mi mujer!

—¿Soy la mujer que te conviene, Aldo? ¿Estás seguro?

El calló y ella dio media vuelta y regresó a la casa. Aldo, aún molesto por la discusión y el rechazo sacó de uno de los bolsillos de su chilaba un pequeño frasco. Lo tanteó y lo pasó de una mano a otra con una mueca de fastidio en el rostro hasta que el frasco se cayó al suelo. Maldijo una y otra vez y salió también del jardín. Momentos después, Hassan se acercó al lugar y se agachó para observar los pedazos rotos de vidrio azul. Tocó con la yema de los dedos la sustancia oleosa del suelo y su olfato le indicó que era perfume. Perfume para una reina.

Hassan salió de sus recuerdos y atendió las palabras de Gerbert:

—Tal vez nunca podamos saber qué nos ocurrió y tampoco porqué el tiempo bajo la esfinge transcurre de diferente forma. Pero en nuestra inconsciencia, en nuestros sueños, todos oímos lo mismo, y he de deciros que las palabras de esos sabios o quienes fuera que fuesen, son parte de las mismas escritas en el llamado Apocalipsis del libro de Asklepius, perteneciente como sabéis al *Corpus Hermeticum*.

—Se nos confirma así un terrible fin para la humanidad… —añadió Massurdi.

—Pero ahora —dijo Ersbetta— nosotros tres, los poseedores de los tres papiros, sabemos lo que tenemos que hacer. Al-Haytham, asintió, nervioso. Aún estaba asustado por todo lo que había sucedido, por el lío en que se había metido. Hacía unos meses estaba en Bagdad, estudiando y dando clases, con una vida ordenada y metódica que lo complacía, pero esa vida ya había cambiado para siempre.

—¿Seréis capaces? —preguntó Gerbert. Era una pregunta dirigida a Al-Biruni y a Al-Haytham, pero en realidad se la hacía a él mismo, pues pensaba unirse a ellos y que Dios lo ayudara.

Alí, que llevaba largo rato pensativo, levantó un dedo y preguntó:

—¿Qué planes tenéis?

—Por ahora ninguno. Hasta que no lleguemos al lugar donde se encuentren las torres no sabremos cómo debemos enfrentarnos a los awliyâ al-Shaytân. Quien quiera seguir nuestros pasos, puede hacerlo; quien decida retirarse, ahora puede hacerlo también —dijo mirando a Aldo, a Hassan, a Massurdi—. Quien se una a este viaje, ha de saber que no estará exento de peligros.

—Tal vez no sea necesaria la presencia de todos los que aquí nos reunimos —dijo Ibn Umáil.

—Ahora más que nunca, todos somos necesarios —le rebatió Gerbert—.Los sueños pueden contener revelaciones, pero éstas no siempre son claras. Necesitamos nuestra inteligencia y nuestra determinación para dar los siguientes pasos. Necesitamos conocer al enemigo y comenzar a preveer un plan.

—Claro que sí —terció Alí. Desde luego él también iba a unirse al viaje.

Ibn Umáil suspiró:

—Estoy ya viejo, querido Gerbert, y no me veo con ganas de emprender un nuevo viaje, cruzar un desierto y enfrentarme a algo que…

Massurdi tenía la solución:

—Los mayores deberíamos abstenernos de ese viaje. Así que yo mismo, Ibn Umáil y Gerbert, estaríamos fuera. Seréis diez para enfrentaros a lo que haya de sobrevenir.

Gerbert negaba una y otra vez con la cabeza. Los demás discutían, pero elevó su voz sobre los demás y exclamó:

—¡Soy el papa de Roma y debo estar ahí cuando suceda la batalla!

Todos menos Ersbetta, Richer, Ibn Umáil y Adham lo miraron con asombro.

—¿Cómo decís? —Hassan no podía creerlo.

Gerbert ya no podía ocultarlo más. Pero su identidad no era lo más importante, sino el destino de los hombres y la misión que había decidido no abandonar.

—… Pero yo os digo que con ayuda de Dios, lograremos detener la locura que ha de sobrevenir —dijo mordiendo con dificultad un pistacho—. Así está escrito y así debería suceder.

Alí miró a Aldo, que golpeaba el lado de su copa con la punta de su cuchillo, meditabundo. Pensaba que no estaba mal del todo conocer de buena mano al papa de Roma, siempre podría serle útil, pero lamentaba la poca confianza de Ersbetta, que no le había dicho nada… Alí entendía su talante, entendía la situación que ella estaba creando, pero ¿qué podía hacer él por el toscano? Estaba en esos pensamientos cuando miró a Masika, enfrente de él, al lado de su madre y tan hermosa como ella. Tragó saliva cuando sonrió a Adham, que a su lado, le ofrecía un pedazo de tarta.

Finalizada la cena, Aldo se dirigió con los demás a la biblioteca y aceptó el vino que uno de los sirvientes le sugirió mientras se sentaba al lado de Richer y Adham, que hablaban animadamente del nuevo viaje. En una de las mesas, Gerbert y Massurdi consultaban un mapa y lo comparaban con el que formaban los tres pergaminos unidos por su reverso, pero Hassan no aparecía, y Ersbetta tampoco. El italiano bebió sin unirse a ninguna conversación y se consoló de su mal humor pensando en que por la mañana tendría a su disposición un montón de monedas de oro. Pero no iba a dejar que Bettina se fuera a Persia con Gerbert y Al-Biruni. Ni por supuesto con Hassan. Volverían a casa como él se llamaba Aldo Tomassi y era de la Toscana, el lugar más bello sobre la tierra. Salió a la terraza y con la jarra de vino en una mano y una copa en la otra, siguió bebiendo lejos de la vista de los demás, pensando en el pedazo de tierra que compraría, tal vez en Siena, tal vez en San Gimignano. Reía a solas con las pupilas brillantes, como los locos, como los borrachos.

En el jardín, Nanya lanzaba ramas a lo lejos para que Tor las recogiera. Oía la animada conversación de los mayores por la ventana abierta de la biblioteca y pensaba en sus días en Salföld como en un mal sueño, como si nunca hubieran existido. El perro, cansado, se negó a recoger más ramas y regresó a su lado para sentarse a sus pies y jadear un rato. Ya no estaba para esos trotes y aún no estaba acostumbrado al calor de aquel lugar. Ella lo acarició y dirigió su mirada hacia arriba, hacia las

estrellas que los acompañaban. Gerbert le había dicho que su madre la observaba desde el cielo, que fuera cuidadosa con sus actos.

Oyó unas risas al fondo y pronto vio aparecer a Hassan y a Ersbetta caminando juntos, sonriendo y hablando suave. Desde su posición, Aldo también los vio, por esa razón abandonó la terraza, fue en busca de Alí y le pidió que fueran a algún lugar donde sirvieran bebidas y un extranjero fuera bienvenido.

Una vez en Alejandría y alojados todos en la casa de Hassan, Gerbert mandó a Richer a enviar una carta al correo. Con ella daba señales de vida y excusaba su presencia en Roma por un tiempo más. Adujo enfermedad y esperó que nadie en la corte se molestara en exceso por su prolongada ausencia. Supuestamente, estaba evangelizando almas…

Alí, Ersbetta y Al-Biruni se encaminaron al bimaristán para visitar a Lilya, a quien habían instalado en una habitación y seguía inmóvil en su cama, con los ojos cerrados. Su cuerpo se apoyaba sobre el lazo izquierdo, con las rodillas encogidas. La piel de la joven estaba seca y blanquecina y sus labios pálidos como la luna. Al-Biruni se acercó y no pudo evitar coger sus manos frías y acercarlas a su rostro mientras se daba cuenta de la extrema delgadez de su esposa. Lilya, oh, Lilya…

No era la primera vez que Ersbetta veía algo así y tenía el remedio, gracias a Dios, a Allah, a Thoth, o a Isis; ya no sabía a quien dar las gracias, pues en el fondo todos eran Uno. Tenía la raíz de la mandrágora y tenía la llamada de los lobos, la que aún vivía dentro de ella. Sólo era cuestión de encontrarla, aún estando lejos de casa, de sus bosques. La luna era propicia, pero Al-Biruni también debía colaborar para atraer vida y fuerza a aquel ser que había quedado debilitado y a las puertas de la muerte.

En unas horas llegaría la noche de los espíritus, la noche que en que la barrera entre el mundo de los vivos y los muertos desaparece. Era la hora de la tercera cosecha, la hora en que los espíritus perdidos se dirigen hacia la luz. Pero el espíritu de Lilya no debía ir hacia la luz sino de regreso al mundo de los vivos. La barrera desaparecía y el camino estaba listo para ella. Todo sucedía en el momento adecuado, como se siembra la semilla y se suceden las estaciones.

Ya no tenía el cuchillo ceremonial, ni tenía la llave ankh. Esas carencias le preocupaban de cara a los días venideros, en especial cuando llegaran al lugar donde se elevaban las siete torres malditas. Pero no era momento de preocuparse por ello: tenía la mandrágora, el poder de sus antepasadas en sus manos y el poder del lobo. Que Isis la ayudara… Pidió a Alí y a Al-Biruni que permanecieran fuera de la habitación unos instantes mientras ella se arrodillaba junto a la enferma. Llegaba la hora del crepúsculo y recordó cuando en esa hora, en Salföld, enterraba manzanas junto a su madre. El alimento debía ser devuelto a la tierra para que ésta recordase proveer un año más a los que la habitaban. Encendían hogueras y llamaban a los que ya no estaban con el permiso de Hécate, la diosa negra, la anciana.

Alí la había ayudado a conseguir un cuenco de frutas y de granos cosechados que Ersbetta ofreció a la noche y a los que ya no estaban en este mundo, sino el que está más allá del velo. Encendió un gran cirio blanco y lo colocó en el alféizar de la ventana para guiar a los espíritus que por allí moraran. Y en seguida vio sombras, pues en el bimaristán eran muchos los que habían fallecido y sin saber cómo irse, deambulaban por habitaciones y patios, confusos.

Su madre también le había enseñado la utilidad de la mandrágora en ese día del año, cuando la hierba más poderosa podía hacer milagros. Un pedazo de la raíz era suficiente, que colocó bajo la lengua de Lilya. Otro fue para ella.

—Madre, ven a mí. Hermana, ven a mí. —Ersbetta levantó el cuenco de frutas y lo ofreció para atraer de nuevo a la tierra a los espíritus del cielo.

Como en la vez anterior, muchos días atrás cuando asistió al parto de Zuzsa, su madre y su hermana aparecieron junto a la ventana. La primera de pie, la segunda sentada a sus pies. En sus llamadas nunca estaba presente su hermano Mihály, pues sólo las mujeres de su familia tenían facultades mágicas; aún así, no pudo evitar pensar en él y en su trágica y corta vida. Por eso lanzo al exterior un puñado de granos. Hermano, allí donde te halles, te envío paz…

En el regazo de su hermana Sabina dormía un pequeño lobezno al que acariciaba como a un niño. Margit Tót aparecía muy joven y vestía una larga y vaporosa túnica de seda azul, y en su cabeza lucía una orla de flores silvestres que se quitó y fue deshaciendo mientras esparcía los pétalos a su alrededor.

—Somos curanderas, dadoras de vida… La Gran Madre nos protege y sana a través de nuestras manos…—decía en un susurro.

—Ayúdame, madre. Ayuda a ésta mujer a volver a nuestro mundo…

Margit dio un paso adelante y volvió a lanzar pétalos de flores, pero en esta ocasión cayeron sobre la enferma. Después se volvió hacia su hija y sonrió. Sabina también lo hizo mientras el lobezno se desperezaba y volvía su pequeña cabeza hacia Ersbetta, que lo contemplaba embelesada. Sus ojos eran los mismos ojos de Mihály.

La llama del cirio osciló y se apagó a la vez que Sabina y Margit desaparecían. Los pétalos esparcidos sobre Lilya ya no estaban visibles, al menos no en este mundo. Era el momento de una plegaria:

—Así como esta raíz tiene forma humana,
regresa Lilya,
a tu cuerpo.
Sal de las sombras
Y regresa a la rueda de la vida.
Así debe ser
Y así será…

La oscuridad ya era completa y el velo se había rasgado. Algunos espíritus regresaban a la luz y otros preferían quedarse. Era la hora del espíritu de Lilya. ¿Qué decidiría?

Ersbetta se arrodilló junto a ella y cogió sus manos frías y blanquecinas. La enferma necesitaba un contacto especial, algo que la ligara a este mundo que había dejado para morar en el límite. Necesitaba de nuevo a Al-Biruni.

Detrás del leve velo que separaba los dos mundos, apenas una telaraña, apenas una envoltura de seda invisible, Lilya miraba a Ersbetta desde el fondo de la habitación, desde arriba, desde abajo. Miraba también su propio cuerpo delgado y pálido, al borde de la muerte. Había sentido la llamada de Ersbetta, a quien no conocía pero sí le parecía conocer, qué extraño. Y ahora… entraba un hombre en la sala. Oh, Al-Biruni, amado… Él se arrodilla, une sus manos a las suyas y le pide que vuelva. Oh, pero cómo volver… Cómo hacerlo y abandonar de nuevo a su madre, y a su abuela… Aún así, siente la mirada de Abu Raihan Al-Biruni sobre ella, sobre su piel, y recuerda… Ersbetta está haciendo que recuerde momentos para volver al mundo terrenal y dejar el de los espíritus. Pero la imagen del primo Halim aparece ante ella y se retrae… No, Lilya no…Vuelve, le pide Ersbetta. Olvida los malos momentos.

Los ojos de Al-Biruni anegados de lágrimas vuelven a situarla en el lugar correcto. Da un paso al frente y se decide. Volverá, al menos hasta que su madre vuelva a llamarla a su lado. Ahora quiere sentir de nuevo los labios de Al-Biruni sobre los suyos. Da un nuevo paso al frente y los siente. Siente la calidez, el olor de la piel de su esposo… y abre los ojos.

Ersbetta sale al pasillo donde Alí espera, paciente. Ahora deberán explicarle a Al-Biruni que aunque Lilya ha regresado al mundo terrenal le queda un largo camino por recorrer, que no será la misma ni podrá enfrentarse a una vida normal con facilidad. Deberá volver a aprender a caminar, volver a aprender a hablar, y para eso necesita ayuda.

¿Estaría dispuesto Al-Biruni a dejar de nuevo a su esposa ahora que había despertado? ¿Estaría dispuesto a enfrentarse a una nueva lejanía?

Alí avisó a un médico, que entró en la habitación para tomarle el pulso a Lilya. Uno de ellos le dijo a Al-Biruni que ahora tuviera paciencia. Que la recuperación de su esposa llevaría tiempo.

Pasó allí la noche, junto a ella, que lo miraba sin decir nada, pero en sus ojos podía encontrar el reconocimiento que necesitaba. Ahora debía tomar una decisión.

5

Hans y Klaus miraban la base cercana de una de las torres terminadas, toda de piedra negra y lisa, grabada con caracteres intrincados y extraños. De la base dirigieron su vista hacia la cumbre retorcida sobre sí misma, casi rozando aquel cielo ambarino. A pesar del sol en lo alto, las torres no hacían sombra, cosa que asustó a Klaus pero maravilló a Hans. El líder se acercó a ellos acompañado de Osama y les fue señalando las torres, dispuestas como lo estaban las siete estrellas de la constelación del Carro Mayor. Cada una había recibido un nombre: Orgullo, Avaricia, Lujuria, Pereza, Envidia, Gula e Ira.

Oían los clamores de los trabajadores: Uuuu-ah! Uuuu-ah! Todos alzaban sus voces de forma rítmica mientras sus espaldas cargaban las piedras y las carretas llenas de argamasa lista para sostener aquella enorme estructura. Klaus se dio cuenta de que las torres estaban un poco inclinadas, como si se hicieran una leve reverencia entre sí.

—Nunca entréis en el interior —les advirtió el líder señalando el espacio arenoso que se abría amplio entre las torres. En él se erigían grandes pilares de piedras talladas con dibujos de animales.

Hans preguntó cómo habían transportado esas grandes losas hasta allí, pues su aspecto era colosal.

—Ya estaban aquí —dijo simplemente el líder—. Ya estaban aquí.

Cada torre estaba custodiada por un hombre día y noche, hombres que se encargaban de mantener alejadas las presencias inoportunas.

—¿Estáis cómodos en vuestras habitaciones? —preguntó volviéndose y señalando el santuario, en la cumbre de la colina.

—Desde el balcón de mi aposento la vista es magnífica —observó Hans, complacido.

—Esta noche habrá reunión —dijo el líder—. Antes del atardecer debéis daros un baño y vestiros con los ornamentos que los sirvientes os traigan.

Así fue. Pero antes del baño, Hans debía hacer una cosa. Se acercó a uno de los baúles que había traído en el viaje y sacó el frasco con elixir. Debía tomar de nuevo, pues así lo hacía cada luna nueva. En los dos días que llevaba en el lugar, ya había empezado a notar picores en la piel, a sufrir leves dolores de cabeza. Atribuyó el hecho al sofocante calor, al sol inclemente, pero comenzaba a sentir un vacío en su estómago que no era hambre: era miedo. ¿Acaso iba a dejar de funcionar el elixir ahora que había alcanzado el lugar donde su gran destino iba a ser cumplido? No, imposible. Y desvistiéndose, puso un pie y luego otro en el agua cálida de la bañera preparada para él. Klaus entró, cogió una esponja y comenzó a frotarle la espalda mientras él contemplaba de nuevo las alfombras que cubrían el suelo y las paredes de aquella habitación, alfombras tejidas con hilos de color rojo y amarillo, colores con los que estaban también decoradas todas las estancias del santuario, colores que simbolizaban el fuego y el sol.

Con la luna como testigo, los yazidíes se reunieron para comer y beber a la salud de Aquel que tenía que venir. Desde la ventana de la habitación, Klaus podía ver a los Seis Santos y a Hans presidir el acto y dar paso a las danzas rituales que comenzaron a una señal del líder, el Primer Santo. Fueron siete las danzas y siete los círculos de danzantes que se formaron a mayor gloria de Lucifer.

Hans reía y bebía complacido. El vino embotaba sus sentidos lo suficiente para olvidar el vacío en su estómago, el pavor que crecía dentro de él como el cangrejo en las entrañas.

6

Con la luna en lo alto Al-Biruni acababa de levantar una carta astral. Necesitaba saber si se avecinaba alguna conjunción benéfica en los dos próximos meses. Necesitaba apoyarse en las estrellas para enfrentarse a los días venideros, para luchar por un nuevo futuro tal y como le había pedido su esposa. Lo haría por ella, que quedaría a cargo de Nassima y sería atendida en casa de Hassan. Con los astros a su favor, que Allah lo siguiera considerando así, se dispuso a escribir a su amigo Alí ibn Sina, que al parecer seguía en Ispahán. Le habló de parte de sus planes, de sus inquietudes, de la desaparición de Muhammad y de algo importante que tenía que hacer. Por escrito no podía revelar ni lo sucedido bajo la Esfinge ni lo que había de acontecer, pues si la carta caía en manos extrañas… En dos días partía el barco que los llevaría al puerto de Haifa y de ahí al desierto. Y en el desierto, lo desconocido. Aún así, iba con las fuerzas que le había transmitido la mirada y las palabras entrecortadas de Lilya: Lucha, Abu Raihan. Lucha por el futuro. Nuestro futuro…

De súbito, un estrépito lo sacó de su tarea. Salió de su habitación y siguió el ruido que lo llevaba hasta el patio, donde Aldo golpeaba a Hassan. Al-Haytham, Richer y Adham los separaron, y Gerbert llevó a un lado al toscano recriminándole su actitud. Ersbetta salió también, alertada por las voces, y vio que Aldo increpaba al arzobispo.

—Ha vuelto a beber —dijo Alí a su lado, también atraído al lugar—. Es culpa mía, señora. Todo esto es culpa mía.

Ersbetta lo vio dirigirse hacia Aldo y llevárselo del patio de la casa de Hassan. Gerbert estuvo de acuerdo en que pasara la noche en una hospedería cercana.

—Hay que tomar una determinación, hija mía.

Ella no sabía qué responder. Intuía las palabras que Gerbert callaba, sufría las recriminaciones que veía en sus ojos. Se supo reprendida con sólo una mirada, y sintió vergüenza. Ni siquiera se había movido de donde estaba. ¿Hacia dónde se hubiera dirigido primero? ¿Hacia Aldo, hacia Hassan? Tenía clara la respuesta pero no podía manifestarla en ese momento, no ante los demás. Oyó que Hassan quitaba importancia a los hechos, pero Al-Haytham y Massurdi no pudieron evitar comentar que las mujeres siempre traían problemas.

7

Lejos de allí, el tío Ishmaíl observa las antorchas encendidas que delimitan el monasterio de Santa Katerinah. Uno de los guardas dormita en su garita y no se percata de la estrella que ha caído al este, cerca de la roca quemada. Llegan los Vigilantes.

Compañeros, aquí… Llama con su mente. Y antes de una hora recibe en su humilde cabaña a dos hombres.

Ya no está solo y podrá compartir el pan recién horneado, cuyo olor ya se acerca al peñasco donde está sentado, como los pasos de sus compañeros. Juntos integraran la tríada que estaban destinados a formar.

8

Damasco, mes de noviembre de 999
mes de Du Al-Qi'dá de 389

De nuevo en la bella ciudad de Damasco, Al-Biruni aprovechó para orar en la Gran Mezquita Omeya. No podía dejar de pensar en que hacía unos meses había estado allí con Muhammad. Oh, amigo, siempre estarás en mi recuerdo…Ahora andaba en muy buenas relaciones con Al-Haytham, pues ambos compartían la pasión por la ciencia y el bagdadí pasó buena parte de su viaje en barco hablándole de sus experimentos con lentes y de un sistema parabólico para observar el cielo que había inventado. Richer y Gerbert también estaban interesados en esos trabajos, y oían con gusto sus teorías acerca de que la visión es producto de un agente externo al ojo, y así, entre teorías y ciencia, desembarcaron en Haifa y llegaron a la ciudad de Damasco.

Se habían alojado a las afueras de la ciudad, un lugar que maravilló a Ersbetta por su belleza y la calidez de sus gentes. Sentada en el valle repleto de violetas, mojaba sus pies en el río Barada y salpicaba a Tor, que gruñía divertido. Disfrutaba de una mañana plácida para ella sola, pues todos se hallaban en el mercado y la habían dejado disfrutar de un baño en el río, solitario en aquella hora del viernes en que las mezquitas se hallaban repletas.

Cuando salió del agua se sentó sobre la mullida hierba repleta de aquellas hermosas flores que mostraban su esplendor durante todo el año. Acarició uno de sus delicados pétalos y trató de alejar el pensamiento de que era una mala mujer, de que había ilusionado a Aldo con un amor que en realidad no existía. Tal vez pasión, sí, pero ¿amor? El delicado pétalo de la violeta se deshizo entre sus dedos como se habían deshecho los sentimientos hacia el italiano. Quizás no debería de haberlas acompañado hasta Egipto, quizás hubiera tenido que…

Respiró el aroma del cercano bosque de cipreses y se enfrentó al miedo de perder la batalla contra lo que fuera que fuesen a luchar. Sabía que iba a encontrarse de nuevo con Hans, pero no qué clase de encuentro sería, ni porqué el destino de aquel hombre se cruzaba de nuevo con el suyo. Sabía que los awliyâ al-Shaytân eran peligrosos, pero no hasta qué punto; sabía que las fuerzas del Mal eran un enemigo difícil de combatir.

El sol de mediodía hizo que tuviera que hacer sombra con su mano sobre sus ojos para distinguir las tres figuras que se acercaban a ella: Hassan, Al-Biruni y Gerbert. Y un poco más atrás, Al-Haytham y Richer con Alí, Masika y Nanya precedidas de Ibn Umáil, Adham y Massurdi. Ahora eran doce. Doce sin Aldo, que había quedado fuera de su vida a pesar de su último intento. Al-Haytham había suspirado aliviado cuando le dijeron que Aldo volvía a Europa. A pesar de ser un hombre de ciencia, las superstición de su abuela con el número trece siempre estaba agarrada a sus pensamientos como los moluscos a las rocas.

Para las niñas las cosas no fueron tan fáciles, y seguían echando de menos al toscano, aunque con el transcurso de los días su mención fue desapareciendo. En los últimos días solían hacer camino junto a Adham y Richer, y los dos jóvenes las distraían con sus ocurrencias. Adham, de natural hablador, era el complemento ideal para Richer, cuyo carácter discreto y callado fue liberándose y reveló el joven simpático y ocurrente que llevaba dentro.

Hassan se sentó a su lado y le entregó una bella pulsera que había comprado para ella. Se miraron como si nada más les rodeara, pero nada se dijeron. El sol estaba alto y no pudo evitar recordar que días atrás en esa misma hora del mediodía, con el barco esperando la partida hacia Haifa, Aldo había llevado a Masika y a Nanya con engaños hacia otro barco, el que debía llevar la mercancía aprobada por el señor Desclot. Llevaba bebiendo desde la mañana para obtener valor, pero eso mismo fue lo que desbarató sus planes. Ersbetta recordó cómo había perdido a las niñas de vista, cómo había caminado por el puerto preguntando hasta que le indicaron que las habían visto subir al barco que iba hacia Creta.

Hassan había estado comprando provisiones y al enterarse por un criado de la ausencia de Ersbetta siguió sus pasos preguntando aquí y allá, temiendo una desgracia. Alguien le indicó y corrió hasta alcanzar la galera que estaba a punto de zarpar hacia Creta. Mientras él corría por el puerto, Alí estaba intentando convencer a Aldo de la inconvencia de su acción, de que no podía retener a Ersbetta de aquel modo, pero el toscano se empecinaba en querer llevarse a la mujer. No iba a darse por vencido.

La noche anterior habían tenido la última conversación en la hospedería, la última discusión acerca de los deseos de Ersbetta, acerca de la locura de viajar a un desierto y luchar contra unos hombres que debían estar locos si pensaban de veras que Lucifer iba a regresar a la Tierra. Malditos locos fanáticos y descerebrados. Aldo insistió en dejar que fueran los hombres, Gerbert a la cabeza. Eran ellos los que debían enfrentarse a lo que fuera que fuese que debía suceder. Él regresaría a Europa rico y quería a su mujer a su lado.

Y aquella mañana, con el barco listo para viajar a Creta, con las niñas en una de las bodegas y la ira en los ojos de Ersbetta, Aldo reía borracho mientras ella trataba de hacerlo a un lado para entrar.

—Aldo, ¿no entiendes que he de seguir mi destino? ¿No entiendes que no habrá futuro posible? ¿No entiendes que dentro de poco tiempo llegará el fin para todos si no hacemos algo?

—Tonterías, Bettina. Vuelve a casa conmigo.

—Tomaré el barco hacia Haifa con los demás, ya está decidido —dijo ella al borde de las lágrimas. —No lo hagas más difícil, Aldo. Deja salir a las niñas.

Alí miraba a uno y a otro, dudando de qué modo actuar. A su alrededor, los marineros entraban y salían por la pasarela; descargaban cajas, limpiaban la cubierta, absortos en su trabajo.

—Aldo, por favor.

—No lo haré —dijo él cogiéndola de malos modos y evitando que ella bajara más escaleras para llevárselas de allí.

Alí debía lealtad a Aldo por lo generoso que había sido con él, le debía la amistad que habían cultivado en los últimos meses, pero Ersbetta, Ersbetta era… y estaba Masika. ¿Acaso quería separarse de Masika?

Hassan llegó a la galera, acalorado y alterado. No estaban en cubierta, no los veía entre tanta gente. Preguntó, y alguien le indicó que bajara a la zona de bodegas, donde vio cómo el puño de Aldo golpeaba la mejilla de Ersbetta, que caía al suelo entre los sollozos de Nanya y de Masika, que corrieron junto a su madre. Alí se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Os habéis vuelto loco, señor?

Hassan no sabía si Aldo se había vuelto loco o qué era lo que le estaba sucediendo, pero aunque su temperamento era tranquilo, no pudo más que lanzarse contra el toscano y empujarlo contra unos barriles.

—¡Alto, alto! —empezó a gritar el capitán, alertado por alguien en cubierta. Dos marineros separaron a los hombres y los sacaron de allí.

Ersbetta estaba dolorida y furiosa mientras cruzaba la pasarela seguida de Alí, que se disculpaba y miraba preocupado el labio sangrante de la mujer. Gerbert la esperaba en el muelle, inquieto porque su barco salía en unos instantes.

—¿Lloráis, señora? Pero, ¿qué os ha ocurrido?

Sus palabras se perdieron en el aire mientras ella y las niñas corrían hacia el barco donde Al-Biruni y Al-Haytham las esperaban. Su camino estaba con ellos, los otros dos poseedores de los papiros de Thoth. Con Hassan, tal vez. Comprendió que su camino con Aldo había terminado, pero no sabía cuando acabaría aquel dolor en el pecho, punzante y profundo.

Y ahora estaba en Damasco, una bella ciudad de hermosos edificios y repleta de flores que la cubrían con su perfume. Tenía un futuro inseguro y peligroso por delante, era cierto; pero lo afrontaría. La presencia de Hassan a su lado era agradable, pero necesitaba tiempo para alejar de sí los sentimientos que aún la unían a Aldo, necesitaba serenar su corazón.

Gerbert observaba callado a aquel egipcio amable y culto y a aquella curandera pagana y voluble en sus afectos. Sabía que Hassan era un hombre cabal y confiaba en su promesa. No eran buenos tiempos para el amor, pensaba Gerbert.

Salieron de la ciudad por la puerta de Bab Kisan, la misma por la que salió San Pablo para huír de ella. Atravesaron pastos y poblados y varios pozos donde las mulas bebieron con avidez. La última noche antes de enfrentarse al paso del desierto durmieron en la aldea de una tribu beduina que los acogió como si fueran invitados a una fiesta. Tocaron música y Alí tuvo oportunidad de unirse con su laúd mientras Hassan negociaba la compra de algunas cabras que llevarían en el tramo final del camino. Tomaron arak y comieron abundantes dulces que extasiaron a Nanya.

Al-Biruni les señalaba a las niñas la Dareb Altabbane, la Vía Láctea o el camino que deja la paja, el reguero de espigas que va dejando el carro mientras avanza hacia el granero… explicaba el astrónomo. Hacía unos meses explicó lo mismo a Lilya, allá en el desierto de Karakum, y sintió nostalgia de los días pasados, días más tranquilos que los que tenían que venir. Pero el paso del desierto fue tranquilo, sin tormentas ni contratiempos. Únicamente en las noches los sueños de todos fueron inquietos y coincidían en un lago de fuego amenazante que parecía esperarlos con una sonrisa siniestra en sus aguas pavorosas.

Hans fue conducido por el líder hacia los templos del oeste, allí donde se alzaban restos de construcciones antiguas cuyas paredes estaban decoradas con serpientes y escorpiones.

—Éste es un lugar muy antiguo, Hans. Más de lo que puedas imaginar. Y está construido sobre otro aún más antiguo, como el santuario de la colina.

Caminaron hasta las cuevas del este, allí donde debía mostrarle algo. Él era el último en llegar y antes del Acontecimiento debía ver el lugar reservado para aquellos que quizás vendrían a tratar de impedir lo que había de suceder. Descendieron por grutas oscuras con la sola compañía de un esclavo y de Klaus, que se detuvo horrorizado al ver el lago que se extendía en las profundidades de aquellas cuevas subterráneas. Rodeado por teas siempre encendidas brillaba como un espejo y desprendía un olor nauseabundo.

—Si llegaran a venir, si osan atreverse a interrumpir nuestra función, será aquí donde acabarán sus días —dijo el hombre, sonriendo. Hans también lo hizo, y se aproximó al agua que lo llamaba, al brillo de su tranquila superficie de color dorado que lo atraía como un imán.

—No os acerquéis demasiado... Observad.

Descolgó una de las teas encendidas que colgaban en la pared y la lanzó al lago. En un instante, las aguas y las llamas se volvieron de color azul.

—Son aguas peligrosas. Son aguas del infierno, Smisza…

Hans rió encantado mientras tras él Klaus tragaba saliva, sobrecogido. Cabizbajo, regresó tras ellos al santuario observando las paredes talladas con dibujos de pavos reales, con serpientes enroscadas y amenazantes. Oyó que por la mañana celebrarían la culminación de la última torre: la Séptima torre. Las hogueras ya estaban preparadas, así como los animales que debían ser sacrificados. El líder se vestiría con los hábitos sagrados de color rojo y los ceñiría con un cinturón negro confeccionado con hilo de pelo de cabra por dos vírgenes de la aldea. Y llegada la hora correcta entonarían los cánticos de alabanza de aquel que llevaba la luz en su seno, de Helel ben Sahar, de Lucero, el hijo de la Aurora.

El tiempo había llegado.

6. LA TORRE

1

Al Qurnah, marismas de Persia
finales del mes de diciembre de 999
finales del mes de de Du Al-Hiyyáh de 389

Después de rodear la ciudad de An-Nasiriyah, Al-Haytham los guiaba hacia el sureste, hacia la zona de las las marismas. Dejaban al sur su ciudad natal, Al-Basrah. En el camino, mientras una llanura repleta de pequeños lagos y zonas inundadas les obligaba a dar frecuentes rodeos, les habló de su infancia en aquellos lugares. Y les habló también de una leyenda:

—Dicen que la confluencia de los ríos Tigris, Éufrates, Karún y Wadi al-Batin, baña lo que un día fue llamado el Jardín del Edén. Como veis, el mapa nos indica un oasis que se hallaría muy cerca del lugar donde deben encontrarse las torres.

—¿Habéis visitado el lugar? —le preguntó Hassan, interesado.

Al-Haytham negó con la cabeza. La ciudad de Al-Basrah llenaba todo su tiempo los dieciséis años que vivió en ella, aunque sí había recorrido junto a su padre algunas zonas de las marismas y visitado a los árabes que vivían allí.

—Mi padre era médico. Pero no de la corte —aclaró—. Además, os recuerdo que es una leyenda…

Mientras se adentraban en un angosto camino repleto de juncos, Gerbert no pudo evitar recordar las palabras del Génesis, que dijo en alto: "*Luego plantó Yahvéh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahvéh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal.*[c]

Massurdi le miró, y ambos supieron que pensaban lo mismo. Caminaban hacia el Origen. ¡Caminaban hacia el Origen, por todos los santos!

—Maestro, háblenos más del Jardín de Edén —dijo Richer, sabiendo que a los demás también les interesaba.

Gerbert les explicó que el árbol de la vida daba la inmortalidad, y el árbol del conocimiento del bien y del mal, otorgaba el discernimiento de éstos. Contó también sus figuraciones acerca de cómo podría haber sido aquel lugar.

Siguieron caminando, animados por la amable visión de un bello jardín que les ayudaba a alejar los malos pensamientos que se acercaban como lo hacían las marismas. Tor gemía, nada de acuerdo con el sendero que estaban tomando, y Ersbetta lo tranquilizaba dándole trozos de cecina.

Gerbert continuó hablando, ayudado en sus olvidos u omisiones por Massurdi, mientras caminaban por la orilla de un nuevo y pequeño lago:

—Y Dios impuso al hombre este mandamiento: "*De cualquier árbol del jardín puedes comer, más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio*."[ci]

Antes de que Ibn Umáil pudiera debatir acerca de aquel árbol, se toparon con un grupo de árabes de las marismas, maadans, descendientes de los sumerios, cargados con juncos secos. Al-Haytham salió al frente y se dirigió a ellos para preguntar si encontrarían cerca alguna aldea en tierra firme, antes de llegar a Al Qurnah. Uno de ellos les señaló el lado opuesto a donde se encontraban: allí podrían conseguir agua y provisiones. Si hubieran seguido el mismo sendero hubieran llegado a la zona más inundada, allí donde en pequeñas islas vivían los maadans en sus cabañas de chamizo y techo abovedado, casas que flotaban en el pequeño trozo de cañas y estiércol de búfalo a modo de tierra que ocupaban.

Siguieron las indicaciones escoltados por bandadas de pájaros raros que gritaban sobre sus cabezas asustando a Nanya y a Tor, que caminaba delante del grupo, señalando el camino que llevaba a tierra más segura.

La aldea de chozas de paja y barro estaba desierta, silenciosa, como si la tierra gris se hubiera tragado a sus moradores. Se alojaron en varias de ellas que aún conservaban restos de fuego, cacharros de barro y algunas ropas deshilachadas. Parecía que sus antiguos habitantes hubieran salido a toda prisa. Ersbetta cogió un cuenco de una mesa y observó los restos de pan duro y seco. Podía distinguir perfectamente la mordedura de unos dientes pequeños; tal vez de un niño. ¿Qué habría ocurrido allí?

En la orilla del lago encontraron varias mashhuf, pequeñas y estrechas embarcaciones de poco calado que empleaban los maadans para ir de un lado a otro de su poblado flotante. Y mientras los demás se instalaban, Richer, Adham, Alí y Al-Haytham se montaron en una de aquellas barcas para otear los alrededores tratando de situarse en el mapa.

En la cabaña, Ersbetta trataba de dormir un poco, pero la preocupación se lo impedía. Sentía cómo aquel lugar de ambiente opresivo le absorbía la capacidad de fundirse con la naturaleza y extraer de ella su poder. Había pensado en convocar a los dominios de la tierra para intervenir, pero ahora dudaba de su éxito. Era como si la tierra anegada le prohibiera entrar en ella y dominarla. Pensó súbitamente en Hassan y sus manos suaves en su pelo. Quizás el amor la distraía, quizás ya no era buena en lo suyo. Quizás todo acabaría pronto.

No hacía mucho que Hassan había salido, preocupado por la falta de noticias. Al-Biruni estaba en la orilla, observando la posición de las estrellas, anotando a la luz de su antorcha la descripción de aquel insólito lugar. A su lado, Massurdi daba cabezadas tratando de mantenerse despierto. Gerbert ya hacia rato que dormía como un tronco en su cabaña, vencido por el cansancio del día. Sus dos manos cubrían el pequeño crucifijo de plata que había llevado durante toda la travesía del desierto sobre sus vestiduras, sobre su pecho orgulloso, y no dentro como solía: oculto, enredado con el vello de su piel. Ahora lo llevaba como un estandarte, como un arma.

Al amanecer, Masika fue despertada por voces susurrantes tras la cortina que separaba en dos estancias la cabaña. Alí, Al-Haytham y su madre conversaban junto al fuego encendido. Masika no pudo más que sonreír al ver que Alí había regresado sano y salvo, por eso recogió sus cabellos, se lavó la cara en el recipiente que reposaba junto a Nanya, aún dormida, y descorrió la cortina para sentarse junto a ellos y coger un cuenco de leche de cabra recién ordeñada.

—Escondidos tras el cañaveral vimos a un centenar de personas alejarse del lugar… —decía—. Parecían abandonarlo, pues llevaban consigo lo que parecían sus efectos personales. Creemos que eran los constructores…Y las torres, las torres, señora… son terriblemente pavorosas. Ascienden a los cielos de un modo que… No entiendo cómo han podido construirlas, no entiendo cómo…

Al-Haytham asentía, recordando la viva impresión que le habían causado.

Masika preguntó si habían visto algo más.

—Claro que sí —contestó Alí aceptando un nuevo cuenco con leche—. Al oeste de las torres hay una colina rocosa, yerma, donde se alza un templo. Vimos a cuatro guardias en la puerta y a algunos hombres entrar y salir. También hay otro guardia al este que otea la zona de las siete torres.

—Siete hombres —dijo Gerbert entrando en la estancia seguido de Richer y Adham.

—En efecto, vimos siete hombres con vestiduras iguales, unas túnicas negras —contestó el joven—. También hay un guarda al pie de cada torre.

Siete hombres malditos. Siete torres malditas.

Tenían a su favor el hecho de que los trabajadores se hubieran marchado. Gerbert no podía creer en su suerte, y no pensaba más que Dios les favorecía. Ibn Umáil, que se acababa de unir al grupo junto con Hassan, pensaba: Demasiado fácil, demasiado fácil…

Ahora la cuestión era cómo hacer la incursión, cómo entrar en el santuario para evitar que se llevara a cabo el rito, por eso se reunieron todos para hablar nuevamente de sus planes. Gerbert les oía hablar de las armas que llevaban: dagas, puñales, espadas… Incluso se habían hecho con mazas de madera recubiertas de clavos. ¿Acaso eran guerreros? Pero nada podía pensar más que en evitar del modo que fuera que Lucifer se encarnara y gobernara el mundo. Él y Massurdi, como sacerdotes, tratarían de hacer entrar en razón a aquellos hombres alejados de Dios, aquellos que se denominaban santos del diablo, pero si no lo conseguían… Que Dios los perdonara si tenían que usar la fuerza.

Adham recordó en aquel preciso instante al guarda solitario que estaba sentado sobre una roca en la base de la última torre, la de la zona de cola: el primero que tenían que eliminar. Recordó el montón de piedras que había a su lado, en forma de pirámide, y lo olvidó de nuevo. Desde su escondite no les había sido posible ver lo que esas

piedras guardaban. Nunca hubieran podido sospechar que escondían un artefacto de madera que contenía una mezcla de carbón, azufre y salitre; una fórmula que uno de los Siete Santos del diablo había traído de Catay.

Era hora de ponerse en marcha, y todos sintieron en sus estómagos la presión de lo desconocido, el miedo ante lo que tenía que acontecer. Ersbetta besó a Masika y a Nanya y le pidió a Alí que cuidara de ellas. Tor también montaría guardia en la cabaña, donde quedarían a salvo hasta su regreso. Con el estómago atenazado de nervios subió a una de las tres mashhuf, que pronto surcó las tranquilas aguas transparentes que les mostraron peces y vegetación. Tor ladró y corrió por la orilla, enfadado. Su dueña se alejaba, ¿adónde iba? Alí fue tras él y detuvo su carrera, pero no su aullido lastimero que erizó los vellos de todos. El perro añoraba su lugar junto al hogar de Ersbetta; añoraba el olor penetrante de los pinos de Salföld y el susurro de las ardillas en sus ramas. Cuándo volverían a casa…

El agua que surcaban estaba repleta de hermosas plantas y flores que flotaban y les rodeaban, como en una cálida bienvenida. Avanzaban entre los espesos cañaverales, entre los sonidos de los pájaros de colores que, burlones, se posaban sobre las embarcaciones y luego huían, divertidos.

Ersbetta sintió un repentino vuelco en su estómago. Sintió de forma más acusada cómo la tierra hundida del lugar, la tierra cubierta por el agua, le robaba toda su energía, todo aquello que le había dado en su día. Sintió desaparecer la fuerza de su madre y de su abuela, los poderes que le permitían llamar a la lluvia y al viento, los poderes que le permitían curar. Sintió que era una mujer que estaba a millones de pasos de su hogar, una mujer que quizás podía ser un estorbo para los hombres que la acompañaban. Olvidó su honor y su orgullo, por eso pidió volver atrás, junto con sus hijas.

—De ninguna manera, señora —dijo Gerbert—. Dios nos protegerá a todos, aunque no creáis en él. —El papa la cogió de la mano mientras la embarcación seguía deslizándose por el agua mansa. –Rezad una oración a la Virgen María, Ersbetta. Rezad a la Virgen y ella os confortará.

Gerbert ya le había hablado de María durante el camino. Una mujer valerosa que había sido madre de un modo poco común. Pero cómo abandonar a la diosa…

Al-Biruni tendió su mano para ayudar a bajar de la embarcación a aquella hermosa mujer que en aquel momento se les presentaba a todos llena de dudas y miedos. Sonrió cuando ella negaba con la cabeza e insistía en regresar.

—Valor, Ersbetta, todo saldrá bien —pero ni él mismo estaba convencido del todo. ¿Cómo estarlo?

Al-Haytham, que estaba a su lado, se unió al optimismo de Al-Biruni:

—Pronto acabará todo… Somos los elegidos y estamos unidos.

—Así es —dijo Gerbert dejándose ayudar por Richer para bajar de la embarcación—. Enfrentemos de una vez nuestro destino, con arrojo, mirando hacia delante, amigos. Nacimos para algo en este mundo, y hoy es un gran día. Pidamos a Dios fuerza, porque la necesitaremos. Pero he de deciros que ésta es sobretodo mi lucha porque soy el representante de Dios en la tierra. Con el poder que él me ha otorgado, venceremos al Mal. Nuestras diversas creencias no nos separan, aún al contrario: Ahora mismo todos somos musulmanes, todos somos cristianos, somos paganos. ¡Somos Uno contra el Mal!

Todos asintieron, espoleados por aquellas palabras de ánimo y esperanza. Ersbetta las agradeció, pero en su interior pidió ayuda a Isis, pidió las fuerzas que ahora creía perdidas.

Mientras ellos se dirigían al camino que conducía a las siete torres, los Siete Santos se reunían para cantar las alabanzas de Aquel que tenía que llegar. El advenimiento se esperaba para la hora en que el sol se hubiera perdido en el horizonte: Cuando la noche llegara, se haría la luz.

Klaus, desde su habitación, oía los cánticos y observaba a su amo dar vueltas en el círculo que habían formado cerca de aquellas terribles torres deformes. A su lado, Osama jugaba con un tablero que contenía unas extrañas figuras con formas de caballo, de torre… Bah, qué importaba eso ahora…Osama no quería enseñarle a jugar y lo golpeaba cuando Hans no estaba presente. Al parecer se habían girado las tornas, pues en todo el viaje Hans no lo había golpeado ni una sola vez, ni siquiera aquí en el santuario cuando se equivocó al ayudarle a vestirse con aquella complicada túnica. El amo Hans parecía estar rodeado de un aura beatífica, pues sonreía de continuo y en su sonrisa no había maldad sino felicidad. En la cena de la noche anterior pudo ver de refilón a los otros cinco hombres que además de Hans y el líder de nombre desconocido formaban aquel extraño grupo. Al parecer, según había podido entender por los comentarios de Osama, cada uno venía de un lugar diferente del mundo, pero a sus intérpretes no los veía por ninguna parte. Qué extraño… Pero, ¿qué era lo que veía allí al fondo, tras el cañaveral? Le había parecido ver algo en movimiento… Un rumor tras de sí hizo que Klaus se volviera: Osama salía de la habitación, con su túnica gris repleta de lamparones de restos de comida, Osama y su olor desagradable.

En el círculo de los cánticos, Hans se sentía como en el regazo de la madre que nunca tuvo, abrazado por sus pares. Se sentía inmerso en la grandeza de su destino, y si alguien hubiera podido apartar la capucha que cubría en parte su rostro, hubiera descubierto que lloraba.

Tiempo más tarde se retiraron a comer y a beber. Hasta reventar. Debían disfrutar de los placeres terrenales porque así estaba escrito que debía hacerse. Pero no sólo la comida y la bebida saciarían sus cuerpos: el líder les tenía reservada una sorpresa: Siete muchachas aparecieron de repente en el caldeado salón del santuario. Siete bellezas con rostros velados y túnicas cortas que dejaban al descubierto sus piernas, sus brazos y parte de sus pechos.

Los Siete Santos se miraron entre sí y sonrieron con los labios llenos de la grasa que desprendían los muslos de pato que comían con avidez. Fue entonces cuando Klaus, detenido en uno de los pasillos superiores, oyó la algazara de los hombres que resonaba en todo el edificio. Avanzó unos pasos y a su derecha pudo ver un pedazo de la tela de la túnica gris que llevaba Osama: estaba caída en el suelo con los extremos deshilachados. Era evidente que se la había enganchado al entrar por la pequeña puerta abovedada que había bajo un arco de piedra blanca.

A Klaus le guiaba su espíritu joven y otro que no acaba de comprender. Su estatura, menor que la de Osama, le permitió avanzar sin demasiados contratiempos por el túnel que había descubierto, aún cuando el camino era estrecho y angosto. Volvió a encontrar otro pedazo de la túnica del intérprete y entonces dudó seguir. Dio media vuelta y caminó unos pocos pasos hasta que su mente le ordenó seguir curioseando.

Alcanzó un recodo y otro más hasta llegar a la parte superior de una sala donde siete hombres reían. Eran los siete intérpretes de los Siete Santos. Les oyó hablar, cada uno en una lengua extraña, una algarabía sin sentido, pero al parecer, todos se comprendían perfectamente. Comían de pie, de una mesa repleta cuyo contenido no parecía…no parecía… Klaus se horrorizó por lo que estaban comiendo aquellos hombres. ¿Hombres? Uno de ellos… ¿era Osama? se volvió y su mirada en derredor no encontró nada. Otro se volvió también, pero sus ojos tomaron dirección ascendente y señalaron a Klaus, que sintió cómo un líquido caliente resbalaba por sus piernas. No fue el terror al ser descubierto, sino el aspecto de los rostros de aquellos siete hombres, que ahora se le mostraron en toda su verdad. Rostros de labios abultados color carmesí, rostros deformes de piel rojiza, ojos centellantes y colmillos afilados. ¡Parecían siete diablos!

2

El atardecer llegaba y Al-Biruni murmuraba una plegaria silenciosa escondido con los demás tras el cañaveral, observando los movimientos de los guardias al pie de cada torre. Habían decidido entrar en el santuario cuando cayera la noche, y ahora observaban cómo los Siete Santos se dirigían hacia los templos del oeste. Aquellas construcciones al aire libre y no custodiadas constituían un mejor lugar para su aparición, así que Hassan dio la señal. Adham y Richer avanzaron, seguidos de Al-Haytham. El resto quedó a retaguardia, como un pequeño ejército.

Los templos del oeste acogieron sus pasos extrañados por la desaparición sorpresiva de los siete hombres. Miraron a su alrededor sin comprender a dónde habían ido hasta que Richer encontró una pequeña entrada oculta en uno de los pilares decorados con horribles imágenes de serpientes aladas. Pero antes de que decidieran entrar, una cabeza cubierta asomó por la abertura. La capucha se deslizó hacia atrás y el rostro de Hans Smisza apareció ante ellos, apareció ante Ersbetta, que aunque esperaba ese encuentro, se llevó una mano a la boca, asombrada por el cambio en el rostro del hombre. Su habitual palidez se había transformado en un rostro sano, de mejillas colmadas. Sus ojos, antaño con el brillo de la malicia, ahora se mostraban transparentes, como los de Nanya. Sus manos salieron del interior de su túnica y se abrieron mostrando las palmas de sus manos.

—Mi querida Ersbetta Tót… qué pequeño es el mundo.

Ella estaba aturdida ante su voz amable. ¿Dónde estaba el Hans desafiante y altivo que conocía? ¿Por qué se sentía atraída hacia él?

Massurdi los observaba, y susurró algo al oído de la mujer:

—Tranquila... no…

No había terminado de hablar cuando uno a uno, seis hombres salieron de la abertura para colocarse al lado de Hans. Uno de ellos, el líder, dio un paso adelante y se presentó:

—Somos los Santos del Diablo. Y seremos los Siete Gobernadores del mundo cuando suceda el Acontecimiento. ¿No oís la música? Habéis llegado tarde…

Sí, oían la música, una melodía que provenía de las torres. Ersbetta, desde donde se encontraba, podía ver perfectamente un humo extraño que se alzaba al cielo desde las cumbres de las torres malditas. Ese humo llevaba la melodía que, de ser agradable a sus oídos, se transformó en un chirrido que fue subiendo de volumen hasta que sus sentidos dijeron basta. Con las manos tratando de paliar el dolor, cayeron todos al suelo entre quejas y gritos mientras los Siete sonreían. Hans se acercó a la curandera, derrotada en el suelo, llorando de dolor. Se agachó junto a ella y le dijo:

—Masika sigue tan hermosa como siempre, os felicito —Alzó las cejas, divertido—. Nunca pensé que viajaríais tan lejos para traerla a mi lado…

3

Klaus despertó. Abrió los ojos y todo era rojo. Se incorporó con dificultad y el velo bermellón se fue aclarando mientras se daba cuenta de que estaba encerrado en un lugar húmedo, de techo abovedado, de paredes y suelo de tierra. Estaba en una cueva dentro de una cueva mayor cuyos barrotes le impedían salir. Un gemido a su espalda hizo que diera un respingo.

Nanya se incorporaba también, confusa, y mientras se frotaba los ojos, Masika, a su lado, abría los suyos.

Klaus se acercó a ellas con un interrogante en su mirada. Señaló su boca y negó con la cabeza; aún así, sus labios se movieron diciendo su nombre, y una especie de sonido gutural se abrió paso para que las niñas oyeran aus, aus…

—¿Te llamas Aus? —preguntó Masika—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué hacemos nosotras aquí? ¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó señalando los cortes profundos de la frente del chico que dejaban resbalar hilos de sangre hasta sus ojos.

Nanya ya estaba agarrada a los barrotes y miraba la cueva donde se encontraban, iluminada por antorchas colgadas de las paredes. Podía ver las aguas tranquilas de un lago, podía ver un camino que serpenteaba a su alrededor.

—Qué olor más repugnante…—dijo tapándose la nariz.

Masika se acercó a ella, seguida de Klaus, que trataba de decirles por señas que el lago que veían era peligroso, que de él salía fuego, pero ellas no entendían aún.

—¿Dónde está Alí?

Masika, con un nudo en la garganta, negó con la cabeza.

—¿Y Tor?

Las niñas se abrazaron, llorando, mientras Klaus las miraba compungido. Él también tenía ganas de llorar.

4

Fue al alba, en la hora en que la oscuridad deja paso a la luz. Era el momento también del solsticio de invierno, el momento en que el velo se rasgaba y la puerta que comunicaba el mundo terrenal y el mundo de los dioses quedaba abierta.

El planeta Venus apareció en el horizonte cegando la visión de un ángel que portaba una luz en sus manos. Resplandecía, hermoso, mientras se anunciaba un nuevo día, aunque no un nuevo día cualquiera, sino el Nuevo Día, el Nuevo Tiempo. Las torres que habían construido los hombres para él estaban dispuestas para acoger su llegada. Venus quedó tras su figura resplandeciente, que descendió con las alas negras desplegadas y se detuvo en el punto central, allí donde una piedra del mundo antiguo le recibía con las alabanzas de sus caracteres. Ahhh, de nuevo la Tierra. Miró a su alrededor mientras el día nacía y el sol proveía sus primeros destellos al mundo.

El manto del recién llegado estaba formado por infinidad de esmeraldas, diamantes y topacios que refulgían en su espalda y sobre sus hombros. Ahí estaba el Más Bello, el que un día fue el Predilecto. Ahí estaba, con su manto de piedras preciosas y su hermoso rostro de ojos de color índigo, Helel ben Sahar, Lucero, hijo de la Aurora.

Los Siete Santos del Diablo le esperaban fascinados. De rodillas, con la cabeza gacha y las manos con las palmas hacia arriba para recibir su bendición. El líder comenzó su discurso de recibimiento, su plegaria:

Luz del alba
Señor de la Oscuridad
Desvélanos tus secretos
Y acepta éstas nuestras ofrendas

Los Siete señalaron al frente, pues delante de sus dedos entrelazados llenos de adoración, tenían nueve cuerpos derrotados, ocho hombres y una mujer tendidos en el suelo de espaldas, atados de pies y manos, sujetos a estacas clavadas en la tierra.

Las lágrimas de los ojos de Adham llamaron la atención del recién llegado, que aún no dijo nada, aún no se movió de la piedra antigua donde había aterrizado.

Los Siete continuaron su bienvenida:

—Gloria a Lucifer
Oh, gloria a ti, Lucifer
Otórganos tu sabiduría
Otórganos tu poder, tu oscuridad y tu luz
Gloria a ti, oh Lucero, hijo de la Aurora…

Helel ben Sahar levantó un brazo e hizo el silencio que necesitaba para seguir oyendo el llanto silencioso de Adham. Con pasos algo vacilantes después de un milenio sin caminar por la vieja Tierra, se encaminó hacia él y le preguntó:

—¿Por qué lloras, muchacho?

Su voz era la voz de su padre, la misma voz que Muhammad ibn Umáil también reconoció como tal. Éste, aterrorizado por la visión de aquella criatura que había llegado del cielo, rogó a Dios misericordia.

—¿Por qué lloras, muchacho? —repitió Helel.

—Porque tengo mi-mi-mi-eee…do –dijo el chico tartamudeando.

El Lucero se agachó, tomando conciencia ahora de los músculos de su cuerpo retomado de nuevo, y con la punta de su dedo índice recogió suavemente una de las lágrimas que resbalaban por la cara de Adham.

Al-Biruni contenía la respiración. Desde su posición al lado del joven Adham podía ver perfectamente aquel hermoso rostro de otro mundo y se horrorizaba de la belleza que poseía, se horrorizaba de la fascinación que le provocaban aquellos ojos brillantes, aquel manto esplendoroso.

Lucifer observó hipnotizado cómo desaparecía la lágrima de Adham en la yema de su dedo mientras los Siete lo observaban sin saber qué hacer. No entendían aquella actitud.

Ersbetta miraba el cielo y vio sorprendida que el sol ya ocupaba la posición del mediodía. ¿Cómo podía ser? Cerca de ella, Hassan estaba inconsciente, como Richer.

El firmamento se volvió carmesí y en unos momentos la noche regresó. El brillo de la capa de Lucifer se paseaba arriba y abajo, observando a los nueve hasta detenerse al lado de Al-Haytham. Hans Smisza miraba fascinado las radiantes botas que cubrían piernas y pies del recién llegado.

—Soltadlos —dijo.

—¿Cómo? —preguntó el líder, confuso.

—Soltad a la mujer, y a ésos dos.

Había señalado a Ersbetta, Al-Biruni y Al-Haytham.

Una vez de pie, atados entre ellos, flanqueados por dos demonios, los tres siguieron con la mirada el paseo de Helel delante de ellos, como si pasara revista ante un grupo de soldados.

—Hijos de Enoc, aquí me tenéis de nuevo…. —Ellos lo miraron, atónitos—. Yo soy el dios del fuego, el dios de Melquisedec; soy el que fue desterrado y enviado al Caos. Pero he vuelto por un tiempo y os ofrezco dejar de ser esclavos del destino, de ese Dios al que adoráis. Os ofrezco la libertad y el conocimiento.

"El ángel Rafael encadenó a mi siervo, Asa'el, y lo encerró en el abismo. Él, que enseñó a los hombres a trabajar el oro y a fabricar espadas de hierro. Ingratos… Aún llora ¿verdad Ersbetta Tót, antes Ersbetta de Kunadacs; verdad Abu Raihan Al-Biruni, verdad Alí Al-Haytham? Lo oísteis… no hace mucho…allí abajo, en el abismo oculto ¿Cierto? Ahora es tiempo de liberarlo, ahora es su momento. Como es el mío.

Y en aquella noche que había llegado de repente su brazo iluminado por el fulgor de su capa se alzó. Su dedo índice señaló hacia el oeste y lejos de allí, en el desierto, en las arenas de Egipto, en la ciudad de El Cairo, la tierra se movió por unos instantes haciendo que la bulliciosa actividad se parara. En Gizeh, algo se removía en las entrañas de la Gran Esfinge, en el abismo de su interior, el abismo que todos ellos habían cruzado por arte de magia. Las cadenas que colgaban hacia la oscuridad cimbreaban intranquilas, y una risa salvaje brotó del fondo.

—Vuestro padre no vendrá a salvaros, hijos de Enoc. Él, que es longevo y se llamó Enoc, Thoth, Idris, y Hermes, disfrutó ya hace tiempo de sus días en la tierra, pero existen otros lugares donde deposita sus conocimientos. El Universo es vasto… Al-Biruni, amigo, no te imaginas cuánto.

El astrónomo sintió el dedo de Lucifer en su frente y vio millones de estrellas en un firmamento oscuro como aquella noche. Viajó entre ellas y posó sus ojos asombrados en los anillos de nuevos planetas. En su mente comenzaba a abrirse una brecha: Helel ben Sahar le ofrecía saber más, le ofrecía el conocimiento completo de los planetas y el cielo. Y le tentaba.

Gerbert miraba la expresión extasiada de Al-Biruni y quiso decirle que no se dejara llevar por las mentiras de Lucifer, pero su garganta le impedía hablar. Ahora se acercaba a él.

—Soltad al viejo —dijo.

Y Gerbert se halló delante del Adversario aspirando el leve perfume que emanaba su piel rosada y joven.

—Dame valor, Señor… —murmuró entre dientes mientras Helel daba un paso más y colocaba su rostro frente al suyo.

—Yo os ofrezco dejar de ser esclavos del destino, de ese Dios celoso al que adoráis que, ¿cómo os paga? Yo os entrego el conocimiento que os negaron los Shemsu-Hor, los Siete Sabios. Lo tuvisteis al alcance de vuestras manos, tuvisteis acceso al Libro de Thoth pero no a su sabiduría. Los Shemsu-Hor se burlaron de vosotros, pobres humanos temerosos de los hados. ¿Acaso podéis ser fieles a esos semidioses?

—Apártate de nosotros, Lucifer. Tus palabras no nos tentarán —dijo Al-Biruni. Como buen musulmán, sabía que debía mantenerse alejado de los susurros del Primer Jinn. Allah les protegería de sus maledicencias, porque Allah tenía poder absoluto sobre él.

—Apártate, diablo —secundó Gerbert.

Pero el dedo cálido de aquella aparición se posó en su frente, también.

—Sé lo que estás pensando, Gerbert d'Aurillac, ahora Silvestre II. —El papa notó la escalofriante suavidad de la yema de aquel dedo deslizándose sobre el nacimiento de su cabello.

—Vuestras creencias cristianas os han llevado a creer que el mayor pecado es el saber oculto, el más interesante. ¿Acaso no fueron castigados Adán y Eva por acceder a los secretos? ¿Acaso no fue castigada la serpiente que le ofreció a Eva el conocimiento de los dioses? Sólo que no era una serpiente…Vuestros escribas siempre han tenido una curiosa manera de tergiversar los hechos, pero en fin…

La encantadora sonrisa de Helel se paseó ante los cuatro. Richer, preso de ella, pensaba que aquella situación no podía estar teniendo lugar, que todo aquello era una pesadilla. Massurdi pensaba lo mismo, y continuamente cerraba y abría los ojos como si de un momento a otro su visión fuera a desaparecer.

— ¿Acaso creíais poder detener mi llegada? ¿Acaso lo creías tú, mujer?

Ersbetta vio en él la misma mirada burlona de Hans, y nada respondió.

—¿Acaso crees que sin mi ayuda saliste de aquel desierto, Al-Haytham? ¿Acaso crees que sin mi intervención, saliste de Bagdad, Al-Biruni, dónde ibas a ser apresado? ¿Acaso crees que no medié para que lograráis ser elegido papa de Roma, Gerbert? ¿Cómo crees, mujer, que salisteis viva de la hoguera donde iban a quemarte?

—Miente, miente… —dijo Massurdi desde su incómoda posición en el suelo—. El diablo siempre miente. ¡No le creáis!

Helel ben Sahar sonrió divertido.

—¿Acaso vuestros dioses no os mienten a vosotros? ¿Acaso no infunden esperanzas vanas en vuestras almas?

—¡Miente! —repitió Massurdi, indignado.

—Abd al-´Aziz Massurdi, te creía más inteligente. ¿Quién crees que insufló en tu alma las dudas de las teorías tradicionales acerca de la construcción de las viejas pirámides?

Gerbert gritó basta. Gritó basta con la voz y con el alma porque dejó de sentirse bien entre las redes que estaba tendiendo Lucifer.

—¡No escuchéis más al Maligno! —gritó con toda la fuerza que pudo imprimir a sus pulmones—. ¡Es el Mentiroso, el Tentador, no lo olvidemos! ¡Somos soldados de Dios! ¡Somos soldados de Dios y no te creemos!

Gerbert hincó una rodilla en la tierra y con los ojos cerrados, comenzó a rezar:

—Pater Noster qui est in caelis…

Ersbetta, ligadas sus manos a él, se arrodilló también, siguiendo su oración, repitiéndola con él, arrastrada por su fervor.

Massurdi, Ibn Umáil, Richer y Adham siguieron su plegaria desde el suelo, mientras que Al-Biruni, tomando la iniciativa, se arrodilló también como Gerbert y comenzó a recitar la Shahâda:

—…Lâ ilâha illa llâh, Muhammadun rasûlullâh[cii], Lâ ilâha illa llâh, Muhammadun rasûlullâh… —Hassan se unió desde el suelo a la plegaria mientras Al-Haytham hincaba sus rodillas también en tierra para orar evitando oír las palabras de Lucifer.

—Y líbranos del mal —concluyó Gerbert—. Ilumínanos, Señor.

Helel ben Sahar había estado escuchándoles atentamente, como quien escucha palabras sin sentido.

—Pobres humanos…Ni siquiera podéis poneros de acuerdo en si debéis rezar a Allah o a Dios o a Buda… Mi reino pronto será de este mundo, a pesar de vuestras estúpidas plegarias. Mis discípulos me adoran y son legión. Mis brazos se extienden como la bestia de la enfermedad en las entrañas. ¿No leísteis las señales del cielo? Anunciaban mi llegada. Os avisé que vendría, aunque nunca me fui del todo, pues aquí sembré el odio y la venganza que residen en vuestro corazón; sembré las envidias y promoví las gulas y las perezas. Puse el orgullo en vuestros corazones, la avaricia en vuestras arcas. Si ese dios celoso al que adoráis fuera bueno, ¿no creéis que os los hubiera arrancado? ¿No creéis que si Dios fuera bueno viviríais eternamente en el Jardín del Edén que creó hace ya algún tiempo para el hombre en la Tierra? ¡Dios no os ama! ¡Abandonadlo!

—¡Sí nos ama! —gritó Gerbert. ¡Jesús no murió en vano!

—¡Dios está con nosotros! —secundó Massurdi—. ¡Tú sólo eres una criatura maldita por los siglos de los siglos!

—¡Allah nos ama! —gritó Al-Biruni— ¡Allah quiere la justicia y la paz!

Ersbetta callaba. Tenía un nudo en la garganta y le era imposible decir nada. Sólo pensaba en Masika y en Nanya y supo que algo malo les había ocurrido. Miró a Hassan, que despertaba de su inconsciencia.

Helel se inclinó hacia Gerbert.

—¿Y no te compadeces de mí, que fui desterrado? Yo, que fui el más bello y el más amado, desterrado para siempre de los placeres terrenales y de la dicha de estar en el trono de Dios Padre…Yo, que fui el querubín ungido, el Perfecto, pasé a ser el Adversario y fui sustituido por Emmanuel, el Cristo… Pero no olvidéis que llevé conmigo a la tercera parte de los ángeles celestiales.

—¡Y perdiste la batalla! —espetó Gerbert.

Helel esbozó una leve sonrisa, aunque pareció una mueca.

—Mis poderes fueron traspasados, bien lo sabéis.

Gerbert lo sabía, y Massurdi también: "*La Serpiente le dio a la Bestia su poder y su trono y gran poderío. Le fue dada una boca para proferir palabras de orgullo y de blasfemia. Se le concedió hacer la guerra a los santos y vencerlos; se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación*."[ciii]

—Pero su poder fue limitado, recuerda que: "*Se le dio poder de actuar durante cuarenta y dos meses*."[civ] No sois invencibles, Lucifer.

—Tal vez no, amigo. Pero acabo de soltarla de nuevo, pues así estaba escrito que sucedería. Y ahora… Ha llegado el momento.

Helel ben Sahar se volvió hacia los Siete Santos del Diablo y con las manos extendidas les dio poder para viajar a diferentes puntos de la tierra y hacer la guerra. El líder estaba destinado a Jerusalén, que había de caer. El segundo debía encargarse de Bagdad, el tercero de Constantinopla, el cuarto de Damasco, el quinto de Córdoba, el sexto de Catay y el séptimo, Hans, se ocuparía de sublevar y organizar las tropas desde su posición en El Cairo, junto al califa.

—Padre, no nos abandones… —murmuraba Gerbert. Sintió la mano de Ersbetta, cálida dentro de la suya, y sintió la de Al-Haytham, también. Al-Biruni dejó de mirar al cielo, donde ahora no brillaba ni una sola estrella y, aterrorizado, apretó con fuerza la mano de Al-Haytham. Todos fueron uno contra el Adversario.

—Detente antes que sea tarde, Lucifer. Dios puede perdonarte —anunció el papa.

—¿Dios puede perdonarme? ¡No me hagáis reír!

—¿Acaso Dios no podría destruirte? ¿Acaso no os podía haber destruido a ti y a tus acólitos hace ya mucho tiempo?

—¡Dios juega a los dados! ¡Hace trampas con vuestras vidas! ¿Acaso no jugó contigo Ersbetta, arrebatándote a tu esposo; acaso no jugó con la vida de tu esposa, Al-Biruni; acaso no le rezaste en vano, Ibn Umáil, para que salvara a vuestra madre de aquella terrible enfermedad? ¿Acaso no jugó con los sentimientos de Richer, dejando que su prometida se fugara con el prior de Saint Rèmy? Podría seguir durante horas, amigos… ¿Acaso vuestro Dios no juega y siempre gana, dejando rotos vuestros corazones y esperanzas?

—Aceptamos con resignación lo que Dios lleva a nuestras vidas —respondió Gerbert con el dolor reflejado en sus facciones.

El rostro perfecto de Helel se ocultó entre la oscuridad que los rodeaba. Por un momento, todos creyeron que había desaparecido pues su manto dejó de brillar e iluminar la noche en que se encontraban. Pero regresó. Y su voz se convirtió en un rugido:

—¡Yo os doy la libertad! ¡Alejaos de ese Dios vengativo y rencoroso al que adoráis! ¡Aceptad que me necesitáis!

En su semblante había desaparecido su sonrisa perpetua y todos vieron cómo en sus ojos centelleaba la rabia.

—Dejad que nos encarguemos de ellos, Señor —dijo el líder.

—¿Por qué no? —Helel recuperó la sonrisa—. Así lo han querido.

Alguien silbó y los siete demonios que había visto Klaus en el santuario llegaron con su forma humana para soltar a aquellos que aún estaban atados a las estacas del suelo.

—¡Corred! –gritó entonces Gerbert. —¡Corred!

Hassan, Massurdi, Ibn Umáil, Richer y Adham hicieron lo que el papa les pedía. Los demonios intentaron atraparlos, pero un gesto de Lucifer los detuvo. Corrían hacia el perímetro de las siete torres, hacia donde…

Horrorizados, Ersbetta, Al-Biruni, Al-Haytham y Gerbert, oyeron un gran trueno que surgía del suelo y una fuerza enorme elevó a sus amigos en el aire para después lanzarlos violentamente al suelo. Una espesa nube de humo y polvo los cubrió por completo y se arrastró por el suelo hasta llegar al área central donde ellos se encontraban.

Uno de los demonios detuvo a Ersbetta, que ya corría tirando de la cuerda que la unía a Gerbert.

—¡Hassan! —gritaba asustada—.¡Hassan, Richer, Adh…!— No terminó de citarlos a todos porque los cuatro fueron llevados hacia el templo del oeste, totalmente abatidos por dejar atrás a sus compañeros, heridos o muertos.

5

Alí corría por la orilla. Ya podía verlo. Cobarde, soy un cobarde…se repetía el joven golpeándose la frente. Pero el terror había podido más que él. El terror lo había paralizado cuando Masika y Nanya más lo necesitaban. ¿Por qué se había alejado? ¿Por qué no las había defendido? Era un cobarde, un cobarde… Dejó la orilla y con el agua hasta los muslos recogió y sacó el cuerpo de Tor, cuyo pelaje nudoso y rizado ahora estaba mojado y enredado con las flores que flotaban en las marismas.

6

—Tendrás nuestros cuerpos, pero no nuestras almas —decía Gerbert enfrentado de nuevo a Lucifer, sentado ahora en una silla labrada con intrincados arabescos. Los Siete Santos estaban a su diestra, de pie, y dos demonios tirados de forma indolente a sus pies. Éstos se mostraban en su forma verdadera, del mismo modo como se presentaron en la cabaña donde Masika y Nanya esperaban el regreso de los demás. Fueron esos rostros deformes y horribles los que aterrorizaron a Alí, que los descubrió escondido en el cañaveral. Vio cómo Tor los perseguía, como gruñía y ladraba tratando de liberar a las niñas. Cuando Alí estaba a punto de salir en su ayuda, vio que uno de aquellos demonios alzaba al perro por el cuello con una sola mano y lo lanzaba al agua.

—…Nunca poseerás nuestras almas —repetía Gerbert desde la jaula que compartía con Ersbetta, Al-Biruni y Al-Haytham.

Estas palabras hirieron profundamente a Lucifer. Gerbert lo sintió en su corazón, al igual que Ersbetta, que en realidad sentía pena por aquel ser cuyos ojos miraban como si fueran los de un niño desvalido.

El papa no se compadecía, al contrario. Eso era lo que esperaba Dios de él, que venciera las dudas, que se sometiera sin miedos a su voluntad. Jesús había dicho a sus discípulos: Vosotros pensáis como hombres, no como dioses. Y aquellas palabras se le revelaron las adecuadas para un último enfrentamiento con Helel ben Sahar.

—He otorgado los poderes para que comience la guerra en vuestro mundo y nada podéis hacer para detenerme, humanos. Los Siete os gobernarán y el Mal será el único amo. Tendréis mil años de guerras, hambre y destrucción. Mi infierno será vuestro mundo.

Lucifer se levantó de la silla labrada y alzando el brazo desplegó su poder para lanzar a Gerbert al suelo, contra los barrotes, pero no pudo evitar que Al-Biruni le diera la mano para que se levantara.

Ersbetta no tenía más ojos que para dirigir su mirada hacia la derecha, allí donde en una gruta cuya entrada estaba cerrada también con barrotes, Masika, Nanya y un muchacho estaban custodiados por tres demonios.

A una orden de Lucifer, uno de ellos abre la cerradura. Todos pueden ver como los niños son conducidos hacia una losa elevada junto al lago maloliente de aguas doradas. El líder lanza entonces una antorcha encendida y las aguas se convierten en llamas amenazantes de fuego púrpura.

—Que comience el sacrificio —dice Helel. Los Siete Santos del Diablo asienten, conformes. Los ojos de Hans sonríen fijos en Ersbetta, que mira para otro lado.

Masika tiene entre sus manos una pequeña estatuilla de piedra que representa a una mujer con su hijo en brazos. La encontró en un recodo de la cueva donde estaba encerrada; sintió su llamada, la liberó de la tierra que la cubría y la manchaba. Ersbetta, que mira a su hija y ve sus ojos tranquilos, sabe entonces que es una representación de Isis, la gran diosa madre. Y con lágrimas que no se da cuenta que van cayendo por su cara, con el nudo en el estómago que le nubla el pensamiento, la invoca; y su hija también. Ersbetta invoca a Isis, ella que vio su rostro, ella que vio el movimiento de sus manos y la belleza de su manto. Invoca a la reina de los dioses,

a la gran maga, para que no sea arrebatada la vida a la hija de su vientre y a la hija de su corazón.

Ahora en la mente de la curandera sólo está la pequeña pirámide dorada que la diosa tenía en sus manos, flotando ante ella sobre una estrella, ligera y sutil, pero algo la distrae. Y en la pirámide algo brilla, brilla, brilla…

Klaus, el joven mudo que había acompañado a Hans desde su viaje desde Europa, el joven criado que sufrió sus golpes y humillaciones, habló con una voz poderosa que hizo detener al demonio que iba a lanzarlo al agua hirviente y encendida del lago. Y su voz era la voz de Ada Korály, que a través de las puertas abiertas que el solsticio permitía, a través del tiempo y el espacio, utilizaba por fin su arma contra Hans Smisza. Aquella voz era una voz hipnótica que hizo que el médico dejara su lugar junto a los Siete Santos del Diablo, junto a Lucifer, y se acercara a la orilla.

Todos estaban hechizados por la voz de Ada, que le ordenaba seguir, que le ordenaba avanzar hacia el fuego. La vieja hechicera, arrodillada sobre su piel de toro, sobre la encrucijada de caminos cercana a su cabaña, veía por los ojos del muchacho y ordenaba a Hans seguir sus indicaciones. Ada no pudo reprimir la risa viendo el lago de aguas encendidas que tenía ante sí: No podía haber encontrado nada mejor para el final de Hans. Hécate sabía lo que se hacía, pensaba mientras dirigía los pasos decididos del médico.

Todos los que se encontraban en la gruta estaban tan hipnotizados como él, por eso no hubo resistencia ni intentos de detenerlo. El único que podía haberlo hecho, el único que escapaba a su control, era Lucifer, pero a él le gustaban esas cosas, y hacía tiempo que no se divertía tanto. Le hubiera gustado tener delante a la hechicera que estaba vengándose de Smisza, quién sabe porqué razón. Alzó una ceja, acomodó la cabeza apoyándola sobre su mano y jugueteó con el colgante que adornaba su pecho.

Ersbetta vio cómo Hans ponía un pie en la superficie llameante y cómo se hundía en aquellas aguas infernales, en un silencio tan espantoso como estremecedor. Antes de perder la vida, justo un segundo antes de perder la conciencia entre el agua y el fuego, Hans Smisza vio el rostro vengativo de Ada Korály ante sí, vio el rostro cadavérico del padre Ladislav, así como los cuerpos sin vida que sus experimentos provocaron. Sintió sobre su espalda un dedo frío que lo empujaba hacia la muerte, la que tanto había temido, la que había querido alejar de sí. Hubiera podido pedir a Lucifer que se apiadara de él, pero sin entender porqué, de aquel modo hipnótico que era su voz y no lo era a la vez, su conciencia requirió a Dios para pedirle ayuda, para pedirle perdón. Ersbetta sintió las lágrimas que resbalaban por su cara, sintió el dolor de su muerte en su corazón, a pesar de todo el daño, a pesar de todo su odio.

La vieja Ada se derrumbó sobre la piel de toro y su rostro quedó manchado de fragmentos de sangre seca. Cerró los ojos y durmió y soñó con un círculo de piedras hasta que despertó. Su querido hurón ya había sido vengado; era hora de volver a casa. Pero Ada no sabía que con su acción no sólo había terminado con Hans Smisza, sino que había atraído a la Bestia que vagaba por tierras y desiertos liberada desde las profundidades del abismo de la Esfinge. El poder del mal desatado se hizo presente en la caverna, sobre el lago, cuyo fuego daba forma a sus contornos transparentes, terroríficos en su sinuosa silueta, y los revelaba monstruosos a los allí presentes. Lucifer alzó las cejas, fascinado. La Bestia había llegado muy pronto; aquellos humanos le estaban facilitando sumamente las cosas…

Nanya lloraba en silencio mientras miraba a Klaus desmayado en el suelo. Ersbetta cerró los ojos y volvió a tratar de visualizar la pirámide dorada que la diosa tenía en sus manos, flotando ante ella sobre una estrella. Y en la pirámide algo brilló.

Tú me ensalzarás y me rendirás culto…y yo me apiadaré de ti…

Todos oyeron un gran estruendo. La entrada a la gruta se llenó de polvo y de luz. Lucifer volvió la cabeza y se levantó.

En el exterior, Alí trataba de atender a los heridos. Hassan se quejaba de dolor en el brazo, Richer y Adham tenían heridas sangrantes en la cara, e Ibn Umáil creía que se había roto el tobillo. Massurdi estaba aún inconsciente, pero el agua que Alí echó sobre su cara provocó que despertara, confuso pero sin más que heridas superficiales. Hassan se sacudía el caftán cuando en la oscuridad que los rodeaba se abrió una luz, intensa, poderosa, que crecía a medida que iba acercándose. Alí relataría después a Ersbetta que era una luz que se acercaba como un torbellino del que salía una llama hasta que una gran nube gris y esplendorosa se hizo presente en medio de aquel fuego y aquel viento que apareció.

De entre la potente luz, bajo la nube que se había situado en el centro de las siete torres, surgieron tres hombres. Perplejos por lo que estaban viendo, Alí, Richer y los demás corrieron a esconderse tras unas rocas. Uno de los tres descendidos era el tío Ishmaíl, pero Alí no pudo reconocerlo en aquella forma joven y esbelta, vestido con una túnica plateada que cubría sus anchos hombros y permitía mostrar unas piernas fuertes y torneadas. Sus ojos, recuperados en su forma primigenia, ya no estaban ciegos, pero su brillo no era humano, sino el que podría tener un ser sobrenatural.

El viejo Ishmáil había esperado cientos de años para recuperar su cuerpo celeste, para enfrentarse a aquel que según la profecía escrita en el libro de los libros sería vencido y lanzado al lago de fuego y azufre: "*Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; pero bajó fuego del cielo y los devoró. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*[cv]…

Habían llegado los Vigilantes, los hijos del Cielo que no cayeron en el pecado, y sus manos blandían espadas llameantes que esperaron a los ahora Seis Santos del diablo, que ya salían a su encuentro sin poder invocar el poder del Siete, sin poder enfrentarse a algo que no esperaban, ni siquiera la traición de Lucifer, que apareció ante ellos desafiando a la tríada ofreciéndoles sus vidas a cambio de dejarlo marchar.

¿Cómo podía actuar así Helel ben Sahar? ¿Estaba renunciando a su poder? El líder, que tanto había trabajado para reunir a los santos, para construir las siete torres, ahora veía decepcionado cómo el que creía tan poderoso mostraba su miedo ante los tres recién llegados.

¿Estaba engañándolos tal vez?

Y en medio de sus preguntas sin respuesta todos pudieron oír una voz sobre sus cabezas, una voz de mujer, dulce y potente a la vez, que habló en un lenguaje que nadie comprendió, tal vez sólo Nanya, pues dejó de asir la mano de Masika y dirigió su mirada hacia la entrada de la caverna, asombrada, atraída. Allí, en el exterior, uno de los Vigilantes clavó su espada luminosa en la tierra y el suelo rugió y se estremeció mientras en lo alto de la colina las paredes del santuario crujían y se resquebrajaban.

Lucifer miró las primeras piedras que caían rodando hasta llegar a la base de las torres, y confuso, abandonó la guardia. Las jaulas que encerraban a los prisioneros dentro de la cueva del lago eran una ilusión creada por su magia, ahora olvidada como ellos mismos, pues nadie los vigila: La corte de demonios rodea a su amo, prestándole su apoyo ante los Vigilantes. Ersbetta corre hacia Masika y Nanya, quienes lloran, abrazándola, mientras Klaus las mira con sus ojos de niño triste.

Gerbert, Al-Biruni y Al-Haytham corren hacia la entrada de la cueva, allí donde aún luce el resplandor provocado por la espada del Vigilante, pero un nuevo destello, un viento poderoso, les impide salir de la cueva. Ersbetta, las niñas y Klaus llegan hasta ellos mientras oyen claramente la voz de mujer que habla desde lo alto mientras todo es luz y todo es temblor de tierra.

—¡Aquí, rápido! —Al-Biruni los reúne a todos en un recodo escondido mientras ante ellos ven pasar a la corte de Lucifer: Santos del Diablo y demonios, envueltos en un halo de luz a modo de soga. Uno de los Vigilantes los conduce hasta la orilla del lago llameante, donde aún flota sobre su superficie los contornos informes de la Bestia, que espera órdenes.

—¡Regresad al infierno! —grita el Vigilante—. Y con un gesto de su espada candente todos desaparecen en el lago en medio de grandes gritos de rabia y dolor. La Bestia casi invisible que aún flota sobre el lago en llamas, vacila, se agita como un budín, y cae también, presa del tormento por unos siglos que serán eternos para todos.

En el exterior, la voz de mujer que surge de la gran nube detenida en el centro de las siete torres se suaviza, pero no detiene su parlamento. Nanya, desde su escondite en el recodo, flanqueada por Masika y Al-Biruni, parece comprender lo que está diciendo. Ersbetta se vuelve y la observa. Quiere salir.

El Vigilante se aparece delante de ellos y les indica la salida a su izquierda. Lo siguen, pero se detienen a la entrada de la cueva, se detienen ante lo que está sucediendo.

Los ojos de Lucifer dejan de brillar. Repliega sus alas, la luz de su manto parpadea y cae de rodillas entre los dos Vigilantes que alzan sus espadas llameantes sobre su cabeza. Si la luz no hubiera cegado sus ojos, si el polvo no hubiera impedido la visión completa de lo que estaba sucediendo, Alí hubiera podido contar que parecía como

si Lucifer hubiera estado siendo nombrado caballero.

En realidad, el Adversario estaba doblegándose ante los deseos de alguien más grande que él, más antiguo que el mismo Dios que adoraban los cristianos, más antiguo también que Allah y Buda. Se sometía ante la Diosa Madre, la que lo había creado, la que los había creado a todos. No podía hacer otra cosa. Y preguntándose porqué ella acudía al rescate de aquellos humanos insignificantes, preguntándose porqué, bajó sus orgullosos ojos y apoyó sus manos en la tierra que ahora debía abandonar. Y entre el humo y la potente luz que surgía de la nube detenida sobre las Siete torres, todos pudieron ver los débiles destellos de las alas del ángel más hermoso, herido de nuevo.

El sol asomaba en el horizonte y Helel ben Sahar ascendió a los cielos: Todos vieron el rastro de luz. Al-Biruni, Al-Haytham y Gerbert, que conocían el nombre de los astros del firmamento, vieron su estela dirigirse como una estrella fugaz hacia la constelación del Carro Mayor.

Hassan se volvió y vio a Ersbetta con su túnica hecha jirones y el cabello alborotado. Se miraron como si hiciera siglos que no se veían, tal vez así era, y corrieron el uno hacia el otro sin que les importaran los comentarios de asombro de los demás, que aún estaban detenidos en la visión arrebatadora de la nube de luz. Se besaron en medio del polvo y el amanecer y los destellos que los rodeaban, mientras Al-Haytham, Al-Biruni y Gerbert se acercaban a los Vigilantes, la tríada que había venido de los cielos.

Vieron cómo sus rostros abandonaban su aspecto humano y se mostraban cuádruples, uno con aspecto de hombre, otro de león, el tercero de águila y el cuarto rostro se asemejaba al de un toro. También poseían cuatro alas a sus espaldas y sus pies estaban rodeados de brasas encendidas. Esos rostros múltiples hicieron a Gerbert recordar los tetramorfos tallados en el pórtico del monasterio de Santa Maria de Ripoll, que representaban la visión del profeta Ezequiel de cuatro criaturas con cuatro rostros y cuatro alas. Aquí faltaba una criatura, pero la semejanza lo aterrorizaba y asombraba a la vez. Miraba Gerbert a su alrededor, arriba, abajo, a los seres, al rastro del ascenso de Lucifer, al amanecer incipiente, y se preguntaba si todo aquello no estaba siendo una alucinación, si quizás habían ingerido algún hongo o eran víctimas de algún encantamiento. Aquella voz de mujer ante quien se había arrodillado Lucifer…¿Qué era? ¿Quién era? ¿Qué le había dicho?

Alí se acercó a ellos, y en los ojos de uno de los Vigilantes, el que dijo llamarse Sahari'el, le pareció ver el mismo destello de sabiduría que en los ojos ciegos de tío Ishmaíl, el eremita.

—Soy yo, hijo mío —le dijo cogiéndole las manos al verse reconocido—. Ya he cumplido mis días en esta tierra, ya se han cumplido las profecías, por eso debo regresar con mis compañeros.

—Pero tío, no comprendo…

Hassan se acercó a ellos seguido a pocos pasos por Ersbetta, que escuchó lo que decía aquel hombre ¿hombre? a quien Alí se refería como tío.

—No habrá una guerra que dure mil años, no habrá un final para vuestro mundo, al menos, por el momento. Ella así lo ha querido.

—¿Quién es ella, tío? ¿Quién hablaba desde lo alto?

El amanecer progresaba e Ishmaíl, ahora y siempre Sahari'el, señaló la nube gris ruidosa y polvorienta. En su cúspide, flotaba una pequeña pirámide que ahora todos podían ver de forma clara.

Gerbert la señaló también.

—Decidnos de qué se trata, por favor.

Sahari'el sonrió y dio un paso atrás. Los otros dos Vigilantes se miraron entre sí y se volvieron para desaparecer entre la bruma que despedía la nube, entre la luz que se extendía como un gran hongo bajo su superficie.

—¡Queremos respuestas! —exigió Gerbert.

—Las tenéis. Sólo tenéis que buscar en el lugar apropiado, seguir las señales del cielo y de la tierra. Con todo eso, tendréis respuestas.

—Pero…

—Es la hora —dijo Sahari'el, interrumpiendo—. Aprovechad la oportunidad que se os ha dado. Trabajad para lograr que este mundo donde habéis nacido sea como el lugar donde comenzó todo, el lugar donde no existían los odios, ni las envidias, ni las codicias, ni la guerra. Cuidad de este mundo que os pertenece y la Madre os premiará —Sahari'el siguió los pasos de sus compañeros y desapareció.

Esa Madre de la que hablaban, la fuerza creadora, la gran Diosa, habló de nuevo y entonces se hizo el silencio. Y entre los destellos del sol naciente, rodeados de los tonos rojizos del firmamento, sobre la tierra de color ocre, sintieron los efluvios que llegaban de las marismas, captaron el aroma de los nenúfares que se deslizaban eternos en aquellas aguas, un aroma que los devolvió a su infancia, pues era el olor de su nacimiento, de todos los orígenes. Y la pirámide que veían se volvió un manto azul para sus ojos, un manto que irradiaba belleza y protección como las manos que aparecieron mostrando unos dorsos llenos de luz.

Pronto se vieron envueltos en el sublime canto de Nanya, que ensalzaba el poder de Aquella que estaba en las alturas, y ese canto era una alabanza a su nombre increado, desconocido pero magnificente. Klaus lloraba y sonreía a la vez. A Gerbert, Massurdi e Ibn Umáil les parecía estar viendo una aparición de la Virgen María mientras sentían cómo el vello de sus brazos se les erizaba. Ersbetta daba las gracias en su interior a la Gran Madre que había venido desde las estrellas para cuidar de ellos, para cuidar de aquella niña pelirroja que estaba siendo cubierta con su manto de luz.

Con los sentidos embriagados, con las emociones desbordando su corazón, todos lloraron contemplando el polvo y la luz que rodeaba la nube gris. La vieron moverse y ascender como un remolino que se llevaba un viento insólito y poderoso. Y entre él, desapareció.

Se alejaron de la base de las torres y caminaron hacia la senda que pasaba bajo el santuario.

—¿Y Tor? —preguntó Ersbetta a Alí. Éste le había explicado cómo había sucedido el rapto de las niñas, pero aún no le había hablado del perro.

—Espero que esté bien. Lo dejé en la casa de un maadan que me prometió cuidarlo hasta nuestro regreso. ¿Podréis perdonarme, Ersbetta?

Nanya tiraba de su vestido.

—Todavía no podemos irnos —le dijo. Massurdi se agachó junto a ella y le preguntó—: ¿Por qué, pequeña?

—La Señora quiere que veamos un lugar.

Masika y Klaus tenían sed y Ersbetta pidió a los demás que hicieran un alto antes de coger las embarcaciones. Mientras abrían las bolsas con sus provisiones, Muhammad Ibn Umáil miraba a un lado y al otro, frunciendo el ceño.

—¿Dónde está Adham?

Gerbert se encogió de hombros y se dio cuenta de que Richer tampoco les había seguido.

Klaus los miró con aire desvalido, negando con la cabeza.

—¿Qué quieres decirnos, muchacho? —le preguntó Hassan.

—No puede hablar —dijo Masika—. Creemos que se llama Aus.

El jovencito gesticuló señalando hacia el cielo.

—¿Qué quieres decir? —Hassan no acababa de comprender del todo sus señas, pero Ibn Umáil sí lo hizo.

—¡Aus quiere decirnos que Richer y Adham han sido ascendidos!

No era posible, cómo iba a serlo… Por esa razón Al-Haytham y Al-Biruni se ofrecieron para tratar de buscar a los muchachos. Massurdi y Gerbert estuvieron de acuerdo. Estaban agotados y deseaban volver a las cabañas para dormir unas horas, pues sus ojos parecían estar llenos de tierra y sus cuerpos repletos de un cansancio que les recordaba su edad. Muhammad ibn Umáil no quería abandonar el lugar, no todavía, y se resistía hasta que…

—¡Corred, corred! —gritó señalando el santuario, cuyas piedras se desprendían de los muros como las capas de una cebolla. Así lo hicieron todos hasta llegar al lugar

donde habían dejado las embarcaciones.

Al-Haytham y Al-Biruni acaban de desaparecer entre los juncos en dirección este, siguiendo el camino que marcaba la torre que correspondía a Ka'id Banat al Na'ash, la primera de las plañideras de las tres estrellas de la cola de la constelación del Carro Mayor, que según iba diciendo Al-Biruni, representaba un ataúd llevado por ellas, quienes buscan la venganza de Al Na'ash, asesinado por Al Jadi, la estrella polar. Las tres plañideras recorren el cielo alrededor de Jadi, en círculos, hasta completar su venganza.

La estrella Al Na'ash debía ayudarles a encontrar el paso hacia el oasis marcado en el mapa. Quizás les ayudara a encontrar también a Richer y a Adham, pero Al-Biruni empezaba a dudarlo.

7

Encontraron a Tor en una de las cabañas de un maadan, aún inconsciente. Dieron las gracias al viejo que lo había atendido, le premiaron generosamente y subiendo al animal a la embarcación regresaron a las chozas del poblado que ahora se les antojaban su hogar. Colocaron al perro sobre una manta, cerca del fuego que encendieron, y Ersbetta trató de recordar algún remedio que pudiera ayudar al animal, pero ninguno se le ocurría. Su conmoción quizás lo trajera pronto al mundo de los vivos, o quizás se lo llevara de una vez, pero ante la angustia de Masika y de Nanya, nada dijo. El pequeño Klaus se ofreció a preparar comida para todos mientras ellas atendían al animal, se le daba bien manejar el cucharón. Quería sentirse útil y que aquel grupo lo acogiera con ellos; temía que lo abandonaran a su suerte en aquel país extraño.

La mano de Hassan sobre la suya confortó a Ersbetta hasta que vio a la pequeña pelirroja agacharse junto al perro. Acercó su boca a la peluda oreja y comenzó a cantarle bajito, casi un susurro pero canto al fin y al cabo. Nanya estuvo así hasta el atardecer: Apenas bebía unos sorbos del agua que Ersbetta le tendía mientras la observaba dando rienda suelta al don que la diosa le había concedido. Porque ahora estaba segura de que su canto poseía propiedades especiales. En esos pensamientos estaba cuando la niña se volvió hacia ella y le dijo que trajera agua y comida para Tor, que abría los ojos, se incorporaba y comenzaba a mover la cola reparando en que delante de él se hallaban sus dueñas.

Gerbert estaba sumido en el silencio mientras observaba la escena. Era incapaz de dar nombre a todo lo que habían vivido, pero estaba satisfecho porque el gran peligro había pasado. El mundo tenía una nueva oportunidad.

8

El regreso de Al-Biruni y Al-Haytham les trajo la noticia de que habían hallado un paso tras un puente que habían encontrado siguiendo la senda que les marcaba la situación de la estrella Al Na'ash. La elección del camino correcto vino tras el recuerdo de Al-Biruni de las palabras de los seguidores de Zaratustra que había encontrado en Merv. Ellos le hablaron del día de la lucha entre lo Oscuro y la Luz, ellos le hablaron de aquel largo día que habían vivido y también de que sus oraciones estaban con ellos: "Los adoradores de Ahura Mazda tenemos en nuestras manos la salvación de la humanidad. Oramos por vosotros, para que los que sigan la Verdad crucen el puente del Juicio y alcancen el Paraíso."

Al-Haytham pretendía seguir por la senda más abierta y limpia de matorrales, pero Al-Biruni insistió en cruzar el puente que veían, medio derruido pero aún resistente como pudieron comprobar. El puente del Juicio…pensaba Al-Biruni mientras sus pies hacían crujir las piedras bajo sus pies. Todas las palabras de los zoroastristas habían sido ciertas, y ahora les conducían en su último camino.

La vegetación desordenada dio paso a un claro de hierba verde. Al oeste, un tupido bosque escondía un rumor. Y ese rumor era el que producían cuatro cascadas donde los cuatro ríos, el Tigris, el Éufrates, el Karún y el Wadi al-Batin se reunían para bañar el Jardín del Edén.

Desde su posición elevada tenían una amplia panorámica del lugar, que comprendía un vergel que rodeaba un lago de aguas transparentes que poseía una isla en su centro, allí donde se alzaba una construcción cercada. Descendieron por la senda que se abría a su derecha y bordeaba el despeñadero mientras podían ver cada vez con más claridad el oasis que se extendía ante sus ojos, repleto de plantas hermosas, conocidas y desconocidas. Descubrieron que había un camino empedrado que conducía a la construcción de la isla situada en medio del lago, y descubrieron también dos árboles, uno a cada lado de aquel lugar que se asemejaba a un templo.

—Volvamos con los demás dijo Al-Haytham. Pero Al-Biruni quiso acercarse más, y más, hasta llegar al inicio del camino que llevaba hacia los dos árboles, hacia el templo. Cuál no fue su sorpresa cuando ante sus ojos apareció un resplandor. Sus pasos fueron detenidos por una espada ardiente que daba vueltas sobre sí misma, pero no sobre el suelo, sino sobre el aire, impidiéndoles totalmente el paso.

—¡Abu Raihan! —llamó Al-Haytham, insistente. ¡Vamos, vamos!

Al-Biruni titubeó pero finalmente, a pesar de la fascinación que le producía aquel objeto, volvieron sobre sus pasos. De nuevo arriba pudieron ver cómo dos enormes guardias salían de la edificación del centro de la isla, y asustados por su apariencia, corrieron de nuevo hasta alcanzar la planicie donde estaban las siete torres. Corrieron mientras seguían desprendiéndose piedras del santuario. Tomaron de un salto la mashuf, remando presas de una gran agitación, hasta que Al-Haytham le dijo a Al-Biruni que descansara, que él sólo remaría. Así, Al-Biruni posaba sus ojos en los gansos y en los patos que flotaban sobre aquella agua mansa y transparente tratando de serenarse con las guirnaldas de flores que se deslizaban cerca del murmullo que había dentro de los espesos cañaverales donde descansaban pájaros multicolores. El pico rojo de una cigüeña asomó por entre la espesura, asustándolo y haciendo reír a Al-Haytham. Pero su risa pronto se mudó, pues en el siguiente recodo se toparon con un gran animal sumergido. Tenía la piel negra y dos enormes cuernos amenazantes.

—¡Vira, Alí, vira! —apremiaba Al-Biruni, y él mismo cogió también los remos de la embarcación para alejarse cuánto antes de aquel animal, y de los otros dos que se le unieron apareciendo como monstruos desde la orilla. Un muchacho maadan apareció también, riendo a carcajadas, señalando a los dos forasteros.

9

Y dijo Dios al hombre: "Porque hiciste caso a tu mujer y comiste del árbol que yo te prohibí, maldito sea el suelo por tu culpa.
Con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida.
Él te producirá cardos y espinas y comerás la hierba del campo.
Ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado. ¡Porque eres polvo y al polvo volverás!".
El hombre dio a su mujer el nombre de Eva, por ser ella la madre de todos los vivientes. El Señor Dios hizo al hombre y a su mujer unas túnicas de pieles y los vistió.

Después el Señor Dios dijo: "El hombre ha llegado a ser como uno de nosotros en el conocimiento del bien y del mal. No vaya a ser que ahora extienda su mano, tome también del árbol de la vida, coma y viva para siempre".
Entonces expulsó al hombre del jardín de Edén, para que trabajara la tierra de la que había sido sacado.

Y después de expulsar al hombre, puso al oriente del jardín de Edén a los querubines y la llama de la espada zigzagueante, para custodiar el acceso al árbol de la vida.[cvi]

Muhammad ibn Umáil señalaba desde lo alto del acantilado la espada llameante. Sobre su propia voz se elevaba el rumor de las cascadas cercanas. Señalaba también los dos gigantes rubios que estaban sentados frente a un arca, callados, quietos como estatuas, sin parecer reparar en su presencia.

—Son Querubines, por todos los santos. Ángeles especiales, ángeles sabios. ¿No os dais cuenta? Querubín procede del hebreo kerub, que significa espada de fuego —

dijo—. Estamos ante algo que…

Ersbetta observó a aquellos gigantes que custodiaban el templo y el Árbol de la Ciencia y el Árbol de la Vida sin comprender del todo.

Bajaron la senda y se acercaron para tener una mejor visión de lo que acababan de encontrar, admirando a su vez la frondosidad que los rodeaba, entre el murmullo del agua y de los pájaros que revoloteaban a su alrededor.

Ibn Umáil y Massurdi parecían estar haciendo cálculos y llegaron a una conclusión:

—Treinta codos de largo, unos diez de ancho y también de alto…—Ibn Umáil asentía y se mesaba la barba—. Las medidas de un tabernáculo, Gerbert. Además, podemos ver las tablas de madera, quizás de acacia, que lo forman, y la base recubierta de oro. El frente está abierto, y en lugar de puerta, es un velo de tela el que lo cubre.

En efecto, una especie de cortina ondeaba al modo de puerta como lo hacían las cortinas de lino blanco sujetas a estacas que rodeaban y cercaban el patio donde se situaba.

—Es un tabernáculo, amigos, un lugar santo —afirmó Ibn Umáil.

—¿Cómo decís? ¿Qué es un tabernáculo, Muhammad? —preguntó Ersbetta.

—Es un santuario donde se adora a Dios, se guardan las Tablas de la Ley y se custodia el arca de la Alianza, que a su vez custodia en su interior la vara de Aarón y un pan de maná —respondió—. El primer tabernáculo fue construido por los israelitas en su éxodo de Egipto.

—Interesante…—dijo Hassan—. Pero, ¿qué es la vara de Aarón?

—Una vara mágica que tenía el poder de transformarse en serpiente.

—¿Y el pan de maná? —preguntó Ersbetta.

—El pan de maná es un pan venido del cielo, un pan también mágico.

—Increíble… —dijo Alí—. ¿Y ahora qué hacemos?

—No debemos tratar ni siquiera de sortear la espada —dijo Gerbert con el semblante serio y decidido—. No debemos entrar ahí.

—Qué ironía…—protestó Al-Haytham—. Hemos cruzado medio mundo y sorteado numerosos peligros para llegar hasta el mismo Jardín del Edén, pero no se nos permite la entrada…

—Tampoco se nos permitió el acceso al conocimiento completo del Libro de Thoth…—dijo Al-Biruni.

—Somos humanos —dijo Massurdi con una mueca—. No podemos tener todos los conocimientos, ni podemos vivir para siempre.

Gerbert asentía mientras las niñas y Klaus, a su lado, podían ver claramente cómo los dos gigantes sentados se levantaban y se colocaban uno frente al otro, con el arca entre ellos.

A sus espaldas oyeron un murmullo y todos se volvieron. Adham apareció frotándose la cabeza, confuso, caminando con titubeos. Detrás de él, Richer hacía lo mismo.

—Pero, ¿qué…? —dijo Ibn Umáil—. ¿Dónde estábais?

Los dos muchachos se encogieron de hombros, sin recordar apenas, sin saber decir ni cómo ni porqué les parecía haber vuelto de un paseo por las nubes.

De pronto se hicieron dos fuegos delante del tabernáculo, y vieron cómo sus llamas se unían y en ellas, como en un espejo mágico, aparecía la imagen de un desierto. Y en ese desierto avanzaban todos ellos en caravana. Tor ladraba a uno de los camellos que montaban bamboleantes Masika, Nanya y el recién llegado Klaus, guiados por Alí. Tras ellos, las riendas del camello de Ersbetta eran llevadas por Hassan, que sonreía mirando hacia el oeste, hacia las dunas que se acercaban. Al-Biruni se vio charlando con Al-Haytham y Massurdi mientras comían dátiles y cantaban canciones bagdadíes hasta que Alí daba el alto a la caravana. Era hora de descansar. El sol se ponía y supieron que caminaban de vuelta, y que la ciudad que se aproximaba era Damasco. Se vieron de regreso a Alejandría, se vieron sentados a la mesa del patio de Hassan, todos reunidos y acompañados por una joven, Lilya, que escuchaba asombrada las palabras de Al-Biruni acerca de su viaje.

El astrónomo, viendo esas imágenes entre el fuego y la luz, comenzó a llorar en silencio. Gerbert vio la coronación del príncipe István por el obispo de Praga con la corona y la cruz procesional que él mismo le había mandado; Ibn Umáil vio las costas de Hispania desde el barco que los llevaba a él y a Adham de nuevo a Barcelona.

Las llamas cesaron y las visiones desaparecieron. Entonces, las cascadas de los cuatro ríos se silenciaron, y del tabernáculo salió un hombre que dirigió su mirada hacia ellos. Era alguien que los conocía desde su nacimiento, alguien que les regalaba la visión del Jardín reservada sólo para unos pocos. A sus pies se hizo una luz mientras la tierra comenzó a temblar. Más tarde, todos verían cómo el santuario de la colina se había derrumbado por completo, que las aguas empezaban a anegar el llano donde estaban construidas las Siete Torres y sus bases comenzaban a ceder. El lago subterráneo había mudado sus aguas en metal fundido que se extendió hacia los cimientos del santuario y las torres. Así, pronto se hundirían bajo la tierra y desaparecerían como si nunca hubieran existido.

Un tercer gigante de cabellos dorados apareció protegiendo las anchas espaldas de ese Alguien que seguía clavado en sus pupilas, como un hipnotizador, como un domador de fieras, como un Pastor.

La luz bajo sus pies creció cubriendo el tabernáculo con su resplandor, rodeando el Árbol de la Vida y el de la Ciencia, iluminando el lago. Era hora de partir. Por un tiempo.

Y cabalgó sobre un querubín, y voló;
sobre las alas de los vientos planeó.
Del fulgor que le precedía
se encendieron granizo y ascuas de fuego.
Tronó Yahvéh desde los cielos,
hizo el Altísimo retumbar su voz. [cvii]

NOTAS

Personajes reales de LOS HIJOS DE ENOC. El libro de Thoth:

En Occidente…

ISTVÁN (Esteban I el Santo) (975-1038) Primer rey de Hungría.
Esposado con Gizella, hermana de Enrique II de Baviera,
fue coronado por el papa Silvestre II en el año 1000.

GERBERT D' AURILLAC (945-1003). Nacido en Aurillac (Francia)
con el nombre de Gerbert, fue coronado como papa Silvestre II (999-1003)

RICHER DE SAINT-RÈMY (940-1000). Discípulo y biógrafo
del papa Silvestre II.

MUHAMMAD IBN UMÁIL. Maestro de Gerbert d' Aurillac en Santa María de
Ripoll, sobrino de Abdallad Muhammad ibn Lupi, reputado astrónomo judío.

En Oriente…

ABU RAIHAN MUHAMMAD IBN AHMED AL-BIRUNI (973-1050)
Científico persa nacido en Kath, Persia, actual Uzbekistán.
Escribió 113 obras de los más diversos temas científicos como
astronomía, astrología, geografía, mineralogía, historia, religión y magia.
Apenas se conservan algunas de ellas.

ABU NASR MANSUR (960-1036)
Astrónomo persa. Maestro y mentor de Al-Biruni.

ABU ALI IBN SINA (980-1037)
Filósofo y médico persa, considerado el pensador musulmán
más ilustre de la Edad Media. Conocido en Occidente como Avicena.

ABU ALI AL-HASSAN IBN AL-HAYTHAM (965-1040)
Físico y matemático árabe nacido en Basora, Irak.
Pionero en el estudio de la óptica. Conocido en Occidente como Alhazen.

HUSSEIN AL-HAKIM BI-AMRILLAH (985-1021)
Sexto califa fatimí de Egipto (996-1021)

MAHMUD EL GAZNAWÍ (971-1030)
Gobernante del imperio Gaznávida (998-1030), primero que se
autoproclamó "Sultán".

*Está documentado un Eclipse Total de Luna coincidente con los hechos sucedidos en la novela con fecha de 3 de Mayo del año 999 d.C, con un ámbito de penumbra de 6h 32 min; umbra, 12m. Fase máxima: 8:51 UT.

*Alrededor del año 1000 naufragaron ocho navíos en el puerto de Constantinopla cuyos restos se hallaron en el 2007, tal y como ocurre en los días de nuestros protagonistas.

*La existencia de las huellas del nivel alcanzado por las aguas en las pirámides pertenecen a las notas reales de nuestro protagonista, Abu Raihan al-Biruni (973-1050)

*Las crónicas escritas por Al-Makrizi (geógrafo e historiador del siglo XIV) cuentan la leyenda del rey Surid ben Sahluq, que presagiando en sueños un gran diluvio, mandó construir las pirámides y en las que guardó tesoros y conocimientos.

*El cadí el-Galil abu Abdallah Muhammad ibn Salamat el Qodai, escribió en sus crónicas que las pirámides fueron construidas antes del gran diluvio que sucedería cuando el Corazón del León se hallara en el primer minuto de la cabeza del Cangrejo (5300 años a.d.C.)

*En 1945, el Príncipe Faruk I de Egipto contó que movió una piedra junto a la Esfinge y encontró un recinto custodiado por un autómata cuya misión era proteger los secretos y tesoros escondidos en ella.

*Edgar Cayce (19877-1945, profeta estadounidense) dató la cultura pre-egipcia hacia el 10.500 a.d.C, al igual que más tarde lo harían Robert Bauval (ingeniero y escritor), Graham Hancock (sociólogo y escritor), John Anthony West (egiptólogo), Robert Schoch (geólogo de la universidad de Boston) y Thomas Dobecki (jefe de sismografía de Houston).
Asímismo, Edgar Cayce anunció la existencia de una biblioteca o cámara de los registros bajo la esfinge de Gizeh con objetos pertenecientes a los antiguos pobladores de la Atlántida que se habían instalado en Egipto.

*En 1987, investigadores japoneses hallan cavidades en torno al área de la esfinge, como lo hará el equipo de Jean Kerisal en 1992, así como lo hieron Roberts Schoch

y Thomas Dobecki en 1990. Pero las autoridades egipcias frenan los proyectos y deniegan permisos para continuar las investigaciones. La ARCE (American Research Center in Egypt) dirigida por Zahi Hawass, sí reveló la existencia de una pequeña cavidad situada en la parte trasera de la cola de la esfinge, lugar que se acondicionó para visitas turísticas, pero que no parece conducir a la zona subterránea.

*Algunos de los hallazgos bajo la esfinge están basados en las teorías de Drunvalo Melchizedek, autor de El antiguo secreto de La flor de la vida.

*Graham Hancock y Robert Bauval son los autores de la teoría de la correlación de Orión, en la que afirman que las pirámides de Gizeh representan en la tierra la imagen del cinturón de Orión. Consideran que las pirámides son tumbas orientadas hacia los dioses (las estrellas) para facilitar el paso de los faraones de la vida hacia la muerte. Afirman también que la Esfinge fue construida representando el cielo de la época y apuntando hacia la constelación de Leo. Añaden la observación del hallazgo de marcas de erosión por agua de lluvia en la Esfinge, situándola así en el año 10.500 a.d.C cuando el Sáhara era un vergel, no un desierto.

---

[i]

NOTAS AL PIE

Apocalipsis 20,7-8.

[ii] *"Lobo", en húngaro.*

[iii] *A pesar de que la intención de Margit era adoptar el nombre del dios Thoth, dada la similitud de pronunciación, y tal y como veremos más adelante, su nombre de familia en adelante será Tót, pues así quedaría registrado en los archivos de su condado dado que el significado de Tót es "proveniente de los Cárpatos" y su grafía es más sencilla.*

[iv] *Misr, nombre medieval del país de Egipto.*

[v] *Literalmente, el mes del viaje.*

[vi] *Muecín, el que llama a la oración desde los minaretes de la mezquita.*

[vii] *Alfombra para realizar la oración.*

[viii] *Estructura de forma cúbica situada en el haram o "lugar inviolado" de la Gran Mezquita de La Meca. Representa el lugar sagrado más importante del islamismo y hacia ella rezan todos los musulmanes.*

[ix] *Antiguo nombre del actual Uzbekistán.*

[x] *Conocido en Occidente como Avicena.*

[xi] *Pañuelo con el que las mujeres musulmanas cubren su cabeza y parte de su pecho.*

[xii] *Zoco o mercado principal.*

[xiii] *Viernes, día de oración.*

[xiv] *Vestimenta de las mujeres árabes para cubrir sus formas. Consiste en un pañuelo largo hasta pecho y cintura y puede llegar hasta las rodillas.*

[xv] *El sermón que precede a la oración.*

[xvi] *El Corán, libro sagrado de los musulmanes.*

[xvii] *De la Sura 112.*

[xviii] *Ahmad ibn Muhammad ibn Ya'qub ibn Miskawayh (940-1030), filósofo, historiador y moralista persa.*

[xix] *Rosario musulmán.*

[xx] *Tres de los bellos nombres de Allah: El Misericordioso, el Compasivo, el Soberano.*

[xxi] *Estrella principal de la constelación del Can Mayor.*

[xxii] *Emires.*

[xxiii] *Casa para enfermos.*

[xxiv] *Nombre árabe de la ciudad de El Cairo, que significa "la victoriosa".*

[xxv] *Nombre antiguo de la ciudad de Belgrado.*

[xxvi] *Despedida en magiar: "Ya nos veremos".*

[xxvii] *Antigua denominación de la ciudad de Edirne.*

[xxviii] *Antiguo nombre de China.*

[xxix] *Saludo persa.*

[xxx] *Saludos también para ti (saludo persa).*

[xxxi] *Señor (persa).*

[xxxii] *Espíritus o demonios del folclore de la mitología islámica.*

[xxxiii] *Lilya: Nombre persa que significa noche oscura.*

[xxxiv] *Antiguo nombre del planeta Venus.*

[xxxv] *Literalmente, la primera primavera.*

[xxxvi] *Que la paz sea contigo.*

[xxxvii] *Medida persa. Un farsaj equivale a 6 kilómetros.*

[xxxviii] *Señor (Árabe)*

[xxxix] *Túnica y turbante.*

[xl] *Al-Sabt, sábado o día del reposo para los musulmanes.*

[xli] *Al-Jamis, jueves o día quinto para los musulmanes.*

[xlii] *Nombre antiguo de la ciudad de Sofía.*

[xliii] *Domingo, en el calendario cristiano.*

[xliv] *Alabado sea Alá.*

[xlv] *Literalmente, la segunda primavera.*

[xlvi] *Actualmente, río Amu-Daria.*

[xlvii] *Pañuelo que cubre la cabeza y el rostro de las mujeres, con sólo una abertura para los ojos.*

[xlviii] *Ley islámica.*

[xlix] *La Osa Mayor.*

[l] *La Osa Menor.*

[li] *Apocalipsis, capítulo 8, versículo 7.*

[lii] *Del Al-Qanun al-Masudi fi al-hai´a wa-al-nuyum (Canon masúdico sobre el cielo y las estrellas. Obra de Al-Biruni)*

[liii] *Apocalipsis, 20, 7-9.*

[liv] *Literalmente, el primer mes seco.*

[lv] *Lunes o día segundo.*

[lvi] *Literalmente, el segundo mes seco.*

[lvii] *Escuela coránica.*

[lviii] *Erudito religioso.*

[lix] *Mediterráneo oriental.*

[lx] *Conjunto de tradiciones basadas en las sentencias del Profeta Muhammad.*

[lxi] *Comienzo en el Nombre de Allah. Oh, Allah, aleja a Shaytán de nosotros, y aléjalo de lo que nos concedas.*

[lxii] *Sobre la naturaleza de los dioses.*

[lxiii] *Del capitulo 6 del Libro de Enoc.*

[lxiv] *Del capítulo 7 del Libro de Enoc.*

[lxv] *Cerveza egipcia.*

[lxvi] *Dyehuty es el dios de la sabiduría, la escritura, la música y de la Luna, en la mitología egipcia.*

[lxvii] *Del Libro de Asklepios.*
[lxviii] *Que Alá te proteja (despedida en persa).*
[lxix] *80 metros, aproximadamente.*
[lxx] *Gabriel.*
[lxxi] *Literalmente, el mes de respeto.*
[lxxii] *Literalmente, el significado de Buraq es rayo o blancura cegadora.*
[lxxiii] *Batalla entre el divino Arjuna y los Asuras, descrita en los capítulos 168, 169 y 173 del Vanaparvan (parte del Mahabharata).*
[lxxiv] *Cita del historiador Zhang Zuo, en su obra Historia del Poder y de la Oposición.*
[lxxv] *Basora, actual Irak.*
[lxxvi] *Expresión latina: Sustituir una cosa por otra equivalente.*
[lxxvii] *Literalmente, el mes que se divide.*
[lxxviii] *Literalmente, el mes de gran calor.*
[lxxix] *Campesinos.*
[lxxx] *Bajel tradicional del Nilo.*
[lxxxi] *Del Libro de Enoc, 7-9.*
[lxxxii] *Sura primera del Corán.*
[lxxxiii] *Profesión de fe islámica.*
[lxxxiv] *Gracias.*
[lxxxv] *Orión.*
[lxxxvi] *Libro de Isaías 40,22.*
[lxxxvii] *Libro de Job 26,7.*
[lxxxviii] *Conocido en Occidente como Alhazen.*
[lxxxix] *Génesis 5, 23-24.*
[xc] *Texto de la Tabla Esmeralda de Hermes Trismegisto (Thoth).*
[xci] *Sirio.*
[xcii] *Llamado también árbol de la vida, debido a las propiedades curativas de sus semillas, hojas y raíces.*
[xciii] *Oración al dios Thoth perteneciente a un antiguo papiro de Memphis titulado "El libro de las horas" (Museo Británico, papiro 10569)*
[xciv] *Ilustración del Árbol de la Vida de la Kábbalah.*
[xcv] *Hebreos, 7:3.*
[xcvi] *Zohar significa luz, resplandor.*
[xcvii] *75 metros, aproximadamente.*
[xcviii] *Versión libre de un papiro de la época Ptolemaica escrito en demótico, copiado del original perteneciente a la XIX Dinastía. Se encuentra en el Museo del Cairo.*
[xcix] *Versión del fragmento del llamado Apocalipsis de Hermes, perteneciente al tercer diálogo con Asklepius.*
[c] *Génesis, 2, 8-10.*
[ci] *Génesis, 2, 16-18.*
[cii] *No hay más Dios que Allah, y Muhammad es su Profeta.*
[ciii] *Apocalipsis 13, 1:10.*
[civ] *Apocalipsis 13, 5:6.*
[cv] *Apocalipsis 20, 9-10.*
[cvi] *Génesis, 3, 17:24*
[cvii] *Samuel 2, 22:11-14.*

Entre todos los seres que viven sobre la tierra, tan sólo el hombre es doble:
mortal en cuanto al cuerpo e inmortal en cuando al Hombre esencial.
Y aunque sea inmortal y tenga poder por encima de todas las cosas,
padece la condición de los mortales,
sometido como está al Destino.

Poimandrés. Tratado I. Corpus Hermeticum.
Hermes Trismegisto